

716

CP

LA  
VIRGEN MARIA

SEGUN EL EVANGELIO  
NUEVOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS  
SOBRE EL CRISTIANISMO

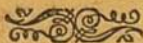
**POR AUGUSTO NICOLÁS.**

TRADUCCION AL CASTELLANO

DE D. JOSÉ VICENTE Y CARAVANTES,  
*doctor en derecho civil y canónico,*

**segunda edición española,**  
corregida y ~~ampliada~~ *ampliada*, con una apreciación de esta  
obra por el sábio sacerdote M. Isoard.

REVISADA POR LA CENSURA ECLESIAÍSTICA  
*por un doctor en Sagrada Teología.*



**PARTE SEGUNDA.**

LÉRIDA:  
Imprenta de M. Carruez.  
1871.

PCAR-1/0024

LA VIRGEN MARIA

SEGUN EL EVANGELIO.

LA  
VIRGEN MARIA

SEGUN EL EVANGELIO.

NUEVOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL CRISTIANISMO

**POR AUGUSTO NICOLAS.**

TRADUCCION AL CASTELLANO

DE D. JOSE VICENTE Y CARAVANTES,  
*doctor en derecho civil y canónico.*

**segunda edicion española,**  
corregida y aumentada, con una apreciacion  
de esta obra por el sábio sacerdote M. Isoard.  
REVISADA POR LA CENSURA ECLESIASTICA  
*por un Doctor en Sagrada Teologia.*

Los pintores se atreven á trazar diariamente imágenes de la Sma virgen segun su fantasia, pero que no se parecen á ella. El cuadro que hoy presento, y que os invito, señores, y á vosotras principalmente, señoras, á copiar en vuestra vida, está sacado del Evangelio, y hecho, si me es permitido decirlo así, segun el mismo Espiritu Santo.

BOSSUET.

**PARTE SEGUNDA.**

LÉRIDA.  
Imprenta de M. Carruez.  
1871.

VIRGEN MARIA

EN UN TOMO

DE LOS ESTUDIOS FILOSOFICOS

DE

DR. AUGUSTO NICOLAS

DE LA UNIVERSIDAD DE CASTELLANO

DE DON JOSE VICENTE Y CARVALLO

DE DON JOSE VICENTE Y CARVALLO

SEGUNDA EDICION ESPAÑOLA

CON UN PREFACIO DEL AUTOR

Y UN APENDICE DE DOCUMENTOS

DE LA VIDA DE LA VIRGEN MARIANA

DE DON JOSE VICENTE Y CARVALLO

Los estudios filosóficos de esta obra son de suma importancia. Entre los infinitos tratados que exponen la vida y la apología de la Sma. Virgen, apenas existe uno, como dice Augusto Nicolás, que no haya supuesto la devoción á la Virgen, y la fé á la creencia en su culto; no se ha escrito, pues, hasta el día un solo tratado científico para los indiferentes, incrédulos ó preocupados contra este culto. Tales el inmenso vacío que se trata de llenar con la presente obra. En ella, al paso que expone su autor, con la superioridad de su talento y la inmensa erudición que en sus demás obras, toda la majestad y belleza que ostentan aquellos santos objetos, toda la grandeza de ideas y elevación de sentimientos que inspiran, responde á cuantas objeciones, dudas, susceptibilidades é ignorancias se aducen en contrario; y todo ello con tal profundidad de razones y evidencia de pruebas, que hace brillar a los ojos mas oscurecidos del alma un vivísimo foco de luz, que los inunda en admiración, fé y entusiasmo.

LA PARTE SEGUNDA

LEMA

INSTITUTO DE M. CARRERAS

1811

ADVERTENCIA DE ESTA SEGUNDA EDICION.

El principal objeto de esta obra es satisfacer una necesidad espiritual de suma importancia. Entre los infinitos tratados que exponen la vida y la apología de la Sma. Virgen, apenas existe uno, como dice Augusto Nicolás, que no haya supuesto la devoción á la Virgen, y la fé á la creencia en su culto; no se ha escrito, pues, hasta el día un solo tratado científico para los indiferentes, incrédulos ó preocupados contra este culto. Tales el inmenso vacío que se trata de llenar con la presente obra. En ella, al paso que expone su autor, con la superioridad de su talento y la inmensa erudición que en sus demás obras, toda la majestad y belleza que ostentan aquellos santos objetos, toda la grandeza de ideas y elevación de sentimientos que inspiran, responde á cuantas objeciones, dudas, susceptibilidades é ignorancias se aducen en contrario; y todo ello con tal profundidad de razones y evidencia de pruebas, que hace brillar a los ojos mas oscurecidos del alma un vivísimo foco de luz, que los inunda en admiración, fé y entusiasmo.

Y hallándose íntimamente enlazados los hechos que constituyen la biografía de la Virgen Santísima con los de su Divino Hijo Jesucristo, con la Encarnación del Verbo y la Redención del mundo, la apología y la demostración de la santidad de la Virgen llevan necesariamente consigo la demostración de la Religión entera; su exposi-

VI ADVERTENCIA DE LA EDICION ESPAÑOLA.  
cion es una nueva y luminosa manera de manifes-  
tar á Jesucristo y de glorificar á Dios.

Tiene además esta obra el mérito de la oportu-  
nidad; puede decirse que sale á luz en su hora  
providencial: iluminada por el vivo resplandor  
que la definicion dogmática de la Inmaculada Con-  
cepcion acaba de proyectar del cielo sobre la tier-  
ra, parece que viene á fortificar la creencia en  
este dogma y á favorecer su desarrollo, exponien-  
do su razon teológica y filosófica, y narrando al  
mundo lo que sobre aquel dicen de Maria la fé y la  
tradicion de todos los siglos. Con este objeto, tra-  
za el autor un extenso y erúdito capítulo, en que  
expone el origen histórico, teológico y filosófico  
de este dogma; su desarrollo, la universalidad con  
que ha sido profesado, y últimamente reseña la  
solemnidad de su definicion por el Santo Padre,  
trasladando los trozos mas sublimes y profundos  
de las numerosas representaciones elevadas á la  
Santa Sede por el episcopado del orbe católico á  
nombre de sus ovejas, y en que le suplicaban ar-  
dientemente no dilatara el instante de dar á las al-  
mas este nuevo y precioso alimento de fé, y de ha-  
cer aparecer en todo su brillo, á los ojos de los fie-  
les, aquella nueva y esplendorosa *Estrella*.

Atendida la favorable acogida que ha obteni-  
do esta obra hemos adicionado esta edicion con  
una apreciacion del venerable y sabio sacerdote  
M. Isoard.

---

## APRECIACION DE ESTA OBRA POR EL ABATE ISOARD.

---

Este libro refiere la vida de la Santísima Vir-  
gen. La voz de todas las generaciones, el amor de  
todos los hijos de la Iglesia elevan á la Virgen  
Maria sobre todas las demás criaturas. Su grande-  
za en la tierra no tiene rival. Su potestad en el  
cielo y al lado de Dios no tiene limites. Por otra  
parte, es una ley de las grandes existencias que  
sean sus acciones proporcionadas en cierto modo á  
la fama que dejan en pos de si en el mundo, y  
siendo el nombre de Maria el mas ilustre y el mas  
grande que puedan repetir los siglos, se sigue que  
ha debido ser su vida la mas fértil en grandes ac-  
ciones, la mas rica en hechos maravillosos y pú-  
blicos. El culto de la Santísima Virgen es inse-  
parable de la adoracion que se debe á Nuestro Se-  
ñor Jesucristo. Es, pues, preciso que haya esta-  
do la Santísima Virgen asociada durante su vida  
á todas las acciones, á todos los misterios de nues-  
tro Señor Jesucristo. Mas el Evangelio, no so-  
lamente no ilumina con una aureola divina á  
la Madre de Dios, sino que por el contrario,  
la tiene eclipsada y oculta: conócese que se  
halla presente, pero permanece velada. Asi, por  
una parte vemos una gloria superior á todas las  
glorias; por otra, y como premisas de esta gloria,  
la oscuridad, la inaccion y el silencio.

VIII APRECIACION DE ESTA OBRA POR EL A. ISOARD

Á vista de este fenómeno histórico, no hay mas que dos partidos que tomar: ó decir que ha dejado vacios el relato evangélico, y llenar estos vacios ó reconocer que el Evangelio lo ha dicho todo, y que la vida de la Virgen Santísima fué tal como nos la presenta, esplicando la singularidad de su vida por la singularidad misma de sus destinos. La mayor parte de los historiadores modernos han saguido el primer camino. Pero sus obras nos hacen echar de menos el Evangelio, al cual se han circunscrito todos los Santos Padres, y volver felizmente á la sencillez del relato evangélico, comprendiendo que nos muestra á la Madre de Jesus mas grande, mas santa, mas amable. A esta impresion viene á agregarse en muchos una especie de presentimiento de las verdaderas razones que hacen del silencio mismo de los Evangelios uno de los titulos mas bellos de la gloria de Maria. Estas razones las ha puesto en evidencia M. A. Nicolás, haciendo una conviccion de nuestro presentimiento.

La Virgen Maria ha sido criada para un destino singular, único, escepcional; ¿no debemos, pues, pensar que su vida ha sido singular, escepcional y única? Y cuando nos presenta el Evangelio una vida verdaderamente singular, por lo mismo que se vé eclipsada, escepcional por falta de proporcion entre la base y la cúspide, única por la sencillez y la grandeza de sus rasgos, ¿no es equivocarse sobre el carácter de esta existencia querer completarla y darle los colores y las sombras? Tal es el pensamiento de M. Augusto Nicolás, y para darnos á conocer á la Santísima Virgen, ha seguido una marcha enteramente opuesta á la de los autores de que acabamos de hablar, ateniéndose á los hechos referidos en el Evangelio, y encontrando en su sobriedad el verdadero carácter de su grandeza.

APRECIACION DE ESTA OBRA POR EL A. ISOARD IX

Causa de desconocerse el espíritu de la grandeza de Maria, es la acusacion que lanzan los preocupados contra él á la Iglesia, de tributar este culto con esceso.

Pero M. Augusto Nicolás destruye sus acusaciones con esta contestacion: Vosotros conoceis los hechos relatados en el Evangelio, pero no el espíritu del Evangelio; dais á estos hechos un significado y un valor igual al que podrian tener si acontecieran en el mundo en que vivis, y en esto consiste vuestro error. El espíritu del Evangelio no es el nuestro: las apreciaciones del Evangelio son precisamente á la inversa de las nuestras, de suerte que la doctrina del Evangelio nos enseña á despreciar lo que vosotros estimais, y nos hace hallar estimable, grande y sublime lo que vosotros desdeñais. Una vez establecida esta distincion entre los dos espíritus, los dos valores de las cosas, los dos mundos, se sigue naturalmente que deben juzgarse la vida y el carácter de la Santísima Virgen segun el espíritu del mundo evangélico en que vivió, y para el cual fué criada. Será grande si tiene alguno de los caracteres de grandeza que reconoce y que proclama la doctrina cristiana; tendrá una escelencia incomparable si reune al titulo de Madre de Dios, todos los titulos de grandeza creados en el mundo por la doctrina cristiana. ¿Cuál es el espíritu del Evangelio? Evidentemente el del Dios hecho hombre que salva á los hombres por medio de la pequeñez, la humillacion y el padecimiento. Siendo, pues, la gloria del discípulo hacerse semejante al maestro, los titulos de nobleza para el que vive bajo la ley evangélica, consisten pues en la pequeñez, la humillacion y el padecimiento, de donde se sigue que por do quiera que encontremos en la vida de la Santísima Virgen pequeñez, humillacion y pade-

X. APRECIACION DE ESTA OBRA POR EL A. ISOARD.

cimiento, habremos encontrado una nueva razon de su grandeza, un nuevo motivo para nosotros de venerarla, amarla é invocarla.

Solo es grande en efecto lo que es segun el espíritu del Evangelio, es decir, de nuestro Señor Jesucristo, y la Virgen Maria ha poseido ese espíritu en su plenitud. Agréguese á su cualidad de Madre de Dios la de ser la primera de las almas cristianas, el modelo perfecto, el tipo del alma cristiana, y se comprenderá por qué viene á unirse con frecuencia al labio y al corazon de los hijos de la Iglesia el nombre de Maria...

Tal es el pensamiento de este libro. Su autor no ha querido al escribirlo establecer sobre el cristianismo una doctrina original. Si su punto de vista es otro que aquel en que por lo comun nos obliga á colocarnos, no por esto es nuevo; tal es el parecer de los Padres de la Iglesia; tal es su teología sobre la Madre de Dios.

## ADVERTENCIA.

---

Publicamos la segunda parte de nuestra obra sobre la Virgen Maria. Debíamos dar á luz al mismo tiempo la tercera (1), pero la grandeza de la materia ha devorado el espacio que habíamos reservado á este designio y nos obliga á ensanchar mas la esfera de nuestro trabajo. El título de este nuevo volúmen, *la Virgen Maria segun el Evangelio*, manifiesta exactamente su objeto; es una prueba, aunque por distinto rumbo, de *la Virgen Maria y el Plan divino*. Los no versados en estas materias, y que las consideran como preocupaciones de un cristianismo que se cree mas puro, porque es menos completo, habrán hallado sin duda, que las grandes ideas teológicas expuestas en esta primera parte eran exageradas, por la gran parte que atribuyen á Maria en el Plan divino; habrán opuesto secretamente á esta doctrina el poco mérito que se hace de Maria en el Evangelio, atricherándose con un celo primitivo en este Libro sagrado, contra las anticipaciones de la devocion católica: este terreno hemos querido revindicar y ocupar tambien nosotros: sobre él, sobre el Evangelio, hemos querido fundar el culto de la Virgen en toda su profundidad, y excitar á que lo confiesen todos los corazones verdaderamente *evangélicos*. ¿Lo hemos conseguido? Este libro lo dirá. En él nos dirigimos, como se vé, á los protestantes y á cuantos se oponen al oculto de la Madre de Dios, tal como

(1) *La Virgen Maria viviendo en la Iglesia, y su influencia en la humnidad.*

la Iglesia lo profesa y desplega en el mundo. Para que nos acepten benévolamente unos y otros, nos valemos de autoridades protestantes; caminamos apoyados, por decirlo así, en sus testimonios y concesiones; y reservamos á nuestros lectores la sorpresa y la admiración, tal vez, de la mas bella apología de la Virgen y su culto, trazada por una mano de quien estaban lejos de esperarla. Al proponernos edificar á los fieles y convencer á los protestantes, no hemos perdido de vista á los que han sido siempre objeto de nuestras mas caras preocupaciones; los escépticos y los ilusos; y hemos dirigido hácia su conciencia y su razón, todos esos rayos de luz y de divinidad que despide la tranquila é infalible sencillez del Evangelio; por lo que nuestro trabajo es siempre apologético. No son meditaciones ó elevaciones del alma sobre los misterios, pues para ello fuera necesario otra pluma que la nuestra, y por otra parte la devoción de Bossuet ha llenado completamente este gran pensamiento: son siempre *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*. No sabemos dar otro fruto, y creemos que no ha pasado todavía su estación. Gracias al interés habitual, y no obstante siempre nuevo, que despiertan tan inimitables narraciones del Evangelio. *La Virgen Maria segun el Evangelio* llegará sin duda á otros lectores que *la Virgen Maria y el Plan divino*; sin embargo, el método es el mismo; su marcha solo es inversa y nos conduce por una senda mas trillada y amiga hácia el Plan divino; es decir, que al par que en el Plan divino íbamos de la doctrina al Evangelio, nos elevamos hoy desde el Evangelio á la doctrina; volvemos de lo concreto á lo abstracto. De esta suerte, penetrándose y confirmándose con una justificación reciproca las dos partes de nuestro trabajo, se completan, y forman una obra sólida.

Por ella hemos procurado iniciar á las almas de este tiempo en el conocimiento y culto de la Maternidad divina; pero este solo es el objeto inmediato, no el fin que nos proponemos. Este fin es el de aquella misma augusta Maternidad: el reinado de Jesucristo, su renacimiento en la tierra. Asi como Dios quiso que apareciese la Luz en el mundo por la Virgen, por ella volverá á resplandecer en el Universo. En esta firme convicción se apoyaba un santo de los últimos tiempos al ver que se aumentaba la impiedad é iba en breve á sumergirlo todo. «Si como es cierto, escribia, llega á este mundo el reinado de Jesucristo, solo será una consecuencia necesaria del conocimiento y reinado de la Virgen Maria que le dió á luz la primera vez y le hará brillar la segunda (1).» En la época á que se remontan estas palabras perdidas en la tempestad, y que por un descubrimiento providencial se han encontrado cien años despues, tenían todo el valor de una predicción. Hoy han recibido el homenaje del cumplimiento, y sea cual fuere el desden con que se reciba ó el furor que excite, este acontecimiento trasforma el mundo. Nos ha parecido bien cooperar á él segun nuestras fuerzas. La acogida que hemos recibido alienta nuestra confianza. A muchos sin embargo, no ha gustado nuestro plan y le han tachado de misticismo, diciendo que no somos de

(1) El venerable siervo de Dios, Luis Maria Grignon de Montfort; *Tratado de la verdadera devoción á la santísima Virgen* 4.<sup>a</sup> edición, pág. 7. Al leer este tratadito, no es posible dejar de sentir el espíritu de Dios, el soplo y la llama de lo alto, y de notar en él, de vez en cuando, algunos pasajes que tocan al misterio y á la profecía. Este escrito tendrá ciertamente su peso en la causa de la canonización del venerable autor, que se instruye en este momento.



nuestra época.... No tenemos derecho para aceptar esta nota, porque no se dirige á nosotros propiamente sino á la materia que tratamos, al Cristianismo. Hemos expuesto este grande objeto de nuestros estudios, y hemos procurado hacerlo inteligible; mas no podriamos humillar sus exigencias ante las del lector. La Verdad divina padece violencia; no se aviene con el tumulto de las calles ni con el murmullo de los salones; pide una esfera de atencion mas retirada, mas elevada, sobre todos esos falsos rumores de la tierra, que impiden oír los conciertos del cielo. Requiere almas interiores y espíritus recogidos para quienes su vista es una fiesta, y que en la alegría de su contemplacion digan como el Apóstol: «Señor: bueno es que estemos aquí.» Los demás no pueden por de pronto percibirla: venla aun como aquellos discípulos de Emmaus, á quienes se agregó Jesucristo en el tránsito y le trataron como á *forastero que ignoraba lo que ocurría* (1). No le reconocieron, dice el Evangelio, porque sus ojos estaban como *cerrados* (2). ¡Cuántos hay cuyos ojos están igualmente cerrados por el orgullo de la inteligencia, por las ilusiones de la vida! En disposicion semejante, tampoco ellos podrian reconocer la verdad, ni ser simpáticos á su apolo-gista. Tómanle por un viajero rezagado, por un aparecido de otro siglo; se equivocan: es un precursor de la edad futura.

(1) Luc. XXIV, 48.

(2) Id. Ibid. 16.

---

LA  
VIRGEN MARIA

SEGUN EL EVANGELIO

NUEVOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS SOBRE  
EL CRISTIANISMO.

CAPITULO PREMIERO.

*Relacion entre las tres partes de esta obra.—Caracter de la segunda parte.—Problema de la oscuridad evangélica de la Santisima Virgen.*

El Cristianismo es conocimiento, imitacion y vida de Jesucristo en el mundo.

A estos tres caracteres del Cristianismo corresponden las tres partes de estos *Nuevos Estudios*, cuyo objeto es inspirar el conocimiento, la imitacion y la vida de Jesucristo, por medio del conocimiento, la imitacion y la vida de la Santisima Virgen; su conocimiento, considerada en el Plan divino; su imitacion, considerada segun el Evangelio, y su vida en la Iglesia.

Por la ejecucion de la primera parte de esta obra se ha podido juzgar, como contribuye al conocimiento de Jesucristo el de la Virgen Maria.

Para conocer á la Virgen Maria hemos debido estudiar á Jesucristo y todo el Plan divino de que es centro, pues que la Virgen Maria solo es cuanto es, la *Madre de Dios*, por su relacion con Jesucristo y con este Plan sublime. Igualmente,

para conocer bien á Jesucristo, es necesario estudiar á la Virgen María, pues que el mismo Jesucristo solo es lo que es, el *Verbo Encarnado*, por su relacion con la Virgen.

Así por esta doble y recíproca relacion, sea porque para conocer á la Madre es necesario estudiar al Hijo, sea porque para conocer al Hijo, es preciso estudiar á la Madre, la Virgen María es el campo de estudio de Jesucristo, el *criterium* de su conocimiento y de el del Plan divino. Consistiendo este Plan magnífico de nuestros destinos en haberse bajado Dios hasta nosotros para elevarnos hasta él, solo deja ver toda la unidad y toda la amplitud de su economía refiriéndose á ese Seno Virginal que es el término de arribo y el punto de regreso de ese vasto movimiento de la Religion que abraza el cielo y la tierra, y que nos lleva de los confines de la creacion á las profundidades de Dios.

Por imperfecto que haya debido ser nuestro trabajo sobre este primer punto, nos atrevemos á creer que ha producido el asombro y la admiracion de tanta grandeza en un asunto que se creia impropio para el ejercicio de la inteligencia, y que ha levantado el culto de la Maternidad divina del desden con que le miraban sus adversarios, oprimiéndolos con su majestad.

Nuestra misma insuficiencia ha debido coadyuvar á este efecto; porque no puede suponerse haya sido capaz nuestro entendimiento de crear una concepcion tan maravillosa. El inventor, en tal caso, seria mas admirable que el sistema; de manera, que la divinidad del Plan cristiano aparece de la debilidad misma de su apologista.

Prosiguiendo ahora nuestra idea, debemos, despues de haber considerado á Maria en el Plan cristiano, estudiarla primeramente en sí misma,

tal cual nos aparece en el Evangelio, como el modelo mas perfecto de imitacion de Jesucristo, y despues viviendo y cooperando á la vida de Jesucristo en la humanidad.

Estudiada esta flor celestial en sus raices, quisiéramos considerar su tallo y su cáliz.

Tales son las dos partes que nos restan que tratar.

El presente volumen lo consagramos á considerar á *la Virgen Maria segun el Evangelio*. Aqui mudamos de terreno, pues habiéndonos movido hasta ahora en una region puramente metafisica y dogmática,—rigurosa indudablemente en sus términos, pero vasta é infinita en sus espacios, hasta imponernos mayores esfuerzos para contenernos en ellos que para recorrerlos,—en la actualidad descendemos al reducido terreno del hecho, de la narracion evangélica, de una biografia de la Santísima Virgen, trazada toda en caracteres sagrados, que se hallan á la vista de todo el mundo, que estan gravados y sellados en la atencion universal, y en los cuales nos vemos encerrados como entre las rejas y las cerrojos de una cárcel.

Y no obstante, nos sentimos desahogados en este terreno, como si el milagro del ángel que hizo caer las ataduras de San Pedro, que le abrió las puertas de hierro de su prision y que le hizo pasar la doble guardia que le custodiaba, debiera renovarse respecto de la Virgen Maria, y formarle de las cadenas de su oscuridad una vestidura de gloria.

El Angel que así ha de libertarnos ha de ser el Angel de la interpretacion.

La interpretacion, en lo relativo al Evangelio, no solamente se halla autorizada, sino que es necesaria. El Evangelio es seguramente una narra-

ción histórica; los hechos que refiere se han verificado realmente en este mundo, tales, absolutamente tales como los refiere: y como el Evangelio es de una veracidad inspirada, es la mas sencilla, la mas fiel y la mas *histórica* de las narraciones. Pero estos mismos hechos del Evangelio, históricos hasta lo sumo, se diferencian de los demás hechos de la historia en que son Misterios. Entiéndase bien, *Misterios* y no *Mythos*; porque un *Mytho* es una verdad oculta en una *fábula*, mas un *Misterio* es una verdad oculta en un *hecho*. Así pues, los hechos evangélicos entrañan, contienen en su realidad histórica un espíritu que los transfigura sin desnaturalizarlos: son como una encarnación de verdades de la misma naturaleza que la Encarnación del Verbo, pues que constituyen como su irradiación misma; pudiéndose decir de la letra del Evangelio lo que dijo S. Agustín de la carne de Jesucristo: *Caro vas fuit quod habebat: attende non quod erat.* (1) «La carne fué el vaso que le contenía; pero no lo que Él era.»

Sería pues infiel al Evangelio y se engañaría indudablemente respecto de él, quien se atuviera á su letra, al vaso de los hechos y no á su espíritu; y hé aquí probada la necesidad de instituir la interpretación,

Esta interpretación, bien emáne directamente de la institución referida, bien se manifieste bajo su salvaguardia, encuentra en el sentido católico, cristiano, racional, de aquellos á quienes se dirige, una comunidad de espíritu que les hace reconocer su verdad, constituyéndoles bajo este respecto, jueces de la misma.

Segun este espíritu de conformidad con nuestros lectores, vamos á intentar una prueba que no ha sido jamás completamente hasta el día,

(1) *Tract. in Joan.*, 27.

en nuestro concepto: la de hallar en la narración del Evangelio, sin añadirle ni quitarle nada, la figura de la Santísima Virgen en toda la grandeza y magnificencia que tiene en el Plan divino, y la relación de su vida en la tierra con su culto en la Iglesia, con su poder y su gloria en el cielo.

En esto, vamos á combatir la preocupación mas difundida contra la Virgen Maria y que origina á su culto una multitud de censores.

¡Cuántos corazones no existen que permaneciendo cristianos á la prueba de la vida oscura de Jesucristo, flaquean al contemplar la de su santa Madre; que midiendo secretamente la gloria y el poder que la Iglesia atribuye á la Santísima Virgen, y los honores que le tributa, por esta oscuridad, por esta vida como sepultada, por la reserva y por la severidad aparente de Jesucristo para con ella, proscriben todo lo que realza á Maria sobre ese estado de inferioridad, como una superfetación reprobada por el Evangelio!

Esta preocupación es moderna, y revela un empobrecimiento de cristianismo. Autorizándose con el hecho del Evangelio es especiosa; pero lo es del modo mas tosco. Ofende al sentido católico, al sentido cristiano, al sentido moral, y á ese mismo Evangelio con que se autoriza tan abusivamente, y manifiesta por medio de todo lo que derriba, de todo lo que vulnera para combatir el culto de la Virgen, todo lo que este culto conserva y contiene de vital y de verdadero en el mundo.

Favorécele, sin embargo, que por otra parte no se tiene en cuenta lo suficiente el problema de la oscuridad evangélica de la Santísima Virgen: y como no existe menos este problema porque se le desatienda ó disimule. llega á ser, por falta de solución, una piedra de escándalo contra la que van á chocar los *spiritus pesados*, como

llama Bossuet á los censores del culto de Maria. Por esto creemos deber tratar á fondo, ante todo, esta cuestion capital, descartando desde luego de ella el campo de nuestro Estudio, y haciendo con su solucion el pórtico de este nuevo trabajo.

Comencemos primeramente proponiendo bien el problema.

Asi pues, este problema ó hablando con mas exactitud, este Misterio cuya clave necesitamos, antes de entrar en el curso de la vida de la Santisima Virgen, puesto que encierra toda esa vida, es la oscuridad, el silencio, el eclipse ó desaparicion profunda de esa figura de Maria en el Evangelio, comparada. no diré con Jesucristo, sino con los Apóstoles, los discipulos, las demás simples mujeres que en él se mencionan. No hay duda que Maria aparece en la primera parte del Evangelio, y los misterios de la Anunciacion, Visitacion, Natividad, Purificacion, Huida á Egipto, vida comun en Nazareth y sumision de Jesús adolescente, son, segun veremos, misterios gloriosos de la Maternidad divina. Pero como este primer brillo proviene á Maria enteramente de Jesucristo, el cual á la sazón le era como inherente, desaparece para siempre, desde el momento que Jesús toma posesion de su vida evangélica, y se presenta á nuestra admiracion por las maravillas de su poder y de su palabra. Desde el punto en que se destaca la personalidad de Jesucristo para salvacion é instruccion nuestra, en que *comienza á obrar y á enseñar*, como dicen los actos de los Apóstoles, en que rinde los oráculos de su sabiduria, en que realiza los prodigios de su poder, en que derrama los beneficios de su misericordia, en que se asocia con los Apóstoles, en que se hace discipulos y amigos de los mas humildes pescadores, en que se

crea una familia de cuanto recoge al paso, y se incorpora la humanidad por la mas encendida llama de la caridad divina, una sola criatura permanece fuera de estas familiares y gloriosas camunicaciones. á una sola se la deja en paraje apartado y sombrío, y solo reaparece dos ó tres veces para ser mas profundamente eclipsada: esta criatura es Maria! la Madre de Jesús! la Madre de Dios! la que honramos con tantos homenajes! Ese Hijo amantísimo de sus entrañas distribuye puestos y elogios que valdrán á los que los obtienen una fama universal: dirá de Juan Bautista *que es mas que un profeta y cual no ha salido mayer entre los nacidos de mujeres*; á Simon dirá: *Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia*; del Centurion: *no he encontrado tanta fé en Israel*; á la Cananea: *¡Oh mujer, tu fé es grande!* de Maria, hermana de Marta: *Ha escogido la mejor parte*; de Magdalena pecadora: *Donde quiera que se predique el Evangelio, es decir, en el mundo entero, se contará en alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer en este momento*. Se asentará para conversar con la Samaritana; se constituirá defensor de la mujer adúltera; preconizará el denario de la viuda; se moverá á compasion de la viuda de Naim; bajo el peso de su cruz, objeto de la rabia de sus verdugos y de la piedad del universo, volverá á las mujeres de Jerusalem las lágrimas que les hizo derramar esta compasion; nadie quedará olvidado de los rasgos de su bondad; los publicanos y los malhechores, los estroñeros y las prostitutas; la multitud que debe pedir su muerte, y aun sus verdugos y hasta las piedras de Jerusalem, todos recibirán su parte: para su Madre, nada. Me equivoco: *mujer: ¿Qué hay de comun entre tú y yo!* Como si se quisiera dementir expresamente las palabras con que fué sa-

ludada al principio *Bendita entre todas las mujeres*, se la desconoce, al parecer, entre todas las mujeres. Este es su privilegio de Madre. El Evangelio solo nos manifiesta que Maria seguia á su hijo, para decirnos que no llamaba su atencion. Maria aparece solamente entre la multitud; y si se levanta de esta multitud una voz para felicitarla, anticipando la de los siglos futuros, Jesus dirige esta voz á la generalidad de los escogidos, como para privar á su madre de este testimonio. Asi, cuando la situacion se hace íntima por un privilegio de amor, ó de gloria, como en el Tabor ó en la Cena, está ausente Maria, no se la menciona, solamente en el Calvario vuelve á aparecer para ser admitida á la participacion de la ignominia y de los padecimientos de la cruz; y entonces solo es objeto de la última atencion de su divino Hijo, para destinarla á otro.

Aun mas: la muerte de Cristo, que consuma todas las cosas, no pone término á la oscuridad de Maria. Esta oscuridad se prolonga y aun se acrecienta por entre las glorias y las alegrías de la resurreccion. Es sepultado Jesucristo: resucita Jesucristo: ¡qué situacion para una madre, y para una madre como Maria! ¿Quien deberá hallarse en el primer término de este cuadro si no es ella? ¿Quién será la última en abandonar este cuerpo desfigurado? ¿Quien será la primera en volverle á ver glorioso y triunfante? Asociada á todas las pruebas de su mortalidad, de sus humillaciones y de sus padecimientos desde el pesebre hasta la cruz, ¿quién lo será finalmente en la aurora de su eterno esplendor? ¿quién será favorecido con sus misteriosas apariciones y se nos mostrará en el grande acontecimiento de la Ascensio, recibiendo las últimas bendiciones de Jesus y siguiéndole en la nube que le oculta á la vista de todos, pero aun

no á la de una madre? ¿lo será sin duda alguna esta Madre? No. El Evangelio no hace la mas minima mencion de ella en todas estas circunstancias. Olvido y eclipse tanto mas profundos, cuanto que sobre el fondo luminoso de la gloria de Cristo se cuentan y se destacan todas las demás figuras. ¡Dichosa Magdalena que le vió sola la primera vez! ¡Dichosas Salomé, Maria, madre de Santiago, y sus compañeras, que le vieron, le adoraron y le besaron los piés la vez segunda! ¡Dichosos los discipulos de Emmaus, á los cuales se juntó en el viaje y que le reconocieron en la fraccion del pan! ¡Dichosos los discipulos congregados que le vieron aparecer en medio de ellos, estando las puertas cerradas! ¡Dichoso Tomás, que fué invitado á poner su dedo y sus manos en sus sagradas llagas! ¡Dichosos todos vosotros que le habeis visto en la tierra como le veremos nosotros en el cielo! Mas aquella á quien deben llamar bienaventurada todas las generaciones y á quien debe dirigir la Iglesia este cántico: *Regocíjate Reina del cielo, porque Aquel que has merecido llevar en tu seno, ha resucitado como lo habia dicho*; Maria, no figura en ninguna de estas escenas de gloria y de júbilo en el Evangelio, y creeriamos que no era ya de este mundo, segun lo poco que en él figuraba, si por una mencion que asombra despues de tanto olvido, no se la nombrase, y eso en último lugar en los *Actos*, entre los apóstoles y las santas mujeres reunidos en el cenáculo de Jerusalem.

Tal es el caracter general de la vida de la Santísima Virgen: la oscuridad; carácter tanto mas profundo cuanto que nadie lo hace notar en el Evangelio, que esta oscuridad misma es oscura, por decirlo asi, y que hasta la misma Maria, como si estuviera de inteligencia con todo lo que la

eclipsa, no se manifiesta por accion alguna, no dice ninguna palabra que la haga notable, justificando asi, en cierto modo, la inatencion de todo cuanto la rodea.

No hemos temido exponer este problema en toda se claridad á un á riesgo de alarmar, por de pronto, á algunas almas piadosas, íntimamente convencidos de que llevando siempre en sí la verdad su propia justificacion, de nada tiene tanto que temer como de esos miramientos y de esos claros-oscuros que dejan ver las dificultades y solo ocultan las soluciones, que una franca exposicion de la verdad hace brotar como espontáneamente.

Así, despues de la exposicion que precede, ¿pueden admitir el sentido moral y el sentido comun mas vulgares, que la Madre de Cristo, anunciada desde tiempos remotos por tantas profecias y figuras; objeto de la embajada de un Angel y de sus homenajes como *Uena de gracia y bendita entre todas las mujeres*; llamada á dar y á discutir su libre consentimiento de alianza con el Altísimo; hecha Madre, sin perjuicio de su virginidad; Madre, esposa, templo vivo de Dios mismo; saludada tan profundamente por Isabel, en la plenitud de la inspiracion del Espiritu Santo; proclamando ella misma bajo la doble inspiracion del mismo Espiritu, y del Verbo que lleva en su seno, su grandeza y su gloria eternas en ese cántico de su humildad y de su reconocimiento, que han preluñado todos los siglos pasados y al cual deben responder todos los siglos futuros; que la Madre de Cristo, repito, que despues de haberlo llegado á ser tan gloriosamente por el gran misterio de la Encarnacion, lo ha sido tan soberanamente por treinta años de sumision de Cristo, y tan fiel y dolorosamente por toda una vida de contemplacion y de martirio, solo merezca la oscuridad, el olvido,

la humillacion, de que es objeto en la segunda parte del Evangelio, de parte de un Hijo que es la Justicia, la Verdad, la Bondad misma? ¿No seria esta oscuridad demasiado injuriosa al mismo Jesucristo para admitir que lo sea á Maria? Y si no es injuriosa siendo tan intencional, ¿no es mas bien gloriosa? ¿No es, por lo menos, un *misterio* es decir, un hecho extraordinario, que no se explica naturalmente por sí; que supone un gran designio, una ley oculta, una verdad profunda que provoca nuestra investigacion para ejercitar nuestra voluntad é inteligencia tanto como nuestra fé.

De esto quedaremos convencidos cuando hayamos desenvuelto esta verdad. Entonces será tanto mas reconocida y paladeada cuanto mas se la haya desconocido y desdeñado, y convendremos en que, de todas las lecciones del Cristianismo, despues de la cruz; de todos los ejemplos dados por Jesucristo, no hay uno mas elocuente y mas luminoso que ese silencio y esa oscuridad que envuelven á la Virgen Maria.

En esta iniciacion á la vida general de la Santísima Virgen, vamos á valernos de uno de esos panegiristas que han comprendido mejor ese glorioso misterio de su oscuridad, y cuyo testimonio, en tal asunto, es muy á propósito para despertar la atencion y estimular la apática postracion de tantos católicos tardíos en creer y en honrar la grandeza de Maria. Este panegirista de la *Divina Virgen Maria*, como él mismo se llama, no es Bossuet, no es S. Bernardo, no es Gerson, grandes nombres demasado católicos para hacer impresion en ciertos cristianos: es un protestante; es Lutero.

## CAPITULO II.

### *Solucion del problema de la oscuridad Evangelica de la Virgen Santisima.*

#### I.

Cuéntase de la *Iliada*, que un aficionado á singularidades escribió este vasto poema en caracteres tan pequeños y en papel tan delgado que hubiera podido encerrarlo en la cabida de una nuez.

Si es permitido comparar á las cosas frívolas las cosas santas, diremos, que todas las grandezas, todas las glorias, que reverenciamos en Maria, todas las que se pueden imaginar, y muchas mas, se hallan contenidas en esta sola palabra: *Deipara*, Madre de Dios, Madre de Jesús, que leemos en todo el curso del Evangelio.

Esta sola palabra *Madre de Jesús* contiene todo un poema, y un poema que todos los coros de los Angeles no podrian desarrollar enteramente.

Si no lo reconocemos así, nuestra insensibilidad recae realmente, no ya sobre Maria, sino sobre Jesús, sobre Dios, puesto que la grandeza de Maria se funda en Jesús, en Dios; por lo que, no es el sentido católico lo que se halla debilitado en nosotros, sino el sentido cristiano, el sentido religioso. Esto merecemos saberlo de Lutero.

«Ser Madre de Dios, dice, es una prerogativa, tan elevada, tan inmensa, que excede á toda imaginacion. No hay honor ni beatitud alguna que

#### 27 ESPLICACION DE LA OSCURIDAD DE MARIA.

»se aproxime á una elevación tal como la de ser, »en la universalidad del género humano, la única »persona superior á todas, que no conozca igual en »la prerogativa de tener con el Padre celestial un »Hijo comun. En esta *única palabra* se contiene, »pues, todo honor respecto de Maria, y nadie pudo »dierra publicar en su alabanza mas magnificencias aunque tuviese tantas lenguas como flores »y briznas de yerba hay en la tierra, estrellas en »del cielo y granos de arena en la mar (1).»

*Martini Lutheri super Magnifica, seu Diva Virginis Mariae canticum Commentarii.* Tomus quintus omnium operum, pág. 83, recto. V Vitebergæ, 1554.—Este escrito de Lutero es de 1551; el año siguiente á su rebelion.

Al decirnos el Evangelio que Maria es *Madre de Jesús*, agota pues, con esta sola palabra si se comprende bien, todo lo mas grande que se puede decir en honor de Maria. La coloca en una altura á que no pueden llegar todos los homenajes del universo y que solo sus adoraciones pueden sobrepasar.

Y es verdaderamente notable la manera como señala bajo este concepto á Maria el Evangelio. Por lo comun, da á conocer en él el parentesco inmediato de sus personajes, ó su estado en la vida, separando su personalidad de su ministerio ó del

(1) Qua re (quod Dei Mater facta est) tam præclara et ingentia bona ei data sunt, ut superent captum cujuscumque; hinc enim omnis honor, ac beatitudo provenit, ut in universo humano genere unica sit persona, superior cunctis, cui nemo sit par, quod cum cœlesti patre, filium tantum habeat communem... Ergo propterea unico verbo totus ejus honor concluditur, si parentis Dei insignetur nomenclatura, quando quidem nemo majora, vel de illa prædicare, vel illi nunciare possit, etiamsi tot linguas habeat quot flores terra herbulaeque, caelum stellae, ac mare sustinet arenas.

papel que representan. Pero respecto de Maria, procede de distinto modo. Preséntala siempre en un misterioso aislamiento de todo cuanto la rodea, que hace resaltar su única adherencia á Jesús. Nada se sabe de los actos de su vida doméstica; aparece y desaparece con el solo nombre de *Madre de Jesús*: su divina Maternidad es ella misma.

Y esta Maternidad no es solamente nominal: muéstrasen en ejercicio durante los treinta primeros años de la vida de Jesús, es decir, por triple tiempo que las maternidades ordinarias.

Finalmente, habiéndose tributado los honores divinos, principalmente á Jesús niño por los enviados del cielo y de la tierra, en los brazos de Maria, ha sido, como observa con sumo juicio el cardenal de Berulla una de las grandezas y de las bendiciones de la Santa Madre de Dios, que se quisiera manifestar su Hijo en una edad y en un estado que le obligaba á manifestarse con ella.

La gloria incomparable de Maria, su Maternidad divina, encuentra pues su mas ámplio fundamento, su mas grande esplendor en el Evangelio.

Ahora, pues, esta Maternidad activa durante toda la vida privada de Jesucristo, ha sido pasiva durante su vida pública. Entonces desaparece Maria; se eclipsa, se oculta profundamente, es muy cierto, y nosotros mismos tratamos de hacerlo notar bien.

Pero en primer lugar; ¿qué importa esto á la grandeza de Maria, pues que toda esta grandeza consiste en esa divina Maternidad que le es inherente? Asi como Jesucristo es siempre Dios en medio de todas las humillaciones de su vida y de las ignominias de su muerte, Maria es siempre *Madre de Dios* bajo esta oscuridad que nos la oculta.

Y aun hay, entre la oscuridad de Maria y la

de Jesucristo, una relacion de reciprocidad tan interesante como decisiva.

La divinidad de Jesucristo fué pasiva durante toda su vida privada, que fué el reinado de la Maternidad de Maria, y esta Maternidad se hizo pasiva igualmente en cuanto entró Jesucristo en la vida pública. De suerte que la vida pasiva de Jesucristo corresponde á la vida activa de Maria, y la vida pasiva de Maria, á la vida activa de Jesucristo. Saquemos, pues, la conclusion de esto: La Divinidad de Jesucristo estuvo oscurecida y como aniquilada por treinta años de sumision á Maria. Maria eclipsó á Jesucristo, durante treinta años, y no os escandalizais por ello; pues ¿porqué os escandalizais de que Jesucristo eclipsase á Maria durante los tres últimos años de su vida evangélica? ¿Cómo deducís de esta oscuridad, contra la grandeza de la Madre, un argumento que no sacais contra la divinidad del Hijo? No hay duda que Jesucristo eclipsó á Maria de intento; pero tambien de intento quiso ser eclipsado por Maria; y si no os choca tal intencion en este último caso ¿porqué os ha de chocar en el primero? Son dos misterios, el mayor de los cuales, á que prestais vuestro asenso, debe hacer admitir el menor y serviros para explicarlo, si es que él mismo no lo explica.

Ahora digamos tan solo que en esta reciproca oscuridad, Maria recibe cien veces mas gloria de la oscuridad de Jesús, que la que pierde en la suya; y que, por lo menos, asi como en la primera conserva Jesús toda su divinidad, en la segunda conserva Maria toda su Maternidad, y por consiguiente, toda su grandeza.

Esta grandeza es tal, que nada puede disminuirla ni aumentarla. El Evangelio guarda silencio sobre Maria; Maria misma no dice nada, ni



hace nada durante la gran manifestacion de Jesucristo, y cuando todo lo que la rodea participa de ella. Pero ¿qué mas hubiera podido decir el Evangelio sobre Maria, que lo que dijo siempre: que era *Madre de Jesús*? ¿Y qué otra palabra pudiera haber dicho la misma Virgen Maria, despues de haber dado á luz la Palabra misma? ¿Qué accion, qué milagro podia ella hacer despues de haber obrado este milagro de los milagros? »Maria, dice perfectamente Santo Tomás, nos ha difundido el Verbo de su plenitud de gracia, asi como el padre celestial de la plenitud de su conocimiento.» *Ex plenitudine scientiæ eructat Verbum et ex plenitudine gratiæ Mater effundit Verbum.* »Maria, dice tambien el Angel de las Escuelas, es el sumario de todos los milagros; ella misma es el milagro supremo.» *Maria est miraculorum compendium, et summum ipsa miraculum.* Preguntados ahora, qué es lo que ella ha dicho y lo que ha hecho. Maria ha emitido el Verbo: Maria ha hecho carne al Criador. »El Verbo dijo, y todo fué hecho; Maria dijo, y el Verbo fué hecho carne.» *Dixit Verbum, et omnia facta sunt; dixit Maria, et Verbum caro factum est.*

Despues de esto, toda palabra, toda accion hubieran rebajado á Maria. A semejante grandeza solamente convenian el silencio y la oscuridad, y la hacian resaltar dejándola estar sola. Quien no comprenda esto, no conoce el mas sublime y el mas profundo de todos los valores de expresion en las grandes situaciones del alma: el silencio! la sombra! Le falta el sentido de lo sublime.

Así como despues de haber dado á luz siendo Virgen al Hijo de Dios, debia permanecer y permaneció Virgen de otro parto; asi, despues de haber dicho su *Fiat Verbum* y exhalado el cántico de su gratitud, debia permanecer Virgen de cualquier

otra palabra, de otra cualquiera operacion. Su silencio, su oscuridad es su virginidad misma.

Es sobre todo su maternidad,—el callar y eclipsarse de esta suerte, pues que lo hace por su Hijo.—Es continuar *dándole á luz*. Santo Tomás dice en cierto pasaje, que si no hicieron milagros el gran precursor San Juan Bautista y la Santísima Virgen, fué para que no se dividieran entre muchos las atenciones de los pueblos, y para que solo tuvieran ojos y oidos para Jesucristo: *Ut omnes Christo intenderent.* ¡Cuán verdadera es esta expresion aplicada á la Santísima Virgen! ¡cuanto no debia ella complacerse en este silencio, en ese eclipse que hacia resaltar la divina figura de su Hijo! ¿No era por otra parte la gloria de este Hijo la que le da la Madre? Maria calla, pero Jesús habla; Maria se eclipsa, pero Jesus aparece; y por cuanto dice y hace Jesus, recibe la *Madre de Jesus* mas honor y mas dicha que por cuanto ella misma pudiera decir y hacer. Todo cuanto demostraba al mundo lo que él era, demostraba lo que era ella; cada obra que le manifestaba *Hijo de Dios*, la manifestaba incontestablemente *Madre de Dios*. Cada ola nueva de esta mar creciente de divinidad que debia purificar al universo, la levantaba y elevaba como un arca de santidad sobre este misericordioso diluvio. Así, oid esa voz que sale de la multitud, en vista de las maravillas de Jesucristo: ¡Bienaventurado el seno que te ha llevado! ¡bienaventurados los pechos que te lactaron!» Voz gloriosa para Maria, y que solo reprime Jesus, segun veremos, por una razon aun mas gloriosa. En la union incomparable en que estaba la Virgen con este divino Hijo, por la naturaleza y por la gracia, por su virginidad y por su Maternidad, que solo formaban un corazon que ha de

atravesar la misma espada de dolor, ¿que tenia ella que hacer, despues de haber dado á luz y educado á su Hijo como hombre, sino *admirarle* en silencio como á Dios y *conservar en su corazon todas estas cosas?* Oh! y cuán Virgen es! oh! y cuán Madre es! ¡Y cómo es la digna Madre de Jesus en esa silenciosa oscuridad en que nos la oculta, y que por lo mismo nos la muestra tanto mas el Evangelio!

Hasta el paganismo hubiera comprendido la belleza moral de esa pobreza de la Madre ataviada solamente con su Hijo, y despojada de toda otra distincion para revestirse mejor con él; y aun nos ofrece una sombra de ello.

La hija del grande Scipion y madre de los Gracos, Cornelia, mujer heroica, digna de esta doble ilustracion, admirable sobre todo como madre, recibia un dia la visita de una señora de Campania sumamente rica, y aun mas fastuosa que rica. Despues de complacerse esta señora en ostentar á su vista sus diamantes, sus perlas, sus joyas mas preciosas, la suplicó con instancia que la mostrara tambien los suyos. Cornelia no respondió á esta celosa invitacion y pareció ceder en riqueza á su interlocutora. Hizo girar la conversacion sobre otra materia para esperar el regreso de sus hijos que estaban en el Foro, y cuando regresaron estos y entraron en el aposento de su Madre: *Hé aquí*, dijo á la dama de Campania, mostrándoselos con la mano, *estas son mis joyas y mis atavios.*

Hé aquí, diremos nosotros tambien, señalando á Jesucristo en los brazos de Maria, hé aquí sus grandezas y sus glorias; y el Evangelio, no recomendándonosla por ninguna otra circunstancia, por ningun otro título que el de Madre de Jesus, no hace sino consagrarla por este título.

La opinion romana, movida de ese sentimiento respecto de Cornelia, la levantó en vida una estatua, con esta sola inscripcion: *Mater Gracchorum.*

Y tambien leemos en la historia del cristianismo primitivo, que los Griegos, tan afectos al culto de la Santísima Virgen, no ponian jamás corona alguna de oro, ni de perlas, ni de piedras preciosas en sus imágenes, sino que escribian en la frente en letras de oro esta sola frase *Osotóog MADRE DE DIOS.*

Pero esta primera consideracion no responde á toda la dificultad, porque deja fuera la parte mas oscura del misterio, á saber, la conducta de Jesucristo respecto de la Santísima Virgen. Y en efecto, se comprende, despues de las explicaciones precedentes, que la conducta de la Santísima Virgen respecto de Jesucristo haya sido eclipsarse para no recibir gloria sino de él, y que la de los mismos Evangelistas, sencillos y fieles pintores de lo que tenian á la vista, sea representárnosla tal cual era, pero ¿cómo explicar que este Hijo, este Jesús prive en cierto modo de sí mismo á esta Madre que se priva de todo por él, mayormente cuando él se da y se prodiga á todos cuantos le rodean? ¿Cuál es la razon de esta única excepcion de aparente disfavor respecto de Maria?

Esto es lo que debemos explicar.

## II.

Aquí entramos en la region de lo sobrenatural; pero como esta region se nos ha abierto por la fé, se encuentra en ella la razon, se desplega y se enriquece con un mundo nuevo.

Aun antes de introducirse allí por la fé, se le aproxima por medio del racionio.

Y en efecto:

De todas las explicaciones que debemos descartar primeramente, si existe alguna que rechace la razon sobre todas las demás, es la que atribuye á indignidad en la Santísima Virgen la causa de este disfavor aparente de que es objeto; porque una vez en la via de esta explicacion, seria necesario llegar lógicamente hasta decir, que la Santísima Virgen era, no solamente mas indigna que los Apóstoles y que los discípulos, sino mas que la Cananea, mas que la Samaritana, que la pecadora pública, que la mujer adúltera, que el ladrón, puesto que todos fueron agraciados por Jesucristo con favores y atenciones, que no tuvo con ella. Y una vez adoptada esta monstruosidad no habríamos explicado nada, y aun nos hubiéramos implicado mas en la dificultad; porque estando la misericordia de Jesus en razon de la miseria humana, como nos lo manifiestan toda su conducta y todas sus palabras, esta mayor indignidad de Maria, hubiera debido atraerla mayor misericordia de parte de Jesucristo.

Debemos pues abandonar esta razon de indignidad.

Mas antes de buscar otra, la razon quiere que fijemos bien primeramente la verdad del hecho.

El hecho Evangélico es por una parte, que la Santísima Virgen es la mas santa de las criaturas; y por otra, que fué la menos favorecida con el testimonio y las atenciones de Jesucristo.

Esta segunda parte del hecho no se pone en duda puesto que es la que sirve de oposicion.

Solo tenemos pues que probar la primera, la eminente santidad de Maria.

Para esto no, necesitamos mas que leer lo qua

se halla escrito en el Evangelio, que Maria es *Uena de gracias*, y que es *benedita entre todas las mujeres*; testimonio tanto mas soberano, tanto mas decisivo, cuanto que es traído del cielo por un Angel, inspirado por el Espiritu Santo, y que por otra parte, nada lo desmiente en el Evangelio, sino que por el contrario lo justifica toda la conducta de la Santísima Virgen.

Viene además á confirmarlo, una induccion poderosa, irrefragable, porque resulta de la conducta general de Jesucristo en el Evangelio. Está sacada de que el grado de santidad de los instrumentos que han servido para la manifestacion evangélica del Hijo de Dios en el mundo, es siempre proporcionado á la grandeza de su ministerio. Este es un hecho cuya explicacion aparece en esta verdad: que jamás da Dios un estado en el órden de su religion, sin dar la gracia que le es propia y necesaria, y que cuanto mas grande es tal estado; mayor es la gracia del mismo, mas elevado el mérito que ella engendra, cuando no se degenera de ella.

Por esta razon, asignamos á los Apóstoles su lugar en la jerarquía celestial segun la que ocuparon en sus relaciones con el Salvador en el mundo. No comparamos sus acciones con las de los otros santos para concederles, segun ellas, un mérito relativo; sino, que hallándose establecida por otra parte su santidad, auguramos de su mérito por los dones que recibieron, y de estos dones por el ministerio que llenaron. Así, se halla colocado sobre todos los mártires el Apóstol San Juan, no obstante no haberle sido concedido dar la vida por Jesucristo. Entre los mismos Apóstoles, se halla colocado San Pedro que renegó de Jesucristo sobre San Juan que le fué fiel. ¿Porqué? Porque por el mero hecho de elegir los doce após-

toles para ser sus compañeros, y entre ellos á San Pedro para guiarlos, les asignó, por la alta investidura y los grandes poderes que les dió, una posición proporcionada á su cargo y superior á toda otra clase de Santos.

El mismo Evangelio hasta nos hace asistir á la operacion de Dios, cuando amolda en cierto modo sus instrumentos y les da un valor relativo á su ministerio. Así, respecto de San Pedro: «Simon! »Simon! hé aquí que Satanás ha querido cribaros »á todos; pero *yo he rogado por tí en particular,* »para que no desfallezca tu fé: cuando tú hayas »sido convertido, cuida de confirmar á tus her- »manos (1)» Así de Saulo, derribado en el camino de Damasco, y convertido, de vaso de iniquidad, «*en vaso de eleccion,* para llevar el nombre de »Jesucristo ante los gentiles y los reyes.» Así de Juan Bautista, *presantificado* desde el seno de su madre para su gran ministerio de Precursor.

Establecida esta regla, resulta de ella, que habiendo tenido Maria con Jesucristo la relacion incomparablemente mas elevada é inmediata, habiendo sido elegida para manifestarle antes que otro alguno en el mundo, para *darle á luz*, ha debido ser de una santidad que excede á toda imaginacion, y cuando leemos en el Evangelio que está *llena de gracias*; que es *benedita entre todas las mujeres*; que *ha bajado á ella el Espíritu Santo*; que *la ha cubierto con su sombra la majestad del Altísimo*; que *el Señor está con ella*; que *le ha hecho grandes cosas*, etc.; todas estas expresiones, por significativas que sean, son demasiado limitadas para contener la idea de toda la gracia y santidad que debió ser derramada en Aquella, que concibió, llevó y dió á luz al Autor de la gracia al Santo de los Santos.

(1) Luc., XXII, 31.

Es pues cierto y sin ningun género de duda, ya por las declaraciones solemnes del Evangelio, ya por la induccion analógica sacada de la incomparable grandeza de su ministerio, que la Madre de Dios es la mas digna, la mas pura, la mas santa de todas las criaturas.

No es menos cierto, como ya hemos visto, que fué la menos favorecida por el testimonio y atenciones de Jesucristo.

Estos son dos hechos tan dignos de consideracion y tan ciertos uno como otro. En vano se trataria de hacer predominar este sobre aquel; son coexistentes y aun estan conjuntos, como el anverso y el reverso de una medalla.

Es absolutamente necesario que haya una ley que los enlace. Hasta se entrevé quo deben penetrarse y ser el uno la razon del otro; es decir, que la Santísima Virgen ha sido omitida y olvidada en razon de su santidad, y que su santidad está en razon de esta omision y de este olvido.

El supremo esfuerzo de la razon es llegar hasta presentir esta relacion sin comprenderla. A la fé toca ahora explicársela. Esto debe ser; pero ¿cómo es?

Vedlo aqui: la solucion es tan sencilla como admirable: ella ilumina toda la parte moral del cristianismo, como la relacion de Maria con el Plan divino ha iluminado toda la parte dogmática.

Apliqué ahora á la primera verdad, esto es, que la Santísima Virgen ha sido omitida y olvidada en razon de su santidad.

El Hijo de Dios se hizo hombre para venir á salvar y sanar á los hombres. Esta es su única mision; por esto se le da un nombre que le caracteriza: Jesus, que significa Salvador; él es el SALVADOR. Este es su título. El mismo lo ha publicado: «El Hijo del hombre vino á salvar lo que

»habia perecido: (1)»—«No he venido á llamar á justos sino á pecadores (2)»—«No he sido enviado, sino á las ovejas perdidas (3)» Todo el Evangelio está lleno de esta misericordiosa proclamación! Y por cuantas figuras y parábolas no procura el Salvador persuadirnos de esta verdad consoladora! ¡Y con qué energía! La grande y dulce imagen de un Pastor (bajo la cual se pinta) que deja noventa y nueve ovejas en el desierto para correr en busca de la centésima que se ha extraviado, y la mayor alegría que experimenta de haber encontrado esta única oveja que de la conservación de las demás (4), hace resaltar vivamente este carácter exclusivo de la misión del Hijo de Dios. No le basta decir que corre en pos de la oveja perdida; es necesario diga que deja, por ella, noventa y nueve abandonadas en el desierto. Tampoco ha expresado suficientemente su alegría de haberla encontrado, si no añade que esta alegría es *mas grande*, GAUDETE MAGIS, que laque le causa la conservación de todo el resto del rebaño.

Esta oposición en la conducta del Salvador, entre los pecadores y los justos, se expresa todavía con mas viveza en la célebre parábola del hijo pródigo: «Un hombre tenia dos hijos»... uno pródigo y otro fiel. Se sabe la conducta del Padre de familia respecto del pródigo cuando volvió arrepentido de sus extravíos. «Traed presto su mejor vestido y ponédselo; ceñid en su dedo el anillo, poned calzado en sus pies. Id á buscar el ternero cebado y matadlo; y comamos y celebremos un banquete; porque este mi hijo era muerto y

(1) Math, XVIII, 11.

(2) Ibid, IX, 13!

(3) Ibid, XV, 24.

(4) Ibid, XVIII, 12.—Luc XV, 6.

»ha revivido, se habia perdido y ha sido hallado. »Y sesentaron á la mesa.»

Se sentaron á la mesa! Y el hijo mayor, el buen hijo no estaba allí. Olvidado en los campos que regaba todo el dia con su fiel sudor, volvía de ellos cuando oyó de lejos el concierto y la danza *symphoniam et chorum*. Preguntó á uno de los criados que era aquello: Es vuestro hermano, le contestó, que ha regresado, y vuestro padre ha hecho matar el ternero cebado, porque ha vuelto á hallar á su hijo. Al oír esto *se indignó*, dice el Evangelio, y no quería entrar. Su padre salió á suplicarle que entrase, pero él le respondió; «¿Cómo! ¡hay ya tantos años que os sirvo, nunca he traspasado vuestros mandamientos, y nunca me habeis dado un cabrito para comerle alegremente con mis amigos, y apenas ha llegado vuestro hijo, que ha gastado su hacienda con rameras, cuando habeis hecho matar en su obsequio el ternero cebado!» Y habria podido añadir: Y ni siquiera me habeis convidado al banquete! Me habeis olvidado en mi trabajo! en mi fidelidad!

¿Y qué respondió el padre? ¡respuesta admirable! «Hijo mio: tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos, pero razón era celebrar un banquete y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto y ha revivido: se habia perdido y ha sido hallado.»

Y el Salvador, sacando la verdad de estas parábolas, decía: «Os digo que así habrá mas gozo en el cielo por un solo pecador que hiciera penitencia, que por noventa y nueve justos que no han menester de penitencia» (1).

Y las obras del Salvador guardaban conformi-

(1) Luc, XV, 11—32.

dad con sus palabras. Siempre rodeado de pecadores y Publicanos, se sentaba en sus banquetes, y si los Fariseos se escandalizaban, les decia: »Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos: pues yo no he venido por los justos, sino por los pecadores (1),» pues aunque sean mas estimables y mas dignos de mi amistad, no son objeto de mi mision. Como Salvador debo buscar á los que están perdidos; como médico á los que están enfermos; como redentor á los cautivos. Y hé aquí porqué Jesús solo ama su compañía, porqué solo por ellos está en el mundo.

De aquí su eleccion y sus preferencias en el Evangelio. Confia la direccion de todo su rebaño á un Pedro, que ha sido infiel; pone á la cabeza de los Evangelistas á un Mateo, que ha sido Publicano; hace el primero de sus predicadores á un Pablo, que ha sido el primero de los perseguidores; honra á la Samaritana con una conversacion privada sobre sus mas elevados misterios; elogia á la Pecadora y la admite á su mas íntimo trato; y hace de un malhechor público el primero de los predestinados.

¿Qué he de decir ahora para explicar la oscuridad y el olvido en que deja, en que relega, en que sumerge á la Santísima Virgen, y cual de mis lectores no ha comprendido ya el misterio, á vista de esta sencilla exposicion de la mision y de la conducta evangélica del Salvador?

La inocencia, la pureza inmaculada de la Santísima Virgen son las que le valen este disfavor. La frialdad aparente de su Hijo para con ella es el mas irrefragable testimonio de su santidad. El escándalo desde este momento deja su lugar á la edificacion, y el desprecio se convierte en gloria.

(1) Marc., II, 17.—Luc., V, 31.

Jesús no atiende á la Virgen Santísima, así como un médico que viene á curar enfermos no atiende á los que están sanos; como se olvida á los de casa cuando se reciben huéspedes, y aun llegan á convertirse en criados de estos.

Por eso Maria, que tenia en sumo grado la inteligencia y el sentido de esta conducta de Jesucristo, jamás se queja de ella en el Evangelio; sabe que es la *hija primogénita*, que debe ser olvidada y que debe olvidarse de sí misma por sus hermanos los pecadores, hasta llegar á ser su Madre. Este olvido es su mas glorioso privilegio. Ella se lo asocia con alegría como al objeto mismo de su maternidad divina, pues fué Madre de Dios solo para llegar á ser Madre de los hombres.

Si se hubiese quejado, Jesucristo la habria respondido lo que responde por boca del padre de familia al *hijo primogénito* que se indignaba de que se le olvidase por el *pródigo*: «Tú siempre estás conmigo y todos mis bienes son tuyos;» pero es necesario celebrar un banquete de misericordia y regocijarnos, porque vuestros hermanos que son de la raza humana estaban muertos y yo he venido á resucitarlos; estaban perdidos y he venido á rescatarlos.

Segun esta dispensacion, la santidad de la Santísima Virgen debia atraerle el abandono de su divino Hijo, para que atestiguase por este abandono no solo la universalidad de su mision de *Salvador*, sin preferencia alguna, sino tambien su *mayor* simpatia por los pecadores, y su *mayor* alegría por su conversion, conforme á las parábolas.

Deducir de aquí, sin embargo, que los pecadores penitentes aventajan en realidad á los justos fieles, y la Magdalena á la Virgen Maria, fuera un grave error. No es permitido dudar que la inocencia es siempre privilegiada. Y para no

detenemos ahora en hablar de todas sus prerogativas, baste decir en su gloria, que Jesucristo la eligió para si mismo y para Madre suya. Por tanto, si aprecia Jesucristo con mas ternura á los pecadores recientemente convertidos, que son su nueva conquista, creamos que ama siempre con mas ardor á los justos que son sus antiguos amigos: y para elevarnos con Bossuet á principios mas altos, tomémosle esta hermosa distincion: que unos son los sentimientos de Jesús, segun su naturaleza divina y en calidad de Hijo de Dios, y otros son los sentimientos del mismo Jesus, segun su dispensacion en la carne y en calidad de Salvador de los hombres.

»Siendo Jesucristo, como Hijo de Dios, la santidad esencial, aunque se complace en ver á sus piés á un pecador que vuelve al buen camino, quiere todavia con amor mas fuerte á la inocencia que jamás se ha desmentido: y como esta se aproxima mucho mas á su santidad infinita, y la imita mas perfectamente, la honra con una estrecha familiaridad; y por muy gratas que sean á sus ojos las lágrimas de un penitente, no pueden igualar á los castos agrados de una santidad siempre fiel. Tales son los sentimientos de Jesús, segun su naturaleza divina; *pero tomó por nosotros* por amor nuestro cuando se hizo nuestro Salvador... Este Salvador misericordioso habiendo venido á buscar los culpables, solo vivió para ellos, porque para ellos solos fué enviado.... Los Angeles que siempre han sido justos, pueden aproximársele como Hijo de Dios: ¡Oh Inocencia! hé aqui tu prerogativa; pero en calidad de Salvador, prefiere á los hombres pecadores. Del mismo modo que un médico, como hombre, quiere mas bien conversar con los sanos, y sin embargo, como médico quiere mas bien consolar á los enfer-

mos, así este mádico caritativo, como Hijo de Dios, ciertamente prefiere á los inocentes; pero como Salvador, buscará, mas bien á los culpables; y hé aqui aclarado todo el misterio por medio de una doctrina santa y *evangelica* (1).»

De aqui podemos deducir otra consecuencia muy propia para conciliar los diversos sentimientos que nos inspira la lectura del Evangelio respecto á la Santísima Virgen; y es, que Jesucristo tenia dos conductas, dos modos de obrar para con ella: el uno como Hijo de Dios; el otro como Salvador; el uno en lo interior, el otro en lo exterior. Como Hijo de Dios, la colmaba de gracias interiormente, y veia en ella al objeto mas digno de sus complacencias; como Salvador la desamparaba exteriormente y preferia las ovejas perdidas. En su consecuencia, cuando nos sentimos admirados, y tentados á vista de estos misterios abandonados, hay dos reflexiones que deben tranquilizar nuestra fé y satisfacer plenamente nuestra inteligencia.

La primera es, que este abandono de la Santísima Virgen es un magnífico testimonio de su incomparable santidad. Preservada de toda mancha como los Angeles, de quienes era Reina, habia recibido anticipadamente y de una manera insignificante el beneficio de la redencion, y no tenia que participar de ella como los hombres. El mismo impulso que habia movido al Hijo de Dios á dejar el Cielo por la tierra, le hacia abandonar á Maria por los pecadores, pues que por su inocencia inmaculada, Maria era en cierto modo del Cielo.

La segunda reflexion es, que en este abandono, en este olvido en que Jesucristo, como Salvador,

(1) Bossuet. Primer sermón sobre la Natividad de la Santísima Virgen.

sepultaba á la Santísima Virgen, la colmaba de gracias como Hijo de Dios; la bendecía entre todas las criaturas y la elevaba á los mas celestiales consuelos.

Así queda explicada, bajo su primer respecto, la armonia de la elevada santidad con la profunda oscuridad de Maria.

Cuando el sol se eleva sobre el horizonte transfigura todos los cuerpos que existen en la naturaleza, hasta los mas lejanos y mas bajos. Una sola cosa es eclipsada por él á medida que ilumina todas las demás, y son los cuerpos celestes mas próximos á su esplendor: la luna y las estrellas unidas al mismo firmamento.

Así el eclipse de Maria estaba en razon de su aproximacion, por decirlo así, á Jesucristo, en razon de su santidad.

Es necesario ver ahora cómo su santidad guardaba proporcion con su oscuridad.

Aquí penetramos en el corazon del misterio.

### III.

El cardenal Maury en su *Ensayo sobre la Elocuencia del pulpito*, acusa á los panegiristas de la Santísima Virgen de no haber sabido elevarse á la altura de este grande asunto, y no haber comprendido su riqueza. Seguramente es injusto respecto de Bossuet y de Bourdaloue; pero, exceptuando estos dos grandes maestros, es necesario convenir en que los demás oradores merecen esta censura. Massillon mismo, bastante fuerte para conocer la dificultad, y no bastante, al parecer, para vencerla, escribia: *Que semejante composicion oratoria solo es fácil para predicadores sin talento, de quienes nada se espera, que se contentan con todo, que no ven nada mas allá de sus*

*ideas, y se lisonjean de haber hecho un panegirico, desliendo acontecimientos desprovistos de interés en un vacío continuo de lugares comunes (1).*

El cardenal Maury apela de esta sentencia de desaliento; y supliendo en él, lo atrevido de su penetracion, á la santidad de ideas, le hace descubrir el recurso en la dificultad, la riqueza del asunto en su pobreza, la gloria y la grandeza de Maria en esta oscuridad, en este vacío de su vida que es el terror de los que tienen que recorrerla.

Hé aquí el dato ingenioso, y sin embargo sencillísimo, que indica á los oradores. Vamos á dejarle el mérito de su bella exposicion, aprovechándola para nuestro propio pensamiento.

«Al elevar á esta dichosa hija de Judá, por la prerogativa de la Maternidad divina, sobre todos los seres criados, sin excepcion, el Todopoderoso tenia necesariamente delante de la inmensidad de sus miradas, la caida de los ángeles rebeldes. Para él no puede existir en efecto ni pasado ni porvenir, porque todo está continuamente presente á la eternidad de sus pensamientos. Semejante espectáculo le representaba siempre los peligros del orgullo que es el mayor y en cierta manera el único vicio de las criaturas, porque engendra todos los demás. Pero parece que debia temer sobre todo el poder y las sujestiones de este vicio respecto de una Virgen tan favorecida, cuya humildad iba á someter á una prueba incomparablemente mas tremenda que la preeminencia de los espíritus celestes destinándola á ser la *Madre del Criador*. Jamás

(1) Carta de Massillon escrita en 1758, al Padre Renaud, del Oratorio, que acababa de obtener el premio de elocuencia en la Academia francesa.



»alianza de palabras fué tan asombrosa en lábios  
»humanos; y sin embargo, nunca expresion algu-  
»na fué mas exacta y propia segun los princi-  
»pios de la fé. El Cielo quiso, pues, en su mi-  
»sericordia, preservar á Maria de los peligros del  
»orgullo que iba á arrostrar la debilidad de una  
»criatura elevada á tan eminente prerogativa. Hé  
»aquí el objeto del Eterno al fijar los destinos de  
»Maria; hé aquí sus medios. La antorcha de la  
»Religion es aquí nuestra única luz.»

»Por una disposicion especial de la Providencia,  
»y ciertamente muy digna de emanar de la supre-  
»ma sabiduria, hubo en el cielo junto á este de-  
»creto de predileccion y de magnificencia en favor  
»de tal Madre, otro decreto de precauciones y prue-  
»bas, cuyo objeto debió ser, oponer, como dice San  
»Pablo, *á este peso eterno de gloria que Dios obra  
»en nosotros!* (1), un contrapeso igual de humilla-  
»ciones, para abatir en todo el curso de su vida  
»mortal, y *principalmente bajo todas las relacio-  
»nes de su maternidad*, á aquella misma Virgen,  
»á aquella misma Madre, colocada por tan bello tí-  
»tulo y por la divinidad de su Hijo, en la primera  
»grada del trono del Eterno.

«Si, pues, este proyecto está demostrado por  
»los acontecimientos como va á serlo (2), no ten-  
»dremos descubierta y comprobado el secreto de la  
»determinacion de lo alto en los fastos sagrados de  
»la religion? Este hermoso designio del Cielo se  
»puede indicar á los oradores cristianos con con-  
»fianza y admiracion, sin añadir nada á la verdad.

(1) *Æternum gloria pondus operatur in nobis.* II Co-  
rinth. cap. IV. vers. 17.

(2) Maury sin duda tenia la idea de tratar por sí mismo  
el panegirico de la Virgen Santisima; y es sensible que des-  
pues de dar este primer paso no lo haya hecho.

»Pero si esta idea es rigurosamente verdadera,  
»resulta tambien que esta misma Maternidad divi-  
»na, que eleva á Maria en la tierra y en el cielo,  
»sobre todo lo que no es Dios, encierra asimismo un  
»nuevo misterio de proteccion y amor, aunque solo  
»le produzca humillaciones en la tierra. De este mo-  
»do por una disposicion admirable de misericordia,  
»su vida habrá sido consagrada á las humillaciones,  
»y le quedará reservada la eternidad para su triun-  
»fo. Pregunto pues, si la elocuencia cristiana pue-  
»de seguir un surco de luz mas brillante (1).»

Nada hay mas bello y al mismo tiempo mas ló-  
gico y sencillo que esta indicacion.

Quando se abarca el Plan general de la Reli-  
gion; quando se compara el destino de Maria con  
el del Ángel apóstata á quien debia derribar,  
con el de Eva á quien debia levantar; quando se  
considera que era conducido de un estado infini-  
tamente mas bajo, á un rango infinitamente mas  
alto que estas grandes victimas del orgullo, que  
era levantada de la miserable y oscura condición  
de hija de Judea á la deslumbradora dignidad de  
Reina de los Angeles, á la incommensurable altu-  
ra de *Madre de Dios*, el entendimiento se con-  
funde; un vértigo se apodera de la imaginacion, y  
se comprende que semejante grandeza tenia mas  
bien necesidad de ser abatida con humillaciones  
que exaltada con los elogios. Entonces se descu-  
bre el sentido de esta palabra *Mujer* que Cristo di-  
rige á la Virgen Santisima, como para contraba-  
lancear la de *Madre* que la naturaleza y la gra-  
cia le concedian.

Sabemos por Tertuliano que los ilustres triun-  
fadores de la antigua Roma marchaban al Capito-  
lio con tanta gloria, que por temor de que des-

(1) *Ensayo sobre la elocuencia del pulpito*, t. I. p. xxxii.

lustrados con tal magnificencia, no se elevasen al fin sobre la condicion humana, tenia un esclavo, que les seguia, el encargo de advertirles que eran hombres: *Respice post te, hominem te memento* (1). Así Maria, precedida de los patriarcas y profetas de la antigua ley que la habian preconizado con su Hijo; seguida de todas las generaciones futuras hasta nuestros dias y las venideras que deben proclamarla bienaventurada; llevando encadenado y vencido, por su virginal Maternidad, al enemigo del género humano, el infierno y sus despechadas potestades; cantando ella misma en maravilloso cántico su derrota y su triunfo, y yendo así en seguimiento de su Hijo, como Madre, Esposa é Hija querida del Altísimo á recibir en el trono mas inmediato al de Dios, en el cielo, la corona que la estaba predestinada desde la eternidad; Maria, digo, necesitaba en tan prodigioso triunfo la voz no de un esclavo, sino de ese mismo Dios, con quien parecia igualarla tanta gloria, que le recordase su origen y dijese: *Mujer; ¿qué hay de comun entre tú y yo? ¿QUID MIHI ET TIBI EST MULIER?* Mira debajo de tí *respice post te*, y acuérdate de tu condicion, *et mulierem te memento*. Humillacion saludable para la santidad de Maria, pero humillacion no menos gloriosa, pues que, como continúa Tertuliano respecto de los triunfadores romanos: «El mayor motivo de su alegría era verse rodeados de tanta gloria, por lo que era de temer se olvidasen de que eran mortales.» *Hoc magis gaudet tanta se gloria coruscare, ut illi admonitio conditionis suae sit necessaria.*

María, ciertamente no la olvidaba, ella que se reconocia no solo simple mujer, sino esclava. Pe-

(1) Apolog? pág. 55.

ro como su asombrosa elevacion la exponia sin cesar al vértigo del orgullo, nada era demasiado para precaver su alma.

Lutero, aunque infiel á esta verdad, la habia comprendido. «Aunque Maria, dice, tuviese conocimiento de toda la superabundancia de maravillas de que Dios la habia colmado, se comportaba y permanecia en tal humildad que no se elevaba sobre el mas vil y mas abyecto de los seres humanos de la tierra; y por poco que lo hubiese hecho, hubiera sido precipitada instantáneamente por una caída, con Lucifer en el fondo del abismo.» (1)

Siendo el peligro del orgullo proporcionado á la elevacion, cuanto mas alto se ha subido mas exposicion hay de caer. Por esto toda la disciplina cristiana se ocupa en combatir el orgullo, y San Agustin la resume en una regla muy sencilla, á saber: que «la medida de la humildad de cada uno debe ser la de su misma grandeza.» *Mensura humilitatis cuique ex mensura ipsius magnitudinis data est.*

Así como la profundidad de los cimientos de un edificio debe ser proporcionada al peso de su mole, así la profundidad de la humildad de cada uno, debe tener por medida la de su misma grandeza *Mensura humilitatis cuique ex mensura ipsius magnitudinis data est.*

Segun esta regla, siendo Maria la mas elevada de las criaturas, debia ser la mas humilde, y

(1) Tametsi exuberantissima Dei facta in se comperibat, ejus tamen mentis erat ac permanebat, ut non se elevaret supra vilissimum et abjectissimum in terris hominem: nam si hoc perpetrasset, una cum Lucifero in trayssum inferiorem corruisset

Commet sup Magnificat: Tom. V, oper., pág. 79.

para tener ocasion de ser la mas humilde, debia ser la mas humillada; y para ser mas humillada era preciso que lo fuese en lo mismo que constituia su elevacion, su dignidad de Madre de Dios; porque el hombre no puede ser humillado sino en lo que le hace grande. Esta observacion es importante y decisiva.

Si la Santisima Virgen solo hubiera participado de las humillaciones de su Hijo, no hubiese tenido humillacion que le fuese propia, y su humildad no hubiera sido puesta á prueba. Con efecto, las humillaciones de un Dios, no pueden ser las de una simple criatura. Hija oscura de padres desconocidos, esposa de un pobre artesano, ¿cómo haber humillacion en la madre de un obrero, y aun de un crucificado, siendo Dios este crucificado? Para este Dios habia una humillacion infinita en tener por madre á Maria, aunque hubiase sido Reina: para Maria no habia ninguna en tenerle por hijo, aun crucificado. Así pues lo que tenia de comun con su Hijo no le traia humillacion ninguna al paso que le traia grandezas.

Para que fuese humillada con una humillacion real y propia, era preciso que lo fuese en sus mismas excelencias de Madre de Dios, y que lo fuese por mano de su Hijo. Fuera de que cualquiera otra humillacion no hubiera hecho mella en la inferioridad de su condicion natural, su divina Maternidad la hubiera consolado de ella, y aun se hubiera glorificado y regocijado de esta comunidad de fortuna con el Hijo de Dios. Pero ver romperse esta comunidad en el momento de la manifestacion personal de la Divinidad de su Hijo; verse desconocida y renegada en cierto modo, despues de treinta años de vida intima, y cuando todos, hasta los extraños y los mas viles pecadores, son convidados á las bondades que se la niegan;

tener de su divina Maternidad solo el oprobio y no la gloria, el Calvario y no el Tabor; ser abandonada, olvidada, y sepultada en la oscuridad mas silenciosa y profunda á medida que asciende sobre el horizonte la gloria de aquel Hijo de sus entrañas: hé aqui la mas sensible, y por consiguiente la mas saludable prueba de la humildad, de la fé y de la santidad de Maria; y esta es la clave de la conducta de Jesús para con ella.

Esta verdad la vemos como en compendio en un hecho particular del Evangelio, á saber: la conducta del Salvador con la Cananea. La severidad y la dureza misma con que Jesús, tan bueno, rechaza á aquella desgraciada extranjera, que le pedia la curacion de su hija, no eran mas que aparentes; en realidad, estaba al mismo tiempo compadecido de ella; le enternecia su confianza y su perseverancia, y solo queria probarla. Y cuanto mas la probaba, mas crecia, juntamente con el mérito de esta mujer, la admiracion de Jesús, la cual se manifiesta al fin con estas consoladoras palabras; *Oh mujer: grande es tu fe; lo que deseas va á cumplirse.*

De este modo los olvidos y abandono tan intencionalmente reservados á la Santisima Virgen, desde el momento de la manifestacion evangélica del Salvador, solo eran una prueba, que encubria así para ella como para la Cananea, un designio de amor. Solo que aqui, corresponde la prueba á la dimension de la grandeza del objeto: en vez de ser momentánea, es de toda la vida y no termina hasta la Asuncion; en vez de ser impuesta á una extranjera, lo es á una Madre, á la misma Madre de Jesús, á la Madre de Dios, á la mas elevada de las criaturas; pero la cual, por lo mismo, debia ser la mas humillada, y ser humillada en su misma dignidad de Madre de Dios, que constituia su

grandeza y su peligro, y que, consagrada por su humildad, debía formar para siempre su gloria.

Por otra parte, el destino de la Santísima Virgen, en esto, era conforme con el de su divino Hijo, que principió por descender antes de subir, y que decía á sus discipulos que se escandalizaban de sus humillaciones y padecimientos: *¡Oh corazones pesados y tardios en creer! ¿no era necesario que Cristo padeciese todo esto y que entrase de este modo en su gloria?* Este es el designio general del Cristianismo, del que, habiendo sido Maria el primer instrumento, debía ser el mas perfecto modelo. La que debía dar á luz al Humilde de corazon, dice San Ambrosio, debía ser tambien la primera en profesar la humildad. *Humilem corde paritura, humilitatem debebat ipsa preferre.*

Si la suerte de Jesús hubiera sido gloria, pompa, brillo en la tierra, la oscuridad en que sumió á su Santa Madre, habria sido una denegacion de su maternidad; pero siendo la suerte que eligió, humillacion, abatimiento, desprecio, no podia reconocerla y distinguirla mejor que dejándola en la oscuridad mas profunda.

Esta oscuridad, que hubiese confundido para siempre á cualquiera otra mujer, distingue eminentemente á la Santísima Virgen, en oposicion á su dignidad de Madre de Dios que debía valerle toda clase de honores, si no le hubiese debido valer mas bien toda clase de humillaciones. Habiéndose este Dios anonadado, la dignidad de su Madre consistia en estarlo, aun no consultando mas que los sentimientos humanos. ¿Qué diremos pues al considerar que este mismo abatimiento de Dios valió á Maria el honor de llegar á ser su Madre? ¿Cómo hubiera podido engrairse de esta eminente dignidad, cuando ella se representase que procedia del oscuro nacimiento de Jesucristo? Así, le-

jos de disminuir su humildad la consideracion de sus propias grandezas, solo servia para aumentarla; cuantas mas grandezas vé para sí en su maternidad, mas humillacion vé para Dios; y en esta vista, la abate mas bien que exalta una dignidad que cuesta á su Hijo, en cierto modo, toda su majestad y toda su gloria.

Tales eran los sentimientos de la Santísima Virgen, y tales deben ser por consiguiente los nuestros para con ella.

Hay en fin una observacion de las mas importantes, tomada del mismo Evangelio, que disipa hasta los últimos vestigios de la preocupacion que se tiene contra las grandezas de Maria á causa de su oscuridad; y es, que, realmente esta oscuridad de Maria no solo era conforme á la oscuridad de Jesucristo, sino que era necesaria á ella; era esta oscuridad misma. Me explicaré.

Por un designio admirable, que se manifiesta en toda la conducta de Jesucristo y que se encuentra en la economia de su religion y de su iglesia, desde el origen de los tiempos hasta nuestros dias, no todo es luz, ni todo oscuridad, sino un juego alternado de luz y oscuridad en las relaciones de Dios con los hombres, para que estos tengan siempre con qué ser iluminados ó cegados, segun sus buenas ó malas disposiciones, y que la libertad del alma humana, que constituye su grandeza, sea siempre ejercida y dirigida á su mas noble fin.

Segun este designio, Cristo, en el curso del Evangelio oculta su divinidad tanto como la manifiesta, y aun al parecer la oculta mas que la manifiesta; puesto que él la anonadó por su nacimiento en un pesebre y por su muerte en una cruz, para no hacerla brillar sino cuando del fondo de este anonadamiento debia atraer á sí todo el universo, por

un prodigio que supo aun templar lo suficiente, á fin de que, por grande que sea, haya todavia medio para que puedan cegarse hasta desconocerlo ciertas inteligencias.

Lo que hay aquí de evidente es la intencion, y, si me atrevo á decirlo, la preocupacion constante que tuvo Jesucristo en todo el curso de su vida evangélica por sustraerse al brillo que sus obras le atraian. Por todas partes le vemos, despues de obrar un milagro, encargar á los que han sido su objeto que no lo divulguen. Contiene y modera, como velados con nubes, los rayos de su divinidad, que hace aparecer y desaparecer alternativamente para reservar su comunicacion á la fé que le descubre y á la fidelidad que le sigue, al mismo tiempo que la convierte en un enigma que desespera al orgullo y falsa sabiduria de los que le discuten.

Ahora pues, de tódas las nubes con que se ocultaba Jesucristo á los ojos de los judios y que envolvian en una sombra su divinidad, la mas dispuesta para este objeto era Maria. Asi lo vemos en este pasaje del Evangelio. «Muchos que le oian, se maravillaban de su doctrina, diciendo ¿De donde le vienen á este todas estas cosas? ¿qué sabiduria es esta que se le ha dado? De dónde le nace que se obren tantas maravillas por sus manos? ¿No es este el carpintero, hijo de Maria...? Y se escandalizaban en él. (1)»

Despues de haberle eclipsado durante treinta años de vida doméstica, Maria proyectaba tambien sobre la vida pública de Jesús la obscuridad de su maternidad, por un designio, y si me es licito decirlo, por un complot manifesto del que era ella misma instrumento y cómplice.

(1) Marc VI. 2, 3.

Por consiguiente, Jesús no podia glorificar esta maternidad sin ir contra este designio. Tenia que desampararla, sumirla en la obscuridad con que él tambien queria cubrirse en ella. Asi, observad bien, que lo que glorifica sobre todo á esta maternidad, lo que le vale todo el culto que la rendimos, esto es, la divina concepcion del Hijo de Dios en el seno de Maria, *el misterio de la Encarnacion*, era completamente ignorado por todos los contemporáneos de Jesucristo; era un secreto entre Jesús y Maria, secreto que solo debia ser revelado mas tarde por Maria á los Evangelistas, quienes nos lo refieren segun el orden de los acontecimientos, pero no segun el orden del tiempo en que les fué conocido; lo que dá á Maria, como veremos, una importancia considerable, tanto por la humilde y profunda discrecion que le hizo guardar en su corazon este grande y glorioso misterio, como por el testimonio que de él dió á la tierra en el tiempo por Dios determinado.

Comprended ahora una de las mas bellas razones de la obscuridad de Maria en el Evangelio, que es servir á la obscuridad de Jesucristo y poder hacer que dijeran de él: ¿No es este el hijo del carpintero? ¿Su Madre no se llama Maria...? (1).

Solo á las generaciones futuras, á nosotros, estaba reservado saber cada vez mas abiertamente, por diez y ocho siglos de beneficios y milagros, que el hijo del carpintero era el *Hijo del Altísimo*, y la que se llamaba Maria, la esposa del Espíritu Santo, la *Madre de Dios*.

Volviendo ahora á la idea principal que ha sido el objeto de este párrafo, á saber, que esta grandeza de Madre de Dios debia tener un con-

(1) Marc. XIII.

trapeso de humillacion que preservase á Maria del vértigo del orgullo á que la exponia una elevacion tan prodigiosa y la condujera, siguiendo los pasos de su divino Hijo, por los abismos de la humildad á las cimas de la gloria, reproducimos esta deducccion: que siendo la medida de la humildad de cada uno la medida de su propia grandeza, todas las humillaciones, todas las omisiones, todos los abandonos que deprimen á Maria en el Evangelio, la elevan y exaltan juntamente en la Iglesia y en el Cielo. Maria no es digna de toda clase de honores por mas que haya sido humillada, sino porque ha sido humillada, *EX HOC BEATAM ME DICENT OMNES GENERATIONES*; y del mismo modo que nosotros adoramos con San Pablo no solamente á Jesucristo, sino á Jesucristo crucificado, *ET HUNC CRUCIFIXUM*: del mismo modo no honramos solamente á Maria, sino á Maria humillada.

No debemos perder de vista sobre todo aquella consideracion que dejamos presentada, y que es como el rayo de luz que viene á iluminar el punto culminante de la objeccion y á convertirla en prueba; qué para que Maria fuese humillada real y eficazmente, era necesario que lo fuese en lo que constituia su grandeza, *como Madre*; de consiguiente por aquel de quien provenia esta grandeza, *Jesús*, y en las circunstancias mas propias para hacer resaltar de una manera adecuada á la grandeza que la era propia.

La suprema humillacion del Hijo de Dios, no fué la de ser desconocido por los hombres, sino que tuvo lugar cuando en lo mas fuerte de su abatimiento exclamó: *Padre mio: ¿porqué me has abandonado?*—La suprema humillacion de la Madre de Dios, tenia que ser otra, aunque análoga, es decir; que debia ser abandonada por su Hijo, como este Hijo lo habia sido por su padre. Pero abandonada

EXPLICACION DE LA OSCURIDAD DE MARIA. 57  
como él en la tierra, para ser elevada á la sociedad mas gloriosa con él en el cielo.

Ved, repito, el misterio explicado; ved la dificultad resuelta.

Pero otra explicacion mas convincente todavia, mas filosófica, haciéndonos penetrar mas íntimamente en el corazon del misterio cristiano de la oscuridad de Maria, va á hacer que superabunde en nosotros la inteligencia de esta gran verdad.

Esta explicacion es muy sencilla, como todo lo que es muy verdadero, y consiste en esto: que la suprema grandeza de Maria no está precisamente en razon de su humillacion misma. Su grandeza consiste en ser Madre de Dios; pero esta no es su suprema grandeza. Su suprema grandeza es, que siendo Madre de Dios consiente en ser la mas abatida de las criaturas, porque por este abatimiento se convierte de Madre de Dios, en digna Madre de Dios.

Nos ocuparemos de esta importante consideracion; no conozco otra en que la razon y la fé, la filosofia y la religion se encuentren en mas bella armonia.

## VI.

El genio de la adulacion hizo concebir á un pagano, queriendo exceder todos los límites del elogio en el panegírico de un emperador, la mas filosófica de todas las verdades morales, y le hizo tocar, sin saberlo, en las riberas del cristianismo.

»A aquel que ha llegado al último término de la elevacion—dice Plinio el jóven en su panegírico de Trajano—un solo medio le queda de elevarse todavia, y es abatirse á sí mismo, sin temer nada por su verdadera grandeza; porque de todos los riesgos á que está expuesta la fortuna de los grandes, el que menos tienen que temer es el de envilecerse humillándose.» *Cui nihil ad augen-*

*dum fastigium superest, hic uno modo crescere potest, si se ipse submittat, securus magnitudinis suae. Neque enim ab ullo periculo fortuna principum longus abest, quam ab humilitatis (1).*

Esta hermosa verdad encierra en sí muchas otras, que conviene comprender.

Segun la idea de Plinio, quiere significar que el hombre se muestra superior á la grandeza cuando la domina hasta el punto de poder dejarla y volverla á tomar sin temor de perderla; que con esto manifiesta igualmente que lleva esta grandeza en sí mismo, con un valor personal que brilla por su propia luz y que no sufre menoscabo por la oscuridad. Otro pensamiento mejor se revela de aquellas palabras, y es que siendo la bondad la mas eminente de todas las grandezas, puesto que rebosa en cierto modo y se derrama, y siendo propio de la bondad el descender, el descender asi es hacer un acto de la mas elevada grandeza. En fin, no nos atrevemos á decir que haya un pensamiento de *humildad* en aquellas palabras de Plinio, aunque esta vez se encuentre en ellas, porque aquella divina virtud fué muy desconocida á los antiguos; pero hay al menos un pensamiento de modestia, virtud humana que rehusándose la superioridad á que tiene derecho provoca su concesion de parte de los otros: hé aqui lo que se encierra en la bella expresion de Plinio.

Pero esta expresion se presta admirablemente á un pensamiento de *humildad*, y recibe de él una plenitud que la completa, y por decirlo así, la redondea.

La *humildad*, cuya fisiología hemos tratado de diseñar en la primera parte de esta obra, es una virtud de tanto valor que puede pasar sin la gran-

(1) Panegy. Traj. LXXI.

deza, y la verdadera grandeza no puede pasar sin ella puesto que toma de la misma su mas bello realce.

»La *humildad* en el honor, dice un filósofo cristiano, es el honor del honor mismo, y de la dignidad; y toda dignidad es indigna de este nombre, si desprecia lo que es humilde.» — *Humilitas in honore, honor est ipsius honoris et dignitatis; et omnis dignitas eo ipso dignitatis nomine indigna est, si humilia dedignetur.* — »Porque, añade, lo *humildad* sin honor basta por sí misma para el honor, y el honor sin la *humildad* se encamina á la confusion» — *Humilitas autem sine honore ipsa sufficit ad honorem, honor vero sine humilitate se perducit ad confusionem (1)*

La razon de esta hermosa y esencial verdad es, que la virtud es la mas elevada de todas las grandezas, y la *humildad* la mas elevada de todas las virtudes. De suerte que sustraerse por *humildad* á cualquiera grandeza, es llegar á uua grandeza mas eminente, que la de la mas eminente virtud. De aquí aquellas palabras de San Ambrosio: »Donde se encuentra la mas profunda *humildad*, se encuentra la mas alta dignidad; porque, donde de ti mismo te abates, de allí te ensalza esta virtud (2).»

!Cosa admirable y verdaderamente divina que era muy justo reservar á los humildes que se someten á este virtud y negarla á los soberbios que la desprecian! La *humildad*, esta virtud que se deja para los pequeños, es la virtud de los grandes; y doblemente lo es: primero, porque solo lo grande puede *humillarse*; y luego porque solo lo que

(1) Balduinu sin catena Tilman i Godefridi.

(2) Ubi profunda humilitas. ibi excelsa dignitas... ubi ex te ipso dejectio magna, ibi ex virtute dignificatio maxima.

se humilla es verdaderamente grande.

Y no hay que engañarse; no todos tienen el derecho de ser humildes, no todos pueden descender, sino solo y relativamente aquel que es grande. aquel que está elevado; y como dice Plinio: para elevarse de este modo mucho mas, *Hoc uno modo crescere potest, si se ipse submittat.*

Y apenas llega á la cumbre,  
Cuando aspira á descender.

Por eso solamente hay un ser que pueda ser y haya sido perfectamente humilde, y es el SER SUPREMO, es el ÚNICO GRANDE, es Dios.

Nosotros solo podemos ser humildes por su gracia, que nos eleva lo suficiente para que podamos descender en nuestro concepto bajo la impresion de su grandeza, y vestirnos con ella desnudándonos de nuestra miseria.

Dios mismo ha *aspirado* á descender; ha descendido y por esto se ha elevado: ha adquirido en cierto modo una grandeza que no tenia. Esta proposicion parecerá extraña, pero no es nueva; Bossuet vá á explicárnosla.

»Es una verdad muy sorprendente, y sin embargo indudable, dice Bossuet, que entre los infinitos medios que Dios tiene de fundar su gloria, el mas eficaz de todos se encuentre necesariamente unido á la humillacion. Puede trastornar toda la naturaleza, puede mostrar á los hombres su poder por medio de mil nuevos milagros; mas por un secreto maravilloso, no puede elevar á mayor altura su grandeza, sino cuando se baja y humilla. Ved aquí una novedad muy extraña: no sé si todos entenderán mi pensamiento; pero la prueba de lo que afirmo aparece evidentemente, si atendemos á que Dios, con toda la extension de su

»poder, que no tiene límites, nada podia hacer mas elevado que dar al mundo un Dios hombre, un Dios encarnado. «*Domine, Opus tuum* (1), esta es, Señor, tu grande obra, por consiguiente esta es su mayor gloria, porque Dios solo se glorifica en sus obras.—Digamos, pues, con el profeta: Dios ha hecho una *novedad*, ¿Qué novedad ha hecho? Ha querido elevar su grandeza á su mas alto grado; por eso se ha rebajado; ha querido mostrarnos su gloria en su mayor brillo: *Vidimus gloriam ejus*; y para esto se ha revestido de nuestra debilidad; *Habitavit in nobis et vidimus gloriam ejus* (2). Jamás se vió mas gloria, porque nunca se vió mas humillacion.»

El pensamiento de Bossuet en este fragmento, es algo parecido al que hemos admitido, pero en lo que sigue nos trae mas directamente el auxilio de su autoridad.

»No creais, Hermanos míos, que os predico hoy esta novedad únicamente para alimentar vuestros espíritus con una meditacion vana y curiosa: lejos de esta cátedra semejantes sentimientos: lo que pretendo en todo este discurso, es hacer os amar la humildad santa, esta virtud fundamental del cristianismo; pretendo, digo, hacer os amar manifestándoos el amor que Dios la tiene. Él no puede encontrar la humildad en sí mismo porque su soberana grandeza no le permite bajarse, permaneciendo en su propia naturaleza; es necesario que obre siempre como Dios, y por consiguiente que siempre sea grande. Pero lo que no puede hallar en sí mismo, lo busca en una naturaleza extraña. Esta naturaleza infinitamente abundante no rehusa ir á tomar prestado: ¿para

(1) Habac., III, 2.

(2) Juan, I, 14.



»qué? Para enriquecerse por la humildad. Esto es lo que el hijo de Dios viene á buscar al mundo; »por esta razon se hace hombre, para que su Padre vea en su persona un Dios sumiso y obediente (1).»

Dios tiene toda grandeza puesto que es infinito. Pero esta grandeza, por su misma infinidad, no le permite descender á la liza de la humildad, de la paciencia, de la resignacion, de la obediencia, de la expiacion, de la *virtud*, en una palabra, la lucha de las pruebas y adversidades, porque su naturaleza absolutamente grande, impasible, independiente, soberana y feliz, le mantiene, por decirlo así, fuera de combate. En este sentido la criatura saca de su misma flaqueza una forma de grandeza, que no se halla en Dios, aunque Dios mismo la inspira: la grandeza del mérito y de la virtud; y se concibe, por consiguiente, la ilusion de los estóicos que ponian al sabio sobre Júpiter, y que ponian á Caton al igual de los Dioses.

Así pues, en las relaciones de amor y condescendencia que plugo á Dios tener con nosotros, faltábale, á nuestros ojos, una grandeza: y es la nuestra, la de la virtud. Era poderoso, sabio, bueno, santo, pero no se habia mostrado *virtuoso*. Era Dios; no era el *Justo*.

Y esta es la grandeza que quiso adquirir, para hacernos partícipes del valor infinito que él la daba apropiándose. Para este efecto, descendió, se hizo hombre, para poder sufrir, merecer, vencer como nosotros, y, subiendo de nuevo al cielo, triunfar allí eternamente con esa nueva gloria de la virtud y del sacrificio que su naturaleza de Dios no consentia, y que todos los coros celestiales le

(1) Tercer sermón para la fiesta de la Anunciacion.

decretaron á porfia por estos unánimes acentos: »Digno es el Cordero que ha sido inmolado de recibir poder, divinidad, sabiduria, fortaleza, honor, gloria, bendicion para siempre (1).»

Por este medio se fundó la grandeza cristiana, de la cual dijo tan bien San Pablo mostrándola en su divino fundador Jesucristo: »Porqué subió »sino porque habia antes bajado? El que bajó es »el mismo que ha subido sobre los cielos para llenarlo todo (2).»

Esta grandeza adquirió tambien la Santísima Virgen, descendiendo, y la adquirió, por tanto, mas que ninguna otra criatura, porque siendo su elevacion mas alta, mas profundo fué su abatimiento; y cuanto mas profundo fué su abatimiento, mas sublime ha sido su grandeza, haciendose la grandeza de la humildad, de la fé, de la paciencia, de la constancia, del sacrificio y del amor, y en suma, de la santidad, en la prueba mayor que hubo jamás.

Hé ahí lo que encierra, cuando se sabe penetrarlo, este misterio del eclipse y oscuridad de Maria en el Evangelio.

Aquellos para quienes este estado de la Santísima Virgen nada presenta digno de admiracion, y que no saben cómo explicar este silencio, esta oscuridad, esta sencillez uniforme y comun de la vida de la Virgen Santísima, solo olvidan un punto, y es el tomar en cuenta la eminente dignidad de la Madre de Dios en esa sencillez de Vida. Si Maria solo fuera una mujer ordinaria, nada habria de extraordinario en ese estado oscuro y desconocido; pero siendo llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, Madre de Dios, no puede imági-

(1) Apocalyp. V. 11.

(2) Ad., Ephes, IV, 9.

narse cosa mas extraordinaria y admirable que esa oscuridad, ese olvido en que consiente la sepulcra. Por consiguiente lo que la abate la ensalza, aun sobre su grandeza; lo que la oscurece viene á ser su mas bella auréola.

Teniendo que referir el Evangelio la escena del lavatorio de los pies, hácela preceder de esta reflexión sublime.

»Sabiendo Jesús que el Padre le habia puesto en sus manos todas las cosas, y que él habia salido de Dios y volvía á Dios, se levantó de la cena y dejó sus vestidos; y habiendo tomado una toalla, se ciñó con ella; echó despues agua en un barreño y se puso á lavar los pies de sus discipulos y limpiarlos, etc.» *Sciens quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia á Deo exivit et ad Deum vadit: surgit á coena, etc.*

»Es decir, observa Grocio, justamente enagenado de admiración á vista de este pasaje, que el Hijo de Dios, lejos de olvidarse de quien era en este humilde oficio, se humilló en él con pleno conocimiento de su dignidad; y siendo esto así, ¡cuán sublime se torna esta acción humilde, siendo tal y tan grande el que la hace, que siendo Señor del Universo, bajado de Dios hasta ese punto, va á subir á Dios nuevamente y participar de su trono y su imperio! (1).

Despues de este divino ejemplo, y muy sobre otro cualquiera, se ofrece á nuestra admiración el de la Virgen Santísima, como su mas perfecta imagen.

Sabiendo ella tambien,—asi lo atestigua el cántico de su gratitud,—que Dios habia hecho en ella cosas grandes, y que todos los siglos futuros debían

(1) Grotius, anot in Juan. Ope. Theol. Tom. II. v. 1. pág. 541.

llamarla *bienaventurada teniendo pleno conocimiento* de su dignidad de Esposa del Espíritu Santo, de *Madre de Dios*, se deja poner y se pone ella misma mas profundamente debajo de todas las criaturas. Levantada del polvo sobre todas las virtudes de los cielos por su divina Maternidad, sumida luego otra vez desde esta altura celestial en el mas profundo olvido por sus humillaciones, ni se exalta ni abate un solo instante en tan espantosas vicisitudes: ella se llama *sierra* cuando el cielo y la tierra la apellidan *Madre de Dios*, y obra como *Madre* cuando su divino Hijo la llama *mujer*. La sencillez, la uniformidad, la impassibilidad exterior de esta figura, que no tiene igual entre todas las que aparecen en el Evangelio, ¿no hacen de ella una figura verdaderamente sublime cuando se considera que ella era la que debia comoverse mas, en quien la naturaleza y la gracia debían darse mas combates; la que debia sentir mayores alegrías, los mas grandes temores, las mayores decepciones, los mas recios dolores, los mayores consuelos que haya experimentado jamás alma humana? ¡Qué corazón el que conservaba todas estas cosas, y contenía todas sus agitaciones, cual contendría un Océano sus olas sin dejarlas nunca desbordarse! ¡Qué humildad! ¡qué fé! ¡qué amor! ¡qué sumisión! ¡qué modestia! ¡qué fidelidad! ¡qué sencillez! ¡qué discreción! ¡qué maravillosa union con Dios! ¡qué gracias y virtudes las que estaban luchando con las tempestades de tal destino, y que producían una calma tan profunda, una paz tan grande, una serenidad tan sublime que se ocultán á nuestra atención y nuestro interés, de modo que pasamos sin mirarlas!

Lutero, que tenía una alma grande, porque los

males mayores, así como los mayores bienes, nunca salen de un natural mediano; Lutero, á pesar de sus preocupaciones, no pudo contener el acento de su entusiasmo á vista de este espectáculo.

«No pensais, dice elocuentemente, que es un corazón admirable ese corazón de Maria? *Putas-  
ne hoc mirificum esse cor!* Sabe que es MADRE  
DE DIOS, que está exaltada sobre todos los hom-  
bres, y sobreexaltada sobre todas las mujeres, y  
sin embargo se mantiene siempre en esta sencillez,  
esta ingenuidad, este candor, esta resignación  
de no pensar que no pueda haber sierva que  
la sea inferior... Oh! y cuán lejos están de ese  
corazón nuestros miserables corazones que se hin-  
chan ó deshinchán á merced de la fortuna, sober-  
bios ó viles según ella gira... Mientras que el  
corazón de Maria, inalterable, jamás pierde nada  
de su igualdad, dejando á Dios obrar en ella á  
su gusto, sin sentir por ello otra cosa que un  
grande y fuerte consuelo de alegría y de confian-  
za en él... Sumergida en un abismo de calamidad  
y amargura, sin mas patrimonio que la des-  
gracia y el dolor, no mendiga ningún consuelo;  
hártase de esta única confianza, que Dios es buen-  
no, aun cuando no lo dá á conocer: persevera,  
uniforme en la vicisitud, amando y alabando igual-  
mente la bondad de Dios, ora la experimente ó  
no; no apoyándose en los bienes cuando vienen,  
ni alterándose cuando se retiran; mostrándose en  
ello la verdadera esposa de Cristo, no aficionada  
á sus dones sino á él mismo, no apareciéndole mas  
namable cuando las cosas andan prósperas, ni me-  
nos gracioso cuando la son adversas... ¡Oh sen-  
cillez! ¡oh pureza de este corazón! ¡oh Virgen ad-  
mirable! ¡y qué grandes cosas encubre esa humil-  
dad! *O simplex ac purum cor! o admirabilem Vir-*

*ginem! quam ingentia sub humili delitescunt!!!» (1)*

Tal es el carácter general de la Virgen Santísima; tal resulta de la misma oscuridad que lo cubre.

Entremos ahora en el estudio de los misterios y acontecimientos sucesivos que componen este gran destino.

(1) *Lutheri super Magnificat comment, pág. 79, recto.*

### CAPITULO III.

#### PREDESTINACION DE LA VIRGEN SANTISIMA.

San Agustin y Gerson han establecido dos reglas de interpretacion en extremo juiciosas respecto de los Misterios de la Virgen Santisima, de que no se habla *explicitamente* en el Evangelio, y que no obstante se hallan en él contenidos, como los de su predestinacion, concepcion y natiuidad.

La regla propuesta por San Agustin es la siguiente: »Donde la Santa Escritura no nos da aclaracion alguna relativamente á la Virgen Santisima, debe buscarse lo que sea conforme á la razon. y la razon debe servirnos de autoridad, »puesto que la misma autoridad no existe ni vale nada sin la razon (1).»

La segunda regla establecida por Gerson, es mas especial. »Sacamos, dice, un principio de fé de las palabras de San Mateo, á saber: que Jesucristo nació de Maria, y que por tanto es ella Madre de Dios, »puesto que Jesucristo es Dios. De este primer principio, continúa, sacamos otro segundo, á saber: que era necesario fuese tan grande la pureza de esta admirable criatura, que no pudiera encontrarse otra mas excelente despues de la de Dios. »Ahora pues, de estos dos principios, como de una

(7) Ubi scriptura divina nihil de Virgine commemorat, inquirendum est quid conveniat rationi, fiatque ipsa ratio auctoritas, sine qua neque est, neque valet auctoritas. Serm. de Assumpt. Virg.

#### PREDSTINACION DE LA VIRGEN.

69

»semilla fecunda é inagotable, podrá el espíritu contemplativo sacar las mas sublimes alabanzas, »que la razon apoyada en la fé le sugiera en gloria de Maria, y que puedan explicar perfectamente esta sola expresion que puso ella en su cántico: »El Omnipotente ha hecho en mi: MAGNA: grandes cosas (1).»

Estas reglas son muy atinadas y luminosas: nadie hay que no deba seguirlas. Nada suponen en el Evangelio que no se halle en él contenido; porque es muy cierto que, de uno ú otro modo, la Santisima Virgen fué predestinada, concebida, nacida, etc. Ahora, ¿cuáles fueron su predestinacion, su concepcion, su nacimiento? El Evangelio no nos permite ignorar que fueron tales como convenia á la *Madre de Dios*, á la que llama él *Llena de gracia*, — *Bendita entre todas las mujeres*; — *á quien el Omnipotente hizo grandes cosas*; — *á quien todas las generaciones llamarán Bienaventurada*, etc. Estos son datos *Evangélicos* que no solo podemos, sino que debemas esplanar, por el ejercicio mas noble de nuestra inteligencia hermanada con la fé, y de do llegamos, por el camino mas racional y luminoso, á la ciencia cierta de estos misterios contenidos implicitamente en el Evangelio.

Comencemos esta exploracion evangélica de los misterios de la Virgen Santisima, por el misterio de su predestinacion. La segunda parte de nuestro trabajo va á enlazarse aquí con la primera, con el Plan divino.

Al ver la manera como el Evangelio principia á

(1) Ex hoc autem duplici principio, veluti copiosissimo et amplissimo laudum seminario, habet devoti e contemplantis animus, unde facilliter assurtat ad laudes qua ntaslibet Mariae. Serm. de Nativit. Virg. Mariae.

hablar de la Santísima Virgen, no parece sino que no haya cosa menos preparada y mas casual que su destino: »El Angel Gabriel fué enviado por Dios á una VIRGEN. (1)»

UNA VIRGEN: ¿qué Virgen? ¿Qué habia sido ella hasta entonces? ¿Porqué esta Virgen mas bien que otra mujer? ¿Cómo es objeto de eleccion tan insignie? Cierito que el Angel vá á saludarla *llena de gracia y bendita entre todás las mujeres*; mas esta, puede decirse, es la condicion inmediata del ministerio que vá á desempeñar; no es la razon anterior, designio primordial de su destino. Este destino ¿comienza solamente desde ese instante, sin premeditacion, sin predileccion de Dios respecto de Maria? ¿No la separa de las demás mujeres sino el acontecimiento de su maternidad? En resolucion, *Uega á ser Madre de Dios, ó bien es tal Madre de Dios de fundacion*, si así podemos decirlo?

«La Virgen no fué hallada ligeramente y por acaso; sino que fué escogida y conocida desde la eternidad por el Altísimo, que se la preparó para que fuera algun dia su Madre.» *Virgo non leviter et fortuito inventa, sed á sæculo electa ab Altissimo, præcognita, et sibi preparata* (2).

Tal es la creencia cristiana profesada bajo el nombre de *predestinacion de la Virgen Santísima*.

Debiamos remontarnos hasta ahí para tomar la historia de la Santa Virgen en su punto mas alto y su verdadero principio.

El Evangelio y la razon están perfectamente acordes con esta doctrina.

Con efecto, el mismo Evangelio que envuelve á la Virgen con una oscuridad inmediata, nos abre una luz sobre los siglos anteriores, mostrándonos

(2) Luc. I.

(1) S. Bernard, de Nativ, Virg.

en ellos á esta Virgen destinada ya entonces á dar la vida al Hijo de Dios: «todo esto sucedió, dice el Angel á José, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el Profeta, que dice: *»hé aqui que LA VIRGEN concebirá y dará á luz un Hijo, á quien darán el nombre de Manuel, que significa Dios con nosotros* (1)»

Pues esta profecia, segun veremos en el capítulo siguiente, solo es un eslabon de la cadena de profecias que une la cuna del Salvador con la cuna del mundo, y que por tanto hace subir hasta allá la vocacion de su Madre.

Esta vocacion de Maria debe remontarse aun mas arriba: debe preceder á la creacion del mundo.

Dios anunció desde el principio del mundo la Encarnacion del Verbo en las entrañas de Maria, que debia verificarse en medio de los tiempos, como la Obra de sus Obras. »Señor, dice el Profeta: *»esta es vuestra Obra, que dareis á conocer en medio de los años* (2).»

La Encarnacion, segun hemos visto, es efectivamente la Obra de Dios, de la cual son solo preludio y cortejo todas las demás. El cielo y la tierra, las plantas, los animales, el hombre: hé ahí la marcha ascendente de la creacion, hé ahí *las obras* de Dios, que se enlazan entre sí sucesivamente, se levantan mas y mas de la nada á la vida, y se acercan á su Autor y su Principio que es el único que puede ser su fin. Pero no es esta la OBRA de Dios, es decir, lo que podia Dios hacer de mas grande, mas cumplido, mas relacionado con él mismo.

En el hombre, toda la creacion sensible viene á

(1) Matth., I, 22, 25.

(2) Domine, Opus tuum, in medio annorum notum facies. Habacuc., III, 2.

terminar y enlazarse á la creacion intelectual Pero esta solo está ahí en su primer grado. ¡y qué espacio infinito la separa aun de su fin que es la Inteligencia suprema! Este espacio infinito es el lugar dispuesto y reservado para la Obra de Dios: el HOMBRE DIOS, el Hombre Dios que llena tan exactamente este lugar, que así como aquel es hecho para este, este es manifiestamente hecho para aquel, como para la Obra de las obras de Dios, la que hubo de proponerse al criar las demás; no solo por ser la mas excelente de sus obras, sino porque esta las acaba y consume todas en unidad con su Padre y su Hacedor.

De donde saco por conclusion que el designio de esta Obra se remonta mas allá del origen del mundo, como el designio capital por el cual fué criado el mundo.

Y como este designio de la Encarnacion comprende necesariamente á la Virgen Santísima, en quien y por quien debia realizarse, la recomienda á nuestra contemplacion con el mismo título que el designio general del mundo.

Como el fin de este designio está sobre y mas allá de este mundo, naturalmente no podemos verlo y para ello necesitamos de la fé. Pero sino vemos su fin, vemos su marcha. Con efecto, cada objeto que nos aparecè en la naturaleza, la flor, la abeja, el ave, los grandes ó graciosos espectáculos de la tierra, los mares y los cielos, y el mayor de todos: el espectador, el hombre; toda la creacion en su conjunto, como en sus menores detalles, lleva el sello de un *designio* maravilloso, y revela una Providencia que asombra al naturalista y confundido al ateo: una *Providencia*; es decir, una sabiduría suma que lo ha preordinado todo, que lo sostiene todo, que provee á todo, que lo conduce todo por un conjunto de fines particulares á un fin

supremo, que debemos afirmar bajo la fé de todo cuanto vemos; porque no es posible que este maravilloso conjunto de fines particulares carezca él mismo de un fin.

De esta Providencia universal que se extiende á todo lo que existe, pasemos á la consideracion de una Providencia mas alta y especial, que proclamamos todos los dias, y cuya accion experimenta y atestigua nuestra época; la que se propone al hombre, á la humanidad y sus destinos históricos; que conduce los acaecimientos morales de este mundo, eleva ó precipita las sociedades, y rige desde la alteza de los cielos las riendas de todos los imperios. Esta Providencia solo es una parte de la Providencia universal (1); pero es su parte principal, en cuanto el hombre, que es su objeto, es la obra principal de la creacion. Tiene además un carácter que la distingue eminentemente de la Providencia universal, y es que un elemento extraño viene á combinarse en ella con la accion divina que obra sola en esta, y ese elemento es la libertad humana.

Hay, finalmente, una Providencia, ó si quereis, una parte de la Providencia universal, todavia mas especial y elevada, y es la que se propone el fin supremo y último de la creacion: los destinos sobrenaturales del mundo, su union eternamente gloriosa con su Hacedor. Esta Providencia difiere de la *Providencia* propiamente dicha, en que no versa inmediatamente sobre las cosas naturales, en que obra por una accion de Dios mas eminente que se llama la gracia, y en que termina y consume la obra de Dios.

(1) El acontecimiento de una batalla y el salto de una pulga, dice elocuentemente Montaigne, se inclinan con igual facilidad bajo la mano omnipotente de Dios.

Tiene un nombre que la distingue de las otras dos: se llama *Predestinacion*.

Por tanto, bajo de este nombre de Predestinacion que muchos oidos repugnan como místico, debe entenderse la Providencia aplicada á su último fin; *esa misma Providencia* que en el orden puramente natural, alimenta á los pajaritos y viste á la flor de los campos; que, en el orden moral, conduce las cosas humanas por entre las agitaciones que les imprime nuestra libertad; y que, en el orden religioso, no hace sino realizar finalmente, mediante su gracia, su capital designio, por el cual ha hecho y mueve todo lo demás: la santificación de su nombre y nuestro advenimiento á su reino.

Esta palabra *Predestinacion* se diferencia de la de destinacion, en que lleva consigo una idea de anterioridad. Este es un sentido profundo sobre el que importa no equivocarnos. No quiere significar que, por mas que hagamos, se cumplirá forzosamente nuestro destino, fijado como está *ya* por un decreto anterior. Porque nada hay anterior ó posterior para Dios. Todo cuanto ha de acontecer en el curso particular de nuestra vida, como en el curso general de los siglos, sucede para él en un mismo instante que es siempre. Para nosotros, hay sucesion, porque pasamos; para él, no la hay, porque permanece, y porque siendo inmenso y eterno, está juntamente y á un tiempo en todos los puntos del espacio y de la duracion. Si pues Dios nos predestina á la vida eterna, es ciertamente por su voluntad, pero no sin nuestra fidelidad; es por tanto en vista de lo que haremos, que para él es *lo que hacemos*.

Pues ¿porqué esta palabra de predestinacion, en vez de la de destinacion? Porque para nosotros, que estamos en el tiempo, el acto eterno de Dios

debe parecer anterior; de manera que para darnos la idea de un acto eterno, es preciso representárnoslo como un acto anterior.

Es además y mas realmente, porque esta preposicion de anterioridad, *antes*, significa una prioridad no de *tiempo*, sino de *orden*, una preexcelencia del objeto, por consideracion á la cual complácese Dios en él *mas* que en otro. Es una *eleccion*; de donde la palabra *escogido* es como sinónima de *predestinado*. Dios lo ve todo á un tiempo, pero no con los mismos ojos: cada cosa segun su valor con respecto á él; y esta diferencia de vista es la causa de que en Dios la eleccion de los unos y la reprobacion de los otros tiene diversos grados. De ahí esas locuciones enérgicas de los Libros Santos: *Dios aparta su rostro, ó muestra su faz*, para expresar la enemistad de Dios ó su complacencia; y como él es la vida, nosotros no vivimos sino á proporcion que nos *ilumina con su rostro* (1).

Por esta iluminacion, los escogidos están vivos en Dios que los concibe en su eternidad tales como son en el tiempo; y esta es la predestinacion. «El seno de Dios, dice San gregorio, es su consejo eterno, en el que somos concebidos por la predestinacion antes del tiempo, para que, criados, seamos producidos en el tiempo (2).»

De este modo preexisten en Dios los predestinados, antes ó mas bien *sobre y fuera del tiempo*, á proporcion que por su gracia y la fidelidad de ellos, son partícipes de su ser, viven de su vida, y son por ello objeto de su complacencia y su

(1) Salmo CXVIII, 135, etc.

(2) *¿Quid ergo uterum Dei nisi ejus consilium debemus accipere, in quo ante sæcula per prædestinationem concepti sumus ut, creati, per sæcula producamur, moral lib. XIV, cap. 22.*

amor. El tiempo en tal caso no hace sino probarlos y justificarlos, para gloria de la eternidad y del consejo de Dios que á ella los llama: al modo que un magnífico objeto artístico destinado á la gloria de un monarca, es concebido y ejecutado por el genio de un grande artista en el misterio del taller, y expuesto luego al juicio del público, antes de ser llevado para siempre á su glorioso destino.

La Obra por excelencia que Dios concibió de este modo antes del tiempo para que fuera producida en el tiempo, y para cuyo acompañamiento hizo todo este universo como el teatro de su producción y su venida, es Jesucristo, el Hombre Dios, nacido de Maria y *predestinado Hijo de Dios* (1). *Era antes que Abraham fuese, nacia en cierto modo desde toda eternidad en el tiempo, mediante la predestinacion, que es la anticipacion, en Dios, de lo que debe acontecer en el curso de las edades. Por eso Dios le hacia entrever á los patriarcas desde el origen del mundo, y á los ángeles antes de la creacion, con esa vista con que él mismo le veia y contemplaba plenamente como si ya existiese: esta era desde entonces su Obra que debía MANIFESTAR en medio de los años.*

*En él, dice el Apóstol, somos tambien predestinados antes de la constitucion del mundo para ser conformes con su imagen* (2). En él, por tanto preexistimos como miembros de esta divina cabeza, y nuestra generacion, nuestra salida es, como la suya, de la eternidad.

De esta predestinacion, de esta generacion que preexiste, sale en el mas alto grado la Santísima Virgen Maria, como la imagen mas perfecta de su

(1) Ad Rom., I, 4.

(2) *Ibid.*, VIII, 29.—Ad Ephus., I, 4.

Hijo, y la mas predestinada de todas las criaturas, á incommensurable distancia de todos los escogidos. En ella, inmediatamente despues de Jesus, y mucho antes de todos sus hermanos, fijó Dios la eterna mirada de su complacencia, esa mirada omnipotente que crea todo cuanto él ve, como el sol hace resaltar los cuerpos que reviste y colora con su luz.

Pero la Virgen Santísima preexiste con una predestinacion todavia muy diversa; predestinacion singular, única entre todas, no solo por el grado, sino por el género.

En efecto, si ella es la *primera* criatura predestinada, como la imagen mas perfecta de su Hijo, por otro título es la *única* predestinada, y es como su *Madre*.

Y admirad desde luego el carácter único de esta predestinacion y cuanto separa á Maria de todos los escogidos de la tierra y del cielo, de los hombres y de los ángeles, sin excepcion alguna, formándole un destino que no tiene igual en ninguna de las criaturas.

Puede absolutamente concebirse á Jesucristo sin los escogidos; no es posible concebirlo sin Maria, puesto que es su Hijo, y él no existiria sin ella. El Dios sin ella no fuera hombre, y por la misma razon, el hombre no fuera Dios. Por consiguiente en ella y por ella Jesucristo es predestinado Hijo de Dios.

Porque, vuelvo á decirlo, es predestinado Hijo de Dios, como hombre, y no solo como hombre sino como *Hijo del hombre*, lo cual no es sino por su *Madre*, por Maria.

Así que, la predestinacion de Jesus á la filiacion natural de Dios, implica la predestinacion de Maria á la maternidad divina. Estas dos predestinaciones son necesariamente conexas y correlati-



vas; están entre si enlazadas en un mismo decreto.

¿Tendré yo necesidad ahora de ponderar la gloria, la auréola que hace brillar en torno de Maria esta comun predestinacion cou su Hijo?

Dejo al lector que las contemple, ciñéndome solamente á revelarle su magnificencia.

Añadiré con este objeto, que si conforme á esta correlacion, debia Jesus ser concebido de Maria, Maria debia ser concebida para Jesus, y concebida tal, que ni la santidad del Hijo ni la majestad del Padre tuvieran que sufrir de una maternidad que debia ser su tabernáculo; y por tanto, que lejos de ser tomada de la masa de los pecadores, debia ser formada para un fin mas noble que lo habia sido el género humano, aun en el estado de inocencia.

Por lo cual dice justamente San Bernardo que «aquel que ha hecho á los hombres, queriendo, »para hacerse él tambien hombre, nacer del hombre, debió elegirse, *he dicho poco, fabricarse á sí mismo una Madre tal como sabia que debia convenirle y agradarle.* (1)»

Esto es lo que significa esta expresion de los divinos proverbios: «la Sabiduria se edificó para sí una casa.» *Sapientia edificavit sibi domum.* Asi que, la Virgen Santísima, á quien honramos como *mansion de la Sabiducia*, *SEDES SAPIENTIE*, no es solo la mas digna de las moradas de la tierra, escogida entre todas las hijas de Eva, y purificada, *apropiada á esta divina destinacion*, sino que fué fundada y edificada de intento, *ad hoc*, para ser el templo del Altísimo.

(1) Proinde factor hominum, ut homo fieret, nasciturus de homine, t lem sibi de omnibus debuit eligere, imo condere Matrem, qualem et se decere sciebat, et sibi noverat placituram. Homil. 1, in Missus.

Con esta verdad viene á enlazarse otra no menos sólida y gloriosa para la Virgen Santísima, y es que no habiéndose predestinado el Hijo de Dios á Maria sino para hacerse en ella el *Primogénito* de los predestinados, Maria es la primera predestinada, no solo como Madre suya, sino como Madre de todos los predestinados, como la causa instrumental de todos los bienes que la Encarnacion del Verbo ha traído á la creacion. Su predestinacion abarca todas las predestinaciones, las tiene por fin, y como los medios deben ser proporcionados á los fines, contiene ella por tanto todos los dones, todos los bienes, todas las gracias.

¡Qué idea tan exacta como magnífica no nos dá esto de la dotacion de Maria, y de la riqueza de su predestinacion!

Hé aquí sobre este punto las bellas frases de un Santo Doctor:

«Entre todas las obras del Hacedor eterno, después de aquella por la cual unió vuestro Hijo á nuestra naturaleza, Vos habeis sido una obra de todo punto especial, oh bienaventurada Virgen Maria! Vos á quien hizo expresamente para este fin, *qui ad hoc te fecit*, que lo que habia sido deformado de su perfeccion primera, fuera reformado por Vos. Este supremo Artifice habia constituido en primer lugar la naturaleza angélica, que se habia en parte abatido; la naturaleza humana que se habia corrompido; y la creacion inferior á quien este pecado del hombre habia deshonrado; pero Dios os hizo Santísima para todos estos fines, ¡oh Virgen Maria! para que por vuestro fruto, tres veces bendito, la naturaleza angélica fuese reparada, la naturaleza humana restaurada, y la naturaleza inferior libertada de su maldicion (1).»

(1) Idiota, in Contempl. de Beata Virgine, cap. II.

Para tan gloriosos fines, la Virgen Maria debió ser colmada de todas las perfecciones que debian ser por ella devueltas á la creacion entera, desde la base hasta la cúspide: por ella, digo, por su cooperacion activa y voluntaria, que la hace en cierto sentido el principio de todas estas perfecciones; porque desde la antigüedad mas remota oigo venir á nosotros esta frase del grande San Ireneo, contra los herejes despreciadores de la Madre de Dios: »¿Porqué el misterio de la Encarnacion no se efectúa sin el consentimiento de Maria? — Seguramente porque Dios quiso que fuera ella el principio de todos los bienes.» *¿Quid est. quod sine consensu Marice non perficitur mysterium Incarnationis? — Quia nempe vult illam Deus BONORUM OMNIUM ESSE PRINCIPIUM* (2)

Así, para que fuese el principio cooperador de todos los bienes, dones, gracias, perfecciones que debian devolverse á las obras de Dios asoladas por el pecado de las inteligencias, era necesario que estuviera de ellos colmada, colmada hasta santificar la creacion, regenerar la naturaleza humana, reparar las brechas abiertas en los coros de los ángeles, dar su sangre y su aliento á un Dios.

¡Qué maravilla no es por tanto la Virgen Santísima! ¡Y qué sentido tan profundo no tienen estas palabras del ángel al incl parse en su presencia: »Dios te salve. llena de gracias: el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres!»

Lo que suponíamos al principio de este estudio, para empeñar la cuestion que en él tratamos, que estas prerogativas saludadas por el Angel, en la Virgen Maria, solo eran las condiciones inmediatas y accidentales del ministerio que iba á desempeñar, eso es inadmisibile. Con efecto, por una

(2) Adversus Valentinum, lib. III. cap. XXXII.

parte, perfecciones tan eminentes, potencias de cooperacion tan considerables, como las que elevan á Maria sobre los hombres y los ángeles al ministerio de Madre de Dios, piden, como fondo y raiz, un alma tan diversa de todas las demás almas, como lo son estas facultades y perfecciones de todas las facultades y perfecciones criadas; y por otra parte, como nada sucede en el tiempo que no haya sido predestinado y preordinado en la eterna presciencia y operacion de Dios, á esta presciencia y operacion divinas debe hacerse subir la formacion de este alma de la Virgen Santísima, en vista del ministerio que debia llenar, y junto con la humanidad del Hijo de Dios cuya augusta Madre habia de ser.

Maria fué vaciada en un molde particular. único como su destino: el molde de su misma destinacion de Madre de Dios en la tierra; debiendo ser ella misma por esta divina Maternidad la forma de la humanidad del Verbo.

Es pues lícito, y aun en cierta manera necesario, decir que ella, como toda obra perfecta, está hecha de tal modo para su destinacion, que esta es su razon de ser, su causa final; que no existiria si no fuese Madre de Dios; (1) y por tanto, que es Madre de Dios por fundacion y creacion. Su Maternidad divina no es un acontecimiento y una cualidad, es su constitucion y su mismo ser. Es Madre de Dios, como son los hombres, los Angeles, los querubines, los serafines: forma por si sola una jerarquia, un orden separado, y que sobrepone á todos los demás.

Sin duda, pertenece á nuestra humana natura-

(1) Ipsam fabricavit Filius Dei in coelis. ut esset mater ejus in terris.—Sess. 56 del concilio de Basilea.—Ad hoc solum, dice San Bernardo.

leza, es nuestra hermana, y guárdenos Dios de desconocerlo ú olvidarlo; mas pertenece á nuestra naturaleza como esta pertenece al polvo de la tierra de que formó Dios al primer Adán; tan elevada por obra de Dios sobre la carne y sangre del hombre, como lo estaba el hombre inocente sobre ese polvo de que Dios lo formó; para que fuera ella tambien la tierra Virgen y santa de que debia formar Dios el sagrado cuerpo de su divino Hijo.

Nótese bien, que no es la fé inmediata quien nos dicta estas consideraciones; el raciocinio mas sólido y riguroso, la induccion mas lógica es quien las deduce como consecuencias de las solas premisas de la fé en el dogma de la Maternidad divina de Maria, fé sin la cual nadie es cristiano.

La mas alta y la última de estas consecuencias es, que debiendo, segun hemos visto en nuestros Estudios sobre el *Plan divino*, referirse siempre lo menos noble á lo mas excelente, y debiendo, por esta razon, referirse el mundo á los escogidos, los escogidos á Cristo, y Cristo á Dios, hallamos que la Virgen Santísima despues de Cristo, Maria despues de Jesus, es la causa final de cuanto existe. Al coordinar, al criar y mover todas las cosas en vista de Jesucristo, su Obra por excelencia, de donde saca su mayor gloria *ad extra*, comprendió Dios á la Virgen Maria en esa misma vista por la relacion necesaria que la de su Maternidad con su Hijo, y por todas las perfecciones que la constituyen, despues de él, la obra mas excelente de las de Dios, la que mas le glorifica.

Esta opinion no es nueva ni aventurada, sino tan antigua como el mundo. Un sábio, que se ha consagrado al estudio de las tradiciones judaicas, dice, que era opinion tradicional de los antiguos Hebreos, que el Mesias, y la Virgen de

quien debia nacer, fueron la sola causa final del Universo, (1) y apoyaban este sentir en un pasaje de Jeremias (cap. xxxiii, v. 20) que traducian de este modo: *Nisi pactum meum esset, diem ac noctem, leges terræ ac cæli non posuissem*. Si no hubiese mirado á la union personal que me proponia contraer con mi obra, no la hubiera yo sacado de la nada, no hubiera hecho el dia y la noche, y establecido las leyes del cielo y de la tierra.

Así, Dios con nosotros, *Emmanuel*, es el fin de nuestra existencia y de todo este universo que no es mas que su teatro: *Emmanuel*, y por consiguiente *la Virgen* que debia *dárnoslo á luz*; JESUS, y por consiguiente MARIA.

Imagínese un fin mas digno de Dios, mas determinante de la creacion que el unirse personalmente á su obra, deificarla y elevarla á su felicidad infinita; y si eso no es posible, reconózcase, tanto por la razon como por la fé, que Jesús y Maria, en quien y por quien se obra esta union admirable, son la razon de la creacion, son sus primogénitos en la intencion divina, como el fin glorioso á que todo lo demás debia venir á subordinarse y referirse.

Al modo que un pintor, que tiene que hacer un cuadro magnífico, concibe primero sus principales personajes, dispone luego todo el resto de su obra, las luces y las sombras, los primeros y segundos términos, los fondos y las perspectivas, las figuras inmediatas ó apartadas, los paisajes, los cielos, los mares y hasta los pormenores mas olvidados y perdidos, con la única mira de hacer valer, adornar y acompañar sus héroes; así Dios ha concebido, querido, hecho todo cuanto existe en vista de Je-

(1) Galatinus, *De Arcanis*, lib. VII, cap. u.

sucristo y de Maria, por un solo acto de su complacencia que excluye en él la sucesion y el trabajo, pero no el orden, y esa *sabiduria que alcanza su fin con eficacia y en vista de él lo dispone todo con blandura.*

Cuanto ha hecho ha tenido por objeto glorificar al Verbo por quien lo ha hecho todo, y á esa Virgen, por quien hizo é introdujo á este mismo Verbo entre sus obras, para que fuese su autor y consumidor, su principio y su fin. Lo que San Pablo dice de Cristo, que todo fué hecho para él, *propter quem omnia*, puede aplicarse, despues de Cristo, dicen Alberto Magno y San Bernardo; á la Virgen María, única, que fué hecha desde luego para Cristo, y por la cual fué despues hecho todo lo demás: *Propeter hanc totus mundus factus est.* Cierito que *en la ejecucion*, Jesucristo y Maria son para la salvacion del mundo; pero *en la intencion*, la salud del mundo es para la mayor gloria de Cristo y de Maria, los cuales, con todos los escogidos de la tierra y del cielo, son tambien para la mayor gloria de Dios. El orden de la naturaleza ha sido criado é instituido para el orden de la gracia, el cual lo ha sido para el orden de la gloria. Todo para nosotros; nosotros para Cristo; Cristo para Dios. Así Jesucristo redentor es el primogénito en la intencion divina, y para Cristo, pero al mismo tiempo, Maria que debe darle á luz. Pero Jesucristo y Maria todos los coros de los Angeles en el cielo; Adán y todo el linaje humano en la tierra. La caída permitida para dar lugar á la redencion, y todas las vicisitudes históricas de la humanidad para la prueba y salvacion de los escogidos, posteridad de Cristo y de Maria. Finalmente, como campo de batalla, como teatro y decoracion de esta grande escena, el universo y todas las criaturas de la tierra, de los mares y los cie-

los, instrumentos solidarios de la accion, deshonorados ó santificados por ella, y consagrados, finalmente, por la gracia del Hijo de Maria; á la gloria del Padre que los crió para este fin. Así, todo ha tenido por objeto glorificar á Dios en la Obra de sus obras, Jesucristo y Maria, el Hombre Dios y la Virgen Madre; prepararles, anunciarlos, acompañarlos, justificarlos, glorificarlos; todo, hasta la negra malicia de Satanás y su tenebroso poder: permitidos como para hacer sombra á este gran cuadro, y poner de resalto el misericordioso esplendor de estas dos grandes figuras de JESUS y MARIA, que aplanau la cabeza del Enemigo, y nos libran de su tirania.

Los que estas cosas no comprenden lo ven todo al revés, y ponen de seguro al universo antes del hombre, y el cuerpo del hombre antes de su espíritu. Si entendiesen bien una vez, que el hombre, con ser tan débil, es por la inteligencia, por el alma, mas noble que el universo, estarían en disposicion de comprender, que lo que ese alma humana, imagen de Dios, encierra mas excelente, es la santidad, efigie de Dios en nosotros, la gracia de Dios que la obra, y su gloria que la corona; y reconocerian que JESUS, autor de esa gracia y conquistador de esa gloria, y MARIA, llena de gracia y santidad, y coronada de gloria entre todas las criaturas, están, antes que todo, en la intencion divina, como la causa final y ejemplar de toda la creacion.

En las fiestas de la Santísima Virgen, la Iglesia la aplica estas bellas palabras de la Sabiduria en el libro de los *Proverbios*:

»El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, desde el principio antes que criase cosa alguna.—Desde la eternidad fui ordenada, y desde antiguo antes que la tierra fuese hecha.—Aun

»no eran los abismos y yo ya era concebida: aun  
 »no habian brotado las fuentes de las aguas: aun  
 »no se habian sentado los montes sobre su pesada  
 »masa; antes que los collados era yo dada á luz.  
 »Aun no habia hecho el la tierra, ni los rios ni los  
 »polos de la redondez de la tierra.—Cuando él pre-  
 »paraba los cielos, estaba yo presente: cuando con  
 »ley cierta y círculo redondo cercaba los abismos:  
 »cuando afirmaba arriba la region etérea, y equi-  
 »libraba las fuentes de las aguas; Cuando circuns-  
 »cribia al mar su término y ponía ley á las aguas  
 »para que no pasasen sus límites: cuando ponía  
 »colgados (ó balanceaba) los cimientos de la tierra.  
 »—Con él estaba yo concertándolo todo: y me de-  
 »leitaba cada dia, regocijándome en su presen-  
 »cia en todo tiempo. Regocijándome en la redondez  
 »de la tierra: y mis delicias están con los hijos  
 »de los hombres (1)

Estas magníficas palabras no tienen una rela-  
 ción directa con la Virgen Santísima. mas por lo  
 mismo son mas gloriosas para ella, y no menos  
 exactas en la aplicacion que de ellas le hace la  
 Iglesia.

La materia sobre que versan es la Sabiduria de  
 Dios. «Pero ¿qué es en su origen esa sabiduria si-  
 no el Verbo de Dios en lo mas alto de los cielos,»  
*Fons sapientie Verbum Dei in excelsis*, como lo de-  
 define el Eclesiástico (2) el Verbo increado de quien  
 dice San Juan al principio de su Evangelio: »En  
 »el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con  
 »Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el prin-  
 »cipio en Dios. Todas las cosas fueron hechas  
 »por él y nada de lo que ha sido hecho se hizo

(1) Proverbios VIII, 22 á 31 (Traduccion del Padre Scio.)

(2) Eccli., I, 5.

»sin él?» Y ¿no se extienden estas palabras desde  
 el Verbo increado al Verbo encarnado, á Jesucris-  
 to, que es el mismo Verbo de quien San Juan  
 continuó diciendo: «Y el Verbo se hizo carne?» Y  
 ¿no comprenden por tanto á la Virgen Maria en  
 quien y por quien el Verbo se hizo carne, y que  
 es por consiguiente la morada viva de ese Verbo,  
 de esa sabiduria que fué *creada* por Dios ante to-  
 das las cosas?

Así, los destinos de Maria están ligados con los  
 de su divino Hijo; y como él estaba predestina-  
 do á ser Hijo de Dios, estaba ella predestinada  
 á ser Madre de Dios.

Leemos en el Evangelio, que en las bodas de  
 Caná, donde estaba Jesús, se hallaba igualmente  
 la Madre de Dios; *Et erat Mater Jesus ibi*. Donde  
 quiera y siempre es igualmente verdad el decir, que  
 allí donde está Jesús allí está tambien Maria; y como  
 él estaba ante toda cosa en la concepcion del Cria-  
 dor, estaba allí tambien la Madre de Jesús, *et erat  
 Madre Jesus ibi*.

Como la geneología celestial y la geneología ter-  
 restre se enlazan en la unidad de su persona, Ma-  
 ria es elevada de esta á aquella, por la misma gra-  
 cia que abate á Jesús desde aquella á esta. Y así  
 como de este Verbo que *en el principio era en  
 Dios*, se dice con verdad: *Y el Verbo se hizo car-  
 ne*; así de Maria, en quien se encarnó, se dice con  
 verdad: *En el principio estaba en Dios*.

Tal es el Génesis de la Virgen Santísima.

---

## CAPITULO IV.

### PRECONIZACION PROFÉTICA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Aunque hemos probado, por el raciocinio, la verdad de la predestinacion de la Virgen Santísima, deduciéndola de los primeros principios de la fé cristiana, habrá muchos todavia que la considerarán como mística; es decir, segun el sentido que se da hoy á esta palabra, piadosamente quimérica.

La inclinacion del espíritu hácia las cosas sensibles ha agrabado de tal modo la inteligencia, que no solo la fé le es inaccesible, sino la lógica, el discurso, por poco que se levante, por rigurosas y enlazadas que sean sus deduciones.

Hoy necesitan hechos y aun hechos inmediatos que no sea necesario deducir. Porque la predestinacion de la Virgen Santísima es un hecho, solo sí que está deducido del hecho de la encarnacion del Verbo, del nudo que liga el destino de la Virgen Madre con el de su divino Hijo, y de la preeminencia que esta asociacion divina la hace contraer sobre todos los destinos de la creacion. ¿Qué mas se necesita que la preeminencia de la destinacion para inferir la predestinacion?

Pues bien, se os va á dispensar de que saqueis esta simple conclusion. El Obrero no os dejará que augureis de su obra por su operacion, sino que va á hacer que la presenciéis, va á introducirnos, por decirlo así, en su taller; y

PRECONIZACION PROFÉTICA DE LA VIRGEN. 89  
vais á ver cómo, bajo sus órdenes, trabajan en esa obra maravillosa los siglos para los siglos, y el tiempo para la eternidad.

»Maria, volviendo á la expresion de San Bernardo y completándola, »Maria, elegida desde toda »la eternidad, conocida y preparada por el Altísimo, preservada por los ángeles, *fué prefigurada »por los patriarcas, y preconizada por los profetas.*» No es solamente la obra del eterno consejo, *Opus æterni consilii*, sino tambien el negocio de los siglos. *negotium sæculorum* (1).

Las Profecias, esta gran prueba, tan palpable y colosal de la verdad del Cristianismo, prueban la incomparable grandeza de la Virgen, y justifican el culto que la tributamos, con la misma fuerza con que prueban la divinidad de Jesucristo y justifican toda nuestra fé. Unen y enlazan entre sí tan estrechamente los destinos de la Madre y del Hijo, que obligan á aceptarlos ó desecharlos juntos, de manera que retirar su testimonio á la Madre es retirarlo al Hijo.

Pero antes de explanar este grande argumento de las profecias, permítasenos una reflexion general acerca de su valor, sacada de su admirable conveniencia con la Religion.

La Religion es una profecia; la profecia de otra vida y de los destinos que en ella tendremos. Era pues de todo punto conveniente, que se nos dieran algunas profecias, cumplidas en el tiempo, en prenda de esa gran profecia que solo ha de cumplirse en la eternidad.

Las profecias tienen además otra relacion de conveniencia con los milagros, que debe tambien notarse.

---

(1) San Bernardo.

Segun ya expusimos en el capitulo anterior, la Religion que rige nuestros destinos para la otra vida, es una accion supremamente de la misma Providencia que conduce en esta las cosas humanas, y tambien de la que gobierna el orden inferior y universal de la creacion. En este orden inferior y universal se llama *Naturaleza*; en el orden humano, *Providencia*; en el orden divino, *Religion*. Mas, bajo estos nombres de *Naturaleza*, *Providencia* y *Religion*, debemos ver, en condiciones diferentes, la accion mas y mas eminente y final del mismo Dios.

Segun esto, ¿qué pruebas mas conducentes, mas filosóficamente convenientes podia el Autor de la Religion dar al mundo de la divinidad de su accion en este orden religioso, que los milagros y profecias, por los cuales manifiesta su soberania en los otros dos ordenes de la naturaleza y la providencia? Apareciendo Arbitro de la naturaleza por los milagros, Arbitro de los sucesos humanos por las profecias, ¿qué prendas mas formales podia darnos de la fé que reclama como Arbitro de nuestros destinos religiosos?

Las profecias, señaladamente, tienen un valor absoluto que confundirá para siempre á la incredulidad de todos tiempos. Aventajan á los milagros en ser ellas mismas un milagro, pero continuo y aun creciente. La resurreccion de Lázaro, es ciertamente un gran milagro, pero solo tuvo un corto número de testigos inmediatos, al paso que el cumplimiento de esta profecía: *Cuando seré levantado de la tierra, lo atraeré todo á mi*, y de esta: *Pescadores de peces, sed en adelante pescadores de hombres: id y enseñad á todas las naciones: sed mis testigos en Jerusalem, en toda la Judea, en Samaria, y hasta los confines de la tierra y hasta el fin del mundo*: el cumplimiento, digo, de estas pro-

PRONONIZACION PROGÉUCA DE LA VIRGEN. 91  
fecias, es un milagro del orden providencial, no menos grande en sí que la resurreccion de Lázaro, y además, tiene por testigos á todo el universo y á los siglos todos; y ¡cosa admirable! los mas remotos mas aun que los mas cercanos, los cuales, por esta razon han tenido necesidad de los milagros.

Así que, las profecias, sobre que vamos á sentar la grandeza de la Virgen Santisima, son el argumento mas poderoso, mas amplio, mas soberano que pueda concebirse. Puede el hombre, por un prodigio de ceguedad, tener la desgracia de mostrarse á él insensible, pero esta es una insensibilidad sin palabra y sin razon con la cual no se discute.

Bajo de tres aspectos se ofrecen á nosotros las profecias: 1.º las Profecias propiamente dichas; 2.º las Figuras; 3.º las Mujeres de la Biblia en su relacion profética con la Virgen Santisima.

## I.

I.—La Biblia, este libro que la ciencia moderna ha reconocido como el mas antiguo, el mas prodigiosamente verdadero de todos los libros, á la par que el mas conservado y garantido por el celo de sus guardadores; este libro, dictado por el cielo á la tierra, y cuyo nombre *la Biblia* ó *EL LIBRO* excluye toda comparacion é impone todo respeto, abre la escena del género humano caído, en la primer pareja de que salió, por una gran profecía:

«El Señor Dios dijo á la mujer: «¿Porqué has hecho esto? Ella respondió: La serpiente me ha engañado y he comido del fruto.»

«Entonces el Señor Dios dijo á la Serpiente...  
YO PONDRÉ ENEMISTADES ENTRE TI Y LA MUJER,  
ENTRE TU SEMILLA Y SU SEMILLA. ESTA TE QUE-

BRANTARÁ LA CABEZA Y TU PONDRÁS ACECHANZAS Á SU CARCAÑAL.» (1)

Hé ahí el Oráculo de los oráculos; hé ahí todo el Nuevo Testamento en el Antiguo: hé ahí toda la historia del mundo en un versículo.

Admiremos ante todo en él, con Bossuet, «este maravilloso rasgo de misericordia, que la promesa de nuestra salvacion es tan antigua como la sentencia de nuestra muerte, y que un mismo dia haya sido testigo de la caída de nuestra naturaleza y del restablecimiento de nuestra esperanza (2).» Y veamos en esta simultaneidad la ejecución de ese Plan divino, que hemos expuesto, en que la caída no es permitida, sino para dar lugar á una reparacion aun mas gloriosa que el primer estado, por medio de la *Mujer*, que es *MARIA*, en su *Semilla*, que es *JESUS*.

Así Jesús y Maria se nos presentan en el umbral del Paraiso terrestre, entre las sombras del pecado y de la muerte, como la aurora de la gracia y de la vida.

Maria puede decir como Jesús: «En la cabeza del Libro se trata de mí.» *In capite Libri scriptum est de me* (3).

Con efecto, de Maria indudablemente se trata en este antiguo versículo; no es posible dudarlo.

Esta *semilla*, que debe aplanar la cabeza del autor de nuestra caída, usando de la version mas lata (4), es el Mesias, ese Mesias, á quien vamos

(1) Génesis, III, 15.

(2) Sermon para la fiesta del Rosario.

(3) Hebr., X, 7.

(4) Hay duda acerca de si el pronombre que sirve de sugeto al Verbo *conteret* se refiere á la mujer ó á su semilla, si es *ipsa* ó *ipsum*. Nosotros adoptamos este último sentido.

á ver llamar, en las profecias subsiguientes, con este mismo nombre de *semilla*, y de quien es tan propio el ser semilla, gérmen, es decir, *Hijo*, que este es su nombre característico segun la opinion comun de los antiguos Hebreos, los cuales, en la paráfrasis de Jonathan-ben-Uzzel, explicándose acerca del Oráculo que estudiamos, dicen: «En verdad, habrá un remedio para ellos (Adán y Eva), mas no para tí (el Tentador); porque te quebrantarán con el talon, al fin de los dias, en los dias del Rey Mesias (1).»

Ahora pues, siendo el Mesias, Jesucristo, la semilla de que aqui se trata, es evidente que la mujer de quien es esta semilla es Maria. Y esto es lo que da á entender San Pablo, tan versado en las tradiciones hebraicas, cuando dice: «Cuando los tiempos fueron cumplidos, envió Dios á su Hijo, hecho de la Mujer (2).»

Finalmente estas expresiones: *la Mujer y su semilla*, no significan nada por sí mismas, si no significan una Mujer y su fruto producido sin la participacion del hombre, una maternidad virginal que no es otra tampoco sino la de Maria.

Todas estas justificaciones ya tan cumplidas hallarán sobreabundantes confirmaciones en las demás profecias.

Ellas nos autorizan, por ahora, para deducir la grandeza de la predestinacion de Maria, la *MUJER* entre todas las mujeres, mostrándonosla, no redu-

(1) *Traduccion poliglota de las paráfrasis caldaicas*, por VValton.—*Disertaciones sobre el Mesias*, por Jacquilot, pág. 79.—Carta primera de un Rabino convertido, pág. 57; y la nota sobre las paráfrasis caldaica que se halla en nuestros primeros *Estudios*, en el capitulo de las *Profecias*.

(2) Galat IV. 4.



cida al papel pasivo de madre cualquiera de un Hijo divino que la naturaleza habria formado ciegameamente en sus entrañas, sino cooperadora predestinada de la gracia que fecundó su virginidad, para ser cooperadora de esta misma gracia que nos vuelve la vida; teniendo en la reparacion la misma parte que tuvo Eva en la ruina; siendo ella misma esta Eva, *la Mujer*, pero no seducida por las sugerencias de Satanás, en declarada enemistad con él, y en vez de recibir de él el fruto de muerte, hollándolo con el fruto de vida.

Notad sobre el particular, en el texto, la importancia que se da á la mujer por la mancomunidad de combate y triunfo que la une á su semilla: mancomunidad que las Paráfrasis caldaicas expresan con este solo pronombre que reúne las dos versiones del *IPSA* y del *IPSUM conteret*: ELLOS TE QUEBRANTARÁN LA CABEZA.

Este oráculo bíblico depositado en la cuna del género humano, fué llevado por él en sus emigraciones y dispersiones sobre la tierra, pero dividido y alterado como él, de manera que, fuera del pueblo hebreo, solo nos ofrece ya fragmentos de verdad mezclados con fábulas.

Pues, en esos fragmentos, lo que mas se ha conservado, es el papel considerable dado á la Mujer que debe dar á luz al Libertador.

Hemos probado superabundantemente esta verdad en el capítulo de nuestros *Estudios* titulado: *Tradiciones sobre la espectacion del Libertador*, á que nos permitimos remitir á nuestros lectores.

Solo recordaremos este pasaje notable de la *Isis y Osiris* de Plutarco, en que despues de haber dicho de la serpiente Tyfon que *habiéndolo puesto todo en combustion, por su envidia y malignidad, llenó de males el cielo y la tierra*, añade: Y LUEGO FUÉ POR ELLO CASTIGADA, Y LA MUJER y herma-

*na de Osiris* TOMA DE ELLA VENGANZA EXTINGUIENDO SU RABIA Y SU FUROR... Volviendo luego, en el mismo tratado, á hablar de esta tradicion, nos da la segunda version del *ipsum conteret*, donde no es la mujer misma la que vence á Tyfon, sino su descendiente: *No el de la primera generacion, dice, á quien los Egipcios llaman el antiguo Orus, sino el Orus determinado, definido y perfecto, el cual no mató del todo á Tyfon sino le quitó la fuerza y la virtud de poder hacer ya nada...* Con efecto, *Tyfon fué bien vencido, pero no muerto, porque la SEÑORA DE LA TIERRA no quiso permitir que su poder fuese totalmente aniquilado; si que, solo lo aflojó y disminuyó, queriendo que este combate subsistiese* (1). De aqui esas innumerables representaciones de Isis con su hijo Orus, que exhumamos todos los dias de la tierra de los Faraones, como proféticos geroglíficos de la grandeza de Maria.

Recordaremos tambien la tradicion no menos notable recogida del *Prometeo encadenado* de Esquilo, en que la misma Isis de los Egipcios viene á ser la *Io* de los griegos, y sabe de Prometeo que debe dar ella á luz al Libertador del hombre encadenado: *¿Pues quien, dice ella, podrá darte libertad?— Debe ser uno de tus descendientes.—¿Qué dices? tu Libertador seria uno de mis hijos?—Sí, á la tercera generacion, despues de otras diez generaciones...* Prometeo la explica luego cómo llegará á ser Madre: *Júpiter pondrá sobre tu frente su mano halagadora, su tacto bastará. Y de ti nacerá un hijo cuyo nombre recordará su origen, Epaphus* (que significa *tocado ligeramente*).

¿Es posible no reconocer bajo de velos tan tras-

(1) De Isis y Osiris, cap. XXIV, XXV, XLIV.

(2) Traducción de Alexis Pierron, pág. 57.

parentes, á la MUJER de la Profecía bíblica y su *virginal SEMILLA libertadora de la humanidad?* tanto mas cuanto así en la tradicion griega como en la egipcia, este descendiente de la CASTA VIRGEN, como la llama Esquilo (1), debe libertar al hombre derribando á su enemigo, *haciéndole caer*, dice el poeta, *con una caída ignominiosa* (2)....

Añadamos finalmente lo que hallamos en la excelente obra *las tradiciones del género humano ó sobre la revelacion primitiva de Dios entre los gentiles*, que acaba de publicar en Alemania el sabio profesor Lüken: »Las tradiciones paganas, dice, »representan su Eva, su mujer primitiva, bajo dos »aspectos enteramente distintos. Primero, es pura, »y la llaman *Adita* en las Indias; despues está »manchada, ha dado la vida á una raza maldita »de gigantes, y entonces no la llaman ya sino »*Dita*. Estas tradiciones dicen que la mujer primitiva quebrantará la cabeza de la serpiente, será »la Madre del Libertador, y aparecerá tambien al »fin de los tiempos. Ahora, cuando hablan de ella »bajo este punto de vista, siempre nombran la Eva »pura é intacta; la *Adita* es la Madre del Mesias y »nunca *Dita*, la Eva caída y culpable. Esta tradición es notable en todas las tradiciones judias, »persas y chinas (1)....»

Así, es como, de todos los puntos de la humanidad, se oyen ecos de la Palabra primera, y confirman la gran voz del Señor Dios.

II.—Avancemos en el Santo Libro. No nos detengamos en las memorables profecias hechas á

(1) Véanse nuestros primeros Estudios.

(2) Ne hallamos en este instante, la paginacion de este extracto. cuya fidelidad garantimos.

Abraham, á Isaac y á Jacob, sino para hacer notar, en órden á las dos primeras: *Benedicentur in SEMINE TUO omnes gentes* (1); »todas las naciones serán benditas en TU SEMILLA;» que esta semilla, que segun San Pablo no puede entenderse mas que de uno solo que es Jesucristo (2), es evidentemente la SEMILLA de la Mujer que ya hemos reconocido, de Maria, quien por lo demás lo declaró ella misma en estas palabras de su cántico: *Sicut locutus est ad Abraham*; y, en cuanto á la profecía de Jacob: *Non auferetur sceptrum de Juda, donec veniat SCHILO IPSIUS, et ipse erit expectatio gentium*. »El cetro no será quitado á Judá hasta que »venga el Enviado de Dios, el cual será la espec- »tacion de las naciones.» notemos tambien que, por estas palabras *Schilo ipsius*, un antiguo y célebre Rabino quiere se entienda: *El hijo de la Mujer* (3).

Vamos ahora directamente á la profecía que es célebre entre todas por su claridad, claridad que ilumina todas las demás profecias anteriores y posteriores, y va á confundirse con el hecho mismo, del que parece ser la narracion.

«Pide al Señor tu Dios, dice Isaias, que te haga un Prodigio ó de lo profundo de la tierra, ó de lo mas alto del cielo.—Yo no lo pediré y no »tentaré al Señor, dice Achaz.—É Isaias dice: Oid, »pues, Casa de David, ¿por ventura os parece poco »el ser molestos á los hombres sino que tambien »lo sois á mi Dios? Por eso el mismo Señor os »dará un prodigio. Hé aquí QUE CONCEBRIRÁ LA »VIRGEN Y PARIRÁ UN HIJO y será llamado su »nombre Emmanuel (4).»

(1) Genes. XXVI, 4, y XXVIII, 14.

(2) Galaf., III, 6.

(3) Canisius, *de Maria Deipara Virgine.*, lib. II, c. VI.

(4) Isaias, cap. VII, v. 14.

«El pueblo que andaba en tinieblas vió una gran luz; á los que moraban en la region de la sombra de muerte, les nació la luz. Por cuanto HA NACIDO UN NIÑO PARA NOSOTROS y EL HIJO SE HA DADO Á NOSOTROS; y el principado ha sido puesto sobre su hombro, y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Principe de Paz. Se extenderá su imperio, y la paz no tendrá fin: se sentará sobre el solio de David, para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia, desde ahora y para siempre: el celo del Señor de los ejércitos hará esto (1).»

Esta profecía era célebre en todo el Oriente. Las mas antiguas tradiciones rabínicas (2) veian en ella al Mesias, y la aplicacion al nacimiento de Jesús se hace como por sí misma en la pluma del Evangelista: «Todo esto aconteció, dice San Mateo, para que se cumpliese lo que habia dicho el Señor por el Profeta: La Virgen concibirá y parirá un Hijo, y se le llamará Emmanuel, es decir, Dios con nosotros.»

¿Qué falta al prodigio de este testimonio en favor de la Virgen Maria, bien en grandeza, bien en claridad? ¿Y quién es *razonable* y *consiguiente*? ¿nosotros, los Católicos, que apoyados en prueba semejante, honramos á LA VIRGEN MADRE, ó los que oponen su vana critica á un punto que tiene por base así como por objeto el *Prodigio* mas señalado que pudo el Cielo dar á la tierra?

Examinemos rápidamente todos los rasgos de

(1) Isaias, cap. IX, 6-

(2) Tales como la *Paráfrasis caldáica* de Jonathan Ben-Huziel.—el *Medraschrabba*, sect. *Debarim*, fol. 287, col. 5, —el libro *Ben-cira*, fol. 41, verso, edic. de Amsterdam, 1760.

esta profecía, y admiremos juntamente su fuerza y precision.

Dios quiere confundir la incredulidad de todos los tiempos; de los Judios que habian de negar á su Salvador en su aparicion mortal, y de los cristianos aun mas culpables, que debian desconocerle despues de diez y ocho siglos de beneficios. Para ello toma los medios 800 años antes. Quiere hacer un prodigio y un doblado prodigio; el prodigio del suceso y el de su prediccion. Deja á la incredulidad misma, representada por el rey Achaz, la eleccion de este prodigio, diciéndole que lo pida *ó de lo profundo de la tierra, ó de lo mas alto del cielo*. La incredulidad, espantada de esta delegacion, se niega á ello, y entonces el Profeta responde: *el mismo Dios os dará un prodigio, escuchad.*

¡Qué solemne principio! ¡y qué grandeza da á lo que anuncia! ¿No podemos ver su impresion en este proverbio que corria en la antigüedad. *Cuando una Virgen parirá*, para significar una cosa que no puede acontecer? Proverbio que, al decir de muchos, Roma, cuya fundacion es contemporánea de nuestra profecía, aplicaba á su destino, para expresar su perpetuidad, no pensando que ella señalaba su término.

Pero oigamos la profecía y pesemos cada una de sus palabras. *Ecce. Hé aquí*:—Esta primera palabra avisa tambien de alguna cosa grande y profética: así es que volvemos á encontrarla en todas las grandes profecias, particularmente en las de Cristo y de Maria: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem seeculi*;—*Ecce beatam me dicent omnes generationes*. »HÉ AQUÍ: Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos;—HÉ AQUÍ: todas las generaciones me llamarán bienaventurada..

*Virgo*: hemos traducido *La Virgen*, y no una *Vir-*

gen; porque este es el sentido del texto de los Setenta, sentido que no podia expresar el latin que no conoce artículo. ¿Quien no vé la majestad é importancia que esta manera de decir imprime á esta designacion: *La Virgen*; es decir, la única, la incomparable, la que señalaron ya las profecias anteriores, la que es la materia y el sitio del Prodigio, el mismo Prodigio, y cuya propiedad siempre fué y siempre será el ser la VIRGEN.

ECCE *Virgo* CONCIPIET ET PARIET FILIUM ET VOCABITUR NOMEN EJUS... dice la profecía. ECCE CONCIPIES ET PARIES FILIUM ET VOCABIS NOMEN EJUS... dice el Angel á la Virgen en la relacion del Evangelio. Admirable semejanza de términos entre la prediccion y el suceso, que los confunde en medio de ocho siglos de distancia, y en que el Angel de la Anunciacion muestra visiblemente con el dedo,—como dice Grocio— el paraje de la profecía de Isaías que va á cumplirse (1)! ¿Habria quien se atreviese á ver en ello un cálculo, ó aun una preocupacion testificada por el recuerdo que el mismo Evangelio hace de la profecía? ¡Un cálculo! Esta suposicion cae ante la ingenuidad evangélica, que ni siquiera piensa en rechazarla. ¡Una preocupacion! Pero hé aqui que justamente el Evangelio que recuerda la profecía de Isaías no es el mismo que el que refiere la Anunciacion: el primero es S. Mateo y el segundo S. Lucas. ¿Qué es pues lo que debemos ver en esta semejanza literal entre la profecía y el acontecimiento, sino llevado á su colmo, el prodigio profético en que descansa nuestra fé?

*Et vocabitur nomen ejus* EMMANUEL, continúa la

(1) Aperte satis Angelus digitum intendit ad illa Esaia: quæ ita se habent: *Ecce Virgo concipiet*, etc.—Annontat. ad Lucam. Oper. Theol., tom. II, vol. 1, p. 359.

profecía, *et vocadis nomen ejus* JESUS, prosigue el Evangelio. Si hubiera podido dudarse de la veracidad evangélica, no se podria menos de verla manifiesta en esta semejanza acerca del nombre del Hijo de la Virgen en la profecía y en el suceso; desemejanza que hallamos bajo la pluma del mismo Evangelista, y que haciendo resaltar la semejanza en todo lo demás, prueba, si fuera necesario su sinceridad,—Pero en tal caso, se dirá, esa misma semejanza ¿no desmiente á la profecía? De ningún modo. Emmanuel, nos dice el Evangelio, significa Dios con nosotros, *quod est interpretatum Nobiscum Deus*; y ¿qué significa Dios con nosotros sino *nuestro Salvador*. Dios con el hombre, unidos entre sí en la persona de este divino hijo de la Virgen; de la Virgen á quien el Angel saluda desde luego con estas palabras, aplicacion viva del nombre de *Emmanuel*: «El Señor es contigo,» DOMINUS TECUM?

Finalmente la última parte de la profecía: EL NIÑO NOS HA NACIDO, *el Hijo nos ha sido dado, se le llamará Admirable, Dios, fuerte, etc.; se sentará sobre el trono de David y sobre su reino eternamente*,—halla tambien su aplicacion literal en estas palabras del Angel á los Pastores: *hé aqui que os anuncio una nueva que será para todo el pueblo un motivo de alegría; porque OS HA NACIDO HOY UN SALVADOR; y en estas otras del Angel á Maria: Será grande y se llamará el Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará en la casa de Jacob, y su reino ne tendrá fin*. Profecía redoblada cuyo cumplimiento vemos há ya diez y ocho siglos por el reinado de la fé cristiana, que no es otro que la fé de David y Abraham en Jesucristo, su Hijo y nuestro Dios.

Tal es la gran profecía de Isaías, una de las columnas de nuestra fé. Se la han hecho objecio-

nes; ¿pero que prueba esto si no son fundadas? Prueba, para los que quieren tergiversar con la verdad, que ella es disputable; y prueba para los espíritus rectos, que ella es invencible. Por ventura, ¿todo lo que se contesta es contestable? Y ¿no hay verdades tan obligatorias y soberanas juntamente, que su gloria y demostracion consiste en ser siempre combatidas y siempre victoriosas; en ver reproducirse y estrellarse eternamente contra ellas objeciones semejantes á esas piedras que arroja el Árabe al pasar contra la gran pirámide del desierto, y que recaen al pié del monumento, donde el Árabe que sigue las recoge para convertir las nuevamente en instrumento de un insulto igualmente vano?

Así las objeciones que de este modo lanzan los Judios modernos y recogen los malos cristianos contra la profecía de Isaias, se reducen á dos: consiste la primera en pretender que en el texto hebreo la palabra que traducimos por *la Virgen* quiere tambien decir *la jóven*, y no envuelve necesariamente la idea de un parto virgenal y maravilloso; la segunda es, que segun el sentido general de la profecía, se trata, bien de la esposa de Achaz, bien de la esposa del profeta Isaias.

No perderemos el tiempo en discutir largamente estas dos objeciones, y esto no es necesario.

En cuanto á la primera, relativa al sentido de la palabra hebrea que traducimos por *Virgen*, vamos primero á dejar que hable una gran autoridad, no sospechosa, Grocio.

«En vano los Judios niegan que la significacion de dicha palabra, sea una Virgen intacta; porque el origen mas perfecto de esta significacion se saca de la raiz hebrea que significa *abscondere*, principalmente porque entre los Hebreos, no menos que entre los Griegos, era

»costumbre que las jóvenes doncellas estuviesen »cuidadosamente reclusas.» En apoyo de esta opinion cita Grocio ejemplos gramaticales sacados de todas las literaturas, latina, griega, hebráica, que disipan la menor duda (1).

Pero esta sabia autoridad es superflua, habiendo una razon perentoria que viene á decidir la cuestion. Esta razon es que los que la han suscitado son los Judios modernos, mas preocupados y menos instruidos que los antiguos. Los antiguos Hebreos, y señaladamente los Setenta doctores, escogidos de todas las tribus, por el rey Tolomeo, mas de dos siglos antes de Jesucristo, para traducir en griego los libros Santos, y cuya obra es considerada por los mismos Judios modernos como casi inspirada, han traducido *Virgen*, y aun *LA VIRGEN*.

Añadamos que el Evangelista San Mateo que escribió en hebreo, no hubiera hecho tan sencillamente aplicacion de esta profecía al parto virgenal de Maria, si el sentido hebreo no se hubiera prestado á ello notoriamente.

Así cae la primera objecion, que, por lo demás, va á recibir una refutacion sobreabundante en la respuesta que vamos á dar á la segunda.

En cuanto á esta segunda objecion, á saber, que segun el sentido general de la profecía, se tra-

(1) Hug. Grotii, *Opera Theol, Annot, in Malthæum*, p. 14. Hemos citado y citaremos aun muchas veces á Grocio en todo el curso de este volumen. Por el carácter, el juicio y la erudicion, no es posible invocar autoridad mas respetable. Su *Anotacion de los Evangelios*, de que nos valdremos con frecuencia, es principalmente, por la extension y sobriedad de la ciencia que en ella se emplea, uno de los mas sólidos monumentos del ingenio humano, Grocio era protestante de nacimiento y católico de razon, como Leibnitz.

ta, bien de la esposa de Achaz, bien de la del Profeta, una razon perentoria viene igualmente á dispensarnos de entrar en un debate, que aun concediendo que pudiera tratarse de otro parto cualquiera (sobre lo cual no están de acuerdo), dejaria subsistir y dominar como objeto final de la profecia, el parto divino, de quien ese otro parto comun solo seria la figura: esta razon perentoria es que solo un parto virginal y divino puede justificar la solemnidad del prelude de la profecia, que anuncia un prodigio inaudito, sostener la verdad, llenar toda la energia de esos títulos acumulados en la persona del *Niño que nos ha nacido*; EL ADMIRABLE, EL CONSEJERO, DIOS, EL FUERTE, EL PADRE DEL SIGLO VENIDERO, EL PRINCIPE DE PAZ.

Calvino, que ciertamente no es sospechoso de fervor en pro de la virginidad de Maria, tiene, en su *Comentario sobre la Armonia de los Evangelistas* (1), una discusion vigorosa y convincente, en que prueba que no puede tratarse en la profecia de ningun otro parto, ni aun figurativo, que el de la Virgen, Madre del Salvador, y concluye así: «el pasaje de que se trata muestra evidentemente y obliga á todo el mundo á confesar, que el profeta habla de un parto milagroso y no acostumbrado. Protesta que les trae un *Signo* por órden del Señor, á saber, un signo que no será del órden comun, sino que será excelente y admirable sobre todos los demás. Si dijera solamente que una mujer parirá, ¿no hubiera sido gran burleria hacer un preámbulo tan magnífico? Además, del mismo texto puede sacarse un argumento que no es de poca consecuencia. *Una Virgen concebirá*. ¿Porqué no se hace mencion del hom-

(1) Pág. 40, Ginebra, 1585.

»bre? Ciertamente, el profeta quiere mostrar que no será esta una cosa acostumbrada... Por lo cual, »tengamos por seguro que el profeta comprende »bajo de estas palabras un milagro excelente de »Dios: el cual todos los fieles deben considerar diligentemente y con toda reverencia, y el cual los »Judios profanan miserablemente, transfiriendo á la »manera comun de concebir lo que se entiende »de la oculta y secreta virtud del Espíritu Santo.»

Así que, las razones de buen juicio se juntan á las de la ciencia, y al peso de las autoridades antiguas y modernas, para repeler las objeciones judaicas tardíamente tentadas contra nuestra profecia, en razon de su misma importancia y su conformidad con el suceso.

No olvidemos, por otra parte, que esta profecia no está aislada, que entre las que preceden y siguen, solo es lo que un pico mas elevado en una cadena de montañas que se apoyan unas en otras, y forman una configuracion solidaria.

Así, en esa Virgen que debe parir un Hijo, *Dios, el Fuerte, Dios con nosotros*, ¿quien puede desconocer á la *Mujer cuya Semilla* ha de quebrantar el poder del autor de nuestra ruina? ¿Quien no ve que es la misma profecia mas aclarada?

Igualmente vamos á reconocerla en las que siguen.

III.—Así, el mismo Isaias abre su capítulo XI sobre el reino futuro del Mesias, por esta imágen en que los Judios unánimemente reconocen al enviado de Dios á quien esperaban: «Saldrá un tallo de la raiz de Jessé, y la flor subirá de su »raiz. Y sobre él descansará el Espíritu del Señor; »el Espíritu de sabiduria é inteligencia, el Espíritu de consejo y de fortaleza, etc.»

Hé ahí otra vez al *Consejero*, al *Fuerte*, que sa-

le de la Virgen, como la *flor del tallo* y por ella de la *raiz de Jessé*, es decir, de la humanidad en la casa de David. «En aquel dia,» dice Isaias, sumergiendo la vista en una perspectiva de veinte y cinco siglos, «este *Vástago de Jessé será expuesto como un estandarte en presencia de todos los pueblos; las naciones vendrán á ofrecerle sus plegarias, y su sepulcro será glorioso.*»

¿Y cómo la Virgen que tan maravillosamente le dió la vida, no habria sido *gloriosa* mas aun que el sepulcro donde él vuelve á tomarla?

IV.—Pero he aquí otra profecía no menos notable y muy poco notada en el pasaje que nos la hace citar. Es la que celebra la cuna del Salvador, como la precedente acaba de glorificar su sepulcro:

»Y tú, Belen, dice el profeta Miqueas, tú eres pequeña, entre las mil poblaciones de Judá, pero de tí saldrá el dominador de Israel, *cuya salida es desde el principio, desde la eternidad.*»—Oid lo que sigue, que es de una claridad que deslumbra:—»Por esto, Dios abandonará á los suyos hasta el tiempo en que LA QUE HA DE PARIR HAYA PARIDO, y el resto de sus hermanos se convertirá á los hijos de Israel. Y será firme; y aumentará su ganado en la fortaleza del Señor, en la alteza de la majestad del Señor su Dios; y se convertirán á él, porque su grandeza brillará hasta los confines de la tierra. Y él será su paz,»

¡Cuán ciegos son por tanto, cuán desgraciados los incrédulos que no consideran unas pruebas tan brillantes ó permanecen frios á su vista! ¿Quien sino Dios pudo hacer tal profecía? ¿Quien sino Dios pudo cumplirla? ¿Qué hay en ella que no sea claro, é histórico pudiéramos decir mas bien que profético?—El pueblo de Belen, señalado en su obscuridad como aquel del que debe salir

al mundo el Dominador cuya salida es la de la Eternidad.—*El parto de LA QUE DEBE PARIR*, dado como la señal de esa gran revolucion que debe cumplir las antiguas promesas hechas á los judios, convertir á su fé todo el resto del linaje humano, y formar de todos una sola grey que el Pastor divino regirá con una majestad que brillará hasta los confines de la tierra cuya Paz él será; *et erit iste Pax*:—¡qué profecía (1)!

Generalmente no se nota bastante en ella el rasgo por el cual la hemos citado: *Hasta el tiempo en que LA QUE DEBE PARIR PARIRÁ*: así traduce Sa-cy *usque ad hoc tempus quo PARTURIENS PARIET*. En lo cual ha seguido el hebreo, que en vez de PARTURIENS dice PARIENS, diferencia liviana que autoriza sin embargo su traduccion *La que debe parir*, cuya propiedad es parir.

¿Cómo no ver en este rasgo del cuadro la Maternidad de Maria? Observad cómo todos los demás rasgos concurren á darle esta significacion: primero *Belen* designado como el lugar de donde SALDRÁ *El que debe reinar en Israel*, primer rasgo que señalando el lugar del nacimiento, recuerda y singulariza el mismo nacimiento,—Luego el nacimiento eterno vivamente caracterizado por este segundo rasgo: *Cuya generacion es desde el principio, desde la eternidad.*—Luego el nacimiento temporal inmediatamente despues: *Dios desampará á los suyos hasta el tiempo en que la que ha de parir haya parido.*

Finalmente este parto puesto como el punto de in-

(1) Seguramente á esta profecía y á la de Isaias se remontan esos oráculos sibilinos cuyo soplo ha hecho resonar tan poéticamente Virgilio en su égloga. *Pacatumque reget patriis virtutibus orbem.*

tercesion de los tiempos antiguos y de los tiempos nuevos, de ese *recuerdo* de las antiguas misericordias para con los suyos, RECORDATUS *miserericordiae*, que Maria canta en su cántico, y de la vocacion de los Gentiles cuyas primicias vé ella traídas por los Magos, á los pies del pesebre de *Belen*. —¿Es posible ver cosa alguna mas indicada que la relacion entre sí de todos estos rasgos, y por tanto mas justificada que la aplicacion que hacemos á Maria de este: *Hasta el tiempo en que La que ha de parir haya parido?*

En fin la relacion singularísima de esta profecía con la gran profecía de Isaías: *Ecce Virgo concipiet*, viene á poner el colmo á la certidumbre de esta conclusion. Para apreciar toda la fuerza de esta relacion, conviene saber que Miqueas es el compendiador de Isaías, así como San Marcos lo es de San Mateo; que sigue sus huellas hasta repetirle palabra por palabra, como se vé en todo el capítulo que precede á esta profecía; y por tanto que en estas palabras: *Hasta que La que ha de parir haya parido*, no es posible dejar de ver una alusion á estas: *Hé aquí que la Virgen concebirá y parirá*; alusion completada por las calificaciones extraordinarias y sinónimas dadas por una y otra parte al fruto maravilloso de este parto, llamado *Dios con nosotros* en Isaías; *salido de la eternidad y nuestro hermano*, en Miqueas.

Tal es por lo demás el sentir de los mas grandes maestros en la ciencia de la interpretacion bíblica, señaladamente de San Gerónimo y de Eusebio.

Hemos debido insistir sobre esta profecía de Miqueas, porque generalmente no se la invoca sino en cuanto á su rasgo mas brillante, la designacion de *Belen*, descuidando sobradamente lo que viene despues y que no es menos notable: y además por-

PRECONIZACION PROFÉTICA DE LA VÍRGEN. 109  
que, prescindiendo de su valor propio, da á la profecía de Isaías, tanto como de ella recibe, una fuerza de confirmacion irresistible.

Esta relacion principalmente, este encadenamiento de las profecias entre sí, es lo que completándolas y confirmándolas unas por otras, forma de ellas un conjunto firmísimo que resiste á todas las argucias que pudieran tentarse contra cada una de ellas en particular.

V.—Hé aquí una quinta profecía que, por la manifiesta relacion que tiene con las que hasta aquí hemos visto, viene á aumentar esta fuerza de conjunto y utilizarla en su favor.

Como Isaías, Jeremías anuncia á la tierra que Dios la prepara un Signo, un prodigio inaudito, mas aun: »El Señor, dice, ha *Creado* una Novedad sobre la tierra.» *Creavit Dominus novum super terram...*

Antes de proseguir, notemos la profunda energia de estas expresiones. Dios que crió el cielo y la tierra, puede hacer en ellos prodigios, suspendiendo las leyes de la creacion; pero lo que el profeta anuncia es mas que esto, es hasta una creacion, CREAVIT. Esta palabra *Crear*, que á diferencia de la de hacer, lleva consigo la idea, no solo de una operacion, sino de un principio particular, y que solo aparece tres veces en el Génesis: 1.<sup>a</sup> cuando Dios *crea* la materia primera, de que luego saca el universo; 2.<sup>a</sup> cuando añade á ella el sentimiento *creando* los animales; 3.<sup>a</sup> cuando inspira en ella la inteligencia *creando* al hombre á su imágen, esta gran palabra que lleva siempre consigo la idea de un orden nuevo, torna aquí á aparecer para expresar sin duda alguna cosa superior á la creacion primera. Esto se vé confirmado por las expresiones siguientes: NOVUM SUPER TERRAM, «una cosa Nueva sobre la tierra:» no un



milagro, suspension pasajera de las leyes de la naturaleza que luego continúa su curso, sino una creacion nueva y permanente *sobre la tierra*, como las que han precedido, y que debe ser la superior, por lo mismo que es nueva.

¿Y qué nueva creacion es esa?

Héla aquí: FEMINA CIRCUNDABIT VIRUM, «una Hembra rodeará al varon (1).»

Digamos desde luego que los mas antiguos y venerados intérpretes Judios, como el rabino Haccados, á quien los Judios llamaban nuestro Santo Maestro, y otros varios, ha confesado que se trataba ahí del Mesías, el *Hombre* por excelencia, el HOMBRE Dios, *hecho de la Mujer*, en la plenitud de los tiempos (2), como la mujer fué hecha del hombre en su origen; no por una generacion ordinaria, sino por un acto creador, en que Dios solo emplea su omnipotencia, sin el auxilio de criatura alguna: *Creavit Dominus*.

Dos caracteres, en el suceso anunciado, justifican esta grande expresion de *Creacion* que se le aplica: el primero es el ser un parto virginal, presentándose solo la *Mujer* como el sujeto de la accion, *Femina circundabit*: el segundo es el ser un parto divino, no siendo el objeto de este parto un niño, sino un hombre, (*vir* y no *homo*), un niño hombre; lo cual se comprende si es un Niño Dios.—Esta es la gran Novedad creada por Dios sobre la tierra. *Novum super terram*.

Y ahora, ¿como no reconocer en esa mujer que debe rodear al hombre nuevo, á la *Mujer* de quien se dijo al principio que, en su *Semilla* quebrantaria la cabeza de la serpiente;—á la Virgen que debe concebir al que Isaias llama el *Fuerte*;—á *La*

(1) Jeremias. XXXI, 22.

(2) Galat, IV, 4.

que debe dar á luz, segun Miqueas, *al Dominador*? Creacion incomparable que precede á todas las demás en la eternidad del divino consejo y que por esto el Profeta la considera como ya hecha, *creavit*, pero no aparecerá sino en lo futuro, *circundabit*; conforme á este otro dicho de un Profeta: «Señor, esta es vuestra Obra, Vos la hareis APARECER en medio de los años (1).»

VI.—Maravilloso enlace de nuestras profecias! Hé aquí que viene otro Profeta á confirmar, por una nueva profecia, dándola nuevo giro, esa significacion de la profecia de Jeremias, y mostrarnos á ese *Varon* que la Hembra solo, la *Mujer* Virgen, ha de rodear y parir.

«El Señor de los ejércitos ha hablado, dice Zacarias, y ha dicho: HÉ AHÍ EL VARON, ECCE VIR. »GÉRMEN ES SU NOMBRE, Y ÉL NACEBÁ DE SÍ MISMO..... y él llevará la gloria, y se sentará y reinará sobre su solio (2).» El mismo Profeta acaba de decir en un capitulo anterior: «Oye, Jesús, sumo sacerdote, tú y tus amigos, porque *son varrones de portento*. Mira (3) que yo haré VENIR Á MI SIERVO EL GÉRMEN (4).»—Jeremias habia dicho igualmente: *En aquellos dias y en aquel tiempo (5), yo haré GERMINAR á David un GÉRMEN de justicia, y él ejercerá su juicio y su justicia sobre la tierra (6).*»—Isaias habia dicho tambien: «*En aquel*

(1) Habacuc. III, 2.

(2) Zacharias, VI, 12, 13.

(3) *Ecce enim ego*. El mismo principio solemne que hemos ya notado en otras profecias.

(4) Zacharias. III, 8.

(5) Debe notarse la fuerza de estas repeticiones que expresan un tiempo definitivo, fondo de la perspectiva profética.

(6) Jeremias, XXXIII, 15.

*tiempo, el GÉRMEN del Señor estará en la magnificencia y en la gloria, el RETOÑO DE LA TIERRA será ensalzado (1).*»— Finalmente el mismo profeta suspirando por el cumplimiento de las antiguas promesas, exclama: «*Cielos: destilad de lo alto vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo: ÁBRASE LA TIERRA Y GERMINÉ AL SALVADOR (2).*»

¿Necesitamos decir que todo el mundo está de acuerdo para ver al Mesias en este *Gérmén* sin semilla, es decir, para leer lo que está escrito en caracteres tan visibles y concordés? Ahí está el Hombre, *Ecce Vir*, de quien se dice que una mujer le rodeará; y esto confirma ese carácter de *GÉRMEN* que se le da en todas partes, para significar que debía nacer de la mujer sola, de la Virgen, fecundada por la virtud del Altísimo, al modo que la yerba de los campos germina y brota de la tierra regada por los cielos, sin el trabajo de los hombres.

La impresion repetida y acabada que resulta de todas estas profecías, es que siempre que se trata de la procreacion del Mesias en el Antiguo Testamento, nunca se habla de la participacion del hombre, sino siempre de una mujer sola, que la produce siendo Virgen, por una operacion divina que la hace el instrumento mas glorioso de Dios, en union con su obra, y la presenta á la admiracion del cielo y de la tierra como la maravilla de su poder aplicada á la salvacion del género humano. Esta impresion, decimos, es constante.

Seria pues inútil anotar otras profecías que nada añadirían á esta conviccion; preferimos confirmarla por otro orden de testimonios proféticos: las Figuras.

(1) Isaias, IV, 2.

(2) Isaias, XLV, 8.

## III.

El Antiguo Testamento es figurativo del Nuevo. No solo las palabras, sino los actos, los acontecimientos, el pueblo judío y su historia, todas estas cosas, dice San Pablo, han sido hechas en figura de nosotros: *Hæc autem in figura facta sunt nostri* (1). Por lo demás, los Judíos, no obstante el abismo que los separa de los Cristianos, consideran del mismo modo al pueblo judío. Y, ¡cosa admirable! Cristianos y Judíos están igualmente acordes acerca de todas las figuras en particular como relativas al Mesias, difiriendo solamente en cuanto á su aplicacion á Jesucristo; pero de esta aplicacion todo el mundo puede ser juez.

Por ejemplo. ¿quién puede vacilar acerca de esta?

Todo el mundo tiene conocimiento de la gran profecia de Daniel en explicacion del sueño de Nabucodonosor y de la estatua de varios metales con piés de barro que se apareció á aquel rey. Profecia que es la historia universal del género humano expuesta anticipadamente por Daniel, como despues lo ha sido por Bossuet; en que el Profeta hace aparecer y pasar sucesivamente con los rasgos mas expresivos á los Medos y á los Persas, á los Griegos, Alejandro y sus sucesores, al Imperio romano, fijando luego nuestra vista en el establecimiento y dilatacion perpetua del Cristianismo. Ahora bien, ¿de qué modo todo el mundo antiguo, bajo el *reinado de hierro* de los Romanos, cede el puesto al Cristianismo, en esta prodigiosa profecia?

Vedlo aqui: «Una piedra se desprendió por sí

(1) Corinth., X, 6.

»misma de la montaña, *sin la mano de ningún hombre*, é hiriendo la estatua en sus piés de hierro y de barro, los hizo pedazos;—y la piedra que »había herido la estatua se hizo una gran montaña que llenó toda la tierra (1).» Lo que el mismo Daniel explica de esta manera: «En el tiempo »de estos reinos, el Dios del cielo suscitará un reino que los reducirá á polvo, y que subsistirá eternamente, según habeis visto que la piedra, desprendida del monte *sin la mano de ningún hombre*, lo ha hecho todo pedazos?» (2)

¿Qué *Piedra* es esa, sino, como los Judios confiesan, el Mesias, el cual, evidentemente, no es otro que Jesucristo, *Piedra angular* del mundo nuevo, de quien él mismo ha dicho tan proféticamente: EL QUE CAYERE SOBRE ESTA PIEDRA SE HARÁ PEDAZOS, Y Á AQUEL SOBRE QUIEN ELLA CAYERE SERÁ REDUCIDO Á POLVO (3).

Y siendo esto así, ¿qué significa esa *Montaña* de la cual, *SIN LA MANO DE NINGUN HOMBRE*, debía desprenderse la *Piedra*, sino Maria, bendecida, ensalzada entre todas las mujeres, sobre los Angeles, como un monte de gracia y santidad, y de solo la cual, sin el concurso del hombre, se desprendió la *Piedra* que todo lo ha hecho pedazos, que lo ha fundado todo, Jesucristo?

¡Concordia admirable sostenida entre tantos testimonios proféticos de la grandeza de Maria! ¡Evidencia palpable que convence de ceguedad á los que no impresionan!

Hay otras muchas figuras por las que el Espíritu Santo se complació en perfilar, por decirlo así,

(1) Daniel, II, 34, 35.

(2) *Ibid.*, 44, 45.

(3) Matth. XXI, 42, 44.

PRECONIZACION PROFÉTICA DE LA VIRGEN. 115  
en el espacio de los siglos, la sombra de su Esposa, y presentarla de lejos á los homenajes del universo. Así:

Es aquella *Tierra virgen* del paraíso que produce sin gérmen la primera vegetacion, y, en medio, el Arbol de la vida; pero que mas maravillosa, debe germinar por si misma el renuevo de Jessé, al Verbo de vida, al mismo Criador del paraíso;

Es el *Arca* formada de una *madera incorruptible y pulida, bañada dentro y fuera con un betun* significativo de la gracia, para salvar en ella, no solo ocho personas sino á todos los justos, de ese vasto diluvio que sepulta, no los cuerpos sino las almas, en un naufragio no temporal sino eterno; *Arca* viva cuyo arquitecto y huesped juntamente es Jesucristo, nuevo Noé, *Arca* en que quiso encerrarse y de donde quiso salir, para ser el autor de un mundo nuevo;

Es la misteriosa *Escala de Jacob*, cuyo pié estriba en la tierra y cuya parte superior toca al cielo; en cuya cima está apoyado con agrado el Padre celestial, y por donde su eterno Hijo descendió á nosotros, para que por ella pudiéramos subir á él, recibir sus gracias y hacerle llegar nuestros deseos, al modo que los Angeles de Dios subian y bajaban en el sueño del Patriarca.

Es la *Zarza ardiente* donde el Señor se apareció á Moisés en la llama de un fuego que salía de aquélla zarza sin consumirla, zarza virginal á quien no consumió el fuego de un parto divino, y de donde se lanzaron esas llamas del celestial amor que han abrasado y purificado la tierra;

Es el *tabernáculo* donde reposaba el *Arca* de alianza, y de donde el Sumo Pontífice anunciaba al pueblo los oráculos del Eterno; guardado todo de láminas de oro y riquísimos paños: *Pero tabernáculo* dice San Pablo, *mas Augusto y per-*

fecto, por donde ha venido Cristo, Pontífice de los bienes futuros, el cual no ha sido hecho por mano de hombre. y que no es de nuestra creacion (1).

Es el blanco Vellocino de Gedeon, el primero que recibe solo el rocío del cielo, de que está aun privado todo el resto de la tierra en su derredor, rocío del que decia el Profeta: *Cielos: destilad al Justo*, y de quien David cantaba: *Descenderá como el rocío sobre el vellon de los rebaños* (2), sin sonar, sin resaltar, recogido y retenido todo por la blanda consistencia de este vellon cuya flexible tenuidad no opondrá resistencia alguna, y cuya casta integridad no sufre menoscabo.

En fin, para terminar compendiando, es aquella *Fuente sellada* (3), aquel *Jardin cerrado* (4), aquella *Puerta* del Santuario que mira á Oriente, y que nunca ha sido abierta, de la cual dice el Señor á su Profeta: »Esta puerta permanecerá cerrada; no se abrirá, y ningun hombre pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado »por esta puerta, y permanecerá cerrada al príncipe (5).» Grande y expresiva figura de esa virginal y divina Maternidad de Maria que ensalzan á competencia todas las profecias!

En esta rápida é insuficiente exposicion de las figuras emblemáticas de la Virgen Madre del Salvador, debe considerarse, además de la exactitud de todas ellas, la fuerza colectiva que reciben de su armonía, ya entre si, ya con las brillantes profecias que hemos primeramente mostrado y de las que son como reflejos. Fuera de esto la interpre-

(1) Hebr., IX, 11.

(2) Ps., LXXI, 6.

(3) Cant., IV, 2.

(4) *Ibid.*,

(5) Ezeq., XLIV, 2.

tacion que las damos se apoya en la autoridad de todos los grandes talentos del Cristianismo, en las mismas tradiciones rabinicas, y merced á este acuerdo de tantos ingenios, sobre una materia libre, forma por si sola un testimonio glorioso y respetable en favor de la que es su objeto.

## IV.

Hay, finalmente un tercer orden de testimonios que, juato con las profecias y las figuras, vienen tambien á ocupar todos los siglos anteriores á la venida de esta Mujer bendita que debe cerrarlos, y abrir los tiempos nuevos: el testimonio de las mujeres de la Biblia, de las heroínas del pueblo de Dios.

Nadie hay que no deba maravillarse de ese carácter profundo entre tantos otros, que forma del pueblo judío un pueblo particular, entre todos los pueblos antiguos, como lo es por otro título, entre todos los pueblos modernos: hablo de la influencia considerable de la mujer en los destinos antiguos de este pueblo, del papel histórico que ha representado en él constantemente desde el principio del mundo hasta el Cristianismo, desde Eva hasta Maria.

Y, ¡cosa ya concluyente! si inquiris la causa, el origen de esa importancia histórica de la mujer en el pueblo hebreo, no la hallareis en otra parte que en esa fé, en ese sentimiento tradicional y profético, que hacia considerar como gloriosa la maternidad en vista del Mesias libertador y dominador que este pueblo se lisonjaba de dar al género humano; fé y tradicion que traen su origen del importantísimo papel que dá el Génesis á la primera mujer, Eva, y en el que reserva desde entonces á *la Mujer*, que debe reparar, por su Se-

*milla*, la culpa de aquella primer madre del linaje humano.

Esta creencia, comun á todos los pueblos, pero en ninguna parte tan fija como en el pueblo hebreo, contrae un carácter histórico, á medida que este pueblo se forma; y de general que es originariamente en la narracion del Génesis, hácese nacional desde la fundacion de la nacion judia, por la vocacion de Abraham, su primer autor. Los términos de esta vocacion se explican claramente: «Yo haré salir de tí un gran pueblo, dice el Señor á Abraham, y todos los pueblos de la tierra serán bendecidos en tu *Semilla*... en El que saldrá de tí... en El que ha de ser enviado;» el Mesias, que es desde entonces la expectacion energética de Israel, y mas vagamente la expectacion de las naciones.

¿Extrañaremos que un pueblo cuya fundacion y constante destino tienen por objeto llevar, como fruto suyo, á este regenerador del linaje humano, ser la *Semilla* de un mundo nuevo, haya tenido en tanta estima la fecundidad, la maternidad, y por consiguiente á la mujer?

De ahí tantas escenas sencillas, tiernas ó heroicas, cuyo principal personaje es la mujer, en el Antiguo Testamento; escenas, notadlo bien, que aun cuando son privadas, tienen una importancia general que interesa directa ó indirectamente al destino del pueblo de Dios.

Sentados estos preliminares, ¿no es natural al ver, y no debe esperarse hallar en las mujeres de la Biblia, que perpetuaron mas especialmente por su Maternidad, ó salvaron con su heroismo, los destinos de Israel, preludios y bosquejos de Aquella por quien debian consumarse estos destinos; que debian ser definitivamente para el mundo lo que aquellas ilustres mujeres que la prece-

PRECONIZACION PROFÉTICA DE LA VIRGEN. 119  
dieron habian sido pasajeramente para el pueblo de Dios?

No lo dudemos: cuantos estudios hiciéramos sobre el particular confirmarian esta hermosa verdad: Maria fué prefigurada en todas las santas mujeres del Antiguo Testamento, como ha sido reproducida en todas las del Nuevo, siendo la *Mujer* bendita entre todas las mujeres, y en quien toda mujer bendita lo ha sido.

Sentimos tambien no poder sino recordar á estas santas heroínas de la antigua ley que forman cortejo á Maria, y que se reparten entre sí los rasgos de gracia, fortaleza, sabiduría, sencillez, castidad, fidelidad, valor, fe y santidad, cuya suma y concentracion ofrece supremamente Maria.

Es Eva, pero Eva sin la caida, Eva victoriosa, Eva reparadora, en toda la gracia de su creacion primera, cuando salió de manos de Dios y hechizó al Paraiso; embelesando al cielo de quien es Reina, embelesando al mismo Dios, y atrayéndole á tomar nuestra vida en sus entrañas, para darnos allí la suya; para hacerla verdaderamente *Eva* la MADRE DE LOS VIVOS;

Es Sara, estéril por naturaleza y por edad, que recibe la virtud de concebir á Isaac en vista de Jesucristo y en figura de Maria, y que, por medio de este único hijo, hácese madre de una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar;

Es Rebeca, *joven de gracia gentil, doncella de toda hermosura á quien ningun hombre conoció jamás* (1), ataviada y dispuesta para el hijo de Abraham como Maria para el Hijo de Dios, y cuya caridad inagotable abreva al siervo que la invoca, y

(1) Genas. XXIV, 16.

hasta á los animales que le siguen, con el agua que toma de la fuente, imágen de esa agua del Salvador que salta hasta la vida eterna, y de que es María misericordioso abrevadero;

Es la hija de Laban, la pastora Raquel, tan amable, que para conseguirla sirvió Jacob dos veces siete años, y que tras de una esterilidad que parece debia ser eterna, da á luz á Josef, Salvador de Egipto, como María á Jesús, Salvador del mundo.

Es Débora, la Profetisa; es Jahel, la mujer esforzada que pone un término al triunfo del enemigo á quien nada contenia, *hasta que se alzara una Madre en Israel* (1), como la avenida del error y la corrupcion iba sumergiéndose al género humano hasta que se levantara en el mundo la madre de los vivientes;

Es Ruth, abuela de Jesús, humilde y apacible figura de María, que *halló gracia* ante Booz, como María delante de Dios, proclamándose *la sierva de su Señor* (2); que, poniéndose á sus pies, es cubierta con su manto, como la virtud del Altísimo cubre á María con su sombra, y que recoje en los campos del patriarca las espigas dejadas allí con esa mira, como espiga María y levanta en el campo de la divina misericordia las almas caidas y dejadas atrás en la siega;

Es Ana, madre del profeta Samuel, que lo concibe en su esterilidad, como María á Jesús en su virginidad, que sube, como ella, al templo á presentar su hijo al Señor, y entona un cántico de gratitud, que es el preludio manifiesto y como la intencion del de la Virgen Santísima (3);

Es Judith, la mujer íntegra y fuerte, que der-

(1) Judith, V, 7.

(2) Ruth, III, 5.

(3) Samuel, II, 1—10.

riba la cabeza del enemigo de Israel, sin daño de su castidad, como quebrantó María la del enemigo del linaje humano sin lesion de su virginidad, y que es *bendita entre todas las mujeres*, y *saludada, gloria de Jerusalem, alegría de Israel, honor de su nacion, por cuanto ha amado la pureza, y por ello la mano del Señor la ha fortalecido* (4);»

Es Esther, otra libertadora de su pueblo, *graciosa y amable á todos los ojos, que, por su púdica belleza, encuentra gracia y misericordia en presencia de Asuero, sobre todas las mujeres*, en lugar de Vasthi, como María en lugar de Eva, *única que exenta de una ley que se extiende á todos los demás* (1), es recibida en presencia de su Señor, salva de la muerte á todos sus hermanos por su soberano valimiento, y hace caer con ignominiosa caída á su sacrilego enemigo, cuya audacia, habia subido hasta el punto de usurpar los honores divinos haciéndose adorar;

Es la madre de los Macabeos, que en pié, junto al cadalso de sus hijos, como María al pié de la Cruz, *madre admirable que junta á un corazón de hombre una ternura de mujer* (2), soporta el peso de un dolor vasto como la mar, y en el martirio de sus santas muertes los engendra á la vida eterna.

Finalmente, por abreviar la enumeracion de este maravilloso séquito, es Isabel, Madre del Precursor, que desempeña cerca de María el mismo oficio que Juan Bautista, cerca de Jesús, la última entre todas las santas mujeres de la antigua Ley, y la primera de la nueva, *que levanta la voz en nombre de todo su sexo, tiene el honor de recibir y saludar con el profundo sentimiento de su in-*

(4) Judith XV, 10.

(1) Esther IV, II, v. 2.

(2) II Mach., VII, 20.

dignidad á LA MADRE DE SU SEÑOR, á la *Bendita entre todas las mujeres*, á la Virgen Maria á quien tantas profecias, tantas figuras, tantas santas mujeres anunciaron; y figurar, ella tambien, por última vez, la Maternidad divina, por una esterilidad milagrosamente fecunda, que, como la de Ana, de Raquel, de Sara, era el indicio y como el ensayo de ese parto virginal de Maria, en quien desplegó su brazo el Omnipotente.

Así, todos los antiguos tiempos profetizaron, prefiguraron, presintieron á Maria en union con Jesús. Todo un pueblo, en la antigüedad, tuvo por principio y fin anunciar á la Virgen introducida del Hijo de Dios en el mundo.

En las mismas naciones gentilicas, donde, por un contraste notable, la mujer que tan escasa parte tenia en la realidad de la vida humana, la tenia tan grande en las fábulas mitológicas, hay precision de ver en esas fábulas impúdicas, cuya uniformidad descubre el estudio, algo mas que la inmoralidad de las pasiones humanas divinizadas, y se encuentra en ellas, corrompida tan solo por la inmoralidad, esta leccion profética de un parto divino, en que el Señor de los dioses hace concebir á simples mortales Apolos, Bacos y Hércules, libertadores de la humanidad, figuras groseras del verdadero Libertador Jesucristo, como las que los dan á luz son las figuras manchadas de Maria.

Afuera, pues, todas esas impuras y groseras imágenes, exclama Tertuliano, afuera, atrás, todas esas inhonestas supercherias de los misterios de *Isis*, de *Ceres* y de *Mithra!* El rayo de Dios, Hijo de la eternidad, debia desprenderse él mismo de las alturas celestiales, segun habia sido predicho. Descendió al fin, reposó en una frente virginal; y el Verbo se hizo carne, y el gran misterio del género humano se cumplió: adoramos á un Hombre-Dios: reverenciamos á una Virgen-Madre.

## CAPÍTULO V.

## CONCEPCION INMACULADA DE MARIA.

Hasta aquí solo hemos visto el designio, el anuncio y los presagios de la Obra de Dios. Su ejecucion comienza por la concepcion de Maria: este es su primer acto.

En cierto sentido, la Obra de la Encarnacion comienza en la creacion del mundo puesto que Dios le hizo solamente con este fin. Seguimos su vestigio en la formacion del hombre, en su caida, en la sentencia de reparacion que desde entonces se pronuncia, en la vocacion de Abraham, en los destinos del pueblo de Dios, en el mismo extravío del género humano, cuya miseria atraia mas y mas á su Salvador; y sin embargo decimos con verdad que esta grande Obra solo comienza en la concepcion de Maria.

Con efecto, hasta entonces, Dios ha dejado que las cosas siguieran, como si dijéramos, su natural corriente, interrumpida solo por algunos milagros, para atestiguar y reservar su operacion ulterior. Pero esta operacion propiamente dicha ¿dónde comienza? Esta cuestion equivale á estotra; ¿en qué consiste?

El mismo Dios ha respondido y expuesto su programa muchos siglos antes á los ojos del Universo: YO PONDRÉ LA GUERRA ENTRE TI Y LA MUJER, ENTRE TU SEMILLA Y SU SEMILLA, Y ELLA TE QUE-

BRANTARÁ LA CABEZA;—*Yo mismo haré un prodigio.* HÉ AQUÍ: LA VIRGEN CONCEBIRÁ Y PARIRÁ UN HIJO;—*Dios ha creado una cosa nueva sobre la tierra: UNA MUJER rodeará á UN VARON, etc...*

Como veis, en todas partes la Mujer, la Virgen, es comprendida en la Obra de la Encarnacion. Esta Obra comienza por ella; ella es su sujeto activo,

El suceso confirma el anuncio. La Encarnacion ha quedado pendiente del consentimiento de Maria, y se ha determinado por su correspondencia á la operacion del Espiritu Santo. Ha concebido no menos por su alma que en su cuerpo, por su virginidad, su humildad, su obediencia, por todas las gracias y virtudes de que habia sido colmada para este glorioso fin, y que constituian su ser, su persona.—Es, en suma, parte activa en esta divina operacion; aun mas, es su sustancia. Su misma carne se ha hecho la carne del Verbo; su carne animada, fecundada por las virtudes de su alma que ha sido el sitio viviente de la operacion.

Luego es verdad que la Obra de la Encarnacion comprende á Maria, comienza en su alma, en su persona, y por tanto en su Concepcion.

II.—De donde infiero que esta Concepcion es Inmaculada.

Supuesta la fé cristiana, la Inmaculada Concepcion de Maria no es mas que una cuestion de buen sentido.

No hay cristiano que no se rinda á ella; no hay hombre razonable que no reconozca, que no admire la bella lógica de la doctrina católica en este punto.

Solo sí, que es preciso tener conocimiento de la cuestion, y no decidirla ignorando sus primeros elementos; conducta que pareciera absurda en otra

cualquier materia, y se consiente en esta con desidia facilidad.

Y en primer lugar; ¿qué se entiende por *la Inmaculada Concepcion*?

Muchas personas se han declarado contra este dogma, creyendo que por él se daba á entender que Maria fué concebida del mismo modo que ella concibió á Jesucristo: por obra del Espiritu Santo. Repugnábales con razon admitir que hubiera sido Maria objeto de una concepcion divina como lo fué Jesucristo; y que se hubiese efectuado en Ana su madre tal concepcion, como en la misma Virgen Maria. Mas no bien se les explicó que no era nada de esto, sino otra cosa muy distinta, avergonzadas estas personas de su error, se han mostrado tan solícitas en creer en la Inmaculada Concepcion de Maria, como lo habian sido en rechazarla.

Esta explicacion consiste en lo siguiente.

El primer hombre, Adám, era como el hombre universal, porque encerraba en sí toda la naturaleza humana: por consiguiente, toda esta naturaleza fué infectada con su pecado. Un pecador engendró pecadores, y por una sucesion funesta, nació de este tronco criminal una raza de criminales. «Adám vivió y engendró á su imagen y semejanza (1).»

Esta verdad tiene por testigo al mismo paciente: quiero decir, al mundo adámico, á todo el género humano. Para romper con ella es necesario romper con él, y aun rompiendo con el género humano, no ha podido menos de declarar Proudhon que: «No solamente el dogma de la caida es la expresion de un estado particular y transitorio de la razon y de la moralidad humanas,

(1) Génesis, V, 5.



»sino que es la confesion espontánea, en estilo  
»simbólico, de este hecho tan asombroso como in-  
»destruible, su culpabilidad *ab ovo*, la inclinacion  
»al mal de nuestra especie. ¡Desdichada de mi,  
»pecadora! exclama por todas partes y en todo  
»idioma la conciencia del género humano. ¡*Væ no-  
»bis quia peccavimus!* (1).»

Y ¿cómo se verifica orgánicamente este hecho  
*tan osombroso como indestruible*? ¿De donde pro-  
viene al niño concebido en el seno maternal la  
mancha con que sale desde entonces? ¿Le proviene  
de su alma? ¿Proviénele de su cuerpo? No puede  
ser de su alma porque esta sale inmediatamente  
de las manos de Dios, y por consiguiente, es del  
todo pura; tampoco de su cuerpo, porque no es  
capaz de pecar, no estando aun animado. Si pues  
el cuerpo y el alma, que son las dos partes de  
que va á componerse este niño, por el hecho de  
su concepcion son inocentes, ¿como no lo ha de  
ser el todo que van á formar? Necesario es decir  
que no es el cuerpo ni el alma, considerados sepa-  
radamente, los que hacen á este niño criminal,  
pues que ninguna de estas dos partes es culpa-  
ble: y en esto consiste su desgracia; pero desde  
el momento que se unen, producen con su union  
un hijo de Adam, y bástale ser hijo de Adam,  
para hallarse envuelto en la culpa de su padre.  
El acto de la concepcion de parte de seres vicia-  
dos por el pecado original, verifica el contagio en  
el niño que es su fruto, absolutamente lo mismo  
que sucede con muchas enfermedades del cuerpo,  
y aun con vicios del carácter y del alma.

Esta es una relacion de causa á efecto; de suer-  
te, que en el mero hecho de existir la causa, á

(4) Proudhon, *Sistema de las contradicciones económicas*.

saber, la concepcion por parte de seres viciados,  
se produce el efecto, esto es, el contagio del mal  
respecto del ser que recibe de ella una vida em-  
ponzoñada. Esto es lo que obliga á decir á David,  
para expresar su miseria: «Hé aquí que he sido  
»concebido en la iniquidad, y mi madre me ha  
»concebido en el pecado.»

Sentado esto, todo el mundo comprende dos cla-  
ses de derogaciones de esta ley por el poder divi-  
no, dos géneros de concepcion inmaculada: la una,  
por la supresion de la causa, la otra, por la su-  
presion del efecto; la una, haciendo que sea la  
concepcion pura en sus autores, y por consiguien-  
te en su fruto; la otra, dejándola que sea lo que  
era en sus autores, y reteniendo solamente su efec-  
to para que no alcance á su fruto.

Este segundo género de concepcion es el de la  
Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen.

El primer género de concepcion es el de la  
concepcion de Jesucristo, donde todo es bendito, el  
fruto y la madre; concepcion pura, santa, divina en  
su misma operacion, á diferencia de la que dió el  
ser á la Santísima Virgen, y que solo fué inma-  
culada en su fruto.

De esta suerte ha sido María el fruto no con-  
tagiado de una generacion contagiosa, *propagan-  
tium et non propagata prolis fuit*, como dice  
San Anselmo. ¿Porque, añade con sumo ingenio  
este sabio escritor, si Dios ha dado á la castaña la  
propiedad de que estando envuelta en una cáscara  
espinosa se encierre, nutra y forme en ella al abri-  
go de toda punzada, no ha podido conceder á este  
templo humano que él se preparó para habitarlo  
corporalmente, que, á pesar de estar concebido ba-  
jo las espinas de los pecadores, quedará preservado  
totalmente de sus punzadas? Seguramente que pu-

do y quiso hacerlo ; y queriendo , lo hizo (1).

III.—Dando á comprender estas explicaciones, la distinción que existe entre la concepcion *divina* de Jesucristo y la concepcion *inmaculada* de Maria, revelan ya la relación que une estas dos concepciones. Porque para que fuese perfectamente pura, santa, divina, la concepcion de Jesucristo en su operacion misma, convenia que Maria, mansion é instrumento de esta operacion, no llevara á ella la menor mancha, y por consiguiente, que no hubiera contraído mancha alguna en su propia concepcion. De suerte, que puede decirse, que la concepcion inmaculada de Maria se halla como la de Jesucristo en primer grado.

No se nos pregunte ahora, cómo ha podido hacer Dios que siendo la concepcion de Maria semejante á todas las demás concepciones en sus autores, haya sido inmaculada en su fruto. A la Omnipotencia divina ni se suscitan cuestiones ni se ponen límites. Basta para que Dios pueda una cosa, que no envuelva contradicciones en sus términos. Ahora pues, aquí no hay contradiccion en los términos. Tambien pudiera yo, por otra parte, pedirlos que me explicáreis la regla, mas misteriosa aun que la excepcion. Explicadme la trasmision del pecado original, y os explicaré yo su exencion en Maria.

Esta exencion se hizo por la gracia de Jesu-

(1) Nam si Dominus castaneae confert; ut inter spinas remota compunctione recipiatur, alatur, et formetur, non potuit hoc dare humano quod sibi parabat templo, in quo corporaliter habitaret, ut licet inter spinas peccatorum conciperetur, ab ipsis tamen spinarum aculeis, omnimode exors redderetur? Plane potuit et voluit; quod si voluit et fecit. *De Conceptione Beatae Mariæ*, liber, cap. IV.

cristo. Esta misma gracia, que redimió á todo el género humano del pecado original, pudo muy bien preservar de él á Maria; pudo aplicarle como antidoto, lo que nos administró á todos como remedio.

Puede decirse que debió hacerlo así.

Dios debia á la gloria de Jesucristo la manifestacion de esta eficacia *preservadora* de sus méritos. No se puede admitir que tenga un límite la virtud de la sangre divina. No hay duda que, por una economia, cuya sabiduria hemos expuesto varias veces, quiso esta virtud limitarse á purificarnos de la mancha que traemos al nacer. En personajes ilustres como Jeremias y Juan Bautista, se anticipó mas, puesto que los santificó antes de su nacimiento y desde ese mismo seno de su madre en que habian sido concebidos en pecado. Pero el Mal tenia aun una fortaleza de donde podia protestar contra la eficacia soberana de la sangre de Jesucristo; tal es esta misma concepcion, donde se las ha con la vida humana mediante el acto que la trasmite, y en que imprime su sello á nuestro origen. Convenia, pues, quitarle este último atrincheramiento por medio de una concepcion *inmaculada* que testificase, con un ejemplo solemne y decisivo, la omnipotencia absoluta de los méritos de Jesucristo. »Su sangre, que tanto poder tiene para librarnos del mal, dice Bossuet, ¿No lo tendrá para preservarnos de él? y si tiene esta virtud, ¿permanecerá siempre inútil? ¿No habrá por lo menos una criatura en quien se manifestó? ¿Y cuál será esta criatura si no es Maria?» ¿No se deberá tambien á sí misma esa divina sangre, el purificar la concepcion de Maria, que fué su primer origen? »De aquí es, en efecto, de donde comienza á extenderse ese hermoso rio, dice perfectamente Bossuet, ese rio de gracias que corre

»por nuestras venas por medio de los sacramentos, »y que lleva el espíritu de vida á todo el cuerpo »de la Iglesia. Y así como las fuentes, acordán- »dase siempre de sus manantiales, llevan sus aguas »en surtidores hasta la altura de los mismos que »van á buscar en medio del aire, así no tememos »asegurar que la sangre de nuestro Salvador hará »ascender su virtud hasta la concepcion de su Ma- »dre, para honrar el lugar de donde él salió (1).»

IV.—La Virginal Maternidad de Maria implica por otra parte su Inmaculada Concepcion. Por la misma razon porque nace Jesús de una madre *Virgen*, ha debido nacer de una Madre *Inmaculada*. Este argumento nos parece de gran fuerza.

Y en efecto; ¿porqué quiso nacer Dios de una Madre Virgen, sino porque quiso que la santidad que debia tener su humanidad derivara de mas allá de su nacimiento inmediato; que se encontrase ya en su Madre como por reflujó, de donde se derramara despues al soplo del Espíritu Santo sobre esa misma humanidad? Este ha sido evidentemente el único motivo porqué la Virginidad de Maria fué condicion de su Maternidad. Por eso esta virginidad fué retenida en cierto modo anticipadamente por Dios á quien la consagrara Maria, hasta en los lazos del matrimonio, como para que fuese la morada del Santo de los Santos. Maria era desde entonces *llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, y el Señor estaba con ella*.

Pero si eran la condicion anterior y preparatoria de la Maternidad de Maria esta Virginidad, esta plenitud de gracia, esta bendicion, ¿quién no ve que esta anterioridad debia remontarse hasta su

(1) Primer sermón para la fiesta de la Concepcion.

concepcion para que naciera sin pecado, de una Virgen sin pecado, Aquel que venia á borrar los pecados del mundo, como dice excelentemente San Bernardo (1)? ¿Qué motivo, en efecto, pudiera existir para querer en Maria esta virginal santidad antes de la concepcion de Jesucristo, que no fuese bastante fuerte para hacerle ascender á la misma concepcion de Maria? Siendo el motivo de la santidad anterior de Maria la santidad del Hijo de Dios, no podia esta satisfacerse á medias, reclamaba toda la personalidad de Maria, debia ocuparla desde su origen, pudiéndosela aplicar esta bella expresion de Montaigne. »La dicha y la bienaventuranza que brilla en la virtud, llenan todas sus »pertenencias y avenidas hasta la primera entra- »da y el último valladar.»

Maria debia ser pues desde que fué concebida, lo que era cuando concibió á Jesucristo. Su personalidad se halla identificada con su Santa Virginidad, con su inmaculada pureza; revístese con ella como con el sol, y el prodigio que le hace guardar esta Virginidad y esta pureza en la concepcion y el alumbramiento de su Hijo, nos responde del que la ha investido con ella desde su propio concepcion.

Las palabras siguientes de San Pablo vienen á iluminar y á consagrar este argumento.

»Convenia, dice, que tuviésemos tal Pontífice, »santo, inocente, inmaculado, separado de los pe- »cadores, y mas elevado que los cielos.»

Por esto, »este Pontífice de los bienes futuros, »Jesucristo, entró por un tabernáculo mas grande

(1) Volui itaque esse Virginem de quo Inmaculata inmaculatus procederet, omnium maculas purgaturus.—*Super missas est*, homilia 2.

»y mas excelente que el antiguo tabernáculo, que no fué hecho de mano de hombre, y que *no es de esta creacion* (1).»

Expresion que se refiere evidentemente á la Santísima Virgen, como lo expresó muy bien San Clemente de Alejandria (2), y que viene á enlazarse con las palabras del Profeta: «Dios *ha creado una novedad* en la tierra: «una Mujer rodeará á un varon.»

Maria, tabernáculo por donde entró en el mundo el Hijo de Dios, es pues una creacion aparte, que no fué hecha por mano de hombre, una Novedad: Dios intervino en formacion de una manera particular,

V.—Y aqui volvemos á entrar de nuevo en el Plan divino y en la Predestinacion de la Santísima Virgen.

En el Plan divino vimos en efecto que Cristo es el fin de la creacion; que la precedió y determinó en la intencion divina; y, en nuestro estudio sobre la Predestinacion de la Santísima Virgen, hemos reconocido, que siendo esta predestinacion conexa con la de Jesucristo, tenia que preceder y dominar con ella toda la creacion en los designios del creador. Ahora debemos sacar esta consecuencia: que Maria es menos el *efecto* de la creacion.

(1) Hébr., IX, 11.

(2) Ha sido formado, en efecto, por el Espíritu Santo y revestido de la virtud del Altísimo.—decia este gran Doctor en el segundo siglo,—ese tabernáculo digno por siempre de alabanza, *que es Maria*, Madre de Dios y Virgen, en quien se ha hecho Pontífice, nuestro Rey, Rey de gloria, y cuya entrada virginal ha sido sellada, íntegra, incorruptible, inviolada.» *Ep. adv. Samosat*, op. 5 y 7.

natural que el *fin* de esta creacion, y el origen de una creacion mas excelente, la de la gracia; menos la hija de Adan que la Madre de Jesús; menos la antigua Eva que la nueva: y esto es lo que quieren expresar San Pablo y el Profeta, cuando dicen que Maria *no es de esta creacion*, que *es una novedad criada por Dios en la tierra*.

No hay duda que Maria es hija de Adan; pero es la Madre de Jesús; y si como hija de Adan está sujeta al pecado original, como Madre de Jesús, debe estar exenta de él. Estas dos condiciones están en lucha y tienen en suspenso el destino de Maria. ¿Cuál de ellas vencerá? Hé aquí la solucion.

No habiendo Maria *llegado á ser* Madre de Jesús por ser hija de Adan, sino que habiendo sido hija de Adan *solo para ser* Madre de Jesús, el fin debe regir al medio; la *Mañidad* divina debe regir á la filiacion humana, la mancha de esta debe retroceder ante la santidad de aquella: Maria debe ser Inmaculada.

La Madre es, á su modo, lo que es el Hijo al suyo; ella es por gracia lo que él es por naturaleza: *talís suo modo Mater qualis est Filius*, y asi como él es santo é inmaculado, ella es tambien santa é inmaculada. La moderna Eva debe ser de la misma condicion que el nuevo Adan: *son dos en una sola carne*; comienzan juntos un mundo nuevo.

Con este expreso fin ha sido criada Maria por Aquel mismo que quiso ser hecho de ella. Y habiéndola formado *para* ser formado de ella, la hizo *como* él quiso ser hecho: sin mancha.

Contestando San Agustin á los Maniqueos, que rechazaban el nacimiento del Hijo de Dios del seno de una mujer como impuro, les dirigia por boca de Jesucristo estas bellas palabras conformes con las de San Pablo. «¿Quién os ofusca pues tanto

»sobre mi natiuidad? Yo no fui concebido en la »concupiscencia. Yo mismo me deparé la Madre de »que debía nacer. La que vosotros despreciais, »Maniqueos, esa misma es mi Madre, *pero formada por mi propia mano*. Si pude mancharme »cuando la creaba, pude mancharme cuando nací de ella.» *Si potui inquinari cum eam facerem, potui in illa inquinari cum ex ea nascerer* (1).»

Este argumento es victorioso para la santa humanidad de Jesucristo; pero no solo es victorioso para esta santa humanidad, sino que lo es para la santidad original de Maria. Si hubo mancha en la formacion de Maria, la hubo en la de Jesucristo. Pero no hubo mancha en la formacion de Maria, porque *no fué hecha por mano de hombre* (2). Jesucristo *la formó con su propia mano*. La previno desde la primera entrada de sus caminos: Dios mismo se formó á su Madre.

Es pues Inmaculada bajo dos conceptos; como lo es toda obra hecha inmediatamente por Dios mismo, y como Madre suya, como aquella de quien él mismo debía ser hecho en su humanidad, objeto supremo de su complacencia y de su amor, en quien desplegó su brazo; el *non plus ultra* de su Omnipotencia.

No queremos decir por esto (entiéndase bien), que tenga un límite este poder divino, sino que tiene una regla, que es la divina Sabiduria, segun la cual, así como no hay nada mas grande que Dios, así tampoco debe haber nada mas grande que la Madre de Dios.

Esta Maternidad, cuya grandeza es en *cierto modo infinita por lo infinito de su objeto*, segun

(1) S. Aug. *De quinque hæresibus*, c. L.

(2) Hebr., IX, 11.

dicen Alberto Magno y Santo Tomás (1), por cuya razon se la llama *divina*, lleva consigo necesariamente todas las grandezas menores que ha debido dar Dios á Maria, y que ella misma proclama en el enagenamiento de su humildad cuando dice: «El Todopoderoso me ha hecho grandes cosas.» Encierra por consiguiente entre estas *grandes cosas*, su concepcion inmaculada.

Considérase como excesivo este privilegio de una concepcion inmaculada concedido á Maria; pero ¿no la elevó Dios á un honor infinitamente mas grande haciéndola su Madre? Por su concepcion inmaculada solamente se elevó sobre los hombres pecadores; Mas por su Maternidad se elevó sobre los Angeles! Pues ¿que ángel hay, en efecto, que pueda decir á Dios: *Eres mi hijo?* Y habiendo elevado infinitamente á Maria sobre la naturaleza angélica por medio de su Maternidad, ¿cómo no la habia de haber elevado sobre la simple naturaleza humana decaida, por medio de su concepcion inmaculada?

Dícese sin cesar que para creer es preciso sacrificar la razon; pero este sacrificio tiene que hacerse mas bien para no creer. Porque en efecto, la razon misma dice: Si Dios pudo y quiso hacerlo, lo hizo. Negar que pudo, seria un absurdo al mismo tiempo que una blasfemia contra su poder; decir que no quiso, seria no hacer justicia á la bondad y al amor de tal Hijo para con tal Madre; decir, en fin, que no pudo ni quiso, cuando pudo y quiso infinitamente mas haciéndola Madre suya, seria

(1) Filius infinitat matris bonitaten; omnis enim arbor ex fructu cognoscitur. ALBERT. MAGN., *Marial.*, cap. ccxxx.— Beata Virgo ex hoc, quod est Mater Dei, habet quamdam infinitatem ex bono infinito quod est Deus. S. THOM., 1 *part. quæst.* 25, art. 6, ad. 4.

desterrar de la nocion de Dios, toda sabiduria y toda razon al paso que toda bondad y todo poder.

Así, tanto las miras mas elevadas, como el raiocinio mas riguroso, y el sentido comun mas vulgar, aseguran el dogma de la Inmaculada Concepcion de Maria.

¡Qué admirable lógica! ¡Qué maravilloso encadenamiento! ¡Qué armonioso concierto de razon nos ofrece en todos los grados el Catolicismo!

Aun no hemos tocado el argumento mas notable de esta hermosa verdad: tal es el que se deduce del fin de la Encarnacion.

VI.—La Encarnacion implica, *en si misma*, como acabamos de ver, la concepcion inmaculada de Maria. No la implica menos la Encarnacion en su fin.

El fin de la Encarnacion es redimirnos del pecado original: por consiguiente, se excluyen la Encarnacion y este pecado. Y siendo así, ¿cómo habia de haber quedado sometida á la obra del pecado original, Maria, que está comprendida en la obra de la Encarnacion como la morada, el instrumento, y la sustancia misma de este divino misterio? ¿Cómo aquella por quien, no solamente fué conjurada la maldicion de Eva, sino por quien vino al mundo toda bendicion, habia de haber pagado el tributo cuyo rescate traia?... Basta el buen sentido para decidirlo.

Táchase de novelal al dogma de la Inmaculada Concepcion. Pero ¿se ha reflexionado sobre ello? Este dogma es el mas antiguo de cuantos se han revelado al mundo: es mas antiguo que la Iglesia, mas antiguo que el Evangelio; existia con Jesucristo, *antes que existiera Abraham*, y con él se abre la Escritura sagrada. ¿No se expresa en efecto, en este oráculo del Señor Dios: *Pondré ene-*

*mistades entre ti y la Mujer?* PONAM INIMICITIAS. ¿Qué cosa mas decisiva? Por el pecado original han quedado sujetos al Génio del mal, al Demonio, Eva, y con Eva, Adan y toda su posteridad: No ha habido *guerra*, sino *imperio* del demonio sobre la raza humana. Y hé aqui lo que dice el divino Oráculo al anunciar, segun convienen todos, á la Mujer cuya semilla es Cristo, á la Virgen Maria: Pondré, estableceré, *ponam*, enemistades, *inimicitias*, entre el demonio y la Mujer. ¿Qué manera mas enérgica de expresar que no tendrá imperio el Demonio sobre esta Mujer? que entre él y ella habrá oposicion radical, enemistad de raza?

Porque añade el oráculo, *entre tu semilla y su semilla*. ET SEMEN TUUM ET SEMEN ILLIUS; y esto es absolutamente decisivo. Resulta, en efecto, de esta adiccion que las enemistades que deben suscitarse entre la serpiente y la Mujer, INTER TE ET MULIEREM, son las mismas, INIMICITIAS, que las que se suscitarán entre la serpiente y el Fruto de la Mujer, INTER SEMEN TUUM ET SEMEN ILLIUS: es decir evidentemente, que se verificará lo mismo en cuanto á la Mujer que en cuanto á su semilla, en cuanto á Maria querespecto de su divino Hijo, con relacion al Demonio; que, por consiguiente, Maria será concebida del mismo modo que concebirá: en la *enemistad* del mal; sin pecado.

Por esto se aplica igualmente á la Mujer y á su Semilla, el fin de la sentencia, *ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas á su carcañal*; lo cual no significa otra cosa que las enemistades de que se acaba de hablar, y por consiguiente se refiere tanto á lo Mujer como á su semilla; por lo que vemos, que solo podrá la Serpiente, cuya mordedura recibimos todos al ser concebidos, intentar imprimirsela á ese carcañal que no solamente debe librarse de ella, sino tambien quebrantarle la

cabeza; *incidiaberis calcaneo ejus.*

En una palabra, resulta de todo el Oráculo que el imperio del Demonio sobre el género humano, en Adán y Eva, tendrá su contrapeso en la liberación del género humano por el imperio de la mujer y de su semilla sobre el demonio; y así como fueron presa del mismo, tanto Eva como Adán, así lo derribarán tanto María como Jesús.

No amoldamos el texto sagrado á nuestra idea. Este es su sentido recto, y asimismo el sentido antiguo y universal. Hállase además confirmado por todas las tradiciones, según hemos visto.

Así, en las tradiciones hebraicas, se encuentran reunidas la Mujer y su semilla en un solo pronombre, sujeto de la acción libertadora: *ellos te quebrantarán la cabeza*; en las tradiciones egipcias, *la Mujer es quien ejecuta la venganza de la serpiente, extinguiendo y amortiguando su rabia y su furor*;—En las tradiciones de la India, es Adita la Eva pura é intacta antes del pecado, quien debe aparecer nuevamente al fin de los siglos, para ser la Madre del Libertador, y no *Dita*, la Eva caída y culpable. El mundo entero no tiene más que una voz sobre este punto.

Y esta voz es al mismo tiempo la voz del sentido común que decía al concilio de Éfeso, por boca de San Cirilo:

»¿Qué hombre de buen sentido puede creer que se haya elegido y edificado para sí mismo el Hijo de Dios un templo vivo, un trono animado, donde debiera ser recibido en persona, y que se hubiera visto obligado á ceder su derecho y su primer uso al Demonio, su mortal enemigo? ¿Podría concebir este pensamiento un ser dotado de razón?»

Tal es, en sus razones propias y en sus relacio-

nes todo el sistema divino del Cristianismo, el dogma de la *Inmaculada Concepcion de Maria.*

## II.

Este dogma acaba de ser decretado en nuestros días; pero ha sido creído en todo tiempo, porque la Iglesia no hace más, que definir lo que se ha creído siempre en la Iglesia, é imprimirle un carácter obligatorio que anteriormente no tenía; de tal suerte, que es la creencia misma lo que forma el decreto y no el decreto, lo que constituye la creencia.

El Papa ha tenido la plena iniciativa de esta definición como Jefe, pero ha tomado todos sus elementos del cuerpo de la Iglesia. Ha accedido, en su sabiduría, al ARDIENTE DESEO DE TODO EL UNIVERSO CATÓLICO, *de ver decretar al fin por una decision solemne de la Santa Sede, que la Santísima Madre de Dios fué concebida sin pecado original, y despues de haber derramado sobre este asunto y sobre este piadosísimo sentimiento un gran número de varones eminentes por su superior talento, piedad y doctrina, en sus sabios y laboriosos escritos, una luz tan brillante que CAUSABA ADMIRACION que no hubiera aun decretado la Iglesia y la Santa Sede á la Santísima Virgen este honor que LA COMUN PIEDAD DE LOS FIELES deseaba tan ardientemente verle tributado por una declaracion solemne (1),*

El vicario de Jesucristo no se determinó aun por este voto universal, tan piadoso por la multitud que lo profesaba como ilustrado por los sabios escritos de los Doctores, sino que se dirigió á todos sus ve-

(1) Enciclica de Ntro. Sto. Padre el Papa Pio IX, de 2 de Febrero de 1849.

nerables hermanos Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos de todo el Universo Católico, para que le dieran á conocer, cada uno en cuanto á su diócesis, la devocion de que se hallaban animados el clero y el pueblo cristiano en orden á la Concepcion de la Purísima Virgen, y cual era su deseo de que la Lede Apostólica diera un decreto sobre esta materia (1).

Y solo cuando de todos los puntos del Universo Católico, de Italia, Francia, España, Alemania, Hungria, Inglaterra, de toda la Europa, y tambien de Constantinopla, de la Caldea, de la Persia, de la Abisinia, de las Filipinas, de las Indias Orientales, de la Cochinchina, de la Australia, de los Estados-Unidos, de la América del Sud, de Oceanía, y finalmente, de los puntos mas remotos y mas opuestos del globo terrestre, vino á confirmarse por respuestas *Unánimes* la creencia de todas las Iglesias, que hay bajo el cielo, relativamente á la Concepcion Inmaculada de la Virgen Maria, y á instar á la Santa Sede para obtener finalmente la definicion de un dogma profesado con tal universalidad, fué cuando el sucesor de S. Pedro, rodeado de cincuenta y tres cardenales, de cuarenta y tres arzobispos y de cien obispos, que habian acudido de todos los puntos del orbe á recoger en nombre de sus ovejas la alegría de esta memorable solemnidad, alzóse en la plenitud de esa Autoridad infalible, por la que *rogó en particular el mismo Jesucristo* (2): y *pronunció y definió* «que la doctrina que afirma que la Bienaventurada Virgen Maria fué, en el primer instante de su concepcion, por una gracia y un privilegio especial de Dios omnipotente, en virtud de

(1) Ibidem.

(2) Luc., XXII, 5.

«los méritos de Jesucristo, Salvador del linaje humano, preservada y exenta de toda mancha de pecado original, es revelada por Dios, y en su consecuencia, debe ser creida firme é inviolablemente por los fieles.»

Pero lo que debe notarse sobre todo es que Pio IX no ha hecho uso, en esto, de su autoridad sino para reconocer la creencia universal, para juzgar la oportunidad de su definicion y decir, que *debía* creerse lo que siempre se habia creido en cuanto á la Inmaculada Concepcion de Maria. El mismo lo declara en sus letras apostólicas. El Soberano Pontífice no hace mas que formular la fé del Universo y de la Antigüedad.

Del Universo y de la Antigüedad, repito. Que tal sea la fé del Universo, lo atestiguan efectivamente las respuestas de todas las Iglesias, respuestas **ABSOLUTAMENTE UNÁNIMES**, y de energia admirable consideradas como *testimonio*: aun de parte de los Pastores que personalmente vacilaban sobre la cuestion de oportunidad. Que tal sea la fé de la Antigüedad, resulta de esas mismas respuestas; porque no solamente han dado á conocer la creencia de las generaciones presentes, sino que despues de haber fondeado y evocado las generaciones pasadas por la investigacion de los testimonios y monumentos que nos han dejado, se ha consignado y hecho constar en todas ellas, por medio de las mas curiosas y exactas noticias, que el único origen de esta creencia es el de la fé cristiana en el mundo. De suerte, que por boca de Pio IX hablado, no solo la voz del cielo, sino la de todos los tiempos y lugares; pudiéndose aplicar á este grande acontecimiento, lo que se dice en el Apocalipsis: «Oí de todos los puntos de la creacion, voces innumerables, que salian del cielo, de la tierra, de *debajo de la tierra*, de la mar, y de todo



cuanto existe en sus espacios, y que todas dijeron »con una gran voz: La Virgen Madre del Salvador »es pura, es Inmaculada desde su Concepcion.»

De todos estos testimonios deducia un venerable Obispo, al dar el suyo, esta consecuencia llena de juicio y de exactitud: «Luego está probado, no »por vanas conjeturas, sino por monumentos in- »contestables, que la opinion favorable á la In- »maculada Concepcion de la Virgen Maria ha »sido comun desde los tiempos mas antiguos, »tanto al pueblo cristiano como á los Pastores »de las Iglesias. Y como no hay efecto sin una »causa proporcional, es necesario que esta persua- »sion universal en la Iglesia tenga un origen comun: »y como se trata de un hecho que solo ha podido »saberse por revelacion divina, se sigue necesaria- »mente que ha existido siempre en la iglesia una »tradicion que probaba la revelacion de este hecho, »ya se nos haya trasmitido esplicitamente, ya se »admita que se contuviera de un modo implícito en »ótras verdades de la fé, sobre todo en las pertene- »cientes al Misterio de la Encarnacion y á la Ma- »ternidad Divina. Sea cualquiera la alternativa que »se elija, resultará siempre la misma consecuencia, á »saber: que esta creencia de la Iglesia, que esta »verdad que exime de la mancha del pecado origi- »nal la Concepcion de la Virgen Maria, asciende á »los tiempos mas remotos y se contiene en el de- »pósito de la fé revelada (1).»

Hase contestado, con suma sensatez, á los que preguntaban en qué libro estaba escrita la ley Sálica, que lo estaba EN LOS CORAZONES DE LOS FRANCÉSES. Lo mismo puede contestarse á los que preguntan donde se hallaba escrito el dogma de la Inmaculada Concepcion antes de su promulgacion

(1) Respuesta del Illmo. Sr. Ferentino.

reciente: EN LOS CORAZONES DE LOS CRISTIANOS. Con- tiénese en aquella carta de Jesucristo de que habla San Pablo, que está escrita, NO CON TINTA, sino con ESPÍRITU de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, QUE SON NUESTROS CORAZONES (1).—Enciérrase, como dijo muy bien el Obispo de Gante, en aquel fondo de doctrina, que comunicó el Espíritu Santo á los Apóstoles el día de Pentecostes, cuando les enseñó todas las cosas.—Se halla insinuada por toda la Escritura y la Tradicion, como lo dijo asimismo perfectamente el Ilustrísimo Arzobispo de Ruan,—fué revelada en el seno de la Iglesia por la unánime persuacion de los fieles y los escritos de los Doctores, segun la expresion tomada por el Padre Petavio á S Agustín (2); transpira en toda la doctrina cristiana, circula en todo el Plan divino, brilla sobre todo en el dogma de la divina Maternidad, como ya hemos visto.

Hállase además expresada en el pasaje de San Pablo ya expuesto é interpretado segun San Clemente de Alejandria, en ese Tabernáculo que no es de esta creacion, por el cual convenia que entrara en este mundo el Pontífice de los bienes futuros, Jesucristo, santo é inmaculado. Vésela profesada abiertamente por el Apóstol San Andrés, segun las actas de su martirio, visadas por San Agustín, San Gregorio Magno, el Menólogo de los Griegos, y otros muchos fiadores de su autenticidad (3). Todos los Padres, que vienen despues

(1) II Corinth. III, 2, 5.

(2) De Incarn., lib. XIV, cap. II.

(3) Hé aquí las palabras de San Andrés al confesar la fé ante el procónsul Egeo; «El primer hombre nos trajo la muerte por el leño de la prevaricacion; era pues preciso que por el leño de la Pasion fuera expulsada la muerte de la mansion

de los Apóstoles, San Ireneo, San Justino, Tertuliano, Orígenes, San Dionisio de Alejandría, San Hipólito de Porto, San Metodio, hacen resonar la Iglesia primitiva con los acentos de la misma creencia. Hállasela no menos enérgica en todos los Padres que siguen despues, San Efren, San Epifanio, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Agustin, todos los cuales dicen, á cual mas, de Maria, que es *inmaculada, muy inmaculada enteramente intacta, para ser la mansion de toda pureza de Eva, la fuente de gracia y de inmortalidad* (San Efren); que es *pura, integra, sin mancha, inmaculada* (San Ambrosio); que *está exenta por gracia de toda mancha de pecado; y que, oveja inmaculada, Madre del Cordero sin mancha, es mas bella que todo el ejército de los Angeles* (San Epifanio), etc. (1).

La creencia en la Inmaculada Concepcion de Maria no ha cesado de estar, desde este origen, en los corazones de los Cristianos. Y ¿hasta qué punto no debia estar profundamente grabada para no haberla podido borrar el cisma ni la herejía y para volverse á encontrar aun entre los infieles?

Toda la Iglesia griega, en efecto, separada desde hace mas de diez siglos del tronco católico, rinde á esta antigua fé un testimonio tanto mas fuerte cuanto que nada tiene que no sea tradicional. Puede verse un monumento singular de él, entre

»que habia usurpado. Habiendo sido pues criado y formado el primer hombre de la tierra aun inmaculada, era necesario que naciera de una *Virgen inmaculada* el hombre perfecto por el cual repárase el hijo de Dios, que habia criado al hombre, la vida eterna que habian perdido los hombres en Adan.»

(1) Véase el sábio resumen de la creencia cristiana, con-

otros, en una campana de Sebastopol expuesta en el Museo de Artilleria de Paris, en la que se halla grabada la imágen de la Virgen Inmaculada. expresion de la fé á cuyas festividades llamaba este religioso metal, y cuya universalidad atestiguan entre nosotros aun mas elocuentemente su silencio.

En otra parte del mundo donde han hecho mas profundos estragos el cisma y la herejía, porque se han aliado con la infidelidad, en Abisinia, el obispo de Nicópolis, refiere en su respuesta al Santo Padre, que ha *descubierto con muy gran regocijo estar casi unánimes los cismáticos y los heréticos de la Etiopia en profesar que la bienaventurada Virgen Maria fué concebida enteramente exenta de todo pecado original* (1)

En la grande herejía que trastornó la Europa, ha tributado su fogoso autor, Lutero, en lo mas recio de sus ultrajes contra las creencias mas santas de la Iglesia, á la de la Inmaculada Concepcion, este homenaje tan decisivo como juicioso; »Era justo y conveniente, que fuese preservada la persona de Maria del pecado original, pues que debia tomar de ella el Hijo de Dios la carne que habia de vencer todos los pecados (2).

cerniente á la Inmaculada Concepcion de Maria, que termina la preciosa coleccion publicada sobre este asunto, por S. E. el Cardenal Gousset, donde nos permitimos lamentar con su Eminencia sin duda, la insuficiencia de los documentos que ha hecho emitir una comparacion desagradable relativamente al Ilmo. Sr. Mosquera, arzobispo de Bogotá, de tan santa y tan católica memoria, cuyo martirio hemos contemplado todos, en una festividad memorable, y de quien hemos merecido recibir en particular casi las últimas bendiciones.

(1) Véase la Coleccion de S. E. el Cardenal Cousset.

(2) Lutero, *In Portil Maj. circa Evang. festi Concept. Maria.*

Finalmente, cosa muy propia para confundir la frialdad ó la oposicion de los falsos cristianos respecto de la promulgacion de este dogma que no temen tachar de exageracion y de novedad, hallámosla en los restos de la fé cristiana confundidos por Mahoma, mazclados con los del judaismo, el sabeismo, el saduceismo, y sus propias invenciones, en el Coran.

En el capítulo III, versículo 37 de este libro, leemos: «Los Angeles dijeron á Maria: Dios te ha escogido, y te ha hecho libre de toda mancha, te ha elegido entre todas las mujeres del universo (1)»

Y el Patriarca de Babilonia dando á conocer, en su respuesta al Santo Padre, las tradiciones de la Caldea sobre el dogma de la Inmaculada Concepcion de Maria, dice: «tenemos otros muchos documentos, ya entre nosotros, ya entre los infieles de estas comarcas, que omitimos por no ser prolijos. Solo citaremos un testimonio del doctor musulman Nuai que dice: *No hay en todo el género humano una sola criatura que no haya sido herida por el demonio, á excepcion de Maria y de su Hijo (2).*»

La conservacion de esta creencia cristiana en la religion musulmana es un testimonio tanto mas

(1) *Libros sagrados del Oriente* Coleccion del Panteon literariopor Didot.

(2) *Coleccion de cartas y actos de los Obispos sobre la Inmaculada Concepcion de Maria*, por el cardenal Gousset, página 409. Léese tambien en la *Biografia universal de Michaud*, palabra *Maria*: «Hossain Vaez enseña, segun el Coran, que no viene al mundo criatura á quien no toque y remueva el diablo hasta hacerle gritar, y que solamente se han librado de esto Maria y su hijo Jesús. Por donde se ve ya la opinion de la *Concepcion Inmaculada.*»

decisivo de su fuerza y de su crédito en el mundo, cuanto que no se encuentra en armonia con ninguna otra creencia de esta religion. Así, el desprecio que se profesa en ella á las mujeres y que llega hasta á excluirlas del Paraiso para sustituir las seres de otra naturaleza, hace resaltar, aun mas que en nuestras costumbres, ese sentimiento tan exquisito de la angelical pureza y de la eleccion de Maria entre todas las mujeres del universo. Lo que no testifica menos fuerza propia de este sentimiento es que, no viene á apoyarse, como en el Cristianismo, en el dogma de la divina Maternidad y no puede considerársele como una piadosa supererogacion del mismo. Y en efecto, en cada página del Coran leemos: «Infiel es el que dice: Dios es el Mesias, hijo de Maria.»—El Mesias, hijo de Maria, no es mas que un apóstol, etc. Si pues, á pesar de este doble anatema contra la divinidad de Jesucristo y contra la mujer, que hubiera debido no dejar á Maria título alguno al respeto de los Musulmanes, ha reservado el islamismo un culto de creencia y de honor á su pureza inmaculada entre todas las criaturas del género humano, esto prueba la fuerza de la creencia general de este dogma en la época en que se formó el Islamismo.

Réstanos que dar una sola explicacion, que ha llegado á ser aun mas necesaria por todo lo que acabamos de decir.

¿Cómo han podido pues suscitarse controversias sobre esta creencia en el mismo seno del Catolicismo, en los siglos posteriores? ¿Cómo no las ha cortado desde luego la Iglesia, y ha retardado hasta el día la promulgacion de un dogma recibido de tan antiguo y tan universalmente?

## III.

El Cristianismo se diferencia de las religiones ó concepciones humanas en que no se dió al mundo, por su divino Autor, como un sistema especulativo rigurosamente coordinado y expuesto en fórmulas invariables, como hubiera hecho al morir un filósofo, que no pudiera volver á explicarse despues de su muerte. Su doctrina forma, desde su revelacion, un conjunto de religion perfectamente enlazada en todas sus partes, pero en sí de una manera interna, cuya explicacion para su inteligencia ha reservado dar el Espíritu Santo, y dispensar su manifestacion al mundo por su Iglesia, en la sucesion de los tiempos. Animada de este espíritu, cumple la Iglesia esta gran mision por dos ministerios que debemos distinguir y asociar con el mayor esmero; el ministerio de *depositaria* y el ministerio de *dispensadora*.

Como depositaria, no está en sus facultades cambiar el depósito, ni añadirle ni quitarle nada. Pero como dispensadora, puede deducir del depósito las verdades que en él se contienen, publicarlas, decretarlas, convertirlas en dogmas obligatorios, segun sea oportuno, cuya apreciacion es tambien propia de su mision dispensadora.

La Iglesia no es una institucion muerta é inmóvil, ó que solo tenga una vida mutilada é impotente como la de aquellos esclavos guardadores de los tesoros de los reyes de Oriente. Es una economía, una tutora, una Madre encargada de distribuir á sus hijos la sustancia de su divino Esposo, segun y cuando se hallen aptos para recibirla por la edad y las circunstancias.

De esta manera de ser y de obrar de la Iglesia resulta, que las verdades que componen la doctri-

na no han sido conocidas y creidas solamente á proporcion y cuando han sido formuladas y decretadas; sino que lo eran todas antes y desde el principio. pudiéndose decir de cada una de ellas lo que dice Ciceron de la razon: »No principió á existir solamente desde el dia en que es escrita, sino desde el dia en que ha nacido; por lo que es contemporánea de la Inteligencia divina: *Orta autem simul est cum mente divina* (1).» Aquellas verdades no han sido por lo comun promulgadas sino con ocasion de los ataques de que fueron objeto, y para protestar de esta existencia anterior cuya definicion y razon decisiva ha sido siempre la antigüedad Apostólica.

Puede por consiguiente no haberse verificado esta definicion, ó haberse retardado ó suspendido por razones inherentes á la mision *dispensadora* de la Iglesia, sin que esto menoscabe en lo mas minimo la creencia de que son objeto.

Esto es lo que se ha verificado respecto de la Inmaculada ó Purísima Concepcion.

Hallábase recibida y profesada, como hemos visto, desde los tiempos Apostólicos, de una manera implícita, y no articulada, pero positiva; como una verdad que se siente por la relacion necesaria que tiene con otras verdades que conocemos mas distintamente.

Sucedia, en esta parte, con el dogma de la Inmaculada Concepcion relativamente al dogma de la Maternidad divina, como con el dogma de la Maternidad divina relativamente al de la Divinidad de Jesucristo. Creíase y se profesaba seguramente el dogma de la Maternidad divina antes del concilio de Efeso, que decretó sobre la Divinidad de Jesucristo; pero la definicion mas solemne de la Di-

(1) *De legibus*, lib. II.

vinidad de Jesucristo puso mas en claro la Maternidad divina de Maria.

Y la definicion de la Maternidad divina de Maria esclareció mas su Inmaculada Concepcion.

Pero disputada esta última creencia, que tal es la suerte de toda verdad, la controversia la hizo resaltar mas, facilitó su inteligencia y excitó á su amor.

Es verdad que hubiera podido la Iglesia cortar desde entonces la discusion por una definicion que hubiera hecho obligatoria esta creencia; pero no lo hizo así. Porque creyó con exquisita discrecion que debia suspender su juicio, dejar á la discusion misma que lo preparara, y á la fé y al amor de sus hijos el solicitarlo, precederlo, hacerlo forzoso en cierto modo por la plenitud de su piedad hacia Maria, en una época en que la manifestacion y la satisfaccion de esta piedad tuvieran una oportunidad providencial.

No se vea en esta explicacion de la conducta de la Iglesia una justificacion de circunstancias y *ex post facto*, despues del hecho; porque esta explicacion se ha dado hace mas de cinco siglos en las célebres revelaciones de Santa Brigida, donde leemos estas palabras proféticas puestas en boca de la Virgen Maria: «Plugo á Dios que dudasen algunos de sus amigos piadosamente de mi Concepcion para que mostrara cada uno su celo en defenderla, hasta que resplandeciera la verdad en todo su brillo en el TIEMPO PREORDENADO para su manifestacion:» *Placuit Deo, quod amici sui pie dubitarent de Conceptione mea, ut quilibet ostenderet zelum suum, donec veritas claresceret* IN TEMPORE PREORDINATO (1).

Esto es lo que se ha visto. La contemporiza-

(1) S. Birgite, Revel. lib. VI, cap. LV.

cion de la Iglesia no tenia inconveniente alguno y debia tener ventajas palpables. No tenia ningun inconveniente, porque aunque la verdad de la Inmaculada Concepcion de Maria se enlaza, como hemos visto, con todo el dogmatismo cristiano, no es una de esas verdades fundamentales á que no se puede tocar sin conmover el edificio; es mas bien una verdad que lo corona, que constituye su cúpula, cuya colocacion podia suspenderse; y además, los que la ponian en duda, lo hacian *piadosamente*, como dice Santa Brigida, muchas veces no tardaban en volver á profesarla por si mismos formalmente, y siempre protestaban su sumision, su reserva á la autoridad de la Iglesia creyendo anticipadamente cuanto ella decidiera. El aplazamiento de esta decision no tenia pues inconveniente alguno. Tenia por otra parte palpables ventajas: la de dejar, como convenia, á la piedad, al corazon de los fieles dirigirse por movimiento propio á la profesion de una creencia tan eminentemente filial hacia Maria; prevenir su decision mas bien que seguirla, y hacerla mas bien que recibirla. Y esto es lo que se ha verificado. Segun y conforme se ha pronunciado esta piedad, la ha satisfecho la Iglesia, dejándola siempre el mérito de su desarrollo y de su expansion; primeramente permitiendo la festividad anual de la Inmaculada Concepcion de Maria, festividad que asciende por lo menos al sexto siglo en la Iglesia de Oriente; que hallamos mencionada en un calendario grabado en mármol de la Iglesia de Nápoles en el siglo nono; que Mabillon nos dice era celebrada en el siglo décimo por las Iglesias de España; que San Anselmo introdujo por la misma época en Inglaterra; que Juan de Bayeux, arzobispo de Ruan estableció en 1070 en Normandia, y que estaba en uso ya generalmente hacia mas de cuatro siglos en Orien-

te, y uno, dos y tres siglos en Occidente, cuando San Bernardo desaprobó á la Iglesia de Lyon por un escrúpulo, que él mismo confiesa, *scrupulosus, fateor*, el haberse anticipado á la decision de la Iglesia, estableciendo ella tambien esta festividad. San Bernardo terminaba, no obstante, su carta con estas palabras tan fieles y tan prudentes: «Sea lo que he dicho sin perjuicio de un parecer mas sabio que el mio. Someto no obstante todo esto, y universalmente toda cosa de esta naturaleza, á la autoridad y al exámen de la Iglesia romana: si mi parecer difiere del suyo, estoy pronto á reformarlo (1).»

No podia someterse á prueba mas fuerte la manifestacion de la Inmaculada Concepcion de Maria; y no puede decirse que se haya verificado sin crítica cuando se ve á un alma tan afecta á la Santísima Virgen, como era la de San Bernardo, pasarla en cierto modo por el crisol de su escrúpulo.

No se detuvo en él mucho, pues que vemos tomar de siglo en siglo su celebracion mas vuelo y consistencia. De permitida, llega á ser favorecida, y despues finalmente prescrita en muchas Iglesias. Desde 1310 la *mandaban bajo pena de excomunion* los estatutos sinodales de Cambray; el sínodo diocesano de Soissons la *prescribió* en 1344, segun el uso recibido antiguamente por esta Iglesia, *secundum morem antiquitus observatum*; por el mismo tiempo, la Iglesia de Aviñon, poseedora tambien de esta festividad desde muy antiguo, veia tomar parte en su solemnidad á toda la corte ro-

(1) Quæ autem dixi, absque præjudicio sane dicta sint cæmius sapientis. Romanæ præsertim Ecclesiæ auctoritati atque examini totum hoc, sicut et cætera quæ ejusmodi sunt, universa reservo: ipsius, si quid aliter sapio, paratus judicio emendare. *Epist. ad canonicos Lug.*

mana; y autorizándose con la *antigua y laudable costumbre segun la que se celebraba por la Iglesia romana y las demás Iglesias*, mandó su celebracion el concilio de Basilea en 1439

Las universidades mas célebres, las de París, Oxford, Cambridge, antorchas del mundo, la honraron desde entonces con un culto público, y el cançiller Gerson, con la elevacion y exactitud de miras que le eran propias, allanaba el camino á esta doctrina haciendo observar: que ciertas autoridades graves, como las de San Agustin, San Anselmo y Santo Tomás, que daban todo el calor á la controversia, porque parecian haberse pronunciado en pro y en contra. y que cada cual aplicaba á su opinion, se conciliaban perfectamente, por medio de esta sencilla explicacion, que, cuando estos Doctores hablaban de la exencion del pecado original *sin privilegio especial y segun las causas generales*, su opinion era que la Virgen Santísima estaba sometida á la ley de este pecado como todos los demás; que con esto no hacian mas que establecer la diferencia que siempre debe advertirse entre Jesucristo y Maria: porque Jesucristo jamás necesitó de privilegio, y no lo tuvo en ser *exento* del pecado original como Maria: lo cual está perfectamente acorde con los demás pasajes en que profesan estos ilustres Doctores, que la Virgen Maria fué *exenta* del pecado original por privilegio enteramente especial; lo que hacen en términos, y como San Anselmo, por tratados *in extenso*, y por el establecimiento de festividades en honor de este glorioso privilegio que no permiten dudar de la veracidad y del fervor de su opinion. En cuanto al disentiimiento de San Bernardo, recordando Gerson el final de su carta á los canónigos de Lyon, en que declara este gran Santo remitirse á lo que quisiera ordenar la Iglesia, observaba, que se ha-

bia manifestado la verdad desde aquel tiempo por la celebracion de la Inmaculada Concepcion de Maria en casi toda la Iglesia Romana y en otras partes, es decir, en la Iglesia griega (1).

En una de las circunstancias mas solemnes, en el célebre concilio de Constanza, Gerson, que fué su alma, honró tambien la Concepcion Inmaculada de Maria por una profesion de fé que puede considerarse como la del mismo Concilio, en medio del cual la hizo oír. »Largo fuera el discurso, decia, »si quisiéramos explorar toda la materia. La dejamos para la festividad de esta Bienaventurada »Concepcion, dejando solamente aparecer aquí esta »religiosa y pura enseñanza de que jamás se ocupará el púlpito con bastante frecuencia ni con sobrada piedad (2).»

Esta creencia consagrada asi por la solemnidad de un concilio ecuménico, debia desarrollarse mas y venir á inscribirse 150 años despues, en los decretos del concilio de Trento. Este concilio, como se sabe, no definió formalmente este dogma; sino que se acercó singularmente á ello. Despues de haber tratado, en un decreto sobre el pecado original, de todo cuanto se refiere á él, declara, *que no es su intencion comprender en el mismo á la Bienaventurado é INMACULADA Madre de Dios* (3); expresiones de exquisita delicadeza, que manifiestan el pensamiento del concilio: que llegan hasta la calificacion, aunque no hasta la definicion.

(1) Joan. Gers. *Serm. de Concept. B. Mar. Virg.*

(2) *Serm. de Nativ. Glor. Virg. Mar. in concilio Constantiensi.*

(3) *Declarat hæc sancta synodus non esse suæ intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, beatam et immaculatam Dei genitricem.*

Tenemos ya la clave de esta reserva: háenos dado por Santa Brígida. El Espiritu Santo quiso que no fuese la fuerza sino el amor quien colocase la corona en las sienas de Maria; que fuesen sus mismos hijos, los fieles, los que preparasen el decreto de su Inmaculada Concepcion; que se les permitiera sobre este asunto una santa emulacion, hasta dejarles agitar la cuestion por siglos enteros con el solo ardor de la verdad, madurándola y resolviéndola mas y mas, y no viendo que se les retiraba esta libertad sino á proporcion que se progresaba en su solucion, y cuando, no pudiendo ser ya benefica solo hubiera servido de escándalo. Asi puede decirse que se ha celebrado por los mismos fieles un concilio permanente y público, bajo la presidencia de la Iglesia, que solo ha intervenido en él para dirigir la discusion, marcar sus fases, consagrar y sancionar sus resultados, con una prudencia, una longanimidad, una tolerancia, una oportunidad admirables: conducta mucho mas gloriosa para la Santísima Virgen, mas conforme á su caracter bondadoso y maternal, y á la filial piedad que inspira su culto, que lo hubiera sido una decision tomada desde el origen de la cuestion.

Tal fuera la conducta de la Iglesia desde este origen hasta el concilio de Trento; tal ha sido desde el concilio de Trento hasta nuestros dias.

Esta diferencia tan imperceptible al parecer entre la declaracion de este concilio y la definicion de la Concepcion inmaculada, ha suministrado aun trescientos años de progreso á la manifestacion de esta creencia.

No entraremos en la reseña detallada de todos los actos sucesivos de esta manifestacion; solamente mencionaremos la prohibicion hecha por Paulo V en 1617 de atacar la Inmaculada Concepcion de la

Santísima Virgen en las predicaciones, lecturas y otros actos públicos;—La extension de esta prohibicion á los escritos y á las conversaciones privadas. por Gregorio XV;—la condenacion pronunciada por Urbano VIII contra la sexagésima tercera proposicion de Baio contraria á esta creencia;—la institucion por Inocencio XIII, en la Iglesia universal, de la Octava de la Inmaculada Concepcion, que hasta entonces solo se habia verificado en algunos reinos; la *obligacion* decretada por Clemente XI de celebrar tambien en toda la Iglesia esta festividad que hasta entonces solo habia sido de precepto en algunas diócesis;—la ereccion de la misma á la clase de las mas solemnes por Benedicto XIV;—la aprobacion dada á la consagracion de Francia, de las Españas, de la América del Sud, de los Estados Unidos á *Maria Inmaculada* por los soberanos ú obispos de estas regiones del mundo católico.

Satisfaciendo asi sucesivamente la creencia en la Inmaculada Concepcion, y decretando los testimonios de la misma, conforme y á proporcion que se iban adquiriendo, habia agotado la Iglesia toda reserva, toda temporizacion. El Universo entero la apremiaba á dar el último paso. Este fruto por tanto tiempo llevado, formado, madurado en la conciencia católica, estaba ya en sazón. El *tiempo preordenado* para una definicion deseada tan largamente, habia legado á su plenitud. Nada mas tierno que las instancias hechas á la Santa Sede por el mundo católico sobre este asunto:—»En los malos dias, en que vivimos, escribia el Obispo de Acerenza, la Providencia divina ha permitido que el pueblo Cristiano, con sus Pastores á su cabeza, se dirigiera por si mismo á la Cátedra suprema de Pedro, suplicando al Soberano Pontífice que definiera en fin esta cues-

tion, hiciera aun mas manifiesta la verdad por un oráculo infalible, anunciara al mundo católico la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios, que es tambien Madre nuestra por adopcion, y unos procurase de esta suerte un infalible regocijo.»—»Oh! si la Santa Sede avanza este paso, exclama el obispo de Cabo Verde, ¿cómo acudirán todos los pueblos á besar la mano del primer Padre y Pastor que les conceda esta gracia, objeto de sus deseos! ¿Cómo quedará grabado en sus corazones este acontecimiento con caracteres inlefebles, inaccesibles á la mano destructora del tiempo!» No nos empecemos en mas largas citas de estas patéticas instancias: forman un volumen, y ¡cosa digna de notarse! lo que encierran de mas fuerte en favor de la oportunidad de la definicion está sacado de las tres ó cuatro oposiciones que ha encontrado. Con efecto, ¿en que se fundan? En que «la Concepcion Inmaculada es admitida *sin contradiccion alguna por todos los Católicos*, y que existia ya el fin principal de esa definicion, puesto que era tal en todas las partes del mundo la devocion á Maria, sin pecado concebida, que no necesitaba al parecer de nuevos aumentos (1).» Es decir que no habia llegado el tiempo de la definicion, porque habia mas que llegado.

Por el contrario, este tiempo estaba admirablemente determinado por la situacion del mundo, de la Iglesia, y de su jefe supremo. Toda la tierra en convulsion no podia sufrir ya el yugo de ninguna autoridad. Todos los tronos se hundian, y la tierra solo era ya el campo experimental de los errores mas antisociales y subversivos. La sociedad

(1) Tales son los términos de una oposicion y el sentido de las otras.



política no estrivaba ya sino en algunos restos de principios cristianos á que procuraba asirse nuevamente, y que los bárbaros que la amenazaban habian jurado exterminar en su foco, Roma, y matar en su representante, el Papa. Tocando estaban á su fin sacrilego; ya su puñal habia hecho resurtir sobre Pio IX la sangre de su generoso Ministro, y el Vicario de Jesucristo, forzado á dejarles como una presa la ciudad eterna, solo conservaba ya, en el estrecho destierro de Gaeta, esa postrer Majestad de la Desgracia que parece la consume consagrándola, y de que á duras penas se levantan las grandezas de la tierra.

Este era el tiempo preordenado para que el sucesor de Pedro emprendiera el mayor acto de autoridad que se haya hecho en el mundo: el de decretar, solo, la fé del universo en la Inmaculada Concepcion de Maria, y dar por fin esa definicion á que aspiraron tantos siglos anteriores, y que honrarán con su piadosa obediencia todos los venideros. Pio IX conoció que el momento de su mas profundo apuro debia ser el de su mas alto poder: *Cum infirmor, tunc potens sum*. Mientras todo se conmueve á su rededor; mientras su sagrado Colegio es dispersado; están en movimiento los ejércitos, levántanse las máquinas de guerra, truena el cañon, úndense los Estados; recójese en esa omnipotencia que de Jesucristo le ha sido transmitida por sus predecesores, y desde esa *Silla espiritual* que ha de ver espirar eternamente á sus pies todos los furors del infierno, escribe á todas las Iglesias del Universo esa famosa Encíclica *datada de Gaeta el dia dos de Febrero del año 1849*, en que «confiando principalmente en la esperanza de que la Bienaventurada Virgen Maria, que fue elevada por la grandeza de sus méritos sobre todos los coros de los Angeles hasta el trono de

»Dios, (1) que ha quebrantado bajo la planta de su virtud la cabeza de la Antigua Serpiente, y que colocada entre Cristo y la Iglesia, »ha arrancado siempre al Pueblo Cristiano de las «mayores calamidades, se dignará disipar las espantosas tempestades de que se vé asaltada la Iglesia por todas partes,» examina por última vez la creencia universal en la Inmaculada Concepcion de Maria, el deseo de los pueblos y sus Pastores de ver á la Santa Sede dar un decreto sobre esta materia, y prescribe rogativas públicas, para conseguir que el Padre Misericordioso de las luces se digne iluminarle con la luz superior de su divino Espiritu, é inspirarle con el Sopro de lo alto, para que en negocio de tanta importancia, pueda tomar la resolucion que mas debe contribuir tanto á la gloria de Dios como á la alabanza de la Bienaventurada Virgen Maria, y al provecho de la Iglesia militante.

De esta situacion ha salido el decreto de la Inmaculada Concepcion, publicado el 8 de Diciembre de 1854, pero concebido el 2 de Febrero de 1849: fecha de congoja sobradamente olvidada en la guerra que no se ha temido hacer á esta Inmaculada, que muy superior á los brazos de carne, *ha arrancado al Pueblo Cristiano de las mayores calamidades*.

Esta guerra, cuya impotencia hace hoy sin duda que sea enojoso su recuerdo á los que la han hecho, y que el mismo infierno acaba de cerrar con un golpe de furor que le descubre, habrá sido, entre las aclamaciones de los pueblos que la han sofocado, un testimonio mas de la importancia de esta gran definicion.

Si la Inmaculada Concepcion de Maria hubiera sido puramente una vana supererogacion, solo hu-

(1) S. Gregor. Pap. De Expos, in Libros Regum.

biera tenido contra si la sonrisa de los indrédulos; no se la hubieran hecho los honores de una discusion compendiosa en ciertas publicaciones que, como afectadamente dicen hoy, *no se ocupan en cosas de este jaez.*

Luego si se han ocupado y preocupado tanto en esta, es porque este dogma y el decreto que lo ha definido, tienen mayor importancia.

Esta importancia es la siguiente:

La Inmaculada Concepcion implica dos cosas que son los fundamentos del Cristianismo: 1.º la creencia en el picado original confirmada por la excepcion única que de él ha habido en Maria; 2.º la creencia en la divinidad de Jesucristo, Salvador del mundo, la cual valió á su Madre Santísima tan glorioso privilegio. De manera que profesar la Inmaculada Concepcion de Maria, es profesar todo el Cristianismo; decretarla, es reavivarlo en el mundo.

Es además profesar y reavivar el Catolicismo. El decreto de 8 de Diciembre de 1854, dado *por inspiracion del Espiritu Santo, por la Autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y de Pio IX,* (1) órgano infalible de esa divina Autoridad, es el mayor acto de Catolicismo que se haya hecho quizá en el espacio de diez y ocho siglos, ya por su manera, ya por su objeto, ya finalmente por la unanimidad de los votos que lo solicitaron y la obediencia que ha encontrado en la Iglesia.

Y nunca se admitirá bastante la oportunidad de este gran Acontecimiento, reservado por tantos siglos, entre tesoros de la divina Providencia, á nuestros tiempos de indiferencia, *para gloria y ornamento de la Virgen, Madre de Dios, exaltacion de la Fé católica, y aumento de la Religion cristiana* (2).

(1) Letras apostolicas concernientes á la definicion.

(2) *Ibid.*

---

## CAPITULO VI.

### NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Hemos recorrido tres grados del destino de la Virgen Santísima:—su Predestinacion:—su Preconizacion profética:—su Concepcion Inmaculada.

Debemos considerar ahora su Natividad.

El Evangelio nada nos dice de particular acerca de la Natividad y niñez de la Santísima Virgen. contentándose con decir que se llamaba Maria, que era mujer de José y que de ella nació Jesús. *Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ. de qua natus est JESUS qui vocatur Christum* (1).

Y aun hay de extraordinario en el silencio del Evangelio sobre el particular, que las dos genealogias que en él se dan de Jesucristo proceden, ora subiendo, ora bajando, por José padre putativo de Jesucristo, y *evitan* hacer mencion del parentesco propio de la Virgen Santísima. De modo que sabemos, por el Evangelio, cuáles eran los autores y antepasados de José, y no sabemos, á lo menos directamente, quienes eran los de la Santísima Virgen. Cosa tanto menos natural, en genealogias de Jesucristo, cuanto Jesucristo no recibió la sangre de sus mayores sino por Maria.

Por otra parte, cuanto mas deja el Evangelio entre sombras la filiacion de Maria, tanto mas esclara-

---

(1) Math. 1. 16.

rece su Maternidad. Saltando todo cuanto concierne á su nacimiento y educacion, no bien nos dice que existe, cuando nos dice que es Madre. Es uno mismo el momento en que presenta á la Madre y al Hijo á nuestra atencion, y no oimos el nombre de Maria sin que oigamos al punto el de Jesús: *Maria de qua natus est Jesus.*

Todo esto no carece de motivo y habla á quien sabe entenderlo.

Esto significa, segun ya hemos reconocido por la racional intuicion, en el capitulo anterior, que Maria no tanto es la hija de Adan como la Madre de Jesús; que no deriva su nobleza de sus deudos, sino que estos, al contrario, son por ella ennoblecidos, y no solo sus deudos inmediatos, sino la casa de David, la tribu de Judá, el pueblo judío, el género humano, la creacion entera: ennoblecimiento que ella saca tambien de Jesucristo.

Conforme á lo que hemos dicho, que Maria es predestinada á ser Madre de Dios, y no solo predestinada, sino creada con este único fin por esa mismo Dios que quiso ser hecho de ella; decimos con verdad, no de un modo general, sino por especialísima manera, que es la Hija de ese Jesús de quien es Madre; la Hija de Dios, y la Madre del Hombre; la Hija y la Madre del Hombre Dios: y que así, su genealogía, como ha dicho felizmente un Padre, comienza por la *Divinidad* y acaba por la *Humanidad* de su Hijo.

Siendo esto así, no podrá el Evangelio hablar-nos mas convenientemente de Maria que no tomando en cuenta para nada su filiacion natural, y habiéndonos solamente de su divina Maternidad; dejándonos ignorar quién era su padre, para hacer resaltar puramente quién era su Hijo: *Maria, de quien nació Jesús, que se llama Cristo*: (1) MARIA

(1) Matth, I, 16.

DE JESUS, como la llamaban los Apóstoles (1).

Si todo el Evangelio se cifra en esta verdad, escrita en el sublime principio del Evangelio de San Juan, que el Verbo «dió el poder de hacerse »hijos de Dios á todos los que *le recibieron*, que »no nacieron de la sangre, ni de la voluntad de »la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de »Dios; y que por esto el Verbo se hizo carne y »habitó entre nosotros;» ¡cuán *nacida de Dios* es esta Virgen, que fué la primera y la única que, de un modo tan inefable, *recibió* en persona al mismo Verbo, y por quien todos lo hemos recibido; en la cual y por la cual este Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

No tuvo ella que *renacer*, como nosotros, mediante una accion de la gracia, posterior á su nacimiento natural. Esa gracia se anticipó en ella á la naturaleza, se apoderó de ella, la penetró, labró, elevó desde el instante de su Concepcion hasta convertirla en Hija suya, con la mira de hacerla idónea para ser Madre de Jesus.

Formábala desde entonces con todas las cualidades físicas y morales que debia comunicar mas adelante, como Madre, á la humanidad de su Hijo.

Esta es una idea tan sólida como interesante y gloriosa para la Virgen Santísima. Probémosla por algunas reflexiones:

Es conforme á la naturaleza que los hijos salgan á su madre, *fili matrisant*, como dice el adagio latino; pero ¡cuanto mas á una Madre Virgen! La sangre, los humores, con que formó y nutrió á Jesus la Virgen Santísima, hubieron de producir en él lo que los vemos producir naturalmente en los hijos relativamente á su madre: la *semejanza*,

(1) Segun una carta de San Ignacio, mártir, su discípulo.

la trasmision del temperamento, de la complexion, de las costumbres, del carácter, de la fisonomía, pero en un grado incomparablemente mas perfecto que en las filiaciones ordinarias; porque solo Maria tuvo parte en esta, y en la calma profunda y virginal de su immaculada naturaleza, ningun desórden, ningun soplo impuro de fuera vino á torcer y alterar esta santa trasmision.

San Pablo dice del Hijo de Dios: «Se anonadó á »si mismo, tomando la forma de siervo, hecho á »semejanza de los hombres, y en todo lo que de él »se vió exteriormente, pasó por un hombre,» *et habitu inventus ut homo* (1).

Y el mismo San Pablo hace notar en otra parte, que el Hijo de Dios fué hecho tal, de una mujer, *factum ex muliere*: no nacido, sino *hecho*: expresion enérgica, que muestra que el Hijo de Dios no tomó el seno de Maria para solo aparecer Hijo del hombre, sino que quiso ser hecho de ella misma, de ella sacar esta semejanza, esta *fisonomía* de hombre. De donde podemos inferir que tenia la fisonomía de Maria, *habitu inventus ut Maria*, asi como cada uno de nosotros es hecho á semejanza de su madre, y aun mucho mas por las razones que arriba indicamos.

En resolucion, Jesucristo es tan perfectamente hombre como perfectamente Dios: esta es una verdad incontestable. Por tanto, la naturaleza humana debió producir en él sus mas puros efectos; y tanto mas puros, cuanto fué perfeccionada en Maria por la gracia en toda su plenitud. Ahora pues, siendo el efecto de la naturaleza humana que los hijos sean imágen de sus padres, Jesucristo no debia ser menos la imágen de Maria, como hombre, que lo era

(1) Philip., II, 7.

del Padre celestial, como Dios. Asi lo enseña Santo Tomás de Aquino: *Filius non minus Matris quam Patris imago est* (1).

Jesus, hecho de Maria, debia ser *humanamente* su retrato, así en lo fisico como en lo moral, debiendo poder aplicársele este verso del poeta:

*Sic occultos, sic ille manus, sic ora ferebat.*

Y esto era sin duda lo que hacia decir á los pueblos de la Judea, al verle: *¿No es este el Hijo de Maria* (2)?

Pero esto no era asi sino porque Maria era tambien previamente el retrato de Jesus; sino porque, segun hemos dicho, tenia ella tambien de su Dios, para trasmitírselas, esas cualidades, esas costumbres, esas facciones; sino porque habia sido hecha de él en cuanto Dios, como él habia querido ser hecho de ella en cuanto Hombre.

De este modo el Verbo creador, por quien todas las cosas fueron hechas, se preparó él mismo su humanidad en su Madre. Quiso, dice San Bernardo, que fuese Virgen, para que de ella, sin mancilla, fuera él producido sin mancilla; quiso que ella fuera humilde, para que saliese de ella manso y humilde de corazon. *Voluit itaque esse Virginem, de qua immaculata immaculatus procederet: valuit et humilem de qua mitis et humilis corde prodiret.* Otro tanto debe decirse de todas las demas cualidades y caracteres que debia tener su humanidad, y cuya *provision*, por decirlo así, habia él puesto en Maria.

A la manera que un artista comienza primero formando en pequeño modelo la figura que se propone ejecutar en grande, asi Dios, «hace ya apa-

(1) Citado por Contenson-

(2) Math. XIII, 55.

»recer, en la Natividad de Maria. dice Bossuet, un  
»Jesucristo bosquejado, si se me permite la expresion, un Jesucristo comenzado, por una expresion  
»viva y natural de sus perfecciones infinitas (1.)»

Recordando este magnifico pensamiento de Tertuliano que cuando Jehová modelaba el primer hombre, no se aficionaba tan seriamente á esta formacion, sino porque «en aquel barro que adornaba, »tenia puesta la mira en Cristo que debia hacerse »hombre:» *Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus*, Bossuet añade esta reflexion que ruega á sus lectores mediten atentamente: «Si asi es como al criar Dios al primer »Adan, pensaba, desde el origen del mundo, en »trazar en él al segundo; y si en vista del Salvador Jesus forma á nuestro primer padre con tanto esmero, porque de él debia salir su Hijo tras »tan larga série de siglos y generaciones intermedias; hoy que veo nacer á la afortunada Maria »que debe llevarlo en sus entrañas, ¿no tengo yo »mas razon para inferir que Dios, al criar á esta »divina niña, tenia su pensamiento en Jesucristo, »y que trabajaba solo por él? *Christus cogitabatur* (2).»

Recordando Isaias al pueblo Judio su eleccion en la persona de Abraham, decia: «Mirad á la piedra de que habeis sido cortados, y á la cantera de »que habeis sido extraidos (3);» pues esta piedra, esta masa, es primeramente el género humano criado por Dios en vista de la figura divina de Jesucristo á quien debia sacar de ella. Pero, entre esta primera y última operacion, hácele Dios sufrir otras muchas que lo aproximen sucesivamente á su glo-

(1) Primer sermón sobre la Natividad de la Santa Virgen.

(2) *Ibid.*

(3) Isaias, LI. 1.

rioso fin. Lo desbasta, digámoslo así, y desprende de él, primero al pueblo judío, luego la tribu de Judá, luego la casa de David; y cada uno de estos bosquejos, bien así, como hecho en vista de Jesucristo, *nace*, por decirlo así, de este tipo divino al mismo tiempo que lo realiza. Pero hasta allí, cuanto ha habido en la Obra de Dios ha sido *colectivo*: un pueblo, una tribu, una familia. ¿No habria, entre este último estado de la Obra y su fin ningun intermedio *individual*, que sea como *el ideal perfecto* de esta grande Obra; que nazca de ella para realizarla inmediatamente, y en que el grande Artífice solo tenga ya que poner la última mano: ¿qué digo? ponerse El mismo?

Este es el glorioso destino de Maria; eso la distingue de todos sus antepasados, de todo el género humano, de toda la creacion, para ponerla con el Hijo de Dios, en una relacion única, incomparable é inefable, en cuanto es individual, inmediata, virginal, maternal, divina; la mas avanzada de todas las relaciones de la humanidad con Dios, despues de la unioi hipostática de la humanidad con la divinidad del Verbo.

Y así, dice un santo Doctor, como á causa de esta union personal á su divinidad, la humanidad de Jesucristo debió resplandecer con todas las perfecciones de la naturaleza y de la gracia en su mayor grado de excelencia; así tambien convenia que, despues de su propia humanidad, adornase Dios con estas perfecciones la persona de su Madre, como que la unia con él la relacion mas próxima que imaginarse pueda, dado que podemos decir en cierto modo, que la maternidad de Maria es á la humanidad de Jesucristo, lo que es esta humanidad á la divinidad que se la unió.

Por eso, dice el mismo Doctor, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, nada

debió encontrarse en Maria que fuera menos digno, defectuoso, chocante: todo debió ser hecho al torno de la divina Sabiduria, admirablemente exento de toda superfluidad, trabajado con perfeccion, y primor exquisito. Y esto es lo que dice por excelente manera el Evangelio, cuando llama á Maria *Llena de gracia*, expresion que apura, en su brevedad, todo panegírico, mayormente si se considera que sale, no de los labios de un mortal, sino de los de un Angel, embajador de la corte celestial, como expresion de su admiracion y homenaje: AVE MARIA, GRATIA PLENA.

Para hacer comprender toda la reunion de gracias y bellezas espirituales que encierra esta expresion y debian hallarse en Maria, ha recurrido Gerson á la alegoria de Pandora, bajo de la cual habia pintado la antigüedad pagana la perfeccion de la mujer primera *de quien vino todo el mal*, no advirtiéndole que pintaba mucho mejor á la segunda *de quien ha venido todo el bien*, Maria, la verdadera *Pandora*, á quien las divinas personas dotaron á porfia de todos los dones, de todas las gracias, *gracia plena* (1).

Asi, para hacer resaltar la riqueza de esta celestial dotacion, anima Gerson todas las gracias, todas las virtudes, y las hace venir á porfia á colmar de sus dones á esta Virgen predestinada, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. La Pureza en persona se adelanta para extender con sus manos la materia que ha de formar su cuerpo; la Providencia para organizarlo, la Gracia para animarlo. Despues cada parte es reivindicada para cada virtud. La Caridad forma su corazon; la Prudencia se aplica á disponer su cerebro;

(1) La significacion de Pandora equivale á la de *Llena de gracia*.

el Pudor redondea su frente; la Afabilidad derrama la dulzura en sus labios; la Decencia hace de sus mejillas su lugar predilecto: la Modestia y la Virginitad difunden en todo su cuerpo la gracia y embeleso: finalmente todas las virtudes concurren tan felizmente á formar á esta Virgen insigne, que ellas mismas, pasmadas de su obra, apenas pueden reconocerla en esa perfeccion producida por un concierto tan unánime, que lo que todas han hecho aventaja infinitamente á cada una de ellas.

Esta alegoria no hace sino expresar en lenguaje humano la hermosura de la Virgen Santísima. La tradicion oriental y local ha conservado su impresion, y los testimonios Apostólicos nos la han trasmitido. No aduciremos aqui esos testimonios, por guardar fielmente la ley que nos hemos impuesto de ceñirnos al Evangelio. Esto fuera por otra parte superfluo, puesto que el Evangelio dice cuanto debe saberse, á quien sabe leerlo sobre las rodillas de la Iglesia. Cualquiera que haya sido el exterior de la Santísima Virgen, ello es indudable, que el alma que informaba su cuerpo, debia comunicarle las gracias de santidad de que el Evangelio nos dice estaba llena, y realizar en sumo grado este dicho del Eclesiástico: *Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata*. Sus palabras, su andar, sus gestos, sus movimientos, sus facciones, templados por así decirlo, al trono de su alma, como las cuerdas de una lira pulsada por el Espíritu Santo, debian expresar las melodiosas armonias de sus virtudes, de su modestia, su virginitad, su humildad, su mansedumbre, su paciencia, su discrecion, su fé, su caridad, su dignidad, y finalmente su incomparable union con Dios, la mas íntima despues de la del Hombre Dios. Toda su persona debia revelar la verdad de

esta expresion del Angel: «el Señor es contigo,» *Dominus tecum*. «Expresion que puede entenderse, dice Nicolé, no solo de la Encarnacion que iba á efectuarse, sino de la habitacion de Dios en la Virgen, como en su templo y su trono: porque moraba en ella de un modo singularísimo, llenando todo su entendimiento y toda su voluntad, siendo el principio de todos sus pensamientos, de todos los movimientos de su corazon y de todas sus acciones, sin permitir que se mezclara en ellos la mas leve mancilla que pudiera empañar su pureza. De manera que estos términos, *Dominus tecum*, el Señor es contigo, pueden considerarse como la fuente de esa plenitud de gracia que la habia el Angel atribuido.» (1)

De aqui ese tipo tan distinto que nos ha quedado de la Virgen Santísima, segun el Evangelio, tipo que sale del mismo silencio y recogimiento de esta figura virginal en medio del estruendo y agitacion de todas aquellas escenas divinas que trastornaban el cielo y la tierra, dejándola tan tranquila, haciendo el papel mas importante cerca de su Hijo, y el mas reservado, el menos admirado, el mas natural en lo sobrenatural, el mas iniciado en los misterios de lo alto, cuyo secreto guardaba en su corazon con una fé que de nada se alteraba, y una fidelidad que nunca se desmentia. Tipo único de *la Virgen*, que los grandes Maestros del arte han intentado revelar á porfia, sin poder nunca apurar su Gracia y Majestad profundas, y que bosquejaba asi San Ambrosio: «Nada de altivo en su mirada, nada de indiscreto en sus palabras, de duro en el gesto, de libre en el paso, de precipitado en la voz; sino que todo el

(1) Instruccion sobre la *Salutacion angelica*.

»aspecto de su cuerpo era como el simulacro de su alma y la figura de su santidad. Por eso ninguna escolta podia hacerla respetar mejor que ella misma, que su porte, que su continente tan venerable, que al andar no tanto parecia que se apoyaba en la tierra como que la dejaba sin su virtud (2)...»

Tal es la impresion que despierta aun y despertará siempre el nombre tan dulce, tan puro y tan santamente gracioso de *Maria*; el mas difundido y el menos comun de todos los nombres; que se presta y no se da nunca á las que lo llevan, tan propio ha permanecido siendo de la Virgen que lo santificó; y á quien vuelve á subir siempre, puro de sus aplicaciones, como torna el rayo á subir á su estrella.

Y tal es la significacion de este nombre inefable de *Maria*: *Estrella*, Estrella del mar, Estrella de la mañana, imágen delicada de la venida de *Maria* al mundo. Esta es la estrella, cuya salida vaticinaba quince siglos antes Balaam, cuando profetizando la dominacion universal del Mesias, decia: «Yo le veré, mas no ahora; yo le contemplaré, mas no de cerca: UNA ESTRELLA SALDRÁ DE JACOB, un Cetro se levantará de Israel; herirá á los principes de Moab, y reinará sobre todos los hijos de Seth.» Profecia que los antiguos Hebreos entendian unánimemente del Mesias; que, segun refiere Jofe, preocupaba universalmente á su nacion en la época de la venida de Jesucristo, y que, segun el mismo historiador y el Talmud, favoreció el pasajero

(1) Nihil torvum in oculis, nihil in verbis procax, non gestus fractior, non incessus solutior, non vox petulantior: ut ipsa corporis species simulachrum fuerit mentis, figura probitatis... Nullo meliore custode sui, quam seipsa, quæ incessu, affatuque venerabilis non tam vestigium pedis tolleret, quam gradum virtutis attolleret... S. Ambrosius, lib. II, *De Virginitibus*.

triunfo del falso Mesías *Barchochebas*, por la significacion de este nombre, que vale tanto como HIJO DE LA ESTRELLA.

Maria, la Estrella cuyo Hijo reina ya por espacio de mil ochocientos años *sobre todos los hijos de Seth* (1), al amanecer sobre el horizonte de este mundo, fué como el alba matutina de la Verdad, como el rayar del dia de la Fé, *que difundió en el mundo á Jesucristo luz eterna*, segun canta la Iglesia, *QUE LUMEN ETERNUM MUNDO EFFUDIT JESUM CHRISTUM* (2). Fué como la Aurora del Sol de Justicia, disipando las sombras de la Ley, y tiñendo el cielo con los primeros alboros de la Gracia, segun la saluda tambien la Iglesia: *Que progreditur quasi Aurora consurgens*. Imágen feliz, que mucho mejor que en todas las insulsas aplicaciones que de ella han hecho los poetas, encuentra en Maria toda su verdad y pureza. Con efecto, á la manera que poco despues de aparecer la Aurora, se ve nacer como de su seno el cuerpo del Sol, asi Maria no aparece en el Evangelio sino en próxima relacion con Jesús, *Luz del mundo*, que nace de ella: *Maria de qua natus est Jesus*: semejante asimismo, por su Virginidad, á la Aurora que nada pierde ni de su pureza, ni de su integridad por producir al Rey de los astros, y ser la madre del Dia. Pero este simbolismo de la Aurora conviene principalmente á Maria, como expresion de la verdad que domina en este estudio, á saber, que Maria es la hija de la gracia á cuyo Autor da á luz, como esa primera claridad de la mañana, que se llama Aurora, es producida por el Sol antes de aparecer este, el cual es tambien producido de en medio, del seno de la aurora.

(1) Es decir sobre el linaje humano, pues Seth fué hijo de Adan.

(2) Prefacio de la Santa Virgen.

## CAPITULO VII.

DE LA CONDICION Y EDUCACION DE LA VÍBGEN

SANTÍSIMA. DE SU MATRIMONIO Y SU PER-

PETUA VIRGINIDAD.

Hemos recorrido, en este estudio, muchos misterios de la vida de la Virgen Santísima que constituyen lo que pudiéramos llamar su ESTADO; y los cuales nos ha parecido que debian presentarse juntos, á causa de esa relacion comun. Nuestro propósito es no tanto el apurar su sentido como el fijarlo con exactitud.

## I.

Consideremos, primeramente, la oscuridad de la condicion en que habia caido la familia de Maria, y desde la cual ennobleció á todo el linaje humano esta humilde doncella.

Segun las dos genealogias que se nos dan de Jesucristo en el Exangelio, y que nos dan á conocer, por medio de José, á los ascendientes de Maria, vemos que era hijo de David, y de aquel Salomon cuyo regio esplendor habia deslumbrado á la reina de Sabá, en cuyo reinado, la plata, eclipsada por el oro, no tenia ya precio, y del cual se dice que *aventajó en riqueza y sabiduria á todos*



*los reyes del mundo, y que toda la tierra deseaba ver su rostro* (1).

De este tronco real, tanto tiempo glorioso, debían salir, en lo sucesivo, Maria y Jesús, el tallo y la flor, de quienes nos dijo el profeta Isaias: «Saldrá un Vástago del tronco de Jessé, y se levantará una Flor de su raíz: ese renuevo será puesto como un estandarte en presencia de todos los pueblos; las naciones vendrán á ofrecerle sus plegarias, y su sepulcro será glorioso (2).»

Ahora pues,—y este es el misterio que tenemos que señalar,—la Providencia que habia elevado á David, de la condicion de pastor, hijo de Jessé, al trono de Israel, y que tanto habia enaltecido la gloria de su hijo Salomon, debia dejar caer nuevamente á su remota posteridad en esa oscuridad de su condicion primera en que tornamos á encontrarla en Maria, no solo á causa de la *eleccion* que debia el Hijo de Dios hacer de la pobreza y humildad, las cuales venia á consolar y enseñar en la tierra, sino para hacer brillar divinamente la omnipotencia que, de tal oscuridad y bajeza, debia producir al glorioso *Retoño que han venido á adorar todas las naciones, y á quien ofrecen hoy sus plegarias.*

Esto es lo que el mismo Profeta habia tambien anunciado en estos términos prodigiosos: «Subirá como *frágil* planta, y cual *lánguido* tallo de una tierra *seca*... Aparecerá *sin gloria* entre los hombres, y sin brillo entre los hijos de los hombres, »ESE, no obstante, purificará muchas naciones, y los reyes callarán en su presencia: porque aquellos á quienes no habia sido anunciado le verán,

(1) III Reg, X.

(2) Isaias, XI, I, 10.

»y los que no habian oido hablar de él le han contemplado (3).»

Por esto, como la TIERRA SECA, como la raiz muerta, de donde habia de subir *frágil y lánguido* este Vástago de Jessé, desconocido al principio, y contemplado luego de las naciones mas apartadas, Maria, la hija de reyes, habia caido en la oscuridad de la condicion mas pobre, reducida á los oficios mas vulgares, mas humildes y bajos; y en esta misma condicion ya tan abatida, todavia habia al parecer hecho voto de esterilidad, haciendo el de virginidad.

Aquí, en esta BAJEZA DE SU SIEBVA, debia el Señor desplegar la fuerza de su brazo, debia el Omnipotente hacer grandes cosas, derribando del trono á los poderosos y ensalzando á los pequeños, colmando de bienes á los hambrientos, y despachando á los ricos con las manos vacias, acordándose en fin de su misericordia y tomando bajo de su amparo á Israel su siervo (1).

Lutero ha escrito sobre este misterio admirables reflexiones, que sentimos no poder reproducir sino en extracto:

«Conforme, dice, la opinion general, y aun á lo que es de fé, que de un tronco, de una raiz árida y polvorosa debia brotar y levantarse el Tallo y la Flor de Jessé, no hubiera podido creerse que, contra toda apariencia fuera LA DIVINA VIRGEN MARIA la destinada á ser Madre de tal Hijo, Porque en mi sentir, no fué llamada con este nombre de tronco y de raiz solo porque, sobrenaturalmente, llegó á ser Madre sin lesion de su virginal entereza, así como no está en la naturaleza que de un

(3) Isaias, LII, 2; LIII, 14, 15.

(1) Cántico de la Virgen Santísima.

»tronco muerto pueda brotar un renuevo; sino  
 »tambien porque el tronco real y la línea de Da-  
 »vid, fecunda un tiempo y floreciente, colmada de  
 »gloria, poderío, riqueza y bienandanza, y en los  
 »días de Salomon. la mas ilustre que haya apa-  
 »recido á los ojos de los hombres, habia visto al  
 »fin, al acercarse la venida Cristo, pasar su ho-  
 »nor y sus poderes á los sumos pontífices, y redu-  
 »cida su regia posteridad á la mas ínfima pobreza,  
 »sepultada en el desprecio, cual cortado y seco tron-  
 »co, de manera que no podia quedar esperanza al-  
 »guna de que saliese nunca de ese tronco un renue-  
 »vo destinado á los honores mas prodigiosos. Hé  
 »ahí, sin embargo, que en lo mas recio de ese  
 »abandono y menosprecio, y en el anonadamiento  
 »mas extremado á que llegar pudiera, es produci-  
 »do Cristo de ese humilde tronco; nace de frágil  
 »y desamparada sierva: el Tallo y la Flor se ma-  
 »nifiestan en una pobre criatura á quien las hijas  
 »de los Príncipes de los sacerdotes, Anás y Caifás,  
 »no hubieran juzgado digna de prestarles los cui-  
 »dados mas viles. Así las obras y designios de Dios  
 »caminan por los abismos, y las obras y designios  
 »del hombre por las alturas.» *Sic Dei opera et*  
*respectus inambulant in abyssis, hominum tum*  
*opera, tum respectus in sola altitudine (1).*

Tal es el misterio de la condicion de la Virgen  
 Santisima.

## II.

En condicion tan abyecta, Maria abrigaba un  
 alma mas que regia, un alma angélica, divina.

(1) *Commentarii super Magnificat. Lutheri operum, to-*  
*mus V, p. 77 V Viteb. 1554.*

Nunca princesa, ni joven nacida en los palacios de  
 los mas potentes monarcas recibió educacion tan  
 superior ni reportó de ella frutos mas dignos. En  
 efecto, Maria, segun ya lo hemos mostrado, tenia por  
 maestro á la GRACIA, y por preceptor al VERBO: al  
 Verbo que educaba el mismo á su Madre, y la forma-  
 ba para este divino destino. La gracia es una edu-  
 cacion infusa que no destruye la naturaleza, sino  
 que la *eleva* y enriquece. ¿Quién no ha visto al-  
 guno de estos discipulos de la Gracia, que, en las  
 condiciones mas vulgares de la sociedad, ofrecen  
 toda la flor de sentimiento, toda la nobleza de ca-  
 rácter, toda la distincion de conducta y aun de  
 modales que se encuentran apenas en las clases  
 mas elevadas? Pues ¿qué no deberia ser Maria,  
*Llena de Gracia* desde su concepcion, formada por  
 el feliz maridaje de todas las Virtudes mucho me-  
 jor de lo que lo hubiera sido por las Musas; enri-  
 quecida con todos los dones del Espíritu Santo  
 para ser su Templo; dotada de todas las inspiraciones  
 de la eterna Sabiduria para ser su Morada; alum-  
 brada en fin con todos los resplandores de lo alto  
 por el Padre de las luces para ser su Hija y la  
 Madre de su Hijo? «Así, la jóven Maria, dice el  
 »Angel de la escuela, crecia mas en gracia que  
 »en cuerpo, y cuantos momentos se añadian á su  
 »vida, otras tantas gracias se la aumentaban.»  
*Crescebat enim puella gratia magis quam substan-*  
*tia. Totidem momenta, totidem erant gratiarum*  
*crementa.*

El Evangelio nada nos dice de las circunstan-  
 cias en que se hizo esta celestial educacion de Ma-  
 ria; pero una tradicion oriental respetable y anti-  
 quísima, que ha dejado su vestigio en el Coran (1),

(1) Se lee en el Coran, cap. XIX, v. 16: «Habla en el  
 »Coran de como Maria se retiró de su familia y se fué á la

que ha dado ocasion á una festividad, que asciende cuando menos, entre los Griegos, al siglo doce (1), y que la Iglesia romana celebra el 21 de Noviembre, nos dice que la Virgen Santísima fué PRESENTADA EN EL TEMPLO para ser allí educada en el retiro y vivir en la piedad, según lo que se veía algunas veces entre los judíos (2). Al salir de este santo retiro, en la flor de tan casta vida, tan oscura á los ojos de los hombres, pero *escogida como el sol* (3) á los ojos de Dios, se unió Maria en matrimonio con un humilde artesano, José. Y este es el tercer misterio que tenemos que presentar.

## III

«En la ciudad de Galilea llamada Nazareth, nos dice el Evangelio, habia una vírgen desposada con un hombre justo de la casa de David, llamado José, y la Virgen se llamaba María.»

Dice tambien el Evangelio, que María así casada con José, y habitando con él, al responder al Angel que le anunciaba su Maternidad, dijo: ¿Cómo se hará esto? «*porque no conozco varon* (4).»

Resulta de estas palabras que la Virgen, en su matrimonio con José, habia hecho *voto de Virgindad*. No es posible interpretarlas de otro modo, y

»parte oriental del templo, y se cubrió con un velo que la ocultó á su vista.»

(1) El emperador Comneno habla de ella en una Carta que trae Balsamon.

(2) Vistábrase esto en lo que se refiere en el libro segundo de los Macabeos, c. III, que cuando Heliodoro intentó arrebatar los tesoros del Templo, las Virgenes allí encerradas corrieron hacia el gran sacerdote Ozías.

(3) *Blecta ut sol*. Cant. VI, 9.

(4) Luc. I, 34.

Calvino se ha encargado de probarlo, queriendo evitar esta interpretacion. Con efecto, aquella á que ha recurrido, que es la mejor que ha podido hallar, es tan inadmisibile que conduce nuevamente á la verdadera. Hé aquí su interpretacion: «Cuando María oye decir al Angel que nacerá el Hijo de Dios, imagínase al punto que será esta una obra capital: »y *hé ahí porqué excluye* la compañía de hombre; »y sobrecogida de asombro exclama diciendo: ¿Cómo *sucedará esto?* (1)» Esta interpretacion fuera plausible sino omitiera Calvino las únicas palabras de la Virgen Santísima que son el asunto de la cuestion y la deciden. Despues de haber dicho: ¿*Como sucedará esto?* añade Maria: PORQUE YO NO CONOZCO VARON. Maria pues, lejos de *excluir*, en su pensamiento, la compañía de un hombre, creia que mediante el *conocimiento* de un hombre debia ser concebido el Hijo de Dios, puesto que la única dificultad que opone á esa concepcion estriba en que *no conoce varon*. No puede por tanto sostenerse la interpretacion de Calvino, la cual solo manifiesta su ciega antipatia contra una de las mas santas verdades del Evangelio: el honor tributado á la Virgindad por Maria, y por Dios en Maria. Pudiendo conocer varon, dado que era casada, Maria habia hecho *voto de Virgindad* en el mismo matrimonio: voto tan preciado á su corazon que lo prefiere hasta al honor de hacerse *Madre de Dios*; voto tan grato al corazon de Dios, que le atrae á hacerse *Hijo de Maria*.

Ahora bien, un matrimonio con semejante voto ¿es un verdadero matrimonio? y ¿porqué, con qué fin se ha verificado?

(1) Comentarios de Juan Calvino sobre las armonias de los tres Evangelios, Ginebra 1565.

La union de la Virgen Santisima con San José fué incontestablemente un verdadero y perfecto matrimonio. En el pasaje del Evangelio que hemos citado, puede dudarse entre el sentido de *casada* ó de *desposada*, pues la palabra DESPONSATA puede tener ambos sentidos; pero cuando se dice, que José, ignorando al principio que lo que Maria llevaba en sus entrañas era del Espíritu Santo, *resolvió DEJARLA secretamente para no disfamaria*, se ve que habia entre Maria y José una cohabitacion que no se aviene con la idea de simples desposorios, y finalmente estas palabras del Angel: »José, hijo de David, no temas *retener á Maria tu ESPOSA*,» muestran que en todo caso no tardó en contraerse el matrimonio. Como hecho, esto no puede ser dudoso.

Pero, en derecho, el voto de virginidad, á que los santos esposos fueron, segun veremos, constantemente fieles ¿no era virtualmente incompatible con la perfeccion de su matrimonio?

De ningun modo.

Cierto, que el matrimonio implica el don corporal de los esposos uno á otro, la facultad de reclamarlo, el deber de satisfacerlo, con la mira de tener y educar hijos. Esta es la esencia del matrimonio, lo que constituye su carácter y honor; y por tanto, toda condicion que esto contradijera, por santa y recíproca que fuese, lo atacaria é injuriaria.

Pero se puede muy bien no usar del derecho que se tiene sin dejar por ello de tenerlo; puede tenerse recíprocamente el *dominio* del matrimonio, sin ejercerlo. Sucede en este punto con los derechos y el dominio del matrimonio lo que con todos los demás. El matrimonio en tal caso existe completamente en *potencia*, independientemente de su reduccion á acto. Esta ejecucion es un *hecho* que se

verifica ó no se verifica, sin que se resienta de ello el matrimonio propiamente dicho; si así no fuese, no existiria este, *sino en proporcion* de su ejercicio, y ¿cuantos motivos físicos y morales vienen á suspender y trabar este ejercicio que destruiria en tal caso el matrimonio, si este dependiese de aquel!

Subsistiendo, pues el matrimonio, puede depender su ejercicio entre los esposos de este ó aquel motivo. Ahora pues, entre todos estos motivos, ¿que otro hay mas soberano y perfecto que este: *si Dios quiere?* Moralmente hablando, ¿es posible tampoco hacer un acto cualquiera en la vida, que no deba estar subordinado á esta santa y razonable condicion? Lejos de que este acto sufra por ella menoscabo, adquiere al contrario mas validez y santidad. Pudieron pues, Maria y José, y debieron someter el ejercicio de su matrimonio á la soberana voluntad de Dios. El matrimonio en si mismo subsistia perfectamente, á pesar de esa condicion, porque siendo esta de otro orden, de un orden de religion, no tenia fuerza contractual que invalidase el contrato. Tan cierto es esto, que si, violando la voluntad de Dios claramente manifestada, hubieran usado del matrimonio, hubiesen pecado contra la obediencia á Dios ó á la religion, pero de ningun modo contra la justicia y el derecho del matrimonio.

Esto sentado, es evidente que Maria y José, conociendo la voluntad de Dios que se lo pedia, y confiando recíprocamente en ser fieles á su cumplimiento, pudieron á un mismo tiempo contraer un perfecto matrimonio y hacer voto de virginidad; prometerse que serian enteramente uno de otro, y prometer á Dios que no usarian de esta facultad.

Así se concilian la verdad de este santo matri-

monio y el voto de virginidad de los dos esposos.

Ahora, ¿cuáles fueron las razones de semejante matrimonio?

Son muchas. Si Maria hubiera llegado á ser Madre de Dios fuera del matrimonio, en la condicion de soltera, entonces hubiera quedado expuesto á la profanacion el mas augusto de los misterios cristianos, el misterio de la pureza por excelencia. La reputacion de la Virgen de las virgenos y del Santo de los santos hubiera sido la mofa de los impíos y el escándalo de los débiles. El sentimiento que habia ya hecho concebir á José el designio *de dejar secretamente á Maria por no difamarla*, hubiera sido un sentimiento público, sin esta delicada discrecion. Y la santidad del fondo no hubiera podido, en sí misma, justificar las apariencias, por cuanto las apariencias hubieran sido malas, y Dios nada hace malo. La ignominia de estas apariencias no hubiera podido contarse entre aquellas de que al Hijo de Dios le plugo cubrirse como víctima de los pecados del linaje humano, porque no hubiera provenido de los falsos juicios de los hombres, como los de la pobreza, la persecucion, la condenacion y el suplicio, sino de un justo sentimiento de honestidad y virtud que se hubiera levantado contra las doctrinas del Salvador. Por eso, tanto como abrazó Jesus los falsos oprobios, tan celoso y solícito anduvo en alejar de sí los verdaderos, en conservar su reputacion de santidad, hasta lanzar al mundo este divino desafío que el mundo no recojerá jamás: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?*

Cierto es que hubiera podido Dios disipar la ignominia del nacimiento de Jesus, fuera del matrimonio, revelando al mundo, de un modo patente, el misterio de la Encarnacion, como lo hizo pa-

ra disipar las sospechas de José; pero en tal caso, hubiérase frustrado el designio capital de Dios, de no descubrirnos este misterio sino con reserva, para convertirlo en objeto de la fé y fidelidad de los cristianos. Así el cumplimiento de este designio es la segunda razon del matrimonio de la Virgen Santísima. Calvino, que por una contradiccion singular no admite el voto de virginidad, y admite la virginidad y la virginidad *perpetua* de Maria en el matrimonio, expone muy bien esta segunda razon: »En cuanto á que Dios escogió en este negocio á una Virgen, que tenia promesa de matrimonio con un hombre, lo hizo con la mira de »que el matrimonio *servicra de velo ante los ojos del mundo, para que el que era tenido comunmente por hijo de José, fuera con el tiempo reconocido por los fieles como Hijo de Dios*. Verdad es que al nacer Jesucristo al mundo no apareció tan desnudo »de alabanza y honor que el Padre celestial »no descubriera desde el principio su gloria á los Pastores y á los Magos; vemos no obstante que Dios tuvo á su Hijo oculto y casi desconocido, hasta que fuera llegado el tiempo en »que este fuera plenamente manifestado: porque entonces le levantó como un cadalso para que todo el mundo le viese (1).» Veremos mas adelante, con auxilio del mismo Calvino, la grande, la incomparable importancia que da esta misma razon á la Virgen Santísima en el plan cristiano, importancia decisiva para el culto que la tributamos y que los Protestantes no pueden desconocer sin desconocer todo el Cristianismo. Ciñámonos por ahora á ver en él solamente la razon del matrimonio

(1) *Comentarios de Juan Calvino sobre la armonia de los tres Evangelistas*, pag. 15.

de la Virgen Santísima, que fué el cubrir á un tiempo su honor y el designio de Dios; impedir que se viera en ella, ó la mas indigna de las criaturas, segun las apariencias, ó la mas gloriosa. en realidad; una jóven perdida ó la Madre de Dios, antes que pluguiera á Dios manifestar al mundo este gran misterio.

A estas razones principales del matrimonio de la Virgen Santísima lléganse otras secundarias, pero no menos verdaderas, como las de dar un protector, un ayuda, un amigo á Maria; y un tutor, un padre, un contemplador á Jesus, en la persona de S. José, cuya venerable y bella figura estudiaremos mas adelante; colocar al Hijo de Dios, como él quiso y debió estarlo, en toda la situacion de *Hijo del Hombre*, con un padre y una madre, con quienes viviese mucho tiempo, participando de sus trabajos y sometido á su obediencia, ofreciendo finalmente en esta humilde vida doméstica, el modelo y la santificacion de la familia, del esposo y de la esposa, del padre y de la madre, del niño que es su lazo: *la Santa Familia* cuyo apacible cuadro habremos de contemplar.

Limitándonos aquí á considerar la formacion, y no todavía el *interior* de esta casa celestial, admiraremos el sublime contraste de la grandeza divina de la cosa y de la sencillez de su representacion. Maria, bajo el velo de su matrimonio con San José, es la Esposa del mismo Dios para ser Madre de su Hijo. A la manera que un rey, dice felicísimamente Dargentan, envia á su embajador á otro reino para que case con una Princesa en nombre suyo: casa efectivamente con ella, y la Princesa que se habia prometido al Rey se dá á su emvajador que representa su persona. Pero si contrae un verdadero matrimonio con él, es sin embargo de modo que no será ella poseida sino por el mismo Rey. Este

esposo de ceremonia y comision recibe con gran respeto á aquella con quien se casa, y la conserva con fidelidad inviolable, como bien propio de su Señor, sin aspirar á otra cosa que al honor de entregarla con la misma integridad que la recibió, en manos del Rey su esposo. Otro tanto con leve diferencia sucede con el matrimonio de S. José. Cuando la Virgen Santísima la contrae con él, le pone en posesion de su castísimo cuerpo que habia ella consagrado á Dios por el voto de virginidad; pero ella sabe muy bien que no es para él, y si con él casa es solo como con el embajador del soberano monarca, á quien se habia prometido desde su infancia. Ciertamente que es S. José quien se une con ella en matrimonio, y quien será exteriormente su marido; pero en hecho de verdad, nunca será poseida sino por el Espíritu Santo que será eternamente su divino Esposo. De él solo concebirá á su Hijo único; por él se hará Madre del Hijo de Dios; por su virtud nos producirá al Salvador del mundo (1).

¡Oh feliz Matrimonio, cuyo vínculo fué el poder y cuyo velo la gracia del Espíritu Santo, que cubrió con su sombra á uno y otro esposo; que tuvo por fin la tutela de Cristo y el honor de Maria, por regalo de boda las virtudes, y las gracias espirituales por menaje; cuyo nudo fué el amor casto en que arden los Angeles en los cielos, y de que se abrasan en Dios las personas divinas! »Con el corazon y no con la carne se juntan estos santos esposos, dice suavemente Santo Tomás; así se juntan los astros, no con el cuerpo sino con la luz; así enlazan las palmeras no sus raíces, sino sus ramas.» *Innupti sunt conjuges corde, non carne. Sic conjunguntur astra et planetæ non corpore sed lumine; sic nubent palmæ non radice, sed vertice.*

(1) Dargentan, *Grandezas de la Santa Virgen*, t. I, p. 252.

## IV.

¿Tenemos necesidad de decir ahora que semejante matrimonio permaneció fiel á su institucion; y que Maria, Virgen cuando se hizo esposa de José, mas Virgen todavía cuando llegó á ser Madre de Jesus, continuó siendo siempre la Virgen de las vírgenes?

No debemos desdeñar las preocupaciones que hayan podido dejar acerca de esto en algunos los groseros ataques de la impiedad y la herejia. Sin duda repelen estos ataques merced á un vivo instinto moral que hace decir: *No lo sé, pero lo afirmo*. Pero no basta poder afirmar la Virginitad perpetua de la Madre de Dios; es preciso además no ignorarla, y convencer así de ignorancia como de impiedad á los que la discuten.

Pongamos de manifiesto sus objeciones, las cuales tienen una apariencia que solo puede engañar á los que quieren ser engañados.

Están sacadas de estos pasajes del Evangelio segun San Mateo:—«Y la generacion de Cristo sucedió de esta manera: Como estuviese desposada (ó casada) su Madre Maria con José, se halló, *antes que se juntasen* que habia concebido (1).»

—«Hizo José lo que el Angel del Señor le habia mandado, y retuvo á su esposa, y *no la conocia hasta que parió* á su hijo *primogénito* (2).»

—«Los Judios decian: ¿Por ventura no es este el hijo de de un artesano? ¿Por ventura no se llama Maria su madre, y *sus hermanos* Santiago y José, y Simon y Judas? y *sus hermanas* no están todas con nosotros (3)?»

(1) Math. 1, 18:

(2) Math., I. 25.

(3) Ibid., XIII, 55, 56.

Ahora se ve claro el argumento:—Se dice de Maria y de José: *Antes que se hubiesen juntado*: Luego se juntaron.—Dícese tambien: *Y no la conoció hasta que hubo parido*: Luego la conoció despues.—Jesus es llamado *primogénito*: Luego tuvo hermanos menores.—Finalmente el Evangelio hace mencion formal de *sus hermanos y hermanas*: Luego es indudable que Maria dió á luz otros hijos,

Hé ahí la objecion en toda su crudeza.

Digamos desde luego que todo esto no ha podido hacer, no que no se controversiase la Virginitad perpetua de la Virgen Santisima, que eso fuera mucho decir; sino que la mas ligera sombra empañase su brillo, no solo á los ojos de los católicos piadosos, sino de los indiferentes, de los herejes y aun de los incrédulos, por poco que hayan temido pasar por ignorantes. En suma, no es esta una materia de fé ó de respeto, sino de gramática y lectura.

Al finar el siglo cuarto, alzó un tal Helvidio el estandarte de una herejía sobre este punto; pero fué tan victoriosamente refutado por San Jerónimo, que los heresiarcas mas fogosos que se declararon posteriormente contra el culto de la Virgen Maria, se hubieran avergonzado de renovar ese ataque DEMASIADO IGNORANTE, como dice Calvino.

Con efecto, por poco que se hayan ojeado las Santas Escrituras, y aun los autores paganos, se sabe que todas esas locuciones con que se expresa la autoridad de una cosa respecto de otra, no significan, en el genio eminentemente sencillo de las lenguas antiguas, que esta última cosa se haya verificado despues, sino puramente que no habia sucedido antes. De manera que estas palabras: «se halló *que antes que se hubiesen juntado habia concebido*,» asi como estas: «*y no la conoció has-*

»*ta que hubo dado á luz.*» son un modo antiguo de decir que José y Maria no se habian conocido antes del parto; sin que esto quiera significar, ni por asomo, que se conocieron despues. Este es el sentir de todos los intérpretes. De estos citaré dos solamente, cuya ciencia no será sospechosa de preocupacion: Grocio y Calvino.

«La negacion, dice Grocio, de que hubiera conocido á Maria antes del parto no envuelve en manera alguna la afirmacion respecto del tiempo que vino despues; multitud de ejemplos demuestran que era este, entre los Judíos, un modo notorio y usual de expresarse, segun las interpretaciones que sus mas sabios doctores han dado á pasajes análogos, como los del Génesis, XLIX, »10. y XXVIII, 15; del Salmo CIII, 2; de Samuel, »I, xv, 35; de Job, XXVII, 5; de Isaias, XXII, »14; de Samuel, II, vi, 23. La propia intencion del Escritor Evangelista, añade, muy atinadamente Grocio, nos obliga á detenernos en ese tiempo del parto, pues en su mente no se trataba de otra cosa que de manifestar bien á las claras que »en él no habia tenido parte José. Con lo cual no »tenia relacion alguna el mencionar lo que pertenecia á un tiempo posterior.»

En cuanto á la calificacion de *primogénito* dada á Jesús, la interpretacion es la misma. «La expresion *primero*, dice tambien Grocio, significa que »ninguno precedió, pero no que algun otro siguiese, segun han notado los gramáticos sobre este »verso de Virgilio.

Hic mihi responsum *primus* debuit ille petenti.

«y sobre este otro de la *Enéida*, I:

Trojae qui *primus* ab oris,

«Servio sobre Froldensio, dice tambien: *Primus*.

»*post quem nullus*; y en el derecho civil *proximus* »se entiende tambien del que es solo. Y por otra »parte, la misma cosa está diciendo, contra Helvidio, que tal es el sentido de la expresion. Con »efecto, propónese como objeto la dignidad y las »prerogativas que en todo tiempo, y aun antes »de la ley de Moisés, se atribuian á los hijos varones, ora fuesen únicos ó tuviesen menores, y »aun hoy no nos expresamos de otro modo, como »se vé en todas las leyes que tratan de las sucesiones feudales (1).

Calvino no repudia con menos energia la sucesion de Helvidio. «So color, dice, de este pasaje: »*Y no la conoció hasta que hubo parido*, Helvidio »excitó grandes perturbaciones en la Iglesia, queriendo sostener que Maria solo habia sido Virgen »hasta el parto, y que despues habia tenido otros »hijos de su marido. San Jerónimo defendió con »vigor y firmeza la perpetua Virginidad de Maria y escribió acerca de ella largamente. Pero nosotros solo diremos que *esto no viene al propósito del Evangelista*, y que es una sandez »querer inferir de este pasaje lo que aconteció »despues del nacimiento de Cristo (2). Es llamado *primogénito*, mas no por otra razon, sino para que sepamos que nació de una madre »Virgen, y que nunca habia tenido hijos. Se dice »que José no la habia conocido hasta que parió:

(1) Grotius, *Annot. in Matth. Oper. Teol.*, tomo. II, vol. I, pág. 15.

(2) No es solo una sandez, sino tambien un crimen de *lesa intencion*: porque, como ha dicho Grocio, la *propia intencion* del Evangelista nos obliga á no extender sus palabras á aquello en que no ha pensado de manera alguna, y puede aplicarse aquí esta sentencia juridica de interpretacion: *IN QUO EST PER IMI PACTO ID DE QUO COGITATUM NON EST.*



«esto debe tambien restringirse al mismo tiempo. »En cuanto á lo que sucedió despues del parto, el »Evangelista no dice una palabra. *Es bien sabido »que, segun el uso comun* de la Escritura, estos »modos de hablar deben entenderse así. Ciertamente es este un punto sobre el cual ningun hombre moverá nunca disputa, como no sea algun »*pertinaz y burlon* (1).» Calvino hubiera debido decir *impio*, pero su misma indulgencia da mas fuerza á su desaprobacion.

Queda ahora la mencion que hace el Evangelio de los *hermanos* de Jesus. Pues bien, este argumento cae tambien desde el punto en que se sabe, que segun la manera de hablar, no solo de los Judios, sino tambien de los Griegos y Romanos, segun observa igualmente Grocio, la palabra *hermano* significa tambien *primo*: *Quem Jesu ERATREM, id est COMSOBRINUM, loquendi genere etiam Græcis et Romanis noto* (2). Este es igualmente el sentir de Calvino: »Ya dijimos en otro lugar, dice, que segun el uso de los Hebreos, se llama »*hermanos* á todos los parientes. Y sin embargo »Helvidio se mostró tan ignorante que dijo haber »tenido Maria muchos hijos porque en algunos lugares se hace mencion de los hermanos de Cristo (3).»

Se mostró tanto mas ignorante, cuanto el mismo texto del Evangelio ofrece la demostracion de que los *hermanos* de Jesucristo no eran mas que sus *primos*. Esta demostracion es de las mas sencillas.

1.º En la mencion que hace San Mateo de los hermanos de Jesús, se nos dan sus nombres por

(1) Calvino. *Coment sobre la armon. Evang.* pág. 44.

(2) Grocio. *Aunot in Math.* pág. 145.

(3) Calvino, *Coment. sobre la armon. Evang.*, pág. 285.

diferentes grupos, el uno de los cuales es *Santiago y José* (San Mateo, XIII 55).

2.º En otra parte se hace mencion de estos, *Santiago y José*, como hijos de otra Maria diferente de la Virgen Santisima, de Maria de Cleofás (Marc. 15. 40.)

3.º Finalmente, esa Maria es tambien llamada en otra parte *hermana de la Madre de Jesús* (Juan. XIX, 25).

Luego los *hermanos* de Jesús, Santiago y José, como hijos de la hermana de su Madre, eran sus *primos*, bajo la designacion de hermanos.

Esta demostracion solo admitiria réplica en el caso de que pudiera haber alguna duda acerca de la identidad de Maria, hermana de la Virgen Santisima, y de Maria, madre de Santiago y José; Pero esta duda no es posible. Con efecto todos los comentadores están acordes en reconocer que solo de tres Marias se hace mencion en los Evangelios: la Madre de Jesus, Maria Magdalena, y *la otra Maria*, como la llama S. Mateo, que S. Juan nos dice ser la hermana de la Madre de Jesus, y San Marcos la madre de Santiago y José, *primos hermanos de Jesus* (1).

Esta demostracion incontestable se recomienda por la sencillez de la narracion evangélica, que solo nos dá sus elementos esparcidos y como al acaso, y el sabio juicio de Grocio y de Suarez que sacan de ellos la conclusion que acabamos de exponer (2).

Asi se desvanece á la luz de la ciencia, no menos

(1) *Negari enim videtur non posse, dice Grocio, quin eadem que infra Matthæo et similiter Marco dicitur MARIA MATER JACOBI ET JOSEPH Joanni dicatur MARIA SOROR MACRIS FEMINI-*

(2) Suarez. *Quest. XXVIII, Disp. IV, Sect. III.*—Grocio, *Aunot in Math.* pag. 145.

que de la fé, la niebla que se ha intentado levantar acerca de la perpetua Virginidad de la Madre de Dios.

Una gran expresion, salida de la boca de Jesus moribundo hubiera debido, por si sola, prevenir toda injuriosa equivocacion sobre este punto; la que dirigió á su Madre y á San Juan: *Mujer, hé ahí á tu hijo! Hijo, vé ahí á tu Madre!* porque ella manifiesta de un modo solemne, que Maria no tenia mas Hijo que á Jesús, puesto que para no dejarla sin hijos, despues que haya él dejado la tierra, la da un hijo *que la recogió en su casa*, dice el Evangelio, y en este hijo, á todos los cristianos, únicos verdaderos HERMANOS de Jesús.

¡Oh! y cómo el nombre de MADRE DE JESUS, único nombre con que el Evangelio llama de continuo á la Virgen Santísima viene tambien á atestiguar que nunca ella desmereció de esta gloriosa Maternidad participándola á otros! y cómo este nombre le queda para siempre, junto con el de Maria, como equivalentes uno y otro al de *Virgen*, la *Virgen Maria*, la *Virgen Madre de Jesús*.

Admiremos, aun mas allá de cuanto pudiéramos concebir, una Virginidad tan entera, inviolable, que resiste en el corazon de Maria al honor de hacerse Madre de Dios, y que se hace respetar, si se me permite decirlo así, hasta del mismo Dios:—¿Cómo se hará esto, porque no conozco varon?

Contemplemos en fin todo el aumento que debió recibir esta Virginidad, ya tan sublime, recibiendo del Cielo, dando á la luz del mundo á la misma Flor de toda virginidad, Al que *germina á las Virgenes*, á Dios, de quien ha dicho Filon por tan excelente manera: *En el trato con el hombre, las virgenes se hacen mujeres; en el trato del*

*alma con Dios, la mujer hácese de nuevo virgen.*  
(1) ¡Pues qué no sucederá con la Virgen, Esposa de Dios, Madre de Dios!

La Virgen Santísima fué la primera que levantó en el mundo el estandarte de la Virginidad; la primera que sembró en la Iglesia las azucenas de esta virtud angélica. Reina de los Angeles, ha poblado de ellos la tierra y repoblado el cielo. Digo de los Angeles, porque así como los espíritus angélicos son las virgenes del cielo, las virgenes sagradas son los ángeles de la tierra.

Esto nos enseña el Evangelista en mil pasajes; esto es lo que ignoraba el mundo antes del Evangelio. ¿Pues quien lo habia enseñado, quien lo habia inspirado á Maria hasta el punto de hacerla, bajo de la antigua Ley, la Virgen de las virgenes de la Ley nueva? «¡Oh Virgen prudente! ¡Oh Virgen fiel! exclama San Bernardo; ¡quién os ha enseñado que la virginidad agradaba á Dios? ¿Qué ley, qué moral, qué texto del Antiguo Testamento os ha prescrito ó simplemente aconsejado y exhortado á no vivir carnalmente en la carne, y á vivir, en la tierra, la vida de los Angeles? ¿Dónde habiais leído, Virgen Bienaventurada, lo que dice el discipulo muy amado, *que las virgenes cantan en el cielo un cántico nuevo, que ningun otro puede cantar, que siguen al Cordero adonde quiera que va* (2)? ¿Dónde habiais leído este elogio dado por vuestro divino Hijo á los que se hacen

(1) Apud homines quæ sobolis quærendæ causa fit congressio eas. quæ virgines fuerant, mulieres facit at Deus, ubi cum anima sociare ce cepit, eam quæ mulier erat rursus virginem facit.—Citado por Grocio.

(2) Apocalyp.. XIV, 4.

«virgenes por el reino del cielo (1)? ¿Dónde habiais oido esta sentencia del Apóstol: *El que se une en matrimonio, hace bien; el que no lo hace, obra mejor* (2)? y tantas otras palabras por donde muestran la Santa Virginidad como la cumbre de la perfeccion cristiana? Ningun precepto, ningun consejo, ningun ejemplo de esta especie se vos habia dado; pero la uncion divina os adoc-trinaba en todo, y la Palabra de Dios, viva y eficaz, haciéndose vuestro Maestro, antes de hacerse vuestro Hijo, iluminó vuestra entendimiento, antes de vestirse de vuestra carne. Os consagrais á Cristo para serle Virgen, y os designais, con ello, sin saberlo, para serle Madre. Elegís un estado, despreciable en Israel, y por agradar á Aquel á quien os consagrais incurris en la maldicion fulminada contra las estériles; y hé aqui que esa maldición es mudada para Vos en bendicion, y la esterilidad humana es recompensada por la fecundidad divina (3).»

(1) Matth., XIX, 12.

(2) Corinth., VII, 38.

(3) *Super missus est*, Homil. III.

Sentimos no haber podido aprovechar en nuestro trabajo el del Sr. Abate Mermillod, de Ginebra, sobre el mismo asunto. Nuestros lectores podrán indemnizarse de esta falta, recurriendo á ese escrito por tantos títulos recomendable.

## CAPITULO VIII.

## LA ANUNCIACION.

Hé nos aquí llegados á la cumbre de los misterios de la vida de la Virgen Santísima, al gran misterio de su Maternidad. Todo lo que ha precedido se encaminaba á este fin, todo cuanto ha seguido sale de él como de su plenitud. Este es el centro de los consejos eternos en orden á ese destino incomparable. Y lo que, con sola una palabra, hace medir toda su grandeza, es que este mismo misterio de la Maternidad de Maria es el soberano misterio de la reparacion del género humano y de la union de Dios con su Obra, el coronamiento de la creacion, la Obra de las obras del Omnipotente, el centro á cuyo rededor se mueven los destinos del cielo y de la tierra.

La Anunciacion y la Encarnacion son un mismo misterio que la Iglesia celebra como una sola solemnidad. «No podemos reconocer la bendicion que Jesucristo nos ha traído, dice el mismo Calvino, sin que reconozcamos al mismo tiempo cuánto honró Dios y enriqueció á Maria, queriendo que fuese Madre de su Hijo único (1).»

Y no solo con haber querido que fuera Madre de su Hijo único, sino ¡gloria predigiosa para ella! *por*

(1) *Comentario de Juan Calvino sobre las armonias de los tres Evangelistas*, p. 20.

*haber querido* que ella lo quisiese, que consintiese en ello plena y libremente; por habérselo propuesto; por haber consentido que ella lo discutiese, en suma, por haber hecho depender de su *fat* este designio capital.

Esto es lo que caracteriza el misterio de la *Anunciación*, Lo que no le caracteriza menos, es que Maria nos aparece en él como digna de esta elevación y gloria insignes, por las gracias de que previamente fué dotada, y por los méritos que fueron su fruto.

Misterio tan grande y adorable no podia cumplirse, no podia contarse sino con la única pompa que conviene á lo que, por sí, es esencialmente grande: una sencillez inefable.

En este tono de sencillez divina, que lleva al punto el convencimiento y la emoción al alma, reconoced, reverenciad, adorad la verdad cristiana en su revelación primera, y por decirlo así, en su aurora.

»En el sexto mes envió Dios al ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth,

»A una Virgen desposada con un hombre de la casa de David, llamado José; y la Virgen se llamaba Maria;

«Y habiendo entrado el ángel donde ella estaba, le dijo: ¡Dios te salve, oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.

»Ella, habiéndole oído, se turbó con sus palabras, y pensaba qué significaría esta salutación.

«Y el Ángel la dijo: No temas, Maria, porque has hallado gracia delante de Dios.

»Hé aquí que concebirás en tu seno, y parirás un Hijo á quien darás el nombre de Jesús.

»Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob.

»Y su reino no tendrá fin.

»Y dijo Maria al Ángel: ¿Cómo sucederá esto? porque no conozco varón.

»Y el Ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y así el Santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios.

»Y sabe que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y la que se llamaba estéril está ahora en el sexto mes.

»Porque nada hay imposible para Dios.

»Entonces dijo Maria: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra. Y el ángel se la desapareció.»

¡Qué escena! ¡qué diálogo! ¡qué desenlace!! Semejante narración respira la verdad que expone. El mismo acontecimiento es el que se cuenta en su estilo. El hombre no tiene en ella parte alguna: no hay ahí una palabra concedida á la leyenda, á la amplificación: se ve al mismo Ángel, y á Maria resolviendo el misterio de la Encarnación, consumando los destinos del mundo, con tal sobriedad de conducta y de palabras, que no deja lugar á ningun otro sentimiento que al de la grandeza del misterio que se cumple y que se basta á sí mismo.

Cada una de esas palabras tan sencillas encubre verdades altísimas, grandezas inmensas.

Apliquémonos á penetrarlas:

»EN EL SEXTO MES.» Este sexto mes de la preñez de Isabel, época determinada para la Encarnación del Verbo en las entrañas de Maria, y que cae el veinte y cinco de Marzo, señala esa *plenitud de los tiempos*, tan celebrada en las Santas Escrituras, plazo de todas las promesas de

Dios, de todos los votos de los Patriarcas, de todas las predicciones de los Profetas, de todos los suspiros de los Justos de la Antigua Ley, y punto en que comienzan los tiempos nuevos, los *grandes meses* de la Ley de gracia: solemne interseccion de los dos Testamentos, de las dos Edades del mundo, antiguo y moderno, que saludaba el paganismo, bajo la fé de las tradiciones antiguas, en los términos mas abundantes y pomposos de su poesía (1), y que ha venido á ser la gran ley cronológica de la historia. Y como el acaecimiento que determina esta grande época, la Encarnacion del Verbo, junta en sí al hombre y á Dios, no son solamente los siglos antiguos y modernos los que vienen á referirse á él, sino el tiempo y la eternidad; de manera que todo se concentra y desplega en rededor de ese divino instante. Tal es el sentido, tal el valor de estas sencillas palabras: «En el sexto mes,»

La relacion particular de la preñez de Isabel con el momento de la venida del Hijo de Dios al seno de Maria, habia sido designada por la última de todas las profecias, distante aun cuatrocientos años del suceso. «Voy á enviaros mi Angel »que *preparará mi camino* delante de mi rostro,» dice Dios por su profeta Malaquias, «y AL PUNTO »vendrá á su santo templo el dominador á quien »buscais, y el Angel de la Alianza que tanto deseais; hélo ahí que viene (2).» Y con efecto á la

(1) *Ultima Cumæi venit jam carminis ætas;  
Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.  
..... Incipient MAGNI procedere menses,  
Talia sæcla suis dixerunt, currite tuis.  
Adspice, venturo letentur ut omnia sæclo.*

VIRGILIO.—Pollio.

(2) Malaquias, III, 4.

distancia *de seis meses*, el fruto de la preñez de Isabel, Juan Bautista, precedió al Dominador esperado, clamando en el desierto: *Enderezad el camino del Señor*; y AL PUNTO, vino á Maria, como *á su templo*, aquel Dominador tan deseado. Las matemáticas nada tienen de mas exacto que la relacion de nuestras profecias con el suceso.

«EL ANGEL GABRIEL FUÉ ENVIADO POR DIOS, etc.» Hé ahí por fin el cielo que se abre, y envia á uno de sus mayores mensajeros para que lleve á la tierra la primera palabra del Evangelio, el resplandor primero de la Ley de gracia y de verdad. Hasta allí todo ha sido preludio y promesa solamente: comienza la ejecucion. Debe notarse la conveniencia de la eleccion de este Angel enviado por Dios, para ese gran designio. Es el Angel *Gabriel*, no nuevo es este ministerio. Además de que él fué quien, seis meses antes, habia sido enviado á Zacarias para anunciarle la preñez milagrosa de Isabel y el nacimiento del Precursor, nos le recomiendan una intervencion mas antigua, una relacion mas maravillosa.

Entre las profecias, las de Daniel tienen un carácter sorprendente de precision histórica y cronológica. La sucesion de los reinos, las revoluciones de los imperios, la venida, la muerte, y el reino eterno de Cristo, centro de todo aquel gran movimiento, están allí presentados con rasgos tan vivos y tan conformes con el suceso, que pudieran suplir por la historia, y Polibio y Bossuet no han podido en cierto modo sino copiarlos.

La vision del Hijo de Maria señaladamente es asombrosa.

«Consideraba yo estas cosas, dice el Profeta, en »una vision de noche, y ví como al *Hijo del* »Hombre que venia con las nubes del cielo, el

«cual se adelantó hasta el Antiguo de dias. Presentáronle en su presencia y este le dió la potestad, el honor y el reino, y todos los pueblos y todas las tribus; diciendo que todas las lenguas le servirán, que su poder es un poder eterno que no le será quitado, y que su reino no será jamás destruido.»

Con este motivo añade Daniel: «Mi espíritu quedó embargado de asombro; yo, Daniel, me espanté con estas visisnes... Acerquieme á uno de los que estaban presentes, y le pregunté la verdad de todas estas cosas; y me interpretó lo que pasaba y me lo enseñó (1).»

Este Espíritu que estaba presente ante el Antiguo de dias á quien se dirigió Daniel para que le explicase la vision del *Hijo del Hombre*, no se nos nombra en este lugar, pero va á serlo en los capítulos siguientes.

«Cuando tenia yo esta vision (la vision de los reinos), continúa el Profeta, y buscaba su inteligencia, oí la voz de Uai que gritó y dijo: GABRIEL, hazle entender esta vision. Al mismo tiempo vino GABRIEL, y se puso en el lugar donde yo estaba; y cuando hubo venido á mí, caí el rostro contra tierra, temblando todo de temor, y me dijo: Comprende bien esto, porque esta vision se realizará al fin de los tiempos.»

En fin, en el capítulo siguiente: «No habia yo aún acabado las palabras de mi oracion, dice Daniel, cuando GABRIEL, á quien habia visto yo al principio en la vision, voló de improviso á mí, y me tocó al tiempo del sacrificio vespertino, diciendo: Desde el principio de tu oracion he recibido el orden de venir y he venido para descubrirte todo; atiende pues á lo que voy á decirte.»

(1) Daniel. VII. 15.—16.

Y Gabriel explica entonces á Daniel la célebre profecía de las setenta semanas, desde aquel tiempo hasta Cristo, anunciando la venida de este, su muerte, alianza y juicio contra los judios por el brazo de Tito.

Este mismo Gabriel, este mismo Angel de la profecía es el enviado como Angel del cumplimiento. Viene á tratar de la venida de ese *Hijo del Hombre*, cuya gloriosa vision habia explicado á Daniel, quinientos años antes: y por esta continuidad de oficio nos muestra la continuidad de la obra de Dios en medio de las edades, y el consejo anterior y profundo de que sale el mensaje que viene á desempeñar.

Es pues enviado por Dios, encargado de la mayor comision que habrá emanado jamás del cielo á la tierra, de Dios á los hombres. Sigámosle, y consideremos cómo vá, no á Roma la triunfadora, ni á Atenas la sabia, ni á Babilonia la soberbia, ni aun á Jerusalem la santa. Va á un rincón de la Galilea, á una pequeña villa desconocida llamada *Nazareth*: Nazareth de la cual se decia proverbialmente ¿por ventura puede salir algo bueno de *Nazareth* (1)?

Pero en esa Nazareth, hay una pobre casa, un cuartito, que encierra el tesoro del cielo y de la tierra, el secreto amor del Padre eterno; en ese lugarcillo, hay una Virgen que tiene mas luz y grandeza que toda cuanta hay en Roma y en Atenas, entre los hombres y entre los ángeles: una Virgen de donde ha de difundirse sobre el mundo la Luz eterna (2). A esta Virgen, llamada *Maria*, es enviado por Dios el Angel Gabriel, y en este rincón humilde, va á tratarse, sin saberlo el mundo, el

(1) Joan. 1. 46.

(2) Prefacio para las fiestas de la Virgen Santisima.

misterio que debe renovar su faz.

¿Quien no admirará en esta conducta de Dios el trastorno completo de la vanidad humana, y el digno principio de ese Cristianismo por el cual confundió la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes? ¿Quién ro admirará el juego de esa Omnipotencia, que señala su fuerza, haciendo lo que hay de mas grande de lo que hay de mas pequeño y humilde (1)?—Quién hacia entonces caso de Maria en el mundo? ¿A que desprecios no la sustraia su oscuridad? ¿Quién hubiera tomado aquel tesoro de grandeza moral, de virginidad, de humildad, de candor, de sencillez? Desconocida de la tierra toda, era tanto mas digna de las miradas del cielo; ningun hombre la habia comprendido: solo un Angel podia tratarla.

Y HABIENDO ENTRADO ADONDE ESTABA, LA DIJO: DIOS TE SALVE, LLENA DE GRACIA, EL SEÑOR ES CONTIGO; ERES BENDITA ENTRE LAS MUJERES.

¡Qué actitud y que lenguaje de parte de un Angel para con una mortal! Algunos días antes, el mismo Angel, enviado cerca del gran sacerdote Zacarias, se habia anunciado á él en términos de autoridad y de mando, que dan singular realce á la diferencia de las situaciones y de los personajes: «Yo soy Gabriel, le habia dicho, que estoy delante de Dios, y se me ha enviado para hablarte y anunciarle estas cosas. Y hé aquí, quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que se cumplan, porque no creiste mis palabras.» ¡Hé ahí el lenguaje de un embajador de Dios cerca del hombre, aun revestido de la dignidad de Gran Sacerdote!

La misma superioridad, la misma impresion se

(1) Cántico de la Santísima Virgen.

hace sentir en la relacion mas anterior del mismo Angel con el profeta Daniel. «Vino Gabriel, dice el Profeta, y se puso en el lugar donde yo estaba, y cuando hubo venido á mí, caí el rostro contra tierra, temblando todo de temor, y me dijo: «Comprende bien esto, etc.»

Y hé aquí que ese mismo Espiritu celestial enviado, no ya á un Profeta, no ya á un Gran Sacerdote, sino á una simple doncella á quien nada recomienda aun al respecto de los hombres, comienza á hablarla con esta Salutacion que ha quedado siendo la fórmula de los homenajes que el universo que la rinde: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres entre las mujeres.

No es la Virgen quien se postra, como hizo Daniel; es el Angel quien se inclina, y no habla sino para honrarla. No se sabe quién es el Angel, si Maria ó Gabriel. Y es que efectivamente, si el Angel es Virgen, la Virgen es ángel. Pero la Virgen no solo es ángel en un cuerpo, sino que es la Reina de los Angeles, estando predestinada Madre de Dios. Por eso no le habla Gabriel como á una súbdita, ni aun como á una igual, sino como á una Reina. Llégase á ella como un embajador cerca de una potencia en la cual ve tambien á la misma potencia que le ha enviado.

Esto es, en efecto, lo que significan las palabras de homenaje con que acompaña su salutacion, y que son los títulos que la motivan, *Llena de gracia, el Señor es contigo, eres Bendita entre las mujeres*; palabras que agotan todo pauegórico, principalmente en boca de un Angel, y de un Angel enviado por Dios.

Pesemos todo su valor.

LLENA DE GRACIA. La gracia, emanacion de la naturaleza divina, que hace á la criatura que está

de ella dotada *participe* de la Divinidad, la eleva á la *perfeccion misma de Dios*, y permite decir de aquellos en quienes reina que son *Dioses*, por hablar el lenguaje unánime de las Santas Escrituras, de Jesucristo y de su Iglesia; la gracia que hace los Santos, que ha hecho los Angeles. estaba en Maria con una abundancia tal que no tenia otra expresion que la de *plenitud*. Lo que los otros tienen con medida, lo tenia ella sin tasa: era un Océano de gracia que contenia él solo lo que está repartido entre todos los Angeles y los Santos.

La razon de esta plenitud de gracia en Maria nos da á conocer aun mas su inmensidad. Esta razon es la de estar ella destinada á producir al que es Jefe de la gracia, Jesucristo, y á producirlo de su sustancia. Porque Jesucristo es tan Hijo de Maria como del Padre celestial, y del mismo modo; con esta diferencia: que es naturalmente engendrado por el Padre, y sobrenaturalmente por Maria; mas por entrambas partes *engendrado*, es decir, sacado de la sustancia. Esto es lo que declara admirablemente esta expresion puesta por el Espíritu Santo en boca de Isabel al saludar á Maria, segun veremos mas abajo: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre*. Como el fruto es producido de la sustancia del árbol, así Jesús es fruto del vientre de Maria, y es bendito con la bendicion de que fué ella colmada para darlo á luz.

Ahora bien, Maria, por sí misma, y de su propio caudal, no tenia, como el Padre celestial, con que producir á un Dios. Fué necesario suplir, por medio de la gracia, lo que la faltaba por parte de la naturaleza. Y para esto, y por tanto segun la medida conveniente á esta divina fecundidad, la

llenó de gracia aquel mismo Dios que quiso ser de ella producido.

Júzguese ahora de la savia por el fruto y de la plenitud por la emanacion!

Sin embargo, no debemos imaginar que fuera este el término y el colmo de la gracia en la Virgen Santísima; y que estando llena de gracia antes de ser Madre de Dios, no recibiera mas al recibir á este mismo Dios, al darlo á luz, al recoger sola, en su corazon por espacio de treinta años, las impresiones de la Eterna Sabiduria, participando de los trabajos, de los dolores, de la pasion del Hombre-Dios, siendo, en fin, consumada en la fidelidad, en la paciencia y el amor por todo el tiempo que le sobrevivió en la tierra, hasta el gran dia en que fué llevada por los Angeles á su seno: no, ella no cesó, como veremos al fin, de recibir nuevas gracias, de crecer en perfeccion y santidad; y sin embargo de estar siempre *llena de gracia*. ¿Cómo así? En los vasos corporales no hay mas que un género de plenitud, y un vaso que está lleno no puede recibir mas; pero un alma llena de gracias puede recibir siempre nuevas plenitudes, porque recibe nuevas capacidades. La gracia de Dios agranda el alma llenándola, y la llena agrandándola; y todo cristiano hace ó puede hacer, sobre el particular, la experiencia de esta maravillosa operacion de la gracia cuya perfeccion ofreció Maria.

En el momento en que el Angel la saludó llena de gracia, tenia ciertamente la plenitud que podia tener, no siendo aun Madre de Dios, y la que debia tener para llegar á serlo. Esta plenitud confunde ya la inteligencia, porque sobrepuja la santidad de todos los Santos y de todos los Angeles con cuanta distancia ponía entre ella y ellos su predestinacion única de Madre de Dios que es



taba á punto de cumplirse.

Sobre este particular no debé echarse en olvido una verdad importantísima; porque interesa, junto con la gloria de Maria, á toda la doctrina cristian; muestra la mancomunidad que hay entre ella y nosotros, y nos da la clave de la aversion que á su culto tiene la herejía.

Por grande que fuese la gracia en Maria, no la dispensaba de todo esfuerzo personal; Maria estaba, como nosotros, sometida á la prueba; hubiera podido, como nosotros, escoger la parte mala; pero creció en gracia de la misma manera que nosotros, por la fidelidad, y, como nosotros, mereció ese aumento.

Maria no era, como las obras inanimadas del Criador, bella y gloriosa por alguna ley de su naturaleza; por cuanto acabó, pero no comenzó teniendo toda la perfeccion á que estaba destinada. Alcanzó una primera gracia, despues otra, y mereció esta por el buen uso que hizo de la primera. Era, en una palabra, un *agente moral* como los demás; caminó como los santos de gracia en gracia, de mérito en mérito, hasta merecer un dia la gracia de ser ensalzada á la dignidad de Madre de Dios; y este *merecimiento*, no menos que esa gracia, es el objeto del culto que la tributamos: *Regina cæli, lætare, quia quem MERUISTI portare*, etc. etc.

Cierto, no queremos establecer una ecuacion ni aun la *menor proporcion esencial* entre los méritos de Maria, por grandes que sean, y la dignidad de Madre de Dios, en el sentido de que estos méritos *le hayan constituido un derecho* á esta dignidad; no, y en está parte sucede con Maria como con cada uno de nosotros. No hay comparacion alguna posible entre la naturaleza del hombre y las recompensas de Dios, puesto que son nada menos que el mismo Dios. Dios nos permite solamente

merecer lo que de su parte es *siempre* purísima gracia. Nos promete el cielo por nuestras buenas obras en esta vida: y *à favor de esta promesa*, por la cual se liga con nosotros, podemos mirarnos como enteramente dignos del cielo, aunque el cielo sea un bien infinito y nosotros seamos criaturas finitas.

Admitida esta proporcion, que Dios quiere poner entre nuestros méritos y sus recompensas, decimos con verdad que Maria fué digna de llevar á Dios; que su Santidad fué tan soberana y trascendental que atrajo al Hijo de Dios á la tierra y la mereció concebirlo en sus entrañas.

Por poco que se conozca la doctrina protestante, puede explicarse ahora su antipatia contra el culto que tributamos á la Virgen Santísima; es la misma antipatia que profesa contra el culto que tributamos á los Santos, contra el dogma del Purgatorio, contra la oracion por los muertos, en suma, contra la doctrina del mérito, del libre alvedrío, de la moralidad sobrenatural de las acciones humanas.

Lutero, en su bello comentario sobre el *Magnificat*, en que no obstante ensalza tanto á la Virgen Santísima, rompe súbito con lo que acaba de decir por la mas contradictoria y singular reflexion: «El mérito, dice, ó el valor del *leño* de la cruz no fué otro que el haber sido apto para ser tal, y haber sido dispuesto por Dios para este officio. Asi la dignidad que tuvo la Virgen, de llegar á ser Madre de Dios, *no era otra* que el haber sido acomodada y apropiada á ese destino (1).»

(1) Ligni vel meritum, vel preciositas alia non fecit præter quam quod apta esset cruci, et in hunc usum definita á Deo. Sic et Virginis dignitas, ad id ut Mater Dei fieret, alia non erat, nisi quod idonea et prædefinita fuerat ad hoc ipsum.

Todo el Protestantismo se encierra en esta reflexión. Esa razón que da para no honrar ningún mérito en la Virgen Santísima es todo un sistema, que no mira solamente á esta Virgen Santa, sino que se extiende á cada uno de nosotros. Eso es negar que el hombre sea una gente moral libre, responsable, capaz de merecer; esto es hacer aplicación de lo que en otra parte dice el mismo Lutero, de un modo general: «Así como la *sierra* en nada contribuye al movimiento que la hace obrar, así mi voluntad no coopera de modo alguno á mi dirección moral y espiritual. En las cosas tocantes á la salvación, el hombre es como una *estatua*, como un *tronco*, como una *pedra* (1).»

Tal es la razón de la impiedad protestante respecto de la Virgen Santísima. No hay un ser, no digo cristiano, sino moral y sensato, que la adopte, desde el punto que la ha examinado. Si el hombre está criado á imagen de Dios, si es más que un *tronco*, si es capaz de merecimiento, si sus méritos en religión están en razón de su fidelidad á las gracias que ha recibido, María está llena de méritos, como está llena de gracias; plenitud inmensa é incomensurable, verdaderamente digna de nuestras admiraciones y homenajes, puesto que está en la proporción que convenia á la dignidad casi infinita de Madre de Dios (2).

(1) Véase *Exposición de la doctrina protestante*, cap. IV. libro 11 de nuestro *Protestantismo en sus relaciones con el Socialismo*.

(2) Aun admitida la doctrina general del *siervo alvedrio*, Lutero no tenía razón para negar todo merecimiento á la Virgen Santísima; porque el *siervo alvedrio* es en su opinión efecto del pecado original, y Lutero cree que María fué concebida sin mancha de ese pecado.

Esto es lo que significa la Salutación Angélica: «*Dios te salve, llena de gracia*,» salutación que después de dada por el Ángel le estuviera muy mal al hombre el rehusar.

Sea pues saludada como llena verdaderamente de gracia la que es graciosa á todos: á Dios, á los Angeles y á los hombres; á los hombres por su Maternidad; á los Angeles, por su Virginitad; á Dios, por su Humildad.

El Ángel añade: EL SEÑOR ES CONTIGO, y saluda de esta manera al mismo Dios que le ha enviado, que le había prevenido cerca de María, y que estaba ya *con ella* antes de estar en ella. «Con efecto, Dios, dice San Bernardo, que esta igualmente todo en todas partes, por la simplicidad de su ser, está no obstante de diferente modo en las criaturas racionales que con las otras, y de diferente modo también en los buenos que en los malos, y de diverso modo en fin con la Virgen Santísima. Está seguramente con las criaturas irracionales; pero con todo sin poder ser poseído por ellas. Todas las criaturas racionales pueden, en verdad, poseerlo por medio del conocimiento; pero los buenos solamente le poseen además por el amor. En ellos solos está de tal modo que esté con ellos por el mismo acuerdo de la voluntad. Porque sujetando todas sus voluntades á la justicia, se le juntan de una manera especial, mediante esta conformidad de su voluntad con la suya. Mas por unido que esté así con todos los Santos, lo está más especialmente con María; porque su unión con ella llegará hasta juntar á sí, no solo la voluntad, sino la misma carne de esta Virgen Santa; á formar, ó más bien, á hacerse un solo Cristo de la sustancia de ella y de la propia. Por esto dice el Ángel: *Dios te salve, llena de gracia*, EL SEÑOR ES CONTIGO; no solo el Señor Hijo de Dios

á quien vais á vestir de vuestra carne; sino el Señor Espíritu Santo de quien lo concebireis; y el Señor Padre celestial que engendra este fruto de vuestra concepcion. El Padre, digo, está contigo, haciendo de su Hijo el tuyo: el Hijo está contigo, constituyendo el maravilloso Sacramento de su amor en el secreto de tu seno: el Espíritu Santo está contigo, santificando, á una con el Padre y el Hijo, ese vientre virginal: EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO (1)»—En breve, segun la profecía, dareis á luz al Hijo de Dios, y él tendrá entonces el nombre de *Dios con nosotros*: NOBISCUM DEUS: Dios con el género humano, Dios con el mundo. Pero; oh gloriosa prerogativa! él está, en cierto modo, con Vos sola la primera, antes de estarlo con nosotros todos: sola Vos tenéis al Señor del universo, DOMINUS TECUM!

BENDITA ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES. ¡Qué elogio este último! ¡y cuanto conviene á Maria! ¡Cuán justamente está puesto en la boca del Angel! Toda mujer lleva en si la maldicion, porque de la mujer ha venido todo el mal. Pero la bendicion es el patrimonio de Maria, para que de Maria venga toda reparacion. Así, esta bendicion tiene por medida toda la inmensidad de la maldicion original cuyo pesado yugo ha llevado la mujer en todo tiempo y lugar. Reunid todas las mujeres que han existido y existirán en el mundo; escoged las mas eminentes, las mas santas, las mas dignas de llamar y fijar la bendicion de Dios; solo una, en este concurso universal, tendrá el don de interesar al gran Rey, y esa es la humilde Maria, nueva Esther, libertadora de su pueblo, de la cual puede decirse como de la primera: »Y el Rey la amó mas que á todas las otras mujeres. y encontró gracia

(1) Super *Missus est*. Homilia III.

»y favor en su presencia sobre todas las mujeres, »y la puso en la cabeza la corona real y fué reina en »lugar de Vasthi (1).«

Asi Maria es puesta en el lugar de Eva para ser la reina y la Madre del linaje humano; y por esto convenia que la instalacion, digámoslo así, de Maria, fuera el reverso de la deposicion de Eva. Un Angel de luz debia anunciar el Verbo á Maria, como un Angel de tinieblas habia anunciado á Eva la falsa ciencia. Por ambas partes, una proposicion del Angel á la Mujer: por ambas, un coloquio, un consentimiento, un fruto recibido y transmitido al género humano. Pero Mujer bendita, fruto bendito en Maria: *Benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui Jesu*. ¡Oh maravillas de los secretos de Dios! ¡Oh conveniencias de nuestra fé!

Avancemos en el comentario de esta grande escena.

»ELLA, HABIÉDOLE OIDO, SE TURBÓ CON SUS PALABRAS, Y PENSABA QUE SIGNIFICARIA ESTA SALUTACION.

Maria, como observa Grocio, con la generalidad de los comentadores, no se turbó con la *vista* del Angel, sino con *sus palabras*, no comprendiendo lo que podia ser esa celebridad que el Angel la promete y que la eleva, á ella, pobre jóven, sobre todas las mujeres del linaje humano (2). ¿No habeis visto nunca á algun alma de un mérito que se ignora á sí mismo, expuesta súbitamente á un concierto de elogios que no espera, y que ella es

(1) Esther, II, 17.

(2) Præcipue obstupuit non intelgens quæ illa esset supra omne genus muliebre celebritas quam illi Angelus ominabatur. GROCIO.

la única que no comprende? ¡Que sorpresa, qué aturdimiento, qué interesante turbacion no hace experimentar á su modestia este combate! Pues figuraos ahora á Maria, que se cree la última de las criaturas, saludada repentinamente por un Angel, como llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. ¡Qué turbacion! ¡qué trastorno en todo su ser! Las injurias turban á la generalidad de los hombres, porque estos se ocultan sus defectos, no los miran sino lo menos que pueden, están llenos de sus supuestos méritos y hablan de ellos con frecuencia: pero Maria, ocupada siempre de su nada en la presencia de Dios, no podia turbarse sino con elogios. Su humildad era tan sencilla, que ni aun habia tenido orgullo que combatir; y por esa la parece tan extraordinaria y sorprendente esa idea de grandeza, que las palabras del Angel presentan á su espíritu. ¡Ah! si este epitalamio se le hubiera dirigido á la hija de Caifás, no hubiera pensado mucho tiempo, para sí, lo que podia ser aquella saluacion, sino luego al punto hubiera aceptado su honor, y hubiera repasado en su corazon esta expresion de complacencia. ¡Oh Dios! ¡qué feliz acontecimiento!

»Y EL ANGEL LA DIJO: NO TEMAS, MARIA, PORQUE  
»HAS HALLADO GRACIA DELANTE DE DIOS.—HÉ AQUÍ  
»QUE CONCEBIRÁS Y PARIRÁS UN HIJO Á QUIEN DARAS  
»DEL NOMBRE DE JESUS.—ESTE SERA GRANDE Y SERA  
»LLAMADO HIJO DEL ALTISIMO, Y EL SEÑOR DIOS LE  
»DARA EL TRONO DE DAVID, SU PADRE, Y REINARA ETER-  
»NAMENTE EN LA CASA DE JACOB.—Y SU REINO NO  
»TENDRA FIN.»

Hé ahí la *buana nueva*; hé ahí el Evangelio, que deberá propagarse por todo la tierra y que al principio es traído á Maria solamente. Ese nombre adorable de JESUS á quien debe doblarse toda rodilla.

en el cielo, en la tierra, y en los infiernos; que debe grabarse en tantos corazones, que debe ser el primero y el último en tantos labios, que tantos mártires escribirán con su sangre, que gastará tantas blasfemias; ese nombre tan dulce y tan fuerte, tan tierno y tan formidable, es oído por la vez primera, y sus destinos son revelados á Maria. Aun cuando el Cristianismo tuviera solamente esta profecía, debiera ella convencer de su divinidad á las inteligencias mas exigentes; y acaso lo consiguiera si esta profecía fuera la única, porque haria mas impresion por su singularidad. Pero como viene á referirse á otras muchas profecias anteriores, encuentra al entendimiento habituado á este género de prueba, que produce tanto menos efecto cuanto mas se le prodiga; es decir, cuanto es mas cierto, mas enlazado y prodigioso: de manera que, por un justo castigo del desprecio que hace de la luz, la ceguera de la incredulidad le viene de la misma abundancia y continuacion de las luces. En efecto, como observan Grocio y Calvino, el Angel «arregla sus palabras proféticas de tal modo, que las refiere primeramente á la profecía de Isaías y luego á los demás pasajes de los Profetas, á fin de que por tan grande y tan bien expresada conformidad entre las profecias antiguas y el dicho del Angel, que habla de la manifestacion de Jesucristo, reconozcamos que todo ha sido de ese modo ordenado y conducido por el consejo evidente de Dios (1).»

En estas profecias, el Imperio futuro de Cristo es representado por el *trono de David*, ya porque debia ser descendiente de David, ya porque el reinado de David se toma como el tipo y la figura de el del Mesias. Las mismas palabras del An-

(1) Calvino. *Armon. Evang.* pág. 15.

gel lo demuestran; porque los caracteres de eternidad y universalidad que dan unánime y repetidamente á este reino de Cristo, no convienen por su grandeza al trono propiamente dicho de David, y le reducen evidentemente á ser solo una figura; así resulta de muchos pasajes de los Profetas. notados por Grocio, y de la interpretacion que les han dado siempre los Rabinos. Indicaremos señaladamente la sublime vision del *Hijo del Hombre*, explicada á Daniel por el mismo ángel Gabriel que lo anuncia á Maria. Las palabras de la Anunciacion no hacen sino recordar literalmente todas aquellas maravillosas profecias que están á punto de cumplirse, para mostrar, como con el dedo, su encadenamiento, y su referencia al Hijo de Maria.

Al oír este anuncio, ¿qué vá á responder, qué va á hacer Maria? Asumada con el peso de tan gran destino, que del estado de pobre doncella desconocida, la ensalza súbitamente á la Majestad de Madre del *Hijo del Altísimo*, ¿va á quedar sin voz, ó no abrirá sus labios sino para ceder á tan glorioso destino, para decir, *ecce fiat?* El temor, la sumision, cuando no la alegría de ser esa Mujer bendita entre todas las mujeres, por quien deben realizarse todas las antiguas de Israel y la salud del mundo, ¿van á precipitar su consentimiento? No; Maria, que solo ha mostrado hasta aquí la turbacion de su humildad, va á responder con calma, responder á un Angel, responder á Dios, y responder por una pregunta.

«MARIA DIJO AL ANGEL: ¿CÓMO SUCEDERÁ ESTO? »PORQUE NO CONOZCO VARON.»

Respuesta heroica, dictada por una virginidad tan inviolable, que ni aun admite la idea de que pueda pagarse con su sacrificio el honor de ser Madre de Dios, por infinito que sea; que está dis-

puesta á creerlo y esperarlo todo, en punto á medios proligiosos de hacerse Madre, antes que el único medio natural, que es para ella imposible, y se cree con derecho para pedir la explicacion de este gran misterio, antes de prestar su consentimiento, para poder cooperar á él libre y dignamente.

Esta respuesta de Maria es tambien de una fé sublime. Notad efectivamente que, en todo lo que acaba de decirle el Ángel de la grandeza de su Hijo, que será el Hijo del Altísimo, de ese trono de David que debe ocupar, y de ese reino eterno que le está prometido, nada le pone asombro. Turbada al principio con las alabanzas del Angel, no lo es por la manifestacion del designio de Dios, cuya grandeza, tan contraria á las apariencias, debia asombrarla cuando menos. Cree en él sencillamente; y si inquiere cómo se hará ello, no es por desconfianza ni curiosidad, sino por necesidad y prudencia. «¿Cómo sucederá esto? PORQUE NO CONOZCO VARON.» No pone en duda la posibilidad del hecho, no dice: ¿Cómo podrá esto suceder? sino: ¿Cómo sucederá? Solo se informa de la manera; y siendo esta manera, aun mas increíble, si cabe, que el hecho, puesto que su profesion de virginidad lo convierte en un prodigio, su misma pregunta es una pregunta de fé tanto como de virginidad, como lo mostrará claramente su consentimiento definitivo, despues de la explicacion.

Y con ello, ¡cosa admirable! hace brillar Maria, en la mayor prueba, las mismas virtudes que deben atraer al Hijo de Dios á sus entrañas: determina su grandeza por el modo como la recibe.

Con efecto, la respuesta que vá el Angel á dar á su pregunta, satisfaciendo á su pureza, va á aumentar la prueba de su fé:

«Y EL ANGEL LA RESPONDIÓ: EL ESPÍRITU SANTO VENDRÁ SOBRE TÍ, Y LA VIRTUD DEL ALTÍSIMO TE CUBRIRÁ CON SU SOMBRA. POR ESTO LO SANTO QUE NACERÁ DE TÍ SERÁ LLAMADO HIJO DE DIOS.»

¡Con qué celestial decoro es dada esta explicacion por el Angel y recibida por Maria! ¡Con qué divino velo envuelve ya á la Virgen! ¡y cuán sublime satisfaccion da á esa Virginidad que ha preferido ella á la maternidad, aun divina! No temas, Maria, permanecerás Virgen al llegar á ser Madre, y aun lo que hará tu maternidad consumará tu virginidad; el mismo Autor de la virginidad, aquel á quien la has consagrado en tu alma, Aquel que es Espíritu, Aquel cuya virtud creadora obra inmediatamente, Aquel que es Santo, *vendrá sobre tí, te cubrirá con su combra, nacerá de tí* y por esta triple accion de su divinidad hará de tí su templo, su esposa, su Madre.

Nunca la Majestad de Dios se reveló, se comunicó á la tierra tan cumplidamente como en este gran misterio de la Maternidad divina de Maria, cuya operacion va á seguir al anuncio. Ahí señaladamente, en Maria, se proclamó y puso de manifiesto la divinidad de Jesucristo, su Hijo. Fué dado en otro tiempo á Moisés ver á Dios *de pasada y por detrás*, ó en medio de una zarza que ardia sin consumirse. Mas adelante descendió el Eterno en medio del estruendo y el fuego del trueno y los relámpagos al monte Sinaí; y finalmente en una nube sobre el Tabernáculo. Pero ¿qué valian estas misteriosas y formidables manifestaciones en cotejo de la divina comunicacion que va á obrarse en Maria? El Eterno, dice la Escritura, toca la cima de los montes, y humean. Con Maria va á hacer mucho mas que tocarla; va á venir sobre ella; va á cubrirla con su sombra; va á ser concebido, llevado en sus entrañas..... Por la vez primera va á

manifestarse en esta operacion la Trinidad de las Personas divinas: El Espíritu Santo personalmente distinto del Altísimo, y uno y otro distinto del Hijo de Dios, y todos tres á una. Todos los términos mas fuertes con que se pueda representar la Divinidad están acumulados en las palabras del Angel: esta expresion de *Espíritu Santo* jamás se empleó en acepcion tan personal; la de *Altísimo*, que agota toda sublimidad, se repite por dos veces; y la de *Santo* tomado sustantivamente, aplicada al Hijo de Dios y de Maria, pone el sello á esta divina penetracion: Por esto lo SANTO *que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios*: no el fruto santo, el hombre santo, el santo niño, sino LO SANTO, indefinidamente. Y, para que no lo dudemos, la misma Maria va á proclamarlo en breve en este canto de su gratitud: *El que es Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas* y SU NOMBRE ES SANTO.

¡Cuáles pues no deben ser nuestros de veneracion hácia esta Virgen tan prodigiosamente consagrada por esas grandes cosas que ha hecho Dios en ella! Si Dios dice á Moisés de en medio de la zarza encendida: *No te acerques, quita el calzado de tus piés; porque el lugar que pisas es una tierra santa*: ¡qué religioso respeto no debemos profesar con el Angel hácia esta *Mujer vestida del Sol* de justicia y santidad de que la zarza ardiente era solamente figura!

Pero el ministerio no está aun consumado; falta el consentimiento de Maria. Por eso el Angel que lo ha dicho todo aguarda una palabra, y no se irá hasta que se pronuncie. Aguarda que Maria se declare, honrando con esta actitud silenciosa la libertad del consentimiento de Maria, despues de haberla honrado con su explicacion. El aguarda y Maria delibera.

Este es un rasgo del cuadro evangélico que no

puede contemplarse bastantemente, y la mas solemne de todas las situaciones divinas y humanas. «Asi fué, dice Santo Tomás, para mostrar que el »Hijo de Dios quiso contraer con la humanidad »como un matrimonio espiritual, y por eso se pidió por medio de la Anunciacion, *el consentimiento de la Virgen, en lugar de toda la naturaleza humana* (1) »

Como se decia antiguamente tratándose del matrimonio de Isaac: *Vocemus puellam et queramus ejus voluntatem*, «llamemos á la niña y pidámosla »su consentimiento,» asi el Padre celestial, para casar al Verbo divino con la naturaleza humana, ha querido tener el consentimiento de esta en la persona de Maria. Con este objeto, ha comisionado cerca de la Virgen, á su Eliezer, á su Angel; y la manera respetuosa con que este negociador se ha llegado á Maria, la ha saludado, la ha elogiado, le ha ostentado las grandezas del Hijo á quien concebirá, si quiere venir en ello, ha escuchado sus preguntas, las ha satisfecho con sus respuestas, y espera en fin su consentimiento; toda esta conducta del Angel da evidente testimonio de que Dios quiso que el misterio de la Encarnacion dependiese del consentimiento de Maria, y de un consentimiento, no de esclava, no dado por deferencia servil, no forzado ó arrancado, sino de un consentimiento completamente libre, y voluntario, como si no fuera súbdita y sierva. «¡Oh Dios inmortal, exclama un piadoso doctor, que admirable miramiento habeis tenido para con Maria, habiendo querido que obra tan grande, concebida por Vos con tan mara-

(1) Ut ostenderetur esse quoddam spirituale matrimonium inter filium Dei, et humanam naturam, et ideo per Annuntiationem expectabatur consensus Virginis loco totius humanæ nature. *Tert. p. quest. XXX, art. 1.*

villosa sabiduria, objeto de todas las complacencias de vuestra Santa Trinidad, y de la ávida expectacion de todos los mortales, fuera sometida á su deliberacion! ¡Oh increíble Majestad de la Virgen en esta deliberacion augusta! El esposo, hijo de Dios desde toda eternidad, habia ya aspirado, y ¡con qué ardor! á unirse la naturaleza humana; ya era llegado el tiempo de las Bodas; debe requerirse el consentimiento de la Virgen; y lo es, por una Legacion cuya importancia atestigua el celeste ceremonial. El Embajador expone la voluntad de su Soberano; la Virgen delibera si aceptará. Nuestra raza miserable abrumada de mil males, no ha cesado de invocar su redencion con suspiros y lágrimas! El negocio está confiado á la Virgen para que pronuncie sobre esta grande alternativa: ó nuestra libertad, ó nuestro perdurable cautiverio (1).»

San Agustin y San Bernardo, para hacer resaltar esta situacion, suponiendo uno y otro que se hallan en el tiempo de esta célebre embajada y en compañía del Angel, pero mas interesados é impacientes que él, se dirigen á la Virgen, la ruegan, la solicitan, la apremian á que dé ese consentimiento de que pende la gloria de Dios, la alegría de los Angeles, la salud de los hombres, la ruina del infierno y la divina grandeza de la misma Maria. «Virgen sagrada, le dicen, ¿porqué tardais en responder? ¿Porqué balanceais en dar la vida al mundo. *Vitam quid tricas mundo?* El Angel solo »aguarda vuestro asentimiento: Lo habeis oido: »El Espiritu Santo vendrá sobre Vos, y la virtud »del Altísimo os cubrirá con su sombra, pura »que concibais sin perjuicio de vuestra Virgindad.

(1) DE LOS RIOS, de *Hierarchia Mariana*, lib. II.

»El Angel aguarda ahora vuestra respuesta, y nosotros tambien una palabra de compasion, nosotros miserablemente apremiados por la sentencia de nuestra condenacion. Hé ahí que os ofrecen el precio de nuestro rescate. Serémos al punto libertados si consentis. Hechos al principio por la palabra eterna de Dios, nos perdimos; una sola palabra de vuestra boca puede hacernos de nuevo y tornarnos á la vida. Esto implora de Vos el desgraciado Adán con su deplorable posteridad desterrada como él; es lo que Abraham, lo que David, lo que todo el género humano postrados á vuestros pies aguardan con el Angel: pues es verdad que de vuestra boca depende el consuelo de los miserables, la redencion de los cautivos y la salvacion del Universo. Decid una palabra y recibid al Hijo de Dios: dad vuestra fé y sentid la virtud del Altísimo; vuestra fé que abre el cielo nó que lo cierra.... (1)»

»HE AQUÍ LA ESCLAVA DEL SEÑOR; HÁGASE EN MÍ SEGUN TU PALABRA.»

»Oh Bienaventurada Virgen, continúa S. Agustín. ¡qué hacimiento de gracias, qué acentos de alabanza podemos dirigiros en retorno de ese gran consentimiento por el cual libertais al mundo! ¡con qué homenajes podrá nunca la humana flaqueza reconocer bastantemente que debe el cielo á vuestro piadoso comercio! (2)»

Todas estas expresiones por inflamadas que sean por el corazon de estos grandes Santos, por inspiradas que sean por el genio de estos grandes hombres, son inferiores á la sencilla é incontestada

(1) San Agustín *Sermon 17, in Natali Domini* y San Bernardo, *Hom. 4, super Missus est.*

(2) *Serm. 18, de Sanctis.*

ble realidad. La sola exposicion de esta las sobrepaja. Con efecto; representémonos, no ya solamente la expectation del Angel, sino la del Mundo en el espacio de cuatro mil años; las promesas de Dios, los votos de los Patriarcas; las predicciones de los Profetas, los suspiros de los Justos, los gemidos del género humano: recuérdense todos esos grandes nombres de *Expectacion de las naciones, Deseado de las colinas eternas, Príncipe del siglo futuro, Padre de la Eternidad, Angel de la nueva Alianza, Dominador, Justicia, Redentor, Salvador*, con que el Hijo de Dios es de continuo prometido y llamado en todo el curso de las Santas Escrituras; y estos gritos de santa impaciencia: *¡Ojalá abrieras los cielos y bajaras! — ¡Envia, Señor, Al que has de enviar! — Cielos, destilad vuestro rocío, y germine la tierra su Salvador!* y todas esas figuras, y todos esos preparativos, y todo ese encadenamiento de la Religion, y todas esas revoluciones de los imperios, y todo ese movimiento universal calculado y dirigido desde el origen del mundo, en vista de la aparicion de la Sabiduria eterna entre los hombres y de su union con su obra: Representémonos, por otra parte, á todos los siglos venideros, que deben salir y datar de este grande acontecimiento, la renovacion del mundo, la destruccion de la idolatria, la predicacion apostólica, la formacion de la Cristiandad y su progreso civilizador bajo el reinado del Evangelio y de la Iglesia desde aquel tiempo hasta para siempre: Hay mas aun: fuera de estos intereses del tiempo, considérense los de la eternidad, el gozo de los Angeles, la ruina de los demonios, la liberacion de los justos, la consension de los pecadores, la salvacion de los escogidos, el honor de la creacion, la gloria de Dios, la consumacion de todas las cosas en su divina unidad,



los destinos del cielo y de la tierra, el Plan divino: todo esto viene á lanzarse, por decirlo así, sobre Maria, sobre su humildad, su virginidad, su fé; todo esto se halla detenido por su *quomodo fiet istud*; y determinado por su *Fiat*.

Hé aquí la realidad, no amplificada, sino encerrada en términos que no bastan á su sublimidad.

Y todo esto se dice y hace con inefable sencillez, segun cumplia á semejante sublimidad. «Y »Maria dijo: Hé aquí la Esclava del Señor; hágase en mi segun tu palabra.—Y el Angel se retiró.»

Admirad como en todo este divino coloquio, se eleva Maria á la altura del misterio que va á realizarse en ella. El Angel la habla tres veces, y tres veces ella responde; y por cada una de estas respuestas se levanta á la fé y á la inteligencia de este gran misterio.—El Angel primeramente la saluda y alaba, y ella responde con su turbacion, es decir, segun hemos visto, con su humildad, fundamento de todas las operaciones divinas.—El Angel la anuncia luego su divina Maternidad, y los grandes destinos del Hijo á quien debe dar á luz, y ella no por esto se deslumbra; recibe este anuncio mas extraordinario que el primer coloquio del Angel con una calma de fé hace resaltar la turbacion primera de su humildad: fé razonable é inteligente, como lo manifiesta la explicacion que ella pide, segun la medida que conviene al testimonio de su virginidad y á la necesidad de su cooperacion. El Angel le da esta explicacion, aun mas prodigiosa que la cosa anunciada; y Maria no pide mas: al punto lo ha conocido y admitido todo; da su consentimiento con una presteza de humildad y de fé igual á la alteza del misterio, y cuyo precio realza la única pregunta

que ha hecho. Sino hubiera hecho esta pregunta, hubiéramos podido dudar de su inteligencia del misterio; si hubiera hecho otras, hubiéramos podido dudar de su fé. Pero esta, al mismo tiempo que es ilustrada por la explicacion, es tanto mas profunda por el asentimiento, cuanta es la alteza que esa explicacion da al Misterio.

Y este misterio se verifica al momento, y *el Verbo se hace carne*. mediante el acceso á las entrañas de Maria que le da la Virgen con su *fiat*; lo que está admirablemente expresado por este desenlace de la escena de la Anunciacion: y el *Angel se retiró*; se retiró para hacer lugar al mismo Dios.

Debiéramos considerar ahora la grandeza de Maria llevada á su colmo por este suceso de su divina Maternidad; pero habiendo ya tratado esta materia bajo su aspecto dogmático: en la primer parte de esta obra, la consagraremos aquí solo algunas reflexiones particulares, que piden capítulo especial, mas bien por su importancia que por su extension.

---

## CAPITULO IX.

### MARIA MADRE DE DIOS.

Los dos grandes y admirables efectos del consentimiento de Maria fueron, por una parte, la produccion de Jesucristo, Dios y hombre, obra maestra de la Omnipotencia divina, y por otra parte, la sublime é incomparable dignidad de MADRE DE DIOS que desde entonces adquirió Maria. Hasta aquel momento no era mas que Virgen; por la Encarnacion, hácese Virgen Madre, y Madre de Dios.

¡Y qué union, que prodigiosa intimidad no establece entre Maria y Dios, puesto que es la union de la madre con su fruto, que vive en sus entrañas y de sus entrañas, parte de ella misma! La misma sangre circulaba en Maria para ella y para Jesus; el mismo corazon formaba sus pulsaciones, el mismo soplo encendia su llama; la misma carne finalmente, dice San Agustin, era la carne de Maria y de Jesús: *Caro Christi, Caro Mariæ*.

Y lo que es verdad de todas las madres era llevado en Maria á un grado que deja aun muy atrás á esta union ya tan asombrosa, bien porque su original sustancia no partia con ninguna otra esta union con su Fruto, bien porque la operacion y la virtud que se lo habia hecho concebir eran tan divinas como este mismo Fruto.

Cierto es que esta union no era tan estrecha

como la que unia la misma carne de Jesús á su Divinidad: no era union hipostática ó personal, pues en tal caso Maria hubiera sido Dios como su Hijo, lo cual es absolutamente inadmisibile. Pero ¿de qué divinidad no debia estar impregnada, por decirlo así, aquella carne de Maria á quien regaba y perfumaba la sangre de un Dios?

No nos asombremos pues, no nos alarmemos de esta relacion tan estrecha entre Maria y Dios, nosotros, Católicos, á quienes es dado el poder asimilarnos, mediante el Sacramento de la Eucaristia, á esta misma carne divina, y decir con el Apóstol: *No soy yo ya quien vivo, sino Jesucristo es quien vive en mi*,

En Maria era esta union mas portentosa, puesto que era tan natural como sobrenatural, y Maria daba la vida de la naturaleza á esa carne del Verbo de quien recibia la vida de la gracia.

Para dar una idea exacta y concisa de esta maravillosa relacion, puede decirse, con el Angel de la Escuela, que Maria tenia una *consanguinidad* con Cristo, en cuanto hombre; una *afinidad* con Cristo, en cuanto Dios; y que por la operacion de esta Maternidad bienaventurada, *confinaba* con la Divinidad: *Propria operatione attingit fines Divinitatis*.

San Buenaventura no teme afirmar que la cualidad de Madre de Dios es el último esfuerzo de la Omnipotencia divina, y por tanto que es infinita puesto que agota en cierto modo el poder de Dios. Y Santo Tomás viene á apoyar esta opinion en la misma expresion del Angel cuando dice á la Virgen que la virtud del Altisimo la cubriría con su sombra, explicándola así: Todo poder tiene su esfera, que es el término y la mayor extension de su operacion, y la *virtud* es el último esfuerzo de un poder. Así que al decir el Angel que este

misterio seria obra de la *Virtud del Altisimo* nos da á entender que Dios trabajaria en él con toda su fuerza, y segun el lenguaje de la Santa Virgen, con todo su brazo (1).

La causa de que no estamos bastante penetrados de esta verdad, es que, comparando á Maria con las madres ordinarias, nos representamos esta cualidad de Madre de Dios en ella como exterior y accidental, y no como inherente á su misma persona; siendo así que realmente tiene su asiento en su ser moral, desde donde influyó en su naturaleza física. Maria concibió al Verbo en sus entrañas; pero esta concepcion fué obra de una plenitud de gracias y de una operacion del Espíritu Santo que hubo en su alma, convirtiéndola en un Tabernáculo y un Santuario. Puede decirse que una mujer no es mas recomendable en si por haber dado al mundo un gran personaje; que esto no lleva en sí ningun aumento de virtud y verdadera perfeccion; que es un honor efimero que pasa con su muerte y la del hijo á quien engendró; pero la dignidad de Madre de Dios en Maria, es la santificacion, es la gracia que la enaltece sobre todos los Angeles, la gracia en la cual fué predestinada, criada, concebida para este glorioso fin: es su misma Persona.

Maria debe ser considerada en su dignidad de Madre de Dios como todos los justos en la cualidad de Hijos de Dios, puesto que esta cualidad de Hijo de Dios fué la que se elevó en ella hasta la gracia, hasta la dignidad sublime de Madre de Dios. Pero la cualidad de Hijo de Dios no solo resulta, para los justos, de la voluntad que Dios tiene de darles su reino, sin poner nada en ellos: esta dignidad que la gracia de adopcion les con-

(1) SANTO TOMÁS, *Opuso*. II cap. III.

fiere es inherente á sus almas. Por consiguiente, la dignidad y la gracia de Madre de Dios es en Maria una cosa personal y permanente, y uniéndola á Dios con el vinculo mas estrecho que imaginarse pueda, hace en esta singular criatura una impresion divina y eterna.

Así, cuando consideramos á Maria en el instante de su Maternidad, en que llevó al Verbo en sus entrañas, está con Dios en esa union prodigiosa que llega hasta palpar con un mismo corazón y respirar con un mismo aliento, no debemos creer que esta union se aflojara cuando le dió á luz cuando este Dios vivió de su vida propia, humana, evangélica, gloriosa. No, esta union continuó siendo para siempre en la tierra y en el cielo tan estrecha como lo habia sido en el seno de Maria, y aun fué estrechándose, por el aumento de la gracia y del mérito en Maria, hasta el dia de su Asuncion, que la consumó y coronó por toda la eternidad.

Puede compararse el estado de Maria en cuanto Madre de Dios, al del Salvador en cuanto hombre Dios. Así como Jesús, fuente y plenitud de la gracia, y la gracia misma increada, estuvo tan lleno de ella segun su humanidad, que obró siempre en este orden sin salir nunca de él; así Maria estuvo tan poseida de la gracia de Madre de Dios que obró siempre en este orden sin salir de él jamás; y como todas las obras y afecciones humanas de Jesús fueron divinas, siendo de un valor igual al Dios que en él las hacia, así todas las de la Virgen fueron proporcionadas á la gracia de Madre de Dios, de donde traian su origen y que llenaban su alma.

Esta analogia, guardada toda proporcion, es rigorosa. Tiene su principio en el lazo de predestinacion que unió Maria á Jssus para el cumplimien-

to del designio de Dios. Este único designio, *gran Negocio de todos los siglos*, NEGOTIUM SÆCULORUM OMNIUM, como le llaman los Padres, porque fué el deseo y el pensamiento de los siglos que le precedieron y la dicha de los que le siguen, es la Encarnacion, es Jesucristo. Ahora, sin hablar del Espiritu Santo que obró este misterio, puede decirse que hay en él dos personas que entran en la formacion del Hombre-Dios. Aunque rigurosamente hablando, solo la Persona del Verbo Eterno, única que está unida con la naturaleza humana, forma la idea y el concepto de un Hombre-Dios: sin embargo, como el designio de Dios era hacer á su Hijo no solamente hombre, sino hijo del hombre é hijo de la Virgen, quiso hacer entrar tambien en el decreto de la Encarnacion esta santa persona de Maria. Y como levantaba la *naturaleza* creada al mas alto punto de comunicacion que puede tener esta naturaleza con el Ser increado, que es hacer un Hombre-Dios. tambien queria hacer en Maria la union mas sublime á que pudiera subir jamás una *persona* criada con Dios, que era hacer de esta persona creada una Madre de Dios.

Debemos ver por tanto en Maria, Madre de Dios, un objeto sagrado, que todos los siglos contemplan y reverencian como centro de bendicion de la Ley antigua y de la nueva: como Aquella á quien tenían los antiguos Patriarcas por una fecundidad fundada en el consejo de Dios; y como Aquella de que descenden y á quien pertenecen todos los Cristianos por el privilegio que gozan de ser hijos de Dios. Y debemos reconocer que, así como los antiguos no llegaron en su manera á Jesucristo sino por medio de su Madre Santísima, única que dió este fruto bendito de su semilla, así tampoco podemos llegar nosotros á nuestro modo, sino por una dependencia singularísima de su divina Mater-

nidad; puesto que solo hemos sido hijos de Dios como incorporados á la humanidad que ella dió á su Hijo único.

Tal es la verdad fundamental que debe ligar con lazo indisoluble nuestro culto á Maria, con el que debemos á Jesús, y dedicarnos con todo nuestro poder al HIJO y á la MADRE.

---

## CAPITULO X.

### LA VISITACION.

Esta grandeza de Madre de Dios, el culto de honor y agradecimiento que debemos á la Virgen Santísima, por habernos dado á Jesucristo, el culto de intercesion que ansiosos le tributamos para que continúe en darnoslo alcanzándonos sus gracias: toda la doctrina católica acerca de la Virgen Maria es una doctrina eminentemente. *Evangélica*; porque resulta, no solamente del hecho de su divina Maternidad que entraña todas estas consecuencias, sino del modo como el Evangelio nos da á conocer este gran Misterio, de los celestes mensajes que acompañaron su *Anunciacion* á Maria, de la libertad de consentimiento que hizo depender el suceso de su voluntad, de la santidad con que á el correspondió y de la operacion divina por la cual se consumó en ella.

Si los preparativos de este divino misterio valieron á Maria tales homenajes, tales gracias y bendiciones, tales poderes, ¡qué majestad, qué grandeza, qué poderio no debió traerle su consumacion! Si el cielo saludaba ya á Maria con tanto respeto, ¡qué culto no debe la tierra á Maria Madre! Si nos atrajo á Jesucristo por la santidad que precedió á su Maternidad, ¡cuán poderosa no debe ser para alcanzarnoslo por aquella á que la sublime su misma Maternidad!

### LA VISITACION.

233

Asi, aun cuando solo tuviéramos esta página del Evangelio para saber lo que á Maria debemos, tendríamos el mas sólido fundamento *evangélico* del culto que le rendimos.

Mas por poderoso que este argumento sea, el Evangelio nos dispensa de sacarlo. El mismo ha querido ser el primero en honrar á Maria despues de su Maternidad, como antes la habia honrado, con un testimonio manifiestamente ordenado para abrírnos el camino de nuestros deberes y de nuestra confianza para con ella.

Esta página está al reverso de la Anunciacion, con la cual tenia una relacion de intencion admirable en órden á Maria. Es tan esplendorosa, tan resonante, que todas las aclamaciones que despues se han levantado, y se levantarán eternamente en honor de Maria, son puramente sus ecos.

Esta página, inédita para los Protestantes y para todos los que se ofenden de los honores que tributamos á la Virgen Santísima, vedla aquí: ¡con que respetuosa emocion, con que santa curiosidad no deben ellos leerla!

Despues de estas palabras «y el Angel se retiró» que termina la escena de la Anunciacion y sobreentienden el suceso de la Encarnacion, se lee:

«Poniéndose Maria en camino, fué con diligencia á la montaña á una ciudad de Judá. Y entró en casa de Zacarias, y saludó á Isabel. Y luego que Isabel oyó la voz de Maria, su infante saltó de gozo en su vientre, é Isabel fué llena del Espíritu Santo. Y clamó en alta voz y dijo: *Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre: ¿Y de donde á mi esta honra, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?* »Porque desde que sonó en mis oidos la voz de tu salutacion, saltó de gozo en mi vientre el Infan-

»te. Bienaventurada eres en haber creído, porque  
»se cumplirán en tí las cosas que se te han di-  
»cho de parte del Señor.»

Y dijo Maria:

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu  
»dió saltos de alegría en Dios, Salvador mio. Por-  
»que ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava,  
»hé aquí que ya desde ahora todas las gene-  
»raciones me llamarán bienaventurada. Porque ha  
»hecho conmigo cosas grandes el que es poderoso,  
»y cuyo nombre es santo. Y su misericordia  
»se deriva de familia en familia sobre los que te-  
»men. Ha mostrado la valentia de su brazo; ha des-  
»baratado los intentos que tenían los soberbios en  
»su corazón. Ha derribado del trono á los poderosos  
»y ensalzado á los abatidos. A los ambrientos colmó  
»de bienes, y á los ricos despachó con las manos  
»vacías. A Israel, su siervo, lo tomó bajo de su  
»amparo, acordándose de su misericordia segun lo  
»que habló á nuestros padres, á Abraham y sus  
»descendientes, por todos los siglos.»

Hé ahí esa página.

Lo digo sin temor: es preciso rasgarla, es preciso  
»hasta desechar el Evangelio entero de que es inseparable,  
»ó rendir á Maria el honor que ella la rinde y nos  
»invita á tributarla: honor tan grande que su expresion  
»ha sido y continua siendo la mas sublime de cuantas  
»ha empleado el culto de la Virgen Santísima, y no  
»la celebramos con otro canto que el del Evangelio.

Pero esto no es mas que la corteza: abramos la  
»letra, penetremos el sentido de este glorioso misterio  
»de la Visitacion.

Este y el de la Anunciacion forman como los  
»dos aspectos de la Maternidad divina: la Anunciacion  
»nos la presenta antes y la Visitacion despues del  
»acontecimiento.

La intencion evangélica de esta relacion es manifiesta,  
»no solo por la continuidad que junta las dos narraciones,  
»sino por los rasgos que las hacen corresponderse. En la  
»Anunciacion pide el Angel el consentimiento de Maria;  
»en la Visitacion Isabel la alaba por haberlo prestado. En  
»la Anunciacion, el Angel anuncia á la Virgen que será  
»Madre del Hijo de Dios, en la Visitacion Isabel la  
»saluda como tal. En la Anunciacion las perfecciones  
»divinas parecen anonadas; en la visitacion el cántico  
»de Maria las realza y engrandece.

De manera que además del valor de estas dos  
»páginas, tomadas separadamente, tenemos el que resulta  
»de la fuerza que reciprocamente se comunican.

Apreciemos mas menudamente este valor, estudiemos  
»de mas cerca estas bellas concordancias.

## I.

Lo que es verdaderamente admirable en la narracion  
»de la Visitacion, y lo que hace se sienta en ella de algun  
»modo el soplo del Espíritu Santo, es la unidad de movimiento  
»que allí reina, y forma de ella un solo rasgo desde el  
»*Exurgens*, donde comienza, hasta el fin del sublime  
»Cántico donde acaba. No es posible pararse en el carro  
»de esta relacion, segun es de una sola tirada, y como  
»decíamos, de un solo soplo. Soplo que previene evidentemente  
»de la venida del Espíritu Santo sobre Maria, de la  
»presencia del Verbo en sus entrañas, y que nos los muestra  
»allí en su primer impulso desde el principio hasta el  
»fin de esta historia.

*Y poniéndose Maria en camino, fué con diligencia á la montaña  
»hacia la casa de Isabel.*

Notemos que esta es la única vez, en todo el discurso  
»de la vida de la Santísima Virgen, en que

muestra ella esa precipitacion, que contrasta con la reserva, la calma y la virginal placidez de su caracter. Esto consiste en que Maria es llamada por un movimiento divino, por el Verbo que lleva en sí; carga divina, que lejos de retardarla, la levanta, la hace volar, la transporta á las montañas. Espectáculo sublime el ver á esa tierna doncella, llevando en sí, sin que lo sepa nadie en la tierra, á ese Verbo, á ese Cristo á quien toda la tierra debe adorar; á esa luz, á ese fuego que debe alumbrar y abrasar al mundo. Como el vello-cino de Gedeon, único empapado del rocío del cielo de que está aun privada toda la era que lo circunda, Maria se nos muestra, en este pasaje, rica de cuanto debe enriquecer al universo: ella era la Iglesia, el Mundo.

En breve llega al término de su viaje, y entrando en la casa de Zacarias saludó á Isabel.

¡Salutacion poderosa! ¡voz inspirada é inspiradora! ¡voz reveladora del Verbo de quien es como emanacion! Apenas la oyó Isabel, su Infante saltó de gozo en su vientre, y llena del Espíritu Santo, clamó en alta voz y dijo:

Maria nada ha revelado á Isabel, limitándose á saludarla, pero su sola voz ha bastado: el Espíritu Santo de quien ella ha venido á ser como el templo, vivo como la boca, al solo sonido, al puro soplo de su voz llena al punto á Isabel, y la enseña todo el misterio. Pues; qué conocimiento, qué conciencia no tendrá de el la misma Maria?

Animada Isabel con este soplo divino del Espíritu de Dios clamó en alta voz, en voz tan alta y tan fuerte que resonó en todos los siglos siguientes, y todavia resuena en el Evangelio: *Et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth, et exclamavit voce magna* ¡Qué plenitud, y qué amplitud de expresion! y ¡qué idea nos da tan magnífica y subli-

me de la verdad que esa santa inspiracion, que esa gran voz va á proclamar!

BENDITA ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES Y BENDITO ES EL FRUTO DE TU VIENTRE.

Tal es esta verdad. El Angel Gabriel habia ya promulgado su primera parte en la anunciacion: *Bendita eres entre todas las mujeres*, habia dicho á Maria; pero esto no bastaba; el Espíritu de Dios repite este homenaje por boca de Isabel en la Visitacion, y lo completa con esta adiccion que el suceso de la Encarnacion enlaza con él: *y bendito es el fruto de tu vientre*: enlace glorioso para Maria, que justifica la union que profesemos entre su culto y el de Jesucristo, y que es tan natural, tan bien unido, que de estas dos salutaciones del Angel y de Isabel ha compuesto la Iglesia una sola cuya unidad no deja ver juntura, como si una sola persona hubiera sido su autor, y efectivamente; una sola lo ha sido, la Persona del Espíritu Santo. El Arcangel enviado por Dios, Isabel inspirada por Dios, la Iglesia inspirada por Dios, solo han sido tres instrumentos diferentes, que bajo la influencia de un mismo soplo, debian sonar con perfecta armonia de alabanza: alabanza admirable que el Cielo entona, á que responde la gran voz profética de Isabel, y que todos los fieles á una continúan y van repitiendo en medio de los siglos: »Dios »te salve, Maria llena eres de gracia, el Señor es »contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres »y bendito es el fruto de tu vientre.»

Isabel añade: ¿Y DE DONDE A MI TANTA HONRA QUE SE DIGNE VENIR A MÍ LA MADRE DE MI SEÑOR?

¡Qué sentimiento de la dignidad de Maria nos expresan estas palabras de Isabel! Superior á Maria por su edad y la clase de Zacarias, su marido, Sacerdote del Señor, honrado en este dia con la visita del Angel, y bendecida con el don milagroso

de un Hijo en su ancianidad, de un Hijo anunciado de antiguo por los mayores Profetas, podia considerarse como ennoblecida con todos estos privilegios, sino en una clase igual, próxima cuando menos á la de su joven parienta, esposa de un carpintero, y cuya visita algunos dias antes le hubiera sido enteramente familiar. Pero tal es la posicion sublime á que ha elevado á Maria la divina Maternidad, que al venir hoy á casa de Isabel, parece que le haga una visita real de que esta se cree indigna de todo punto y que la confunde: *Unde hoc mihi?* »¿Qué tengo yo, quien soy yo, para gozar de honor semejante?» Por muy privilegiada y singularmente distinguida que haya sido yo con la eleccion y bendicion de Dios, es aun tan inmensa la distancia entre tú y yo, que no acierto á explicarme este acto de condescendencia y de bondad. Y notad el motivo y cuán bien corresponde al sentimiento: »Que venga á mi la Madre de mi Señor» ¡*Mi Señor!* expresion con que David habia llamado ya á Cristo, y que es la mas sublime con que se nombre á Dios en las santas escrituras. Es pues Maria la Madre del Señor, y le es tan personal esta dignidad, que por ella debe medirse el honor que la debemos. Este honor toma en boca de Isabel una expresion que, segun la feliz observacion de Grocio, es el preludio de la que algun dia dirigirá á Cristo el Infante que ella lleva en su seno: *Et tu venis ad me!* »Y tú vienes á mi (1)» Delicada analogía, que, bajo la sencillez de los Evangelios, descubre una armonía secreta que solo la inspiracion puede explicar y que haciendo venir, por medio de Evangelistas diferentes, la misma expresion de sentimiento á los labios de Isabel al recibir á Maria, y de Juan Bau-

(1) Hath. II, 14.

tista al recibir á Jesus, muestra, no solo la filiacion moral de Juan Bautista ó Isabel, sino la de Jesus y de Maria asociados en sus homenajes por ese mismo sentimiento.

Y ahora pregunto con el Evangelio en la mano, ¿quién honra á Maria, como Isabel la recibió, como Isabel la honró? ¿Los Protestantes ó los Católicos? ¿los que la consideran tan solo como una simple mujer, y cuando mas como una santa mujer, distinguiéndola apenas de todos los demás personajes del Evangelio, ó los que ensalzándola sobre otro cualquiera orden de gracia y santidad miran esta superioridad, no como una materia de opinion y sentimiento, sino de creencia universal y de doctrinas, fundada en la misma razon, que en la persona de Isabel hacia inclinar tan profundamente ante Maria la triple majestad de la edad, del sacerdocio y de la santidad, en el incomunicable privilegio de la Maternidad divina? ¿*F de donde á mi tanta honra, que venga á mi la MADRE DE MI SEÑOR?*

Y no se trate de reducir esta conducta de Isabel á las proporciones de un acontecimiento privado y sin consecuencias. Porque en primer lugar fuera comprender muy mal el carácter del Evangelio, el suponer que puede haber en sus narraciones nada que sea *privado* ó inútil. Si así fuese, el Evangelio no seria el Evangelio la *buena nueva*, la *promulgacion* de lo que debemos creer y profesar; todo en este santo Libro debe tener un carácter público de enseñanza, y los rasgos mas sencillos son el oráculo. En segundo lugar, la relacion que hemos notado entre lo que pasa en la Visitacion y lo que pasa en la Anunciacion, entre las palabras del Angel y las de Isabel, suspende en cierta manera á estas del mismo cielo, completando los homenajes del Angel con los de Isabel, á causa del



Misterio sobrevenido de la Maternidad divina, y para hacernos conocer su grandeza. Finalmente, si fuera lícito distinguir en el Evangelio una página de otra, como fuerza, como valor de inspiración y promulgación, la de la *Visitación* tendría un lugar excepcional de Oráculo. Con efecto; no es puramente Isabel la que obra y habla en este misterio. Isabel; *la mujer justa en presencia de Dios é irreprochable* (1), sino Isabel movida por el Espíritu Santo de quien está *llena*, y por el Espíritu Santo emanando del Verbo, que está secretamente presente y obrando en este misterio. Y clama en alta voz, no para ser oída solo de Maria, sino para que la oigan y sigan todo el universo y todos los siglos.

No es por tanto posible desconocer en esta escena una de las mayores enseñanzas del Evangelio, que asigna á la Virgen Maria la posición mas elevada en el orden de la gracia, y justifica el culto de honor, de veneración y alabanza que la tributamos como á MADRE DE NUESTRO SEÑOR.

## II.

Pero hay mas que esto.

Tributamos además á Maria un culto de *Intercesión*, considerándola no solo como la mas elevada de las criaturas en el orden de la gracia, sino como el canal dispensador de la misma gracia, esta es la doctrina de los Padres, la doctrina de la Iglesia.

Esta doctrina, que es la gran base de la devoción á Maria, ofende mas que ninguna otra al espíritu protestante; y sin embargo, el Evangelio es también quien nos da la lección y ejemplo de ello,

(1) Lucas I. 6.

en el misterio de la Visitación.

Observemos primeramente que, admitido el misterio de la Encarnación, esta doctrina mana de él como una consecuencia muy natural. ¿Con qué derecho se extrañaría que Dios haya querido dispensarnos las gracias por medio de Maria, cuando es fuerza reconocer que por Maria le plugo dar al mundo la Gracia de las gracias, Jesucristo? ¿No es muy razonable el admitir que Dios dispensa la emanación por el mismo medio de que hizo brotar la fuente? ¿No debemos hasta creer, como dice Bossuet, que »no *arrepintiéndose Dios de sus dones*, y por tanto que habiendo querido una vez que la voluntad de la Virgen Santísima »cooperase eficazmente, á dar á Jesucristo á »los hombres, no se muda ya este primer designio, y que recibimos siempre á Jesucristo por »la mediación de su caridad (1)?» Es pues la doctrina católica, en esta parte, admirablemente racional y lógica.

Pero no es menos *Evangélica*. Dios, Jesucristo, ha querido también sobre este punto abrirnos el camino, y alumbrarlo con una grande acción, la *primera acción* de su vida.

*Aconteció*, dice nuestra narración, *que apenas oyó Isabel la Salutación de Maria, saltó el Infante de gozo en sus entrañas*. Es tradición constante en la Iglesia, desde su origen, que San Juan Bautista fué lavado, en aquel instante, del pecado original, y santificado en las entrañas de su Madre. Es cierto, efectivamente, que este salto de Juan Bautista, que coincide con la Salutación de Maria y la impresión del Espíritu Santo en Isabel, nos está indicado por lo mismo como un hecho del mismo orden, es decir, *sobrenatural*. Por lo demás, el

(1) Cuarto sermón para la fiesta de la Anunciación.

Espíritu Santo lo da á entender en esta otra expresion de Isabel, cuando despues de haber dicho: «¿De donde á mi esta honra que se digne venir á mi la Madre de mi Señor?» añade: *Porque desde que sonó en mis oidos la voz de tu Salutacion, el Infante saltó de gozo en mi vientre.*

Notad bien la economia de esta narracion. El Evangelista comienza presentando como primer efecto del encuentro de Maria é Isabel *et factum est*, el salto de Juan Bautista, seguido ó acompañado de la inspiracion de Isabel. Luego Isabel, confirmando este modo de mirar el acontecimiento, dice inmediatamente que por este salto ha conocido á la *Madre de su Señor*, como se conoce la causa por la produccion de su efecto. Y luego, por fin, notad que es un salto de júbilo, *exultavit gaudium*, y por consiguiente de inteligencia y sentimiento de la presencia del Salvador, y por tanto tambien de gracia y santificacion; puesto que ese salto de gozo simpático á Jesucristo, no podia verificarse en una criatura, si no hubiera estado desatada del pecado, y vuelta á la amistad de Dios.

Y hé aquí que, por una de esas armonias secretas que hemos ya notado en los Evangelios, nos llega por otro Evangelista, San Juan, otra alusion exquisita á la verdad de esta interpretacion. Este mismo Infante, Juan Bautista que no muestra aun su gozo en Jesucristo sino por este salto, hecho ya hombre, va á explicárnoslo él mismo con estas deliciosas palabras: «El amigo del esposo, que oye su voz, se alegra mucho de oirla; pues este gozo mio está ya cumplido (1),» este gozo de que era presentimiento su salto en el vientre de Isabel, al oír la voz del Esposo.

Digo la voz del Esposo, porque, como se ha di-

(1) Joann. III, 25.

cho perfectamente, en esa admirable escena de la Visitacion, Jesucristo era quien hablaba por boca de Maria, y Juan el que oía por los oidos de Isabel: *Christus locutus est per os Matris, Joannes audivit per aures Matris*. Los dos hijos se comunicaban por medio de las dos Madres.

Por otra parte, ¡cuán conveniente era que el primer acto de la vida de Nuestro Señor en este mundo, adonde solo venia para redimirnos: fuese la redencion de un pecador, y cuán conveniente asimismo que este primer acto de gracia se obrase en favor del *Precursor!*

La figura de Juan Bautista es una de las mas admirablemente bellas que hayan aparecido en el mundo, y justifica maravillosamente este gran pánegirico que hizo de él la misma Verdad: «¿Qué salisteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada del viento? ¿Qué salisteis á ver? ¿Un Profeta? Si, yo os lo digo; y mas que profeta. Porque este es de quien está escrito: Hé aquí envío yo mi Angel delante de tu faz que preparará tu camino delante de ti. En verdad os digo: No se ha levantado entre los nacidos de mujer alguno mayor que Juan Bautista (1)»

(1) Math. XI. 7.—Importa sin embargo no equivocarse en cuanto al sentido de esta expresion. Se traduce ordinariamente: *no ha habido otro mayor*. El texto dice *non surrexit no se ha levantado*; y de aquí resulta un sentido del todo diferente. La palabra *surrexit*, lleva siempre consigo, en los libros santos, una acepcion profética; de donde se sigue que Jesucristo dijo no haberse levantado en el orden de los Profetas ningun otro mayor que Juan Bautista, lo que está perfectamente conforme con lo que precede: *un profeta y mas que profeta*. Al paso que traduciendo: *no ha habido otro mayor*, se da al elogio un carácter absoluto de generalidad que tenderia á deprimir á cualquier otro Santo, y aun á la Virgen Santísima. Católicos y protestantes están unánimes en esta explicacion.

Cuando en el confin de los tiempos antiguos y los nuevos, Juan Bautista pertenece á una y otra de estas dos edades de la humanidad. Es el último de los profetas y el primero de los Apóstoles, y en cierto sentido el mayor: el mayor de los profetas, porque los demás solo prometían el Salvador al mundo y él lo mostraba, el mayor de los Apóstoles, puesto que abrió la puerta para introducir en el mundo el Evangelio que los otros propagaron. En él, en esa austera y apacible figura, se encuentran unidos en maravilloso concierto los dos caracteres mosaico y evangélico, el maridaje de la Ley y la Gracia, el fin de las sombras y la alborada de la verdad, el nudo de las dos Alianzas, y el broche, digámoslo así, del Antiguo y nuevo Testamento. ¿Qué sublime unidad campea en esa vida que despertando en el materno seno á la voz de Maria, Virgen de las vírgenes, espira á la voz de la impúdica ramera Herodías, mártir de su celo por esa pureza angélica que sin duda había mamado con Jesús del mismo pecho! ¡Qué humilde fidelidad á su mision de precursor del Verbo! ¡Cómo lo muestra al mundo, y cómo se eclipsa en su presencia! No sigue á Jesus, no se confunde entre sus Apóstoles y discípulos, sino que le precede, solo en el camino que le abre, haciendo resonar el desierto con su voz potente, resucitando la majestad profética con tal brillo de santidad que le toman á él mismo por el Mesías, y con una humildad tan profunda que se declara indigno de desatar los cordones del calzado del Hombre-Dios, se confunde al verle venir á sí, diciendo que ese verdadero Esposo es quien debe crecer, y el menguar, y mostrándole, con este oscurecimiento, aun mas quizá que por sus oráculos.

Tal debía ser Juan Bautista.

Por esto debía ser el primero que recibiese la

gracia que debía ser el primero en anunciar. El mismo Jesús vá en busca de su Precursor, llevándole esa santidad; esa gracia, esas virtudes con que debe ejercer su ministerio. Y no bien las ha recibido Juan Bautista, cuando impaciente de emplearlas, comienza en cuanto le es posible su oficio y dice ya con un santo estremecimiento de experiencia: *Hé ahí el Cordero de Dios, hé ahí el que quita los pecados del mundo.*

Este es el objeto esencial y como el fondo del misterio de la Visitacion.

¿Y quién sirvió de instrumento para este primer acto de gracia, para esta aplicacion primera del fruto de la Redencion? Hubiera podido hacerse en silencio y de lejos. Jeremias, antes de comenzar su mision, no tenia aviso de haber sido consagrado desde el vientre de su madre. Pero aqui plugo á Dios servirse de un agente exterior, y se nos ha dicho quien era: era la voz, la palabra de su Madre. *Apenas* suena en los oidos de Isabel la voz de la Salutacion de Maria, el acto de misericordia queda hecho. Esa palabra de Maria, fué como la sentencia de perdon. El perdon venia del Señor, de él solamente, pero la trasmision era de Maria. Maria fué quien trasmitió el perdon, la gracia, el amor al feliz cautivo.

Aqui por tanto vemos el lugar que las primeras narraciones de la vida de Nuestro Señor señalan á su Bendita Madre en el orden de la Gracia. La vemos dispensadora de la gracia primera que concedió El despues de su Encarnacion, gracia del orden mas elevado, en favor del Santo que le era en cierto sentido el mas amado, el *amigo del Esposo.*

Asi veremos mas adelante á Jesucristo en las bodas de Caná, conceder la primera gracia temporal por intercesion de Maria, y aun adelantar por

su ruego la hora que habia señalado á este género de manifestacion. ¿Cómo no ver en esta consonancia, en este paralelismo de la influencia de la Santa Virgen, en punto á la dispensacion de la primera gracia espiritual y la primera temporal concedidas por Jesucristo, una *Ley* de la conducta de Jesucristo en la comun dispensacion de sus gracias?

Con efecto, en vano se trataria tambien de no ver en estas grandes circunstancias mas que hechos aislados, faltos de todo carácter de generalidad: que eso valiera tanto como decir que el perdón concedido al amor penitente de la Magdalena es un hecho aislado de que no puede inferirse la misericordia de Jesucristo para con todo pecador que se arrepiente con ella: valiera tanto como decir que la curacion concedida á la fé y la perseverancia de la Cananea, es un hecho aislado que no atestigua el poder general de la oracion: valiera tanto como quitar de este modo á todos los actos de Jesucristo su carácter evangélico y legislativo. ¡Lejos de nosotros este error que raya en impiedad! las acciones del divino Maestro jamas carecian de objeto, no se hicieron ni relataron sino para que nos sirvieran de regla. Nos dan principios, analogias, y como *muestras* de su conducta constante para con los hombres. Siendo él mismo la Ley viva, basta uno sólo de sus actos para establecer una ley. ¡Qué será pues un *primer acto* como el de la Santificacion de San Juan Bautista, y un acto que toma el carácter de un *Misterio*.

Tal es el parecer unánime de los doctores y maestros. Vamos á citar uno que no puede ser sospechoso de exageracion, Nicole:

«San Juan, dice, previno á Jesucristo en el orden del ministerio, y Jesucristo previno á San Juan en el orden de la Gracia, que le confirió en

la visita de la Virgen á Isabel. La accion primera de Jesucristo fué formar á su Precursor. Para este va á buscarle, y le previene con su visita, á fin de darle lugar para que le prevenga y lo busque despues. Buscadnos, Señor, para que nosotros os busquemos; porque si vos no nos buscáis primero, nosotros no os buscaremos jamás! Jesucristo asocia á la Virgen al designio que tenia de formar un Precursor. llenando de gracia el alma de San Joan: quiere que esto se ejecute mediante su ministerio. Le da parte en el nacimiento espiritual de San Juan, como ella habia tenido parte en el misterio mismo de la Encarnacion. Y como San Juan representaba á la Iglesia y á todos los escogidos, pues que se dice de él que *fué enviado por Dios para que todos creyesen por él*, y no se puede llegar á la Salvacion sino por el camino de la penitencia que él enseñó á los hombres, Jesucristo nos mostró con ello, que la Santa Virgen coopera por su caridad al nacimiento espiritual de todos los escogidos, como dice San Agustin, y que cuando Jesucristo los visita por medio de su gracia, la Virgen los visita mediante su caridad alcanzándoles esta gracia con su intercesion. De manara que es nuestra verdadera Madre; y la debemos considerar siempre tan unida á Jesucristo en las operaciones de gracia que obra en nosotros, como lo estaba ella en la visita hecha á Isabel y á San Juan (1).»

## III.

Tal es pues el verdadero significado del misterio de la Visitacion y asi es como fluye de la mas elevada fuente evangélica la doctrina católica con-

(1) *Ensayos de moral*, tom. XIII, pag. 298.

cerniente al culto de honor y de intercesion para con la Madre de Dios, y nos viene por boca de la Iglesia, esta plegaria que juntamos á la Salutacion: »Santa Maria, Madre de Dios, RUEGA POR NOSOTROS, pecadores.»

Las últimas palabras de Isabel hacen sobreabundar en cierto modo esta doctrina, tomando un carácter profético, que es el preludio del Cántico que la misma Maria va á pronunciar. *Bienaventurada eres en haber creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor.*

¿Qué promesas son esas que miran á lo futuro? No la Encarnacion, que está ya consumada, no el honor en si de ser Madre de Dios, puesto que Isabel saluda en Maria esta dignidad, como ya por ella adquirida. Pues ¿cuáles son? Son las consecuencias y efectos de la Encarnacion, el reino de Cristo, la salvacion del mundo, en cuanto son imputables á Maria, y deben valerla ese culto de alabanza é intercesion que Isabel es la primera en tributarle. El motivo que de ello da es muy formal: *Bienaventurada EN HABER CREIDO.* Así, la causa de que Maria sea Madre de Dios, lo que ha obrado la Encarnacion del Verbo, y por consiguiente, la Salvacion del género humano, es que *Maria creyó*: es la fé de Maria. No es solamente el haber recibido al Verbo en sus entrañas y haberle lactado con sus pechos, segun lo elogiaba aquella mujer del Evangelio cuyo dicho rectificó Jesucristo; sino como lo dió á entender Jesucristo en aquella ocasion, el haber recibido la palabra de Dios y haberla guardado. »Es llamada Bienaventurada; »dice el mismo Calvino, en cuanto recibiendo por »fé la Bendicion que se la ofrecia, ABRIÓ EL CAMINO Á DIOS para cumplir su obra (1).» Por este ac-

(1) CALVINO, *moment. sobre la armon. evangel.* pág. 21.

to esencialmente *meritorio* concibió Maria el Verbo, y tiene derecho á la gratitud del género humano. Lo que Jesucristo decia á los enfermos que obtenian de él su curacion, *fides tua te salvum fecit*, debe aplicarse en grande escala á la curacion del Mundo por la fé de Maria. Vuestra fé, oh Maria, nos ha salvado á todos, *fides tua nos salvos fecit.* ¡Cómo despues de esto, no os diriamos con Isabel, Bienaventurada... Bienaventurada en haber creído!

Esto es lo que el Espíritu Santo nos da á entender por la profecia de Isabel. Y esto es lo que va á proclamar de un modo mas sublime el mismo labio de Maria.

Pero antes de entrar en esta nueva materia de contemplacion, expresemos, si es posible, la impresion general de la situacion trazada por el Evangelio.

¡Qué admirable espectáculo el de esas dos mujeres, y en esas dos mujeres, el de esos dos infantes en esa visita por otra parte tan sencilla, tan ignorada, tan oculta de Maria é Isabel, Dios quiso que fuese un niño quien manifestase al mundo á Dios niño, y una mujer la primera que reconociese [tambien y manifestase al mundo la madre de Dios. ¡Un niño y una mujer! Lo que hay de mas débil y humilde, pero tambien mas conforme al estado en que él mismo quiso aparecer, para hacer brillar mejor á un mismo tiempo su condescendencia y su grandeza. Y ¡qué maravilla nos descubre el encuentro de estos niños en el seno de esas dos madres! El uno en el vientre de una madre anciana y estéril, imágen de la Ley antigua que no producía la gracia, sino que la prometía y esperaba: el otro, en el seno de una madre joven y virgen, pero fecunda; imágen de la Ley nueva fecunda en santidad, y llena de toda la abundancia de las gracias. Las

dos madres de estos dos niños se juntan de cerca en este misterio, y la mas jóven viene á ver á la mas anciana, porque la verdad sobreviene á la figura, el don viene á realizar la promesa, y las riquezas del segundo Adán se derraman sobre todas las miserias del primero. Y ¡cómo su conducta es ajustada á la grandeza de su situacion! ¡qué afectos! ¡qué lenguaje! ¡qué humildad! ¡qué majestad! ni una palabra concedida á la naturaleza, á la vanidad, á la superfluidad: todo es ahí grande, todo santo, todo divino, todo, desde el principio, es segun el carácter y la proporcion del Cristianismo. Lejos de sentir la menor complacencia en los grandes favores que han recibido, ni aun se los dicen, ni lo saben sino por el Espíritu Santo, y solo hablan de ellos para porfiar entre sí sobre cual se humillará mas: la una se reconoce indigna de ser visitada por la Madre de Dios; la otra por elevada que esté sobre Isabel, merced á esa dignidad, no quiere tener sobre ella mas ventaja que la de ser mas humilde. No es decir esto que la verdad sufra menoscabo en esa humildad, pues Maria recibe en efecto los homenajes de Isabel, y aun los ostenta y proclama con mas grandeza en su Cántico; pero los recibe y ensalza para glorificar á Dios por ellos, para humillarse tanto mas, haciéndose por lo mismo tanto mas digna de recibirlos.

Esto es lo que debemos admirar ahora.

## CAPITULO XI.

## EL MAGNIFICAT.

*El Magnificat* es poderoso á convertir á un ateo. El testimonio que da á Maria llega hasta probar, por si solo, la divinidad del Cristianismo, y hasta la existencia de Dios. ¿Cómo hay Cristianos que sean á él insensibles?

Sacudamos por un momento ese letargo que producen en nosotros el hábito de los prodigios: representémonos por primera vez á una jóven doncella, de la condicion mas pobre, en el mas despreciado de los pueblos, hecha el Objeto sagrado de los homenajes y la confianza del Universo por espacio de diez y ocho siglos, en medio de las mayores revoluciones y entre todas las mas profundas diversidades que pueda ofrecer la especie humana.

Dígase que esta humilde doncella no se señaló por ninguna accion brillante, que nada hubo mas sencillo, mas ordinario, mas oscuro que su vida; y que sus mismos historiadores y panegiristas, respetando religiosamente esta humildad de su carácter, nunca han tratado de realzarle con ninguna invencion, ningun artificio, ningun ornato que haya podido seducir las imaginaciones y encender su entusiasmo.

Esto es un hecho: un hecho grande como el mundo á quien llena, y con cuyo testimonio tropezamos á cada paso.

Os desafio á que me lo espliqueis de otro modo que por la divinidad del Hijo de Maria, por la accion de una Providencia que quiso mostrar en esta humilde criatura el poderío de su brazo.

Pero este es solo el primer grado del prodigio.

Esta pobre doncella, en lo mas profundo de su oscuridad, cuando su destino, aun hoy naturalmente inexplicable, estaba sepultado en lo desconocido: cierto dia, en las montañas de Judea, sola, con una de sus compañeras, saludada por esta como la han saludado despues, como la saludarán por siempre todas las generaciones, acogió este homenaje con toda la conciencia, de su verdad; y rompiendo ella misma en un santo arrebató, previó, predijo, proclamó toda su grandeza futura en un Cántico que es el mas sublime que se haya jamás cantado á la Divinidad, y tan explícito, tan profético, tan proporcionado al acontecimiento, que si hoy se compusiese no le seria mas aplicable; he dicho poco; que le excede tanto cuanto se extiendan los siglos venideros, de los cuales cada uno podrá encontrar en él su lugar, y todos ellos no harán sino llenarlo.

Tal es el *Magnificat*.

No es este un prodigio difícil de comprobar; todo el mundo le tiene á la mano. Abrid el Evangelio y leed en el primer capítulo de San Lucas. La crítica mas sabia ha examinado á San Lucas, y declarado que los tiempos antiguos han dejado pocas obras cuya autenticidad esté tan bien probada como la de sus escritos (1).

Y en cuanto á su veracidad, me remito á la impresion de su lectura. Fuera de esto, la mentira, por su parte, no hubiera sido menos profética, que

(1) Véase LANDER'S, *Credibility of the Gospel's history*, part. 2.

la verdad. Y además, la mentira, ¿en favor de quién? Solo podia ser en favor de Maria. Pero notad primeramente que Maria, confiada por Jesús á San Juan, con quién perseveró viviendo en relaciones de Madre é hijo todo el resto de sus dias, hubiera hallado mas bien en este Evangelista esa disposicion á alabarla, si es posible suponerla en tan santos personajes: y en segundo lugar, que S Lucas, como los demás escritores sagrados, destruye toda suposicion de esa especie, por la fidelidad con que refiere otras muchas circunstancias del Evangelio en que el carácter de Maria se halla eclipsado: de modo que se nos combate con ella. Por ejemplo, cuando dice que la Virgen Santísima no *comprendió* la respuesta que la dió Jesucristo cuando le hubo hallado en el templo y le hizo presente la inquietud con que le habia buscado: «¿No sabiais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» Semejante respuesta nada tiene, al parecer, de oscuro ni difícil; y si algo oculta que sobrepuje á nuestra inteligencia, no parece digno de la inteligencia de la Santa Virgen el que lo ignorase. Sin embargo, el mismo evangelista que relata el *Magnificat*, nos asegura que ella no comprendió esta respuesta, y se contenta con decírnoslo, sin tomar precaucion alguna en favor de la Santa Virgen ó de nosotros, y sin curarse de nuestras reflexiones que pudiera atajar con una de las suyas. ¿Qué cosa mas capaz de mostrar, cuando bien se mira, que era un historiador fiel, puesto que escribia lo que era verdadero, sin ser verosímil; y que seguia una luz diferente de la nuestra, puesto que escribia como ninguno de nosotros hubiera escrito (1)?

(1) En lugar oportuno tocaremos de nuevo este hecho de la vida de la Virgen Santísima, en el cual nada tiene que pueda embarazarnos.

Es por tanto histórico y moralmente cierto que el *Magnificat* salió de los labios de la Virgen Santísima en su Visitación á Isabel; y para todo cristiano nuestras reflexiones sobre este punto eran hasta superfluas (1).

Pues este decimos, es un prodigio profético que bastaría, por sí solo, para probar á todo el que atentamente lo considere, la divinidad del Cristianismo, la acción sobrenatural de una Providencia en el mundo.

Pues ¿cómo no sería bastante para justificar su objeto directo, el culto de la Virgen Santísima?

Un estudio más particular de este sublime cántico va á darnos á conocer, bajo este punto de vista, toda su eficacia.

Conviene observar desde luego como nace de la situación en que se pronunció; la fuerza que de ella recibe y la que le da.

El *Magnificat* es puramente el desahogo y como la explosión de la misma Inspiración que llevó á Maria por entre las montañas desde su casa á la de Isabel, la que hizo dar saltos á Juan Bautista en el materno seno, que hizo esclamar en alta voz á Isabel: *Bendita tu eres entre todas las mujeres!* y que se lanza en toda su plenitud desde la gran-

(1) Por esto solo mencionaremos aquí esta otra observación, á saber, que el testimonio de San Lucas confirmado por el de San Pablo, de quien fué aquel fidelísimo discípulo. Con efecto, ora el Evangelio de San Lucas sea, según opinan Tertuliano y San Atanasio, el mismo Evangelio de San Pablo dictado por él á San Lucas, y que él llama mi Evangelio en su Epístola á los Romanos; bien sea que, según San Ireneo, pusiera San Lucas por escrito lo que San Pablo predicaba, ó según S. Gregorio Nazianceno, que escribiese con la ayuda de San Pablo, que solo cita el Evangelio conforme al texto de S. Lucas, lo cierto es que de acuerdo con el grande Apóstol escribía aquel el Evangelio y nos ha referido el *Magnificat*.

de alma de Maria, que es su foco.

Todo su movimiento vuelve á encontrarse en la primer palabra del relato de la Visitación, que le enlaza con el de la Encarnación: *EXURGENS Maria*; de modo que sin que en él aparezca, pudiera suprimirse basta la escena de la Visitación y leer: *Exurgens Maria ait: Magnificat anima mea Dominum* (1).

Así este Canto es el canto de la Maternidad divina en su efusión primera: el epitalamio del Espíritu Santo, el himno del Verbo al entrar en Maria, alabándola por su boca, que no hacia sino cantar exteriormente este himno admirable que él mismo componia en su corazón.

Los pasajes intermedios que componen la Visitación señalan tan solo el tránsito y el progreso de la inspiración, sirviéndola de preludeo y motivo; por eso volvemos á hallarnos amplificados en el Cántico de Maria.

Así San Juan salta de gozo en el vientre de Isabel: *Exultavit gaudio infans in utero*, y Maria salta de júbilo en Dios su salvador: *Exultavit Spiritus meus in Deo salutari meo*. Isabel llama á Maria *Bienaventurada*, y Maria proclama que *todas las generaciones la llamarán Bienaventurada*. Isabel profetiza á Maria que *las cosas* que se la han dicho se cumplirán, y Maria, al publicar estas *grandes cosas*, despliega á nuestros ojos la profecía de Isabel y las maravillas del cristianismo en medio de las edades.

Con la ineligencia de estos preludios y acompañamientos debe entenderse el divino Cántico.

»Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu

(1) ¿No es también el sentimiento de esta relación el que hace que la Iglesia se levante con movimiento unánime siempre que repite el *Magnificat*?



»dió saltos de alegría en Dios Salvador mio; porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava: como que ya desde ahora todas las generaciones me llamarán Bienaventurada, porque ha hecho conmigo cosas grandes el que es Todopoderoso.»

Detengámonos y partamos nuestra admiracion.

Nunca la inspiracion brotó con mas plenitud y pujanza que en este maravilloso Cántico á que no pueden habituarse nuestros oidos despues de diez y ocho siglos que ha que suena en el mundo y cuya prediccion está cumpliendo mas y mas nuestros fieles lábios. Todo el soplo profético que respira en los inmortales Salmos de su real antepasado parece haber pasado al alma de Maria, engrandecido y reglado por la posesion de su objeto. Y lo que hace resaltar la majestad y vigor de este Cantar divino, es la humildad y flaqueza de la que lo profiere. Que tenga ese carácter el cántico de una Judit, de una Débora, es cosa que se comprende, segun la osadía que han mostrado en sus obras; pero Maria, la humilde Maria, *Maria la sierva del Señor*, que no tiene mas sentimiento que el de su bajeza, ¿de dónde ha tomado todos esos arrebatos, todos esos acentos de gloria, de grandeza, de poder que se acumulan en su boca, que alaban al Omnipotente como lo ha sido por criatura alguna, y que envolviéndola á ella misma en su esplendor, la presentan á sus propios ojos como objeto de la veneracion del Universo y el testigo mas glorioso de esa grandeza de Dios que ella ensalza? ¿De dónde ha tomado estos acentos? Los ha tomado de ese mismo sentimiento de su propia bajeza, junto con el de la grandeza que ha recibido de Dios. Estos dos sentimientos inspirados á Maria por la misma VERDAD, que vivia personalmente en sus entrañas, eran como dos abismos que reciprocamente se llamaban: la vis-

ta de su bajeza la daba al sentimiento distinto de la grandeza que debia á Dios, y la vista de esta acrecentaba el sentimiento de su bajeza. Esta grandeza divina resonaba en cierto modo en el abismo de su humildad como en un maravilloso instrumento de música cuya sonora y armoniosa, capacidad era admirablemente propia para hacer resonar el nombre del Señor. Podia reconocerse tanto mas feliz, tanto mas grande, tanto mas justamente celebrada entre todas las criaturas, cuanto la profunda humildad de su alma la hacia mas idónea para atestiguar que solo Dios le habia hecho esas grandezas y referirle su gloria.

Hé aquí, en cuanto es posible á nuestra debilidad interpretar este divino Cántico, cual es su relacion con el corazon de Maria. No se le puede considerar como un canto de alabanza á Dios que no implica ningun honor para la Virgen Maria. Maria alaba á Dios en sí, y ella se alaba en Dios: dos loores que se penetran y no pueden separarse. *Las grandes cosas que Dios la ha hecho* son la materia de su cántico, las que dan testimonio de la grandeza, el poderío, la misericordia del Altísimo. Pero estas grandes cosas están en Maria: son la misma Maria, en su divina Maternidad. Por tanto no honrar á Maria, es no honrar á Dios en su mayor motivo creado de alabanza. Por eso Maria se alaba á sí misma, acepta los profundos homenajes de Isabel, se abandona á raptos de triunfo: llama á todos los siglos venideros á que la celebren. Pero se alaba como la esclava del Señor; salta de júbilo en Dios su salvador; nos convida á que la celebremos porque *El ha mirado su bajeza*. Honrarla por otros títulos seria de cierto un abuso sacrilego, pero no honrarla de este modo fuera impia negativa.

Y como la medida de este honor que la debemos es la de las grandezas que lo motivan (Ex

hoc *Beatam me dicent*,) es preciso buscarla en las expresiones de su Cántico.

Ahora pues, estas expresiones sobrepujan toda medida. Maria no se contiene: engrandece al Señor, salta de alegría en Dios su Salvador, publica que el Omnipotente ha hecho con ella grandes cosas: *Fecit mihi magna qui Potens est*; es decir, que Dios en cuanto Omnipotente le ha hecho cosas tan grandes, que todo cuanto de ellas puede decirse es que son infinitamente grandes: *Magna*; expresion que, referida al *potens*, dice Santo Tomás, no da por medida á estas grandes cosas sino la Omnipotencia misma del Dios que las hizo: *Mensura illius sola est Omnipotentia facientis*. Esto es lo que la misma Maria va á proclamar por este otro pasaje de maravillosa energía: *Fecit potentiam in brachio suo*; es decir, que Dios ha hecho en ella una obra tan grande, que ha desplegado en ella toda su fuerza, todo su brazo. Segun el lenguaje de los Libros Santos, cuando quieren expresar los diversos grados de eficacia divina, se dice que Dios ha puesto el *dedo*, para significar una grande operacion; que ha puesto su *mano*, para significar una mayor, que *ha desplegado su brazo*, para expresar la operacion mas grande de su poder, como la Maternidad divina de Maria, la Concepcion virginal del Hijo de Dios en sus entrañas. Esto es lo que habia anunciado el Angel á Maria en estos otros términos cuyo valor hemos pesado: LA VIRTUD del *Altísimo te cubrirá con su sombra*.

Hé aquí lo que Dios ha hecho en Maria, hé aquí lo que debemos honrar en ella, en la misma proporción; hé ahí lo que la obliga á decir á ella misma: *Ex hoc Beatam me dicet omnes generationes*.

Dios no ha querido dejarnos deducir esta obligacion que tenemos de honrar á esta maravilla de su gracia en toda la estension de su grandeza.

El mismo llama, por boca de Maria, á todas las generaciones á que la tributen este honor, haciéndola profetizar que ellas se lo tributarán. El *Magnificat* es una prenda brillante en favor de la devocion universal de los pueblos para con Maria: la consagra mediante un prodigio de profecia, y hace de esta misma devocion un prodigio de cumplimiento. ¡Y qué prodigio!

¿Qué oráculo fué nunca mas formal? ¿Qué cumplimiento mas evidente? Maria desconocida de toda la tierra, proclama que todas las generaciones humanas la bendecirán, Y no hace esta predicion en términos dudosos y equívocos que puedan prestarse á dos sentidos, á la manera de los falsos oráculos: DE HOY MAS TODAS LAS GENERACIONES ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA. Y este oráculo, ya tan claro, se esclarece todavia por la circunstancia en que se profiere. Isabel acaba de confundirse en homenajes delante de Maria: *¿de donde á mi esta honra*, ha exclamado, *que la Madre de mi Señor venga á visitarme...* Y BIENAVENTURADA eres en haber creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor. Y Maria dice: DESDE AHORA TODAS LAS GENERACIONES ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA. Es decir clarisimamente que todos los pueblos la beatificarán con el sentimiento de Isabel, y que ese mismo culto que Isabel acaba de tributarle la primera, será en adelante EX HOC, el culto del Universo.—Apelo á todos los espíritus sinceros y que no temen la verdad, y les pregunto: ¿Hay cosa mas formal que este Oráculo? Y cuando se pronunció, ¿habia cosa alguna naturalmente mas imposible de sospechar que su cumplimiento?

Y ahora, ¿qué hay de mas evidente, de mas prodigioso que este cumplimiento? Hay ya muchos siglos que un Santo Obispo lo proponia á la ad-

miracion de su pueblo: «Considerad, os ruego, le decía, todas las regiones que el sol alumbra, y ved que no hay casi nacion alguna, ningun pueblo que no crea en Jesucristo, y que donde quiera que es confesado y adorado Cristo, proclaman BIENAVENTURADA á la venerable Maria, Madre de Dios. Por todo el Universo, digo, en toda lengua, es la Virgen Maria beatificada; cuantos hombres hay en él, otros tantos testigos tiene; todos cumplen lo que ella sola predijo (1).»

¡Y cómo ha crecido despues este cumplimiento á una con los siglos, y cómo le han hecho mas prodigioso los acontecimientos que los han agitado! Trata Nestorio de sustraer á la fé de los pueblos la divina Maternidad de Maria, y solo consigue hacerla proclamar y beatificar en medio de las entusiastas aclamaciones del Oriente. Rompe Focio con la Sede Apostólica; ataca el dogma del Espíritu Santo, tan estrechamente ligado con el de la Bienaventurada Virgen, que es su templo y su esposa, y no puede lograr que las inmensas regiones que ha arrastrado en su cisma no hayan conservado á Maria el culto mas popular y solemne. Funda Mahoma un fanatismo nuevo sobre el odio del Cristianismo, blasfema la divinidad del Hijo de Maria; ultraja la dignidad de mujer, y su mano brutal se ve forzada á inscribir en el *Coran* esta delicada expresion de la fé de los mismos infieles: »Los ángeles dijeron á Maria: Dios te ha escogido, te ha preservado de toda mancha, te ha elegido entre todas las mujeres del Universo (2).» Lutero, en fin, arranca á la fe católica la mitad de la Europa, entrega al desprecio, al odio y á la destruccion el

(1) San Ildefonso.

(2) Capit. III. v. 37.

culto de los Santos, el culto sensible del mismo Dios, y he aquí que con esa misma mano que acaba de quemar la sentencia de su condenacion, escribe este asombroso comentario de la profecía de Maria, que es quizá su mas prodigioso cumplimiento.

»La Virgen Maria quiso decir que su culto duraria de generacion en generacion, de tal modo que no habria jamás tiempo alguno en que no resonasen sus alabanzas. Esto es lo que ella expresa cuando dice: Hé aquí que, DESDE AHORA, todas las generaciones. Es decir: Desde este momento comienza ese curso de alabanzas que debe extenderse á todas las generaciones y á la posteridad.

»En cuanto á estos términos: *Beatam me dicent*, bueno es observar que tienen en el texto griego un sentido mas lato que llamar *Bienaventurada*; significan HACER *Bienaventurado* ó *Beatificar*; de manera que no es SOLO de lengua y en palabras como este honor debe tributarse; ó por medio de genuflexiones, inclinaciones de cabeza, erecciones de estatuas é imágenes, y edificaciones de templos, cosas todas que hacen HASTA los Impios; sino con todas las fuerzas de nuestro ser; en verdad, y de lo intimo del alma. Este culto comienza desde el instante en que el corazón de Maria, segun mas arriba dijimos, considerando su bajeza y la divina gracia, comenzó en sí mismo este gozo y arrebató.

«Digámosla pues en presencia de Dios y de lo intimo del corazón, de pensamiento ó de palabra: ¡OH VIRGEN BIENAVENTURADA! Asi beatificarla, es apropiamente venerarla y honrarla con verdad (1).»

(1) Virgo Maria non aliud velit per sua præconia ex generatione in generationem duratura, quam non fore, in quo

Dejamos á los protestantes y á los censores del culto del Maria el cuidado de meditar este oráculo que la fuerza solo de la verdad católica hace salir de la boca de su mas violento agresor. Párecenos ver de nuevo en este celo de Lutero, que halla *insuficiente* todo el culto sensible de la devocion católica á la Virgen Santisima, las genuflexiones, las postraciones, el culto de las estátuas y de las imágenes, la consagracion de los templos en honor de Maria, que *hasta* los impíos, dice, no pueden negarla, y quiere animar todo este culto con el sentimiento mas vivo y profundo de veneracion, de honor y de alabanza; párecenos, digo, ver de nuevo en este celo vehemente de Lutero, el prodigio de aquel adivino de los Amonitas, Balaam, forzado por el Espiritu de Dios á bendecir á Israel á quien habia venido á maldecir. «por que no puedo yo, dice, mudar la palabra del Señor para decir mas ó menos de lo que él me ha dicho (1).»

non prædicentur laudesejus, tempus. Atque hoc ipsum indicat, dum ait: Ecce ex hoc nunc omnes generationes. Id est jam nunc exordium sumit, permansurum ad omnes usque generationes atque posteros. Verbi in *græco* latior est significatio, quam ut per Beatam dicent, recte observari possit, significat autem beatum facere, aut beatificare, ut NON SOLA lingua, aut verbis id fiat aut genuflexione, capitis inclinatione, galeri detectione, simulacrorum et imaginum extructione, templorum ædificatione, id quod ET impiificamnt, verum ex totis viribus, vereque, et ex animo. Id usu venit ubi cor, ut antea dictum, est per humilitatis ejus et divinæ gratiæ adpectum, gaudium et voluptate sibus cœperit. Ergo Deum ac ex imo pectore, sic vel cogiter vel dicat. O felicem hanc Virginem! Hoc beatificare propria est veneratio honorque verus ut auditum est.—MARTINI LUTHERI, *Super Divæ Virginis Mariæ canticum comentarii*, Oper., tom. V, pág. 85, Viteberg. 155.4

(1) Núm. XXIV, 15.

Así. la palabra que el Señor pronunció por boca de Maria: «*Todas las generaciones me llamarán Dichosa,*» no puede ser MUDADA; y debemos creer que el mismo Espiritu divino que inspiró esta profecia inspira este cumplimiento, y anima, de generacion en generacion, la devocion universal de los pueblos á Maria.

¡Qué prueba de la verdad de nuestra fé!

La Bienaventurada Virgen, despues de haber exhalado su gratitud, publicado sus grandezas y profetizado su gloria, en la primera parte de su Cántico, traza, á grandes rasgos, en una segunda parte, la gran revolucion obrada por el Cristianismo en el mundo.

«Ha mostrado la valentia de su brazo, ha desbaratado los intentos que tenian los soberbios en su corazon, ha derribado de su trono á los poderosos y ensalzado á los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y á los ricos despachó con las manos vacías.»

En lo que ha hecho Dios en Ella, ve Maria lo que bará en el mundo. Ella es el testimonio primero y mas admirable de esa revolucion que ha de abatir las haces romanas ante la Cruz y confundir la soberbia humana por la locura del Evangelio. Todo lo demás se ejecutará segun el mismo plan. Ella lo ve tan claramente que el suceso está ya para Ella consumado, y canta la caida y confusion de las grandezas y glorias de la tierra, cuando están aun en todo su poderio y esplendor. Dios las derribará tan fácilmente, que es ya cosa hecha: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles.* Y en realidad es un hecho ya verificado por el acontecimiento de la Encarnacion, que comienza en Maria y por Maria, aquella gran revolucion. Apenas habrán trascurrido algunos años, cuando exclamará el gran Apóstol: «¿Dónde están los sa-

»bios? ¿dónde los doctores? ¿dónde los profundos  
»pensadores de este siglo? ¿No ha convencido Dios  
»de necedad la sabiduría de este mundo? Ha esco-  
»gido lo que se reputa insensato en el mundo pa-  
»ra confundir á los sábios, y á los débiles para  
»confundir á los fuertes; ha elegido repito, lo que  
»parece innoble y despreciable, y lo que no es  
»para derribar á lo que es, á fin de que ninguna  
»carne se glorie en su presencia (1).» Este eviden-  
»temente es el mismo motivo que se halla en el  
Cántico de la Virgen Santísima; pero en su boca  
está anticipado por la vista profética de los suce-  
sos, en ese espejo de la Verdad que es su Hijo,  
donde ve todos los destinos del Universo en su  
propio destino.

Finalmente, Maria termina su Cántico resumiendo de un modo sublime todo el plan de la Religion desde el uno al otro extremo de su historia.

«A Israel su siervo lo tomó bajo de su Amparo, acordándose de su misericordia. Segun lo que habló á nuestros padres, Abraham y sus descendientes, por todos los siglos.»

Maria ve tambien el cumplimiento de un designio, que por una parte, comienza en Abraham y en los primeros autores del linaje humano, y por otra se extiende á todas las generaciones futuras hasta el fin de los tiempos, *in seecula*. Colocada entre las dos edades de la humanidad, las domina con toda su altura profética: toca, por decirlo así, á los dos extremos del tiempo, y los aproxima, los concentra en el grande y glorioso Misterio que señala su plenitud y de que ella es el nudo.

Tal es el *Magnificat*. En él se nos presenta Maria en toda la conciencia de sus grandezas, sin per-

(1) I ad Corinth., I, 20-22.

juicio de su humildad, que consiste no en callarlas sino en publicarlas, como testimonio del poder y de la misericordia de Dios en ella. Ahí recibe de antemano todos los homenajes que la tributamos; los suscita, los consagra. Por mas que hagamos y digamos en su alabanza, no harémos sino tartamudear en cotejo de lo que ella misma ha dicho; ó mas bien en cotejo de lo que ha dicho por su boca el Espiritu Santo, de que estaba llena, el Verbo, de quien era la voz.

Y sin embargo, el Evangelio nos muestra á Maria bajo de un aspecto todavia mas grande. Ciertamente; el *Magnificat* nos la presenta muy digna de nuestro culto; pero despues de este canto sublime, se eleva muy alto aun en nuestra admiracion, y esto por el silencio que guardó todo el resto de su vida. ¡Oh maravilloso silencio de esa boca que sabia tan bien hablar! ¡oh humildad! ¡oh paciencia! ¡oh resignacion! ¡oh fé! ¡oh fidelidad! ¡oh discrecion que, en medio de una vida tan probada, tan oculta, tan oscurecida, contuvisteis tantas cosas en un corazon que tan bien sabia sentirlas y explicarlas! Si Maria no se hubiera revelado en cierto modo por medio del *Magnificat*, creeriamos que no tenia la inteligencia ni el sentimiento de sus grandezas, y solo viéramos en el silencio y oscura sencillez de su vida el testimonio de su inferioridad. Pero ¡qué luz no arroja tal revelacion en esa oscuridad! ¡Qué valor no dan á este silencio esos acentos! Conviértenlo en un himno aun mas sublime que el *Magnificat*, puesto que si por este cuenta Maria sus grandezas, en la humilde y voluntaria oscuridad de su vida nos muestra esas mismas grandezas.

## CAPITULO XII.

### NACIMIENTO DE JESUS.—ADORACION DE LOS PASTORES Y LOS MAGOS.

El Evangelio, perfectamente acorde con el Plan divino, se propone principalmente, en medio de todas sus narraciones, cuya sencillez, al parecer inconsiderada, oculta un designio profundo, persuadirnos bien, imprimir en nuestra inteligencia, que Jesucristo es Dios y hombre juntamente.

Si nos mostrase con sobrada separacion los testimonios de su divinidad, nos inclinaríamos á creer que su humanidad es puramente fantástica. Si nos mostrase igualmente con demasiada separacion los testimonios de su humanidad, creeríamos que su divinidad es solamente metafórica. Por esto Jesucristo en todas sus obras, y los Evangelistas en sus narraciones, mantienen siempre estos dos testimonios en una especie de equilibrio; mostrando siempre al hombre en lo mas fuerte del carácter de su divinidad, y al Dios en los anonadamientos que mas prueban que es hombre. Por ejemplo, resucita Jesus á Lázaro: hé ahí al Señor de la vida y de la muerte, hé ahí al Dios; pero antes de resucitarlo, se dice: *Y Jesus lloró*; hé ahí al hombre. Otro ejemplo: el mismo Jesus espira en el suplicio mas afrentoso, juguete de sus verdugos; hé ahí al mortal, hé ahí al hombre; pero en aquel postrer suspiro, el sol se eclipsa, la tierra tiembla, los muertos resucitan: hé ahí al Dios. Seguid así todo el Evangelio, notad en él señaladamente

el constante cuidado que tiene Jesucristo de templar el resplandor de sus maravillas sustrayéndose á él por medio de la discrecion ó el retiro, y de mezclar siempre sus humillaciones con sus triunfos, como en aquella entrada en Jerusalem, en que recibe las adoraciones de la Judea sobre aquella humilde cabalgadura que hacia decir á Bossuet: «Mientras que un esclavo gritaba á los triunfadores romanos: *Acuérdate que eres hombre*, yo estoy tentado á recordar á mi Salvador que es Dios:» seguid, digo, de este modo todo el Evangelio y os admirareis de tener en esta nocion como la clave de su economia.

Segun esto, convenia que el Hijo de Dios, antes de revelarse mas y mas como tal por los tres últimos años de su vida y la trasformacion universal que siguió á su Ascension, asentase larga y profundamente en nuestras almas el convencimiento de su humanidad por treinta años de vida comun y doméstica en la tierra, ya para excitar nuestra confianza, ya para corregir nuestro orgullo. Importaba principalmente, para que nos pareciera no tan solo hombre sino *hijo del hombre*, que se dejase ver, acercar, tocar, manejar en cierto modo como *niño*, y por consiguiente en el seno de su madre; no sin dar entonces testimonios de divinidad, cuya grandeza contrapesara los tan profundos abatimientos de su naciente humanidad.

De ahí todos los misterios evangélicos del nacimiento y de la infancia de Jesucristo; de ahí la gloriosa parte que debia tener en ellos su Madre Santísima.

Y como el Evangelio no nos ha expuesto tan cuidadosamente estos misterios sino para que los tengamos siempre presentes, con la mira de hacérselos cultivar y aprovechar sus frutos, de aquí la justificacion del culto de Maria Ma-

»*dre de Jesús*, que nos los representa, y que es por tanto eminentemente *Evangelico*.

Ya hemos visto que nada hay ocioso en el Evangelio: todo cuanto contiene encierra una enseñanza importantísima. Ahora, pues el Hijo de Dios podía ciertamente pasarse sin Maria: el prodigio de su concepcion y nacimiento virginales, los celestiales prodigios que trajeron á sus pies á los Pastores y los Magos, prueban superabundantemente que desde entonces era el árbitro de la naturaleza. Podía asimismo dejarnos ignorar esta primera edad de su existencia, y aun era esto muy natural. Si pues quiso depender de los cuidados de Maria, deberla esos desvelos tan familiares, tan íntimos, tan sugrados de una madre; si quiso mostrarse en ese estado, y recibir en él las primeras adoraciones del cielo y de la tierra, esto no pudo ser sin honrar á Maria y querer que nosotros la honrásemos. Como dice muy bien el cardenal de Berulle, »una de las grandezas y bendiciones de »la Santa Madre de Dios ha sido el que su Hijo »haya querido manifestarse en una edad y un estado en que se veía obligado á manifestarla juntamente con él.»

Esto es lo que resulta principalmente del misterio de su nacimiento, del de la adoracion, de los Pastores, y del de la adoracion de los Magos.

Vamos á estudiarlos sucesivamente.

## I.

»En aquellos días, dice el sagrado texto, salió un edicto de Cesar Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento se hizo por Quirino, gobernador de Siria. Y como todos iban á empadronarse á la ciudad de donde cada uno descendía, José, que

»era de la casa y familia de David, subió desde »Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en la Judea, para empadronarse con Maria, su esposa, que estaba en cinta (1).»

Admiremos desde luego el maravilloso proceder de la Providencia que, por una parte, habiendo hecho predecir doscientos años antes á su Profeta Miqueas que el Salvador nacería en Belen, por otra hace servir la política de Cesar Augusto á producir y consignar el cumplimiento de esa profecía. Maria y José que moraban en Galilea, no hubieran ido á Judea y á Belen sin aquel edicto. Pero el mismo Cesar los lleva allí por medio de aquel empadronamiento, que obligando á cada familia judía cualquiera que fuese el lugar de su residencia á trasladarse al de su origen; trae de este modo á José á Belen, *porque era de la casa y familia de David*, para hacerse allí empadronar con Maria su esposa. De donde resulta igualmente que Maria es de la misma casa y de la misma familia; otra justificación de las profecías que anuncian todas al Mesías como descendiente de David.

El mismo divino Niño, que ha nacido entre tanto, hubo de ser tambien empadronado en los registros del César, el cual estaba lejos de recelar que, en aquel *empadronamiento del universo*, inscribía al que debía ser para siempre su Dios en la persona de aquel Niño maravilloso, cuyo virginal nacimiento apresuraba así con sus votos, tambien sin saberlo, la musa de Virgilio:

Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum  
Desinet, ac toto surget gens aurea mundo,  
Casta fabe Lucina....

(1) Luc. II. 4 5.

¡Misteriosa continuacion de los designios de Dios por entre las revoluciones humanas! El universo es conquistado por el poder romano, para someterse luego á la ley de Jesucristo, el cual viene al mundo en el momento justo en que está consumada aquella conquista universal: y César Augusto, que es su triunfador aparente, inscribe por su mano el nombre del Señor Jesus en Tablas á que apelarán en breve Justino y Tertuliano, como al testimonio público de ese divino nacimiento; «Podeis aseguráros de ello, dice el primero al mundo pagano, por las Tablas de empadronamiento hechas en tiempo de Quirino (1).» «Podeis conocer su estirpe, dice el segundo, por el censo de Augusto, testigo fiel del nacimiento divino, conservados en vuestros archivos (2).»

Otro motivo de admiracion se nos ofrece en este acontecimiento, y viene á justificar lo que anteriormente hemos dicho de esa economía evangélica que mezcla el brillo y la oscuridad en la vida de Jesucristo, y sin privar á su divinidad de testimonios, retarda su completa manifestacion, reservándola á la Virgen Santísima.

El Rey del cielo y de la tierra no debía venir al mundo sin dar en el señales de su entrada, sin ser reconocido y adorado por las primicias de los Judios y Gentiles, á quienes habia venido á salvar. Esta fué la razon de su manifestacion á los Pastores por los Angeles, y á los Magos por medio de la estrella milagrosa. Pero estas dos manifestaciones no hubieran podido hacerse en Nazaret, patria de Jesucristo, sin importunar la oscuridad en la cual queria él entrar de nuevo. La memoria de estas maravillas se hubiera conserva-

(1) Citado por Grocio, *Annot. in Lucam*, pág. 548.

(2) *Ibid.*

do entre los suyos, y su rumor hubiera perjudicado á su ministerio. Pero nada de esto acontece, merced al admirable proceder de Dios en el nacimiento de su Hijo. Trae á Maria y José, por orden de César, á Belen, donde eran poco ó nada conocidos, y no permite que encuentren sitio en la posada, donde hubieran sido vistos. Pero obligados á retirarse á un establo abandonado, encuentran allí la soledad y el silencio necesarios para conservar el secreto de Dios. Los Pastores vinieron allí á adorar á Jesucristo; pero no conocieron á José ni á Maria, ó lo que de ellos pudieron decir no fué creído y se borró de la memoria de los hombres; y, en cuanto á los Magos, si Herodes supo que habian venido á Belen, no supo lo que habian allí encontrado, y su regreso por otro camino, inspirado por el mismo Dios, aseguró á Jesucristo la oscuridad en que debia aun envolverse por espacio de tantos años.

Y todo esto sucede por un concurso natural de circunstancias con que la Providencia cubre y ordena el cumplimiento de sus designios.

Sigamos el hilo de ellos.

«Mientras estaban en aquel sitio, se cumplió el tiempo en que habia de parir, y parió á su Hijo primogénito, y le envolvió en unos pañales, y le reclinó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en el meson.»

¡Qué admirable sencillez de narracion! Esto no es un myto ni una leyenda; es un hecho verdadero, sencillo, histórico; es creído, se le ve

Compárese este nacimiento con las magníficas promesas de los Profetas relativas á este Jesús de quien decia poco ha el Angel á Maria: «Qué Dios le daría el trono de David, su padre, que reinaría eternamente en la casa de Jacob, y que su reino no tendria fin,» y pregúntese si un inven-



tor hubiera podido ser tan torpe que sirviera tan mal á la causa que habria abrazado haciendo nacer á su héroe de un modo tan despreciable y tan contrario á sus destinos.

Cierto es que el mismo narrador va á mostrarnos á los Angeles celebrando este vil nacimiento desde las alturas del cielo; pero el mismo interés, el mismo cálculo que habria hecho inventar esta segunda circunstancia, hubiera debido evidentemente hacer suprimir la primera, y así la sinceridad que ha hecho referir esta nos responde de la verdad de aquella; el pesebre nos responde del cielo, los animales nos responden de los Angeles.

El Evangelio nos dice que el parto de la Virgen se verificó en el tiempo ordinario de la naturaleza, y nos dice luego simplemente que parió. Si tuviéramos solamente esta narracion, deberíamos creer que este parto, fué natural como su término; pero el Evangelio nos ha informado ya muy de otro modo acerca de este punto: y, segun su sobriedad ordinaria, no tenía por qué tocarlo nuevamente. Con efecto, nos ha manifestado que Maria habia concebido al Verbo sin menoscabo de su Virginidad; y con esto nos ha dicho que lo daría á luz del mismo modo. Hubiera sido contradictorio el admitir que hubiera debido perder en el parto aquella Virginidad que habia estipulado de cierto modo en su concepcion. Fuera de que el parto y la concepcion tienen entre si una relacion estrecha que hace de aquel el precio doloroso de esta y del cual por tanto estaba exenta Maria. Finalmente, en el relato de la Anunciacion, no se dice solo que Maria concebirá, sino que *concebirá y parirá* un Hijo conforme á la profecia: UNA VIRGEN CONCEBIRÁ Y PARIRÁ, y el mismo Evangelio es quien la aplica esta profecia (1).

(1) Math. I. 25.

Digamos pues con la Iglesia, que expresa la fé universal de los Cristianos: *Virgo prius ac posteriorius*, y en este prodigio del parto virginal de Maria honramos la continuacion de sus grandezas.

Dice el Evangelio que parió á su hijo *primogénito*. Ya hemos confundido perentoriamente la ignorante objecion que deduce de esta denominacion de *primogénito* la consecuencia de que Maria tuvo otros hijos además de Jesus. Pero tanto como esta expresion resiste esa consecuencia en el sentido carnal, otro tanto se presta á ella en el sentido espiritual. «Con efecto, Dios, nos dice S. Pablo, nos predestinó para que fuéramos conformes á la imágen de su Hijo, para que él sea PRIMOGÉNITO entre muchos hermanos (1), y para esto participó de nuestra carne y nuestra sangre, debiendo ser semejante á sus hermanos, para ser su misericordioso Pontifice en la presencia de Dios.» De esta suerte Maria dió realmente á luz un Hijo PRIMOGÉNITO, primogénito de todos los cristianos de quienes es de este modo verdaderamente Madre. Además, como al participar de nuestra naturaleza se apropió en ella el Hijo de Dios toda la creacion de que somos nosotros el compendio, hizose, por su Encarnacion, dice tambien San Pablo, el *primogénito de toda criatura*, PRIMOGENITUS OMNIS CREATURÆ (2). Expresion cuya sublimidad en nada amengua su exactitud, y que refleja así sobre Maria el brillo mas universal. Todas las criaturas, animadas é inanimadas, celestiales y terrestres, regeneradas; pacificadas, consagradas por el *Hijo primogénito de Maria*, la saludan como á Madre y Señora del Universo: Y todo esto bajo de estas sencillas expresiones: *¡Parió á su Hijo primogénito!*

(1) Rom. VIII, 29.

(2) Coloss. I. 15.

No nos maravillamos de que palabras tan sencillas encierren sentido tan profundo, cuando ese Niño recién nacido que ellas nos muestran encubre á Dios.

Maria, dice el Evangelio, *habiéndole envuelto en pañales lo reclinó....* ¡Oh anonadamiento del Hijo! ¡oh grandeza de la Madre! Desfalece la palabra bajo el peso de este misterio, que la sencillez de su exposicion hace aun mas sublime á nuestros ojos! Y ¡cómo el Hijo de Dios quiso verdaderamente ser el Hijo del hombre! y ¡cómo lo es en ese estado de niño *envuelto en pañales y reclinado* por su Madre! y ¡cómo conviene á la omnipotencia y soberano amor que esto facilitaron la manera enteramente ordinaria en que se nos dice!

Y ¡cuánto tambien la sencillez con que Maria concurre á este misterio la levanta á su altura, cuando recordamos sobre todo, que en la Anunciacion y Visitacion recibió y manifestó tan grandemente su inteligencia! «Fomentaba con sus ojos, dice con dulzura San Amadeo, revolvía con sus manos al Verbo de vida; calentaba con su aliento al que da calor é inspiracion á todo; llevaba al que lleva al universo; lactaba á un Hijo que derramaba él mismo la leche en sus pechos y apacienta á todas las criaturas con sus dones. De su cuello pendia la Sabiduria eterna del padre, apoyábase en sus hombros Aquel que mueve todos los seres con su virtud; en sus brazos, en su regazo reposaba el que es tierno descanso de las almas santas (1).» Estas antítesis son de todo punto exactas; son la misma verdad de nuestra fé, que nos ofrece, en la Encarnacion del Verbo,

(1) Homilia cuarta. *De partu Virginis.*

á Dios hecho hombre, para que el hombre sea hecho Dios; dobe antítesis que forma, por sus dos sentidos, toda la tésis del Cristianismo.

Asi las grandezas de Maria en este misterio se componen de los abatimientos de Jesús. Lo que ella recibe está en proporcion de lo que lleva. Todo lo que da al Hijo del hombre, se lo devuelve el hijo de Dios. Le viste ella de fajas, y él la viste de gracia y de luz; ella de su Maternidad y él de su Divinidad, *et vestis illum et vestiris ab illo.*

*Lo reclinó EN UN PSEBRE porque no habia lugar para ellos en el meson.* El acaso y la necesidad son, al parecer, los que obligan á Maria á parir á Jesús en un establo y reclinarlo en un pesebre; pero, realmente, es la eleccion, la eleccion del Amor eterno, de la Sabiduria infinita, de la Omnipotencia. El que *puso su tienda en el Sol*, como dice el Rey Profeta, podia seguramente prepararse un lugar en el meson de una pequeña villa; podia nacer en el palacio de Herodes ó de César y hacerse adorar por el Senado en el Capitolio; porque toda la tierra es suya. Pero ¿qué hubiera hecho en esto de mas y mejor que aquellas potestades del mundo á quienes venia á derribar? ¿Qué alivio hubiera traído á la humanidad pobre y miserable á quien queria libertar y consolar? Era digno del que nada tiene que recibir y que venia á traerlo todo, escoger lo que hay de mas pobre para enriquecerlo; lo que hay de mas humilde para elevarlo; lo que no es, para convertirlo en lo que es; y manifestar por este medio su riqueza y poderio, tanto como su misericordia y su amor. Era digno de la eterna Sabiduria desenmascarar los falsos bienes repudiándolos, y señalar los bienes verdaderos participando de ellos. Era digno del Reparador de la naturaleza humana precipitada en el orgullo y la concupiscencia, enderezarla, poniendo

do el contrapeso y el atractivo de su Divinidad á la parte de la pobreza y del dolor: Si; era digno del Dios Bueno, Omnipotente, infinitamente Sabio, nacer en un establo y morir en una cruz. ¡Ah! si ese vil establo y si esa cruz horrible hubiera permanecido siendo lo que fueron cuando él abrazó su ignominia, en tal caso callaria yo. Pero cuando veo á toda la tierra dejar en breve todos sus ídolos de orgullo y sensualidad para venir á adorar ese establo y esa cruz; cuando los veo transformados, el establo en catedral, como *Nuestra Señora* de Chartres y de Paris; la cruz en signo de gloria y en instrumento de consuelo: cuando los veo convertidos en manantial de dulzura y fortaleza, en escuela de sabiduria y santidad, en foco de luz y de civilizacion, cuya plenitud no han hecho sino tentar veinte siglos de experiencia y de progreso: finalmente, cuando esta maravilla es doblada á mis ojos por la de su prediccion, y, si así puedo decirlo, de su apuesta; entonces, oprimido con el peso de tantas pruebas de la Omnipotencia de la Infinita Sabiduria y de la Suprema Bondad, sucumbo y creo.

No hemos podido contener estas reflexiones, que brotan naturalmente del texto del Evangelio. Sin embargo, este texto las encubre con tal sencillez, que puede preguntarse, dejando á un lado la inspiracion, si el Escritor sagrado tuvo conocimiento de ellas, y para no dudarle, es preciso recordar que S. Lucas, fiel discipulo de San Pablo, habia aprendido de él la sublime sabiduria de los anonadamientos del Verbo, y que él mismo, refiriéndonos en el discurso de su Evangelio los divinos oráculos del Salvador, nos ha hecho oír este que sale del pesebre: »Las raposas tienen sus cuevas, y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo

»del Hombre no tiene donde reposar su cabeza (1)» San Teodoto de Ancira, hablando en presencia del gran concilio de Éfeso reunido en la hermosa basilica que esta ciudad, antes tan pagana, habia erigido á la Madre de Dios, decia sobre este asunto, con esa elocuencia griega cuyos ingeniosos y abundantes giros habian hallado en el Cristianismo un objeto digno de su inspiracion:

»El Señor, no teniendo donde albergarse, es colocado en un pesebre: y esta indigencia de su cuna viene á ser un signo maravilloso de profecía. Con efecto, es colocado en un pesebre como para indicar que venia á ser el pasto de aquellos mismos que son como animales faltos de razon: »porque el Verbo de Dios, en ese estado, atrajo á sí á los ricos y á los pobres, á los genios elocuentes, y á aquellos á quienes no llega la palabra. Ese pesebre ha venido á ser como el padre de la Santa Mesa. El Verbo es puesto en aquel para ser comido en esta, como alimento de los fieles. Y así como el pesebre designó esta mesa venerada, la Virgen germinó esos coros de vírgenes, el vil establo de Belen ha erigido esas soberbias basilicas, y los panales que ligaban al Niño Dios han desatado los pecados del mundo. »Todas las insignias de su miseria se han convertido en las maravillas que admirais, y esa misma miseria ha producido todos estos tesoros... ¿Cómo pues ofenderse de una corta abyeccion que ha dotado para siempre al universo de tautas riquezas? ¿Por qué objetar esa pobreza sin tomar en cuenta todas las ganancias que ha valido al mundo? ¿Por qué llamar indigna de Dios una sujecion que nos ha desatado de la infernal tiranía? »No, no llameis indigna de Dios una pobreza por

(1) Luc. IX. 58.

»la que ha sido empobrecido el Esqiritu de men-  
 »tira, rico de tantos errores: cesad de avergonza-  
 »ros de una cruz que ha derribado los idolos: no  
 »despreciéis ya unos clavos que han fijado para  
 »siempre la piedad del mundo en la única y san-  
 »ta religion de Cristo (1).»

Admirando esta elocuencia espléndida, que na-  
 cida tambien de la sencillez del Evangelio, es un  
 testimonio mas de su divinidad, se dirá tal vez  
 »que la humilde Maria estaba lejos de presentir  
 en Belen sus acentos, ella que, acabando de dar  
 á luz al Salvador, no muestra ninguna admira-  
 cion ni arrobamiento, ni dice cosa que el Evan-  
 gelista haya juzgado digna de referirnos.

El *Magnificat* responde á esta falsa idea. Toda  
 la elocuencia cristiana no ha podido hacer mas  
 que comentar este canto de Maria, que ha con-  
 servado sobre los mas bellos discursos la ven-  
 taja de ser proferido antes del suceso y de ser  
 su brillante profecía. Despues de esto, el si-  
 lencio de Maria á los piés de Jesús recién naci-  
 do, es por lo mismo mas elocuente: y ¡desgracia-  
 do el que no lo comprendiera! Calla, porque de tal  
 modo está á la altura del misterio que su subli-  
 midad no la arrebatara ya, y porque toma en él tan-  
 ta parte que está como identificada con él: calla,  
 porque adora, porque ama, porque escucha ese ma-  
 ravilloso silencio de la palabra eterna que se deja  
 oír de su corazon. Ah! si la otra Maria habia es-  
 cogido la mejor parte, manteniéndose silenciosa  
 á los piés de Jesús y escuchando su palabra, ¿có-  
 mo hubiera hablado Maria, Madre de Dios, cuan-  
 do Jesús calla exteriormente y habla dentro, do-  
 blemente digno de ser oído, en un silencio y en su  
 palabra? Finalmente no tenia ya que hablar desde-

(1) Lable Concil. t. III. p. 104.

que habia dado á luz á la Palabra: ó mas bien,  
 hablaba, como hablará siempre esta Palabra, este  
 Verbo que ella ha dado al mundo.

Este es el sentido del silencio de Maria á los  
 piés del Niño Dios, y solo una narracion eminen-  
 temente verdadera y divina ha podido respetarlo  
 y dejarnos el cuidado de comprenderlo.

## II.

Consagremos ahora nuestra atencion al misterio  
 de la adoracion de los Pastores.

«Y habia en aquellos contornos unos pastores  
 »que velaban y guardaban las vigiliass de la no-  
 »che sobre su ganado, y hé aqui que apareció de-  
 »lante de ellos un Angel del Señor, y una luz  
 »celestial los acercó, y se llenaron de un gran es-  
 »panto. Y el Angel les dijo: No temais, porque  
 »mirad que os anuncio una gran nueva, que lle-  
 »nará de gozo á todo el pueblo; y es que hoy ha  
 »nacido para vosotros en la ciudad de David el Sal-  
 »vador, que es el Cristo Señor. Y esta será para  
 »vosotros la señal: Hallareis á un niño envuelto  
 »en pañales y puesto en un pesebre.»

Hasta ahora todo lo que ha pasado en el naci-  
 miento del Salvador nos le ha mostrado como un  
 hombre é hijo del hombre. Un viaje de Maria y  
 José, desde Nazareth á Belen, para obedecer un  
 edicto de empadronamiento: el tiempo del parto de  
 Maria que llega á su término en esta pequeña vi-  
 lla; el gentío del meson que no les permite encon-  
 trar en él lugar alguno; la necesidad que obliga  
 á Jesús á no encontrar mas albergue que un es-  
 tablo, ni otra cuna que un pesebre: cierto que esto  
 nos muestra al hombre en su mayor desnudez, es  
 decir, en lo que tiene de mas hombre: Maria es-  
 pecialmente dando á luz este niño, enviéndole

en pañales y reclinándole, testifica bien por todos sus cuidados que el que los reclama es uno de nosotros.

Sin embargo, este niño no solamente es hombre, sino que es tambien Dios, y tan Dios como hombre. Ahora pues, en tan grande miseria, ¿qué es lo que dará testimonio de su Divinidad? Un homenaje que los Césares en su insensato poder, en vano hubieran pedido á las bajas adulaciones del Universo: el homenaje del cielo, la proclamacion de un Angel. ¿Qué prueba mas luminosa de que el establo de Belen era eleccion de Aquel que era así proclamado? Él mismo, treinta y tres años despues, al caminar á una muerte tan ignominiosa como su nacimiento, dirá á sus discípulos que intentarán librarle de ella: «¿Pensais que no pueda rogar á mi Padre, y me enviaria doce legiones de Angeles?» Así la Omnipotencia divina estaba contenida bajo la flaqueza del Niño Dios; y la aparicion del Angel á los pastores, cercados de la claridad divina, solo era un simple rayo de esta.

Mas ¿por qué los primeros favorecidos con esta convocacion celestial han de ser unos pastores, hombres rústicos y sencillos? Siempre en virtud de la misma economia. El mismo Angel podia cercar al mundo entero de la claridad de Dios; con igual facilidad que á aquellos sencillos pastores y el mundo entero hubiera estado súbito á los pies de Jesucristo. Pero Dios, que habia hecho al hombre libre, queria que viniese á él libremente: ayudado sí y atraído, pero no forzado; y para ello, atraído por medios y agentes cuya aparente debilidad ocultase por su empleo, y manifestara por sus efectos la Omnipotencia que los empleaba. Por esto observa Grocio, así como despues serán *pescadores*, así ahora son *pastores* los

escogidos para dar testimonio á Cristo, los mas inocentes de los hombres: *Ut piscatores postea, ita nunc pastores Christo testimonium præbere eliguntur, innocens in primis hominum genus.*

Por otra parte, Jesucristo no hace en esto sino seguir su primer plan y su designio primero. Porque se manifiesta á aquellos á quienes fueron hechas las promesas; á pastores que, por su estado y ocupaciones, figuraban su mision á las ovejas de Israel, su ministerio de Pastor, su caridad para con los corderos confiados á su custodia: finalmente á hombres pequeños y despreciables segun el mundo, como aquellos á quienes y por quienes debia ser predicado el Evangelio con fruto; mientras que todo lo que es grande en Israel, ó por la autoridad, ó por el saber, ó por las riquezas, ignora lo que se nos ha revelado: siguiendo Dios así en esta revelacion á los Pastores lo que habia comenzado en los Patriarcas y lo que habia de realizar por medio de los Apóstoles. Así continúa siempre el mismo designio sostenido en todo su curso; *Sic Dei opera et respectus inambulant in abyssis, hominum tum opera tum respectus in sola altitudine.*

¡Y de cuán sublime manera se ajustan á esa economia las palabras del Angel! «Hoy, dice á los Pastores, os ha nacido en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo Señor; y la señal por que le conocereis, es que hallareis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.» ¡Qué contraste! ¡Y cómo le hace divino la sencillez de lenguaje bajo la cual desaparece! ¡Preciso es estar muy acostumbrado á los misterios y grandezas de Dios, para hablar así del mayor de todos, de la Encarnacion del Verbo, sin reflexiones, sin preparacion, sin ornato alguno de la elocuencia humana! Es preciso conocer bien la Majestad del

que se ha hecho niño y está en un pesebre, para juntar al mismo tiempo estos dos opuestos extremos, sin curarse de conciliarlos, y para dar como una distincion digna del que es el SEÑOR por excelencia, las fajas que lo envuelven y el pesebre donde reposa! Nos hemos habituado á esto en el espacio de diez y ocho siglos que en pos de los Pastores venimos á este pesebre que el Señor ha elevado sobre todos los tronos, bajándose á él; y el portento de esa grandeza á que lo ha levantado nos oculta el profligio de esa humillacion en que lo tomó; pero semejante nueva, en el momento que el Angel la anunció á los Pastores, y aun cuando el Evangelio la propuso á la fé del mundo, ¡cuán contraria era y cuán superior á toda invencion humana, cuán manifestamente divina en su anuncio, como lo fué en el acontecimiento! Rasgos son estos de divinidad de esos que el Evangelio lanza infaliblemente á las almas, y llevan á ellas la condenacion y la muerte cuando no llevan la fe y la vida.

«Y de repente se juntó con el Angel un gran escuadron de milicia celestial, alabando á Dios y diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Oh! y qué patético espectáculo ver así á la familia superior de Dios regocijarse por la dicha de la familia inferior; porque nos ha nacido un Salvador, en conformidad literal con la profecía! (1) *hodie Salvator*, dice el Angel á los Pastores en el Evangelio.

El Profeta nos habia ya mostrado á estos mismos Angeles, «á los Angeles de paz llorando amargamente» sobre la miseria de los hombres y su rom-

(1) *Parvulus natus est vobis*, dice Isaias; *natus est vobis*

pimiento con la bondad celestial; *Angeli pacis amare stebant* (1), y ahora cantan esa paz que ha bajado á la tierra en aquel que llama el Profeta con este nombre: *Et erit Iste Pax*

Pero no cantan solamente la paz á los hombres en la tierra, sino gloria tambien á Dios en lo mas alto de los cielos; es decir, en dos palabras, todo el Plan Divino, que abraza el cielo y la tierra, los Angeles y los hombres, Dios y toda la creacion en ese Niño admirable sobre quien suena ese canto. Verdades sublimes que el mundo ignoraba y que los Angeles solamente podian así anunciar á los hombres. ¿Quién sabia en aquel primer instante que antes que Jesucristo, tomando nuestra carne, se hubiese hecho el adorador de su Padre, no habia podido Dios recibir una gloria que fuera digna de su majestad? ¿Quién sabia siquiera el divorcio y la enemistad que habia entre el cielo y la tierra, antes que el Hijo de Dios hubiera bajado del cielo á la tierra para ser su vínculo y su paz? Estas grandes cosas desconocidas á la sazón y ocultas en la oscuridad de los Profetas, lo abarcan todo, y están ellas tambien comprendidas en dos palabras, tan claras y sencillas que es preciso ser un Angel para haberlas dicho y muy poco sensible á lo maravilloso para no sentir las.

Alumbrados sin duda anteriormente por aquella luz de Dios que por fuera los cercaba «los Pastores» pasaron á toda prisa hasta Belen, y hallaron á «Maria y José, y al niño puesto en un pesebre, y viéndole, entendieron cuanto se les habia dicho de este Niño. Y todos los que le oyeron quedaron admirados de lo que los Pastores les contaban. Y «Maria conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.»

(1) Isaias, cap. XXXIII, 7.

No cesemos de admirar la buena fé de la narracion divina. Angeles acaban de aparecerse á unos pastores en los campos para anunciarles que el Señor acaba de nacer y llamarlos para que vayan á adorarlo. ¿Quién no esperaria encontrar á estos mismos Angeles en torno del mismo Señor, y aun en mayor número, á toda la Côte celestial, tributando la primera, esas adoraciones á que han sido invitados los Pastores? ¿Cómo no es honrado personalmente con ninguna gloria Aquel que no solo trae la paz á los hombres, sino la gloria tambien á Dios en lo mas alto de los cielos? ¿Cómo unos inventores que hubieran imaginado á su antojo nada menos que la maravilla de la aparicion de los Angeles, no hubieran usado de esta aparicion con el mismo objeto? ¿Cómo no brilla sobre el estabio alguna luz extraordinaria? ¿Cómo no está de ella cercado el mismo divino Niño? Finalmente, ¿cómo es qué nada, absolutamente nada sobrenatural viene á realizar una bajeza que nada tenia, por sí misma, que no fuera repugnante y despreciable? Pero no: «Maria y José, y el Niño reclinado en un pesebre:» nada mas. Evidentemente no es asi como se inventa! Los Evangelistas han sido modestos en la exposicion del objeto de nuestra fé, porque eran sinceros. Creyeron la humillacion del pesebre sin avergonzarse de ella y la aparicion de los Angeles sin añadirla nada. Dejaron al mismo Jesucristo que honrara su pesebre por medio de sus humillaciones mas de lo que la hubieran ellos glorificado con todas las maravillas de sus inventos; y merced á esta fidelidad han hecho resaltar la mayor de las maravillas: no ya la de algunos pastores convocados por Angeles, sino la del Universo civilizado convocado por los Apóstoles, que adora á un simple niño en la bajeza de ese pesebre.

Cierto, que en tan humillante estado, no dejaba

el divino Niño de revelarse desde luego á las almas sencillas con toques de gracia que debian arrebatarnos tanto y mas que todas las apariciones celestiales, y el Evangelio nos lo da á entender diciéndonos, que «los Pastores, viéndolo, entendieron cuanto se les habia dicho de este Niño.» y comunicaron su admiracion á aquellos á quienes lo contaron. Pero ¡cuán ingenuos, cuán grandes se muestran en esto mismo los Evangelistas, dándonos simplemente á entender este misterio de gracia sin descubrirlo. y cuán santa y convincente es esta reserva!

Midiendo por ella lo que se dice de la Virgen Santísima, hallaremos medio de instruirnos acerca de la gloriosa parte que tiene en el misterio de la adoracion de los Pastores.

Esta parte es doblada: la que ella trae y la que toma. La primera resulta de estas palabras: «Hallaron á Maria y al Niño;» la segunda de estas: «Y Maria conservaba todas estas cosas, meditando en su corazon.»

Antes que entrase Jesucristo en su vida activa, observa San Bernardo, habia habido de él tres apariciones principales: la primera, en el regazo de su madre, como Hijo del hombre; la segunda, cuando el bautismo de Juan, una voz del cielo lo proclamó Hijo de Dios; y la tercera, en las bodas de Caná, cuando por el primer milagro que hizo allí, se anunció él mismo como verdadero Dios que tenia todo poder sobre la naturaleza.

Pues, en la primero de estas apariciones, saca Jesús de Maria su principal testimonio.

Hemos ya esplanado esta verdad en si misma y debemos por tanto limitarnos á hacer notar la justificacion que recibe de todas las narraciones evangélicas que conciernen á la primera parte de la vida del Salvador. En general se hace datar

esta vida divina solamente desde su apostolado público, reduciéndola de este modo á sus tres últimos años: ¡como si pudiera haber un solo instante en semejante vida que tuviera menor importancia de enseñanza! Jesucristo quiso predicarnos con su silencio y oscuridad tanto y aun mas que por sus oráculos y maravillas, y para que no pudiéramos dudarlo, quiso llamar nuestra atencion sobre esta primera parte de su vida por medio de misterios que le manifiestan tanto mas cuanto que aparece en ellos pasivo.

Tal es, despues del misterio de su nacimiento, el de las primeras adoraciones que recibe en su cuna, en el estado mas propio para testificar que es Hijo del hombre.

Debemos dar á estos misterios tanta mayor importancia, cuanto vemos á Jesucristo en todo el resto de su vida, hasta en las manifestaciones mas brillantes de su divinidad y aun en la gloria celestial, retener, entre todas las calificaciones que sus grandezas le permiten, esta calificacion de *Hijo del hombre* que contrajo en el seno de Maria y manifestó en sus brazos.

Por eso quiso recibir las primeras adoraciones del género humano en este estado de *hijo*, de *hijo de una madre humana*; por eso quiso mostrarse *hecho de la mujer*, como dice San Pablo; por eso aparta de su pesebre todo cuanto pudiera mostrar demasiado que es Dios, y coloca en él á Maria y José, como los dos testigos de su humanidad, pero señaladamente á Maria.

Así, Maria nos aparece como el viril en que se manifiesta Jesús á los Pastores y en ellos á todos los adoradores que vendrán despues; porque los misterios de Jesucristo son perpetuos, y siempre *hallamos á Jesús con Maria*.

Tal es la parte que Maria presta á este misterio.

La parte que en él toma no es menor.

Ciertamente, en una relacion tan sobria y sencilla como la de la adoracion de los Pastores, es darnos una idea muy elevada de esa parte, el consagrar á Maria la única reflexion que allí se hace sobre lo que pasaba dentro de los corazones, tanto mas, cuanto esa reflexion no se presentaba de suyo en el curso de la narracion, y ha sido necesario desviarse de ella como por una intencion formal. Los pastores vienen á adorar al Niño Dios; lo encuentran con Maria y José; entienden lo que se les habia dicho de él y se vuelven maravillados; hé aquí, al parecer, todo el misterio. Pero no: el Evangelista tiene empeño en manifestarnos que entre todos los corazones hubo un corazón que se penetró de todas estas cosas divinas; las conservó y pesó en todo su valor. *Y Maria conservaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*. Es decir, que Maria, y sola Maria entre todos los asistentes, estaba á la altura de estos misterios por su fidelidad en no perder nada de ellos, y su aplicacion á meditarlos, á nutrirse de ellos, á comparar unas con otras todas sus enseñanzas, á atesorar en su corazón todas sus luces y gracias. Esto quieren significar esas palabras tan sencillas y comunes, pero que encieran el elogio de la mas alta virtud que hubo jamás. Ellas nos entreabren ese gran corazón, el santo corazón de Maria, y nos dan de él la idea mas vasta, manifestándonos que habiendo recibido luces y gracias con una plenitud singular, las conservó todas, *conservat omnia*, y no solo las conservó, sino que las cultivó, fecundó acrecentó mediante el trabajo interior de su fidelidad, y llevó hasta la mas sublime perfeccion. No se nos pregunta ya por tanto lo que hizo la Virgen Santísima, pues esas palabras nos lo dicen con mas exactitud que nos cuentan las acciones de



los demás Santos todas las historias que se nos dan de sus vidas. No habia necesidad de que se nos refiriesen minuciosamente los actos de la Virgen Santisima. Su vida fué toda igual y uniforme. Solo hizo una cosa; pero la grande, la única cosa: *conservó las acciones y palabras de la Sabiduria eterna repasándolas en su corazon.*

Este pasaje termina dignamente, en el Evangelio, la relacion del misterio de la adoracion de los Pastores; es como *su moralidad*, y parece tambien que nos dice, segun lo hemos juzgado en otra parte, que Maria, conservando de este modo para si misma en su corazon todas estas cosas, las conservaba para nosotros, para la Iglesia y para el mundo, como digna depositaria de estos misterios de que debia ser testigo mas adelante.

## III.

Finalmente, el tercer misterio de la adoracion de los Magos viene á completar, con el de los Pastores, el gran misterio del nacimiento del Hijo de Dios.

La leccion que nos da es, al parecer, una repeticion de la que acabamos de recibir. Es tambien Jesús, niño adorado en los brazos de Maria; pero esta representacion del mismo misterio por un Evangelista diferente del que nos ha trazado la narracion de los Pastores, es una prueba sensible de la importancia que Dios ha querido la demos. No parece sino que Jesucristo gusta tanto de aparecer niño en el regazo de su Madre, que nada de cuanto á ello conduce le parece sobrado. En ese estado quiere mostrar toda su flaqueza; sobre ese trono quiere hacer adorar toda su majestad. En ningun tiempo de su vida apareció tan hombre, ni fué reconocido tan Dios. Y como de Maria quie-

re sacar el testimonio mas sensible de su debilidad humana, sobre Maria refleja el resplandor mas vivo de su Divinidad.

Por eso no bastaba la adoracion de los Pastores, sino que era tambien necesaria la de los Reyes, no bastaba la adoracion de los Judios. necesitábase la de los Gentiles; no bastaba la naturaleza angélica, sino que era aun necesaria la naturaleza física para proclamar esta grande enseñanza.

¡Y cuantas otras enseñanzas particulares se hallan en esta centenidas! No descuidemos indicirlas, porque, si bien en el estudio de este misterio, nos proponíamos especialmente la gloria de Maria. todo lo que concurre á dárnosla á conocer aprovecha á la parte que en él toma.

Sin que sea nuestra intencion disminuir el celestial prodigio que atrajo á los Magos del Oriente á Belen, debemos recordar la gran circunstancia histórica en que se manifestó y que era su preparacion, á saber, que *era opinion antigua y acreditada en todo Oriente. fundada en antiguos Oráculos. que en aquel tiempo, debia salir de la Judea un Poder que regeneraria el universo.* Tácito, Suetonio y Josefo refieren este rumor en términos tan ilénticos, que se ve claramente que son puramente sus ecos. Ciceron y Virgilio, el primero en su tratado de la *Adivinacion*, y el segundo en su cuarta Egloga, manifiestan igualmente que esta era la gran preocupacion de su época. Vespaciano y Herodes trataron de utilizarla en provecho de su ambicion. En fin, toda la Judea, de donde se esperaba este gran acontecimiento, habiase de tal modo fijado en esta idea, que segun vemos en la historia de Josefo, asi como en el Evangelio, la cuestion no estaba en saber si el Mesías iba á venir, sino quién era el Mesías entre los aspirantes á ese gran destino. «Si

«alguno os dijere: el Cristo esta aquí ó está allí, no le creais; porque aparecerán falsos Cristos, que harán grandes señales y prodigios; de suerte que aun los escogidos (si fuera posible) caerian en error. (1).» Este era el estado de los ánimos en la Judea y el Oriente; y esta es una de las pruebas mas notables de nuestra fé.

Añadamos que, entre los antiguos oráculos, de donde traia su origen este gran testimonio profético de la venida de nuestro Dios, cita Josefo el que se lee en el libro de los Números, «*La Estrella saldrá de Jacob y la Vara se levantará de Israel,*» y este oráculo hizo la fortuna del falso Mesias Barcochebas, cuyo nombre significa *Hijo de la Estrella*.

En situacion semejante «vinieron de Oriente á Jerusalem unos Magos y preguntaron: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido! Porque vimos en Oriente su estrella y hemos venido á adorarle.»

Se opina generalmente que estos Magos venian de la Arabia, segun indica la naturaleza de sus presentes. Eran personajes de importancia, especie de Emires, que juntaban en si los tres caracteres de la Ciencia, la Religion, y la Soberanía. Profesaban el Sabeismo ó el culto de los astros, representando de este modo, en una de sus fases, y aun en su fase original el universal error en que estaba sumido el Gentilismo. Y es evidente que la providencia, atrayéndolos á los piés de la cuna de Jesucristo, quiso hacerlos como diputados de lo porvenir, como las primicias de la conversion del gentil al Cristianismo.

Se esclarece mas este designio cuando lo comparamos con la adoracion de los Pastores. Estos representaban á los Judíos y como la fé debía reunir á los

(1) Math, XXIV, 23—24.

dos pueblos, al Judío y al Gentil, su cuna recibe sus adoraciones. Solo que el Judío es el hijo de la primera alianza de cuyo yugo ha huido el Gentil; y por esto los Pastores son llamados de muy cerca y de la vecindad de Belen, como los domésticos de la fé; y los Magos son llamados de muy lejos y de lo interior de la Arabia, como sepultados en las tinieblas de la infidelidad.

Por la misma razon, los Judíos acostumbrados á un santo comercio con Dios, y á las apariciones de los Espíritus celestiales, son avisados por los Angeles, como por sus hermanos é iguales. Pero los Gentiles solo tienen el espectáculo de la naturaleza, la luz exterior del sol y de las estrellas que han convertido en sus dioses, y por ello la Providencia se sirve de esa causa de su extravío para convertirla en instrumento de su conversion. Una estrella los atrae y los guia á Belen; pero es una estrella milagrosa, una estrella inteligente, ó mas bien una inteligencia estrellada. Esto dan á entender ellos mismos diciendo: *Hemos visto su Estrella*; la Estrella de Jesús, aquella Estrella maravillosa que no hacia sino asomar y centellear, apareciendo y desapareciendo á la vista de los Magos, pero que agrandándose despues, hace transformado en ese brillante y permanente sol de la fé cristiana que alumbra á todas las naciones.

Hay fundadísimo motivo de creer que esa estrella, además del interior atractivo que ejercia Jesús en el corazon de los Magos, hallaba un auxiliar poderoso en la preocupacion general que volvia entonces todas las miradas del Oriente y Occidente hácia la Judea como al punto en que debía cumplirse la antigua profecia: *La Estrella se levantará de Jacob, de Jacob saldrá el dominador* (1).

(1) Núm., XXIV, 17.

Esto es lo que se demuestra en el discurso de la divina relacion.

«Oyendo esto el rey Herodes se turbó y toda Jerusalem con él. Y juntando todos los príncipes de los Sacerdotes y los Escribas del pueblo les preguntaba donde debía nacer el Cristo. Y ellos le dijeron: En Belen de Judá, porque así está escrito por el Profeta: *Y tú, Belen, tierra de Judá, de ningún modo eres la mas pequeña entre las principales ciudades de Judá, porque de tí saldrá el capitán que gobierne mi pueblo de Israel.* Entonces Herodes, llamando ocultamente á los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que les habia aparecido la estrella, y les envió á Belen, diciendo: Id y preguntad con diligencia por el niño; y en hallándole, dadme noticia para ir yo tambien á adorarlo.»

No es esto una narracion, es la accion misma que se ejecuta á nuestra vista; y una accion tan pública é histórica, que el Evangelista, refiriéndola en medio del país, y en su lengua, es evidentemente su ingenuo y fiel narrador. Esa turbacion de Herodes y toda la ciudad de Jerusalem con él, es de todo punto conforme á la preocupacion general de los ánimos en el orden á la venida del Mesias, de que el Evangelista no nos habla, pero que siéndonos conocida por toda la historia profana, confirma tanto mas su narracion. Herodes, singularmente, que era uno de los mas ambiciosos competidores del trono del Mesias, y que logró reclutar, como tantos otros, una secta de fanáticos, con el nombre de *Herodianos*, debió turbarse mas que todos; y debió serlo con él Jerusalem, cuyo destino político y religioso estaba pendiente de aquel gran acontecimiento. Por esto son convocados los consejos públicos: el uno, compuesto de los Príncipes de los sacerdotes, que era

como un senado eclesiástico; el otro de los Escribas del pueblo, que era sin duda una magistratura civil.

La respuesta que dan es clara y pronta. Nadie hay que no la hubiera dado tambien como ellos, tan claramente estaba dictada, hacia trescientos años, por el profeta Miqueas. Esta profecia del lugar preciso, aunque oscuro, en que debía nacer el Dominador á quien toda la tierra esperaba, y que toda la tierra adora, es una de esas mil pruebas luminosas de la verdad de nuestra fé, que hacen de la incredulidad un misterio mayor aun que lo que se niega ella á creer.

Pero lo que debemos considerar, es el misterio de esa incredulidad en los Judios, y el designio de Dios tal como habia sido anunciado y se ha cumplido en ese pueblo infiel, que resulta ya de la circunstancia que estudiamos.

El Judío como dice S. Pablo, es el tallo primitivo de nuestra fé, el olivo no engertado. El Gentil es el olivo silvestre que debe engertarse en el otro, y recibir su savia y divina fecundidad. Por esta razon es preciso que los Magos vengan á Jerusalem, pregunten á los Judios, reciban de ellos las Santas Escrituras; es preciso que venga de Israel la perfeccion de la revelacion particular que han recibido, y que por su conformidad con las profecias se la repate digna é infalible; por eso la estrella milagrosa que los habia guiado de tan lejos, no los dispensa de este recurso, desaparece para obligarlos á él y no torna á aparecer sino despues que han recibido de allí el *título* en cierto modo de su destino.

Pero, segun los designios de Dios, los Gentiles se aprovecharon mejor de las Escrituras que los Judios. Estos ciegos, archiveros del Cristianismo, se los dieron sin haberlas alterado. Dejando en ellas todo lo que concierne al Mesias, conservarán reli-

giosamente predicaciones de su nacimiento y su muerte, pero no las aplicarán de ningún modo á Jesucristo: los Gentiles solo verán á este, pero los Judíos verán cosas muy diversas. Para esto es necesario que los Judíos respondan bien acerca del Mesías en general, pero que no se saquen de su propia respuesta consecuencia alguna respecto de Jesucristo; y es preciso, por el contrario, que los Magos determinen á la persona de Jesucristo la respuesta general de los Judíos, y se aprovechen solos de las Escrituras que los Judíos consultan para ellos.

¡Qué secreto designio, qué plan tan sostenido encierran estos misterios del Evangelio cuya sencilla narración nos detiene tan poco! A este modo las obras de naturaleza ocultan bajo de un juego fácil un arte profundísimo.

»Habiendo oído estas palabras del Rey, marcharon los Magos. Y hé aquí que iba delante de ellos una estrella que habían visto en el Oriente, hasta que llegando se paró encima de donde estaba el Niño. Y viendo los Magos la estrella, se llenaron de una alegría muy grande; y entrando en la casa, encontraron al Niño con su Madre Maria, y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.»

Ha bastado decir á los Pastores una palabra del Mesías, y la oyen al punto y se ponen en camino para adorarlo, sin necesidad de guía. La sencillez de sus almas y la familiaridad de las cosas de Dios se lo hacen encontrar fácilmente. Pero todo es nuevo para los Magos. Han menester de guía en un camino nuevo y desconocido; túrbanse apenas le pierden de vista, y enagénanse de gozo al hallarle nuevamente y ver que se para sobre el punto determinado que buscaban. Justa significación de la dificultad que tienen los sabios del mundo.

Los reyes del saber y de la inteligencia, los amigos de la filosofía para discernir las cosas de la fé, y de la necesidad en que están de subordinar sus luces naturales, por vastas que sean, á la luz sobrenatural de la enseñanza divina, por pequeña que les parezca. Este es el plan de la revolución cristiana que, desde la cuna de Jesucristo, nos muestra en acción esta verdad que saldrá algún día de sus divinos labios; »Gracias le doy, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas á los sabios y á los prudentes y reveládolas á los pequenuelos!» ¡Admirable economía que pone la mayor sumisión donde debe encontrarse el mayor orgullo, y el acceso más fácil á la parte de la mayor ignorancia!

Fieles y sumisos á la celestial enseñanza, entraron los Magos en la casa, y hallaron al Niño con Maria su Madre, y postrándose, lo adoraron. ¡Qué admirable lección! Hé ahí á los Magos que no entran en la fé con otros fines ni condiciones que los Pastores. No es á Jesus glorioso, ni aun á Jesus Doctor á quien se les concede encontrar de pronto, sino á Jesús niño. «¿Qué haceis, oh Magos? exclama San Bernardo, ¿qué haceis? ¿Adorais un niño de pecho bajo de un techo pajizo, envuelto en miserables fajas? ¿Por ventura está ahí Dios? Dios, seguramente, está en su templo; el Señor está en el cielo, única morada digna de él; ¿y vosotros lo buscáis en un vil establo, en los brazos de su madre (1)? ¿Cómo han enloquecido así estos sabios personajes? Se han hecho locos para hacerse sabios. El Espíritu de Dios los ha instruido anticipadamente de lo que el Apostol debía más adelante predicar al mundo, que *el que quiere ser sabio debe hacerse necio para ser*

(1) In Epiph. Serm. 1.

«hecho sabio. Porque no pudiendo el mundo, en su falsa sabiduría, llegar á conocer á Dios por medio de la sabiduría, plugo á Dios que los creyentes se salven por la necesidad de su predicación. El que ha guiado á los Magos, ese mismo es el que los ha enseñado. (1)»

Y nos enseña en ellos esta gran verdad, que á Jesús Niño es á quien debemos buscar especialmente y á adorar, y por tanto que no podemos hallarlo sino con *Maria su Madre*.

Así como Jesús Niño no puede pasar sin su Madre, así nosotros no podemos pasar sin adorarlo en sus brazos, y por consiguiente sin honrar á esta Madre con el mayor honor que pueda tributársele despues del de la adoracion, puesto que debe aproximársele en la proporcion de la union, de la consanguinidad y afinidad que une al hijo con la madre, y al Niño Dios con su Madre Virgen.

Y esto; por un grande y tierno designio; para atestiguar el Misterio de los misterios, el Misterio de la Encarnacion, el Misterio de Dios hecho hombre é Hijo del hombre. Aquí está todo el Cristianismo que es propiamente el culto del HIJO DEL HOMBRE y de la MADRE DE DIOS: Dos cultos que se llaman, se abrazan, están entre sí tan estrechamente unidos como el *Hijo y la Madre*.

Para dar al mundo esta grande enseñanza hace Dios venir á los Magos del Oriente á los pies del Niño Dios, como habia hecho venir á los Pastores, y nos ha trazado el Evangelio estas dos narraciones. Por esto quiso que el culto indudablemente mas fervoroso y solemne que haya recibido nunca el Hijo de Dios en su vida mortal se le tributara en ese estado, y se le tributara mas aun por los Magos que por los Pastores.

Porque el Evangelio nos da simplemente á en-

(1) In Epiph. Serm. II.

tender pero no nos dice en manera alguna que los Pastores adorasen al niño Dios; al paso que en cuanto á los Magos, tiene empeño, á lo que parece, en mostrárnoslos postrados en el polvo, en razon de su misma sabiduría de su riqueza y su grandeza, cuya simbólica ofrenda hacen á Jesús. Declaran paladinamente á Herodes que han venido del Oriente para ADORARLE; y no bien hubieron entrado y vieron al Niño con Maria su Madre, cuando postrándose en tierra, LO ADORARON, y abriendo luego sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

¡Oh qué fe! ¡qué humildad! ¡qué sencillez! ¡qué ejemplo de todos afectos con que debemos presentarnos al pie de los altares de Jesús y Maria, nos ofrece el Evangelio en la conducta de los Magos! ¿Á quien compararé yo á esos hombres? dice también San Bernardo. Si considero la fé del buen ladrón, la confesion del centurion, las llevan mucha ventaja; porque, en tiempo de estos, habia ya hecho Jesus muchos milagros, habia sido preconizado por muchas veces, habia recibido muchas adoraciones... En todo esto os ruego consideréis y noteis, cuán perspicaz es la fé que llaman ciega, cómo tiene ojos de lirce, la que descubre al Hijo de Dios en un niño de pecho, en un ajusticiado, en un moribundo.»

De este modo descubrian los Magos en aquel niño al que despues de ellos habia de adorar toda la tierra. Y ahora cuando esta adoracion universal de diez y ocho siglos, cuando todas las maravillas y beneficios que tan prodigiosamente la justifican, han venido á manifestarnos el Dios y la Madre de Dios; ¿quién es sábio, quién es perspicaz y verdaderamente ilustrado, los que no ven todavia, que no saben aun encontrar al *Niño con la Madre*, ó los que postrándose con los Magos, le ofrecen todos los tesoros de su corazon?

---

### CAPITULO XIII.

#### LA PURIFICACION DE MARIA, LA PRESENTACION DE JESUS Y LA PROFECIA DE SIMEON.

---

Cuando se lee y penetra el Evangelio, como probamos á hacerlo, asombra mas y mas que las grandezas de Maria y el culto que la es debido sean sistemáticamente desconocidos por los mismos que blasonan de exclusivamente celosos por este Libro de nuestra fé, y causa admiracion ver como ciega la misma luz á los que quieren formársela, en vez de recibirla.

Cada uno de los misterios de la Anunciacion, de la Visitacion, del Nacimiento de Jesús, que acabamos de estudiar, bastaria por sí solo para fundar el culto de alabanza é intercesion que tributamos á la Madre de Dios. ¿Qué no será pues su reunion, su enlace, esta divina persistencia del Espíritu Santo en manifestar á Maria con Jesús, y en asociar sus destinos?

Para que no podamos equivocarnos sobre este punto, ha querido Dios forzar en cierto modo nuestra atencion á los misterios de la Infancia de Jesús y la divina Maternidad de Maria, multiplicándolos é ilustrándolos con testimonios celestiales y proféticos que hiciesen resaltar toda su intencion y grandeza.

Esto es lo que vemos en los tres nuevos misterios de la Purificacion de Maria, de la Presenta-

299  
LA PURIFICACION DE MARIA.  
cion de Jesús, y de la Profecia de Simeon. «Misterios venerables, dice Bourdaloue, en que descubrimos lo que encierra nuestra religion, no solo de mas sublime y divino, sino de mas edificante y tierno: un hombre Dios ofrecido á Dios; el Santo de los santos consagrado al Señor; el sumo Sacerdote de la nueva Alianza en un estado de víctima; redimido el mismo Redentor del mundo; una Virgen purificada; y una Madre en fin inmolando á su Hijo: ¡qué prodigios en el orden de la gracia!»

Nada mas sencillo en apariencia y mas sublime en realidad que la narracion que nos hace el Evangelio de estos misterios. Comienza de esta manera:

«Y pasados los dias de la purificacion de Maria, segun la ley de Moisés, llevaron al Niño á Jerusalem para presentarlo al Señor, conforme á lo que está escrito en la Ley, que *todo varon primogénito será consagrado al Señor*, y para ofrecer en sacrificio, segun lo que está mandado por la misma ley, dos tórtolas ó dos pichones.»

Para inteligencia de esta narracion conviene recordar aqui dos leyes que antiguamente dió el Señor á su pueblo por medio de Moisés, y que San Lucas no ha olvidado mencionar.

La primera es la del *Levitico* (1), segun la cual una mujer que habia dado á luz un niño, debia estar separada, por cierto tiempo, de las cosas Santas; es decir, que la estaba prohibido, como á persona impura, entrar en el templo y tocar cosa alguna santa, hasta el dia de su purificacion, que era el cuarenta y uno despues del nacimiento de un hijo y el ochenta y uno despues del nacimiento de una hija. Acabado este tiempo, debia la madre presentarse en el templo, y ofrecer por su hi-

(1) Levit., XII.

jo en holocausto un cordero de un año, con un pichon ó una tórtola, para su purificación legal. Si, á causa de su pobreza, no podia ofrecer un cordero, debia ofrecer solamente dos tórtolas ó dos pichones, el uno en holocausto y el otro para su purificación.—La segunda ley es la del *Éxodo* (1), por la cual mandaba Dios que se le ofreciesen todos los primogénitos, tanto de los hombres como de los animales, como consagrados á su servicio. Sin embargo, mandaba la misma ley, que se redimiesen por cierto precio los hijos primogénitos.

Se comprende ahora la narracion del Evangelio, el cual se limita á manifestarnos que Maria se sujetó á la *purificacion*, y que Jesús, por medio de Maria, se sometió á la *presentacion*, como la generalidad de las mujeres y niños de la Judea.

Y aun esto nos lo dice el Evangelista de pasada como una cosa muy natural y ordinaria.

«Despues que se hubieren cumplido los dias de la purificacion, etc., etc.»

¿Que hay pues en esto que no sea natural y ordinario, y que deba detenernos?

Con efecto, nada mas ordinario; pero tan ordinario, como lo es el que Maria pariese á Jesús, lo envolvese en pañales y reclinase en un pesebre. Es la continuacion, ya en el hecho, ya en la manera de contarle, de ese mismo curso de la vida humana en Jesús y en Maria.

Pero ¿quereis que estos mismos acaecimientos, tan ordinarios, vengán á ser lo mas extraordinario que hubo jamás, y tanto mas extraordinario cuanto son mas ordinarios? Para ello os basta considerar que ese niño que se hace presentar y redimir por su madre, es el Hijo de Dios, el Santo de los santos, el Redentor del mundo; y que esa Madre, que se hace purificar, es la Virgen de las

(1) *Éxodo*, XIII, 12 y 13.

vírgenes, la Reina de los Angeles, la Madre de Dios.

Despues de esto, os dejo adorar la alteza de estos misterios, y la sencillez de su cumplimiento y de su narracion.

¿Qué prodigio de discrecion, de sumision y de humildad, se nos muestra ahí en Maria! Despues de todos los honores que habia recibido del Angel, de Isabel, de los Pastores y los Magos, despues del himno que ha cantado de sus grandezas, y la vista profética de todos los homenajes que el Universo la tributa, por espacio de diez y ocho siglos; ella, la *Bendita entre todas las mujeres*, se somete á la humillacion comun de las mujeres. ¿No podia repetir en aquel momento que *Dios la habia hecho grandes cosas*, que era *Bienaventurada*, que era *Bendita*, y *Bendito era el Fruto de su vientre*; en suma, que venia á traer al mundo la Purificacion, lejos de buscarla, y la Redencion, lejos de pedirla? ¿No se lo prescribian asi al parecer los intereses de su Hijo, puesto que su silencio y su conducta derogaban á su divinidad, y haciéndole pasar por hijo del hombre, desmentian tantos prodigios y oráculos, que le habian ya proclamado, Hijo de Dios?

Hé ahí ciertamente cómo hubiera obrado cualquiera otra que no fuera Maria, ó cómo la hubiera hecho obrar una invencion humana. Pero no esperéis, de parte de Maria y del Evangelio, nada que no sea ordinario y comun, es decir—relativamente á lo que ella es—nada que no sea extraordinario y sublime. Unida maravillosamente con las miras de abatimiento y sacrificio de su Hijo, rebaja todas sus grandezas, encubre todas sus glorias, para sujetarse y sujetarlo á las prescripciones mas humillantes. Ella, que poco antes siendo simple doncellita, desconocida á si misma, como lo era del mundo, se atrevia, celosamente fiel á la

virginidad de que habia hecho voto, á parlamentar con un Angel y oponer el honor de llegar á ser Madre de Dios, que *no conocia varon*, ahora, desde la altura de esa divina Maternidad, y de una Virginidad que habia ella puesto aun á mayor alteza, se baja hasta parecer á los ojos de los hombres despojada de esa doblada gloria, ó mas bien se levanta á la gloria de las glorias, la de la humildad.

Las grandezas de Maria se niegan á toda comparacion; solo pueden medirse unas por otras, y por eso no las vemos. Asi, Maria profesa la virginidad hasta el punto de sacrificarla el honor de llegar á ser Madre de Dios, y practica la humildad hasta el punto de hacerla el sacrificio del honor de esta misma virginidad: son alturas sobre alturas cuya cima sobrepaja todas las virtudes de la tierra y de los cielos, excede todo conocimiento, aun el de la Virgen, y solo tiene por espectador la vista de Dios que contempla la humildad de su sierva en medio de las grandezas de que la ha colmado. Al despojarse de estas grandezas mediante esa humildad, las justifica, las merece, las consume. Así que, no puede ponerse en duda, que de la Purificacion, que no necesitaba, salió Maria mas pura Virgen, mas digna Madre de Dios, habiendo salido mas humilde.

Esto es lo que contiene el misterio de la *Purificacion*, bajo de una sencillez, que no deja aparecer nada, y que borra hasta sus vestigios.

Pero merced á un maravilloso encadenamiento de méritos y gracias, de abatimiento y grandezas en Maria, hé aquí, que en el mismo instante en que sacrifica á los ojos de los hombres la dignidad de Virgen Madre de Dios, es revestida de una nueva grandeza: de la que vemos en el misterio

de la *Presentacion*, y que debemos ahora considerar.

II—Este misterio es uno de los mas sublimes de nuestra fe. Reitera el misterio de la Encarnacion, anticipa el de la Redencion, y los une en la mas augusta ceremonia.

Bourdaloúe nos descubre ahí el Plan divino con una majestad de razon que subyuga y arrebató la inteligencia; «Dios, dice, queria que en cada familia le fuese consagrado el primogénito, para que le respondiera de todos los demás, y fuera como un rehen de la dependencia de aquellos de quienes era cabeza. Pero cada uno de estos primogénitos solo era cabeza de su casa, y como la ley de que hablo solo obligaba á los hijos de Israel, no podia de ello redundar á Dios sino un honor limitado. ¿Qué hace Dios? Escoje en la plenitud de los tiempos á un hombre, cabeza de todos los hombres, cuya oblacion le es como un tributo universal por todas las naciones y todos los pueblos; un hombre que nos represente á todos, y que haciendo respecto de nosotros el oficio de primogénito, responde á Dios de sí y de nosotros, á no ser que tengamos la audacia de desconocerle, y seamos tan ciegos que de él nos separemos; un hombre, dice el gran Apóstol, en quien todos los seres reunidos pagan hoy á Dios el deber de su sumision, y que, mediante su obediencia, vuelve á poner bajo el imperio de Dios, todo cuanto el pecado habia de él sustraído. Porque esto es lo que el Espíritu Santo quiso significarnos por estas admirables palabras de la Epistola á los de Éfeso: *instaurare omnia in Christo*; y sobre esto se halla tambien fundado el derecho de primogenitura que Jesucristo debia tener sobre toda criatura. *Primogenitus omnis creature*.

»Digo mas: como todas las criaturas, aun toma-



»das en junto, no guardan proporcion alguna con el Ser de Dios, y todas las naciones, solo son »en presencia de Dios una gota de agua, un átomo, un nonada, segun habla Isaias, por mas que »se esforzaran en testificar á Dios su dependencia »no podia Dios ser cumplidamente honrado por »ellas, y en el culto que de ellas recibia, quedaba »siempre un vacío infinito que todos los sacrificios »del mundo no eran capaces de llenar. Necesítase un sujeto que fuera tan grande como Dios, »y que poseyendo, por el mas estupendo de los milagros, por una parte la soberania del Ser, y por »otra, poniéndose en estado de inmolation, pudiese »decir con rigorosa verdad que ofrecia á Dios un sacrificio tan excelente como Dios mismo, y »sometia en su persona, no criaturas viles, no esclavos; sino al Criador y al Señor mismo. Pues »esto es lo que hace hoy el Hijo de Dios, y mediante su única oblacion, da para siempre á los que »deben ser santificados una idea perfecta del verdadero culto que se debe al Dios vivo (1).»

Inteligencias escogidas que teneis la ambicion de las grandes y justas ideas de Dios, y las buscáis por entre mil sistemas cuya vanidad proclama esa misma inquisicion: fijaos en este sistema, tan digno de Dios que él solo puede haberse ahí revelado, y confesad una Religion que, por una parte, se apoya exteriormente en los testimonios históricos mas evidentes, y por otra, da así testimonio de sí misma por la interna divinidad de su doctrina!

Esta doctrina resulta del misterio de la Presentacion de Jesús en el Templo. Lo que en él pasa no es una simple ceremonia, sino una ofrenda real; la

(1) Segundo Sermon sobre la Purificacion de la Santisima Virgen.

misma que el Hijo de Dios hizo de sí mismo por toda la creacion; cuando al entrar en el mundo dijo á Dios su Padre: *No quisisteis oblacion ni sacrificio; pero me habeis adaptado un cuerpo que me hiciera capaz de ser yo mismo ofrecido. Y entonces dije; Heme aquí, oh Dios, para cumplir vuestra voluntad:* la misma ofrenda cuya consumacion pronunció él mismo al exhalar el postrer suspiro en el Calvario, y de que solo fueron extension todos los instantes de su vida. El misterio de su Presentacion en el templo fué mas particularmente su profesion. Con efecto, ahí es expresamente ofrecido como *primogénito* de la casa; de esta casa del Universo que él mismo ha fabricado y que nosotros componemos, *quæ Domus sumus nos* (1).

Pues, ¡oh gloria incomparable de Maria! ¡oh fundamento cierto de nuestra confianza en su mediacion! por ella se hace esta grande ofrenda. En el misterio de la Encarnacion, mediante su cooperacion y de su sustancia entró el Hijo de Dios en el orden de la creacion y vino á ser su primogénito; en el misterio de la Redencion, será inmolidado en union con ella al pié de la cruz; por ella quiere ser ofrecido con igual designio en el misterio de la Presentacion; por ella quiere ser conducido al Templo, por ella quiere ser puesto en las manos del Gran Sacerdote.

Maria en la Encarnacion fué como el altar á donde bajó la Víctima y que la atrajo con la llama de su caridad; en la Presentacion es como el sacerdote que la ofrece, y en la Redencion como el sacrificador que la inmola. Ciertamente que es el mismo Hijo de Dios el Sacerdote y el Sacrificador, así como la Víctima; pero lo es por medio de Maria,

(1) Hebr., III. 6.

participe con ella de ese carácter de Sacerdote y Víctima que él le comunica por una extensión de su sacerdocio, por la unción de su gracia, y aun por la impresión del carácter sacerdotal; no formal, dice Gerson, pero más eminente que el de todos los demás sacerdotes, para que pueda ella concurrir de un modo más noble y excelente á la reconciliación de los pecadores: *Non habuit caracterem formaliter, fateror; habuit tamen eminenter ad reconciliationem peccatorum* (1). Lo que había ya hecho decir á San Epifanio: *Virginem appello Sacerdotem pariter et Altare*: «No temo llamar á la Virgen con el nombre de Sacerdote y de Altar.»

Y no dudemos que María tuvo el conocimiento de este gran ministerio en el momento que lo desempeñaba. «Porque en efecto, dice Bossuet, si los Judíos ilustrados entendían en un sentido espiritual lo que celebraban corporalmente, con mayor razón la beatísima María, al tener al Salvador en sus brazos, y ofrecerle con sus propias manos al Padre eterno, hacia esta ceremonia en espíritu, juntaba su intención á lo que representaba la figura, es decir, la Oblación Santa del Salvador por todo el género humano redimido misericordiosamente por su muerte. Lo cual me obliga á decir, y no es esta una meditación vana é imaginaria, que así como la Santa Virgen, en el día de la Anunciación, dió su consentimiento en la Encarnación del Mesías, que era el objeto de la Embajada del Ángel, así también ratificó, por así decirlo, en este día el tratado de su Pasión, puesto que este día era una figura de ella y como un primer preparativo (2).»

(1) GERSON. Tract. que super *Magnificat*.— Véase también á Alberto Magno, *Magn. Stip. Hab.* 89, I, VI.

(2) Sermon tercero para la fiesta de la Purificación.

Con efecto lo que hacia María en este misterio era una profesión de holocausto de su Hijo como Redentor del mundo. Este holocausto solo debía consumarse en la cruz, pero estaba consentido por María, desde la Presentación, desde la misma Anunciación. Por eso redime al Redentor dando por él dos pichones; pero lo redime en figura, para entregarlo en realidad; lo redime temporalmente y bajo condición, para criarle con la idea de su sacrificio, seguirle á él y ser su compartípe.

Y en toda esta conducta, ejerce María un ministerio capital y universal: lo que hace para sí y en la persona de la Cabeza, lo hace para nosotros y en sus miembros. Como ella ofrece al Redentor, así nos lo redime, dispone de él, nos le obtiene al más bajo precio, gracias al valor de su mediación soberana: ese precio son solo dos pichones, es decir nuestros débiles y tímidos merecimientos; pero están unidos á los suyos y son por ella ofrecidos.

«Así, dice Nicole, este misterio nos liga á la Santa Virgen de un modo particular. En él figura ella á la Iglesia presentando Jesucristo á Dios en nombre de toda la sociedad de los Cristianos: pero toda la sociedad de los Cristianos debe también juntarse á ella y unirse á su sacrificio como al del principal de sus miembros que obra en nombre de todo el cuerpo, y todos deben tratar de conformarse con sus disposiciones, y rogarla que nos alcance alguna participación en él (1).»

Esta es la enseñanza, no digo ya solo de la Iglesia: sino del Evangelio; y los que en él no la ven, los que solo ven el hecho exterior é insignificante de una mujer ordinaria, que ofrece un niño ordinario, con condiciones ordinarias; esos no son

(1) Ensayo de moral, t. XIII, p. 518.

*Evangelicos*, no son Cristianos. No saben leer; bajo el texto del Evangelio, el mismo Evangelio, en espíritu y en verdad.

Por lo demás, el Evangelio mismo rompe su cubierta y pone de manifiesto cuanto en él acabamos de descubrir, de tal manera que no deja excusa ni pretexto alguno á la contestacion. Así resulta del tercer misterio de la *Profecía de Simeon* estrechamente ligada, en un solo cuerpo de narracion, con los de la *Presentacion* de Jesus y la *Purificacion* de Maria.

III.—Citemos siempre el texto del Evangelio, el cual además de su interés, lleva consigo una virtud con que queremos santificar nuestras páginas, y que les gana de antemano los corazones.

«Y hé aquí que habia en Jerusalem un hombre justo y timorato, llamado Simeon, que esperaba el consuelo de Israel y el Espíritu Santo estaba en él. Y habia tenido revelacion del Espíritu Santo de que no moriria hasta ver al Cristo del Señor. Y movido de este divino Espíritu vino al templo; y cuando los Padres del niño Jesús le llevaban para dar por él lo que era costumbre, según la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo á Dios, diciendo: Ahora es, Señor, cuando dejarás morir en paz á tu siervo, según tu palabra; porque vieron mis ojos al Salvador que tú nos has dado, y puesto á la vista de todos los pueblos, la luz que ha de alumbrar las naciones, y la gloria de tu pueblo de Israel.—Y el padre y la madre de Jesús estaban admirados de las cosas que decian de él; y Simeon les bendijo, y dijo á Maria, su madre: —Hé aquí que Este ha sido puesto para la ruina y la resurreccion de muchos en Israel y como blanco de la contradiccion; y aun tu misma alma será atravesada de un cuchillo, para que se descubran los pensa-

mientos de muchos corazones.—Y habia una profetisa, llamada Ana, hija de Fanuel de la tribu de Aser. Esta era de edad muy avanzada, y habia vivido siete años con su marido, con quien se casó siendo ella jóven. Y habia perseverado viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años; y no salia del templo, sirviendo en él á Dios noche y dia en ayunos y oraciones. Y esta, habiendo sobrevenido á la misma hora, alababa al Señor, y hablaba de él á todos los que expresaban la Redencion de Israel.»

Este seria un texto inagotable de enseñanza y admiracion: toquemos solamente sus puntos principales.

¡Qué retrato el de ese santo anciano Simeon! Cada palabra es una pincelada. Era un hombre *justo*, expresion que no tanto pinta una virtud como la fusion de todas las virtudes naturales y sobrenaturales en perfecta conciliacion. Este carácter general de la virtud de Simeon está admirablemente realzado por el rasgo que viene en seguida; en medio de tan perfecto mérito era timorato. El que habia encanecido en la justicia, habia granjeado bien, al parecer, el derecho de hacérsela á sí mismo, y descansar al fin de su carrera en la confianza de que iba á recibir su galardón. Pero no; tenia esa cualidad que solo parece convenir á los que comienzan á recorrerla: era *timorato*: ¡Qué delicadeza y que pureza de conciencia no revela este rasgo! Era justo y timorato, y ESPERABA el consuelo de Israel. ¡Qué hacia tan tarde en la vida? *Esperaba*; esperaba al Redentor: esta era su ocupacion, su profesion, su razon de ser, su misma vida: era un *Expectante* de Jesucristo. Cierto, no era él solo el que esperaba: toda su nacion, como hemos visto, todo el Oriente, todo el mundo romano aguardaba en aquella época al que,

diez y ocho siglos antes habian los Patriarcas llamado la *Expectacion de las Naciones*, y á quien ha ya diez y ocho siglos todas las Naciones adoran; pero lo aguardaba con otro espíritu, con el espíritu de Abraham, de Isaac y de Jacob, con el espíritu de Job y de Moisés, con el espíritu de los Profetas y de todos los Santos de la antigua Ley, con el espíritu, en fin, que hacia decir al mismo Redentor, objeto de esta grande expectacion: «En verdad os digo, que muchos Profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron (1).» Todo ese espíritu de los Justos de la antigua Ley habia pasado al Santo anciano; era su venerable personificación. Esto es lo que vemos confirmado por este nuevo rasgo, *y el Espíritu Santo estaba en él*. Juzgad por aquí de las santas disposiciones de su alma. Por eso era justo y timorato, y esperaba el consuelo de Israel, ligado á la vida por sola esta esperanza, desprendido de todo lo demás, y haciéndose mas y mas digno de este divino Objeto de sus deseos, hasta ser él mismo, en el templo, como otro templo santificado por la presencia continua del Espíritu Santo.

Pero en fin, ¿le será concedida esta gran dicha? ¿Será mas afortunado que sus padres que no vieron al *Deseado de las colinas eternas* mas que en espíritu ó esperanza; mas feliz que Balaam el cual decia: «Le veré, pero no ahora; le contemplare, mas no de cerca;» mas que Job, quien decia: «Creo que mi Redentor está vivo, y que en el día postrero me levantaré de la tierra, y seré nuevamente vestido de mi piel, y le veré en mi carne;» mas dichoso, en fin, que nosotros que le vemos solo por la fe y por la misma esperanza? Lle-

(1) Math. XIII. 17.

gado al último confin de los tiempos antiguos, ¿le será dado ver la aurora de los tiempos nuevos, ser el último y el primero, el último de la ley de Moisés, el primero de la gracia de Jesucristo; Judío por su religion, Cristiano por su amor y su gratitud? Sí, porque *el Espíritu Santo le habia revelado que no veria la muerte, sin haber antes visto al Cristo del Señor*; y la muerte cedia en su favor el paso al que era la Vida.

Con esta confianza, pero ignorando el afortunado instante en que se realizaria, movido de un Santo presentimiento, viene al templo cuando el padre y la madre de Jesús le llevaban á él: y al punto, de una ojeada infalible, reconoce en este niño al Salvador del mundo; y con un movimiento rápido como el amor, le toma él mismo en sus brazos, y apretándole sobre su corazon, dice mirando al cielo, ese *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, que tantos labios repetirán despues como la suprema expresion de la satisfaccion del alma.

*Ahora, Señor, dejás morir en paz á tu siervo, porque vieron mis ojos al Salvador que tú nos has dado*. Como yo no hacia otra cosa que esperar esta alegría, ya no tengo porqué vivir, ahora que la he gustado, ahora que todo es nada para mí en su comparacion, y que la muerte no hará mas sino envolverme en ella y sellarla para siempre en mi corazon. Aun teago prisa de huir de todo cuanto pudiera hacérmela perder, y de ir cuanto antes á llevar su Evangelio á mis padres, á hacerles saltar de júbilo con la venida próxima de ese Salvador, en cuya esperanza se durmieron, que vendrá en breve él mismo á despertarlos, y cuyo feliz precursor voy á ser para ellos, sí, ahora, Señor, dejais morir en paz á vuestro siervo.

Tal es la maravillosa figura de Simeon, y del labio de este Santo Patriarca va á salir la profecia

de las grandezas de Jesús y su divina Madre.

Admirad la economía constante de Dios en orden á Maria y á Jesús, que es la que usa con todos los Cristianos. Maria y Jesús, en el misterio de la Purificación y de la Presentación, buscan la oscuridad y la humillación, y encuentran el esplendor y la gloria. Sus propias humillaciones los levantan. Maria, Virgen, sacrifica su reputación de Virginitad; Madre, sacrifica su Hijo, y hé ahí que, por un encuentro providencial, ese Hijo, levantado en brazos de Simeon, es proclamado Salvador del mundo, y Maria también, restablecida y conservada en la gloria de su divina Maternidad, que habia querido ocultar con el velo de la condición mas humillante, es, además, declarada solemnemente Coadjutora de nuestra Redención.

Esto resulta de la profecía de Simeon.

Con efecto, en la parte primera de esta profecía, es Jesús proclamado Salvador del mundo, y ¡con qué arrebató! ¡con qué brillo! Esta es una profecía que, así como el *Magnificat* y el cántico de Zacarias, en la época en que se profirió, y aun en la que fué relatada por San Lucas, entraña la demostración de la divinidad del Cristianismo.

Su fuerza no proviene solamente de su expresión, cuya claridad y plenitud igualan al acontecimiento, sino de la situación y el acento del Profeta. Ya hemos dado á conocer este movimiento de Simeon. ¡Cuán grande es su elocuencia, y qué idea nos da tan cumplida de su divino objeto, ya por su expectación, ya por ese *Nunc dimittes*, que es como el fiador de la profecía!

«Ahora es, Señor, cuando dejas morir en paz  
á tu siervo;

»Porque vieron mis ojos al Salvador, que nos  
has dado.

»Y puesto á la vista de todos los pueblos, la luz

»que ha de alumbrar las naciones y gloria, de tu  
»pueblo Israel.»

Estas cuatro palabras lo dicen todo, iluminan todo el horizonte del Cristianismo y descubren sus mas lejanas profundidades.

En presencia de semejante profecía, la incredulidad no tiene excusa razonable. La resurrección de un muerto no parecia mas decisiva. ¿Dónde está el equívoco, dónde la duda, dónde la explicación posible de tan plena claridad de predicción en medio de una situación tan completamente oscura, fuera de la inspiración divina?... ¿Cómo nosotros, que somos esos pueblos, esas naciones, *sentadas entonces en las regiones de la sombra de muerte* (1), y ante quienes brilla ha ya diez y ocho siglos el Cristo, como el foco de toda luz, somos insensibles á esos dos prodigios, el del suceso y el de la profecía? Forzoso es decirlo. Hay aquí un prodigio todavia mayor, y es el de nuestra ceguera, y de la paciencia de Dios que la permite para justificación de su justicia ó para materia de su misericordia.

El Evangelio añade: *Y el padre y la madre de Jesús se maravillaban de las cosas que se decian de él.*

Lo que admiro yo, es la admiración de Maria. Notad en todas estas relaciones, que en cierto modo están hechas por ella misma, única por quien S. Lucas las sabia, segun ya lo hemos mostrado, cuanto se eclipsa ella, poniéndose siempre en la misma línea que José, y aun tras él: el PADRE y la madre de Jesús, etc., no quiere parecer que sabe mas sobre ello que José; pónese á su sombra, y le deja el honor de una paternidad que la quita á ella misma el de su virginidad, el de su Maternidad.

(1) Profecía de Zacarias.

dad divina. ¿Qué madre, en circunstancia tan crítica para el orgullo de su corazón, no hubiera descubierto el secreto del misterio que constituía su gloria, bastándola para esto adherirse á la revelación que hacía de ella Simeon? Pero no, no se aparta de su humilde discreción, antes bien parece que se hunde más en ella, no dice nada, se pone en el número de los que oyen lo que se dice de su Hijo, y casi nos escandaliza mostrando una admiración que haría creer no conocía á Jesucristo, si no vedasen tal pensamiento los precedentes misterios de la Anunciación, Visitación y Natividad.

En efecto, guardémonos de creer que esa admiración fuese una admiración de sorpresa, por parte de La que había ya recibido los homenajes del Ángel, de Isabel, de los Pastores y los Magos, y había también cantado en el *Magnificat* que todas las generaciones la llamarían Bienaventurada. «Es preciso, dice Nicole, juntar esta admiración con lo que en otro lugar se dice, que *Maria conservaba todo lo que sabía de su Hijo y lo repasaba en su corazón*. Porque la admiración de que se habla en este Evangelio, no es una admiración pasajera, sino una admiración estable y permanente, que servía de alimento, continuo á su espíritu (1).» Esta es igualmente la opinión de Grocio, quien dice sobre ese pasaje: «Esto debe entenderse sin acepción de tiempo, y comprender tanto lo que se había dicho por el Ángel, como por Isabel, por Zacarías y por Simeon (2).»

Por lo demás, Dios no será vencido en este combate entre la humildad de Maria y la gloria con

(1) *Ensayo de Moral*, tomo IX, pág. 272.

(2) Sumendum sine temporis definitione, ut intelligantur tam quæ ab Angelo erant dicta, quam que ab Elisabeta, Zacharia, Simeone.—Annot. in quat. Evang.

que la persigue. Hé aquí, en efecto, que *Simeon los bendice* (al padre y la madre de Jesus) *y dice á Maria su Madre*:

A Maria sola dirige Simeon la segunda parte de su profecía. ¿Por qué así? ¿Por qué no continúa hablando al padre y á la madre de Jesus, ó aun al padre solo, como cabeza y representante del destino de Jesus? «Porque, según dice exactamente Grocio, estaba instintivamente advertido por el Espíritu Santo que Maria era Madre de Jesus sin el concurso del hombre, pues á no ser así, hubiera debido dirigirse al padre (2),» y con ello es directamente manifestada la divina Maternidad de Maria, declarada ya por la proclamación de la divinidad del Salvador.

Pero había otra razón para dirigirse á Maria, razón que añade una nueva gloria á la de su Maternidad: la gloria de Co-redentora del mundo con Jesucristo: esa gloria que tanto se nos echa en cara le atribuyamos, y que como todas las que son objeto de su culto, está solemnemente declarada en el Evangelio.

Con esta intención, como va á verse, se dirige Simeon á Maria solamente y la dice:

«Hé aquí este ha sido puesto para la ruina y la resurrección de muchos en Israel, y como blanco de la contradicción, y aun tu misma alma será atravesada de una espada, para que se descubren los pensamientos de muchos corazones.»

Después de todas las profecías, parécenos que esta debe causar una impresión profunda. Predecir la gloria y el reino eterno de Cristo en el mundo, desde el fondo de su oscuridad y en presencia del

(2) Spiritus instinctu edoctus eam esse matrem sine patre, cum alioquin priores esse patris partes debuissent.—Annot. in quat. Evang.

paganismo universal, es una profecía ciertamente maravillosa; mas predecir que este imperio de Cristo será atacado siempre y siempre vencedor, que será el carácter de su destino el ser siempre controvertido, siempre discutido, y ser la gran señal de contradicción entre los hombres, para su pérdida ó su salud, hé ahí lo que confunde.

El cumplimiento de esta profecía es tan manifiesto como prodigioso. Comienza en el mismo nacimiento de Jesucristo. Vémosle desde entonces despedido de Belen y reducido á la morada de los animales, pero celebrado por Angeles y adorado por los Pastores; buscado por los Magos que vienen de lejos á adorarle, mas perseguido por la espada de Herodes, y obligado él mismo á huir lejos para evitarla. Todo el resto de su vida es un puro encadenamiento de las mismas vicisitudes: es siempre el blanco de la contradicción de los judios, de sus cuestiones, de sus alternativas de oracion y anatema desde el *Hosanna* hasta el *Crucifige*. «¿Hasta cuándo nos ha de tener suspensos? le dicen; si eres Cristo, dínoslo claramente (1).»

¡Cuántos otros han estado desde entonces suspensos, relativamente *al que es el objeto de dudas para muchos*, como el mismo Infel designa al Hijo de Maria (2)! ¡Cuántos lo están en este siglo! Y ¿no vimos ha poco á una gran inteligencia poética, embriagada de las dudas de su tiempo, ir á preguntar á Cristo al pié del Santo Sepulcro, y decirle tambien: *¿Hasta cuando has de tenerme suspenso? Si eres Dios, dimelo claramente*. Si hubiera escuchado bien, en el silencio del orgullo, hubiera oido esta misma respuesta que daba á los judios el di-

(1) Juan, X, 24.

(2) Propias expresiones del Coran, cap. XIX, titulado *Maria*, v. 35.

vino interpelado: *Os hablo y no creéis: las obras que hago dan testimonio de mí* (1). Esta es la única respuesta que da Jesucristo; la de sus obras, del milagro del Cristianismo en las almas y en el mundo: testimonio bastante grande para determinar la creencia sin forzarla, y para dejar á la incredulidad la funesta responsabilidad de sus resistencias. Esta es la causa de que Jesucristo esté *puesto para la ruina y la resurrección de muchos*; porque prueba las almas, y las pone en el trance de declararse en pro ó en contra de la verdad, *para que se revelen los sentimientos de muchos corazones*.

No es esto decir que Jesus haya venido para el mal de nadie; «porque Dios no envió su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él (2).» Pero no podia ser ocasion de mérito y resurrección para los que le reciben, sin serlo de crimen y ruina para los que le repelen. Así lo quiere la ley de la responsabilidad, grandeza del alma humana. Por eso decia él mismo: «Si yo no hubiese hecho entre ellos obras, cuales ninguno otro hizo, no tendrian pecado; mas ahora ellos las han visto y han aborrecido á mí y á mi Padre (3).» ¡Cuántos hay que al parecer no creen en Jesucristo, y sin embargo confiesan la verdad de esta sentencia y la divinidad de su autor por el odio que la profesan! Porque no le aborrecen sin motivo. Y ¿por qué le aborrecen, sino «porque la luz vino al mundo, y aman mas las tinieblas que la luz, porque todo aquel que obra mal aborrece la luz y no se acerca á la luz para que no sean reprendidas sus obras (4)?» Esta es la razon de que sea Cris-

(1) Juan, X, 25.

(2) Juan, III, 17.

(3) Juan, XV, 24.

(4) Juan, III, 19.

to discutido, á saber: que él tambien discute las almas. En este sentido el blasfemo le confiesa tanto como el que le adora: y como es siempre materia de blasfemia ó de adoracion, siempre es confesado en el mundo: siempre está puesto para la ruina ó la resurreccion de muchos, sin que esta discusion eterna pueda inferirle menoscabo, pueda hacer otra cosa que confirmarle.

Estalló primero en el mundo por la reprobacion de los Judíos y la vocacion de los Gentiles. Luego entre estos, en medio del mundo pagano, ¿qué materia de discusion, qué señal de contradiccion no fué Jesucristo? ¿Qué combates, qué choques no se han dado, sobre él, en su rededor? ¿Qué de martillos no se han rotó sobre este yunque? Sobre él ha sido rehecho el mundo, sobre él hemos sido forjados, y no ha cesado de ser batido por los mismos que han salido esta gran discusion. La lucha no ha cesado con el triunfo: continúa para que él sea eterno. Bajo de mil formas que se mudan, constituye el fondo de todas las contradicciones que dividen á los hombres, de todas las revoluciones que los agitan. Ayer, hoy, mañana, esta es siempre la cuestion del día: cuestion de las sociedades, cuestion de las almas, cuestion del tiempo, cuestion de la eternidad; cuestion que subleva las masas; cuestion que hace pensar á los individuos; cuestion por la cual escribimos, cuestion por la cual nos leereis. Este destino de Jesucristo es, en sí considerado, un prodigio sin igual.

Pero lo que levanta prodigio, sobre prodigio, lo que es absolutamente divino, lo que da á la incredulidad el caracter de pasmosamente insensible ó de frenéticamente ciega, es que esto haya sido predicho desde la primera hora del Cristianismo; que su horóscopo lo hiciera el anciano Simeon acerca

de Jesús niño, en los términos mas expresos y solemnes, y que todas las contradicciones de que es Jesucristo el blanco y actores los hombres que se suceden, no han sido nunca ni serán jamás sino el perenne y diario cumplimiento de esta asombrosa profecia: **HÉ AQUÍ QUE ESTE HA SIDO PUESTO EN PRESENCIA DE TODOS LOS PUEBLOS PARA LA RUINA Y RESURRECCION DE MUCHOS Y COMO BLANCO DE LA CONTRADICCION.**

Y ahora lo soberanamente glorioso para Maria, es que esta profecia concierne á ella sola en union con su Hijo, y la presenta como su cómplice y coadjutora en ese gran carácter de blanco de la contradiccion de los hombres, y de estar puesto para su ruina ó resurreccion.

El texto y el sentido del Evangelio no permiten la menor duda sobre este punto.

Con efecto, nótese bien que la profecia de Simeon tiene dos partes muy distintas: la primera por la cual publica que el Salvador será *expuesto á la vista de todos los pueblos para ser la luz que alumbra todas las naciones*; esta profecia no es peculiar de Simeon; ya fué hecha por Zacarias, por el Angel de la Anunciacion y todos los profetas anteriores. Lo que hay propio de Simeon en esta parte de su profecia, es que precisa y muestra al divino Niño que es su objeto. La segunda parte de la profecia de Simeon es propiamente la principal, de que la primera es solamente el preludeo. Allí determina y caracteriza de un modo incomparable la mision y el destino del Redentor: *Hé aquí que este ha sido puesto para la ruina y resurreccion de muchos y para ser una Señal de contradiccion.*

Pero estas dos partes de la profecia de Simeon son principalmente distintas en que la primera se dirige á todos los que están presentes, sin distinguir á Maria de José, unidos en la bendiccion



del Patriarca, y la segunda, por el contrario, se dirige á Maria sola: *Y Simeon los bendijo y dijo á MARIA SU MADRE...* Todos los demás asistentes desaparecen á los ojos del Profeta; José desaparece con ellos: solo queda el *Niño Jesus y Maria su Madre*, y á sola esta se dice: *Este ha sido puesto, etc.*

Y ¿porqué á Maria sola? Porque Maria está implicada en la profecía, porque está en ella identificada con su Hijo. Con efecto: despues de haber dicho: *Este ha sido puesto para la ruina y resurreccion de muchos y como blanco de contradiccion*, Simeon añade al punto: *Y tu propia alma será atravesada de una espada.*

La conjuncion *y*, que une á Maria con Jesús en esta profecía, parecele á Grocio que tiene de tal modo ese valor, que no vacila, autorizándose con la version hebráica, en darle por equivalente esta: *Hasta tal punto que, ADEO UT TUUM QUOQUE ANIMUM GLADIUS SIT TRANSITURUS (1)*; es decir que Jesús debe ser blanco de la contradiccion á tal extremo, que el alma de la misma Maria será traspasada con la misma espada que á él atravesará.

Y el fin de la profecía, *para que se descubran los pensamientos de muchos corazones*, confirma en el mas alto grado esta gloriosa asociacion, porque segun tambien observa Grocio, es claro que estas palabras se refieren á todas las precedentes y envuelven así á Maria en el mismo destino que á Jesus, de revelar lo interior de los corazones y probarlos.

Este destino se consumó principalmente en la grande Inmolacion del Calvario: este fué el paradero de todas las contradicciones anteriores de la vida moral de Jesús, y este sacrificio, este Jesús

(1) Aunot, in quatuor Evang.

crucificado, *Escándalo para los Judios y locura para los Gentiles*, ha permanecido siendo la gran señal de contradiccion que ha quedado entre los hombres, y ha sido puesto en presencia de todos los pueblos para su ruina ó resurreccion.

De manera que esa *Espada* de que se habla en la profecía es, á no dudarlo, la pasion y muerte del Salvador, á que estuvo Maria tan asociada, que las mismas saetas que á él atravesaron traspasaronla á ella.

¡Dígasenos ahora si es posible no unir á Jesús en nuestro culto la que hasta ese punto la estuvo unida en nuestra redencion; si es posible separar lo que unió Dios en la vida y en la muerte para el mismo fin general: *para que se descubran los pensamientos de muchos corazones!* Y ¿no es chocar contra esa profecía, no es *revelar pensamientos*, que no son, segun el Evangelio, segun Jesucristo, segun Dios, el escandalizarse del culto de ese corazon de Maria atravesado con la misma espada que Jesús?

¡Y cómo viene heróicamente el suceso á confirmar esta única manera posible de interpretar el Evangelio! En hecho de verdad solo á la Santa Virgen hizo Jesucristo partícipe de sus dolores. La fé de los Apóstoles era muy débil para esto. Solo ella permaneció firme al pié de su cruz: ella sola asistió al sacrificio de un Dios moribundo, en tanto que la fe de los otros habíase oscurecido y casi apagado. Esto da margen á creer que solo ella tambien experimentó la contradiccion que Jesucristo sufrió de parte de los pecadores hasta su muerte, y que recibió de su Hijo la gracia de ser la compañera de esta pena por todo el tiempo que vivió en la tierra. Gracia singular, que era bien conveniente á la que estaba llena de gracia, á la favorecida de Dios entre todas las criaturas, y la

primera despues de su Hijo. Y esta asociacion no se limitó á la vida y muerte de Jesús. Maria, ¡justificacion admirable de la profecia! no ha cesado jamás de ser compañera de las contradicciones de su Hijo á la faz de todos los pueblos y en toda la sucesion de los siglos. Todas las herejías que han traspasado al Hijo han atravesado á la Madre: y nunca se los ha separado en la afirmacion ó en la negacion, en el culto ó en la blasfemia. Este es un hecho tan cierto como claramente predicho.

Esta profecia está acorde con el suceso en este rasgo singularmente glorioso para Maria, á saber: que hablando de las glorias y dolores de Jesus, la presenta como asociada mas particularmente á sus dolores. No la muestra en el Calvario y no en el Thabor; dondó efectivamente no estuvo, y es que, como dijo una humilde doncella que tenia el talento del amor divino, *para las almas grandes el Thabor está en el Calvario* (1). Expresion sublime, que sólo las grandes almas comprenderán, y que Nicolo ha comentado en un estilo que respira su sentimiento: «Dios, dice, dispone que San Simeon »prediga á la Santa Virgen esa espada de dolor, al »mismo tiempo que publicaba la grandeza y la gloria de su Hijo, para darnos á entender que todas »las grandes gracias que hace en este mundo á »sus escogidos, terminan en padecer. Cuanto mas »aumenta las luces de los Santos, cuanto mas los »llena de amor, tanto mas sensibles los hace á las »injurias de Dios y á los desórdenes del mundo. »No los *eleva* en cierto modo en este mundo sino »para hacerlos pedazos. Las gracias consoladoras »están reservadas para la otra vida, ó son solo »para las almas débiles que necesitan este apoyo: »pero á las almas fuertes y generosas, como las de

(1) *Maria Bustela*, Carta CLVIII.

»la Santa Virgen, no les da comunmente en esta »vida sino gracias que aumentan su afliccion. Verdad es que los otros no se aperciben de ello siempre, y que son pocas las personas que conciben »esta persecucion interior de los grandes justos, »mas no por eso es menos grande y efectiva, y es »muy gran desventura ser á ella insensible, como »es grandísima felicidad el experimentarla (2).»

La narracion del Evangelio termina con la introduccion de otro personaje que es como el compañero de Simeon, la profetisa Ana, la cual viniendo tambien al templo en aquel mismo instante, se puso á alabar á Dios y hablar de él á cuantos esperaban la Redencion de Israel. Estos varios encuentros en el Templo han motivado que se dé al misterio de la Presentacion el nombre de misterio ó festividad de los *Encuentros*. No porque hubiese nada de casual en este acontecimiento, sino el contrario para expresar cuánto habia de providencial en aquel concurso de proféticas alabanzas que vienen á preconizar al Niño Jesús y á Maria su Madre, en el mismo instante que se humillan, sometiéndose la Virgen á la Purificacion, y el Redentor á hacerse redimir.

Quiso Dios que todas las edades, todos los sexos, todas las condiciones, todos los estados de la vida humana celebraran la venida de su Hijo. Ya la infancia le ha saludado con el salto gozoso de Juan Bautista y la ancianidad en el santo arrebató del viejo Simeon; ya los Pastores y los reyes han venido á rendirle tributo; ya el matrimonio en Isabel y Zacarias ha recibido el don de un parto milagroso para darle un Precursor. La virginidad, como el estado mas eminente y perfecto, se habia reservado á su divina Madre. Faltaba la viudez,

(2) *Ensayos de Moral*, tom. IX, pág. 241.

y Ana es quien la representa. Y ¡cuán bien la retrata! «De edad muy avanzada, dice el Evangelio, habia vivido siete años con su marido, con quien se casó siendo ella jóven. Habia perseverado viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años; y no salia del Templo, sirviendo en él á Dios noche y dia en ayunos y oraciones.»

Lo admirable y enteramente divino es el carácter de humildad, de sencillez y santidad de todos estos personajes del Evangelio, á quien es dado festejar la venida del Niño Dios. Seguramente, no nos cansemos de repetirlo, no es así como se inventa, y compadezco á los que vieran en estas narraciones la menor sombra de leyenda, que no besaran con fé y amor sus verídicas y santas páginas.

Acabamos el estudio de esta con una observacion que ya hemos hecho, pero cuyo objeto ha creído con todo lo que hemos observado despues: hablamos del silencio de la Virgen Santísima en medio de todo ese concierto de alabanzas y profecias concernientes á su Hijo y á ella misma. Todo habla á su redor, hasta las piedras del templo, á lo que parece: solo ella calla. Hemos ya admirado este silencio despues de la primera parte de la profecia de Simeon, cuando el Evangelio nos dice solamente que el padre y la madre de Jesús estaban admirados de todas las cosas que decian de él. Pero ¡cuánto sube de punto la sublimidad de este silencio, cuando la profecia encarándose con Maria sola, no la anancia ya esas alegrías y esas glorias á que puede decirse que está acostumbrada por cuanto le han dicho de ellas el Angel é Isabel, los Pastores y los Magos, sino que hace relumbrar por primera vez á sus ojos la espada del dolor que esas mismas glorias y alegrías solo harán mas aguda y centellante; en especial cuando esa profecia solo

se explica á medias, ya cerca de su Hijo, ya en órden á ella misma, y la mantiene suspensa sobre un Océano de siniestras conjeturas cuyas amargas olas vienen á azotar su alma en todas direcciones! Y en situacion semejante, Maria calla: no pide una palabra de aclaracion; recibe los avisos de la Providencia en la medida y el estado en que place á Dios notificárselos, sin tratar de deslindarlos ni anticipar su curso: tranquila, resignada y sublime en la expectacion, como lo estará en el suceso, en el amago como en el golpe, hasta el punto de parecer insensible á puro querer tan solo lo que Dios quiere: «¡Oh prevision! oh sorpresa! oh cielo! oh tierra! oh naturaleza!» exclama justamente Bossuet fuera de si, «pasmaos de esa constancia!»

## CAPITULO XIV.

### LA HUIDA Á EGIPTO Y LA DEGOLLACION DE LOS INOCENTES.

La espada que había profetizado á Maria el santo anciano Simeon y que debia traspasarla en el Calvario de un dolor tan inefable, no tardó en levantarse sobre su cabeza y perseguirla en la persona de Jesús.

El mismo rumor de esta profecia y las alabanzas que resonaron en rededor del divino Niño á su presentacion en el Templo, despertando el que habia ya hecho la venida de los Magos, pudo atraerle este peligro.

Mas sea de ello lo que fuere, en aquel tiempo, dice la narracion divina, «el Angel del Señor se apareció en sueños á José, diciendo: Levántate y toma el Niño y su Madre, y huye á Egipto y está allí hasta que yo te lo diga; porque Herodes ha de buscar al Niño para perderle.—Levántándose José tomó al Niño y su Madre por la noche, y se retiró á Egipto. Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por el Profeta: Desde Egipto llamé á mi Hijo —Entonces viéndose Herodes burlado de los Magos, se irritó mucho, y enviando ministros, hizo matar todos los niños que habian en Belen y en todos sus contornos desde la edad de dos años abajo, segun el tiempo que habia averiguado de los Magos. En entonces se cumplió

«lo que dijo el profeta Jeremias: Una voz se ha oído en Ramá, mucho llanto y alarido: Raquel que llora sus hijos, y no quiso consolarse porque no existen.»

La Impiedad antigua y moderna, Celso y Voltaire, se han burlado de este Evangelio. El primero, dirigiéndose á Jesucristo, le decia: «¿Qué necesidad tenias, tierno Infante, de ser trasladado á Egipto? ¿Para no ser degollado? pero ¿el miedo de la muerte puede mover á un Dios? Un Angel enviado del Cielo te manda á tí y á los tuyos, el huir, para evitar la muerte. Pero ese gran Dios que ya dos veces te habia enviado un Angel; ¿no podia guardarte en tu morada, á tí, su propio Hijo (1)?

Orígenes, que refiere esta blasfemia de su adversario, no la deja sin respuesta. Suspondremos la nuestra para sacar de esta misma blasfemia un argumento en favor de la narracion divina.

Cierto es que nada hay más contrario á la idea natural que nos formamos del poder divino, y sobre todo á la que de él tenia el mundo judío y pagano, como el representárnoslo en la persona de un tierno niño, que huye en brazos de su madre de la muerte que le persigue, y recibe el auxilio del aviso de un Angel que hubiera podido tambien prestarle el de su brazo.

Debemos decir que esta concepcion es absolutamente del mismo género que la de un Dios que nace en un establo y muere en una cruz: es siempre la misma *locura* del Evangelio, en quien no puede desconocerse grande unidad, en esta parte. Por tanto, no á la huida á Egipto solamente, sino á toda la historia de la vida de Jesucristo debe extenderse esta blasfemia de Voltaire: «¿A qué im-

(1) Orígenes contra Celso.

»bécil habrá podido persuadirse semejante absurdo?  
 »¿Y qué imbécil puede leerlo sin indignarse (1)?»

Bajo el punto de vista de Voltaire y del mundo judío y gentil, este sentimiento, por horrible que nos parezca, es plausible y natural. Por eso San Pablo toma acerca de ello su partido y aun se gloria en el Señor, diciendo: «Plugo á Dios salvar al mundo por la locura (2).»

Pero de este sentimiento, sobre cuyo hecho los impíos y nosotros estamos de acuerdo, deduzco contra ellos dos consecuencias invencibles en favor de nuestra fé.

La primera es, que la narracion del Evangelio es verdadera, por la sencillísima razon de que, si no hay *imbécil á quien haya podido persuadirse semejante absurdo*; no haya insensato que haya podido tentar, á su antojo, tal persuasion, y que teniendo á disposicion suya todo el campo de las invenciones, haya escogido, entre todas la que no podia engañar á nadie *ni leerse sin indignacion*.

La segunda consecuencia es que el Evangelio es *divino*, por la razon no menos sencilla de que, á pesar de esa indignacion que debió encontrar y que encontró de tan formidable manera en el mundo judío y romano, habiendo no obstante prevalecido lo que parece absurdo en el Evangelio, hasta el punto de tomar para siempre el lugar de la Sabiduria, no puede menos de ser divina, y que la convencida de absurda es esa Sabiduria humana, pues solo Dios pudo volver el juicio humano en tanta manera trastornado.

Esto podemos inferir resueltamente de cada página del Evangelio, y especialmente de la huida del Hijo de Dios: huida sublime, segun veremos,

(1) *Historia del establecimiento del Cristianismo*, cap. VI.

(2) *Corinth.*, I, etc., etc.

y por ahora, á lo menos, huida verdadera: moralmente verdadera, por la razon que acabamos de indicar.

Históricamente, no lo es menos. La impiedad moderna ha intentado tambien combatirla en el terreno de la historia, desechando el hecho de la Degollacion de los Inocentes como contrario á toda verosimilitud.

Despues de haber dicho que la narracion de los Magos, de tan bella enseńanza, como hemos visto, *era un cuento mas digno de Rabelais y de Sterne que de una obra grave*, añade Voltaire: «La historia de los niños de Belen y sus contornos, degollados por orden de Herodes, que cree degollar al Mesias en la muchedumbre, tiene aun algo de mas ridículo, á juicio de los críticos; pero este ridículo es horrible. ¿Cómo, dicen esos críticos, ha podido imputarse accion tan extravagante y abominable á un rey de setenta años, que gozaba reputacion de prudente, y se hallaba á la sazón moribundo?»

Ese rey, ¿gozaba en efecto la reputacion de prudente? Su ancianidad y la cercanía de la muerte ¿le proteger en tal manera contra la suposicion de haber sido capaz de hacer matar los niños de Belen, que esta suposicion sea *ridícula y aun horrible*?

La historia trazada por mano no sospechosa responde:

«Este móstruo, compuesto de artificio y barbarie, juntaba siempre la piel de la zorra á la del leon. Sabida es la barbarie con que hizo matar á su mujer Mariamna, y cómo hizo degollar en seguida á los dos hijos que de ella habia tenido, temiendo que la vengasen algun dia. La crueldad llegó á ser en él una segunda naturaleza, una necesidad siempre renaciente, como los tigres ne-

»cesitan devorar para vivir. Herodes en su última enfermedad y cinco dias antes de su muerte, hizo matar á uno de sus hijos. Este dicho célebre de Augusto, que valia mas ser su puerco que su hijo, era exactísimo. Neron fué un hombre benigno en comparacion de Herodes.»

Tal es el cliente de Voltaire contra el Evangelio.—¿Y quien ha trazado ese retrato?—El mismo Voltaire (1).—Precioso es convenir en que por habituados que estemos á sus impudencias, esta debe aparecernos *ridicula y aun horrible*, devolviéndole sus propias expresiones.

Este retrato de Herodes no está cargado, ni con mucho. Aun le falta un rasgo importante que traen todos los historiadores, y es, que como previese que el fin de su reinado seria un motivo de contento para todos los Judios á quienes era odioso, imaginó hacer venir de todos los puntos de la Judea á las personas mas notables, hizolas encerrar en el Hipódromo, dijo á sus sucesores: »Sé que los Judios harán grandes fiestas por mi muerte; mas para obligarles á derramar lágrimas; honrar grandemente mis funerales, no bien haya espirado, hareis que mis soldados degüellen á cuantos he hecho encerrar en el Hipódromo, para que no haya casa en la Judea que no tenga por qui llorar (2)»

Esta orden, que no tiene igual en los fastos de la ferocidad humana, no fué llevada á efecto; pero lo hubiera sido por Herodes si hubiera podido sobrevivirse á sí mismo. Hé ahí ese rey reputado *prudente*, á quien es ridículo y horrible imputar la

(1) La Biblia, en fin, explicada por muchos capellanes de S. M. el rey de Prusia, artículo HERODES; tom. XLIX, pág. 416. Ed. Beauchot.

(2) FLAVIO JOSEFO, *Guerra de los Judios*, lib. 1. cap. XXI.—*Biograf. univ.*, Herodes, etc.

muerte de los niños de un pueblecillo de la Judea, al mismo tiempo que degollaba, cuanto estaba en su mano, á las personas mas importantes de su reino para que no hubiera casa en toda la Judea donde no se llorase.

Verdad es que Josefó no menciona el hecho de la degollacion de los Inocentes. Mas en primer lugar, este historiador judio es sospechoso en todo lo concerniente al Mesias, por la baja lisonja que le ha inducido á despojar á su nacion de la gloria de darlo al mundo para trasladar esta gloria á Vespasiano. Además, siendo mas bien favorable que hostil á la memoria de Herodes, de quien hace el panegirico, se comprende que, entre tantas atrocidades de este rey, á cual mayores, no haya creído deber ó dignándose mencionar la muerte de los niños de Belen. Finalmente, no debe echarse en olvido una consideracion importante sacada de las costumbres antiguas, y que esplica la felicidad de la degollacion de esos niños, y el silencio que sobre tal acontecimiento ha guardado la historia profana, á saber, el poco caso que se hacia entonces de la infancia. Solo el Niño Dios la ha dado estima, y glorificado para siempre la memoria de esos pobres *inocentitos* que murieron por él.

Esta consideracion, y el suceso que ella explica, toman grande valor de un hecho análogo que ha ejercitado la crítica, y la ha hecho sacar conclusiones conformes á la verdad de nuestra fé: este hecho es el referido por Suetenio, «que, pocos meses antes de nacer Augusto, como se hubiese anunciado por un prodigio que la naturaleza estaba procreando un rey para el pueblo romano, el Senado lleno de espanto mandó que no se conservase ningun niño varon que naciese aquel año (1).»

(1) Ante paucos, quam nasceretur, menses: prodigium

No conservar un niño, *non educare*, es decir matarle, el infanticidio, era un derecho de los padres universalmente reconocido en la antigüedad y que solo fué abolido por los emperadores cristianos. El Estado, en su omnipotencia, podia revindicarlo, á imitacion de Licurgo, y las costumbres generales no se ofendian por ello. El exterminio, prescrito por el Senado, no tuvo efecto, es verdad pero, no fué un sentimiento de humanidad lo, que á ello se opuso, sino la intriga de la ambicion. «Aquellos, dice Suetonio, cuyas mujeres estaban en cinta, hallándose interesados en la prediccion, se dieron tan buena traza que el *senatus-consulto* no se llevó á los archivos.» La calma y la falta de toda reflexion del historiador al narrar este hecho, dice acaso mas que el hecho mismo sobre lo dispuestas que se hallaban las costumbres públicas á no indignarse por ello.

Ahora, si el Senado romano, en el siglo de Augusto, pudo prescribir de ese modo la muerte de todos los niños varones de Roma, ¿como un monstruo cual Herodes hubiera tenido escrúpulo en mandar la de los niños de Belen?

Y lo que hay de notable en la analogia de estos dos hechos, es que el motivo era el mismo. Ese Rey, cuyo prodigioso anuncio y extraordinario advenimiento aterraban tanto al Senado era el que todo el mundo romano aguardaba en aquella epoca, segun hemos ya visto (1), el que debia ser

Roma factum publice, quo denunciabatur regem populo Romano naturam parturire: senatum exterritum censuisse ne quis illo anno genitus educaretur. Sueton. in *Vita Octav. Aug.*, cap. XLIV.—Esta orden se estendia á toda Roma, que comprendia, en su extension cívica, diez millones de habitantes.

(1) Estas son las conclusiones de una memoria literaria leida el 6 de junio de 1833 á la Sociedad literaria de Lon-

la *Expectacion de las naciones* segun las profecias que recuerdan á este propósito Josefo, Tácito y Suetonio y que tan admirablemente se encontró en Jesucristo.

Jesucristo es por tanto á quien el Senado en Roma y Herodes en Belen perseguian igualmente al exterminar todos los niños de su edad; y es muy fácil concebir como este espanto del poder romano autorizó y exaltó el del rey judío.

Este, por otra parte, debia estar tanto mas conmovido, cuanto, segun hemos dicho ya, se habia constituido competidor del *Rey-Mesias*, y habia conseguido le hiciera pasar por tal la secta de los *Herodianos* que duró hasta la destruccion de Jerusalem y habia consagrado una fiesta en su honor hasta en la misma Roma (1).

Está pues conforme el Evangelio con la mayor verdad histórica, cuando al hablar de la llegada de los Magos á Jerusalem para inquirir donde estaba el Niño-Dios con el fin de adorarle, dice que Herodes *se turbó* por ello, que fingiendo hipócritamente queria él tambien ir á adorarle, averiguó *secretamente* de ellos las circunstancias de su venida, y quiso le prometieran darle cuenta del divino Niño, cuando volvieran, y en fin, que burlado por estos, la *Zorra* se tornó *Leon*, y enfurecido envió ministros que mataran á todos los niños de Belen.

Finalmente, el silencio de Josefo sobre este acontecimiento está compensado con testimonios formales. Macrobio, escritor gentil, lo refiere como un hecho divulgado en Roma á su tiempo, y que

dres. Véase el *Memorial enciclopédico* del mes de Agosto de 1855.

(1) Persio habla de ella en sus Sátiras: *Herodis venere Dies.*

hizo decir á Augusto la espresion citada por Voltaire, que *valia mas ser el puerco de Herodes que su hijo* (1). Celso, que habia leido este hecho en San Mateo, no le contradice, lo que no hubiera dejado de hacer si hubiera sido falso; en fin, San Justino, nacido en la Siria, teatro del suceso, donde habia debido conservarse su memoria, lo alega tambien en el primer siglo al Judio Tryfon, que no lo pone en duda.

Parécenos que esto basta y aun sobra para vengar la verdad de nuestro Evangelio, y tener derecho para exclamar con Bossuet: «¿Donde están aquí los que, para asegurar su fe, quisieran que las historias profanas de aquel tiempo hubieran mencionado esta crueldad de Herodes? ¿Como si nuestra fe hubiera de depender de lo que la inteligencia ó la afectada política de los historiadores del mundo les hace decir ó callar en sus historias! Dejemos esos débiles pensamientos. Aunque solo hubiera aquí miras humanas, hubieran bastado al Evangelista para impedirle desacreditar su Santo Evangelio, escribiendo en él un hecho tan público que no hubiera sido constante (2) »

Deslindada así la verdad histórica del misterio de

(1) Resultaria de esta anécdota que Herodes, celoso de su hijo, le habria hecho matar al mismo tiempo que á los niños de Belen y por la misma causa. Esta coincidencia es inexacta, pero esta inexactitud en nada toca á los dos hechos de la muerte de los inocentes y la del hijo de Herodes, considerados en sí mismos, distinguidas igualmente por Macrobio.

(2) *Elevaciones sobre los misterios. IV Elevacion.* La última reflexion de Bossuet es tanto mas justa cuanto el evangelista es San Mateo, el mas antiguo de todos, y el que escribió su Evangelio para los judios y en su lengua.

la huida á Egipto, apliquémonos á penetrar su sentido.

II.—Despues de la explicacion que ya tantas veces hemos dado de las humillaciones del Hijo de Dios, ocioso es decir que su huida á Egipto está comprendida en esa explicacion, como su nacimiento en un pesebre y su muerte en una cruz: esta era la condicion de su humanidad, y esta por tanto su manifestacion, como el hambre, la sed, el cansancio, y todas las demás necesidades y trabajos de la vida humana con los cuales quiso ser y parecer *Hijo del hombre*.

Así, notad cómo el Evangelio refleja perfectamente esa intencion. No se avergüenza de presentar huyendo á un Dios; no le amedrentan todos los ladrillos de la impiedad, y aun todos los escándalos de una fe vacilante; no disimula esta debilidad del Omnipotente. Pesad todas estas palabras y vereis que todas ponen espanto: *Levántate*, dice el Angel, *toma el Niño y su Madre y huye á Egipto*. No dice: Ve, sino *huye y date prisa*. Hasta el Angel parece que está alarmado del peligro del Niño, y *no parece*, dice un antiguo Padre, *sino que el temor se haya apoderado del cielo antes de difundirse sobre la tierra*,

Pero en tan gran eclipse de la divinidad ¿no habrá algun rayo de gloria, algun prodigio, algun testimonio que venga á realzar esta debilidad de Jesús, y salvar el honor de su adorable nombre, como lo hemos visto en su nacimiento y presentacion? Nada menos. Al contrario, como para retirar le la gloria de estos precedentes testimonios, dice el Evangelio con una verdad que desespera: *Y levantándose José, tomó al Niño y su Madre por la noche y se retiró á Egipto*. ¿Veis ese pobre Niño á quien una mujer trémula, conducida



por un anciano, se lleva, por la noche, lejos de sus hogares, con toda la precipitacion del miedo y toda la desnudez del destierro? Es aquel de quien dijo el Angel á Maria: *Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y su reino no tendrá fin*: Aquel de quien la misma Maria ha dicho: *Mostró la valentia de su brazo; dispersó á los soberbios; derribó á los poderosos, y de quien Simeon acaba de decir: Este ha venido para la ruina y la resurreccion de muchos y para ser en presencia de todos los pueblos la luz que alumbre á todas las naciones. ¡Oh desmentida de tan altas predicciones! ¡Oh aborto de tan gran destino!*

Convenid en que así es como se puede probar la fé, pero de cierto no es así como se procura captarla, y que la verdad del Evangelio tiene á lo menos en su favor su austero desinterés. «Al ver la causa celestial de ese modo comprometida, dice un Padre, el sentido humano se confunde, el alma se desalienta, la inteligencia padece, la fé bambolea, la esperanza vacila, la misma credulidad sucumbe al ver ese trastorno de un Dios que huye de un hombre, del Cielo que tiembla ante las amenazas de la tierra, y del miedo del Padre revelado por la fuga del Hijo (1).»

Mas no os dejéis engañar por las apariencias de la flaqueza en un Dios verdadero, como en todos los falsos dioses engañaron las apariencias de la grandeza.

«Cuando un guerrero valiente huye en la guerra, continúa el mismo Padre, es por un ardid y

(1) San Pedro Crisólogo, *Sermon 150*—*Quid es quod sic cœlestis causa tristatur, ut humanus se confundat auditus, lassetur animus, laboret intelligentia, fides nutet, spes titubet, credulitas ipsa succumbat, persequente homine Deus fugit, se-viente terra cœlum trepidat, et pavor Patris filio fugiente monstratur?*

no por temor. Cuando Dios huye del hombre, muestra un sacramento, no el temor; cuando se replega ante el enemigo, no es que tema su persecucion, sino que intenta atraerle fuera; quiere vencerle abiertamente y conseguir de él un triunfo público; por eso Cristo huye; para tomar su tiempo mas bien que para que Herodes no le aprenda (1).»

Comprended esta divina estrategia: el Hijo de Dios ha bajado á la arena de la humanidad para empeñar como Hijo del hombre una lucha con el Enemigo de nuestra salvacion, y librarnos de su tirania. Esta lucha comienza desde su entrada en la carrera; pero estos no son aun mas que preliminos, y si puedo así decirlo, *falsos ataques* de la suprema accion que solo debe darse en la cruz. Hasta entonces el Enemigo, á quien el Hijo de Dios solo oponia su humanidad y á quien cebaba en cierto modo con ella, le atacaba como á uno de nosotros, y se engolfaba cada vez mas en el error de que nuestro Libertador divino era un puro hombre, que todo lo podia contra él hasta atreverse á tentarlo. No recelaba, en su ceguedad, que cada paso con que seguia al hombre, le precipitaba sobre el Dios, hasta que atraido al gran día de la Pasion de nuestro Salvador, y creyendo haberle vencido por siempre en el Calvario, se halló que él era quien habia recibido el golpe fatal de ese Hijo del hombre, que segun dice San Pablo, *abolió la sentencia de nuestra condenacion clavándola en su cruz, y despojando á los principa-*

(1) *Bellicosus quod in bello fugit, artis est, non timoris; Deus quando fugit hominem, sacramenti est, non pavoris potens; quando se subducit infirmo, insequentem non parat, sed foris producit: vult enim in aperto vincere, qui publicam referre cupit ex hoste vitoriam: hinc est quod Christus fugit, ut cedat tempori non Herodi.*

dos y potestades del Infierno, con su muerte se llevó cautivas, y triunfó de ellas, á la faz del universo, en su persona (1).

Tal era el designio de Dios que nada debía venir á perturbar y á que todo debía servir, hasta los crímenes de los hombres.

Por eso Jesucristo ni debía sucumbir al hierro de Herodes, ni defenderse de él con milagros.

No debía sucumbir; no porque debiera librarse de la muerte, pues solo para morir habia venido y habia de vencer muriendo; sino porque debía morir *cuando todo estuviera consumado*, en su tiempo, en su hora, á su voluntad, como árbitro de la vida y de la muerte; como Dios, segun él mismo habia declarado diciendo: *Nadie me quita mi vida, sino que yo la doy de mi mismo; y tengo poder de dárla y tengo poder de volverla á tomar* (2), por lo cual dice excelentemente San Fulgencio: «Se dignó huir á Egipto, para mas adelante dignarse de subir á la cruz: pues le hace morir su bondad propia, no la malignidad ajena (3)» Por eso no debía sucumbir al hierro de Herodes.

Mas no debía tampoco defenderse con milagros: primero, porque no convenia que anticipase, niño todavia, la manifestacion de su poder milagroso que estaba reservado para testimonio de su apostolado: y luego, porque aun en la época en que ejercia este divino poder por medio de tantas curaciones y beneficios para con los hombres, no vemos que hiciera uso de él para su defensa: por la

(1) Celoss., II, 15.

(2) Joann., IX, 18.

(3) Dignatus est in Ægyptum fugere, ut postea crucem dignaretur ascendere: facit enim eum mori benignitas propria, non malignitas aliena.

admirable razon de esa economia, que era juntamente manifestar su perfecta humanidad á nuestra flaqueza, que la hubiera puesto en duda, si el milagro hubiera venido á suspender sus leyes en favor suyo; darnos, sufriendo la miseria humana bajo todas sus fases, grandes ejemplos que nos enseñaran á soportarla y amarla con el atractivo de esta divina participacion; y finalmente, para que, segun ya lo hemos dicho, fuera el hombre, el hijo del hombre, quien derribase al Enemigo del hombre y triunfase de él en su humanidad, asi huyendo como muriendo.

¡Qué lujo de razon y sabiduria se halla oculto bajo de la pobreza y locura del Evangelio!

Por todas estas razones puede decirse á los que se escandalizan de la huida de Cristo lo que decia él mismo á los que se escandalizaban de su muerte: «¡Oh necios y tardos de corazon para creer! por ventura no era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrase así en su gloria (1)?»

Pero es preciso sobre todo mostrarles que así esta fuga como esa muerte, es mas digna de la majestad de Dios que su preservacion por medio del milagro.

Para esto, entiéndase bien que es nada para Dios el obrar con poderío, pero que es cosa admirable que un Dios se humille y anonade. Con efecto, ejerciendo su poder, solo hace una cosa que le es muy natural, como lo es para nosotros el obrar con debilidad; y domina solamente á lo que le es inferior; al paso que cuando, *se anonada á si mismo*, se domina á si mismo, se las há con su igual y nos muestra el mayor y mas interesante de los prodigios: la Omnipotencia, señora de sí misma; hasta reducirse á la debilidad mas extremada, y

(1) Luc., XXIV.

anonadarse así por amor. Por eso el lenguaje de los libros Santos está maravillosamente conforme con esta doctrina. ¿Nos representan al Todopoderoso creando los mundos? Son, dicen, obra de sus DEDOS: *Opera digitorum tuorum* (1). Pero ¿hablan del Omnipotente cuando se anonada á sí mismo? Entonces le hacen desplegar todo el poderío de su BRAZO: *Fecit potentiam in BRACHIO suo* (2).

Este prodigio del Omnipotente es el que se nos muestra en Jesus fugitivo en los brazos de Maria, así como en Jesucristo muriendo en la Cruz.

Que ahora, en ese estado de extremada flaqueza conmueva todo el universo y renueve toda su faz, nada habrá mas divino ni en que mas visible aparezca la señal de la Omnipotencia.

El Hijo de Dios haciéndose recibir viniendo en las nubes del cielo, rodeado de sus Ángeles, armado de sus rayos y en todo el esplendor de su Majestad, solo hubiera hecho una cosa facil, y, por decirlo así, vulgar, puesto que así es efectivamente como el vulgo se ha representado siempre la Divinidad. Ciertamente vendrá al fin de los tiempos con que ese aparato, pero no será convencer, sino para juzgar la tierra. Teniendo pues que convencernos de su Divinidad, es decir, persuadirnos de ella de un modo soberano y facultativo, á la par que nos quitará toda razon dejándonos toda libertad de desconocerla; no podia darnos mayor testimonio de poder, que el de reducir su mismo poderío al anonadamiento de la cruz, y desplegarle luego en esta cruz, hasta someter en ella todo el universo.

Pues lo que decimos de la cruz, podemos decirlo de todos los demás anonadamientos del Hijo de Dios,

(1) Salmo VIII. 4.

(2) Luc. I. 51.

que solo fueron los grados de este supremo anonadamiento: podemos decirlo en particular de su huida á Egipto.

No es Herodes quien obliga á huir al Hijo de Dios, sino el Hijo de Dios quien se reduce á ello: huye, no por temor sino por designio; no por necesidad sino por poder. Y ¡qué poder el que da tal ventaja sobre la misma Divinidad á un simple mortal; el que reduce al Inmenso á no tener casa, ni hogar; el que fuerza al Omnipotente á huir, tierno niño, en brazos de su madre! Pero, notadlo bien; este niño, en ese estado de fuga, es ya el terror de los reyes, quien hace bambolear á esas potestades del mundo, que viene á derribar, como la gloria tambien de los humillados á quienes viene á ensalzar.

Para realzar la gloria de esta fuga se ha recurrido á tradiciones dudosas y aun á invenciones pueriles, segun las cuales el Niño-Dios manifestó su Divinidad por medio de milagros, en esta circunstancia de su vida. Uno de estos milagros consistiria en que, durante su huida á Egipto, se conmovieron algunos ídolos y cayeron por sí mismos á su paso. Otro nos lo representa entretenido en modelar con tierra pajaritos que toman vida en sus divinas manos y vuelan al cielo. El Evangelio ha desdeñado estos adornos para atenerse á lo verdadero, que es mucho mas sublime. Dos prodigios análogos, pero mucho mas dignos del Hijo de Dios, revelaron su Divinidad en esta huida. El primero, que siendo niño tiernecito pusiera ya en conmocion no á dioses de piedra ó de metal sobre su base, sino á dioses de carne, á potestades en sus tronos y las trastornara el juicio hasta enloquecerlos. Esto es lo que vemos en esa *turbacion* de Herodes de que habla el Evangelio, y en esa horrible estravangancia de la degollacion de Be-

len: esto es lo que nos parece mas aun en aquel *terror* del coloso romano que para precaverse contra este niño aun no nacido, decreta la inmolacion de todos los niños varones que nazcan dentro de un año: vanos furios que comienzan la série de memorables persecuciones que el paganismo opondrá á Jesucristo y que no impedirán el cumplimiento de esta expresion de Maria de que son ya preludio y presentimiento: *Deposuit potentes de sede*.—El segundo milagro que muestra la Divinidad de Jesús Niño en la persecucion de Herodes, y el primer cumplimiento de ese otro dicho de Maria, *Exaltavit humiles*, es que, tomando á su cargo y modelando en cierto modo por su propio destino el de aquellos pobres inocentes sacrificados por él, y que eran despreciados y hollados, como la tierra, en los juicios de los hombres: es que haya hecho volar, por así decirlo, su memoria angélica en el cielo de la Iglesia hasta nosotros, como la de los primeros mártires y compañeros de su persecucion, hechos para siempre los de su gloria: gloria muy desconocida al siglo de Augusto, pero saludada así en el de Luis XIV por el génio de Bossuet: «¡Niños bienaventurados, cuya vida ha sido inmolada por conservar la vida de nuestro Salvador! Si vuestras madres hubieran conocido este misterio, en vez de alaridos y llanto, hubiéranse solo oído bendiciones y alabanzas. Nosotros, pues, á quienes ha sido revelado, sigámonos con nuestros gritos de alegría á esa tropa bienaventurada hasta el seno de Abraham. Vamos á bendecirla, á glorificarla, celebrarla hasta en el cielo; saludemos con toda la Iglesia estas primeras flores, y escuchemos la voz inocente de estas afortunadas primicias de los mártires (1).»

(1) *Elevaciones sobre los misterios, IV Elevacion.*

Tal es el misterio de la huida á Egipto. Fáltanos considerar la parte de gloria que cabe en él á Maria.

III—Uno de los mas gloriosos y tiernos testimonios que pudo darnos el Hijo de Dios de la dignidad supereminente de su Santa Madre, despues del de haber querido tomar la vida en sus entrañas, es el haber hecho de su seno maternal el refugio y asilo de esa vida, que debe ser la del mundo, contra los que quieren arrancársela.

No por necesidad, segun hemos visto, sino con toda idea escogió, entre los medios de librarse de Herodes, el de la fuga. Y lo escogió evidentemente con todas las circunstancias que le acompañaron y para todos los fines que le siguieron. Así, el testimonio que de ello resulta para Maria es un testimonio de intencion y eleccion de parte de Dios: esto es indudable. No digo que sea ese el único fin de este misterio, pues Dios tiene siempre fines infinitos; digo, sí, que es uno de los fines mas visibles y que, por tanto, quiso Dios que mas notáramos y honráramos.

Jesús podia aniquilar á Herodes; podia librarse de sus asechanzas por otro medio que la huida; podia huirse á un pais amigo, como el de los Magos, y no á un pais extranjero, bárbaro y enemigo de los Judíos como el Egipto, donde Maria no hallará deudos, ni amigos, ni conocidos; podia huir en compañía de su primo San Juan expuesto como él á la persecucion, y de Isabel su parienta, que hubiera compartido con Maria el honor de servirle, salvarle y guardarle. Pero no; Jesús solo quiere á Maria, porque Jesús profesa á Maria un amor soberano, singular y en cierta manera único. Quiere pasar su infancia en un pais extranjero para no tener mas conocidos, mas deudos, mas amigos que Maria; quiere depender solo de ella, y que ella

sola le conserve como ella sola le ha engendrado. No quiere mas retiro ni más trono que su regazo virginal, mas litera que sus brazos maternales, otra mesa que sus pechos, otra compañía, otras caricias familiares que las suyas; quiere que diga de él lo que su Padre dice de las criaturas: *Ego feci, ego feram, ego portabo et salvabo*: yo te he hecho, yo te sostendré, yo te llevaré y salvaré (1).»

¡Oh tierno privilegio de Maria, muy digna de la Virgen de las virgenes, de la Reina de los Angeles, de la Madre de Dios! Privilegio empero que la hace aun mas digna de todas estas glorias por todas estas glorias por todas las pruebas y dolores con que se compra. ¿Quién dira estas pruebas de la fe, de la constancia y resignacion de Maria, cuando llena aun el oido y enagenado el corazon con los acentos de profética alabanza que acaban de resonar en el templo de Jerusalem acerca de su hijo y de ella misma, se ve súbito, sumergida con él en tal abismo de terrores y peligros? ¿Qué gracia supone esa union de infortunio con Jesus, qué mérito de correspondencia! ¡Y como se cumple ya aquel dicho, que la misma espada de dolor que atravesará el corazon de Jesus, traspasará el corazon de Maria! ¡Qué prueba para este corazon, aquella espada, ó mas bien aquellas mil espadas de Herodes levantadas sobre su cabeza y atravesándola de tantos terrores como víctimas hacen! ¡oh llantos y alaridos de Raquel que llora á sus hijos y no quiere consolarse porque no existen: ¡qué lugubre eco no hallais en el alma de Mari! Y en peligro tan extremado, no hay mas defensa que un anciano mas propio para correr el peligro que para conjurarlo. Pero el cielo quizá envíe su Angel

(1) Isaias XLVI. 4.

el Angel de la Anunciacion, que venga á salvar el honor de su profecía y el destino de ese Hijo del Altísimo cuya grandeza ha evangelizado: viene efectivamente un Angel, pero es para añadir, en cierto modo, el mismo terror del cielo al de la tierra, y llevarle á su colmo inspirando la fuga y el destierro.

Es pues forzoso huir, y huir á toda prisa, virgen tímida, pobre, sencilla, cuya vida entera se ha pasado á la sombra del hogar, y que no conoce del Egipto sino las persecuciones que sus padres sufrieron allí y que parecen amenazarla. El Evangelio, segun su ordinaria sobriedad, no nos da á conocer pormenor alguno de esta huida y destierro, dejando á nuestra piedad y nuestra fe el cuidado de representarselas. Reduciéndolos á lo que encierran de mas sencillo y verdadero, vemos allí muchas alarmas, fatigas, privaciones, peligros que son nada para la misma Maria y su fiel José, pero que son infinitos por el valor del divino depósito que se ha confiado á su ternura, y en quien padecen mil dolores. José padece en su solicitud de adopcion por Jesus y por Maria. Pero Maria padece en su solicitud natural para con Jesus: solicitud maternal, virginal, divina é infinita como su objeto, que la mueve á estrecharlo contra su seno, que quisiera poder de nuevo encerrarle en él, y que se lo identifica en tal manera que forma de los dos ese compuesto de amor y confianza, de naturaleza y de gracia, de maternidad y divinidad que el Evangelio llama *el Niño y la Madre*, expresion en que se siente como los abrazos del amor filial y del afecto materno estrechados por el peligro y la desgracia. Si una madre y un hijo ordinarios nos ofrecen, en situacion semejante, lo que encierran esos afectos de mas tierno, ¡qué será la Madre Virgen y el Niño Dios! ¡Ese niño

admirable, suspiro de los Patriarcas, expectacion de las naciones, precio del mundo, delicias del cielo, muy amado del Padre, sin tener mas asilo ni hogar que ese regazo virginal, tan débil para defenderlo y tan adecuado para conocer su precio! Ciertamente que la fé debia cubrir á Maria con su escudo, y no debia temer resguardada con las promesas celestiales: pero este escudo era invisible, esas promesas habianse oscurecido, y hasta encerraban una *Espada de dolor* pendiente sobre su cabeza, y que creia ella ver á cada instante atravesarle el alma en este divino Niño que *debe ser blanco de contradiccion*. Asi estas mismas garantías de salvacion eran pruebas para la fé de Maria; dejábanla con todos sus terrores, ansiedades y tristeza respecto de Jesús.

Pero Jesús no la dejaba sin fuerza, sin consuelo y hechizo para soportarlas. ¿Quién dirá la muchedumbre de gracias que en esa huida y destierro derramó en el corazón de Maria que tanto padecia por él? ¿con que retorno de bendiciones y unción divina pagó sus inquietudes y desvelos? ¡Oh caricias, oh besos de Jesús! ¡oh miradas, oh sonrisas! ¡oh balbucencias del Verbo de vida al responder á los brazos, á las lágrimas y ternezas de Maria! «¡Oh felices besos, dice San Agustín, impresos con una boca humedecida de leche, cuando entre los mil indicios de una infancia que aun no se sostiene, jugaba Jesús en el seno de Maria, como su hijo verdadero.» *O felicia ocula lactentis labris impressa, cum inter crebra indicia reptantis infantie, utpote verus ex te filius tibi matri alluderet!*

¡Puerilidad, dirán algunos, niñería digna de risa! —«Puerilidad, sí, responde Gerson, mas puerilidad de Dios, niñería mas sublime, mas fuerte, mas sabia, creedlo bien, que el mundo en-

»tero. No hay corazón tan perverso ni endurecido que no se ablande con el sentimiento de una piedad eminente, cuando una fé viva le muestra al Ser Supremo reducido á ese estado de infancia por nosotros, hombres miserables, y por nuestra salvacion. Quiso hacerse niño como nosotros, porque quiso que el que pretende subir á la cumbre de los cielos, se haga niño como él, sea inocente, puro, humilde, sencillo sobre todo. Si, como niños recién nacidos, pedid la leche de la virtud, de la sabiduría y de la vida (1).»

- (1) *Dixerit hoc aliquis totum puerile relatu  
Nullo; sed risu dignum, puerile fatemur.  
Sed puerile Dei, sed stutum, es debile, majus.  
Fortius; et sapientius isto est, credite, mundo.  
Nihil duro corde pejus, nihil tetrius, ut quid  
Majori pietate facit mollescere corda.  
Quam dum certa fides cernit, puerescere Summum  
Propter nos homines miseros nostramque salutem.  
Vult similis fieri nobis, vult sin pueru par  
Scandere qui satagit cœli fastigia parvus:  
Innocuus, purus, humilis, super omnia simplex.  
Infantes quasi nunc geniti tac pascite, nempe  
Lactescit vobis virtus, sapientia, vita.*

JOANNIS GERSONIS, *Josephina*. —Estos bellos sentimientos no eran para Gerson un asunto de amplificacion poética: sabido es como los practicó, cuando este canciller de la Universidad, esta gran lumbrera de la Francia y de la Iglesia, este oráculo de los concilios de Pisa y de Constanza, á quien la Providencia, dice Bossuet, habia elevado sobre los demás por su carácter y talento, para oponerle á los errores de su siglo, se redujo por humildad al cargo de maestro de escuela ó catequista de los niños á quienes reunia diariamente en la Iglesia de San Pablo en Lyon, y de los cuales no exigia otro salario que esta simple oracion dirigida á Dios, y que fué aun repetida por ellos la víspera de su muerte: *Señor, tened piedad de vuestro pobre siervo Gerson.*

Esta leche celestial de su gracia, de su fuerza y suavísimos consuelos derramaba Jesús en el corazón de Maria al recibir la de sus pechos, y hacia gustar á esta Virgen santa y al bienaventurado José los embelesos del mas celestial reposo, entre tantas crueles vicisitudes, ¡Oh reposo en Egipto, oh Santa Familia! ¿quien podrá dignamente representaros, cuando, fatigados del camino, parábase nuestros desterrados al aspecto de todavía lejano de los pueblos, y en verde y retirado bosquecillo, jugaban con el niño Dios ó le miraban dormir, Maria con atención solícita, José con serena contemplación? Albano! Rafael! tomad vuestros pinceles mas suaves, evocad las inspiraciones mas puras del genio católico, y mostradnos en vuestros lienzos inmortales ese divino reposo, cuyo religioso encanto hiere los corazones mas impíos, y solo encuentra creyentes. No temáis representarnos ahí á los Angeles adorando á su Dios y sirviendo á su Reina; porque visibles é invisibles, estos Espiritus celestes estaban allí ciertamente, acercándose y apiñándose en torno de Jesús y de Maria, cuanto se dignaba permitirselo el anodamiento del Verbo que los habia dejado por nosotros.

Respetemos tambien nosotros este asunto divino; no tratemos de agotarlo, y dejando al lector que lo contemple y medite en silencio, volvamos con la Santa Familia á Nazareth.

## CAPITULO XV.

## SAN JOSÉ.

«Muerto Herodes, hé aqui que el Angel del Señor se apareció en sueños á José en Egipto: diciéndole: Levántate y toma el Niño y su Madre y vé á la tierra de Israel, porque han muerto los que buscaban la vida del Niño. Levantándose José: tomó al Niño y su Madre, y vino á la tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y avisado en sueños; se retiró al país de Galilea, y llegando allí, habitó en la ciudad que se llama Nazareth (1)»

Lo que mas resalta en este misterio de la vuelta á Judea, y lo que ya se ha visto en el de la huida á Egipto, es la perfecta sencillez de José en su obediencia á la voluntad de Dios, y en su fidelidad á la Providencia, como guardian y conductor de Jesús. Se le dice que vaya á Egipto, y va; se le dice que permanezca allí hasta que se le avise, y permanece; se le dice que vuelva á Judea, y vuelve; que se retire á Galilea y se retira. Sigue todos los movimientos de Dios, como la sombra sigue al cuerpo, sin oponer nunca la menor tardanza, sin pedir nunca la menor explicación, sean cuales fueren las dificultades é imposibilidades aparentes. Y notad el carácter de todos los avisos que se le dan: que siempre es *durante su sueño* cuando el cielo se los envía, y esto basta para que

(1) Math., II, 13, 21.

obedezca perfectamente. No espera á verse favorecido con una aparicion brillante, no le detiene la especiosa duda de si tomará sus propios ensueños por revelaciones; levantándose, toma el Niño y la Madre, y se va... ¿Se vio jamás sencillez mas perfecta? Por ella quiso ser conducido el Hijo de Dios: ese es el Ayo del Príncipe de Paz del Rey de Gloria.

Notad este otro carácter de José: Jamás ha dicho nada: el Evangelio no trae ni siquiera una palabra suya. Aunque los Evangelistas y la misma Maria lo nombren el primero, nunca es él quien habla: y Maria, con ser tan modesta y humilde, se ve obligada en cierto modo á prestarle su voz. En fin desaparece de la tierra sin que se sepa cuando ni como: se ha dicho que era carpintero; se sabe que sostenia á Maria y Jesús con su trabajo: se le menciona por última vez cuando se busca y encuentra á Jesus en el Templo; y despues de esto ya no se habla de él.

Nos ha llamado la atencion el carácter de esta figura, eminentemente sencilla, tranquila, silenciosa, y sobre todo oscura, mas bien sombra que figura, y nos hemos propuesto estudiarla.

Ahora pues, nos ha parecido maravillosamente acomodada á su cargo, que era el de ocultar al Hijo de Dios, y en cierto modo oscurecerlo.

Representaos toda la economía del misterio de la Encarnacion como un gran cuadro en que vereis pintado á Dios el Padre, á su Hijo único, al Espiritu Santo y la Virgen Santisima, y á estas cuatro personas brillando con tantas luces como prodigios obran en este misterio. Pero al paso que en un cuadro material la sombra tiene siempre por objeto hacer resaltar las figuras; aqui, por el contrario, se necesita una sombra que temple ó apague su excesivo resplandor, no sea que deslumbrén ó cieguen los ojos de los mortales; y solo Jo-

sé tiene tan gran virtud de oscuridad que hasta para cubrirlas, hasta el tiempo en que plazca á Dios manifestarlas.

Con efecto, la Virgen Santisima está oculta á la sombra de San José: su Virginidad, su Maternidad divina están cubiertas con el velo de su matrimonio. El Espiritu Santo está igualmente oculto bajo de esta misma sombra, porque lo que nació de Maria, dice el Evangelio, es obra del Espiritu Santo; esta es su obra capital, su gloria, cuyos rayos apaga en sí el humilde esposo de Maria. ¿Qué diré de esa misma obra maestra, del Hombre-Dios sepultado en esa oscuridad hasta el punto de pasar por hijo del carpintero? Finalmente, Dios Padre está de tal modo cubierto por San José, que habrá menester, en cierto modo, venir él mismo á reivindicar su Hijo el dia de su bautismo, con esta expresion celestial: *Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias* [1].

Los Apóstoles, y todos los demás Santos, los Doctores, los Pastores, los Confesores, los Mártires, tuvieron todos por mision predicar á Jesucristo á toda criatura, derramar á lo lejos el buen olor de su nombre, proclamarlo ante las potestades, y llevar su sonido hasta los confines de la tierra. Pero José es un Santo de todo punto singular, predeterminado para un ministerio enteramente contrario: para ocultar su gloria hasta el tiempo de su manifestacion, para amortiguar sus reflejos, para favorecer sus retardos y sorpresas.

Habiendo querido el Hijo de Dios, por muchas razones que ya hemos admirado, reservar á su muerte y cruz el misericordioso prodigio de atraer á sí todas las cosas y triunfar públicamen-

(1) Luc. III. 22.



te de las potestades del siglo, si los misterios de su concepcion divina y de su nacimiento de una Virgen se hubieran divulgado antes de ese tiempo, estas potestades, *que no le hubieran crucificado si hubieran conocido en él al Rey de gloria* (1), hubiera cedido á su Divinidad prematura y demasiado abiertamente. Pero, creyendo que ha nacido de un matrimonio ordinario, toman al Dios por un niño. Este viene silenciosamente á ejecutar sus grandes designios ocultándolos á la sombra de José que pasa por padre suyo y que aparta ó desconcierta las sospechas, hasta el día en que haciendo resplandecer súbitamente su fuerza y su gloria en la debilidad é ignominia de su muerte, se reconocerán las divinas estratagemas de este poderoso Redentor del hombre, que se habrá servido de un José para ocultarlas, así como de una cruz para hacerlas triunfar eternamente en el mundo.

Tal es el papel único de José; papel oscuro, pero por lo mismo mas sublime: Que así como es mayor prodigio ver la gloria de Dios anonadada, que el verla brillando en majestad, así la Omnipotencia de Dios se mostró en cierto sentido mas milagrosa en solo José, de quien se sirvió como de un velo para ocultar su gloria, que en todos los demás Santos que empleó para manifestarla; y debe mirarse y venerarse á este gran Santo como á esas augustas tinieblas de que habla la Escritura, en que la Majestad de Dios ha querido ocultarse (2).

Pero, á la manera que esas nubes que el sol no alumbra sino por la parte que no vemos, y que son tanto mas luminosas por la parte del cielo cuanto mas oscuras por la de la tierra, así la gloria de Jo-

(1) I Ad Corint., II, 3.

(2) Posuit tenebras latibulum suum. Salmo XVII, 12.

sé resplandece á los ojos de Dios y de los Angeles en proporción de su oscuridad á la vista de los hombres.

Probemos á penetrarla considerando á este gran Patriarca de las almas ocultas y supereminentes, ya como esposo de Maria, ya como Padre, mantenedor y Ayo de Jesús.

I.—Como esposo de Maria, es el fiel depositario de su virginidad, el custodio de su reputación, y el casto amigo de esta Virgen Santísima. No es esto decir que no sea su verdadero esposo, pues lo es, como en otra parte dijimos, desde el punto en que Maria y José se dieron uno á otro su virginidad por un verdadero matrimonio. Pero, según el mismo fin de este matrimonio, se la dieron á guardar, con la mira de tener á Jesucristo, que es el milagroso fruto de esta Virginidad conservada, y en quien se aman con un amor conjugal cuyo casto ardor los une y confunde en lo mismo que los separa.

Leemos en el Éxodo, que sobre el arca de la Alianza habia dos Querubines, que extendian sus alas para cubrir, cada uno por su lado, el *propiciatorio*, parte superior del Arca, donde se dignaba Dios dar sus oráculos y mostrarse propicio á las plegarias que se le presentaban. Uno de los Querubines tenia la figura de una joven doncella y el otro la de un hombre, según observa el sabio Autor de las *Antigüedades judáicas* (1); y ambos á dos, colocado uno en frente de otro, tenían su rostro algo inclinado y fijos sus ojos en el propiciatorio, hecho de una gran lamina de oro finísimo, y en el cual se veian siempre el uno al otro como en su espejo. El verdadero propi-

(1) Arias Montano.

ciatorio, de que el antiguo no era mas que la figura, es Jesucristo, que realmente nos ha vuelto á Dios propicio, y es el único por quien son oídas nuestras oraciones, y por consiguiente, Maria y José, unidos entre sí con el vínculo de un sagrado matrimonio, son los dos Querubines que cubren el propiciatorio con sus alas. Uno y otro tendían los brazos y se daban las manos para proteger, sostener, guardar y servir á Jesus. Uno y otro solo tenían que para verle, corazones para amarle, y sin mirarse directamente uno á otro, se veían siempre en él como en el espejo de la Divinidad en que Dios Padre se contempla eternamente, y todos los bienaventurados se conocen y aman con perfeccion. En este ardiente espejo de la verdad divina se veían y amaban José y Maria con celestial amor, y contemplaban la Majestad de Dios anonadada por amor de los hombres (1).

II.—Si José es perfecto esposo de Maria, no es menos Padre de Jesús. Ciertamente no le engendró de su sustancia, y en este sentido no es propiamente padre del que no tiene Padre (2) en su Humanidad, como no tiene Madre (3) en su Divinidad. El Hombre-Dios solo tiene un Padre y una Madre que son Dios y Maria; y en este sentido, José es la sombra de Dios Padre, cuya figura toma y cuyos movimientos sigue con admirable fidelidad, en toda su conducta con Jesus; gloria muy grande ya, pues que cuanto la sombra está unida

(1) Hemos tomado esta bella página de un autor á quien difícilmente leerían los hombres del mundo á causa de las redundancias y superfluidades de mal gusto que afean en él bellezas de primer orden; Dargentan.

(2) Ad Hebr.

(3) *Ibid.*

al cuerpo, lo reproduce y de él participa, otro tanto, por su fidelidad y sencillez incomparables, participa José del Padre eterno de Jesus. Pero admirad cuanta gloria hay oculta en este gran Santo! No fué solamente la sombra pasiva del Padre celestial, sino que fué su sombra animada: »Fué, dice M. Olier, como un sacramento del Padre eterno, bajo del cual Dios llevó, engendró su Verbo »encarnado en Maria.» Para este fin, dice Bossuet, siguiendo á San Juan Crisóstomo, dió Dios á José cuanto puede pertenecer á un padre sin ofensa de la virginidad; y aun esto de no ofender la virginidad, lejos de amenguar esta Paternidad augusta, la consagra, puesto que Jesus es fruto de esa entereza que es el bien de Maria, pero que es tambien el depósito y el bien de José, y que fué guardado por su fidelidad comun. De manera que puede decirse que no usan del matrimonio sino para cumplir mejor sus fines, puesto que es para tener al Niño-Dios. Por eso José tenía para con este divino Niño un verdadero corazon de padre; un corazon tanto mas perfecto en estos sentimientos, cuanto Dios, á falta de la naturaleza corrompida que no lo da siempre como conviene, le habia hecho un corazon de intento, y á medida digámoslo así, de su divino objeto, derramando en él el propio amor con que ama á su Hijo único. Porque, según añade excelentemente M. Olier, »el Padre, en sí mismo, ama á su Hijo como Verbo eterno, y, en San José, ama á este mismo Hijo, como Verbo encarnado. Él residia en el ama »de este gran Santo, y la hacia participante no solo »de sus virtudes, sino tambien de su vida y su amor »de Padre.»—Por esto, observa superiormente Bossuet, por esto obedece Jesus, y José no teme mandarle. Y ¿de dónde le viene ese atrevimiento de mandar á su Criador? De que habiendo el ver-

»dadero Padre de Jesucristo, ese Dios que le engendra en la eternidad, escogido al divino José para que sirviera de padre en medio de los tiempos á su Hijo único, hizo en algun modo correr á su pecho algun destello del amor infinito que tiene á su Hijo: esto es lo que le levanta el corazon; esto lo que le da un amor de padre, en tal manera que el justo José, que siente en sí un corazon paternal, formado á propósito por la mano de Dios, siente tambien que Dios le manda usar de una autoridad paternal, y se atreve á mandar al que reconoce por su Señor (1).»

Esta es la causa de que San José sea llamado en el Evangelio, sin reserva ni reticencia, padre de Jesús; que ejerza todos los derechos de tal así como tiene todos sus afectos; que Maria, no solo no vacile en partirlos con él, sino en reconocerle por su cabeza; y finalmente que el mismo Jesús le esté sumiso.

No es pues una imaginacion piadosa la que nos representa á Jesús niño entre Maria y José, ó en brazos de este Patriarca, recibiendo y dando todos los testimonios de la mas sencilla y tierna relacion de un hijo con su padre. ¡Quién podrá comprender cuales eran las delicias del corazon de José cuando llevaba así á Jesús sobre su pecho y recibia sus divinas caricias! El anciano llevaba al Niño y el Niño regia al anciano; el anciano era la fuerza del Niño, y el Niño era la Sabiduria del anciano; el anciano, en fin, oscurecia al Niño, y el Niño glorificaba para siempre al anciano. ¡Oh misterios del Evangelio! qué de tesoros ocultos, y cuán suaves son vuestras armonias!

III.—No se limita aquí la gloria del mas oscu-

(1) *Panegirico de San José.*

ro y sencillo de los hombres. José no es solo padre del Verbo encarnado y esposo de la Virgen Maria, sino que es tambien su *Mantenedor*; y ¡cuánto aumenta su gloria este nuevo titulo!

El Hijo de Dios hubiera podido nacer en este mundo en una condicion acomodada; mas quiso nacer en la estrechez y la pobreza. Fué por tanto necesario que José, encargado de criarle, fuera un pobre artesano que agotara sus fuerzas trabajando, y que á fuerza de fatigas y sudores sacara de si mismo el pan que era necesario para proveer á un sustento de tal importancia, porque pudiera con verdad decirse que nutria en cierto modo de su sustancia, al que alimenta á toda la naturaleza con la gran mano de su Bondad.

Por donde puede decirse, ¡oh disposicion admirable! que el humilde José fué asociado al Dios Padre, á su único Hijo y á la Virgen Santísima, para cooperar con todos tres á la redencion del mundo, preparándonos un Salvador que fuese la victima de nuestra Salud. Dios Padre dió la Divinidad á su Hijo; la Santa Virgen le suministró su santísima Humanidad, pero no hizo mas que formarla en sus castas entrañas y sustentarla luego con la leche de sus pechos durante su primera infancia. Esta Santa Humanidad aguardaba su crecimiento y perfeccion cumplida antes de ser inmolada en el Calvario por nuestra redencion. ¿Quién la dará ese aumento y perfeccion? ¿Quién le suministrará las fuerzas de la edad perfecta? ¿Quién llenará sus venas de esa sangre preciosa que ha de derramarse en la Cruz para salvacion del mundo, sino el trabajo manual del gran San José? Así, esas manos callosas nos aparecen radiantes de gloria, como la tercera fuente de nuestra salud, despues del adorable seno del Padre celestial y el seno virginal de Maria.

¿Quién podrá decir el consuelo y la íntima alegría que hallaba en su trabajo el carpintero de Nazareth, cuando tenia á la vista el divino Niño por el cual se afanaba? ¿Quién dirá sus celestiales delicias, cuando, en las horas de reposo, le tomaba en sus cansados brazos, ó cuando haciéndole sentar á su mesa, le repetia, en esta condicion humilde, las grandes palabras que le dijo el Padre Eterno en su gloria: *Sede á dextris meis*; Siéntate, Hijo mio, á mi derecha (1)? ¿Es por ventura el Padre Eterno, ó es San José quien así habla? Es uno y otro; es la sombra que sigue al cuerpo, es la sombra del Padre que habla como el verdadero Padre. ¡Oh! qué éxtasis para los Angeles del cielo que saben todo el valor de la humildad y de las virtudes que la acompañan, ver á Aquel á quien adoran reinando en la gloria entre el Padre y el Espíritu Santo, sentado en la tierra y comiendo á una pobre mesa, entre Maria y José! ¡Oh! qué reposo! ¡qué plática! ¡qué union de esta Trinidad creada!

IV.—Finalmente, la gloria de este santo artesano no es menos admirable como ayo del Hijo de Dios, y esta gloria se saca siempre de la oscuridad con que él le cubre. A la manera que se pone á los hijos de los principes en manos de sus ayos, para que los formen á vivir como reyes, así, pero en contrario sentido, el Hijo de Dios se puso en manos de José para que le formase á vivir como súbdito; para mostrárenos allí en la oscuridad, en la pobreza, en el trabajo. Fué puesto en casa de José en aprendizaje de la vida humana, de cuyas fatigas y afanes venia á participar, para mostrarse en ella labrado en cierto modo á nuestra manera sencilla y natural, como obrero de nuestra salud, y en este sentido como obra de San José. El mismo pa-

(1) Salm o 109.

rece que favorecia este sentimiento cuando se comparaba á la obra de un carpintero y decia: *Ego sum ostium*. «Soy una puerta.» Verdad es que San Agustin explica dignamente esta sentencia, diciendo que no debe entenderse literalmente, que no es de verdad una puerta, porque no está hecho por un carpintero: *Ostium non est, quia faber eum non fecit*, es decir, que no es hijo propio de José, sino del gran Arquitecto del Universo. Cierto, que Jesucristo considerado como Hijo de Dios, como omnipotente criador del mundo, igual á su Padre, é inmortal, inmenso, Dios como él, no es para nosotros una puerta para entrar en el cielo: es el mismo cielo. Allí debemos entrar, mas no puede pasarse por allí. Pero al considerar á este mismo Jesucristo como pobre, obediente, humilde, paciente, caritativo, despreciado del mundo, sujeto, en una palabra, á todas nuestras miserias y á todas las virtudes que deben santificarlas, entonces os aparece verdaderamente en toda la sinceridad de la calificacion que él se dió; es para nosotros una Puerta accesible á nuestra flaqueza, rebajada y labrada para este efecto por el carpintero José de quien él queria tambien se le tuviese por hijo. *Ostium est, quia faber eum fecit*.

Y este es el mas subido punto de honor á que San José podia ser elevado, el tener á si á Jesucristo en sus manos, bajo su direccion. «Porque si Dios, dice magnificamente M. Olier, confia la proteccion de los reinos á Angeles poderosísimos, y aun á algunas de las primeras entre esas grandes y sublimes inteligencias; si hasta disputa algunos de estos espíritus mas puros para que rijan las esferas celestes y esos cuerpos inmensos, ¿cuál deberá ser la grandeza de este Santo á quien confia Dios la direccion de su Hijo, infinitamente mas precioso que todos los reinos y los mundos?»

San José es un Santo, por decirlo así, de elección, como el mas oculto de los Santos, y por lo mismo, en sentido cristiano, el mas ilustre; el mas digno de todos los honores, porque nunca fué sensible al honor (1). Por eso todas las almas verdaderamente grandes, que son siempre las mas sencillas, experimentan su atractivo, y se glorian de tener por patrono en el cielo al que fué Patron de nuestro mismo Dios en la tierra. Gerson le tenia una devoción singularísima; compuso discursos latinos y franceses, poemas y oficios en su honor, y estimuló á los principes de su tiempo á que le consagraran fiestas y erigieran templos bajo su invocación. Bossuet le dedicó las primicias de su elocuencia, y de tal modo comunicó á la Reina-Madre y á Luis XIV su veneración hácia este glorioso depositario de la virginidad de Maria y de la humanidad del Hijo de Dios, que por carta cerrada y órdenes terminantes del gran rey, mandaron los tribunales supremos que su día fuera festivo y obligatorio, con interrupción de trabajo y cesación completa de negocios en todo el reino (2).

No podíamos hacer menos que honrarle tambien nosotros con estas breves consideraciones. Lo debíamos á nuestro asunto; debíamos á la Virgen Maria el glorificar á su fiel esposo: que esto era glorificarla á ella igualmente en el mas alto grado puesto que José no es tan glorioso sino porque es esposo de Maria y padre adoptivo de ese Hijo adorable de quien ella es augustísima y Santísima Madre.

(1) La Iglesia, en su liturgia, (oración *pro cunctis*) le nombra primero que á todos los demás Santos: los Apóstoles San Pedro y San Pablo solo son nombrados despues.

(2) Floquet, *Estudios sobre la vida de Bossuet*, t. II, pág. 134.

## CAPITULO XVI.

JESUS CRECIENDO EN SABIDURIA,—JESUS HALLADO ENTRE LOS DOCTORES.—VIDA OCULTA EN NAZARET.

Estos diferentes misterios, fundidos en la unidad de una misma relación; no deben separarse, enlazándose entre sí sin confundirse, y nos ofrecen una materia de estudio, si bien compleja y delicada, vivificada empero por el gran interés de instrucción que encierra.

## I.

«Y el Niño crecía y se fortificaba, estando lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en él (1).»  
—«Y Jesús,» dice mas adelante el mismo Evangelista *crecía en sabiduría* y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres (2).»

Es digno de notarse que entre estos dos rasgos del carácter de la infancia de Jesús, que se diferencian uno de otro en que por el primero nos aparece ya lleno de sabiduría, y por el segundo, creciendo en sabiduría, se halla en el misterio, de su manifestación entre los doctores.

Esta observación viene á arrojar una luz mas viva en este misterio, esclarecido ya por las lecciones de los Padres y doctores.

Su sentido es admirable, pero siempre para con-

(1) Luc., II, 40.

(2) Luc., II, 52.

fusión de la falsa sabiduría la cual nunca aparece mas corta que cuando viene á habérselas con el Evangelio.

¿Cómo, dice, puede crecer en sabiduría un Dios, que es la Sabiduría infinita?

Cierto que Jesucristo era le Sabiduría infinita: *Era la verdadera luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo*, como dice San Juan; era toda luz; la luz natural *que brillaba ya en las tinieblas que no la comprendían*, y la luz revelada que vino á mostrárenos *llena de gracia y de verdad* para alumbrarnos siempre con el faro inmutable de su Iglesia.

Hé ahí lo que proclama en alta voz el Evangelio, por boca de San Juan; esto es la que recuerda por estas palabras de San Lucas: *El Niño crecía LLENO DE SABIDURIA, Y LA GRACIA DE DIOS ESTABA EN ÉL:*

Sin perjuicio pues de esta verdad, dice poco despues el mismo Evangelista: *Jesús crecía en sabiduría y en gracia.*

Solo se trata de conciliar estas dos verdades igual y simultáneamente profesadas por el Evangelio. Esto es lo que vamos á hacer considerándolas, ya en sí mismas, ya en relacion con la manifestacion de Jesús entre los doctores, de donde sacarémos algunas aclaraciones sobre la conducta y los sentimientos de Maria.

Considerando primero estas dos verdades en sí mismas, ¿porqué y como crecía Jesús en sabiduría estando lleno de sabiduría?

Jesús crecía en sabiduría, como crecía en edad, dos crecimientos que el Evangelio hace caminar en él con igual paso, para darnos el mas completo é interesante testimonio del gran misterio cristiano de la Encarnacion: para mostrarse en esto, como en todo (fuera del pecado) á *nuestra semejanza* (1).

(1) Ad Hebr., IV, 13, 16.

»Habiendo tomado la forma de esclavo, dice San Agustín, nosolo descendió en esta forma, sino que en esta forma fué paciente, en esta forma combatió valerosamente, en esta forma murió, en esta forma venció la muerte y resucitó, en esta forma, finalmente, se volvió al cielo (1).»

No se pierda de vista que esta forma de esclavo que tomó el Hijo de Dios, es nuestra humanidad completa; es decir, no solo el cuerpo sino el alma, y esta como aquel con todas sus facultades, todas sus edades, todos sus estados; por tanto, que si su Divinidad, desde el punto en que se unió con su alma, hubiera hecho brillar toda la sabiduría de que es el manantial infinito, hubiera borrado completamente esa alma humana, así como su transfiguracion hubiera eclipsado todas las propiedades naturales de su cuerpo. Era pues necesario que toda su humanidad, cuerpo y alma, fuera respetada y contemplada por su Divinidad, de modo que subsistiera y se mostrara á nuestra confianza y á nuestra imitacion, como la nuestra y en toda la perfeccion de la nuestra. Así, debia ser un perfecto niño en la edad de la niñez, como un hombre perfecto en la edad viril. Por la misma razon que no debia el Dios borrar al hombre, no debia tampoco el hombre anticiparse al niño, pues de lo contrario hubiera sido un niño defectuoso. Por esto debia ofrecer ese *crecimiento* en edad y sabiduría que forma el carácter y la gracia de la niñez.

Su Divinidad debia manifestarse sin duda; pero debia hacerlo con mesura y dispensacion, de manera que nos alumbrara, sin cegarnos con su resplandor: como un maestro que parece aprende con su discípulo para excitar su emulacion sin desalentarlo. Este método, que fué el de la sabiduría hu-

(2) In Sermone 57, de diversis.

mana en cuanto tuvo de mas elevado, debia ser tanto mas el de la Sabiduria divina, cuanto siendo ella infinitamente mas alta, le convenia mas que á la nuestra el bajarse. Finalmente, no olvidemos que siendo el plan de esta divina Sabiduria diferir su maravillosa propagacion hasta la cruz, y no manifestarse hasta entonces sino como á ráfagas y *en parábolas*, no debia excitar demasiado aquel asombro que hacia ya decir á los contemporáneos de su aparicion: «¿Cómo es tan sabio este hombre que no ha estudiado (1)?»

Ved porqué convenia que Jesús *lleno de sabiduria aprovechase en sabiduria delante de los hombres.*

Pero el Evangelio dice *delante de Dios* y de los hombres: ¿porqué delante de Dios? Por la sencilla y alta razon de que Jesucristo no solo era el gran Preceptor del género humano, sino tambien su Redentor, y que, como Víctima expiatoria del gran pecado del hombre, que habia sido probar del árbol de la Ciencia, debia voluntariamente y por dispensacion gustar en su humanidad del árbol de la ignorancia, debia reparar la ofensa del hombre en haber querido prescindir de Dios para tener *los ojos abiertos; como Dios*, progresando, él que era Dios, y abriendo poco á poco los ojos á la luz, como el hombre. Por esto la Sabiduria eterna crecia en sabiduria delante de Dios y de los hombres.

Pero ¿cómo podia hacerse esto?

Esto se hacia mediante la distincion en Jesucristo de la Divinidad y la humanidad. Dios y hombre; pero distintamente, podia, por lo mismo, estar lleno de sabiduria y crecer en sabiduria. Sucedia en él con la sabiduria como con la edad. Por la edad solo tenia doce años, y sin embargo *era*

(1) Juan. VII, 15.

*antes que Abraham fuese.* Del mismo modo tenia la sabiduria desde toda eternidad, desde el seno de su Padre celestial, y por tanto desde el seno de su Madre; y en vista de esta sabiduria consumada habia predicho el Profeta como una maravilla que *una mujer estaria en cinta de un varon (1)*, VIRUM; encerraria en sus entrañas un hombre hecho y perfecto. Debe pues entenderse que la sabiduria y la gracia que en él estaban en su plenitud, merced á una sabia dispensacion, *se declaraban* con el tiempo, y mas y mas, por medio de obras y palabras mas excelentes delante de Dios y de los hombres, pero siempre á su voluntad. En ello daba muestras de la sabiduria tan dueña de si misma que se reducía y manifestaba segun el plan que habia ella misma concebido. «Tú, oh hombre, dice San Bernardo, cuando progresses, no es ni cuando ni cuanto quieres progresar; sino que, sin tú saberlo, tu progreso está medido y tu vida está dispuesta. Pero el Niño Jesús, que dispone tu vida, disponia él mismo la suya, y cuando y á quien queria se mostraba sabio, cuando y á quien queria muy sabio, aunque siempre fuera sapientísimo. En efecto, ¿cómo dudar que tuviese toda la sabiduria de hombre desde el seno de su madre, aquel á quien en ese mismo seno no vaciló en reconocer por Dios? Con efecto, es menos de ser hombre que el ser Dios (2).»

Asi se concilian *en si mismas* las dos verdades anunciadas por San Lucas. de la plenitud y del progreso de la Sabiduria en el Niño-Dios

Cúmplenos ver ahora como se concilian con respecto al suceso de su manifestacion entre los doc-

(1) Jeremias XXXI, 22.

(2) Super Missus est, Homilia II.

tores, y consagrar toda nuestra atención á este nuevo misterio.

## II

Después de haber dicho que el Niño estaba lleno de sabiduría y de gracia, el Evangelista prosigue de esta manera:

«Cuando había cumplido doce años, habiendo sus padres subido á Jerusalem, según acostumbraban en tiempo de la fiesta, y acabados los días, cuando volvían, se quedó en Jerusalem el niño Jesús, sin que sus padres lo advirtiesen. Y pensando que estaría entre los de la comitiva, camiaron todo un día; y le buscaban entre los parientes y conocidos. Y no hallándole, volvieron á Jerusalem á buscarle. Y después de tres días le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Y todos los que le veían se admiraban de su sabiduría y de sus respuestas.—Y cuando le vieron quedaron admirados, y su madre le dijo: Hijo, ¿porqué te has portado así con nosotros? Hé aquí que tu padre y yo te hemos andado buscando llenos de dolor.—Y él les dijo: ¿Porqué me buscábais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?—Y ellos no comprendieron lo que él decía.—Y partió con ellos y vino á Nazareth, y estaba sujeto á ellos. Y su madre conservaba en su corazón todas estas cosas.—Y Jesús crecía en sabiduría y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres (1).»

Las ideas y los sentimientos se agolpan, se cruzan y confunden al exponer este misterio, uno de los más grandes é instructivos que nos ofrece el Evangelio: dilucidémoslo pues poco á poco, y com-

(1) Luc, II, 42,—52.

prendamos ya que hay motivo de hacerlo, que solo la ligereza más imperdonable é indigna de abrir el Evangelio puede pararse en la letra de esta página, y no sentir respirar y palpitar en ella el espíritu.

Vemos ahí desde luego la piadosa *costumbre* de la Santa Familia de ir todos los años; como los demás Judíos, en tiempo de la festividad pascual, á celebrar esta fiesta en Jerusalem, y eclipsar bajo la sencilla y comun observancia de la ley los altos y divinos misterios que se habían ya cumplido y debían cumplirse en ella. Maria y José llevaban allí al Niño-Dios, y le sujetaban á esta observancia como un niño ordinario, sabiendo que era el Hijo del Altísimo, la ley viviente, la Gloria de Israel, la Luz del mundo. Pero tan grande era su sencillez, su humildad, su sumisión á la Providencia, que llevaban el peso de tan sublimes destinos sin impaciencia de verlos cumplidos, y procedían en todo como si no existiesen.

Tal era esta sencillez que vemos á Maria y José, depositarios de un niño tan querido, interesados en sus menores ademanos caminar todo un día sin verle, pensando que estaba *con los de su comitiva, entre sus deudos y conocidos* á donde vuelven á buscarle. ¡Qué interesante y sublime oscurecimiento de Jesucristo? ¡Qué admirable y sencilla familiaridad la que de tal modo le mezcla con sus parientes y conocidos que puede desaparecer en su compañía por espacio de todo un día sin que se repare en ello! Basta indicar estas reflexiones al entendimiento y al corazón.

Pero este olvido de Jesucristo ¿no era reprehensible por parte de José y de Maria? A esto responde eloquentemente al ansia con que le buscan, y ese grito de la naturaleza que vamos á oír salir del corazón de Maria.



«Después de tres días, le hallaron sentado en medio de los Doctores oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían quedaban admirados de su sabiduría y sus respuestas.»

La costumbre, era dice Grocio, que los jóvenes estuviesen separados de los ancianos en el templo de Jerusalén, ó si se acercaban á estos para recibir su enseñanza, se mantenían en pié ó en tierra á sus piés, según cuenta San Pablo de sí mismo al recibir la enseñanza de Gamaliel. Por aquí puede juzgarse de cuanto debería haberse revelado de maravilloso en aquel niño de doce años, para que aquellos doctores tan soberbos y ceremoniosos como el Evangelio nos los pinta más adelante, derogasen sus prerogativas hasta el punto de hacer sentar á este niño en medio de ellos, como anciano, y apiñarse en rededor suyo como niños.

El Evangelio no nos da á conocer aquellas preguntas y respuestas del Niño Jesús: sin duda debían ser del mismo género que las que hacía más adelante á los Escribas y Fariseos en los varios encuentros que con ellos tuvo, y que son desde entonces los eternos oráculos de la Sabiduría. El Niño Dios, en esa edad de doce años en que la niñez se descoge y deja entrever el fruto en su flor, hacía un prelude á su misión divina; hacía brillar, como por vía de ensayo, en la mañana de su vida, algo de aquella gran luz que debía alumbrar en su mediodía la faz de todos los pueblos y la marcha del linaje humano ¡Qué celestiales resplandores debían irradiar de sus labios, de sus ojos, de su frente, y de toda su persona, que atraía con el doblado hechizo de la sabiduría y de la niñez, del candor y de la profundidad, de la divinidad y la flaqueza! Contrastes patéticos que excitaban la curiosidad, el asombro, la admiración, el pasmo de todos aquellos doctores encanecidos en la ciencia, que se api-

ñaban en su rededor, olvidando su gravedad, y reflejaban estos varios sentimientos en sus actitudes y semblantes! *Stupebat autem omnes qui audiebat eum, super prudentia et responsis ejus.*

Tal es el cuadro que nos presenta el Evangelio, en su sencilla narración, y que se ofreció á los ojos de José y de María.

«Y viéndole se admiraron», *Et videntes admirati sunt.*

Esta admiración de María y de José parece que les injuria: porque ¿ignoraban acaso que este niño era el Admirable? Ciertamente que lo sabían, pero lo sabían solo por la fe, y aun no por la experiencia: nada veían en él de extraordinario en lo común de la vida; tan encubierta había estado hasta entonces bajo el velo de la niñez la celestial sabiduría que poseía él en su plenitud. Pero en aquel momento se mostraba súbdito por la primera vez, tomaba su vuelo; y por eso desde aquel día nos dice el Evangelio: *Y Jesús crecía en sabiduría y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres; es decir en testimonio de Sabiduría*, según lo expresan estas palabras *delante de Dios y delante de los hombres*, en oposición á cuanto había habido de oculto hasta entonces en aquella sabiduría, de que nos dice el Evangelio estaba lleno.

Así se concilian, repetimos, estas dos verdades de la plenitud y del progreso de la sabiduría en Jesús, relativamente al suceso de su manifestación entre los doctores; así se explica el asombro de José y de María sorprendidos, no de la sabiduría de Jesús, sino de su repentina manifestación. Y este milagroso carácter de *subitaneidad*, al paso que justifica el asombro de María y José, atestigüa la plenitud anterior de la sabiduría en Jesús.

«Y su madre le dijo: *Hijo mio, ¿porque te has*

«portado así con nosotros? Hé aquí que tu padre y yo te buscábamos doloridos.»

Este lenguaje de Maria es un rayo de luz que nos hace penetrar en la intimidad de las relaciones que existian entre Jesus, Maria y José. Estas palabras *Hijo mio*, y el tono de las que siguen, nos muestran en su ejercicio, la autoridad ordinaria de Maria sobre Jesus; autoridad que va á hallar al punto su consagracion en la sumision de Jesus. La reconvenccion que hace á su divino Hijo se excusa por dos tiernas razones que respiran en su lenguaje, y lo purgan, por decirlo así, de toda imperfeccion. La primera es la ternura maternal que inspira esta reprehension, y que la presenta como un testimonio precioso del corazon de Madre que tenia Maria para con Jesus, de ese corazon que por lo comun encierra en sí sus afectos hasta el punto de dejárnolos ignorar, y que se revela aquí de tal modo que nos da la idea más elevada de su constancia, en tantas y tan grandes circunstancias en que fué probado cual ningún otro. La segunda excusa se saca de la ternura filial de Jesus para con Maria y José, ternura á que los habia acostumbrado tanto que les autorizaba para quejarse del primer dolor que les causaba, ignorantes como estaban del superior motivo porque obraba. Así esta reconvenccion de Maria es un doblado testimonio de la ternura maternal de Maria y de la filial ternura de Jesus. Ciertamente que la naturaleza es quien la dicta, pero la naturaleza en lo que encierra de más legítimo y puro, esa naturaleza que el mismo Hijo de Dios quiso tomar y sentir, de cuyos afectos participaba con José y Maria hasta darles derecho de apelar á ellos: *Hijo mio, ¿por qué te has portado así con nosotros?*

Y admirad con Bossuet, cuán circunspecta, cuán humilde y prudente se muestra Maria en este mo-

vimiento de la naturaleza, dando á José la primera parte de la autoridad y del dolor que la hacia hablar. *Hé aquí que tu padre y yo te buscábamos doloridos.* Le llama su padre, y éralo efectivamente, á su modo, según hemos visto; padre, no solo por la adopcion del Santo Niño, sino padre también verdaderamente por el afecto, por el cuidado, por el dolor; y por esto dice Maria: *Tu padre y yo doloridos:* semejantes en la afliccion, puesto que sin tener parte en tu nacimiento, no por eso la tiene menos conmigo en el gozo de poseerte y en el dolor de perderte. Sin embargo, á fuer de mujer obediente y respetuosa nombra á José el primero y hácele el mismo honor que si fuera padre como los otros. ¡O Jesus, y cuán arreglado está todo en tu familia! Y ¡cómo cada uno, sin atender á su dignidad, hace en ella lo que pide la edificacion y el buen ejemplo! ¡Santa Familia, la Sabiduria eterna es quien te arregla!

«¿POR QUÉ ME BUSCAIS? ¿NO SABIAIS QUE DEBO OCUPARME EN LAS COSAS QUE MIRAN AL SERVICIO DE MI PADRE?»

Hé ahí pues esa respuesta sublime del Niño que es como el nudo de este misterio que tenemos que explicar.

Estas son las primeras palabras de Jesus que nos refiere el Evangelio. Respiran al Dios y dan á entender la situacion en que las pronunció; su tono es el de *aquella sabiduria y aquellas respuestas* que excitaban el pasmo y la admiracion de los Doctores.

La primera luz que de ellas sale, es que Jesucristo quiso manifestar con ello que desde su niñez y bajo la sujecion de aquella edad que él se dignó consagrar, era y se sentia Hijo de Dios; y no se proponia sino la mision de glorificar á su Padre, como la única razon de su venida, la ocupacion

única de la vida que habia tomado. Quiso enlazar esta primera parte de su vida con la última, y mostrarnos claramente la admirable unidad de aquella existencia divina en el único fin que fuera digno de ella y que pudiera suponersele: *¿No sabiais que debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?*

Al mismo tiempo quiso dar al mundo su primera enseñanza, la cual es que la ocupacion primera del cristiano debe ser *lo que mira á su Padre*; que depende de este *Padre que está en los cielos*, mas que de los padres que le dió la naturaleza, y que los vínculos que le unen y subordinan á estos serán tanto mas estrechos y sagrados, cuanto estarán ellos mismos ligados y sujetos á Aquel *de quien procede toda Paternidad en el cielo y en la tierra* (1), y cuyo Nombre debe ser sobre todo santificado.

Esta, decimos, es la grande enseñanza que el Hijo de Dios quiso dar al mundo, no solo de palabra, sino en ejemplo; y por eso la dió en esa edad en que el niño no se pertenece, para mostrarnos claro hasta en los vínculos de su dependencia filial con respecto al mas augusto de los parentescos, su dependencia mas eminente de lo que mira á su Padre celestial. Ejemplo fecundo, que se reproduce ya diez y ocho siglos en todos los puntos del catolicismo, en ese acto solemne que inaugura la vida religiosa del hombre, donde todo niño de doce años, en *comunion* con el Niño Dios, es hallado en el templo por sus padres *ocupado en lo que mira á su Padre*, volviendo por ello mas sumiso al techo paterno, para crecer allí en gracia y sabiduria, en la celestial libertad de su vocacion.

(1) Ad Ephes., III, 15.

Tal es la gran importancia de la respuesta de Jesús á su Santa Madre. Los que quieren reducirla á las estrechas proporciones de una reconvencion personal dirigida á Maria y á José comprenden bien poco el Evangelio. El Verbo eterno nunca habla en particular, y señaladamente cuando dice que está ocupado en las cosas de su Padre, no puede suponersele menor ocupacion. Ciertamente hay allí una apariencia de reconvencion; pero eso no es mas que la letra del Evangelio, el vestido de la palabra del Salvador, el vaso que contiene su espíritu, el texto de su enseñanza. No es á Maria á quien habla en Maria, sino á la familia humana, al mundo cristiano; y Maria, así en esta circunstancia como en otras, tiene toda la gracia y el mérito de la humillacion, sin el motivo.

Díjame os cite sobre ello una página excelente de Nicole. «La respuesta, dice, que dió Jesucristo á la Virgen, parece fuerte, pero es porque hababa en su persona á todos los padres y madres que harian por malos motivos lo que hacia á la Virgen por buenos. A ellos se dirige esta reconvencion: *¿No sabiais, etc.?* Jesucristo trata á su Madre como á una mujer ordinaria, por cuanto ha querido darle parte en sus humillaciones, y porque así como tuvo por bien llevar sin pecado la figura de los pecadores, así tambien consintió que la Virgen sin pecado llevase en algunas ocasiones la figura de las madres ordinarias, que obrara por miras humanas, y diera lugar á decirle lo que solo conviene á estas. Pero la Santa Virgen comprendia fácilmente la intencion y el sentido del lenguaje de su Hijo; y aun cuando no lo hubiera comprendido, siempre hubiera estado persuadida de la verdad y justicia de sus palabras y las hubiera guardado en su

corazon con respeto, hasta que pluguiera á Dios declararle su sentido. Por eso no vemos que replíquese jamás en ninguna ocasion en que la trató Jesucristo con aparente severidad. Esto demuestra que aun cuando mandaba á Jesucristo en las cosas de su familia, era solo por obedecerle y cumplir su voluntad; y así, que aunque Jesucristo la estuviese exteriormente sometido, porque así lo podía el estado exterior en quo se hallaba al mismo tiempo en esta sagrada Familia otro orden interior, segun el cual Jesucristo, como sabiduría, mandaba á Maria y á José, y era la regla de todas sus acciones y palabras (1).»

El sentido cristiano ha dictado esta página tan juiciosa. La recomendamos á los protestantes, y á cuantos se prevalen contra el culto de la Virgen Santísima de estos aparentes rigores de Jesucristo para con ella, en vez de ver en ello la prueba de su mérito y el realce de sus grandezas.

Esta bella explicacion previene esta nota que pone el Evangelio á continuacion de la respuesta de Jesus:

«Y ellos no comprendieron lo que les decia.»

Esta observacion del Evangelio parece muy humillante para la Santa Virgen, comprendida con José en esta no inteligencia de la palabra de su Divino Hijo. Este es otro de esos *abatimientos* que importa saber considerar, y que á los ojos de quien religiosamente los contempla, se transfiguran en gloriosos testimonios.

Acaso convendria, siguiendo á Grocio y al comun de los intérpretes, reducir primero este dicho del Evangelio á una significacion conforme á su espíritu. Sin que sea nuestro ánimo utilizar sobre

(1) *Essais de Morale* tom. IX. pág. 209.

ese texto, fuera negar á Maria y José, no ya la inteligencia sobrenatural, sino el sentido mas comun y vulgar, el suponer, especialmente en Maria la ignorancia de la Divinidad y mision de su Hijo, despues de los misterios de la Anunciacion, Visitacion, Natividad, Presentacion, donde se le dieron de ellas tan brillantes testimonios, testimonios que Maria *guardaba y repasaba en su corazon*, y que ella misma habia pregonado en su cántico con labio tan inspirado. Y esta reflexion es tanto mas importante cuanto es el mismo Evangelista, San Lucas, quien despues de habernos manifestado esta fidelidad de Maria en guardar los misterios de su divino Hijo, y hecho oír ese admirable cántico en que descubre su mas profética y sublime inteligencia, nos dice que ella y José no comprendieron la respuesta de Jesús. Así que, la no inteligencia de esta respuesta, así como su primer asombro al ver á Jesús entre los doctores, debe entenderse no de un modo absoluto, sino relativo á la edad del Niño, á lo que habia de súbito y prodigioso en esta transfiguracion de Jesús, niño ordinario, en Doctor de los doctores, en Verbo de Dios. No comprendieron que *repentinamente y desde entonces*, debiese entrar con brillo en el ejercicio público de su mision Evangélica. Y el suceso debia justificar este sentimiento, puesto que, en hecho de verdad, solo de allí á diez y ocho años comenzó ostensiblemente Jesús á ocuparse en las cosas de su Padre. Esta interpretacion, perfectamente plausible, hace desvanecer lo que puede haber de chocante en eso de no comprender las palabras de Jesús su Madre Santísima.

Verdad es, que la expresion del Evangelio: *Y no comprendieron lo que decia*, no guardaba miramiento, es humillante para Maria; pero esta misma humillacion la eleva á nuestros ojos, cuando

notamos con Grocio, que la misma Maria es la autora de esta narración por la pluma de San Lucas. Maria, único testigo que sobrevivía de estas cosas que habia ella *conservado en su corazon*, segun dice este Evangelista, es la única que pudo dictársela, señaladamente en lo relativo á este pasaje que le es absolutamente personal. Maria es por tanto la que con la perfecta sencillez y humildad de su alma, viene á decir al mundo que ella y José, de quien no se separa, no comprendieron la respuesta de Jesús. ¡Humildad profunda que la ensalza tanto como ella se humilla, y que la recomienda á nuestra admiración mucho mas que la inteligencia mas penetrante del misterio que adora ella sin comprenderlo.

Digo que adora sin comprenderlo, y esto es lo que acaba de transfigurar este rasgo del alma de Maria. Con efecto, despues de haber dicho: *No comprendieron lo que les decia*, añade el Evangelista: *Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazon*. Sentado esto, no tenemos ya por qué preocuparnos de lo que puede haber de humillante para Maria en no comprender las palabras y el proceder de su hijo. Tomemos esto á la letra; no rebajemos nada: Maria no comprendió, demos que así sea; pero guardó en su corazon lo que no comprendía; no fué curiosa, pero fué tanto mas sumisa; no fué sabia, pero fué tanto mas creyente. De este modo todo es edificante y admirable en la conducta de Maria, la fidelidad de su corazon en la prueba de su inteligencia, y su humildad en la ingenua confesion que de ella nos hace.

Pero no á nosotros, sino á su divino Hijo toca honrar esta humildad y fidelidad admirable, y vamos á ver como lo hizo.

## III.

Despues de la respuesta tan terminante de Jesucristo: *¿Por qué me buscáis? No sabiais*, etc., y esta observacion tan humillante para la Santa Virgen: *Y no me comprendieron lo que decia*, añade el Evangelista:

Y EL NIÑO JESUS BAJÓ CON ELLOS Y VINO Á NAZARETH, Y LES ESTABA SUJETO....

Añadamos que esta sujecion de Jesús á Maria se prolongó mas allá de su infancia, por espacio de diez y nueve años, y hasta su plena virilidad.

Este es uno de los misterios evangélicos mas sublimes y menos estudiados y comprendidos; el grande y magnífico misterio de la sumision y oscuridad del Hijo de Dios hasta la edad de treinta años á la sombra de Maria. ¡Ojalá comuniquemos algo de él á nuestros lectores!

Notemos primeramente, que así en esta circunstancia, como en las bodas de Caná y generalmente en todas las relaciones de Jesucristo con su Santa Madre, es como una regla de su conducta el humillarla antes de ensalzarla, y hacer de sus humillaciones como los fundamentos de sus grandezas.

Notemos, en segundo lugar, que estas grandezas de Maria se componen de los abatimientos del mismo Jesucristo, de manera que no podemos profesar los abatimientos de Jesucristo sin honrar á Maria con el mismo honor que Jesucristo fué el primero en tributarla con estos abatimientos.

Notemos, finalmente, que estas humillaciones de Jesús van siempre precedidas ó acompañadas de los mayores testimonios de su Divinidad; como para darlas mas estima, y mas valor por tanto á las grandezas de Maria.

Todo esto va á explicarse.

El sublime del Evangelio lo es tanto mas cuanto lo es sencillamente, y por lo mismo no se hace notar: es preciso observarlo, y en cierto modo sorprenderlo, segun lo poco que él mismo procura sorprendernos. Esto es lo que hemos ya hecho en otra parte en cuanto á ese pasaje adorable del *lavatorio de los pies*, en que el Evangelista, antes de representarnos al Hijo de Dios bajándose á esta humilde ocupacion, dice: **SABIENDO JESUS QUE EL PADRE LE HABIA PUESTO EN SUS MANOS TODAS LAS COSAS. Y QUE ÉL HABIA SALIDO DE DIOS Y VOLVIA Á DIOS; se levantó de la mesa y dejó sus vestidas; y habiendo tomado una tohalla, se ciñó con ella, despues echó agua en un barreño y empezó á lavar los pies de sus discipulos y limpiarlos...** realzando así este profundo abatimiento con la plena y elevada conciencia de su Majestad.

Un pasaje semejante se presenta á nuestra admiracion y enseñanza en el misterio de Jesus hallado entre los doctores. Niño oscuro y perdido en la comitiva de sus deudos y conocidos que no echan de ver ni su presencia ni su ausencia, nos aparece de improviso en Jerusalem, y en el templo, y entre los doctores, sentado, y confundiéndolos con su sabiduria y sus respuestas. A sus padres que quieren ejercer sobre él la autoridad de la solicitud á que los ha acostumbrado su obediencia, responde como desde lo alto del cielo: **¿PORQUÉ ME BUSCAIS? ¿NO SABIAIS QUE DEBO YO OCUPARME EN LAS COSAS QUE MIRAN Á MI PADRE?** y los confunde con esta manifestacion súbita de su Majestad, hasta el punto de que no entendieron sus palabras. No es ya el hijo del hombre, es el Hijo de Dios. Dios mismo que se descubre: *Patuit Deus*.

¿Y porqué esta brillante manifestacion de divinidad? ¿Porqué esta celestial alteza? ¿Acaso para

reinar ya en ella? No, sino para bajar de ahí y dar mas valor á este grande ejemplo de humillacion: Y **BAJÓ** con ellos y vino á Nazareth; Y **LES ESTABA SUJETO**: bajó de Jerusalem á Nazareth, del templo al taller, del Padre celestial á José el carpintero.

Y estaba sujeto á ELLOS. ¿Quién estaba sujeto? ¿Por ventura el hijo de José y de Maria que habia estado con ellos en el templo? No: era el Hijo de Dios que volvía de allí; que habia rasgado un momento la nube de su oscuridad para mejor entrar en ella de nuevo, y mostrarnos mas claramente que aquella oscuridad era de todo punto voluntaria.—Y á quien estaba sujeto? A Maria en quien honraba la Maternidad divina con tan prodigiosa sumision: á Maria que acaba de recordársela y que en cierto modo le vuelve á ella, con ser el Hijo de Dios: á Maria que muestra merecer tanto por su propia y humilde sumision á este mismo Hijo en cuanto Dios: á Maria finalmente en José su esposo, que saca de esta cualidad los derechos y sentimientos de padre de Jesus, y á quien honra Jesús con una sumision que tambien refluje sobre Maria.

«¿Quién estaba sujeto y á quien sujeto? dice »San Bernardo. Dios á los hombres. Dios, digo, & »quien están sujetos los Angeles, á quien los »Principados y Potestades obedecen, sujeto á Maria, y no solo á Maria, sino á José tambien á »causa de Maria. Admira pues, lo que te plazca »y elige lo que mas debas admirar, ó la infinita »benignidad de esta sumision del Hijo, ó la sumision del Hijo, ó la supereminente dignidad »de la Madre. Por ambas partes, igual motivo de »admiracion, igual prodigio: en esta sujecion de »Dios á una mujer, humildad sin ejemplo, y en este »nascendiente de una mujer sobre Dios, grandeza

»sin rival (1)»

Y en efecto, ¿cuánto no honra á Maria la sujecion de Jesucristo, puesto que honra al mismo Dios mas que toda la creacion, y que por ella toda la creacion le honra! *Per quem Majestatem tuam adorant cœli et terra.*

Tales son las bellas armonias que nos presenta el misterio de Jesus hallado en el Templo, y bajando, sujeto á Maria, á Nazareth.

Pero el misterio de este misterio, si así puedo expresarme, en que debemos concentrar nuestra atencion, es el prolongamiento de esta sumision, de esta oscuridad de Jesucristo, de esta gloria de Maria.

Despues de la vuelta del Templo á Nazareth, el Evangelio nada dice ya de Jesucristo hasta de allí á diez y nueve años, en que el Hijo de Dios vuelve á aparecer saliendo de Nazareth, y entrando en su vida pública por medio del bautismo que recibe de Juan, y por su primer milagro en Caná. *Entonces aconteció, que en aquellos dias en que todo el mundo recibia el Bautismo. Jesus vino de Nazareth á Galilea etc.*

¿Que hizo Jesus en tan largo tiempo? El Evangelio nada dice sobre esto porque sin duda nada hizo Jesus que de notar fuese. La mencion que hace el Evangelio de su manifestacion en el templo entre los doctores nos autoriza para inferir que si algun otro rasgo extraordinario hubiese habido en su vida por aquel tiempo, se le hubiera mencionado igualmente. Lo cierto es que Jesus quiso mostrársenos como si nada hubiera hecho; y lo admirable es la sencillez del Evangelio que pasa por estos diez y nueve años de la vida de Jesucristo sin decir de ellos una palabra, y continúa su

(1) Homilia I, *super Missus est.*

narracion como si esta laguna fuera del todo natural.

Solo sabemos, accidentalmente, por el Evangelio, que Jesús continuó siendo hasta los treinta años *el hijo del carpintero* (1). y carpintero él tambien (2), en toda la humilde familiaridad de esta vida de artesano; y que esto era el grande escándalo que mas perjudicó al buen éxito de su predicacion, y le impidió *ser profeta en su patria* (3).

Este escándalo que, despues de diez y ocho siglos de reinar Jesucristo, viene á alimentar todavía la incredulidad ó probar la fé de los hombres, es una bella prueba de la verdad del Evangelio. Un inventor de seguro que no hubiera hecho así holgar á su héroe; hubiera sido mas hábil y menos sublime; mas humano y menos divino,

Esta conducta de Jesucristo, prescindiendo del suceso que justificó su divinidad, hubiera sido en efecto cuanto puede concebirse de mas contrario á las miras de un puro hombre que hubiera querido presentarse como reformador del género humano. Notad bien la locura de esta pretension que no tiene igual en los fastos de la ambicion humana. Los mas célebres legisladores ó filósofos se han contentado con instruir á sus conciudadanos y contemporáneos en el estrecho círculo de su escuela ó su nacionalidad, sin tratar de persuadir sus sentimientos y extender sus leyes á toda la tierra. Solo Jesucristo, hablando á sus enviados, pronunció estas palabras nunca oidas: *Id por todo el mundo, y predicad mi Evangelio á toda criatura.*

(1) Math., XIII, 55.

(2) Marc., VI, 3.

(3) Math., XIII, 55.

ra (1). Y qué autoridad, humanamente hablando, les da para ello? La autoridad de un hombre que habiendo vivido solos treinta y tres años, ha pasado treinta de ellos en la baja oscuridad de una tienda de carpintero; oscuridad que ha desacreditado tanto su propia palabra, que le ha impedido convertir los suyos á su doctrina, y le ha atraído la muerte mas afrentosa. Decidme, ¿hay cosa mas pobremente concertada que semejante invención, si es ella humana? Mas, por lo mismo, ¿qué cosa hay mas propia para hacer resaltar la divinidad de su éxito? Con efecto, ¿qué acontece? El carpintero muere de ese modo, diciendo que cuando fuera levantado de la tierra lo atraeria todo á sí, y dejando encargada á sus Apóstoles, hombres de ningun valor, esa conversion del Universo pagano á la adoracion y seguimiento de su cruz: estos se atreven á creer y tentar la empresa, y puede decirse que, antes de que mueran, el Universo está para siempre rendido á los pies de su maestro. Postraos tambien vosotros, oh incrédulos, en nombre, de este prodigio, que no tiene explicacion posible sino en la verdad de esta grande expresion profética de su Autor: *Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; como mi Padre me ha enviado, yo os envío... Id pues... y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias, hasta la consumacion de los siglos* (2).

De este modo la vida oscura de Jesucristo entra por mucho en las pruebas de su Divinidad.

Pero su Divinidad viene tambien á difundir la luz mas admirable sobre la oscuridad de su vida.

Con efecto, siendo Jesucristo Dios, lo que debe admirarse no es la manifestacion de su sabi-

(1) Marc. XXI, 16.

(2) Math., XXVIII, 18--20.

dura desde la edad de doce años, sino, el que la suspendiera hasta los treinta: es la calma y la confianza en ese largo tiempo perdido para el hombre: es ese divino retardo. Cuenta Suetonio, que hallándose de cuestor en España César, todavia joven, y viendo junto al templo de Hércules, en Cadiz, la estatua de Alejandro Magno suspiró como lamentando su inaccion, pesaroso de no haber hecho nada aun en la edad en que Alejandro habia ya conquistado el mundo. Pidió al punto su licencia para ir á Roma, y aprovechar lo mas presto posible las ocasiones de hacer alguna cosa grande (1). Hé ahí al hombre, que necesita darse prisa, porque le falta el tiempo, y la muerte le espera. Jesus que se proponia una cosa mas grande que Cesar y Alejandro, hace esperar al tiempo, las ocasiones, la muerte, y la vida que debe sacar de ella para el mundo, porque es árbitro soberano de la vida y de la muerte, del tiempo y de los sucesos. Es paciente porque es poderoso. Ya habia hecho esperar al mundo por espacio de cuarenta siglos; habia dejado se agrandaran durante ese tiempo las dificultades de su empresa, hasta aquel cúmulo de errores y corrupcion que presentaba el mundo pagano, y de que él debia purgar la tierra. Hasta las tradiciones gentílicas habian conservado alguna inteligencia de la majestad de esta retardacion. *El Dios, decian, que habrá obrado, hecho y procurado esto, HUELGA ENTRETANTO, Y DESCANSA ALGUN TIEMPO NO SOBRADO LARGO PARA UN DIOS* (2). Así pues, como nuestro divino Libertador habia holgado y reposado en el seno de su Padre celestial por espacio de cuarenta siglos, holgaba y reposaba tambien en el seno de

(1) Julio Cesar, c. VII.

(2) Plutarco Isis y Osiris, XLIII.



su Madre Santísima por *un tiempo no demasiado largo para un Dios*. Este tiempo de treinta años, medido por una vida que solo debia tener treinta y tres, es muy largo en verdad; pero nótese que estos tres años restantes, apenas los empleó mas fructuosamente Jesucristo que los treinta de su inaccion, si ha de juzgarse por el resultado inmediato de su predicacion; dado que le vemos morir, en hecho de verdad, sin un discípulo. Toda su vida solo fué en cierto modo una expectacion del momento de su muerte que debia ser el de su victoria. Asi la inaccion de Nazareth es nada para el que habia de sacar de la gran inaccion de la muerte, la mas potente y saludable accion que jamas haya sentido el mundo.

Pero de esta consideracion se desprende una dificultad. Si la vida oculta en Nazareth fué tan inactiva é inútil, fué indigna del Hijo de Dios, el cual decia de sí: «Mi Padre está obrando sin cesar» y yo tambien obro (1). Asi pues, su inaccion, haciendo resaltar su poder, injuria su sabiduria, y desmiente esa bella profesion de Divinidad.

A esto respondemos: que Jesucristo no obró ciertamente mientras vivia en Nazareth, en la oscura condicion de carpintero; pero con el sentido humano es como no obró; porque en el divino nunca obró mas que en aquel tiempo perdido de su vida.

¿Cómo así?

Cuenta la historia que el sofista Libanio, lisonjeándose impiamente de una cercana victoria sobre los cristianos, victoria que le aseguraban al parecer las amenazas fulminadas contra ellos para Juliano Apóstata, su emperador, se mofaba de nuestra religion con este apóstrofe que dirigió á un filósofo cristiano: *¿Y bien? ¿qué hace ahora el Hijo*

(1) Juan, V. 17.

*del carpintero?* El cristiano, inspirado de Dios, le dió al punto esta respuesta fulminante: *Está haciendo un ataud, el constructor del Universo, á quien llamais burlescamente hijo del carpintero*. De allí á pocos dias, un ataud recibia al omnipotente emperador Juliano.

A los que nos preguntaran que hacia el Hijo del carpintero durante los treinta años de su oscuridad en esa condicion responderíamos tambien que hacia un ataud, no ya solo para un emperador, sino para el mundo gentilico: que estaba labrando un yugo, para el mundo moderno; que estaba cortando la cruz, en que debia hacerse alorar: en otros términos, que nos daba la leccion suprema de la gran virtud que es la muerte y regeneracion de la naturaleza, y el fundamento de todo el cristianismo, de la humildad, de la sumision, de la vida oculta en el deber; de lo que tan bien preconiza el autor de su *Imitacion* con estas palabras: *Ama nesciri, et pro nihilo reputari*.

Era en supremo grado importante que el que venia á enseñar á los hombres todos sus deberes, les señalára con su ejemplo lo que llama tan felizmente Nicole *instinto natural* del Cristianismo; que consagrarse la mayor parte de su vida á la obediencia, que es la condicion comun de la salud de los hombres, y como el camino real de los cristianos, por que todos deben pasar, los que obedecen, y quizá mas aun los que mandan; porqué no deben hacerlo, ni mas ni menos, que cuando Dios quiere.

Pues este es el grande ejemplo que nos dió el Hijo de Dios durante los treinta años de su sumision á Maria.

Al encarnarse en el seno de Maria no se propuso otro fin, que reparar, con el exceso admirable de su humildad, el prodigioso exceso de nues-

tro orgullo. Asi la humildad habia venido á ser la tendencia, y, como dice con excelente modo San Agustin, *la inclinacion de la Majestad divina, por su mismo nacimiento de la Virgen Maria, Inclinatio Majestatis hoc est, natus ex Maria Virgine* (1). Por esto, segun el designio de este nacimiento, el Hijo de Dios quiso anonadarse; no solo como Dios sino tambien como hombre; el Hijo de Dios se hizo hombre, y el Hijo de David carpintero. Y como el Hijo de Dios levanta á sí todo aquello á que se baja, consagró y divinizó, no solamente la humanidad que tomó, sino la oscuridad, el trabajo, la pobreza, la obediencia de la humilde condicion en que vió en esa humanidad: no solo es el hombre Dios, sino el Artesano-Dios: el Artesano-Dios en la tierra, como es el Artífice-Dios en el cielo: en el cielo, fabricando la armadura del Universo, y en la tierra ejerciendo el oficio de carpintero.

«Orgullo, exclama Bossuet, ven y rebienta con este espectáculo: Jesus, hijo de un carpintero; y carpintero tambien, conocido por este ejercicio, sin que se hable de ningun otro empleo, de ninguna otra accion! En su reciente iglesia, se recordaban los arados que habia hecho, y esta tradicion se ha conservado en los autores mas antiguos. Consuélese y regocijense los que viven de un arte mecánico: Jesucristo es de su gremio.... Aprendan trabajando á alabar á Dios, á cantar salmos y santos cantares, y serán en su presencia como otros Jesucristos.... Y tú, orgullo humano, vuelvo á decir ¿de qué te quejas con tus iniquidades? ¿De no ser nada en el mundo? ¿Qué papel hacia en él Jesús? ¿Qué figura Maria? Eran la maravilla del mundo, el espectáculo

(1) S. AUGUST., *De Symb.*

»de Dios y de los Ángeles: ¿y qué hacian?... Yo me consumo, dices, nada tengo que hacer; ó mis empleos demasiado bajos me desagradan: quiero salir de ellos y sacar á mi familia. Y Maria y Jesus ¿piensan en elevarse? Mira á ese divino carpintero con la sierra, con el cepillo, endureciendo sus tiernas manos en el manejo de instrumentos tan grosetos y rudos. No es un diestro pintor el que maneja, no una docta pluma la que ejercita con bellos escritos; prefiere el ejercicio de un empleo mas humilde y necesario: se ocupa, gana la vida: cumple, alaba, bendice la voluntad de Dios en su humillacion.»

Tal es la gran leccion que dió el Hijo de Dios al mundo durante los treinta años de su profesion de carpintero en Nazareth. Convidad en que no podia emplear mejor el tiempo, ni desempeñar mejor su mision de preceptor y corrector de los hombres.

## IV.

¿Qué diremos ahora, al concluir, de la gloriosa parte de Maria en este misterio?

Ella es quien lo determina. Jesus, á los doce años, está ya en su disposicion de *ocuparse en las cosas que miran á su Padre*; comienza su vida pública, y confunde ya á los doctores en el mismo templo de Jerusalem. Maria viene á interrumpirle, á reivindicarle, hace eclipsarse á este bello astro; pone la Luz del mundo bajo del celemin: desea que retarde diez y ocho años su salida, y Jesus vuelve atrás: y descende al horizonte de Nazareth. Obedeciendo á la voz de un hombre, dice Santo Tomás, paróse un día el Sol en su carrera: obedeciendo á la voz de Maria, se paró el Cristo treinta años. *Obediente Deo voci hominis sol stetit: Obediens Christus voci Marice per triginta annos stetit.* A los treinta años, dirá este Sol de justicia

que no es llegada su hora de brillar con milagros en las bodas de Caná. *Nondum venit hora*; y Maria le hará adelantar la hora de sus prodijios, como le hizo retardar la de sus enseñanzas. Asi dispone de la Luz eterna como la Escritura nos dice que dispone Dios de la del día «la cual esconde en sus manos, y la manda torne á aparecer.» *In manibus abscondit lucem, et precepit ei ut rursus adveniat* (1).

Cierto que Maria no tiene este poder por sí misma, y sin fundamento se nos atribuiria idea tan insensata; lo ha recibido de la munificencia del mismo que la obedece y que la manda lo ejerza. Mas ¿porqué se le ha dado ese poder? ¿Porqué no quiso Jesucristo *de si* volver á Nazareth, *de si* brillar en Caná? ¿Porqué quiso mostrarnos á Maria disponiendo de sus luces y sus gracias, sino para honrar á Maria, para designarla á nuestra confianza, para mostrarse Hijo suyo, no solo en las cosas de la tierra, sino en las del cielo? Hállese otra explicacion posible de la conducta de Jesucristo. ó léanse en el Evangelio, escritos en caracteres brillantes, los títulos de nuestro culto de filial veneracion hácia Maria, y de plena confianza en su poder.

Y sobre esto, ¿cuánto no consagra este culto el largo efecto de ese poder, la prolongada sumision de Jesus á Maria, y por extension á José; á Maria, que sobrevivirá en breve á este fiel esposo. y que tendrá exclusivamente el honor de esta sumision en una época en que la virilidad de Jesus la hará mas extraordinaria! Esta frase; *Y estaba sujeto á ellos*, es corta en el Evangelio; pero es larga la sumision que expresa; dura treinta años. Treinta años de una vida que solo tiene treinta y tres! ¿qué leccion mas considerable podia Jesucris-

(1) Job. XXXVI, 32.

to darnos de nuestra sumision, de nuestra devocion á Maria? ¡Cómo! las menores palabras, si es lícito decirlo así, los menores ademanes de Jesucristo son para nosotros oráculos que recogemos y profesamos con ansia; ¡y no tendria sobre nosotros ningun imperio lo que dijo é hizo por espacio de treinta años! Se toma á la letra, sin escudriñar su espíritu, una expresion de su labio divino que no humilla á Maria sino para ensalzarla, y no se oye el sublime panegirico que le hace su callada sumision de treinta años! Atrévase ó decir que Maria no fué objeto de consideracion alguna por parte de un Hijo que le consagra la niñez, la juventud y la virilidad de su vida! Y observad cuán consagrada se halla esta sujecion por lo que la precede y la sigue. Si la divinidad de Jesucristo no hubiera recibido testimonio alguno hasta la edad de treinta años, pudiera tratarse de atenuar el significado de su sumision; pero despues de los misterios de la Anunciacion, Visitacion, Natividad, Presentacion, en que esa Divinidad recibió tan espléndidos homenajes, estos entran por decirlo así en el de su sumision á Maria, en cuanto unido con ella los recibió. En cuanto á lo que siguió á esta sumision, me bastará recordar este dicho de los pueblos que evangelizaba: *¿No es este el hijo del carpintero? ¿Su Madre no se llama Maria?* como si su sujecion hubiera hecho en él tal impresion que no pudieran despojarle de ella las mas brillantes muestras de Divinidad, y como si su cualidad, en cierto modo indeleble, que lleva consigo hasta en la gloria, sea el ser Hijo de Maria.

Pero lo que principalmente consagra la sumision de Jesus á Maria es la sumision de Maria á Jesus; es que, mientras Jesus la estaba sujeto, recogia ella, guardaba y repasaba en su corazon todas las gracias de esta sumision divina. El Evangelista San Juan termina su Evangelio diciendo:

»Hay todavía otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, creo que ni en el mismo mundo cabrían los libros que se describiesen.»

Manera de hablar literalmente hiperbólica, que, por su contraste con la ordinaria sencillez del Evangelista, hace sentir admirablemente toda la grandeza, toda la infinidad divina de los actos de Jesús. Pues bien; de esos actos infinitamente adorables tuvo María la mayor parte; para ella sola se hicieron en tan vasta proporción; su corazón fué de ellos el único espectador, el único poseedor. ¡Cuan digno, cuan puro y santo debía ser ese corazón, para que el Hijo de Dios hiciera para él solo por espacio de treinta años lo que hizo solos tres años para el mundo! ¡para que derramase en él una medida de luces y de gracias diez veces mas espaciosa que aquella con que sembró la tierra! ¡Y qué frutos de gloria no debió sacar de ellas este corazón tan fiel! ¡Ah! si otra María, *sentada* un momento á los pies del Salvador y oyendo su palabra mientras su hermana Marta se ocupaba ansiosa en muchas faenas, *eseogió la mejor parte que no le será quitada*, según la misma expresión del Salvador, ¿qué maravillosa mies no recogería, no llevaría este corazón de la Bienaventurada Virgen María tanto tiempo sola á los pies de su Hijo, tanto tiempo ocupada en su servicio! Porque la Virgen María tuvo el insigne privilegio de reunir en sí sola las dos partes de Marta y de María, mejores aun las dos que la mejor de las dos; la vida activa y la contemplativa; el cuidado y la meditación de Jesús; y por la mutua penetración de estas dos grandes operaciones de su alma, cuidando á Jesús, meditándole, y meditándole al par que le cuidaba, ofreció á los ángeles y á los hombres el espectáculo de la mas completa, de la mas eminente, de la mas gloriosa perfección.

## CAPÍTULO XVII.

## LAS BODAS DE CANÁ.

Hemos llegado al umbral de la vida pública de Jesús: este deja por fin el cepillo y sale de esta aldea de Nazareth, que solo era conocida por este proverbio: *¿Puede salir algo bueno de Nazareth?* (1) «Jesús tenía como treinta años cuando empezó su ministerio (2).» Es preconizado y bautizado por San Juan, del cual se separan dos discípulos, los primeros que siguen á Cristo. Juntanse á él otros dos discípulos, entre ellos Simon, á quien da ya el nombre emblemático de *Pedro* (3). Y sin embargo sigue aun á María, de quien no está todavía emancipado, y María es quien va á determinar su divina manifestación, y abrirle en cierto modo la carrera.

Pongamos á vista de nuestros lectores la divina relación de este gran misterio.

«Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba en ellas. Y fué también convidado á estas bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el vino, la Madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Y Jesús le dijo: Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Aun no ha venido mi hora. Entonces dijo su Madre á los que servían: Haced todo lo que él os diga.»

(1) Juan, I. 46.

(2) Luc., III, 25.

(3) Juan, I, 4—12.

»Y habia allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, de las cuales cada una »cabia dos ó tres metretas. Díjoles Jesús: Llenad »de agua las tinajas, y las llenaron hasta arriba. »Despues les dijo Jesús: sacad ahora y llevad al »Maestresala; y ellos la llevaron. Y luego que el »Maestresala probó el agua que se habia hecho »vino, y no sabiendo de donde era este vino (aun- »que lo sabian los sirvientes que habian sacado el »agua), llamó al esposo y le dijo: Todo hombre »pone primero el vino bueno, y despues que han »bebido bien, entonces saca el que es inferior; pe- »ro tú has guardado hasta ahora el vino bueno.

«Este fué el principio de los milagros de Jesu- »cristo en Caná de Galilea, y manifestó su gloria »y sus discípulos creyeron en él (1).»

Esta narracion es, como se sabe, el fundamen- »to de la oposicion al culto de la Madre de Dios; »el escándalo de los débiles, y hasta la prueba de »los fieles. Por lo que á nosotros toca, despues de »haberla estudiado bien, no vacilamos en pensar con »los mas sabios Doctores, asi como creemos con la »Iglesia, que este es uno de los fundamentos mas »edificativos del culto de la Virgen Santisima, y es- »peramos persuadirlo en breve á nuestros lectores.

Volvamos al relato del Evangelio.

El lugar donde pasa el acontecimiento, Caná, »era una aldea que menciona el historiador Josefo, »y que debia estar cerca de Nazareth. En cuanto »á la presencia de la Madre de Jesús en estas bo- »das, observa Grocio que la muerte de José, de »quien no se hace ya mencion, la habia dejado viu- »da, y que sin duda habia sido llamada á este ma- »trimonio por derecho de proximidad, y para hacer

(1) Juan, II, 2, 11.

en él el oficio de compañera y matrona de la ca- »sada.

Como quiera que ello sea, la presencia de Ma- »ria es la que trae la de Jesús: «Jesús fué tambien »convidado á las bodas con sus discípulos.» *Jesús »es puesto aqui*, observa Calvino, *como para hacer »compañia á su Madre* (1); lo cual nos le presen- »ta todavia en aquella dependencia filial en que »habia vivido hasta entonces. En cuanto á sus dis- »cípulos convidados tambien, esto nos lo muestra »ya en vida comun con él, como sus hermanos es- »pirituales é hijos segundos de Maria.

Faltando el vino, la Madre de Jesus se intere- »sa caritativamente en el apuro de los esposos; por- »que es mujer, es madre, sabe, por experiencia, »compadecerse de estos casos improvisos de la vida »doméstica, y ella, su Hijo y sus discípulos com- »ponian una parte bastante notable de los convida- »dos que eran la causa y objeto de aquel apuro. »Por otra parte, segun observa San Bernardo, «¿có- »mo la *Madre de Jesús* no se hubiera movido á »simpatia y compasion? De la fuente de miseri- »cordia ¿qué otra cosa hubiera podido salir sino »misericordia? ¿Por ventura la mano que ha teni- »do un fruto por espacio de medio dia no conser- »va su buen olor todo el restante de él? ¿Pues »cuánto no debió la Misericordia impregnar de su »virtud las entrañas de Maria en que repasó por »tiempo de nueve meses? Tanto mas cuanto llenó »su alma antes de llenar su seno, y al salir de su »seno no se retiró de su alma (2).»

Nada hay por tanto que no sea muy legitima- »mente natural para Maria, muy loable; muy puro »y muy santo en interesarse en semejante situa-

(1) CALVINO, *Coment. sobre San Juan.*

(2) DOM. I. post. octav. Epiph., *Serm. I.*

cion y llamar sobre ella el interés y poder de su divino Hijo, como va á hacerlo.

Volviéndose hácia él, le dice por toda súplica:

NO TIENEN VINO.

¿Podrá creerse que ha habido inteligencias de tal temple á quienes ha parecido que esta expresion de Maria era nacida puramente de un vano sentimiento de ambicion maternal, el de presentar en espectáculo la Divinidad de su Hijo y reflejarla en sí?

Esta expresion brilla por el contrario con todo lo que excluye la vanidad, el ruido, el brillo, la preocupacion personal que se le supone; respira, en su brevedad sublime, la caridad, la discrecion, la confianza, la fé, el abandono, la dignidad modesta y sufrida, toda el alma de Maria. Esta no manda, no pide siquiera: limitase á exponer, ó aun á informar á la Bondad divina, que falta el vino, porque á los que propenden naturalmente á la beneficencia, no es necesario instarles, basta presentarles ocasion de ejercerla.

Y como la beneficencia de Jesús no puede mostrarse aquí sino por un milagro, y un milagro que no ha tenido precedente, la expresion de Maria arguye una fé admirable en el poder divino de su Hijo: dícele: *No tienen vino*, como quien habla al principio creador de todas las cosas, á quien le basta seguir su inclinacion asi de poder como de bondad para derramarlas. Hay al mismo tiempo en esta expresion una maravillosa confianza de Maria en su valimiento para con Jesús; pero una confianza toda de sumision; porque su ascendiente consiste sobre todo en el sentimiento de su dependencia. Finalmente, se siente en ella una especie de inteligencia íntima entre Maria y Jesús, que la dispensa de largos discursos, y que ella emplea en provecho de su humildad, que le hace

amar el silencio.

Hé ahí algunos de los grandes afectos que respiran en esa sencilla expresion de Maria. Solo tiene tres palabras: pero esta misma brevedad forma su extension.

Y Jesus la dijo: «MUJER; ¿QUÉ TENGO YO QUE VER CONTIGO? AUN NO HA LLEGADO MI HORA.»

Hé ahí esa respuesta de Jesus, tan ofensiva á la Santa Virgen, segun los censores de su culto. Estudiémosla con imparcialidad; con la misma imparcialidad que la consignó en el Evangelio.

Notemos desde luego sobre el particular que el Evangelista que nos refiere esta respuesta es San Juan, el hijo sustituido de la Santa Virgen, *el que la recibió por suya* (1) con el último suspiro de Jesus en el Calvario, y profesó toda su vida los sentimientos de la piedad y veneracion mas filial hacia esta Madre de Dios, hecha Madre de los hombres. Añadamos que muy probablemente reveló al mundo esta respuesta de Jesus segun se la narraria la Virgen Santísima, é indudablemente de acuerdo con ella, y en semejante revelacion hallamos ya un restimonio de perfecta veracidad y humildad, digna del mas religioso respeto, y de que no pudiéramos abusar sin crimen.

En estas palabras: *¿Que tengo yo que ver contigo?* hemos seguido las tradiciones ordinarias. Seriamos de todo punto indiferente atenernos á ellas; pero la verdad nos obliga á decir que no son estos los mismos términos del Evangelio, y que su sentido está notablemente modificado. Los términos testuales son estos, á decir de los intérpretes menos sospechosos, señaladamente de Calvino, Grocio y M. de Lamennais despues de su caida: *¿Qué importa eso á mi y á tí?* (2).

(1) Juan. XIX 27.

(2) CALVINO. Coment sobre S. Juan.—GROCIO, Annot. in quat. Evang.—M. de Lamennais. Nota de su traduccion.

Observa Grocio, con su juiciosa erudicion, que si estas palabras *Quid mihi et tibi est*, se toman en el sentido recibido entre los Latinos, llevan consigo una acepcion de menosprecio, y significan: *¿Quid tibi mecum est?* Pero que en la locucion hebrea que San Juan ha empleado en su Evangelio, significan otra cosa, á saber: *¿Cur mihi negotium exhibes? ¿Porqué me hablas de esto?* (¿Que tiene esto de comun á mi y á tí?) Esto es lo que se vé claramente, dice, en muchos pasajes de los Libros Santos, donde se emplea esta misma locucion, como II, *Samuel*, xvi, 10.—II, *Paralipom*, xxxv, 21.—*Joel*, iii, 4,—Y en el mismo Evangelio, *Matth*, viii, 29.

Nadie hay que no conozca ahora la gran diferencia que hay entre esta version. *¿Qué tengo yo que ver contigo?* y esta: *¿Qué importa eso á mi y á tí?* Porque en la primera hay una disyuncion de yo y de tú; que no se halla en la segunda.

Esta última version, sobre ser textual, concuerda mucho mejor con lo que sigue de la respuesta del Salvador: *Mi hora no es aun llegada*. Este motivo no es absoluto sino relativo, y por tanto quita, á la primera parte de su respuesta, el carácter absoluto de estas palabras: *¿Qué tengo yo que ver contigo?* y se aviene mucho mejor con estas: *¿Qué importa eso á mi y á tí?* que son relativas á la circunstancia. Porque si Jesus nada tiene que ver con Maria, esto debe ser siempre, y no se comprende *mi hora no ha llegado todavia*; al paso que se comprende muy bien que no haya aun llegado para Jesus la hora de emplear su poder en servicio de su misericordia, y que no era oportuno invocarle bajo ese aspecto.

Tal es la verdad literal del Evangelio; verdad que resiste materialmente el abuso que se hace de ella, cuando sin tomar por otra parte en cuenta la

conducta de Jesucristo, que viene inmediatamente á fijar su sentido, se quiere dar á su respuesta la significacion de un principio, y en cierto modo de un dogma que excluya toda relacion de culto entre Jesus y su Santa Madre.

Nuestro único objeto, en esta aclaracion preliminar, ha sido despejar de esté abuso el texto del evangelio. Por lo demás, y explicado este punto, es muy cierto que la respuesta de Jesus, aun restituida á su pura significacion, envuelve una desaprobacion y como un desconocimiento humillante para Maria. Sobre todo, esta palabra *Mujer*, parece la quita el título de *Madre*, que es el fundamento de su confianza y de la nuestra: tanto mas cuanto el Evangelista, designándola, antes y despues de la respuesta de Jesus, con el título de *Madre de Jesus*, hace resaltar la intencion de esta palabra *Mujer*, con la cual parece que la confunde Jesus con todo su sexo, y la anonada, en cierto modo, con toda la alteza y todo el peso de su Divinidad. Y lo que hace esta respuesta mas afflictiva para Maria, es que se verifica en el momento en que Maria quiere hacer uso de su valimiento de Madre para con Jesus, y humilla su confianza como temeraria, é impia por decirlo así. Parecéenos que expresamos, sin atenuarla, la impresion general de ese dicho de Jesus.

Sin embargo, ¿es esa la conclusion final que deberemos de ella deducir? Ningun intérprete se ha atrevido á decirlo, ninguno ha dado á esta respuesta el significado de una acusacion de impiedad contra Maria: todos han templado el rigor de esta respuesta opinando que tenia una significacion menos personal y mas general; en suma, que ofrecia un misterio cuyo espíritu era diverso de la letra, ó que á lo menos no tenia toda su importancia. »La Virgen era tan modesta y temerosa de

»Dios, dice el mismo Calvino, que no tenia necesidad de correccion tan severa (1).»

Pero esto no basta; y una vez que el espíritu es diferente de la letra, es preciso la comprendamos de un modo mas exacto.

La expresion de Maria, *No tienen vino*, cuya caridad, discrecion, fe, confianza y humildad hemos admirado ya; debia al parecer atraerle una respuesta, no solo menos severa, sino enteramente contraria; la respuesta que dió siempre Jesus en el curso de su vida á cuantos venian á pedirle milagros de curacion: *Confía: tu fe te ha salvado.* — *Nunca hallé tan grande fe en Israel.* — *¡Oh mujer! grande es tu fe; succédate como deseas,* etc. Tener confianza en Jesus, por miserable, por indigno que fuese de sus gracias quien las pedia, era un medio infalible de alcanzarlas, con este considerando, *tu fe te ha salvado*, con que se complacia siempre en alabar, en exaltar esa confianza y esa fe cuyo imperio era tan grande sobre su corazon que parece disponia de su poder. Poned pues la expresion de Maria en otros labios, en los de la Magdalena ó la Cananea, de una pecadora ó de una extranjera, y en vez de esa reconvencion tan humillante, oiréis salir de la boca de Jesus una exclamacion de alabranza. ¿Dirémos pues que porque Maria no es pecadora ni extranjera, que por ser santa y madre, y digna Madre de Jesus, la inflige este Jesus la reprension mas humillante? Blasfemia fuera el decirlo, puesto que esa reprension recaeria sobre Jesus como la injuria mas amarga que pudiera hacerse á su sabiduria, á su justicia y á su bondad.

No es pues el honor de Maria sino el de Jesus el que nos obliga á ver en su respuesta una intencion muy diversa.

(1) CALVINO, Coment. sobre S. Juan.

Corrobórase este sentir cuando se observa que Jesus habló siempre en este tono á su Santa Madre; que esta es su manera general de tratarla y que por tanto no tiene fundamento particular en la circunstancia. Así, cuando la queja tan natural y legitima de Maria, con motivo de su desaparicion en el templo, lo oimos ya decir con el mismo acento: *¿Porque me buscabais? ¿No sabiais que debo yo ocuparme en las cosas que miran á mi Padre?* Mas adelante, cuando vendrán á decirle *que su madre y hermanos quieren verle*, responderá: *Mi Madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios.* Cuando una voz levantándose de entre la muchedumbre exclamará: *Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te lactaron*, responderá igualmente: *Bienaventurados mas bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.* Finalmente, hasta en la cruz donde esta Madre incomparable le da el testimonio de la fidelidad mas heróica, dejará caer sobre ella, de sus moribundos labios, esa misma palabra de *Mujer*, que, en la narracion que estudiamos, caracteriza esa especie de negacion que constituye su misterio.

Es evidetísimo, que Maria no mereció tales rigores de Jesus en todas estas circunstancias; y, como no habiéndolos merecido, no podria Jesus haber querido sistemáticamente infligírselos, debemos inferir, no solo del misterio de Caná, sino de todas esas páginas del Evangelio, que la respuesta de Jesus está exenta de esa intencion de severidad que ahí se nota contra Maria.

Purgada así de este espíritu de vituperio, la expresion de Jesus deja ver otro que se aviene tan admirablemente con ella como lo resiste absolutamente el primero.

Consagrémosle toda nuestra atencion.

Este espíritu es en primer lugar un espíritu de



enseñanza general, de que vosotros y yo somos objeto, y de que Maria es puramente el texto. Esta explicacion que hemos dado ya con Nicole, con motivo de la respuesta de Jesus hallado en el templo, se aplica á todos esos pasajes de aparente severidad para con Maria, que acabamos de recordar. Se aplica señaladamente al que estudiamos, de tal modo, que la fuerza de la verdad obligó á Calvino á reconocerlo: «Que Jesucristo, dice, hablara de »esa manera, no tanto fué por ella como por los demás (1).» Y ¿qué enseñanza es esa que fué por ella como por los demás? Que Jesucristo, como Salvador, es de todos nosotros, sin acepcion de nadie, ni aun de su Madre: que, segun dijo el mismo, todo el mundo puede ser *su madre, sus hermanos y hermanas*, con tal que oiga y guarde su palabra: que los mas extraviados y perdidos tienen derechos mas particulares á su ternura, dado que para buscarlos y volverlos al aprisco, abandonará las ovejas fieles, y hasta á su Madre: que esta Madre, por lo mismo que es inocente y pura, y se acerca mas á su Santidad infinita, nada tiene que ver con él como Salvador, pues *no vino sino para las ovejas perdidas de Israel*, como él mismo lo proclama (2): que, todo ocupado en su Padre celestial de quien ha recibido esta mision de *Salvador, y cuya voluntad es su alimento para cumplir esa obra* (3), su Madre terrena es nada á sus ojos, en comparacion de tan importante negocio, que es la regla suprema de toda su conducta. de todos sus prodigios, y que no puede sacrificar á consideraciones privadas, pues no tanto es el Hijo de Maria

(1) CALVINO Comet, at. sobre S. Juan.

(2) Matth. XV. 24.

(3) Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiem opus ejus. Juan, IV. 34.

como el Mediador universal del mundo, ó por mejor decirlo, solamente es su Hijo para ser nuestro Mediador. Na es pues que se niegue, dice San Ambrosio, á las piadosas atenciones que se deben á tan Santa Madre; sino que debe subordinarlas á ese gran ministerio que su Padre le ha conferido, á ese carácter *público* de Salvador de que no puede nunca despojarse, y el cual debia por tanto profesar y reservar para el momento en que iba á diferir á la peticion de Maria. *Non quod materna refutet pietatis obsequia; sed quia Patris se ministerio amplius, quam maternis affectibus, subesse cognoscat*; es, finalmente, que ha querido en esto, no solo excitar en el mas alto grado nuestra confianza en su mayor y total rendimiento por nuestras almas, sino darnos ejemplo del amor y rendimiento que la debemos en recompensa; el ejemplo de estas palabras que ha hecho resonar en el Evangelio: *Si alguno viene á mi y no aborrece á su padre y á su Madre, y su mujer, y sus hijos, y hermanos, y hermanas, y hasta su vida, no puede ser mi discipulo* (1), es decir: *El que ama á su padre y su madre mas que á mi, no es digno de mi* (2). Esta es la medida del amor que nos pide, á que para eso nos da él primero, por medio de esta expresion que dirige á la mas tierna, á la mas santa y admirable de las Madres: *Mujer, aun no ha llegado mi hora.*

Ved una primera explicacion de ese dicho. Pero debemos esperar encontrar otras, porque la luz tiene mas de un rayo.

Se explica en segundo lugar diciendo, que Jesús quiso mostrarnos la fé, la constancia de Maria en su grado mas sublime, sujetándolas á la

(1) Luc. XV, 26.

(2) Math., X, 37.

mas dura de las pruebas: y que en esto la trata con la mayor distincion; como trata á las grandes almas, á las que mas quiere, con repulsas, qua no son mas que ardidés de su ternura. Ya tenemos el ejemplo de esta conducta en la dura expresion que dirigió á la Cananea, quien le suplicaba le curase á su hija: *No es justo tomar el pan de los hijos para darlo á los perros*; y en esta exclamacion con que acompañó el milagro que otorgo á su humilde porfia: *Mujer, grande es tu fé; anda, y succédate como deseas!* La prueba es infinitamente mas fuerte para Maria, en razon de su dignidad y Santidad. La mas dulce, la mas pura, la mas eminente y admirable de las mujeres y las madres, la Madre de Dios, llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, objeto de la veneracion, del amor, de la confianza del universo, expuesta á la faz de este universo por el Evangelio, es desconocida por ese Jesús que es toda su gloria, relegada por él al comun de su sexo, precipitada en la mas confusa de las criaturas desde la inmensa altura á que la ha elevado su divina Maternidad, y ¡cruel herida para la humildad de su corazon! tachada, al parecer, de presuncion y temeridad por el que es la misma Justicia, y que por el solo hecho de reprenderla, la hace parecer reprehensible. ¡Qué prueba! y cuán porporcionada es á Maria! Es tal que diez y ocho siglos de bendiciones no han sido poderosos á borrarla, y seguirá donde quiera y siempre á Maria en los espíritus débiles, y vendrá á ser el texto de la herejia, el mérito de la fidelidad, y necesitamos en fin explicarlo para instruir á los que de él se escandalizan. ¡Qué fé es pues la que vamos á ver salir de prueba semejante, y la que, en gloriosa recompensa, va á hacer que ceda á su consideracion ese mismo Dios á cuyo rigor ella no ha cedido!

La tercera explicacion es, que yendo Jesús á elevar á Maria á la gloria insigne que vamos á ver, la prepara é ella por medio de la mas profunda humillacion. Es proceder constante, y como ley de la Providencia, en su accion sobre las almas, hacer de la humillacion el fundamento de la gloria verdadera y el escollo de la falsa. Y la razon de ello es muy clara: la gloria no es verdadera sino en cuanto depende de Dios que es su principio, y por tanto, cuanto mas dependemos de Dios humillándonos en su presencia, mas nos hallamos en disposicion de recibir su gloria. Y como esta gloria lleva consigo, durante esta vida de prueba, un gran vértigo de complacencia en nosotros mismos, y como un peso de orgullo que se dirige á sustraernos á su Autor supremo, es tanto mas necesario un contrapeso de pasajeras humillaciones que nos sujete á él y nos retenga. De aqui estas bellas palabras de la Escritura: «La humillacion anda delante de la gloria.» *Gloriam procedit humilitas* (1); y sigue los pasos del Soberbio. «*Superbum sequitur humilitas* (2). Esta gran ley, tau mostruosamente ultrajada en todo el mundo antiguo por la deificacion de la criatura, fué restablecida por el supremo abatimiento del Criador humillado en el seno de Maria y la glorificacion de la humanidad que tomó en este seno virginal. Jesucristo es la personificacion de esta ley divina que él mismo promulgó de esta manera; *El que se humilla será exaltado, y el que se exalta será humillado*. Él fué el primero que se humilló y el primero que fué ensalzado. *Exinanivit semetipsum. Propter quod Deus exaltavit illum* (3). Por esto, conforme con

(1) Prov. XV. 55.

(2) Prov. XXIX. 25.

él mismo, su gracia procede siempre humillando á las almas que quiere exaltar, de tal modo, que así como puede medirse la altura de un monumento por la profundidad de sus cimientos, así puede calcularse, aproximadamente, la gloria que Dios nos reserva, por la medida de la humillacion con que á ella nos prepara, cuando esta humillacion es realmente una obra de su gracia y no el fruto y justo castigo del pecado. Almas fieles, almas humilladas, dad testimonio á lo que aqui decimos, y confirmeos tambien á vosotras en esta santa verdad el gran testimonio de Maria. Si el Verbo, humillándose en su seno, la elevó a la gloria inconmensurable de Madre de Dios, es porque miró la bajeza de su sierva (4), y el abismo infinito de su gloria fué atraído por este inconcebible abismo de humildad. Por consecuencia del mismo proceder, Maria debió ser humillada, por su divino Hijo, mas que ninguna otra en la tierra, por cuanto debia exaltarla y glorificarla mas que á otra alguna en el cielo. Y como en este general abatimiento en que debió tenerla en este mundo, quiso no obstante dar á nuestro amor y confianza para con ella prendas brillantes de la gloria y poder que la reservaba, debió hacer, respecto de cada una de esas prendas, lo que hizo en cuanto á esa misma gloria y poderío, esto es, hacer que las precediese una humillacion particular que fuera como su cimiento y contrapeso. Por eso los aparentes rigores de Jesus para con Maria no se hallan en el Evangelio consignados á la ventura: notad bien, que siempre acontece esto inmediatamente antes de decretarle una gloria, de levantarla á una grandeza. Así lo hemos visto en estas palabras de

(1) Philip. II, 9.

(2) Cántico de Maria.

Jesus: *¿Porque me buscábais? ¿No sabiais que debo ocuparme en las cosas que miran á mi Padre?* despues de las cuales, SUJETO Á MARIA, descendió á Nazareth: y esto es lo que vamos á ver despues de estas: *Mujer, ¿qué importa eso á mi y á ti?*

Finalmente, la cuarta intencion de las palabras del Salvador, que vamos á ver manifestada en su conducta, es realzar la gracia que iba á conceder á Maria, mostrando que esta gracia no guardaba proporcion con lo que podia pedirsele. La expresion de Jesus no humilla á Maria sino elevando al mas alto grado el objeto de la demanda que le hace, y poniéndole fuera de todo alcance. De manera, que tanto como la humilla con esta gran dificultad que le o pone, otra tanta gloria le prepara en su vencimiento: para mostrarnos, por medio de un grande ejemplo, que no hay cosa que no pueda alcanzar de su misericordia. Ciertamente, el milagro que le pide no se recomendaba en si mismo por un gran interés. Y aun se debe observar, que se distinguia, en esta parte, de todos los demás milagros del Salvador, que versaban todos sobre asunto mas grave; lo que es tanto mas de notarse cuanto por este milagro le pide Maria que abra la carrera de sus prodigios. Y esto es lo que parece le responde Jesus por estas palabras: *¿Qué importa á mi y á ti?* Que vale tanto como si dijera: *¿cómo apelais á mi poder por un interés tan liviano, y le pedís su primera manifestacion?* Pero cuanto menos se recomendaba este milagro por si mismo, tanto mas parecia como hecho á la consideracion y al favor de Maria. Este era su objeto capital, cuya importancia toma por consiguiente todo el lugar que le deja otro cualquier interés. Pero esto no bastaba aun para tan grande objeto; Jesus le hace resaltar mas con una dificultad de mas elevada índole y tal que parece

le liga á él mismo: *Mi hora, dice, no ha venido todavía.*

¿Qué hora es esa que Jesús llama *su hora*? No es absolutamente necesario saberlo para graduar la importancia de su expresion en el punto de vista en que la miramos. Con todo, de su frecuente repetición en el Evangelio resulta, que la *hora* de Jesús era la de su muerte, es decir, de su gloria que debía brillar por esta muerte. Esto es lo que él mismo da á entender cuando, al ir á su Pasion, dice: «Padre, *ha llegado la hora*, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique (1).» Así por estas palabras: *No ha llegado aun mi hora*, puede entenderse: la hora de mi manifestacion divina, de mi gloria, que el milagro que me pides haría brillar antes de tiempo. Cier- to, que Jesús debía hacer otros milagros antes del gran milagro de su resurreccion; pero estos otros milagros solo eran como los eslabones de una cadena, *el primero* (2) de los cuales era el milagro de Caná. De modo que este primer milagro, rompiendo la oscuridad humana de Jesucristo, le hacia entrar, antes de tiempo, en esa carrera de prodigios cuyo esplendor ofendia su humildad y parecia anticipar su gloria.

Pues ¿cuánta es, bajo este gran aspecto, la importancia del milagro que Maria pide á Jesús con estas sencillas palabras: *No tienen vino*; dado que puede decirse están en él representados y contenidos, de algun modo, como en sus principios todos los demás milagros de su vida, y van así á depender del valimiento de Maria?

Tal es la cuarta significacion del dicho de Jesús. Estas cuatro explicaciones son diversas, pero no

(1) Juan, XVII, 1.

(2) Juan, II, 11.

contrarias; son, como si dijéramos, hermanas, y por tanto, todas igualmente aceptables; su misma diversidad es un testimonio de su verdad, porque es propio de la divina palabra el resplandecer en varios sentidos, como el sol que es su imagen,

De aquí resulta que la respuesta de Jesús á Maria presenta á nuestra meditacion como los *primeros considerandos* de la gran decision que va á tomar, y cuya parte *dispositiva* vamos á ver. Fuera absurdo detenerse en estos considerandos sin tomar en cuenta la parte dispositiva, y sin embargo esto es lo que hacen los herejes. Lo dispositivo determina la importancia de los considerandos, tanto como estos aclaran la de lo dispositivo. Es contra toda justicia y razon el separarlos; y si tal pudiera hacerse; ¿quién no ve que la parte dispositiva es la que debiera prevalecer, puesto que no es ella la que está hecha para los considerandos sino que lo están estos para ella?

De ella pues va á depender su verdadera significacion: de la conducta de Jesús el verdadero sentido de sus palabras.

Pero veamos antes qué es lo que dice y hace Maria.

¿Qué va á decir Maria á semejante prueba, en tal humillacion, oprimida con el irresistible peso de esa majestad divina que parece debe anonadarla?

HACED LO QUE ÉL OS DIGA.

¡Oh fé, oh sublime confianza de Maria! ¡oh inteligencia profética del corazón de su divino Hijo! «La expresion de este Hijo, dice San Bernardo, puede parecer dura y severa, pero es porque conocia á aquella á quien hablaba, y ella sabia bien quien era el que le hablaba. En resolucion, para que sepais como tomó su respuesta y lo que presumió de la condescen-

»dencia de su Hijo para con ella, dice á los sirvientes: *Haced todo cuanto él os diga* (1).»

¡Qué humilde y sublime majestad en estas dos expresiones de Maria: *No tienen vino*, para pedir el primero de los milagros: y: *Haced lo que os diga*, despues de la tan fulminante respuesta de Jesus! ¡Cuántas cosas hubiera tenido que decir Maria, para excusarse ó insistir, de las cuales no dice ninguna! ¡Qué santa y sublime economía de palabras!

Se ha observado que Maria, sólo habló cuatro veces en el discurso de su vida: ella que habia dado á luz la Palabra. Mas por lo mismo no tenia que hablar. No hablaba exteriormente, porque no cesaba de hablar en su interior con esta Palabra, este Verbo, este Hijo á quien habia engendrado, y que, al salir de su seno, habíase quedado en su alma. En este santuario intimo estaba con él en perpetuo coloquio. Mientras parecia que la olvidaba y desconocia exteriormente como *Salvador*, no cesaba de conversar con ella, y festejarla interiormente como Dios. De fuera la decia: *Mujer, ¿qué importa eso á ti y á mí? mi hora no es aun llegada*; pero dentro la decia; *Pide, Madre, que no puedo apartar de tí mi rostro* (2).

Evidentemente, de esta última expresion de Jesus es continuacion la de Maria: *Haced lo que os diga*: Se oye por decirlo así, aquella en esta; porque de otro modo, ¿como fuera posible explicarla? ¿Cómo, al revés de la exterior respuesta de Jesus, hubiera Maria comprendido que iba él á obrar inmediatamente un milagro que parece la negaba tan resueltamente? ¿Cómo hubiera advertido á los sirvientes que estuvieran prentos para ejecutarle,

(1) Dominic. I. post oct. Epiph. Serm. 1.

(2) III Reyes II 10.

si el Espiritu de Jesus, el Espiritu Santo no se lo hubiera revelado interiormente, si en este espíritu de fe, de amor y de verdad, no hubiera estado de inteligencia con Jesus?

Pero lo admirable, entre tantas cosas admirables es la relacion que existe entre la palabra exterior y la palabra interior de Jesus á Maria. Estas dos palabras que al parecer se contradicen, guardan entre sí el acuerdo mas armonioso. ¿Cómo así? Porque siendo la expresion exterior de Jesus una expresion de *prueba* para la fé de Maria; de abatimiento y humiliacion para su alma, la admirable disposicion con que la habia recibido habiala hecho al punto digna de la palabra interior, digna del milagro que pedia; habia hecho ya por decirlo así aquel milagro, trocando en condescendencia la severidad de Jesus, como iba á convertir el agua en vino.

Esto es lo que respira tambien en la expresion de Maria: *Haced lo que os diga*, en que se halla nuevamente el poder y la sumision, la majestad y la humildad de Maria: *Haced*, palabra de mando y de confianza: *lo que os diga*, palabras de sumision y de humildad.

Esta expresion: *Haced lo que os diga*, y la primera: *No tienen vino*, expresan perfectamente, ambas á dos, el caracter de la intercesion de Maria y del culto que la tributamos: carácter de mediadora con el mediador, *ad mediatorem mediatricis*. Por medio de la primera, *No tienen vino*, expone nuestras necesidades con un interés y un dominio maternales, siendo juntamente nuestra madre y la de Jesus; y por la segunda, *Haced lo que os diga*, nos somete á Jesus para la satisfaccion que de él consigue: no manda sino para inducirnos á obedecerle, y ella misma nos da el primer ejemplo de esta obediencia.

Ved ahí el Evangelio en espíritu y en verdad.

La conducta de Jesús, en la operacion del milagro obtenido por la fé y humildad de Maria, es ahora tan complaciente para escucharla como áspera habia sido para probarla, y nos muestra la verdad de este bello dicho de la Escritura: *Voluntatem timentium se faciet*. «Dios hará la voluntad de los que le temen (1).» Maria acaba de decir á los sirvientes: *Haced lo que os diga*, y Jesús, aprobando, ejecutando, por decirlo así, estas palabras, les dice: *Llenad de agua las tinajas, y llenadas estas, Jesús les dice: Sacad ahora y llevad al maestresala, etc., etc.*

Hé aquí el desenlace de todo este misterio, por el cual deben juzgarse sus implicaciones.

En resolucion, ¿qué vemos en él? Maria pide y Maria obtiene el milagro de Jesús. Verdad es que entre la demanda y la satisfaccion, hay una respuesta severa de Jesús. Pero ¿quién no vé que la verdadera respuesta de Jesús es el *hecho* y no el dicho, y que, como dice San Justino, no pudo haber querido ofender con la palabra á una madre á quien de tal modo honraba con el hecho? *Non verbo matrem objurgavit qui facto honoravit*. ¿Quién no ve que la palabra era para nosotros y la obra para Maria? ¿Quién no ve mas aun? ¿quién no ve que el dicho agranda el hecho, agranda á Maria, puesto que toda la severidad que aquel la opone al principio solo es para hacerla merecer, para glorificarla mas, para igualar el milagro á su santidad y mostrarnos su santidad igual al milagro.

Suprimid la respuesta de Jesús; no dejeis subsistir sino la demanda de Maria y su inmediato cumplimiento, y habreis disminuido el testimonio

(1) Salmo CXLIV, 19.

de este milagro en favor de Maria, y solo nos aparecerá como un milagro ordinario, á que Jesús propendia por su bondad hácia sus huéspedes, y del que Maria solo habrá propuesto la ocasion. Pero restableced la respuesta de Jesús, y quitais toda explicacion exterior á este milagro, le elevais sobre la circunstancia, sobre Maria, y parece que sobre Jesús; y por consecuencia, en esta expresion sublime, *Haced lo que os diga*, haceis brillar la fé, la constancia, la humildad, la caridad de Maria; y haceis en fin de este milagro el prodigio de su valimiento.

Esto es lo que acaba de demostrar el final de la narracion evangélica: *Este fué el principio de los milagros de Jesucristo en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y sus discipulos creyeron en él*.

El Evangelista no nos deja notar que este fué el primero de los milagros de Jesús, sino que nos lo hace notar él mismo; y esto nos autoriza y aun nos obliga á ver en ello una intencion, que no puede ser otra sino la relacion de este milagro con todos los demás. El Evangelio no nos dice *el primer milagro*, considerando este milagro en si, sino *el principio de los milagros*, INITIUM SIGNORUM. Es decir, que considerando el Evangelio todos los milagros de Jesús en un solo curso de milagros, los refiere al milagro de Caná como á su primera emanacion: al modo que el curso de gracias espirituales que Jesucristo debia derramar en las almas tuvo su emanacion primera en la que llevó á Juan Bautista en el misterio de la Visitacion. Ahora bien, en este misterio, Jesús comunicó á su Precursor esta primera de las gracias de santificacion, por la mediacion, á la voz de Maria. Igualmente en el misterio de Caná, por la mediacion, á la voz de Maria, emprende Jesús el curso de sus milagros; de donde se sigue, que la intencion del

Evangelio es recomendarlos á Maria como el instrumento, el canal por donde Jesús dispensa todas las gracias así temporales como espirituales: lo que es toda la doctrina católica. Esta doctrina resultaba ya del misterio de la Encarnacion, en que vemos á Dios dar al mundo todas sus gracias por medio de Maria, en Jesus, su Autor: de donde San Agustin y Bossuet sacan tan justamente esta consecuencia »que habiendo Dios querido una vez darnos á Jesucristo por medio de la »Santa Virgen, este orden ya no se muda, y que »así como Maria contribuyó á nuestra salud en la »Encarnacion, que es el principio universal de la »gracia, contribuirá á ella eternamente en todas »las otras operaciones, que no son mas que sus »dependencias. »Pero si esto es una deduccion teológica, es tambien un *hecho evangélico*. El Evangelio viene á justificar la doctrina, mostrándonos á Jesus, no solo dándose al mundo una primera vez por Maria, sino despues del don de su persona, dando tambien por Maria sus gracias, así espirituales como temporales, en su primera emanacion, y por consiguiente en su curso. Este, decimos, es un hecho evangélico: el hecho de la primera de las santificaciones, el hecho del primero de los milagros de Jesus obrados por la mediacion de Maria como testimonio de su influencia en todas las gracias particulares y subsiguientes de que son aquellos significacion. Mirenlo bien los protestantes, los adversarios del culto de Maria, el Evangelio, en que se guarecen, se levanta contra ellos.

El Evangelio añade. Y MANIFESTÓ SU GLORIA. Este dicho confirma la explicacion que hemos dado de esta expresion de Jesus: *Aun no ha venido mi hora*, viniendo á referirse á esta de donde hemos sacado esta explicacion: *Padre, ha llegado la ho-*

*ra, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique.* Demuestra que por estas palabras: *Mi hora etc.*, queria Jesus hablar de su manifestacion gloriosa, la cual, no debiendo llegar sino á su muerte, parece anticipada por el milagro de Caná, y por consiguiente en consideracion á Maria. ¿Qué idea mas extraordinaria, qué testimonio mas considerable, podia darnos Jesus del poder que ha concedido al ruego de su divina Madre, que el adelantar por ella la hora de su gloria, y manifestarla antes de tiempo? No es esto decir que Dios mudase de designio, y recibiese su plan; sino que en ese designio y ese plan hizo entrar la súplica de Maria, como medio determinante de su economia, la cual sin este medio no hubiera sido lo que es. Segun esta economia, la hora de la manifestacion de Jesucristo no hubiera venido sin la mediacion de Maria, como sin su Visitacion no habiera venido á Juan Bautista la gracia de Jesucristo: como el mismo Jesucristo no hubiera venido sin su consentimiento virginal. Así, ¡cosa admirable y que nos vuelve tambien al Plan divino! Maria influye en toda la economia de este Plan: en el orden de la Naturaleza, en el de la Gracia, en el de la Gloria. En el orden de la Naturaleza, da á Jesucristo al mundo, y da de este modo al mundo la causa final de su creacion; en el orden de la Gracia, lleva á Jesucristo á nuestras almas, y nos dá á comer este fruto del árbol de vida que ella probó la primera: en el orden de la Gloria, manifiesta á Jesucristo, determina, hace brillar su glorificacion: prenda de la nuestra: Esto es lo que vemos en los tres misterios Evangélicos de la Anunciacion, la Visitacion y el milagro de Caná. Lo que acontece en estas circunstancias solemnes del Evangelio no se nos muestra en él con intencion tan visible, sino como significacion de lo que debe siempre ve-

rificarse en el mundo. No cesemos de hacer observar, que no son estos simples hechos históricos, sino *Misterios*, es decir, moniciones, dogmas de lo que pasa constantemente: siempre Jesucristo viene al mundo por Maria; siempre Maria le lleva á nuestras almas por medio de su Visitacion; siempre manifiesta su gloria por los prodigios que alcanza de su misericordia.

Y SUS DISCÍPULOS CREYERON EN ÉL. ¿Cómo no creían en él si eran *sus discípulos*? Creían sin duda, pero con una fé vacilante. Se cree de nuevo cuando se cree firmemente. No hay incrédulo tan incrédulo que no tenga mas fé de la que muestra, y muchas veces mas] de la [que él mismo sabe. Por el contrario, no hay creyente que no pueda creer mas y decir á Jesucristo, como sus discípulos: *Señor, aumenta mi fé* (1). Pero sobre todo, y sea ésta la última consecuencia de nuestra narracion, no hay fé que no sea nula en cierto modo, comparada con la que se alcanza por la mediacion de Maria, por las manifestaciones divinas, interiores ó exteriores, de que es ella augusta promotora. La experiencia de ello es infalible y cotidiana. *Discípulos de Jesús* que creéis en él como si no creyéseis; que careceis de fé como *ellos carecian de vino*, ¿quereis realmente creer en él; quereis ser engendrados á la fé cristiana? sedlo por Maria, por su culto, por su intercesion, por su graciosa y maternal influencia. Estos milagros de fé y de conversion de los hombres á su divino Hijo, de mudanzas de agua en vino, son propriamente sus milagros, sus victorias.

(1) Luc., XVIII, 5.

## CAPITULO XVIII.

## MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS.

El lector que nos haya seguido con alguna atencion, habrá debido encontrar en el estudio anterior algunas de las ideas generales con que hemos comenzado este volúmen, para explicar la aparente severidad de Jesucristo respecto de su Santa Madre.

Esas consideraciones se aplican principalmente á la vida pública y evangélica de Jesús.

Ahí es sobre todo donde haciendo *la obra que su Padre le ha encargado*, cumpliendo el oficio de Salvador del mundo, de Preceptor del género humano, de Mediador universal de las criaturas, debe mostrárenos hecho todo para todos, sin acepcion de personas, sin consideracion á la carne y á la sangre, y por tanto sin acepcion. bajo este aspecto, de Aquella hácia la cual pudiera suponérsele mas predileccion humana y eterna: de su Madre.

Debia pues Jesús, por esta razon, desatender á su Madre, como *Madre*, durante su vida pública.

Por otra razon, debia mirarla con descuido, no ya como Madre sino como *Santa*. Porque, segun hemos dicho, viniendo Jesús como Salvador, como Médico, como Pastor, debia tener mayor propension en favor de las ovejas perdidas, de los pecadores, que en favor de los justos. Debia no curarse de Maria porque habia prevenido en ella el mal de que venia á curarnos; porque aun la eminente santidad de Maria debia valerla los desamparos



las humillaciones que son las gracias de Dios con los justos, así como las sollicitaciones, los atractivos, los estímulos son las que dispensan á los pecadores.

A la luz de estas dos razones se explica de tal modo la conducta de Jesucristo con Maria: que no solo no nos deja impresion alguna dudosa de sus sentimientos para con ella, sino que nos da de ellos la idea mas elevada.

Dos grandes expresiones de Jesús, en orden á su Madre, y dos grandes circunstancias en que quiso que ella no figurase, van á servir de prueba á esta doctrina.

Estas expresiones son, la una, cuando «hablando al pueblo que estaba sentado á su rededor, y diciéndole uno: *Mira que tu madre y tus hermanos están fuera buscándote, respondió al que se lo decia; ¿QUIÉN ES MI MADRE Y QUIENES SON MIS HERMANOS?* Y extendiendo la mano sobre los que estaban á su rededor, dijo: *HÉ AQUI MI MADRE Y MIS HERMANOS; PORQUE CUALQUIERA QUE HICIERE LA VOLUNTAD DE MI PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS, ESE ES MI HERMANO, Y MI HERMANA, Y MI MADRE* (1).»—La otra expresion es cuando «mientras estaba hablando, levantando la voz una mujer de en medio del pueblo, le dijo: *¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste!* Y él dijo: *MAS ANTES BIENAVENTURADOS LOS QUE OYEN LA PALABRA DE DIOS Y LA OBSERVAN* (2).»

Las dos circunstancias en que es mas visble el oscurecimiento de la Virgen Santísima, son la Transfiguracion de Jesús en el Thabor, y la institucion de la Eucaristia en la Santa Cena.

(1) Matth., XII, 47, etc. Marc. III. 34; Luc. VIII. 21.

(2) Luc. XI, 27.

Por estas dos expresiones y estas dos circunstancias debe probarse la verdad de la doctrina que profesamos.

## I.

Consagremos en primer lugar nuestra atencion á las palabras,

Desde luego es cosa digna de repararse, el que Jesucristo las profiera, una y otra, en una circunstancia de las mas públicas de su predicacion, hablando á la muchedumbre, que de tal modo le rodeaba, que *su madre y hermanos no podían llegar adonde estaba* (1). Debe tambien notarse, en cuanto á la una, que acaba de decir á aquella muchedumbre, y en ella á la muchedumbre de todos los tiempos y lugares, esta expresion, grande como la universal miseria á la que convida á la curacion: «VENID Á MI TODOS LOS QUE TENEIS TRABAJOS Y ESTAIS CARGADOS Y YO OS ALIVIARÉ (2);» y, en cuanto á la otra, que acaba de proponer á la multitud la gran parábola de la semilla que, sembrada abundantemente en ese campo QUE ES EL MUNDO, produce únicamente en proporcion á las disposiciones de los que la reciben, y no lleva todo su fruto de gracia y de gloria sino en aquellos que LA CONSERVAN CON UN CORAZON BUENO Y PERFECTO, Y LA HACEN FRUCTIFICAR POR LA PACIENCIA (1). En la fuga de este llamamiento á todas las miserias y voluntades vienen á decir al *Hijo del Hombre que su madre y hermanos* tratan de hablarle. ¿Quien no comprende la inoportunidad, toda la disonancia de estas palabras de *madre y hermanos*, en un sentido particular, con ese

(1) Luc., VIII, 49.

(2) Matth., XI, 28.

(3) Luc., VIII, 15.

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS. 418  
caracter público y universal de la predicación de Jesús? ¿Y quien no admira al sublime partido que saca de ellas al punto para confirmar su doctrina y elevarla á su mas sublime expresion? *¿Quien es mi madre, quienes son mis hermanos? Ved aqui mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de Dios, oye y observa su palabra, ese es mi hermano, y mi hermana y mi madre.* » ¡Oh dulces y encantadoras palabras, exclama aqui Bossuet: los fieles son sus hermanos, sus hermanas y su madre. Nuestro Salvador nos ama tanto, que no rehusa ningun título de afinidad con nosotros, ningun grado de parentesco (1).»

Igualmente; cuando en una circunstancia parecida, convida Jesús á la muchedumbre á la bienaventuranza celestial, bajo condiciones *espirituales* de fidelidad á su palabra iguales para todos, y una mujer, una madre sin duda, movida de un sentimiento de envidia ó admiracion terrena, viene á limitar aquella felicidad *al vientre que llevó á Jesús, á los pechos que mamó*, ¿quien no echa de ver lo oportuno y divino de esta réplica de Jesús: *Mas antes bienaventurados, quinimo beati, los que oyen la palabra de Dios y la guardan?*

Ocioso fuera insistir para convencer al lector, de que Jesús solo desaprobó con estas palabras la intencion humana, el sentido privado, carnal y terreno en que se venia á hablarle de su Madre, en oposicion al sentido público, espiritual y celeste de su caracter y su predicacion como Dios Salvador.

Como observa juiciosamente Grocio, no desaprobaba esta alabanza de su Madre, desmiente que merezca ser llamada dichosa por su divino parto, lo que habian ya pregonado, el Angel en su saluta-

(1) Sermon III sobre la Natividad.

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS. 419  
cion, é Isabel y la misma Maria, llenas del Espiritu Santo: pero añade cierta cosa mas grande, á saber, que la eterna y sólida bienaventuranza no estriba en el solo hecho de haberle dado á luz, y en este sentido no es peculiar de Maria, *Non negans quod esset dictum (nomine tantipartus felicem esse matrem) quod Angelus quoque et Elisabetha Spiritu Sancto plena dixerat: sed majus aliquid addens, beatitudinem scilicet eternam ac solidam, neque in hoc esse sitam, neque Mariæ esse propriam* (1).

Mas lo digno da considerarse y admirarse es, que eclipsando Jesucristo, deprimiendo asi á Maria, haciéndola en cierto modo desaparecer en el comun de los fieles, la realizaba infinitamente con la misma expresion, hácia su mas grandioso y sublime panegirico, de manera que cuanto se ha dicho y decirse puede de la grandeza y gloria de Maria no llega á esta expresion de Jesús, ni es verdadero sino en cuanto se la aproxima. Este es el fundamento de toda la doctrina católica acerca del culto de la Virgen Santísima, é importa por tanto que le consagremos toda nuestra atencion.

Ser madre de Jesús, con una maternidad ordinaria y puramente carnal, como la entendia aquella mujer del Evangelio, ignorando el carácter virginal y divino de la maternidad de Maria, no debia considerarse como el mayor motivo de alabanza, en el sentido cristiano, y Jesucristo debia proponer otro mas elevado diciendo: *Quinimo beati: «Mas antes bienaventurados, etc.»*

Ser madre de Jesús, aun con ese carácter virginal y divino que en Maria admiramos, no es propia y rigorosamente lo que constituye su gloria y debe valerla los homenajes del universo, porque

(1) Hug. Grotii. Annot in quatuor Evangelia.

Jesucristo dice absolutamente y sin reserva: *Quinimo beati*: «Mas antes bienaventurados.»

Tal es efectivamente la significacion de este divino dicho, aventajar á toda bienaventuranza, á toda prerogativa, á toda grandeza, la fidelidad en oír y observar la palabra de Dios. Esta es la vocacion que lo domina todo, que se extiende á todo, y cuya liza, por decirlo así, está abierta á todas las almas, sin ecepcion de la maternidad de Maria, puesto que Jesús, aludiendo á esta augusta maternidad, añade: *Esos son mi madre, y mis hermanos y mis hermanas*. Y en efecto, como observa Grocio (desbaratando con esta sentencia toda la doctrina protestante sobre la inutilidad de las Obras); «oír la palabra, *audire verbum*, es concebir á Jesucristo, y observarla, *observare*, es darle á luz (1).» Así todos los fieles conciben y dan á luz á Jesucristo en sus almas y en el mundo, son los *padres* de Jesucristo, y bajo este aspecto esencial y fundamental, no ha habido privilegio para Maria.

Pero si no ha habido privilegio para Maria, tampoco ha habido exclusion: estaba bien claramente comprendida en la respuesta general de Jesucristo, y tanto mas comprendida cuanto ella personalmente era el asunto sobre que aquella versaba. Por donde se ve claro que Jesucristo no desconoce la dicha y la gloria de Maria, sino que las da mas sólido cimiento. »Es, observa S. Agustín, como si dijese: mi Madre á quien lla-

1) Aunot in quat. Evaug. ad Lucam.—Para que resalte bien su pensamiento, remite Grocio á estos pasajes de San Pablo y Santiago. Rom. II. 15 y Jac., I. 22, donde se dice: *Haced* la palabra y no os contenteis con oirla, engañándoos á vosotros mismos; y el mismo añade: *Observare, custodire verbum, idem est FACERE*.

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. 421  
 »mais bienaventurada, no lo es porque el Verbo de Dios se encarnó en su seno, sino porque lo guardó en su alma. Lo que la valdrá el ser glorificada por el Señor, es el haberla ella tambien glorificado haciendo la voluntad del Padre por su humilde obediencia, mas que engendrando al Hijo de su carne.» *Hoc in ea magnificavit Dominus, quia fecit voluntatem Patris, non quia caro carnem genuit.*

Y admirad cómo vienen á referirse á este dicho de Jesus todos los demás del Evangelio de donde sacamos los fundamentos de nuestro culto á Maria. Si el Angel la saluda *Bendita entre todas las mujeres*, no es por haber engendrado á Jesucristo, puesto que el misterio de la Encarnacion no está cumplido todavia, sino porque está llena de gracia, y el Señor está con ella.—Si Isabel se confunde al ver que la Madre de su Señor viene á visitarla, y si, llena del Espíritu Santo y levantando la voz, la proclama *Bienaventurada*, no es propia y únicamente porque lleva á Cristo en sus entrañas, sino porque ha creído en su palabra: *BEATA QUÆ CREDIDISTI*. Por está fe en la palabra del Señor tendrán cumplimiento las maravillas que se le han dicho: *Beata QUÆ CREDIDISTI quoniam perficientur EA QUÆ DICTA SUNT TIBI A DOMINO*.—Si Maria se enajena de júbilo en Dios su Salvador y le glorifica en santo arrobamiento, no es propiamente y en si porque ha sido llena de la divinidad del Verbo, saludada por el Angel é Isabel como Madre de Dios, como reina del cielo y de la tierra, sino porque el Señor miró la bajeza de su SIERVA; por esto, y por esto especialmente, todas las generaciones la llamarán siempre Bienaventurada. *quia respexit humilitatem ancillæ suæ? Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*.—Si en fin, en las diversas circunstancias en que viane á

iluminar Jesus la maternidad de Maria, hace admirar algo en ella el Evangelio, es que CONSERVABA todas estas cosas en sí misma y LAS REPASABA EN SU CORAZON.

Se ve pues, que cuantas veces es glorificada Maria en el Evangelio, no lo es tanto como Madre de Dios, cuanto como fiel en escuchar y observar su palabra. Esta gran réplica del Hijo de Dios; «Mas antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios y que la guardan,» al par que se dirige á la generalidad de los fieles, cae de lleno sobre Maria, y si la confunde con la multitud es para hacerla brillar mas en ella. Maria no es elevada por otro título que por el que podemos serlo nosotros, pero lo es en un grado incomparable, y á que no alcanza ninguna santidad de la tierra, ninguna Virtud de los Cielos; porque ha sido la mas fiel y la mas humilde de las criaturas, Su grandeza se eleva sobre el fundamento comun, pero domina todas las demás por la cumbre,

Y este fundamento no por ser comun deja de ser mas rico para Maria, cuanto es estimulante para nosotros: porque es el fundamento del *mérito*. Esto es lo que hace aparecer el culto de Maria impio á los ojos de los protestantes, que no admiten ningun mérito humano ante Dios, y lo que le recomienda á la razon y á la conciencia en el mas universal y el mas imprescriptible de sus dogmas y de sus instintos: el dogma, el instinto de la *responsabilidad y del mérito de nuestras obras*. Seguramente, compréndanlo bien repito los protestantes, no pretendemos nosotros establecer proporcion intrínseca entre nuestras débiles obras y las recompensas infinitas con que Dios las corona. Pero esta proporcion que no existe en sí, ha querido Dios establecerla en ellas por los méritos infinitos de su Hijo. Estos méritos divinos, lejos de

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. 423  
anular nuestros méritos humanos, los validan, los elevan, los hacen entrar con aquellos en la beatitud y en la gloria. Hacen del cielo y de Dios mismo el precio de nuestra conquista, siguiendo los pasos de nuestro *Cefe*, que no lo seria si no debiéramos seguir sus huellas, sino ser solamente llevados por él. De aqui este lenguaje continuo de *victoria* con que reviste la sagrada escritura nuestras buenas acciones unidas á las de Jesucristo, de que solo somos compañeros de gloria porque lo hemos sido de combate. Por el derecho gratuito pero *cierto*, que nos constituye esta misericordiosa economía podemos pues merecer los dones de Dios, y conquistar á Dios mismo. Sobre este fundamento comun podemos levantar todos, con su gracia, el edificio de nuestro eterno destino, unos mas, otros menos, conforme á esta gracia y segun nuestra fidelidad. Tal es el fundamento de la grandeza de Maria. Por elevada, por prodigiosa que sea esta grandeza, aqui tiene su principio, en su fidelidad, en su humildad, no en su Maternidad divina.

No confundamos los dones de Dios. Haber engendrado segun la carne al Verbo eterno, y, por el mas inaudito milagro, haber llegado á ser Madre de su Criador, es un honor insigne que Maria ha recibido de Dios, pero no es, bien considerado, un mérito que Dios haya debido ni aun haya podido, segun las leyes de su justicia, recompensar en Maria. Dios no ha alabado ni recompensado en ella sino lo que ha hecho por él. Esto es talmente cierto, que si por una suposicion que solo puede redundar en gloria de Dios y de Maria, pues que hace resaltar la soberana equidad del juicio de Dios y el mérito inestimable de la perfecta cooperacion de Maria, que si Maria, despues de haber concebido el Verbo de Dios no hubiera

sido obediente á su palabra, y se hubiera olvidado de su vocacion hasta el punto de complacerse en si misma, no gozaria de la felicidad y de la gloria que tiene en los cielos, porque no hubiera encontrado Dios en ella el carácter de sus escogidos, que es la justicia y la santidad. Asi como, si por el contrario, sin haber concebido Maria al Verbo eterno, hubiera sido ó hubiese podido ser tan obediente y tan humilde como lo fué, tan santa y tan fiel, tan consumada en virtud y tan llena de mérito, me atrevo á decir, segun Bourdaloue, que sin ser Madre de Dios, se hallaria tan elevada como lo es en la gloria y tan próxima al trono de Dios.

He aqui el verdadero sentido de la palabra de Jesucristo. *Quinimo beati.* »Mas antes bienaventurados aquellos que reciben la palabra de Dios »y que la practican.» Mi Madre no es tan feliz porque es mi madre, sino porque es la sierva del Señor, sino porque *ha creído* en su palabra, porque lo ha guardado y repasado en su corazon, es decir por el mismo título que todos los escogidos cuya felicidad y la suya son solidarias, y que, proporcionalmente, pueden gozar de los mismos derechos.

Pero debemos satisfacer una preocupacion del lector, ¿Que viene á ser pues en esta doctrina, esta prerogativa de Madre de Dios que ocupa tanto lugar en el culto de Maria que parece constituirlo exclusivamente? ¿No borrais de ese modo tantas páginas en que habeis exaltado esta Maternidad divina como el manantial del valimiento de Maria para con su Hijo, el fundamento de nuestra confianza en su intercesion, el nudo de todo el plan divino?

De ninguna manera y hé aqui la bella conciliacion de estas dos verdades:

La grandeza de los Santos proviene de las gra-

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. 425  
cias que reciben y de la fidelidad con que corresponden á ellas; y por otra parte, las gracias que reciben son proporcionadas á los cargos á que Dios les predestina. Maria, predestinada al mas eminente de todos en la economia general del Plan divino, el ministerio sublime de Madre de Dios, recibió gracias especiales en razon de esta augusta predestinacion, gracias extraordinarias, ó por mejor decir, la *plenitud* de las gracias: Hé aqui en lo que, obrando el Hijo de Dios como soberano y como Dios, consideró desde luego á Maria y la distinguió como á Madre suya. Esto en nada afecta á la regla comun de beatitud que acabamos de exponer, porque sentando esta regla por condicion general de la beatitud, *el oír y practicar la palabra de Dios*, no perjudica á esta otra verdad de la desigual dispensacion de las gracias, y de la gerarquía celestial de los escogidos expresada por esta divina palabra: *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre* (1).

Esta primera distincion de Maria, como *llena de gracia y bendita entre todas las mujeres*, en vista de su divina Maternidad, no constituye rigurosamente su beatitud, pues que si no hubiera correspondido la Virgen á ella, no estaria en la gloria; pero habiendo correspondido á esta plenitud de gracia por una plenitud de fidelidad, su beatitud, fruto de una y otra, se resiente de su predestinacion de Madre de Dios. Ella solo es dichosa porque ha sido fiel, pero como su fidelidad ha llenado la medida de las gracias que ha recibido, y como estas se le han otorgado á proporcion de su dignidad de Madre de Dios, es feliz, gloriosa y potente para con Dios en razon de esta dignidad; no pura y simplemente como Madre de Dios, sino

(1) Juan. XIV. 2.

como la *digna, la fiel, la santísima* Madre de Dios. Su Maternidad no es propiamente su grandeza; sino, si es lícito decirlo así, la capacidad de su grandeza, la cual consiste siempre en su fidelidad, en su santidad, que es su causa próxima y que se puede llamar la Grandeza de sus grandezas.

Pero en lo que principalmente consiste esta grandeza es en su humildad, y en esto mas particularmente aprovecha á su beatitud su divina Maternidad. Siendo la humildad, como ya hemos explicado, el fundamento de la gloria, Maria es elevada en proporcion á su humildad. Y si es cierto que fué Madre de Dios á causa de su grande humildad y que fué humilde á causa de haber sido Madre de Dios, su divina Maternidad se hallará en doble relacion con su humildad, y por consiguiente con su beatitud.

Esto es facil de demostrar.

En primer lugar, Maria fué Madre de Dios por causa de su grande humildad. Con efecto, lo que determina al Hijo de Dios á humillarse en su seno, es que este seno era el mas humilde que habia en el mundo. *Ha mirado la bajeza de su sierva*, y esta bajeza es la que ha atraido su abatimiento. La divina Maternidad de Maria ha sido originada de su humildad; no es tanto un honor puro como el fruto de su mérito, *quoniam meruisti portare*, como canta la Iglesia.

En segundo lugar, Maria fué humilde en proporcion á su dignidad de Madre de Dios. Con efecto, habiendo permanecido la mas humilde de las criaturas en esta dignidad sublime de Madre de Dios, tuvo infinitamente mas mérito en ello que si no hubiera estado á prueba de esta maravillosa dignidad. Su Maternidad realzó el precio de su humildad. Lo que hace incomparable esta humildad, es que estuvo unida á la plenitud de la gra-

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. 427  
cia, á la plenitud del mérito, á la plenitud de los honores.

Asi, sea porque su Maternidad la provino de su humildad, sea porque su humildad la proviniese de su Maternidad, su elevacion, aunque fundada únicamente en esta humildad, se refiere á esta Maternidad santa. En una palabra, volviendo á la bella explicacion de Grocio: si es cierto que oír la palabra de Dios sea *concebir* el Cristo, asi como practicarla sea darle á luz, y que de este modo los que oyen la palabra de Dios y la guardan, sean *la madre y los deudos* de Cristo; Maria, medida por la condicion comun y general de la grandeza cristiana, es la Madre por la excelencia de Cristo, y la mas elevada de todas las criaturas que están con él; porque no lo concibió sino por haber creído en la palabra de Dios, y no le dió á luz sino por haber sido fiel á ella. Y si lo concibió y dió á luz de un modo mas excelente, pues que nos es dado en persona y por su medio concebirle en espíritu, no es solo porque el Espíritu Santo vino sobre ella de una manera supereminente sino porque ella correspondió á esta divina operacion, cooperando con una fé, dignidad, humildad, santidad incomparable; que le apropia esta maravillosa prerogativa, y hace de ella el verdadero título de su beatitud y de su grandeza.

Asi es como las dos expresiones que pronunció Cristo durante su vida pública, respecto de su Santísima Madre, no la eclipsan sino para distinguirla mejor, y no la hacen entrar en la comunidad de los fieles sino para elevarla en ella al primer puesto; y asi es como entendia sanamente la doctrina católica sobre la elevacion de Maria y el culto que se la debe, halla nuevamente su extenso fundamento en el Evangelio.

## II.

Apreciemos ahora la conducta del Salvador respecto de su divina Madre en las dos circunstancias importantes de su Transfiguracion y de la institucion de la Eucaristia.

¿Cómo no se hace mencion alguna de Maria en estos dos grandes testimonios de la gloria y del amor de Cristo en comunion de los hombres?

Esta negligencia con Maria se explica por su eminente virtud, por su angélica santidad, por su misma estrecha comunion con su Hijo.

Esta explicacion es de las mas sencillas.

Para obtenerla en cuanto á la Transfiguracion, es necesario penetrarse bien desde luego de la narracion del Evangelio. Esta narracion se nos da por tres Evangelistas; San Mateo, San Marcos y San Lucas. Todos tres indican claramente una misma relacion entre este gran acontecimiento y la conferencia que acaba de tener el Salvador con sus discípulos, En esta conferencia (1) Cristo dice á sus discípulos, especialmente á Pedro á quien acaba de constituir fundamento de su Iglesia, las verdades mas austeras de su Evangelio, las mas rigurosas condiciones de salvacion; que es necesario dejarlo todo, tomar la cruz y seguirle; que quien quiera salvar su vida la perderá; que de nada sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma. Como ejemplo y testimonio de esta doctrina declara, que es necesario que él mismo vaya á Jerusalem, que padezca allí, que sea crucificado; despues de lo cual, resucitará al tercero dia. Pedro mas alterado de este anuncio de muerte, que animado por esa promesa de resurreccion, exclama:

(1) Math. XVI, 21;—Marc. VIII, 71;—Luc. IX, 22.

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS. 429  
 »No ha de ser asi, Señor; no os sucederá tal.» Y  
 »Jesus volviéndose, le dijo; »Retirate de mi, Satanás, que me sirves de escándalo; porque no fienes en las cosas de Dios sino en los de los hombres.» Despues de haber aterrado así á sus discípulos con este lenguaje de cruz y de muerte, los levanta de nuevo y los sostiene con la promesa de una vision de gloria antes de la prueba, como prenda de lo que les hace esperar despues: »En verdad os digo, »que muchos de los que están aqui presentes no »gustarán la muerte antes de ver al Hijo del Hombre que viene en su reino.»

»Á pocos dias de esto, dicen los tres Evangelistas, Jesús tomó á Pedro, Santiago y Juan su hermano, los condujo á un sitio extraviado sobre una alta montaña, y se transfiguró á su presencia. Su faz resplandeció como el sol, su vestidura se puso blanca como la nieve, y hé aqui que Moisés y Elias aparecieron conservando con él. Dirigiéndose Pedro á Jesus, le dijo: Señor: »bueno es estarnos aqui; si quereis, hagamos tres »tiendas, una para Vos, otra para Moisés y otra para Elias. Aun estaba hablando cuando les cubrió una nube luminosa. Y hé aqui que salió de la »nube una voz que decia: Este es mi Hijo muy »amado en quien me he complacido. Oidle.»

La intencion de Cristo en esta transfiguracion es evidente: fué la de afirmar la fé vacilante de sus discípulos, y armarles para la gran prueba de su muerte, y para la de su apostolado y de su martirio. Entre sus doce Apóstoles, toma tres á fin de qué, asi como esta aparicion de su gloria tenia tres testimonios del cielo, el Padre celestial, Moisés y Elias, así tambien tuviera tres testimonios de la tierra, testimonios que vemos se le dieron mas adelante (1). Y la eleccion de los tres disci-

(1) En la segunda Epístola de S. Pedro, c. I, 14.

pulos con este objeto es notable. Pedro, el gefe de los Apóstoles; Santiago, que debia sellar el primero la fé con su sangre; y Juan, que sobreviviendo á todos los demás, debia prolongar este testimonio en la edad siguiente; como se ve por estas palabras del principio de su Evangelio que aluden á la Trasfiguracion: «Y nosotros hemos visto su gloria, su gloria como Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.»

Por razon pues de la flaqueza de los Apóstoles de esta flaqueza que, al anuncio de la Pasion, hizo decir á Pedro: «Que no sea así, Señor!» y responderle Jesucristo: «Retírate de aquí, Satanás! tú me sirves de escándalo,» es por lo que quiso Cristo dorar, si es lícito decirlo así, con algunos rayos de su gloria, los bordes de ese caliz de ignominia cuya participacion les ofrecia. Y véase tambien, como la misma debilidad, notable en el gefe futuro de los Apóstoles, le hacia decir aun en el Thabor: *Señor, bueno es estarnos aquí*, él, que á pesar de esa prenda gloriosa de la divinidad de su Maestro, debia renegarle en su Pasion.

¿Quién no comprende ahora cuán digno era de la fé, de la fidelidad, de la santidad de Maria no haber estado en el Thabor, ella que debia estar tan firme en el Calvario? Este fué para esta grande alma el Thabor, donde su bienaventurada Maternidad se transfiguró en su martirio, donde ella tambien hizo oír por su actitud esta palabra: *Este es mi hijo muy amado*; y donde este Hijo del Altísimo, transfigurado tambien en víctima, la rindió testimonio diciéndonos: *Hé aquí á vuestra Madre*.

Así se explica la gloria de Maria en el Calvario y su ausencia en la gloria de Jesús en el Thabor.

No se explica menos admirable y sencillamen-

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. 431  
te su ausencia en la institucion de la Eucaristia.

Puede decirse en primer lugar, que en esta solemne y memorable circunstancia, fundaba Jesús el sacramento del Orden, el Sacerdocio, en el cual no podia tomar parte Maria por su sexo. Pero como su dignidad sobreeminente de Madre de Dios parecia deber iniciarla en esta institucion, es necesario hallar á su ausencia una razon mas alta.

Esta razon se encuentra en su misma dignidad: se deduce siempre de que Maria, habiendo sido prevenida con la gracia que su divino Hijo venia á traernos, para dárnosle ella misma, no era en esto de igual orden que nosotros, del orden de los pecadores, sino mas bien del de los Angeles; que ella habia recibido todos los sacramentos en el Sacramento de los sacramentos, el Sacramento de la Encarnacion; y que, por consiguiente, no tenia que tomar parte en todos estos testimonios del Salvador respecto de los hombres.

La relacion particular de la Eucaristia con la Encarnacion hace mas exacta esta explicacion. Hace dicho perfectamente, que la Eucaristia era una *extencion de la Encarnacion*, porque dándonos el Verbo á comer su carne, se hace nuestra carne, y extiende á cada fiel que le recibe esta primera encarnacion que tiene lugar en Maria. Por la misma razon, la Encarnacion es la primera Eucaristia, la *primera Comunión* del mundo con Dios en el seno de Maria. Maria fué la primera que comulgó, la primera que recibió el *Pan vivo bajado del cielo*. Y como Maria no dejó perder la gracia de esta union inefable, como *la conservó y repasó en su corazon*, como al salir Cristo de su seno permaneció en su alma, y aun creció en ella incesantemente hasta el dia en que la elevó á los cielos, estuvo Maria en comunión creciente y constante con Jesús.



Hay mas: no solamente fué la primera que recibió la carne del Verbo y de un modo mas excelente que otro cualquiera, sino que ella misma le dió primero al Verbo esa carne; nos la dió á nosotros, y ella es quien dió la comunión al mundo: ella fué la que, sacerdotisa de este gran Sacramento, hizo, antes de la institucion de la Eucaristia, lo que cada sacerdote ha podido hacer despues, y la que nos dijo: «Venid, comed este pan y bebed este vino que yo os he mezclado.» *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis* (1). *Mi pan*, porque no, vacila en decir San Agustín: «Habiendo tomado Cristo su carne de la carne de Maria, es la carne de Maria la que nos da á comer para nuestra salvacion (2).»

Hé aquí el sentido profundo y admirable de estar Maria ausente de la Cena; estaba ausente de ella á fuerza de estar presente, por estar allí en comunión con su divino Hijo, hasta el punto de ser ella misma en él la sustancia de este sacramento, asi como él era en ella su vida.

Asi es como las dos circunstancias y las dos expresiones de la vida pública de Jesús en que aparece Maria mas olvidada y eclipsada, se transfiguran en testimonio de gloria para esta Virgen Santa.

Y por un doble sentido, cuya oposicion constituye la armonia entre la letra y el espíritu, y que es propio de las cosas divinas, Maria se encuentra á un tiempo mismo humillada y glorificada por esta conducta de Jesús: humillada exteriormente, como prueba y fundamento de la gloria que

(1) Prov. IX, 5.

(2) De carne Mariæ carnem accepit et ipsam Mariæ carnem nobis manducandam, ad salutem dedit. *In. Ps. 95*

MARIA DURANTE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. 433  
se le ha dado interiormente.

Bajo este velo de oscuridad y de olvido, solo se menciona á Maria, durante la vida pública de Jesús, diciendo que le seguia en todas sus marchas evangélicas, y esto mismo tiene un sentido glorioso para Maria. Leemos en el Apocalipsis, que en los esplendores de la Jerusalem celestial «los que son Virgenes siguen al Cordero por dondequiera que va (1).» De este modo la Virgen de las vírgenes hacia en la tierra y en la prueba, lo que debia continuar en el cielo: la Oveja virgen seguia al Cordero sin mancha: le seguia en todas sus fatigas, en todos sus afanes, en todas sus humillaciones; pero lo siguió sobre todo hasta la inmolacion, hasta el sacrificio: y aquí es donde va á aparecérsenos y donde debemos contemplarla.

(1) Apocal., XIV, 4.

## CAPITULO XIX.

## MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ.

«En pié, junto á la cruz de Jesús estaba su Madre y la hermana de su madre, Maria, mujer de Cleofás, y Maria Magdalena.

»Habiendo visto Jesús á su madre, y en pié junto á ella al discipulo amado, dijo á su madre: »Mujer, hé ahí á tu hijo. Y despues al discipulo: »Vé ahí á tu madre. Y desde entonces, el discipulo la tomó por madre suya.»

Tal es el gran cuadro que tenemos que contemplar, y la gran leccion que debemos estudiar.

Esta materia es vasta y profunda. El Padre Ventura ha escrito sobre estos dos versículos un libro, que es una obra maestra de doctrina (1). Remitimos á él al lector, limitándonos aqui á algunas consideraciones fruto de nuestros estudios y de nuestras investigaciones personales, y que no podrán menos de despertar la atencion y el gusto, sin satisfacerlo.

Dos puntos de vista se ofrecen á nuestra contemplacion en esta vasta escena: el primero, el heroico dolor de Maria; y el segundo, el objeto y fruto de este dolor; además deberemos detener tambien nuestra atencion en las solemnes palabras con que proclama y consagra esta doctrina Cristo al morir.

(1) *La Madre de Dios Madre de los hombres, ó Explicacion del Misterio de la Santisima Virgen al pié de la Cruz.*

## I.

Todo es sencillo en el vangelio, pero todo es profundo. Estos dos caracteres son distintos al par que se hallan unidos en él, como las dos naturalezas divina y humana en Jesucristo. Jesucristo es hombre en toda la sencillez de la naturaleza humana; es Dios en toda la profundidad de la naturaleza divina; y es un solo Hombre-Dios. Igualmente, el Evangelio es una narracion en toda la sencillez del sentido histórico, al paso que es un misterio en toda la profundidad del sentido doctrinal; y es un solo Evangelio. A la primera lectura es tal su sencillez que parece que el historiador no ha comprendido la doctrina de los hechos que nos refiere; pues no deja sospechar ninguna reserva ni misterio. Pero ¿deberemos entenderlo literalmente y detenernos en la superficie sin buscar nada en el fondo? Esto seria absurdo; absurdo, repito, pensar que los Evangelistas, en esta narracion de la pasion y muerte de su divino Maestro, y en particular San Juan, en este episodio del don de Maria que le hizo Jesús al morir, no hicieron mas reflexion ni sintieron mas afecto que el que manifiestan: esta ausencia tan completa de reflexiones y afectos en la pintura de un acontecimiento, que segun el historiador trastornó toda la naturaleza; y en que él mismo toma tan gran parte, es sublime en sencillez y en desinterés histórico, hasta el punto de no poder explicarse sino por una inspiracion divina, que ocupó completamente en él el lugar de la inspiracion humana. El Evangelista no escribe por sí mismo, sino que es el hombre del Espíritu Santo. Este silencio del sentido humano en el Evangelio nos muestra de esta suerte hasta lo su-

mo lo que nos oculta, la profundidad del sentido divino: *Atum hic est Evangelistarum silentium.*

A nosotros corresponde penetrarlo.

Notemos primeramente cuanto realce da á la presencia de Maria al pié de la Cruz y al carácter de esta presencia, el silencio del Evangelio acerca de esta Madre en todas las escenas de la Pasión que han precedido, y en todas las de la Sepultura y de la Resurrección que van á seguir. Puede permitirse á una imaginación piadosa complacerse en hacerla figurar en estas diversas escenas; pero el Evangelio no lo hace así, y todo es digno de notarse en el Evangelio. Solo hace mención de Maria junto á la Cruz, y en pié, como para un oficio. Si el Evangelio hubiese querido hacernos ver en ella una pura simpatía natural, hubiera debido mostrárnosla mas presto, en el pretorio, en la flagelación, en el acto de llevar Jesus la Cruz á cuestras; en la crucifixión; pero no, no lo hace: lo que es tanto mas notable cuanto que nos representa á las mujeres de Jerusalem siguiendo á Jesus camino de su suplicio, *llorando y lamentándose*. ¿Se hallaba acaso Maria entre estas mujeres, lamentándose como ellas? Nada de eso, dice Suarez, estas mujeres en efecto, como observa el Papa Leon, «solo se conmovian por una simpatía humana que Cristo no reprime en su principio, porque aunque no fuera sobrenatural era no obstante piadosa, pero cuya apreciación corrige; porque se dirigia á él como á un ser debil que no hubiera podido defenderse sin comprender la verdadera causa de Jesucristo: *No lloreis por mi, sino por vuestros hijos.* La imputación de semejante error no puede pues caer en la Bienaventurada Virgen. Y aunque su dolor fuera interiormente inmenso, no lo revelaba, en lo exterior, acto ni desorden alguno, y debemos creer que llevó el peso de este inmenso

dolor con dignidad y constancia (1).»

Esto es lo que significa el *Stabat* del Evangelio: rasgo sencillo, que concuerda con la ausencia de la Virgen en todas las otras escenas de la Pasión, y que recibe por ella un valor sublime. En ninguna otra parte debió ella flaquear, pues que allí mismo estaba en pié. Y hallábase allí firme como en una cita de sacrificio cuya intención sobrenatural resalta tambien por su ausencia de todas las demás circunstancias de la Pasión, á que debía llamarla la naturaleza.

La presencia de Maria al pié de la cruz brilla especialmente en fidelidad y heroísmo considerándola en oposición con su ausencia de todas las escenas de gloria y de amor en que su divino Hijo se habia revelado y dado á sus discípulos. Estos habian adquirido en ellas un entusiasmo de adhesión que se desvaneció muy pronto ante el peligro y la desgracia. «Aunque haya de morir contigo, dice Pedro, no te negaré, y todos los discípulos dijeron lo mismo (2).» Pero Jesus no se engaña. «Yo seré para vosotros esta noche motivo de escándalo, dice, porque está escrito: Heriré al Pastor y las ovejas del rebaño serán dispersadas (1).» En pié, junto á la cruz, estaba no obstante la Madre de Jesus, y en la defección universal, como una columna, era la única que llevaba y retenia el colmo de la Fé.

El Evangelio nos dice que con ella estaban su hermana Maria, mujer de Cleofás, Maria Magdalena y San Juan. Pero del contexto mismo de esta narración resulta que solo estaban allí como el séquito de Maria que las contenia con su propia fir-

(1) SUAREZ. *quest.* XLVI, *disput.* XXXVI, *sect.* II.

(2) *Matth.*, XXVI, 35.

(3) *Ibid.*, 35.

meza. Y aun puede con verdad decirse, que no estaban allí con el espíritu con que estaba María, con espíritu de fé: como lo mostró claramente su duda y su pasmo en las escenas de la Resurrección. La ausencia de María en estas últimas escenas ilumina también con una luz sobrenatural su presencia al pie de la Cruz, y la hace aparecer única.

El autor de *Athalie* ha hecho sobre este punto esta sencilla y juiciosa reflexión: »La Santísima Virgen estaba en pie y no desmayada como la representan los pintores. Acordábase de las palabras del Angel y sabia la divinidad de su hijo. »Y ni en el capítulo siguiente, ni en ningún Evangelista se la nombre entre las Santas Mujeres que fueron al sepulcro; porque tenia seguridad de que no estaba allí Jesucristo (1).» Y Nicole saca de ello esta bella conclusión: »El mayor espectáculo que hubo jamás, que llenó de admiración á todos los Angeles del cielo y asombrará á todos los Santos en toda la eternidad; este misterio inefable por el cual fueron vencidos los demonios y reconciliados los hombres con Dios; en fin, este prodigio pasmoso de un Dios padeciendo por sus esclavos y sus enemigos, solo tuvo por testigo entonces á la Santísima Virgen. Los judios y los paganos solo vieron allí á un hombre á quien odiaban, ó á quien despreciaban, clavado en la cruz; las mujeres de Galilea solo vieron á un justo á quien se hacia morir cruelmente. Solo María, representando á toda la Iglesia, vió allí á un Dios padeciendo por los hombres (2).»

María sola, por consiguiente, compadecia estos

(1) J. RACINE. Reflexiones sobre las santas Escrituras.

(2) NICOLE. Ensayo de Moral. XIII, 575.

divinos padecimientos, y participó de su infinidad.

Digo su infinidad, y aquí entramos en el misterio. Los padecimientos y la muerte de Jesucristo en la cruz solo nos conmueven generalmente como los padecimientos y la muerte de un hombre á les que dió la Divinidad un precio infinito; pero no los meditamos suficientemente en sí mismos, quiero decir, en su naturaleza y en su intensidad. Sin empeñarnos aquí en una larga disertación, es de fé que la sola persona en Jesucristo es divina, y que, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre: es un Dios-hombre, Hombre sintiendo, por consiguiente, todo lo que el hombre puede sentir, pero como Dios, es decir infinitamente. Por eso se dice que Dios padeció, que Dios murió, como hombre sin duda, pero Dios. Lo que hace el padecimiento y la muerte tan espantosa para nosotros, es que son contra nuestra primera naturaleza y nuestro último fin, que son la felicidad y la inmortalidad. Padecemos, pues, y morimos con toda la fuerza de este sentimiento de felicidad y de inmortalidad, y cuanto mas tenemos éste sentimiento, mayor es el padecimiento, y el de la muerte. Por eso el animal no los siente como el hombre, y el hombre mismo los siente á proporcion de la conciencia que tiene de la superioridad de su ser. ¿Qué será pues un hombre-Dios? el que es el Ser por esencia, el Ser Supremo, que siente la tristeza, el dolor y la muerte con toda la conciencia, todo el poder de felicidad y de vida que comunica su naturaleza divina á su naturaleza humana, y que padece, que muere infinitamente? Pero sobre todo; ¿qué será la Santidad infinita que mira la muerte con relación al pecado de que es el castigo, y por consiguiente, con todo el horror que le imprime este carácter de maldición, y toda la extensión de los crímenes del género humano, de que se constituyó

Redencion? Puede decirse que todas las tristezas, todos los dolores, todas las muertes de la naturaleza humana han descargado sobre Jesucristo, como sobre el sujeto mas capaz de padecerlas; y tambien el mas culpable por imputacion. Esto es lo que él mismo dijo por medio de su Profeta en estas magnificas palabras: «Los dolores de la muerte me han »circundado y las cataratas de la iniquidad han »venido sobre mí (1)». Y lo que hizo significar por estas otras: «En verdad tomó sobre sí nues- »tras enfermedades, y cargó con nuestros dolores, »«él fué llagado por nuestras iniquidades; quebran- »tado fué por nuestros pecados; y cargó el Señor »sobre él la iniquidad de todos nosotros (2)». En una palabra, así como *se hizo pecado* (3), así se hizo dolor: dolor por tanto universal como el pecado. Sus padecimientos y su muerte no han sido, pues, divinos é infinitos solamente en virtud, sino tambien en extension. Si han causado tantas penas, si han hecho dulces ó heróicas, tantas muertes, es porque han tomado sobre sí todas las amarguras y todos los horrores de estos; y si, en fin nos han rescatado de la muerte eterna, es porque han pasado sobre la victima con un peso infinito.

Este es el peso que sólo Maria llevó con Jesús: esta Pasion fué la medida de su Compasion: esta atracion formó su contricion. Así, el Profeta, despues de haber buscado en toda la naturaleza con qué comparar la inmensidad de este dolor que llama con su propio nombre (de contricion), no encuentra mas que la mar, cuya extension, profundidad y amargura puedan figurarla: *Cui compara- bo te, Virgo filia Sion? Magna est sicut mare con-*

(1) Salmo XVII, 5.

(2) Isaias, LIII, 4, 5 y 6.

(3) II Corinth, V, 21.

*tritio tua* (1). No porque pueda servirle la mar de medida exacta, dice Hugo de San Victor, sino porque así como la mar excede incomparablemente a las demás aguas en profundidad y en extension, así los dolores de Maria sobrepujan á todos los dolores. Así lo publica ella misma al pié de la cruz por medio de estas patéticas y penetrantes palabras, que el mismo Profeta pone en sus labios: *Oh todos vosotros los que pasais por el camino: considerad y ved si hay dolor semejante al mio* (1)! Así lo ha ratificado la humanidad entera, llamando á Maria con los grandes nombres de *Madre ó Virgen de los dolores, de Nuestra Señora de la Piedad*, y yendo á llevar á los piés de sus altares, para temprarlos y sobrelievarlos con su ejemplo supremo, los dolores mas agudos que sin ella no tendrían modelos; los que sufrimos en los seres que nos son queridos; los dolores de la compasion, del luto y de la simpatia.

Probemos á sondear este Océano de los dolores y de las amarguras de Maria

Maria era madre: con esto al parecer, se dice todo, porque la misma causa que hace a las madres fecundas para producir, las hace tiernas para amar. Y es tal en la madre la fuerza de este sentimiento, que el pensamiento y el corazon han aplaudido á esta respuesta de una madre en vida á quien se proponia el ejemplo del sacrificio de Abraham:

Nunca Dios lo exigiera de una madre!

Era madre: pero ¡qué madre! y de qué hijo! la

(1) Jerem. Lament. II, 15.

(2) Jerem. Lam. I, 12.

madre mas perfecta, la mas pura, la mas fiel, la mas tierna, la mas Madre, del hijo mas perfecto, mas bello, mas amable, mas Hijo.

Era madre; pero madre virgen. Aqui le falta terreno al pensamiento por decirlo así. Una madre virgen, una virgen madre! tanto mas madre cuanto que es virgen y tanto mas virgen cuanto que es madre! ¿Quién puede comprender la riqueza de tal corazon en el que se multiplican las cosas contrarias para formar el supremo amor! Y la razon es preceptible. Recordando lo que hemos dicho arriba, que la misma causa que hace fecundas á las madres, las hace tiernas para amar, hallaremos que siendo la causa que hizo fecunda á Maria, el Espíritu Santo, el eterno Amor con que el Padre ama al Hijo, con que el Hijo ama al Padre, y con que los dos han amado al mundo, Maria ama á Jesucristo con este mismo Amor; su ternura es una irradiacion del principio de su fecundidad; del Amor eterno!

Era madre; para Madre de Dios: ¡qué nuevo abismo! Maria amaba á su Dios en su Hijo y amaba á su Hijo en su Dios. El amor materno y el amor divino se presentaban en ella reciprocamente para hacer el amor mas delicado, mas fuerte, mas justo, mas sagrado, mas natural, mas sobrenatural, mas absoluto, en una palabra, y mas maravilloso de todos los amores.

Era madre en fin: pero Madre del Redentor, de la Victima de nuestra salvacion, y, por tanto, Madre corredentora y compasiva en vista del sacrificio de su Hijo. No pudiendo el Hijo de Dios padecer y morir en su naturaleza divina, habia debido adaptarse un cuerpo, una naturaleza posible, una aptitud de victima. Y esta aptitud de victima la tomó en Maria y de Maria; de Maria, á la que pudo decir como á su Padre: *Corpus aptasti mihi.*

Pero Maria tambien, predestinada para este divino ministerio de la misericordia, habia recibido previamente de él, como Dios, esta naturaleza compasiva que debia él sacar despues de sus entrañas como hombre; de tal suerte, que bajo este respecto, existia entre Maria y Jesús una prodigiosa simpatia de complexion, de temperamento, de costumbres, que hacia del corazon, de las entrañas, de la carne de Jesús, el corazon, las entrañas y la carne de Maria. Madre predestinada por Dios al mismo fin que inclinó á Dios á ser su Hijo, á un fin de inmolacion y de sacrificio, lo que la hizo Madre de Dios la hizo al mismo tiempo Madre de compasion y de dolor; de tal suerte; que todo cuanto hacia en ella de amor, de gloria, de grandeza, con relacion á Jesús, solo se le concedió con tal largueza para hacerla mas apta para sufrir con Jesús con los mismos padecimientos; para ponerla al pié de la cruz como el centro de todas las miserias y de todas las calamidades que le es dado soportar á una criatura. En una palabra, la grandeza de su dignidad debia ser la de su dolor para llegar á ser la de su gloria. Por eso vemos, que este doloroso destino de Maria se halla tan implicado con el de Jesús, en la gran profecia de Simeon, que la misma espada de dolor que herirá al Hijo traspasará tambien á la Madre: *et tuam ipsius animam pertransivit gladius.*

Esto es lo que se ve al pié de la cruz.

Maria sufre alli todos los dolores de la naturaleza como la madre mas tierna, viendo espirar en los mas crueles y mas ignominiosos padecimientos al Hijo mas digno de ser amado. Siendo su dolor proporcionado á su amor, no hay ningun dolor comparable á su dolor, porque no hay ningun amor comparable á su amor: *Nullus dolor amarior, quia nulla proles charior.* Y se hallaba

mucho mas atormentada por los tormentos que veia, que si ella misma los hubiera sufrido; porque amaba infinitamente mas que a si misma al que los padecia

Pero además de los dolores de la naturaleza, experimentaba Maria dolores mas profundos: los dolores de la gracia; de la gracia, que elevando, enriqueciendo la naturaleza, le da mas delicadeza á la par que mas energia para sufrir: Tal es el dolor de los cristianos. Todas las potencias de su alma, perfeccionadas por la gracia, tienen á un mismo tiempo un temple mas fino y mas fuerte; experimentan pues mas sensibilidad y mas valor sin que esta sensibilidad les abata, ni este valor les endurezca. Contienen mas dolor, y por esto son inaccesibles á todo otro consuelo que el de Dios: ¡Cuánto no debia ser pues la inmensidad del dolor de Maria, *llena de gracia*, y por consiguiente elevada en sensibilidad y en capacidad de padecer sobre todas las criaturas! Tanto mas, cuanto que esta misma gracia se descubria en este Hijo, objeto de sus dolores, a perfeccion infinita, la belleza eterna, digna de las adoraciones del cielo y de la tierra, sumergida en el océano de los crímenes del género humano.

Puede decirse pues, que sobre los dolores de la naturaleza, y sobre los dolores de la gracia, Maria soportaba tambien el peso inmenso de los dolores divinos. Lo que sucedió en su alma cuando la pasion y muerte de Jesús, debió ser de la misma naturaleza y en la misma proporcion que lo que pesó en su alma cuando su concepcion y su nacimiento. Y así como en estas sobrevino el Amor eterno, y la cubrió con su sombra la virtud del Altísimo para hacerla Bendita entre todas las mujeres; así en aquellas debieron cubrir a y abismarla en un dolor tan divino como su Maternidad.

Bendita como su fruto por una parte, debió por otra ser como él abandonada, y el *Magnificat* de su alegría nos da la medida del *Stabat* de su dolor.

Por esta virtud del Altísimo, puede decirse que su Compasion estaba á la altura de la Pasion del Hombre Dios, y que estaba templada en cierto modo por un mismo tono como dos laudes cuyas vibraciones se confunden. Sucedia aqui lo que en aquellos dos altares que menciona el antiguo Testamento: levanta los uno frente de otro, oíase sobre el uno el ruido de los cuchillos y demás instrumentos para degollar á las víctimas, y veíase en el otro fuego y llamas para quemar el incienso. Esta es una fiel pintura de lo que pasa en el Calvario. Tambien alli hay dos altares levantados uno cerca de otro, el uno es la cruz del Salvador donde se inmola esta víctima inocente; el otro es el corazón de Maria donde rinden otro sacrificio el fuego y las llamas de la caridad. Y así como el ruido que se hacia en el primero de estos altares resonaba en el segundo, así en el corazón de Maria se formaba un eco terrible de todos los golpes que se descargan sobre el Hijo. Todos estos golpes, todos estos padecimientos sufridos por el Hijo en su cuerpo, se repiten en el alma de Maria: la desgarran con las mismas espinas, la traspasan con los mismos clavos, la abrevan con las mismas amarguras, la crucifican y la hacen espirar en la misma cruz. Y es tal el efecto de la simpatía entre tal Madre y tal Hijo, que la Madre sufre en la carne del Hijo y el Hijo en el alma de la Madre, mas que en las suyas propias; y los dos se templan para redoblarlos. A diferencia de todos los otros mártires que recibian sus golpes y padecimientos, Maria recibe de él sus padecimientos, y Jesucristo siente tambien en la com-

pasion de Maria como una nueva pasion. Ambos se hieren con golpes mútuos. «Acontece con este Hijo y esta Madre, dice Bossuet; como con dos espejos opuestos que, enviándose mutuamente por una especie de emulacion todo cuanto reciben, multiplican los objetos hasta lo infinito.» Así se acrecienta sin medida su dolor, mientras que las olas que levanta se sobreponen unas á otras por una especie de flujo y reflujo continuos.»

No obstante, en lo mas recio de esta tempestad de ineluctables dolores, entre la sangre y las lágrimas del suplicio, las blasfemias de los verdugos, los insultos del pueblo, la consternacion de los discípulos, las lamentaciones de las mujeres piadosas, las últimas palabras y el gran grito de la víctima, la conuocion y el oscurecimiento de la naturaleza entera, Maria, superior á su sexo, superior al hombre, superior á la humanidad, sola con la Divinidad, inmovil, permanecia en pié: *Stabat*. No me la representeis desmayada ni aun sollozando, dice San Ambrosio; yo leo en el Evangelio que estaba en pié, no leo que llorase: *Stantem lego, fientem non lego*. «Esta Madre afligida, añade, miraba con compasion las llagas de este Hijo que sabia debia ser la Redencion del mundo.» Permanecia en pié con un valor que no degeneraba del que tenia á la vista, sin temor de perder la vida.» Tal era el peso de este dolor soportado por Maria, que se puede decir con San Bernardino de Sena, que si hubiera estado repartido entre todas las criaturas, no hubiera habito ninguna que no hubiera sucumbido á él, siendo un dolor divino é infinito, el dolor mismo del Hijo de Dios. Y si Maria resistia es porque el mismo Espíritu, la misma Virtud, que la habia hecho Madre de Dios, le daba fuerza para soportarlo. Esta divina Maternidad, fuente de

su dolor, era al mismo tiempo la de su valor.

Y no se crea que este valor disminuia su dolor; al contrario lo hacia mas profundo y pesado, impidiéndole desahogarse. Era como un dique que engrosaba el torrente; como una ribera escarpada contra cual se elevaban las olas de este océano, con tanta mas violencia cuanto que no podian salir de madre. Esta importante observacion, aunque se aplica mas particularmente al dolor de Maria al pié de la cruz, se extiende no obstante á su vida entera y á todos los sentimientos de su grande alma. Fómase en general una idea falsísima de la vida de la Virgen. Considérasela como una vida apacible y poco agitada, llena de calma y de dulzura. Y ha sido, al contrario la vida mas combatida y mas trabajada bajo apariencias de tranquilidad; una vida de martirio, de padecimientos tanto mayores y excelentes, cuanto que solo se mostraron á Dios. Ningun alma humana ha tenido que luchar jamás con mayores alegrías, temores mas grandes, mayores admiraciones, mayores consuelos y mas grandes dolores, sin haberse jamás exaltado, fascinado, embriagado, ó abismado entre tantos sentimientos sobrehumanos: ¡qué digo! centeniéndolos en su corazon hasta no dejar reinar y aparecer en él mas que la calma y la uniformidad. Tenia pasiones, pero tan elevadas sobre todas las debilidades naturales, que jamás sirvieron en ella sino para la ejecucion de los mas nobles designios de la gracia. Mas bien merecerian el nombre de *virtudes animadas* que el de pasiones naturales, porque en nada se resentian de esta corrupcion de la naturaleza que hay en los otros y que los arrastra hácia la tierra, sino que se hallaban de continuo inflamados por un fuego divino que los elevaba hácia el cielo, y que llama el Sabio *el va-*



por de la virtud de Dios (1).

Tales deben ser las pasiones cristianas; tales eran, en el grado mas superior, las de la Santísima Virgen: tal era sobre todo el sentimiento que dominó á todos los demás en su alma y en su vida: el dolor, el martirio del amor. Aparécenos en su colmo en el Calvario; pero la espada de dolor que la traspasó allí, no fué una espada pasajera y que solo la hiriese en esta circunstancia, porque no cesó de atravesar su vida por medio de la vista y del sentimiento de lo que tendria que sufrir su Hijo por la contradiccion, ingratitud y odio de los hombres. Esta espada ha hecho de toda esta vida el camino de la cruz, y de la cruz la consumacion de esta maravillosa vida. Allí se despertaron, al contacto del supremo dolor, todos los dolores que ella habia experimentado anticipadamente, y acudieron como rios á su océano, se alzaron y concentraron como mil espadas sobre este corazón de madre, y desgarrándole con los padecimientos y la muerte del Redentor dieron la vida al mundo.

Ahora debemos considerar este fruto de los dolores de Maria.

## II.

La pasion y muerte del Hijo de Dios no constituye un simple hecho histórico ó moral ordinario, ni aun extraordinario. Para hallar su sentido es forzoso salir de los límites de lo natural y de lo finito: es un misterio: el grande y divino misterio de la Redencion del género humano.

Este misterio mismo no se compone solamente de la augusta Víctima que se inmoló en él; sino del Padre celestial, que nos la dió para que pu-

(1) Sap. VII. 23.

diéramos ofrecérsela, y que estaba en esta misma Víctima reconciliando consigo al mundo; del mundo, por consiguiente, que recibia en este gran sacrificio el beneficio de su reconciliacion; de todos los escogidos que se convirtieron en él, de extrangeros y réprobos, en coherederos del Hijo é hijos del Padre, en el Espiritu de adopcion y de amor que es el Espiritu Santo.

La Madre, por consiguiente, no puede dejar de tener en él una parte; y esta parte no puede ser evidentemente otra que la que constituye *La Madre*; la que se le dió por Dios en el principio. *Parirás hijos con dolor* (1).

Nada hay de conjetural en esta deducion: apóyase en los datos mas sólidos.

El Hijo de Dios no llegó á ser Hijo del hombre y rescate del mundo sin madre: llegó á serlo por la divina concepcion y el parto virginal de Maria; y aun no lo fué por una concepcion, por un parto pasivo é involuntario, sino deliberado, querido, consentido; por un *Fiat* de Maria.

Ahora pues, esta Maternidad, deliberada, consentida por Maria, este *Fiat* que produjo la víctima de nuestra salvacion, se aplica y se extiende á todas las condiciones y á todos los fines de esta produccion, de esta introduccion del Hijo de Dios en el mundo: que era ser *Holocausto por el pecado*. Maria no es Madre de un hombre Dios, que primeramente nace y despues llega á ser víctima: es Madre de una Víctima de nacimiento y de predestinacion. Su Maternidad tiene el mismo objeto que la Encarnacion que ella obra: la Redencion. «No recibiste con agrado los holocaustos y los sacrificios que se te ofrecieron hasta aqui por el pecado», dijo á su Padre el Hijo

(1) Génesis, III, 16.

de Dios; pero me adaptaste un cuerpo y entonces dije: HÉ AQUÍ que *vengo*, o. Dios, para hacer tu voluntad (1); tal es el objeto de la Encarnación; y tal es, por consiguiente, el de la Maternidad de Maria, y la extension de estas palabras que determinaron el grande acontecimiento. HÉ AQUÍ, *hágase segun tu palabra*. Estos dos HÉ AQUÍ, estos dos FIAT del Hijo y de la Madre están unidos y cooperan al mismo fin, que es la salvacion del mundo.

Todo cuanto recibió, merció y padeció Maria, como Madre del Hijo de Dios, fué con este único fin, y contribuyó á él como formando parte de su Maternidad misma y procediendo de su principio.

Esta consecuencia es rigurosa; la corta distancia que separa la cruz del pesebre, no puede (y esto se concibe fácilmente) interrumpir ni aun debilitar en lo mas mínimo esta correlacion; porque si la debilitase en cuanto á la Madre la debilitaria respecto del Hijo. La cruz, en cuanto al Hijo, no es mas que la *consumacion* de un sacrificio que comienza en el pesebre; de donde se sigue que al darlo á luz Maria en el pesebre, lo produjo, y lo ofreció para la cruz. Si *el cordero es inmolido desde el origen del mundo* (2), lo es con mayor razon desde la Maternidad de Maria, y la inmolacion del Calvario solo es para ella el término, el colmo, y si me es lícito decirlo, el paroxismo de su alumbramiento.

¡Cosa conmovedora y admirable! De este modo, el verdadero alumbramiento de Maria, quiere decir, el que es el fin de su maternidad divina, es el que se verificó en la cruz y por el cual fuimos engendrados á la gracia y á la vida celestial. El primero no fué para ella mas que lo que fué para

(1) Hebr. X, 6, 7.

(2) Apocal. XIII. 8.

su *Hijo primogénito*: el medio del segundo. No dió á luz al Hijo de Dios para que viviese, sino para que muriera á fin de que nosotros viviéramos; y esta solo le lactó, protegió, educó y sustentó para el mismo fin porque le dió á luz: para el sacrificio. Todo cuanto hizo Maria se dirigió á este grande y único fin de su Maternidad, que resplandece en ella por el parto de los hombres. A la manera que una tierra virgen que no produce al principio un grano escogido sino como semilla, y para que, volviendo en breve á caer de nuevo en su seno, muera allí, y llegué á ser, por el trabajo de un parto mas largo, el principio de una mies inmensa; así Aquel cuyo nombre, por excelencia, es *el Gérmén*, solo fué producido virginalmente de Maria, para hacerla, por medio de la compasion de su muerte, la Madre comun de sus hermanos, de sus miembros, de todos los cristianos.

Cuanto estamos unidos á Jesucristo como tales, otro tanto lo estamos á Maria. Solo somos hermanos del Hijo porque somos hijos de la Madre. Y como nuestra union á Jesucristo es aun mas íntima; como somos sus miembros, y formamos con él un solo cuerpo de que es cabeza, la Madre de Jesús lo es nuestra con una Maternidad igualmente indivisible.

Solo que, el parto de esta Maternidad fué en dos actos, en dos misterios: el misterio de la Encarnacion y el misterio de la Redencion; el Pesebre y la Cruz: en el Pesebre parió la cabeza á la vida de los hombres; en la Cruz, parió á los miembros, á la vida de Dios: en el Pesebre parió por operacion al Espíritu Santo; en la Cruz, por operacion al Hijo de Dios. Esta última operacion, así como la primera, se asoció la cooperacion de Maria, y solo quiso ser efectiva por esta cooperacion; y esto es propiamente lo que

constituye á Maria Madre nuestra.

En este gran misterio hemos sido restituidos á la dignidad de hijos de Dios por la operacion de Jesucristo, por su Pasion; pero no sin la cooperacion, sin la Compasion de Maria: del mismo modo no tememos decirlo, que en el misterio de la Encarnacion fué engendrado el Hijo de Dios á la condicion de Hijo del hombre por la operacion del Espíritu Santo, pero no sin la cooperacion, sin la concepcion de Maria. Y verdaderamente, el prodigio y la gloria de esta cooperacion con el Espíritu Santo, que hizo á Maria Madre de Dios, es bantante sublime para disponernos á creer esa operacion con el Hijo de Dios que la hizo Madre de los hombres: tanto mas cuanto, segun hemos expuesto, la primera de estas maternidades tuvo por único objeto la segunda. De manera que, como ha dicho el cardenal Pedro Damiano, *asi como nada fué hecho sin Cristo, asi nada fué rehecho sin la Virgen* (1).

Tuvo, pues, Maria en la Redencion la parte que tuvo en la Encarnacion, y la tuvo por una cooperacion no menos directa y efectiva.

Si, por una parte dió luz á Jesucristo, por otra da luz á los fieles: por una parte al inocente, por otra á los pecadores. Pero al inocente lo dió á luz sin dolor, y á los pecadores los da á luz entre penas y tormentos. Es preciso que á costa de su Hijo único sea Madre de los cristianos, y por el sacrificio y voluntaria ofrenda que de él hace coopera á nuestro nacimiento; esto es lo que constituye su parto.

El Padre eterno del Verbo quiso hacerse el nuestro, por una inclinacion divina de su infinita caridad: quiso juntar á su propio Hijo unos hijos

(1) Sicut sine Christo nihil factum est, ita sine Virgine nihil reffectum est. Serm. de Anunt.

que adopta por misericordia, y ¡oh prodigio de amor! *amó tanto al mundo que entregó este Hijo único á la muerte porque naciéramos á la vida.* La misma caridad del Padre que entrega el Hijo, que le abandona y sacrifica, nos adopta, nos vivifica y regenera.

Maria no satisface con menos: Es la Eva de la nueva alianza y la Madre comun de todos los fieles; mas esto es preciso le cueste la muerte de su primogénito; es preciso se asocie al eterno Padre, y de comun acuerde entreguen al suplicio su comun Hijo. Por esto la Providencia la ha llamado al pié de la cruz; allí va á inmolar á su verdadero Hijo, muera él para que los hombres vivan! Tal es el sentido, el valor y el efecto de la *Compasion de Maria*.

Y esto es lo que forma y explica el maravilloso caracter de ese dolor de Maria, tan profundo tan inmenso y amargo juntamente, que la mar solo es de él una debil figura; y tan contenido, tan generoso, tan heróico, que una sola palabra resume su actitud: *Stabat, En pie*.

Y es que este dolor no era pasivo solamente, sino activo: cooperaba, como los dolores de un verdadero parto. «Cuando una mujer pare, tiene tristeza, porque llegó su hora; mas despues que »parió un hijo, olvida la pasada congoja por el gozo de haber dado un hombre al mundo (1).»

Esto es lo que se nos muestra en la compasion de Maria: en su corazon hay dos amores, ambos á dos extremados, que luchan entre sí: el amor de la vida de Jesucristo, y el amor de la Redencion de los hombres y de la voluntad de Dios. El uno es mas tierno, el otro mas fuerte: el uno hace el martirio, el otro el sacrificio: el uno agi-

(1) Juan, XVI. 25.

ta cruelmente el alma, el otro la avigora: el uno forma la tempestad en este Océano, el otro la calma.

Y para graduar uno y otro, debe medirse su importancia. Se lee en el Génesis, que lamentándose Rebeca de su maternidad, la dijo el Señor: «Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos saldrán de tus entrañas (1).» La gestacion de Maria era muy diferente: no dos naciones y dos pueblos, sino todas las naciones, todos los pueblos, el género humano se agitaba en las entrañas de su alma, que iba á dar á luz el mundo. Padecia, por asi decirlo, tantas veces los dolores del parto cuantos eran los hombres que debian nacer de él, de manera que cada cristiano, cada uno de nosotros ha contribuido al dolor de Maria, ha salido de su alma despedazándola. No es una imaginacion, pues la razon de ello es evidente. Con efecto, si es verdad que Jesucristo padeció y murió por cada uno de nosotros en particular, y que en la universalidad de su sacrificio puede cada uno de nosotros distinguir su propia persona: si es verdad que le sacrificamos tantas veces como pecamos; es decir, que contribuimos retroactivamente en la parte que nos toca á las causas y dolores de su Pasion, cuyas verdaderas espiuas, y azotes, y clavos, fueron estos pecados ya entonces presentes á su divina presciencia, y cuya imputacion era en él castigada: es rigorosamente cierto que Maria, sintiendo mediante su Compasion todos los dolores de la Pasion de su divino Hijo, sufriendo su muerte, ofreciéndolos por los mismos fines que él mismo, nos dió á luz en los tormentos de su alma como él nos redimió por el Sacrificio de su cuerpo. Somos hijos de la Compasion de Maria. Es realmente la *Madre de los vivientes*, Madre nuestra, al

(1) Génesis, XXV, 22.

mismo precio que nuestras madres, á precio del dolor, y á un precio infinito como el objeto de este dolor: su divino Hijo. *Amó tanto al mundo que dió, ella tambien, á este Hijo único para que tengamos la vida; y lo dió con todo el dolor de tal sacrificio, y toda la generosidad de tal parto.*

Pues ¡cuales no deben ser nuestros afectos de filial veneracion, de amor y agradecimiento para con tal Madre! ¡Cuánto no deben despartarse y dirigirse hácia ella como al objeto mas digno de su culto, todos los sentimientos generosos, nobles y sagrados que puede abrigar nuestro corazon! Ese culto que tributamos á nuestras madres, segun la naturaleza, con tan celosa fidelidad, como no lo rindiéramos á la Madre entre todas las madres, á la que nos dió la vida eterna entre dolores infinitos, por quien el mismo Dios quiso hacerse nuestro Hermano y nuestro Padre, y de la cual nos dice con mucha mas razon que Tobias á su Hijo: «Hijo mio, no olvides los gemidos de tu madre, recuerda siempre cuáles y cuántos males sufrieron por tí sus entrañas, y que sin ella no verías la luz (1).»

Más por abundantes y fuertes que nazcan estas consecuencias de la Compasion de Maria, la Víctima no quiso dejarnos el cuidado de salvarlas: Jesucristo moribundo quiso proveer él mismo á este culto filial de los cristianos para con Maria, quiso proclamar su Maternidad y nuestra deuda, en el mismo instante en que naciamos de tantos dolores.

### III.

*Habiendo Jesús visto á su Madre, y, en pie junto á ella, al discípulo á quien amaba, dijo á su*

(1) Eclesiast., VII, 29. — Tobias, IV, 5.

*Madre: MUJER, VÉ AHI Á TU HIJO. Despues dijo al discipulo: VÉ AHI Á TU MADRE. Y desde aquella hora el discipulo la tomó por suya (1).*

Si estas palabras tienen un sentido místico, es decir, si bajo la apariencia de un hecho particular, tienen una significacion general, una aplicacion general á todos los hombres en uno solo, con relacion á Maria, en tal caso la tésis católica acerca del culto que debe á Maria todo discipulo de Jesus queda una vez mas justificada, y consagrada del modo mas terminante y divino; porque es como si la misma verdad hubiera dicho: Mujer, sea todo cristiano vuestro hijo, y Vos, sed su madre.

Pues esto es incuestionable.

Es incuestionable, decimos, que Jesus hablo al mundo, en la persona de San Juan.

La razon de ello es perentoria, á saber: que Jesucristo jamás habló sino al mundo.

Como solo vino para salvarlo, todo cuanto hizo no tuvo menor importancia. Exento como estaba por su Divinidad y Providencia de toda necesidad, no tuvo que hacer cosa alguna que tuviera por objeto un interés privado, como lo fuera la conservacion de su Madre. Lejos de necesitar de suplente y curador para cuidarla despues de su muerte, el que del seno de aquella muerte iba á sacudir la piedra de su sepulcro y resucitar por siempre en la gloria, mas bien debia esforzarse, si puede así decirlo, para no proveer á ello como Dios, bien así como habia tenido que esforzarse para no cuidar de su propia defensa. Hubiérale bastado no querer sufrir, como dijo él mismo, para que al punto *doce legiones de Angeles* hubieran preservado su humanidad de todo ataque (2) Estos mismos Angeles hubieran guar-

(1) Juan. XIX. 27.

(2) Matth. XXVI. 53.

dado á su Madre, como al fin la llevaron á los cielos. Pero *¿cómo se hubieran cumplido las Escrituras?* (1), es decir, el designio de nuestra salvacion? Así que solo mirando á este designio hizo y dijo el Hijo de Dios cuanto nos refiere el Evangelio, cuyo solo nombre, *Evangelio*, expresa la universalidad de cuanto en él se contiene. En resolucion, siendo el caracter de Salvador del mundo el propio de Jesus, imprimió su sello y trascendencia á todas sus acciones y palabras. y ningun hubo que no fuera la accion y palabra del *Salvador* y no tuviera por objeto á toda la humanidad.—Puede ampliarse esta thésis mas de lo que lo hacemos, pero fuera inútil por ser tan evidente,

Y si es esto verdad de todas las obras del Salvador en todo el discurso de su vida, *¿qué diremos de las que hizo y pronunció en la cruz, y en el mismo instante en que salvaba al mundo?* El momento de la muerte es por lo comun cuando se pronuncian las palabras supremas, aquellas en que el moribundo expresa lo que hay de mas profundo en su alma, su misma alma en cierto modo, cuyo caracter imprime en esas *novisima verba*, que recoge la historia con tan pia y curiosa avidéz. Pues si Jesucristo nunca abrigó en su alma otro sentimiento, otro ardor que su divina caridad para con los hombres, *¿cómo pudiéramos suponerle otro en aquel momento de los momentos, que él llamaba su hora*, en que esa caridad le hacia dar voluntariamente su vida por nosotros, en que ejercie su funcion suprema de Salvador, en que consumaba su divina obra?

Además, el Evangelio lo dice expresamente. Inmediatamente despues de estas palabras: *Vé ahí á tu madre*, leemos: *DESPUES DE ESTO, viendo*

(1) Math. XXVI. 53.

*Jesús que TODO ESTABA CUMPLIDO (1).....* Es evidente que ese *todo estaba cumplido* se refiere á lo que antecede, y señaladamente á las últimas palabras *después de las cuales* todo está consumado. Y lo que entendía Jesús por esta palabra *consumado*, lo expresó en otra parte diciendo: «Oh Padre! he consumado la obra que me diste á hacer para que tú seas glorificado y ellos tengan la vida eterna (2).» Tal es pues evidentemente el fin y la importancia de estas palabras: *Vé ahí á tu Hijo, vé ahí á tu Madre*: la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Finalmente para excluir cualquiera otra intención de las acciones y palabras de Jesucristo en la cruz, y para poner en todo lo que precede el sello de su carácter público de Salvador, por una *formalidad*, si así puedo decirlo, que no tiene mas objeto: «Para que se cumpliera también una palabra de la Escritura, Jesús dijo: Tengo sed...» y habiendo tomada el vinagre que le habían presentado, dijo: *Todo está consumado*, y bajando la cabeza, rindió el espíritu (3).»

Este rasgo último es divino. Nos muestra la omnipotencia de la Víctima en su postrer anonadamiento. Arbitro de los tiempos y los sucesos, nada le acontece en todo lo que le hace padecer y morir, que él mismo no disponga con su soberana Providencia, y que, en la infinita diversidad de las cosas, no haga él surgir y terminar en su hora que suspende, adelanta ó retarda á su arbitrio, justificando lo que dice en otra parte: *De mi mismo dejo la vida y de mi mismo vuelvo á tomarla.*

(1) Juan XIX. 25.

(2) Juan, XVII, 4 á 4.

(3) Id. XIX, 28-30.

Pero vemos ahí principalmente que el único fin que se propone, en dirigir así los sucesos, es cumplir las Escrituras y consumir la obra de nuestra salvación. Si tiene sed, no es por necesidad, sino por dispensación: por la misma dispensación que le hizo encarnarse y nacer á la vida humana, y le hace padecer y morir, con igual plenitud de poder y voluntad, y por el mismo fin universal.

Y si esto es verdad de la simple circunstancia de la sed de: Salvador en la cruz, y si vemos por ello que no hay un *ápice* en todo cuanto hizo que no se refiriese á la salud del mundo. ¿con cuanta mas razón lo diremos de estas grandes: *Hé ahí á tu Hijo, hé ahí á tu Madre?*

Como proferidas desde lo alto de la cruz y en el último y supremo instante del divino sacrificio, son de él inseparables, y participar en el mas alto grado de su universalidad.

Asegurado ya este carácter que las distigue, estudiémoslas ahora en sí mismas.

Estas palabras: *Habiendo Jesús visto á su Madre, y en pie cerca de ella al discípulo á quien él amaba, dijo á su Madre*, tienen relación manifiesta con las que inmediatamente preceden: *En pie, junto á la cruz de Jesús, estaba su Madre.* Es evidente que el Evangelista al hacer mención de esta presencia y actitud de Maria al pié de la cruz, dispone esta primera parte de su narración mirando á la segunda. Y como el Espíritu de verdad es quien guía su pluma, debemos ver en el hecho la misma relación que hallamos en el relato: es decir, que la conducta de Maria, que ya hemos meditado, su compasión heroica su cooperación maternal al sacrificio de su divino Hijo, la atraen y nos atraen esta atención y estas palabras de Jesús y el misterio que encierran.

Ya hemos dicho que este misterio es el de nues-

tró nacimiento á la vida de Dios. Pero es cosa por extremo notable que viniéramos á ser hijos de Maria en el mismo instante en que consumándose el sacrificio de Jesús, somos hechos hijos de Dios. En el mismo instante, digo, en que el Redentor introduciéndonos á la vida de Dios por su muerte, podia decir al Padre celestial presentándole el hombre redimido: *Vé ahí á tu Hijo*, lo dice á Maria. Un mismo instante, un mismo misterio nos hace hijos de Dios y de Maria. Pasó allí respecto de los miembros lo que en el misterio de la Encarnacion respeto de la cabeza. Uno y otro misterio dan un Hijo comun al Padre celestial y á Maria: en el misterio de la Encarnacion es el Hijo de Dios hecho hombre, y en el misterio de la Redencion, es el hombre hecho hijo de Dios. Y, en uno y otro misterio, Maria es proclamada Madre, y se hace tal por su cooperacion: Madre de Dios, Madre de los hombres:

¿Y cuanta solemnidad y energía tienen las palabras sacramentales que forman esta última relacion! *Mujer*, dice Jesús, *ve ahí á tu Hijo*, y al discípulo: *Vé ahí á tu Madre*. No dice Jesús: *Sea como tu Hijo*, sino: *Hé ahí tu Hijo*, en realidad y á la letra, al modo que, en la institucion de la Eucaristia, habia dicho: *Este es mi cuerpo*. Y para que sea así bien de verdad, dice incontinenti al discípulo: *Vé ahí á tu Madre*; reduplicacion que afirma y confirma, una por otra, la cualidad de Hijo y la de Madre, y que da al misterio que expresa el caracter mas solemne y absoluto.

¿Y cómo concurren á este grande efecto y respiran la intencion mística que hemos ya demostrado las denominaciones previas dadas á la persona de la Madre y á la del Hijo! ¿Quién es ese Hijo dado á Maria? ¿Es acaso la persona particular de Juan? No, sino *el discípulo* de Jesús, y *el discípulo* á

*quien él amaba*; en cuanto discípulo amado de Jesús es San Juan hijo de Maria: relacion que, en la persona de Juan, comprende por tanto á todo discípulo de Jesús, á todo cristiano, á proporcion que es amado de Jesucristo y le guarda fidelidad.

Pero la calificacion de *Mujer* que se dá á Maria es lo que justifica principalmente y consagra la doctrina que profesamos.

Esta denominacion escandaliza á los débiles cual si fuese dura para con Maria, y se la nota en esta circunstancia, como en la de las bodas de Caná para deducir que Jesús, en la conciencia de su divinidad, desconocia en cierto modo á su Madre y el culto que como á tal la rendimos.

Hemos ya refutado muy á la larga esa falsa idea para ocuparnos en ella nuevamente.

Solo observaremos que los mismos Evangelistas que refieren ese modo de hablar en su divino Maestro, le hacen siempre preceder y seguir de la calificacion de *Madre de Jesús* que dan siempre á Maria como su propia y peculiar cualidad, la cual honran de esta manera, por inspiracion de Dios, en esas mismas circunstancias en que sacan algunos de la palabra de Jesús una intencion de todo punto contraria.

Pero lo que hay aqui digno de especial consideracion, es que el principio de que se deduce falsamente esa intencion que se opone á Jesús, de reprobar el culto que á Maria tributamos, es justamente el fundamento de este culto.

Convenimos en que Jesús llama con el nombre de *Mujer*, en la conciencia de su Divinidad, cuando habla ú obra mas ostensiblemente como Dios, como Salvador del mundo. Y aun notaremos que las dos grandes circunstancias en que lo hizo, en las bodas de Caná y sobre el Calvario, manifiestan que habla así en vista de *su hora*, la hora de su divino sacrificio.

Pero ¿qué debe de aquí inferirse sino que, como Dios ciertamente, como Salvador del mundo, y en toda la plenitud de su caracter supremo, profirió estas palabras: *Mujer, vé ahí á tu Hijo*, y que tienen por tanto una intencion mistica y una importancia universal?

Por esta palabra *Mujer*, decís, habla como Dios: concedido: pero reconoced en consecuencia que habla como Dios, es decir, á los hombres: cuando añade: *Vé ahí á tu Hijo*, y por tanto, que este Hijo, sois vos; vos mismo á quien dice: *Vé ahí á tu Madre*.

Jesús no puede á un mismo tiempo hablar y no hablar como Dios: y si habla como Dios al llamar á su Madre *Mujer*, habla como Dios al llamarla *Madre*: y por consiguiente la vuestra.

Esta palabra *Mujer* refleja su generalidad en la palabra *Madre* y la palabra *Hijo*, y extiende su relacion á la humanidad entera. Parece que no despoja á Maria de su cualidad de Madre de Jesús: sino para mejor revestirla de la de Madre de los hombres, y para mostrar mas claro que no lo es solamente por el parto de la Cabeza sino por el de los miembros, por su compasion, por su cooperacion especial al misterio de la Redencion, además de su cooperacion primera al misterio de la Encarnacion.

Su significado abarca un designio mas completo: se remonta á la primera palabra de salud que pronunció Dios con la sentenciá de nuestra condenacion, cuando dirigiéndose al autor de nuestra caída, dijo: «Pondré enemistades entre tí y la *Mujer*, entre su semilla y la tuya: ella te quebrantará la cabeza y tú procurarás morderla en el calcañar.»

El momento en que se cumplió esta profecía fué el de la muerte de Jesucristo, momento de vic-

toria en que «borrando, dice el Apostol, la sentenciá de condenacion pronunciada contra nosotros, la abolió, clavándola en la cruz, y despojando á las potestades de tinieblas, las llevó cautivas, triunfando de ellas públicamente en su persona (1).»

Y como, segun la profecía, las *enemistades* que debían ser satisfechas con este triunfo tanto concernian á la *Mujer* como á su semilla, y una y otra debían quebrantar la cabeza de la serpiente, para que la regeneracion se consumase como se habia consumado la caída, debíamos ver á la *Mujer* apareciendo nuevamente en este gran momento, tomando parte en el sacrificio expiatorio de su Semilla, y haciéndose la Eva nueva, la *Madre de los vivientes*.

Es de notar, que cuando Adan llamó á la mujer con este nombre de *Eva* ó *Madre de los vivientes* (1), aun no la habia conocido, y que fué inmediatamente despues de la profecía de nuestra liberacion. De donde le sigue que la dió ese nombre mirando esa profecía, nombre que de este modo viene á encontrar, su exacta aplicacion cuando el nuevo Adan llama á la *Mujer* con el nombre de *Madre* de los Cristianos, de Eva de la nueva alianza.

Este nombre de Madre en Maria es la realidad, como en Eva era la figura. Por eso notareis que su expresion es mucho mas positiva en la boca del nuevo Adan que en la del antiguo. De este se dice: «Y Adan llamó á la *Mujer* con el nombre de Eva porque *seria* Madre de todos los vivientes.» Esto evidentemente no es mas que un nombre, un emblema. Pero cuando Jesucristo dice:

(1) Ad Colos. II, 14, 15.

(1) Génesis, III, 20.



«Mujer, vé ahí á tu Hijo: Hijo, vé ahí á tu Madre,» es imposible no ver en ello un acontecimiento que se efectúa en vista de la Escritura, como lo prueba lo que viene despues: «Sabido Jesús que *todo estaba cumplido*, para que una palabra de *la Escritura se cumpliera también*, dijo: Tengo sed.»

Maria es pues nuestra Madre en toda verdad. Y ¿porqué, sino porque lo es como lo es toda *Mujer*, por el parto y el dolor? Por eso en lo mas recio de sus dolores, y en el momento en que su Compasion á una con la Pasion de Cristo nos pare á la vida de Dios, en el momento en que salimos de su corazon despedazado, el Redentor presenta el Hijo á la Madre, el Cristiano á Maria y les dice: *Vé aquí á tu Hijo: Vé aquí á tu Madre.*

Y ¡admirable coincidencia! estas palabras son juntamente el golpe mas cruel para Maria y el mas decisivo para nuestra salud. Con efecto ¿no son mas agudas que una espada que traviesa, que penetra hasta la intima division del alma y del espíritu, esas palabras supremas de cruel separacion, de postrer despedida, con que Cristo moribundo rompe los vínculos naturales que le ligaban á su Madre, y sustituye su discípulo en la relacion de Madre é Hijo que los unia? «¡Oh sustitucion amarguísima! ¡Oh cambio doloroso para el corazon de Maria! dice S. Bernardo: ¡Juan en lugar de Jesús! el esclavo en vez del Señor! ¡el discípulo en lugar del Maestro! ¡el hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios! un simple mortal por Dios mismo! ¡ah! cruel y funesto cambio! triste y malhadado consuelo (1)!»

«Bien veo, Salvador divino, dice también Bossuet, que no tanto os proponéis consolarla como hacer inmortal su sentimiento. Su amor acostum-

(1) In sermone *De duodecim stellis.*

brado á un Dios, al no hallar en su lugar mas que á un hombre mortal, sentirá mucho mas lo que le falta; y ese hijo que la dáis parece que se muestra siempre á sus ojos mas bien para echarla en rostro su desgracia que para reparar su daño. De manera que esa palabra la mata, y esa palabra la fecunda: hácese Madre de los fieles en el esfuerzo de un dolor sin tasa. Sácase de sus entrañas á estos nuevos hijos con la espada y el hierro, y se entreabre su corazon con violencia increíble para ingerir en él ese amor de Madre que debe tener hácia todos los Cristianos.»

Este mismo dolor, que la hace Madre de los hombres, la ingiere efectivamente el amor en el corazon: nuevo amor para con los miembros que no es mas que una trasformacion del que tenia á la cabeza, como este solo era una trasformacion del amor celestial. Tres fases, como si dijéramos, de la vida de la Virgen Santísima, corresponden á estos tres estados del amor divino en su corazon: antes de la Encarnacion, durante la Encarnacion, y despues de la Redencion. Antes de la Encarnacion, Maria era la *Sierva del Señor* á quien habia consagrado todo su ser y que *estaba con ella*, como dijo el Angel, por la plenitud de gracias de que habia colmado su humildad: por la Encarnacion, este amor divino de Sierva y de Virgen se trasformó en su alma en amor de Madre de Dios, de Madre de Jesús, á quien fué tan fiel entre tantas contradicciones y dolores: por la Redencion, finalmente, se obra en el alma de Maria la tercera trasformacion de este único sentimiento, y hácese el amor que nos tiene, el amor de Madre de los hombres. En estas tres aplicaciones, siempre es Dios el objeto de este admirable amor de Maria, ya como Sabiduria increada, ya como Sabiduria encarnada, ya como Sabiduria co-

nunciada; y esta Sabiduria, esta Santidad brilla tambien en ella de tres maneras correspondientes á estas tres trasformaciones: porque puede decirse que antes de la Encarnacion era Maria el compendio de toda la Santidad de los Patriarcas de quienes era Hija; que durante los dias de la Encarnacion, tenia, en el grado mas eminente, la Santidad de los Apóstoles de quienes era Reina; y que mediante la Redencion adquirió la santidad de toda la Iglesia de quien venia á ser Madre (1).

En este estado que resplandece con triple santidad, el mismo discipulo que representaba á la Iglesia cuando se le dijo: *Vé ahí á tu Madre* presenta esta Madre á nuestra admiracion y nuestro amor. cuando nos pinta en su Apocalipsis á una *Mujer vestida del Sol, que tiene la luna á sus piés y una corona de doce estrellas en su cabeza* (2): porque la Luna bajo los piés de Maria representa la Ley antigua cuya justicia imperfecta solo debia hallar su plenitud en el Evangelio; el Sol es Jesucristo, luz del mundo, que viste de su gracia á su Madre Santísima; y las doce estrellas figuran la Iglesia, la sociedad de los Apóstoles y fieles que coronan á Maria como su posteridad.

Y para que no ignorásemos á qué precio es vestida Maria de tanta gloria y santidad, y cuanto hay de real en su Maternidad divina y humana, el mismo discipulo añade: «Llevaba un niño en su seno, y clamaba, atormentada con los dolores del parto (3).»

Al pié de la cruz sintió Maria estas angustias

(1) In Beata Virgine collecta est omnis Ecclesia et perfectio sanctorum. Unde Microscopus Ecclesiae dici potest. San Thom. de Villan.

(2) Apocalyp., XII, 1.

(3) *Ibid.* XII, 2.

de parto, donde se hizo Madre nuestra por la muerte de Jesucristo, que desgarró su alma. Esta muerte, que fué su gran dolor, fué nuestro parto; parto real de parte de Maria, puesto que ese dolor inmenso concurrió á él en la union mas estrecha con la Victima.

Esta Victima la fué un instrumento de suplicio, una cruz, en la cual padeció en su alma cuanto aquel objeto amado padecia en su cuerpo, ofreciendo con él. con una misma voluntad, un mismo holocausto, derramando ambos á dos su sangre: el uno la de sus venas, la otra la de su corazon, y muriendo los dos, en cierto modo, por la salud del mundo: él con una muerte que ponía fin á sus padecimientos, ella por una supervivencia que era solo una muerte.

Con gran razon los pintores, dando á cada uno de nuestros mártires el instrumento propio de su suplicio: á San Pablo su espada, á San Lorenzo sus parrillas; cuando se trata de la Reina de los mártires, le ponen sobre las rodillas y en los brazos el cuerpo exánime de su Hijo, como para decirnos que este es su tormento y el instrumento propio de su suplicio.

Este es tambien el precio con que hemos sido comprados y que ella presenta á nuestra piedad, como su título de Madre, para movernos el amor de su divino Hijo.

«Hijos de Jesucristo y de la Virgen, dice eloquentemente á este propósito un autor antiguo, aprended de ella á no ser ingratos. *Empti estis pretio magno* (1). Creed que no es pequeño, sino muy grande el precio con que el Verbo encarnado os ridimió de la esclavitud del pecado. A tí llamo por testigo, oh pesebre: á vosotros, pobres»

(1) I ad Corinth., VI 20.

»pañales en que fueron envueltos durante los rigores del frío los sagrados miembros de mi Redentor: »á tí cuchillo, que ensangrentaste sus tiernos »miembros: á vosotros, montañas, llanos valles, »ciudades, aldeas, desiertos y mares sobre todo: »respóndeme, ¡oh tierra de Getsemani! no estais »mudas, ¡oh cadenas y ataduras! hablad, casas de »Jueces, y vosotros, columna, espinas y azotes: »tu solo grito, oh Ca vario, sirva de testimonio por »mí; las piedras, la Cruz, los clavos, las llagas y »arroyos de sangre digan á cuán alto precio redimió el Verbo encarnado á los humanos! El mismo Cielo clama con voz unánime: *Habéis sido »comprados con gran Precio.* Y la tierra responde por eco: *Con gran precio (1).*»

(1) *La ciudad de Dios encarnado.* tom. 1. pág. 105, traducida del Italiano por Baudouin. 1622. De las 3000 páginas que componen la obra, esta, de una elocuencia antigua, es la única que vale. Tiene las grandes formas de las lamentaciones de Filóctetes en la tragedia Sófocles; pero animadas de una inspiración mucho más patética, porque es la de la verdad que habla con nosotros.

## CAPITULO XX.

## MARIA DESPUES DE LA RESURRECCION Y EN LA ASCENSION.

Es para muchos un motivo de asombro y de escándalo, que el Evangelio no haga mención alguna de la Virgen Santísima, en las varias apariciones de Cristo después de resucitado.

Muchos intérpretes se han avergonzado de este silencio, y han creído que debían ser más cuidadosos que el Evangelio del honor de Jesucristo y su Santa Madre, sosteniendo que se la había aparecido antes que á ningún otro, y que fué muchas veces favorecida con sus apariciones.

Respetamos estas opiniones; pero respetamos aun más el Evangelio, y no podemos admitir, no solo que sea ofensivo el silencio que guarda en esta parte, sino aunque no sea glorioso para la Virgen Santísima, mucho más glorioso que esas pias suposiciones.

Con efecto, parécenos que no dicen bastante cuando nos presentan á Jesucristo apareciéndose á Maria primeramente y muchas veces. El silencio del Evangelista dice sobre él mucho más; porque de él resulta, á nuestro juicio, que Jesucristo resucitado no cesó de estar presente á su Santa Madre y que por esto nunca se la apareció como á los demás.

Para demostrar esta verdad no tendremos que hacer largos discursos; nos bastará hacer una cosa que no se hace bastante, y que debiera ser la primera y la última: leer el Evangelio, el Evangelio.

que es tambien la *buena nueva* que deben saber muchos cristianos.

Esta nueva es la que venimos á anunciarles, en orden al gran testimonio que dá á la Virgen Santísima el silencio que guarda el Evangelio acerca de su persona, en las narraciones de la Resurreccion.

Notemos primeramente que este silencio es formal, y que es imposible provenga de una comision. Los hechos de la Resurreccion son los mas circunstanciados del Evangelio. Cuantos en ella toman parte; sus nombres, sus caracteres, su porte, sus sentimientos, sus lugares, los tiempos, las particularidades mas singulares en su relacion con el suceso, llevan un sello de precision y naturalidad, de exactitud y sencillez, que testifica la verdad mucho mas que un simple relato: es un cuadro; es el mismo hecho que pasa á vista del lector; y como no hay en él vestigio el mas ligero de arte, la fuerza solo de la verdad puede hacer esta impresion. Estas páginas del Evangelio son decisivas: las señalo á los incrédulos de buena fé, á los que tienen el sentido de lo verdadero, el sentido crítico, y saben lo que puede valer una relacion como testimonio de un hecho. El testimonio *de visu* dígolo sin temor, seria menos convincente, porque fuera solo individual y estaria sujeto á ilusion; al paso que el número, la diversidad, la mútua comprobacion de las personas y las cosas, de las palabras y los actos, de los lugares y los sucesos, esta consonancia de tantas garantias sin ningun trabajo de arreglo, forma en el Evangelio un toda de verdad que el *Espíritu* de verdad inspiró evidentemente para convencer á toda alma sincera.

Pues bien, en todas estas narraciones tan claras y precisas, no hay el menor vestigio de la Santa Virgen. Sin embargo, las mujeres tienen en ellas la primera parte, y estas mujeres son las que, con

el discípulo á quien Jesús amaba, formaban la compañía de la Madre de Jesús junto á su cruz. El Evangelista hasta se toma el cuidado de nombrarlas al referir la Resurreccion; eran, dice, *Maria Magdalena, Juana, Maria, madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas* (1). De la Madre de Jesús, ni una palabra; siendo así que, donde quiera figura en las narraciones anteriores, es nombrada siempre la primera,

Es por tanto indudable, que segun el divino relato, la Virgen Santísima no tomó parte alguna en las apariciones de Cristo despues de la Resurreccion.

¿Qué debe inferirse de ello?

Para responder á esta pregunta, basta buscar, en el Evangelio, las causas de estas apariciones y su efecto en aquellos á quien se dirigieron.

Ahora pues, lo que mas resulta de esta investigacion, es la falta de inteligencia, la incredulidad, la flaqueza, la groseria de los Apóstoles y discípulos de Jesús, tan ignorantes, tan desconfiados, tan confusos del suceso de la Resurreccion, de como si nunca su divino Maestro se lo hubiera anunciado ni les hubiera dado prendas de su verdad. Y ellos son los que dan contra sí mismos este humilde testimonio con sus propios relatos, é imprimen de este modo en ellos el sello de la mas concienzuda é ingenua sinceridad.

Y hay en esto una economia admirable. Para ser testigos no sospechosos con todos los incrédulos venideros, era necesario, no solo que los Apóstoles fueran sinceros, sino que no estuviesen preocupados por una fe que hubiera dominado el acontecimiento: era necesario que se hallasen en la misma disposicion de incredulidad que todos aquellos á quienes debia convencer su testimonio; que fue-

(1) Luc. XXIV, 9.

ran como sus representantes; que vieran la Resurrección como la hubiéramos nosotros visto, para que nosotros la viéramos también en ellos.

Por eso ninguno de los Apóstoles, de los discípulos ó de las Santas mujeres tomó parte en el suceso de la Resurrección sino para ser convencido de una debilidad que constituye la fuerza de su testimonio, pero que hubiera sido indigna de la Madre de Dios. En vista de esta flaqueza, y la de todos los incrédulos futuros, se mostró Cristo después de resucitado de una manera tan sensible y tan cierta, sobre la cual, por tanto, debía estar su divina Madre.

Recorramos las varias escenas de este gran acontecimiento, para convencernos bien de esta explicación, de esta conveniencia de estar ausente la Santa Virgen, y del glorioso testimonio que resulta de ello para su fé.

No son los Angeles, son las mujeres las que van primero al sepulcro, y María Magdalena antes que todas; pero no las lleva allí la esperanza de la Resurrección, aunque ha llegado ya el tercero día. Van á embalsamar el cuerpo del Salvador para preservarle de la corrupción: no lo encuentran; ven quitada la piedra que lo cubria, y ni aun entonces les ocurre el pensamiento de que pueda haber resucitado. Magdalena corre á decir á Simon Pedro: *Han llevado al Señor del Sepulcro, y no sé donde le han puesto* (1). Las otras dos mujeres, María y Salomé penetran en el Sepulcro; *se espantan* (2) de no hallar el cuerpo de Jesús: se les aparecen dos Angeles resplandecientes y las dicen: *¿Porqué buscáis entre los muertos al que está vivo?* no está aquí, resucitó, como lo dijo. *Acordaos* de lo que os habló... *Id pues* corriendo y decid á sus discípulos y á

(1) Juan. XX. 1. 2.

(2) Luc. XXIV, 4.

Pedro que ha resucitado.... *Se acordaron entonces de las palabras de Jesús* (1); y aun se fueron *sobrecogidas de temor y gozo* (2).

Tal es la impresión primera que produce la Resurrección del Salvador en María Magdalena y las santas mujeres. Seguramente nada hay ahí, en esa equivocación grosera, en ese olvido, en esa inteligencia de las palabras de Jesús, en esa turbación y ese desorden de una fé dominada por la naturaleza, nada que no hubiera sido enteramente indigno de la Virgen Santísima, de la que debe siempre aparecernos llena de gracia, bendita entre todas las mujeres, digna Madre de Dios, como la hemos visto en todas las circunstancias de su vida, señaladamente al pié de la Cruz. Aquel á quien el dolor no habia turbado, no debía ser turbado por el gozo; y como no habia cesado de ver á Dios en el Crucificado, no necesitaba volverle á ver resucitado para creer en él.

Entretanto, Pedro y el otro discípulo á quien Jesús amaba, avisados por María Magdalena vinieron al sepulcro *corriendo*. Pero aquel otro discípulo *corrió mas aprisa* que Pedro, y llegó primero al sepulcro (3); y habiéndose inclinado, vió puestos en tierra los lienzos, pero no entró. Llegó después Simon Pedro, y *entró en el Sepulcro* (4), y vió los lienzos puestos en tierra; y el sudario que

(1) Luc., XXIV, 8.

(2) Matth., XXVIII, 8.

(3) Juan XX, 5. 4. Este discípulo es el mismo que refiere el hecho: Juan, Corrió *mas aprisa* que Pedro, porque era mas joven, y tambien porque amaba mas á Jesús, pero, asi como María Magdalena, con un amor todavia muy natural; precipitada en ver, pesada en creer. ¡Qué de matices de verdad hay en el Evangelio!

(4) *Actate prudentior*, dice Grocio, *ideoque diligentius amnia explorans.*

había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos sino separadamente doblado en otro lugar. Entonces el otro discípulo que había llegado primero, entró en el Sepulcro, y vió y creyó.—¿Qué fué lo que creyó? ¿qué Jesús había resucitado? Nada menos. Creyó o que no había creído por la relación de la Magdalena, y lo que había venido á comprobar que hubiesen llevado el cuerpo del Salvador; *porque dice él mismo, como historiador, aun no entendían la Escritura, según la cual convenia que Jesús resucitase de entre los muertos* (1).

Esta conducta de los Apóstoles, torpe, curiosa, desconfiada, tarda en creer, que tan conveniente es á testigos históricos, ¡cuán poco lo hubiera sido á la Virgen Santísima! ¡Y cómo realza su ausencia colocándola en una region sobrenatural de la fé y de vision mística, la única digna de su divina Maternidad! Al pié de la Cruz la hemos visto con las otras mujeres y el discípulo á quien Jesús amaba, pero la hemos distinguido de esta compañía por la fé que sola la sostenia, entre los afectos de pura simpatía natural que allí retenia á los demás. ¡Cuán bien se ajusta la interpretación que damos á ese episodio de la Resurrección! ¡A qué distancia nos aparece la Santa Virgen de cuanto habia allí de mas fiel á Jesús, de la Magdalena, del discípulo á quien Jesús amaba! Estos aun no veían mas que al hombre, á pesar de los indicios de la Resurrección: solo Maria veía al Dios, y no habia de menester tales indicios.

No bastando estos mudos testimonios, es necesario que el mismo Jesucristo se aparezca para convencer á una incredulidad tan natural, y lo hace por primera vez á la Magdalena. Habiéndose

(1) Juan XX, 9.

vuelto á sus casas los discípulos, esta fiel seguidora de Jesús se quedó cerca del sepulcro llorando, y como llorase se inclinó y miró hácia dentro, y vió sentados á dos Angeles que la dijeron: Mujer, ¿porqué lloras? Respondióles ella: Porque llevaré á mi Señor y no sé dónde le han puesto. Habiendo dicho esto, se volvió hácia atrás y vió á Jesús en pié, pero no sabia que era él. Jesús la dijo: Mujer, ¿porqué lloras? Ella pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú le llevaste, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré. Dijo Jesús: Maria. Volviéndose entonces ella le dijo: Maestro. Dijo Jesús: No me toques; mas vé á mis hermanos y dile: Subo á mi Padre. Fué Maria Magdalena á decir á los Apóstoles: He visto al Señor y me ha dicho esto (1).

¡Qué relación! ¡qué pintura! ¡y como respira ahí la verdad sin compostura ni artificio! Admirad el carácter de la Magdalena, cuán fiel es á sí mismo, tal como se reveló la vez primera, en la pluma de otro Evangelista (2), cuando fué á besar, á regar con sus lágrimas y enjugar con sus cabellos, los piés del Salvador en casa del Fariseo: cómo es la misma que tornamos á hallar aquí, en esa persistencia en el sepulcro, y en ese llanto que no cesa de derramar, y en estas palabras tan candorosamente tiernas; *Si tú le has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo llevaré!*

¿Puede verse cosa mas verdadera, mas natural, mas patética? Es la perfección de la fidelidad y la simpatía; mas perfección humana, terrena, grosera, si así puedo llamarla, en cotejo de la fé, de la

(1) Juan, XX, 10—18.

(2) San Lucas; lo que prueba claramente la verdad del personaje de la Magdalena y de todo lo que de ella cuentan dos Evangelistas tan diferentes.

esperanza, de la caridad de que debía estar animada la Virgen Santísima.

Hubo otra aparición de Jesús á las otras santas mujeres cuando volvian del sepulcro donde se les habian aparecido los Angeles. Presentóse á ellas en su camino, y ellas (preparadas ya á esta aparición por las palabras del Angel que les habia anunciado la Resurreccion) acercáronse á él y le adoraron besándole los piés. Sin embargo los Apóstoles, informados por ellas y por Maria Magdalena de estas apariciones de Jesús, *tuvieron esto por un delirio y no las creyeron* (1).

Esta incredulidad de los Apóstoles en que no han podido hacer mella ni testimonios tan formales, ni mensajes de Jesús tan explícitos, va por fin á disiparse con la vista del mismo Jesús; pero ¿de que manera? ¡y cómo esta tercera aparición va á hacer resaltar esa incredulidad antes de vencerla!

Aquí viene á colocarse la aparición de Jesús á los discípulos de Emmaus, que todos recuerdan, y que deben releerse toda en el texto (2). ¡Ay de quién no ve salir la verdad de cada rasgo de esa relacion viviente, y que, acabada su lectura, no cierra el libro exclamando: ¡Creo! ¡Qué ausencia de invencion, qué naturalidad encantadora en esa idea de los discípulos á Emmaus conversando entre si de lo que habia pasado, en esa sobrevenida de Jesús que se les incorpora en el camino y anda con ellos en hábito de peregrino que sus ojos *retenidos* no reconocen; en aquella pregunta con que traba conversacion con ellos: *¿Qué plática es esa que llevais entre vosotros por el camino, y por-*

(1) Math., XXVIII, 9—10.—Marc., XVI, 11.—Luc., XXIV, 9—11.

(2) Luc., XXIV, 10—32.

*qué estais tristes?* Y en esta respuesta de uno de ellos: *¿Tú solo eres el forastero en Jerusalem que no sabes las cosas que han pasado en ella estos dias?* y finalmente en esa admirativa interrogatoria de Jesús que motiva la narracion de todo lo que ya hemos visto, pero que se reproduce en boca de los discípulos con un tono de desaliento é incredulidad inimitable! Este es el espejo mas fiel del alma de los discípulos de Jesús, la confesion mas humillante de su postracion moral, de qui solo podrá levantarlos el hecho de la manifestacion de Jesús, y que es por consiguiente el mas perfecto de sus testimonios. Y cómo antes de así manifestarse, confunde Jesús tanta incredulidad y la encarece con estas palabras; *¡ Oh necios y tar-dos de corazon para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿! or ventura no era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrase de este modo en su reino?* explicándoles luego, comenzando por Moisés y los Profetas, lo que de él estaba consignado en las Escrituras? Sin embargo, á pesar de esta explicacion, á pesar de este lenguaje que revela al Dios, á pesar de lo que se dijeron el uno al otro despues: *¿No es cierto que nuestro corazon ardia dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?* todavía no creen, todavía no reconocen á ese Jesús cuya palabra los abrasaba, y es preciso (enseñanza admirable para los que esperan tener una fe completa antes de adquirir a en los Sacramentos que la vivifican y consuman), es preciso que el Cristo se dé en alimento á su cuerpo y su corazon para que su espíritu lo vea al fin: solo entonces *se abrieron sus ojos y le conocieron*.

Pregunto ahora, ¿esta tercera aparición no justifica igualmente en sumo grado lo que nos propusimos demostrar en este estudio, que las causas y efectos de las apariciones de Jesús resultado no

podian tocar á la Santa Virgen? Como no se quiere ponerla entre aquellos á quienes Cristo decia: *¡Oh necios y de corazon tarde en creer!* Asi pues, vuelvo á decirlo, por cuanto la Virgen Santisima tenia la inteligencia de las Escrituras; por cuanto comprendia el sentido de los padecimientos divinos de que tan admirablemente habia participado; por cuanto estaba alumbrada y animada del Espíritu de fé y de caridad de quien era el Santuario; y finalmente, porque era la Madre dignisima de Dios, no tenia que tomar parte alguna en aquellas apariciones de su Hijo como los discípulos.

Las demás apariciones no contradicen esta explicacion. Mencionase sin pormenor alguno una cuarta aparicion de Jesus á Simon Pedro (1); pero ya hemos visto cuál habia sido la incredulidad de este jefe de los Apóstoles en el sepulcro del Salvador. En cuanto á los otros once Apóstoles que tenian noticia de esta aparicion y de la que fueren á contarles los discípulos de Emmaus, *todavía no podian creerla* (2).

En esta disposicion se hallaban, cuando se apareció Jesus en medio de ellos, y les dijo: *¡La paz sea con vosotros! yo soy; no temais. Pero ellos, llenos de turbacion y espanto, imaginaban ver algun espiritu* (3). Entonces Jesus *les reprendió su incredulidad y la dureza de su corazon*, porque no creyeron á aquellos que le habian visto resucitados (4). Y añadió: *¿Porqué os turbais y vienen á vuestro corazon estos pensamientos? Ved mis manos y pies; yo mismo soy, palpád y ved; porque el espíritu no tiene carne ni hueso como veis que yo tengo.*

(1) Luc. XXIV, 34.

(2) March. XVI, 13.—Luc. XXIV, 38.

(3) Luc. XXIV, 36, 37.

(4) March. XVI, 14.

»Y habiendo dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y no creyéndolo aun ellos de puro gozo y admiracion, les dijo: *¿Teneis alguna cosa que comer?* Y ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel; y habiendo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dió y les dijo: *Estas son las cosas que os anunciaba cuando estaba aun con vosotros; que era necesario se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moises y en los Profetas. Entonces se les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, y como era necesario que Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos al tercero dia* (1).

Esta escena de la quinta aparicion de Jesus tiene absolutamente el mismo desenlace que la de la cuarta relativa á los discípulos de Emmaus. Es una escena de incredulidad obstinada que nada es poderoso á disipar, ni aun la vista y el tacto, y que solamente cede al acto de comer con Jesucristo, y á una iluminacion sobrenatural de la inteligencia para entender las Escrituras en cuanto á la necesidad de la pasion de Cristo y su resurreccion.

Así que, la incredulidad es siempre el objeto de las apariciones de Jesus; y una incredulidad tal que debió representar la incredulidad de todos los tiempos para convencerla por su irrecusable testimonio. Por eso Jesus añade inmediatamente; *Vosotros sois los testigos de todas estas cosas. Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á todos los hombres* (2); *¿Qué admirable economia de pruebas nos preparó Jesucristo en su Evangelio, y con cuanta razon puede echarnos tambien en rostro, la dureza de nuestros corazones, porque no creemos á los que le vieron resucitado de un modo tan convincente y palpable!*

(1) Luc. XXIV, 38—46

(2) Luc. XXIV, 48.—Marc. XVI, 15.



¿Qué diremos ahora de la sexta aparicion de Cristo la que hizo por Santo Tomás? *Si no veo en sus manos el agujero de los clavos*, habia dicho este Apostol, *y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no lo creeré*. Esta pesada y carnal incredulidad es la que determina la sexta aparicion de Jesus y estas palabras que todos los siglos han repetido y repetirán con emocion: *Mete aquí tu dedo, Tomás, y mira mis manss; y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel*. Á como Tomás exclamase: *¡Señor mio y Dios mio!* dijole Jesus: *Tomás, has creído porque me viste; ¡bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron* (1).»

Estas divinas palabras ponen su sello á nuestra doctrina. *¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!* Bienaventurada pues la Virgen Maria que *no vió y creyó!* Al principio de su divina maternidad, Isabel, llena del Espíritu santo, habia exclamado al recibirla: *Bienaventurada eres en haber creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor* (2) La misma Maria, en un arrebato profetico de fé y humildad, habia así cantado: *Hé aquí que, por eso, todas las generaciones me llamarán Bienaventurada* (3). Jesucristo tambien, aludiendo en una de sus predicaciones á lo que sustituye esta felicidad de las entrañas que le llevaron, habia exclamado: *Bienaventurados sobre todo los que oyen la palabra de Dios y la guardan* (4) y finalmente en la gloria de su resurreccion, pronuncia aun estas palabras: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron!* Expre-

(1) Juan. XX. 25—29.

(2) Luc. 1. 45.

(3) Ibid. 48.

(4) Ibid. XI. 28.

sion que exalta á la Virgen Santisima en razon de su alejamiento de todas las apariciones del Salvador, y la hace brillar por su misma ausencia. Por donde se ve cuan divinamente inspirada está la Iglesia, cuando recogiendo todos estos títulos, estos divinos testimonios, canta en medio de las edades: *Regina cæli lætare, quia quem meruisti portare, resurrexit...* Regocíjate, Reina del cielo, porque resucitó aquel á quien mereciste llevar: pero regocíjate porque no le viste y le creiste resucitado.

Este dicho de Jesucristo se aplica en verdad á todos los cristianos fieles que creen en su divinidad, por el testimonio de los Apóstoles; pero ¿cuanto mas ricamente se aplica á la Virgen Santisima que creia aun sin este testimonio, por solo el de su divino Hijo, dirigiéndose á su fé y á su amor? Por eso la expresion de Jesucristo, por su forma de pretérito, se refiere capitalmente á la Santa Virgen, como la única, entre todos los Apóstoles, discipulos y santas mujeres, que no habia visto á Jesucristo resucitado y habia creído en él, anticipadamente, como debia creer la Iglesia de quien era figura y madre.

Otra aparicion hubo de Jesucristo á sus discipulos junto al mar de Tiberiades (1) aparicion en que Maria no tomó mas parte que en las anteriores, y allí tambien se ve Jesús obligado á darse á conocer por signos palpables de existencia.

Finalmente la octava y última aparicion fué la que se verificó en su Ascension; y ni aun allí estuvo presente Maria; ¡tanto es lo que su fé requería esta ausencia y se manifiesta por ella! tan incompatible era su presencia con la incredulidad que era el objeto de todas estas apariciones!

Con efecto al acontecimiento de la Ascension,

(1) Juan, XXI, 1-14.

con ser tan grande, no deroga á este carácter de todas las apariciones anteriores, y á la ley de mérito y dignidad que excluía de ellas á Maria. Con efecto, hubo allí algunos que dudaron (1), allí tambien Jesús reprendió á sus discipulos su incredulidad y la dureza de su corazon (2), allí, en fin, les explicó por última vez las Escrituras (3), y los envió á llevar al mundo la antorcha de la fé que tampoco ellos tenían aun completamente, y que debía ser el don de ese Espíritu Santo, de esa virtud de lo Alto que promete enviarles al partir.

Maria tenia este don, esta virtud; de ellos habia sido colmada desde su concepcion, y revestida especialmente cuando el Espíritu Santo vino sobre ella, cuando el Altísimo la cubrió con su sombra para que engendrara y diera á luz el Verbo de Dios. Por eso á diferencia de todos los Apóstoles, habia ya profesado y profetizado la fé cristiana en el cántico de su gratitud, y la habia señaladamente atestiguado y confesado en el martirio de su compasion y su dolor. No era pues necesario para la Virgen Santísima que estuviera presente á las apariciones de su divino Hijo despues de la Resurreccion y en la Ascension, puesto que segun acabamos de mostrar por el texto de los Evangelios, estas apariciones no tenían mas objeto que convencer la incredulidad de los Apóstoles y prepararlos á recibir unos dones que ella ya poseia.

Por eso es muy digno de notarse, que despues de habernos mostrado á la Virgen Santísima al pié de la cruz en esa actitud tan heroica de Madre de Dios y madre de los hombres, y haberla hecho desaparecer completamente durante la Re-

(1) Math., XXVIII, 17.

(2) *Ibid.* XVI, 14.

(3) Luc. XXIV, 45.

surreccion y la Ascension, las divinas relaciones la hagan aparecer de nuevo despues de la desaparicion de su Hijo, para mostrárnosla en el Cenáculo, *perseverando en la oracion* con los Apóstoles y las santas mujeres (1).

Así Maria está en todas las situaciones de fé y de prueba, y nunca en las de manifestacion y confortamiento: no está en el Tabor, está en el Calvario; no está en la Resurreccion ni en la Ascension, está en el Cenáculo. ¿Quién puede no ver en esta economia el testimonio mas glorioso de la fé, de la fortaleza y fidelidad de Maria? Está en el secreto: no ha menester que se le explique. No necesita ver: cree.

Ve por consiguiente y ve mucho mejor que los que solo ven. Maria ha visto á Cristo resucitado, le ha visto subir al cielo; y lo ha visto mucho mas á menudo y mejor que los Apóstoles. Con efecto, estos no le vieron sino cierto número de veces, al paso que Maria no dejó de verle un solo instante, dado que no dejó un solo instante de creer en él. Y aun los Apóstoles, viéndole no le veian: *sus ojos estaban como cerrados* (2), imaginaban ver un *forastero viandante* ó un espíritu (3). Aun despues de haberlo tocado, aun viéndole por última vez subir al cielo, todavia dudaban; y no le vieron perfectamente sino cuando ya no le vieron; cuando el Espíritu Santo les dió su inteligencia, su amor y aquella fé prodigiosa que ganó el mundo. Maria tenia antes lo que ellos no tuvieron sino despues. Por eso veia mucho mejor que ellos la gloria de su divino Hijo, y mucho mejor que ellos era por él visitada y consolada.

Finalmente, hacia mas que ver esta gloria, participaba de ella. Como habia sido compaciente con

(1) Act., I, 14.—(2) Luc., XXIV, 16.—(3) *Ibid.* 18.

Jesús crucificado, era conglorificada con Jesús resucitado. Predestinada como todos los cristianos, pero muy sobre ellos, á ser conforme á la imagen de su Hijo (1), podia decir con mucha mas razon que el Apostol: «He sido clavada en la cruz de Cristo. Y vivo, ya no yo, sino Cristo vive en mí; porque lo que tengo ahora de vida en la carne, sólo tengo en la fé del Hijo de Dios (2), habiendo sido configurada á su muerte mediante la participación de sus padecimientos para llegar á su resurrección (3).» No porque hubiera ella, ni tampoco el Apostol, *llegado al término*; pero tendía y tocaba á él por medio de la fé, de la esperanza, del amor, del espíritu y aun de la carne.

Digo la carne, porque no solo como Reina de los Angeles estaba mas cerca de su divino Hijo que ninguna otra criatura; no solo estaba mas cercana á la gloria porque lo habia estado á la cruz, sino como Madre del Rey de gloria; como ya glorificada en esta carne de su carne. Este amor maravilloso de Madre, esta consanguinidad virginal que identificaba en cierto modo todo su ser con el de su divino Hijo, es el que hizo decir á S. Agustin: *Habiendo Cristo tomado su carne de la carne de Maria, la misma carne de Maria es la que nos dá él en manjar para nuestra salud*, nos permite decir tambien, *que es la misma carne de Maria la que resucitó para nuestra salvacion*.

Asi pues, además del sentido de esa expresion del Apóstol que mira á todos los escogidos y á Maria como su Reina, puede con verdad decirse en un sentido especialísimo, que como digna Madre de Dios, este Dios la *corresucitó y la hizo subir á sentarse en Cristo Jesús, en lo mas alto de los cielos* (4) hasta tanto que fuera allá llevada por los Angeles en lo que restaba de ella sobre la tierra.

(3) Ad Rom. VIII, 29.—(2) Ad Galat. II, 19. 20.—

(3) Ad Philip. X. 11.—(1) Ad Ephis. II. 6.

## CAPITULO XXI.

## MARIA EN EL CENÁCULO.—TESTIGO FUNDAMENTAL DE LA FÉ CRISTIANA.

Maria no quedó en vano sobre la tierra despues de la Ascension de su Hijo. Tenia que hacer en ella una obra capital, una obra que debia abrir el camino á la de Dios: la obra de la fé cristiana.

Emprendo el mostrar aqui á Maria bajo el aspecto nuevo de una verdad antigua, á saber: que Maria cooperó de un modo tan eficaz á la formacion de la fé cristiana en el Cenáculo, como á la Redencion en el Calvario y á la Encarnacion en Nazareth.

Me explicaré:

Para que mejor conociéramos lo que debiamos á Maria, para sostener ella el honor de Madre de Dios y ligar por un lazo por siempre indisoluble su culto con el de Jesucristo á su consentimiento, así debiéramos el conocimiento de Jesucristo á su testimonio.

Merced á una admirable unidad de designio, la asignó en la dispensacion de la fé el mismo lugar que en la dispensacion de la gracia: un lugar correspondiente al que tenia en la produccion del mismo Autor de esta gracia y esta fé: hizola único *testigo* del gran misterio de que era única cooperadora.

Hanos sugerido esta rica idea una de las lumbreras de la Iglesia de este tiempo, el cardenal Wiseman. Esta idea es particularmente propia para mover á los Protestantes y á todos aquellos á quienes

ofende el culto de la Virgen Santísima; porque, como su oposicion á este culto la fundan en la fe pura en Jesucristo, es un medio seguro para retraerlos de esa oposicion el mostrarles que esa misma fe la deben á Maria; volverles al culto de Maria, Madre de nuestro Dios, por el culto de Maria Madre de nuestra fe; y el mostrarles toda la santidad y toda la dignidad del primero de estos caracteres por el valor que da al segundo, en que estriba todo el edificio de la fe cristiana.

Probemos á librar esta bella é importante verdad de la inatencion é ignorancia en que está como sepultada. Como su consideracion es nueva, necesita hacerse lugar en las inteligencias y ser en ellas introducida con tiento y con medida.

La encarnacion del Verbo es el gran misterio de nuestra fe. La divinidad de Jesucristo es el todo del Cristianismo. Su moral, sus obras, su vida su muerte sacan todo su valor de esta Divinidad. La doctrina cristiana no tiene ya sentido, la Redencion se desvanece, la cruz cae, si el crucificado no es Dios, si no es mas que un justo, un santo, un profeta, un hombre mas ó menos unido á Dios, y no *Dios mismo*.

Ahora pues; Jesucristo no nos aparece completamente Dios sino en cuanto Hijo de Dios hecho hombre por el misterio de su Encarnacion. No se hizo Dios despues de su concepcion; no es un hombre hecho Dios, es Dios hecho hombre, por obra del Espiritu Santo, en el seno de la Virgen Maria. Lo que fué desde el principio lo es para siempre. Asi que, por este origen, por esta entrada del Hijo de Dios en el mundo debe juzgarse todo lo demás. Por esto los judios infieles, que ignoraban este misterio, por mas que le vieron hacer milagros, dar vista á los ciegos y oido á los sordos, resucitar á los muertos,

hacer temblar á los demonios, mandar á la mar y á las tempestades, exclamaban: «Un gran Profeta se ha levantado entre nosotros;» querian de buen grado hacerle rey; pero no bien se trataba de adorarle como Dios, objetaban su nacimiento aparente: «¿No es este hijo del carpintero?» decian, «y se escandalizaban de él (1).» Y aun despues de la manifestacion tan clara de su divinidad por su Resurreccion, por su Ascension, por los prodigios de la predicacion de los Apóstoles, la conversion del Universo y el reino de la cruz, esta Divinidad, disputada, no halló argumento mas definitivo, sello mas indeleble de su decision y certidumbre que la concepcion divina de Jesucristo, y la dignidad de VIRGEN MADRE DE DIOS mantenida y proclamada en Maria.

Asi pues, la concepcion del Hijo de Dios en el seno de Maria, *la Encarnacion*, tal es el gran misterio inicial del Cristianismo.

Debemos su beneficio, despues de Dios, á Maria, que lo atrajo por su santidad, lo determinó por su consentimiento, y, por la intervencion de su caridad, no cesó de influir en sus consecuencias.

Pero, además, como este beneficio no es tal sino por la fe que nos lo apropia, y por consiguiente en cuanto lo conocemos, el autor de este conocimiento es, en otro sentido, el autor del beneficio.

Pues este autor, este testigo á quien Dios quiso que debiéramos el conocimiento del misterio de la Encarnacion, es la Virgen á la cual, despues de él, quiso debiéramos la misma Encarnacion.

Y estas dos obligaciones que quiso tuviéramos con Maria se prestan un valor reciproco. Con efec-

(1) Math. XIII, 55; Marc., VI, 5.

to, ¿de que modo mas perceptible se pudiera manifestarnos que el misterio de la Encarnacion dependió de Maria, sino, realizado ya, haciendo aun depender de Maria su conocimiento, sin el cual seria él para nosotros como si no existiese?—Y ¿que modo habia tampoco mas fuerte de mostrarnos el valor de ese conocimiento, que el presentárnoslo como un corolario de la cooperacion de Maria al mismo Misterio y como una extension de su Maternidad?

Nadie hay que no conozca, bajo todos estos aspectos, la grandeza, la elevada importancia que imprime á la Virgen Maria este carácter de testigo fundamental de la fé cristiana. Pero se disputará su verdad ó se amenguará su valor oponiendo esa multitud de otros testimonios de la divinidad de Jesucristo, de que están llenos los Evangelios, fuera del de la Virgen Santísima: y la profesion de fé de los Apóstoles, aun antes que el Espíritu Santo los alumbrase; y finalmente y sobre todo, el conocimiento de toda verdad, y con mayor razon de la divinidad del Salvador, de que llenó y embriagó sus almas la venida de ese Espíritu de Verdad.

Debemos responder á estas dificultades.

Dos cosas resultan de los Evangelios: primera, que cuando se escribieron se tenia conocimiento del misterio de la Encarnacion, puesto que los Evangelistas lo refieren ó aluden á él; segunda, que durante la vida de Jesucristo, este Misterio era desconocido hasta de los Apóstoles.

Los testigos de la persona y las maravillas de Jesucristo no podian menos de recibir la impresion de su Divinidad, y especialmente los Apóstoles, testigos privilegiados de su transfiguracion y resurreccion, confidentes de su amor, conquistada de su gracia, heraldos de su gloria, habian debido

penetrarse de ella hasta el punto de exclamar, como Pedro: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo.» Pero esta era una fé de impresion, una fé de hecho á la que faltaba el conocimiento del misterio de la Encarnacion que debia ser su fundamento dogmático.

Seguramente los Judios, aun ignorando el misterio de la Encarnacion, eran culpables por no creer en la Divinidad de Jesucristo en vista de la declaracion solemne que de ella hacia él mismo, fundada en la santidad de su moral y el poder de sus milagros: esta santidad y este poder enteramente celestiales no podian estar al servicio de la mentira y la impiedad; y este argumento racional de nuestra fé bastaba y bastará siempre para convencer la razon y confundir la incredulidad. Pero aun en cotejo de este argumento, el que suministra el conocimiento de la Encarnacion del Verbo tiene un valor explicativo de la Divinidad de Jesucristo que difunde una nueva luz sobre su Persona, mostrándola en su divina filiacion, y como en su transito de bajada á la tierra.

Para ejercitar la fé de los Judios, que, cierto, tenian bastante con la vida inmediata de su persona y de sus obras para creer en su Divinidad, no permitió Dios que esta se mostrase al punto en todo aquel esplendor con que la hubiera alumbrado la revelacion del misterio de su Encarnacion. Quiso pasar por hijo de José, llevado del mismo sentimiento que, despues de su gloriosa transfiguracion le hacia decir á sus discipulos: «Guardaos de hablar á nadie de lo que acabais de ver, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado (1)» Habia en ello, por parte de Jesucristo, todo un plan de oscuridad, á que se conformó

(1) Math., XVII, 9.

admirablemente la Virgen Santísima.

Mas para los siglos futuros, privados de la vista inmediata de su persona debía evitarse, la prueba de tener además que ignorar como los Judios el suceso de la Encarnacion, y creer que Jesús, hijo ordinario de José y Maria, es sin embargo el Verbo eterno; y en la dispensacion sucesiva de las luces y las sombras de nuestra fé, se ha proporcionado al mundo privado de la vista del Verbo en persona, el vivo y puro conocimiento de la Encarnacion del Verbo en el inmaculado seno de la Virgen Santísima. Esto ha comprendido la Iglesia admirablemente, imprimiendo tres veces por dia en los labios y el corazon de los fieles, y difundiendo en cierto modo por los aires otras tantas veces por el toque de sus campanas, la buena nueva de la Anunciacion, de la Encarnacion, en que consiste y se halla sustancialmente junto el Cristianismo.

No debe pues confundirse la fé de los fieles contemporáneos de Jesucristo, y la fé de los que vinieron despues. Ambas tuvieron el mismo objeto, su Divinidad; pero la primera era una fé implícita y virtual, la segunda una fé explícita y doctrinal. Los apóstoles tuvieron una y otra fé; pero durante la vida de Jesucristo solo tuvieron la primera. No sabian el *como* de la Divinidad de Jesucristo que profesaban bajo la impresion de la misma Divinidad.

Mas adelante lo superior y nos lo enseñaron, como lo vemos en los Evangelios, redactados en el curso y al fin de su apostolado. Allí es revelado y puesto como la base del conocimiento de Jesucristo, el misterio de la Encarnacion del Verbo, tal como fué anunciado por el Angel y se cumplió en Maria. De otros muchos pasajes de los Evangelios y las Epistolas, resulta igualmente la

doctrina del Hijo de Dios hecho hombre; y San Juan, en el principio sublime de su Evangelio, proclama resueltamente la generacion eterna del Verbo y su Encarnacion. Pero todos estos pasajes se esclarecen á nuestros ojos con el mas fundamental y explícito de todos los de este orden, que es el relato de la Anunciacion, de que solo son comentario, y sin el cual vienen á ser enigmáticos. Por eso la Iglesia en la oracion conmemorativa de este fundamento de nuestra fé, enlaza con el *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* de Maria, el *Et Verbum caro factum est* de San Juan, cual si este formase un solo cuerpo de narracion con aquel gran dicho de la Virgen Santísima.

Ahora bien, de este gran suceso de la Encarnacion, de este misterio fundamental á que viene á referirse toda la doctrina de los Apóstoles, quiso Dios que solo hubiera un testigo; de sus mas característicos pormenores, un solo asegurador; y este único testigo, este único garante de nuestra fe, es la Virgen Maria.

El hecho es incontestable. Maria estaba sola con el Angel cuando le fue anunciado el gran misterio. Solo de ella pudieron saberlo los Apóstoles y transmitirnoslo; y si San Juan, observa San Ambrosio, habló mas claramente y de un modo mas sublime que los demás, de los misterios del Verbo encarnado, fué porque estuvo mas en relacion con la que es como el mismo templo en que se habian cumplido estos misterios celestiales: *Mirum non est præ ceteris Joannem locutum esse misteria divina, cui præsto erat aula coelestium Sacramentorum* (1).

Para realzar en Maria este gran papel de testigo del misterio fundamental de nuestra fe, quiso Dios

(1) Libro de Inst. V. cap. 7.

que fuese su fiel y muda depositaria por todo el tiempo que vivió su Hijo; que guardase por espacio de tantos años su secreto con inviolable discrecion. »Dios, dice el mismo Calvino, quiso que el tesoro de tan alto misterio estuviese confiado á la Virgen, y como sepultado en su corazon, para que poco despues, en tiempo oportuno, fueracomunicado á los demas fieles (1). » De manera que todos los fieles deben á Maria el conocimiento del misterio de Jesucristo. Asi como fué ella quien, de acuerdo con Dios, lo tuvo secreto, asi fué ella quien lo publicó.

Para juzgar bien de la grandeza y valor de este testimonio de Maria, es util considerar por un momento esa discrecion admirable que lo tuvo sellado en sus labios por tanto tiempo, y en circunstancias tan meritorias.

En castigo de la incredulidad de Zacarias, y para que no revelase antes de tiempo el anuncio que se le habia hecho de la concepcion milagrosa del Precursor, el Angel le hizo mudo, y aun esta privacion del habla no le impidió dar á entender al pueblo con señas, que habia tenido una vision.

Para Maria esta precaucion era inútil. El Angel ni aun la recomienda el secreto. El Verbo cuya gracia la inspiraba, la humildad, la fe, la fidelidad, la paciencia, la circunspeccion, todas las virtudes que guardaban su alma, no dejaron nunca salir de ella ni aun transpirar el glorioso depósito, antes de la tan lejana hora en que Dios quiso lo entregase al mundo.

Acaba de ver á un Angel, de oirse saludar por él bendita entre las mujeres, de saber el gran secreto de Dios, el cumplimiento de todas sus promesas, la realizacion de todas las antiguas esperanzas de Israel, la salvacion del universo; se la

(1) Calvino, Coment. sobre la armon. de los Evang. p. 43.

anuncia que en ella debe cumplirse esta gran maravilla, y se realiza al punto por el mayor y mas glorioso de los prodigios: sin dejar de ser virgen, es madre, y Madre de Dios; santuario del Espiritu Santo, esposa del Altísimo, tabernáculo vivo del tres veces Santo: y su boca de ello dice, y su fisonomia ni aun revela con la mas ligera emocion este misterio de que están pendientes los destinos del mundo y que lleva en sí. Se ocupa, despues como antes, en los mas vulgares menesteres de su condicion; sus compañeras no la encuentran menos humilde su esposo José menos sumisa, todo el mundo menos tranquila, menos sencilla y ordinaria. Ese Dios tan escondido ahora en su seno será revelado algun dia al universo: el Cielo los Angeles. los astros publicarán su nacimiento y su gloria, los Justos y los Profetas lo recibirán en su templo; los Apóstoles y las maravillas del cielo y de la tierra serán los heraldos que harán resonar su Obra hasta los confines del universo; y todos los grandes: todos los sabios, todos los reyes, todos los pueblos le darán testimonio y servirán á su grandeza: Maria lo sabe; el Angel se lo ha anunciado; el Espiritu Santo pondrá bien pronto en sus labios la profecia sin romper el silencio; y Maria se calla.. Y se callará aun, y callará mucho tiempo despues que tantas señas habrán hablado y la habrán desobligado, al parecer: hablará la última, y su palabra dando al fin su propio sentido á tantos enigmas, vendrá á ser el fundamento y remate de la fé cristiana. ¡Oh silencio! ¡oh humildad! ¡oh discrecion magnánima, dignas verdaderamente de la Madre de un Dios humillado, y cuanto valor dais al testimonio de Maria!

Dos circunstancias, diametralmente opuestas, de la preñez de Maria dan un realce mas particular

al mérito de su discrecion: la primera, cuando su esposo José, ignorando el misterio de la Encarnacion, concibe sospechas infamantes acerca de ella y quiere repudiarla; la segunda, cuando su prima Isabel se confunde en presencia suya y la proclama Madre de Dios.

En la primera circunstancia, ¿quién no admirará la paciencia heroica de Maria, cuando, siendo Madre del Santo de los santos á quien lleva en sus entrañas, Virgen hasta el punto de haber opuesto el honor de esta virtud al honor de la divina Maternidad, se ve caída del corazon de su casto esposo en el mas profundo abismo del desprecio? Una palabra bastara para sacarla de él; pero esta palabra la elevaria mucho en la opinion de José, revelaria el secreto del cielo, la haria testigo en su propia causa, y por humildad, por discrecion, por confianza en Dios, Maria calla: deja a Dios que envíe mas bien su Angel para revelar á José el misterio de su gloriosa inocencia, y recibe del celestial Mensajero, con tanto mas mérito cuanto lo ignora, la mas justa, la mas noble, la mas santa justificacion.

En la segunda circunstancia, la discrecion de Maria se ve sujeta á la prueba no ya de la ignominia sino de la gloria. Maria va á visitar á su prima Santa Isabel, y en esta entrevista tan intima por la relacion de los dos misterios que han hecho madres á las dos, a la una del Verbo, y á la otra del Precursor, Maria se limita á saludar á Isabel; deja al Espíritu Santo que revele á esta su divina Maternidad, y sin explicarle, ni aun entonces, el suceso, refiere á Dios toda su gloria.

En las dos circunstancias que acabamos de mencionar, al paso que se admira la discrecion de Maria, puede decirse que, mediante la revelacion de su divina Maternidad hecha por el Angel á Jo-

sé, y por el Espíritu Santo á Isabel, ha dejado de ser su único confidente, y por tanto que, divulgado el secreto de este misterio, no es ya á Maria solamente á quien debemos su conocimiento. Para robustecer esta dificultad, pudiera añadirse la proclamacion mas ruidosa que hicieron los Angeles desde las alturas del cielo, cuando el nacimiento del Niño-Dios; y despues de ellos los Pastores, la Estrella; los Magos y Simeon.

Pero de ningun modo. Todas estas circunstancias, todos estos testimonios admirables de la Divinidad *nativa* de Jesucristo, no solo no pueden amenguar nuestra deuda para con Maria, sino que vienen á aumentarla; porque á ella tambien, á ella sola debemos su conocimiento. Isabel, ya anciana, no tardó en morir; los Angeles volaron de nuevo al cielo, los Pastores volvieron á sus soledades, los Magos al Oriente, la Estrella desapareció, Simeon finó en paz, la auréola de gloria que brillaba sobre Belen se extinguió al soplo de la ira de Herodes, y solo quedó ya por espacio de treinta años la oscura casa de un carpintero, de quien Jesús pasaba por hijo y Maria por esposa. Asi, Maria sola, que sobrevive á estos primeros testimonios de la divinidad de su Hijo, sobrevive á José, de quien ya no se trata cuando Jesús entra en su vida pública se nos presenta como el único testigo, no solo de la Encarnacion divina, sino de la Visitacion, la Natividad, la Adoracion de los Magos, la Presentacion al Templo, la Huida á Egipto, la Sabiduria de Jesus entre los doctores, y finalmente de los treinta primeros años de la vida de nuestro Dios en la tierra.

Esto es lo que expresa el mismo Evangelio, con su concision y profundidad ordinarias, cuando al hablar de estos grandes testimonios de Jesus naciente ó niño, dice por tres veces: «Y Maria guardaba todas estas cosas y las repasa



»ba en su corazon;» es decir como observa nuevamente Calvino, *que este tesoro fué confiado á la guarda de su corazon, para que lo comunicase á los demas cuando fuera tiempo* (1) » Y la reflexion del Evangelio tiene tanto mas este significado, cuanto, como observa Grocio, está hecha por S. Lucas, Evangelista mas especial de estos misterios, queriendo designar por ello á Maria como su autoridad: *Quod ideo videtur á Luca expressum, quia ipsam habebat harum narrationum AUCTOREM* (2).

Así, el Corazon de la Virgen Santísima es el primer Evangelio de Jesus. En este corazon virgíneo y maternal leemos, por medio de la narracion de San Lucas y consagrado por toda una vida de silencio, de humildad y discrecion, el gran acaecimiento de la Encarnacion del Hijo de Dios, al cual se refieren como á su punto de suspension todos los demás acontecimientos, todos los otros misterios evangélicos. De aqui esta bella expresion de San Ildefonso que llama á la Virgen Maria: «La Evangelista de Dios bajo cuya direccion fué educado el Verbo Niño.» *Evangelistam Dei sub cujus disciplina Deus infans versatur* (3).

Pero queda aun la dificultad mas especiosa, la principal dificultad.

Despues de la Ascension dei Salvador, cuando los Apóstoles reunidos en el Cenáculo recibieron el Espíritu Santo, fueron instruidos de todo, como se lo habia anunciado su divino Maestro, y como vemos en sus escritos y palabras. Aquel Espíritu de Inteligencia que los inundó de luz tan viva, que los trasformó en doctores de las naciones, y les hi-

(1) CALVINO, *Coment. sobre la armon. de los Evangel.*, pág. 49.

(2) Grocio, *Annot in quatuor Evangelia.*

(3) Serm. de Assumpt.

zo penetrar de golpe todos los mas altos misterios de la fé cristiana de que serán eternos oráculos, ¿les hubiera dejado ignorar el misterio mas capital de todos? ¿Y no es evidente que de esta revelacion celestial y no de la santa Virgen recibieron su conocimiento?

Esta es la dificultad.

Hé aqui la solucion. La conducta general de Dios nos la proporciona y la de los Apóstoles la confirma.

Es caracter constante de la conducta de la Providencia no hacer nunca cosa que sea inútil y superflua, no desechar los medios naturales que hay á la mano y que ella misma ha formado, para sustituirles sin motivo agentes sobrenaturales que usurpen su lugar. Dios se sirve de todo para sus fines. En sus obras la gracia nunca destruye la naturaleza, antes bien la levanta, la enriquece y corona. Así cuando interviene la gracia, la virtud celestial, no hace mas que elevar los elementos naturales, llenar sus vicios, completar sus recursos, consumir su valor. Inútil es explanar mas esta hermosa verdad, pues basta enunciarla; lleva consigo su luz, y el gran carácter de la religion cristiana es el ser su constante realizacion.

Segun esto, el Espíritu Santo, al venir sobre los Apóstoles, les enseñó sin duda muchas cosas, pues que, de pobres pescadores de un lago de la Judea, los trasformó en lumbreras de las naciones; mas por vasta y prodigiosa que fue la ciencia que les infundió, no desdeñó ninguno de los medios naturales que tenian de instruirse; no les dispensó de emplearlos. Fueron sobrenaturalmente adoctrinados en todo aquello que no podian saber por otro medio, y asistidos solamente, ayudados dirigidos en cuanto podian naturalmente conocer, como era el *hecho* de la Encarnacion.

Con efecto, no debe creerse que los Evangelistas hayan sido inspirados en el sentido de que los hechos que nos refieren les hayan sido directamente revelados por el Espíritu Santo. De ningún modo. Como tenían medios naturales de saberlos, la inspiración en esta parte se limitó á asistirles en el empleo de estos medios. Ellos mismos nos lo declaran: »Porque muchos han emprendido escribir la historia de las cosas que han pasado entre nosotros, dice San Lucas, según la relación que nos han hecho los que desde el principio las vieron y fueron ministros de la Palabra, me pareció también á mi, exactamente informado de todas ellas desde su origen, escribirlas por su orden, muy ilustre Teófilo, para que conozcas la verdad de todo lo que se te ha enseñado.»

Como se ve, lejos de que la inspiración tome en el Evangelio el lugar de la *inquisición* de los hechos, desaparece ante el carácter histórico del escritor. Ciertamente, no debe dudarse, como observa Grocio, que Dios dirigió á su Evangelista en esta piadosa indagación de los hechos: *Dubitandum non est quin piam diligentiam Deus direxerit*; pero esta divina asistencia se limitó á favorecer y completar condiciones ordinarias de la certeza humana.

Y había en esto gran sabiduría. Con efecto, la inspiración no hubiere podido hacer fe por sí misma con un mundo que no creía en ella. La incredulidad de aquel tiempo, y de todos los tiempos, necesitaba de pruebas naturales, palpables; que pudieran resistir la crítica, examinarse, discutirse, y que venciendo todos los ataques de la falsa ciencia y la inquietud, desde Juliano hasta Voltaire, desde Celsus hasta Strauss, forzasen primero á creer en su veracidad histórica y luego en su inspiración.

Esta alianza de los elementos naturales y sobrenaturales de la fe del cristianismo, análoga á la de

la humanidad y divinidad de Jesucristo, su autor, había sido por él preordinada en esta declaración que hizo á sus discípulos: »Cuando venga el consolador, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, y que yo os enviaré de parte del Padre, dará testimonio de mí y TAMBIÉN vosotros dareis testimonio, porque desde el principio estais conmigo (1).» Por donde se ve claramente que Jesucristo proporcionó dos géneros de testimonio en el establecimiento del Cristianismo: el testimonio divino de la inspiración, y el testimonio humano de los Apóstoles. Y aun puede decirse que Jesucristo, absteniéndose de obrar él mismo inmediatamente sobre el mundo, y sirviéndose de hombres, y de hombres los más hombres, por decirlo así, cuales eran los Apóstoles, para convertir al universo, quiso más particularmente revestir la divinidad de su obra de un aparato humano, natural é histórico.

Vemos siempre á los Apóstoles fieles á esta economía, invocar, aun en la fuga de su inspiración y sus milagros, este carácter de testigos reales de los hechos de la vida de Jesucristo. San Pedro lo alega siempre, y San Juan, aun después de las maravillas de la predicación apostólica, escribía: »Os anunciamos la palabra de vida que hemos oído, que hemos visto con nuestros ojos y tocado con nuestras manos... Os predicamos, digo, lo que hemos visto... (2)»

Pero donde aparece en toda su luz esta verdad, y la consecuencia que de ella queremos deducir, es en la conducta que observaron los Apóstoles en la elección del sucesor de Judas. Las condiciones de esta elección fueron así propuestas por San Pedro: «Entre todos los que han estado

(1) S. Juan, XV. 26.

(2) Epist., I. cap. 4, v. 4.

»en vuestra compañía, todo el tiempo que vivió entre vosotros el Señor Jesús, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que subió al cielo dejándonos, elijase uno que sea con nosotros testigo de su resurrección (1).»

Es evidente que la inspiración no suplía en los Apóstoles el testimonio *de visu*, el testimonio natural é histórico, el cual es reservado por Jesucristo y practicado por los Apóstoles, en toda la esfera de su dominio. Por eso la circunscriben al tiempo que media desde el bautismo de Juan hasta el día en que Jesús subió al cielo, es decir, á los tres años de la vida pública de Jesucristo, única parte de esta vida que conocieron.

Y ahora ¿quién habrá en la compañía de los Apóstoles, que dé testimonio de los treinta años anteriores de la vida del Salvador, de los misterios proféticos de su infancia, del misterio glorioso de su nacimiento, y en fin y principalmente del grande y fundamental misterio de su concepción divina, de la *Encarnación*? ¿Qué feliz tesoro de esta riqueza vendrá á echarla en la masa apostólica?

Evidentemente, esta es la parte de la Virgen Santísima, de *Maria, Madre de Jesús*, que el historiador sagrado os muestra en el Cenáculo, *unida á los Apóstoles en un mismo espíritu*; mencion tanto mas significativa en este sentido, cuanto ese historiador es San Lucas, el Evangelista de estos misterios, queriendo expresar con ella que de *Maria* habia provenido su testimonio; de *Maria*, que segun él dice en su Evangelio *los habia guardado en su corazón*. San Anselmo no lo duda: «No obstante el descendimiento del Espíritu Santo, dice, muchos grandes misterios fueron revelados

(1) Act. apost., cap. I, v. 21, 22.

»á los Apóstoles por *Maria*. » *Plura tamen incomparabiliter per Mariam revelabantur* (2).

Con efecto, Dios que, segun hemos dicho, utiliza cuanto hay de bueno en los medios humanos; que empleaba, purificándolo, el testimonio grosero de los Apóstoles; que les habia inspirado reemplazaren el testimonio del apóstata eligiendo un testigo del mismo orden, no habria ciertamente omitido el testimonio de la mas santa de las criaturas, la mejor informada y la mas fiel. No hubiera desdeñando darse para testigo á la que se habia dado por Madre.

Antes bien la inducción mas lógica y luminosa nos lleva á considerar el testimonio de *Maria* como una extensión de su divina Maternidad.

En el retrete de Nazareth, la vemos cooperar con el Espíritu Santo á la Encarnación del Hijo de Dios: en el cenáculo de Jerusalem, la vemos cooperar con el mismo Espíritu de verdad, á la manifestación de este gran misterio. En Nazareth, ofrece á Dios su casto seno, y el Espíritu Santo obra en él la Encarnación del Verbo: en Jerusalem suministra á la Iglesia el testimonio de este misterio, y el Espíritu Santo obra su inteligencia en los Apóstoles. En Nazareth, viene sobre ella el Espíritu Santo, y por medio de su consentimiento hácese Madre de nuestro Dios: en Jerusalem viene sobre ella el mismo Espíritu, y mediante su testimonio hácese Madre de nuestra fé. «Vuestra voz, oh *Maria*, dice un piadoso intérprete (la misma voz que, en la *Visitación*, habia llenado á Isabel del Espíritu Santo y del conocimiento de la Maternidad divina) fué la voz del mismo Espíritu que hablaba á los Apóstoles: de manera que todos los misterios que necesitaban de suplemento, de confirmación ó testi-

(2) Lib. de Eucel. Virg.

monio, les fueron aclarados, explanados, confirmados por vuestra santa boca, como fiel intérprete de ese Espíritu de verdad (1).»

Es por tanto indudable que nuestra fé fundada, dice San Pablo, sobre el testimonio de los Apóstoles y Profetas, lo está particularmente sobre el de la Virgen Santísima, á quien la Iglesia saluda tan justamente por su Reina.

Contrariamente á la máxima: *Testis unus, testis nullus*, el Verbo de los verbos es confirmado ante todo el mundo y para siempre por un solo testimonio capital: la Bienaventurada Virgen Maria.

Quitad este único testimonio, y falta no solo un eslabon, sino la principal atadura de la cadena evangélica; no se hace solo una brecha, sino que se quita el cimiento.

Así, lo que es contra naturaleza en el orden físico constituye la economía, y como el equilibrio de nuestra fe: una pirámide descansando sobre su punta. La fe en el gran misterio cristiano, en todo el mundo y todos los siglos, descansa sobre una sola punta de testimonio, sobre una sola voz sobre aquella misma voz cuyo *Fiat* habia determinado este mismo misterio.

Qué posicion sublime, incomparable, no da á Maria este caracter en la economía de nuestra fe, y cuan magníficamente corresponde al de Dios, de donde saca todo su valor!

Los Apóstoles, testigos de los últimos tres años de la vida de Jesus, como ellos nos lo dicen, confesaron no obstante los acontecimientos anteriores que no habian presenciado, como la Natividad y

(1) Vox tua, ó Maria, fuit Apostolis vox Spiritus Sancti, quidquid suplementi opus erat, vel testimonii, ad confirmandos singulorum sensus quos acceperant ab eodem Spiritu, ex religioso ore tuo perceperunt. Rupert. ib. i. in Cant.

la Encarnacion, con la misma firmeza que la Transfiguracion y Resurreccion que habian visto. Y aun de allí sacan la nocion del *Verbo hecho carne*, que circula en toda su doctrina, lo que no podian apoyar sino en el testimonio de Maria. ¿Pero qué es lo que daba tanta fuerza á este testimonio que valia para ellos tanto como lo que habian visto, hasta el punto de venir á ser el fundamento de su doctrina? Nada de cuanto recomendaba su propio testimonio, ni poderes milagrosos, ni dones sobrenaturales, ni la prenda del martirio, como no fuese el martirio intimo del dolor: Maria ha vivido tranquilamente, é iba á morir en paz. ¿Qué es pues lo que constituia el valor de su testimonio? una sola cosa: su santidad preeminente, su dignidad de Madre de Jesus: santidad y dignidad que fueron los únicos garantes de la fé de los Apóstoles en el misterio de la Encarnacion, y por consiguiente de la fé del Universo en el Cristianismo.

Así el Universo cristiano, sépalo él ó no lo sepa, rinde á la eminente santidad y dignidad de Maria un testimonio proporcionado á su fé en el Verbo encarnado, puesto que cree á la Virgen Maria.

## CAPITULO XXII.

### LA ASUNCIÓN.

Hemos llegado al término de la carrera de la Santa Virgen: á la consumación de los misterios de toda su vida, al resultado de sus méritos, al triunfo de la gracia que los produjo, á su Asunción á la gloria que los corona.

Segun la ley que nos hemos impuesto de no alabar á esta Virgen Bienaventurada sino segun el Evangelio, solo mencionaremos, sin apoyarnos en ella, la tradicion apostólica relativa á este gran suceso: tradicion venerable que toda la antigüedad certifica, que la fé del mundo profesa, que la Iglesia proclama, y que habiendo venido hasta nosotros de aclamacion en aclamacion, ha tomado lugar entre las mayores solemnidades de la Religion y de la Patria.

Esta tradicion nos enseña que la Virgen Maria vivió mucho tiempo sobre la tierra, despues de la Ascension de su divino Hijo, unos veintitres años, edificando á la Iglesia de Jerusalem, y acabando, en la vida mas humilde y resignada, de allegar aquel tesoro de méritos cuyo galardón debia recibir. Llegada á la edad de setenta y dos años (1) estalló súbito el rumor de su fin en el silencio de su vida, y reunió, junto á su lecho, á los Apóstoles dispersos ya para la conversion del Universo. Allí se les mostró una vision angélica, y una ce-

(1) San Andres de Creta; Orat. 1 in Dominatione S. S. Deiparæ. Biblioth. Patr., tom, X. pág. 355.

### LA ASUNCIÓN.

495

lestial melodía de estas potestades superiores acompañó al seno de Dios el alma de la Virgen Santísima. Entretanto su cuerpo, aquel cuerpo purísimo, que había recibido, para dárnoslo, al mismo Dios, conducido entre los cánticos de los Angeles y de los Apóstoles, fué depositado en Getsemani. Tres dias despues, como los Apóstoles no hubiesen aun dejado el virginal sepulcro, el Apóstol Tomás, que volvía de mas lejos que los otros y no habia podido asistir á la muerte y á la traslacion del cuerpo de Maria, pidió que se le permitiera contemplar y honrar por última vez aquel Templo de Dios. Abrióse el sepulcro, pero ya no estaba allí el cuerpo: solo se encontraron los lienzos en que habia sido envuelto, de los cuales se exhalaba á lo lejos celestial fragancia. Sobrecogidos de admiracion á vista de aquel misterio, los Apóstoles, asistidos del Espiritu Santo, lo interpretaron de esta manera: Que aquel á quien plugo encarnarse en el immaculado seno de Maria, el Verbo de Dios, el Señor de gloria, que ni aun por su nacimiento habia querido sufrir lesión la original entereza de aquel cuerpo, habíase complacido, despues de su propia Ascension, en trasladarlo, incorruptible é immaculado á la gloria, sin hacerle esperar la comun y universal resurreccion de los escogidos.— Junto con los Apóstoles se hallaban presentes á este gran acontecimiento el primer obispo de Éfeso Timoteo, y Dionisio el Areopágita, quien habla de ello en sus escritos (1).

No discutiremos esta tradicion: primeramente por respeto, y despues porque, segun hemos dicho, nuestra fé en tan glorioso misterio, no tanto se

(1) San Juan Damasceno, Homil. secunda in Dormit. Beat. Mariæ Virginis.—Nicéforo,—Sofronio,—S. Atanasio, etc.—Brev. Rom. XVIII. Augusti.

apoya en ella como en el Evangelio. Sin embargo, no podemos menos de notar esta prueba moral de su perfecta veracidad, á saber, que si hubiera sido una invencion, no se hubiera dejado de representar á los Apóstoles como testigos del mismo milagro de la Asuncion, como lo habian sido del de la Ascension; y que limitándose el relato á inducir la Asuncion del solo hecho de la desaparicion del cuerpo de la Virgen Santisima y de las circunstancias que habian acompañado su muerte y traslacion, el mismo relato imprime, por su propia reserva, á estas circunstancias sobrenaturales y á esta induccion del suceso principal, un sello de veracidad mas convincente que lo hubiera sido el cuadro del mismo acontecimiento.

Dicho esto, volvamos á ceñirnos al Evangelio, y desde allí vamos á ver á la Virgen Santisima conducida y arrebatada al cielo.

La induccion que sacaron los Apóstoles de la desaparicion del cuerpo de la Virgen Santisima, y de las angélicas circunstancias de su muerte, sale con mas fuerza de todos los misterios evangélicos de su vida, y estas son las mayores pruebas de su celestial Asuncion, porque son sus grandes razones.

Hé aquí cómo discurrimos para fundar esta verdad.

Todas las obras de Dios ofrecen una armonia magnífica; su fin corresponde siempre á su principio, su conjunto á sus partes. Este es el gran recurso de las ciencias naturales para penetrar y adivinar los secretos de la creacion, para recomponer y evocar sus obras destruidas. Esta es tambien una de las razones por qué á los hombres del mundo, y generalmente á los hombres de ciencia, se les hace recio creer en milagros. Juzgan que los milagros trastornan el orden establecido por Dios, y turban la armonia general del mundo:

cosa en que tendrian razon, si no omitiesen considerar que esos mismos milagros sirven para establecer una armonia mas alta, puesto que nos dan á conocer una perfeccion sobrenatural, por la cual ha sido creado el mismo mundo. Pero la misma ley, el mismo orden universal que no permite admitir el milagro sino por este orden sobrenatural, exige que, en este orden, tenga todas sus consecuencias y fines: de modo que cuando es hecho, le sigan otros milagros para dar cima á lo comenzado. Los milagros solo por un gran fin pueden derogar al curso natural de las cosas. De donde se sigue que si estas volvieran á su curso natural antes de acabarse la obra milagrosamente comenzada, esta interrupcion del curso natural careceria de razon suficiente, tendríamos fundamentos admirables de un edificio que no tendria coronamiento: habria en ello desorden, y este es imposible en la obra de Dios.

Esta verdad se aplica en el grado mas eminente á la Virgen Santisima. Si despues de una vida como la suya, su muerte hubiese sido como la de los otros hombres, hubiera sido esto un milagro mas asombroso que el de una muerte análoga á su vida. Una vez que se ha entrado en lo sobrenatural de esa vida, no es posible salir de él sino por lo sobrenatural: el cual se hace en cierto modo natural, y aun lo natural llega á ser allí en tal caso un milagro ó mas bien una anomalia, puesto que todo lo repugnaria sin que nada lo justificase.

Una aplicacion mas inmediata de esta verdad va á acrecentar su convencimiento, y hacernos admirar en su resultado, en su enlace y en todas sus bellas armonias, las grandezas y glorias de la Madre Santisima de Dios.

La muerte es el eco de la vida. Todas las glorias de la vida de la Virgen Santisima, todos sus

misterios que hemos contemplado sucesivamente, deben venir á hacer eco á su muerte, unirse ahí en maravilloso concierto, y componer en su celestial Asuncion como el misterio de sus misterios, la gloria de sus glorias, la grandeza de sus grandezas, al modo que el remate de un vasto y religioso edificio, no es mas que la reunion armónica y la concentracion supereminente de todas las líneas y fuerzas que salen de sus fundamentos,

I.—El primero de todos estos misterios, que hemos estudiado, el de su predestinacion, demuestra claramente lo que decimos. Con efecto, ¿como pudiéramos dejar se corrompiese en la tierra, Aquella á quien hemos tomado del cielo? ¿Cómo pudiéramos separar de su divino Hijo que sube de nuevo al cielo á esta Madre que habia sido predestinada al cielo en su compañía, y sin la cual ni aun él hubiera sido predestinado?

Con efecto, recordemos que, segun dejamos probado, Maria no solo es la primera de las criaturas predestinadas como la mas santa y perfecta imagen de su Hijo, lo que solo constituiria un grado de superioridad gerárquica con respecto á los demás escogidos, y no bastara en rigor para eximirla de la ley comun del sepulcro; sino que su predestinacion sale de la condicion comun de todas las demás, forma por si sola una gerarquía y se halla estrechamente ligada con la de su divino Hijo, por un título único entre todas las criaturas terrestres y celestes, el título de *Madre de Dios*,

Jesucristo, deciamos, puede absolutamente concebirse sin los escogidos; mas no puede concebirse sin Maria, dado que es su Hijo, y no existiera sin ella. Sin ella el hombre en él no fuera Dios; de modo que por ella es él predestinado Hijo de Dios. Así su predestinacion exige la de su Madre; la implica en un mismo decreto.

Y ahora, ¿cómo la que se halla asociada á Jesucristo, por esta predestinacion única, estaria de él separada en ese glorioso destino de que fué ella voluntario instrumento y que es efecto de su concurso, para ser confundida en el comun destino de los hombres? La destinacion debe tomar su nivel, si puede así decirlo, con la predestinacion, como salta el agua á la altura de su fuente que va á buscar en medio del aire. Así Maria, tomada de sobre los hombres, los Angeles y todas las virtudes de los cielos por su predestinacion de Madre de Dios, debia subir de nuevo á toda la alteza de esta dignidad, y ser á ella ensalzada por el peso en cierto modo de esta misma dignidad.

Así, el primer misterio del destino de la Santa Virgen guarda correspondencia con el último; su predestinacion está llamando su Asuncion que la responde como un eco.

II.—No la llama menos el segundo misterio de este maravilloso destino, el de su Inmaculada Concepcion.

Hay una relacion natural entre la entrada y la salida de esta vida, entre la concepcion y la muerte: tanto que puede decirse son una misma cosa en sus dos términos: el uno por donde penetra, el otro por donde termina; y esta cosa es nuestra mortalidad. La muerte que la consume tiene su principio en la concepcion que la produce. Junto con la vida recibimos el gérmen y como el veneno de la muerte, y *de él morimos*, conforme á la sentencia primera: *Morte morieris* (1)

Y este gérmen de la muerte se halla en nuestra concepcion, por cuanto el pecado, que es tambien una muerte, lo depositó allí en los primeros autores de nuestra raza, en quien estabamos todos con-

(1) Genesis II, v. 17.

tenidos. La muerte fué el efecto concomitante del pecado: *En el mismo tiempo que de él comieres, morirás de muerte* (1). Por esto dice San Pablo: «El pecado entró en el mundo por un solo hombre, y »*la muerte por el pecado*, y así la muerte pasó á »*todos los hombres, por aquel en quien todos pecaron* (2).»

Así la muerte que termina la vida es hija del pecado de origen, en donde la adquirimos. De aquí nace esta bella oracion de la Escritura: *Dominus custodiat introitum tuum et exitum tuum* (3)! Pide á Dios para el hombre que guarde su entrada en el mundo y su salida del mundo, porque estos son los pasos mas peligrosos; el uno á la entrada y el otro á la salida: dos lazos que nos están tendidos y que no podemos evitar. A nuestra entrada en el mundo, el pecado original nos espera; á nuestra salida del mundo, nos aguarda la muerte. El pecado hace parecer nuestras almas, y la muerte nuestros cuerpos, y estas dos muertes del alma y del cuerpo están entre si enlazadas por una relacion de origen. Esta es la infortunada suerte de los hijos de Adan.

La gracia de nuestro divino Salvador Jesucristo vino á oír la oracion del Rey-Profeta, y nos libra de estos dos lazos á nuestra entrada y nuestra salida: del pecado de origen por el reconocimiento espiritual, y de la muerte por la resurreccion. Solo si que deja subsistir sus consecuencias temporales; la concupiscencia para el alma durante la vida, y la corrupcion para el cuerpo durante el tiempo, hasta el dia de la eternidad, en que nuestro Redentor, reuniéndoselos para siempre en su gloria, nos elevará, como él mismo se elevó, al trono de su felicidad.

(1) Ibid.

(2) Ad Rom. V-12,

(3) Salmo CXX, 8.

Ahora, el destino de la Virgen Santísima ¿no debía ser en esto diferente del de todos los escogidos? Esta cuestion ni aun puede católicamente proponerse, porque el dogma de la Inmaculada Concepcion la tiene ya resuelta. Maria, preservada del pecado original, que es la muerte del alma, debió ser preservada de la corrupcion, que es la muerte del cuerpo, por la misma ley que á esta nos somete. Con efecto, siendo esta ley la del pecado, de que ella estuvo exenta, hubiera sido necesaria otra ley enteramente particular para sujetarla á esa corrupcion que de él procede: hubiera sido necesario un milagro de disfávor en contra suya, en la condicion de gracia original en que fué concebida. Dios no la hubiera elevado por esta Concepcion angélica sino para precipitarla de mas alto en la corrupcion. Suposicion semejante es una blasfemia.

Cierto es que pasó por la muerte; mas no permaneció en ella. Pasó por la muerte, no por la corrupcion: pasó porque pasó su Hijo, y del modo que su Hijo pasó; solo que en él fué esto por su propia virtud, y en ella por su gracia; la misma gracia que previno en ella la corrupcion, como habia prevenido el pecado.

La muerte fué en la Virgen Santísima un *hecho*, no un *efecto*. La muerte, como efecto del pecado, lleva consigo la corrupcion de la carne, de esta *carne de pecado*, de este *cuerpo de muerte*, como lo llama San Pablo, que es en nosotros un foco de pestilencia y de malos deseos, y que, en tal estado, no merece estar reunido á un alma bienaventurada, sino que, al modo de un viejo edificio insalubre, al que se deja desmoronarse para alzarlo de nuevo conforme á un órden mas bello de arquitectura, debe ser hecho nuevamente segun el plan primero de su creacion. Por eso fué con-



denado á esa *corrupcion* de la muerte el culpable autor de nuestra raza: «Porque has comido del fruto del árbol que yo te habia prohibido comer, »volverás á la tierra de donde has sido sacado: »Porque eres polvo, y en polvo te volverás (1).» Esto es propiamente lo que causa el horror y la humillacion de la muerte, que sufrimos como hijos de Adan, y á consecuencia de su rebelion, cuyos movimientos sentimos en nuestra carne. Mas, por otra parte, Adan, cuando inocente, no era esencialmente inmortal; como lo serán los justos en la gloria; era solo *preservada* de la muerte por el fruto de su vida: *Habebat posse non mori*, como dice San Agustin. De donde se sigue que la muerte se nos presenta con dos caracteres: como condicion natural y como efecto del pecado. Como en este último concepto lleva consigo esa corrupcion de un cuerpo rebelde, Maria fué preservada de ella por su pureza sin mancha: como condicion de la naturaleza primera, la pagó tributo. Tributo pasajero para satisfacer la deuda de la naturaleza y no del pecado, con la mira de glorificar á Dios, participar en todo de la suerte de su Hijo, y testificar que era ciertamente nuestra humanidad la que le habia ella transmitido, de la que habia él vivido, y en la que habia muerto, como ella tambien moria.

Al morir de ese modo, la Santísima Virgen no tanto murió cuanto dejó su mortalidad en el sepulcro, para vestirse allí de gloria. Fué concebida á la gloria por medio de la muerte, como habia sido concebida á la gracia bajo la espinosa cubierta del pecado sin recibir su picadura, fué del mismo modo concebida á la gloria bajo la cubierta de la muerte, sin recibir su corrupcion.

Tal es la bella relacion que media entre el misterio

(1) Genes. III, 29.

de la Concepcion Inmaculada y el de la gloriosa Asuncion de Maria. Esta relacion es eminentemente filosófica, entendiendo por este nombre el caracter de una sabiduria cuyo estudio arrebatara deliciosamente el alma. No es menos evangélica, pues que tiene su raiz en la virginal pureza de la *Madre del Verbo encarnado Nuestro Señor Jesucristo*.

III.—¿Qué diremos ahora del misterio central de la Encarnacion, con respeto al mismo misterio de la Asuncion? De allí señaladamente como de las entrañas del Evangelio, salta la razon de este misterio glorioso.

»Hay, decia Bossuet, una trabazon admirable entre los misterios del Cristianismo; y el de la Asuncion de Maria tiene un enlace particular con la »Encarnacion del Verbo eterno. Porque si la divina Maria recibió en otro tiempo al Salvador Jesús, justo es que el Salvador recibe tambien á la »bienaventurada Maria; y no habiendo desdeñado »el bajar á ella, debia luego levantarla á si, para »hacerla entrar en su gloria. No hay pues que »maravillarse si la Bienaventurada Maria resucita »con tanto brillo, ni de que triunfe con tanta pompa. Jesús, á quien dió la vida esta Virgen, se la »vuelve hoy por agradecimiento: y como es propio »de un Dios mostrarse siempre el mas magnifico, »aunque solo haya recibido una vida mortal, es »digno de su grandeza darle en retorno una gloriosa. Así estos dos misterios están ligados entre »sí, y para que sea mayor lo relacion que los unos »intervienen en uno y otro los Angeles, y se alegran hoy, con Maria, de ver tan bello resultado »del misterio que anunciaron (1).»

Se concibe todo el provecho que de tan bellas armonías puede sacar la poesia oratoria. Parecen co-

(1) Sermon primero para la fiesta da la Asuncion.

mo un juego segun son fáciles y consonantes en sus acordes: pero este es el gran carácter de su verdad. Esta armonia se muestra en todas las cosas en obras de Dios, y se revela asi al sabio y al filósofo, como al teólogo, asi en el orden intelectual y moral como en el físico, asi en el de la gracia como en el de naturaleza, y aun mas en el de la gracia, porque cuanto mas se eleva, mas se acerca á Dios, y mas se acerca á la fuente de toda armonia.

La que forman entre sí estas dos misteries de la Encarnacion y la Asuncion tiene toda la belleza de un concierto celestial y todo el rigor de una demostracion.

Si el Hijo del Hombre, al enviar á los escogidos de su reino, ha de decirles: *Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estuve desnudo y me vestisteis; preso, y me visitasteis; porque cuantas veces hicisteis estas cosas con el mas pequeño de mis hermanos, otras tantas conmigo lo hicisteis,* ¿con que ansia no debió salir al encuentro de esta criatura bendita entre todas, que le recibió en persona, que le dió hasta la vida, que le formó de su sangre, vistió de su carne, alimentó de su sustancia, crió para la salvacion del mundo, y para esa gloria celestial de que goza su humanidad, y que en este sentido se la debe?

«Venid, le hace decir un piadoso discípulo de San Bernardo, venid, oh mi muy amada! Como ninguno me dió mas que Vos en mi humildad, á ninguno quiero dar tanto como á Vos en mi gloria. Me comunicaste en mi Encarnacion lo que era de la naturaleza del hombre: y quiero comunicaros en vuestra Asuncion lo que es de la grandeza de Dios (1). Encerraste al Dios-Niño

(1) Veni, electa mea! Nullus mihi plus ministravit in hu-

»en vuestro seno: recibireis al Dios inmenso en su gloria. Habeis sido la posada del Dios peregrino: Vos sereis el palacio del Dios reinante. Habeis sido el palacio del Dios militante: sereis el carro de triunfo del Dios vencedor. Habeis sido el lecho del Espeso encarnado.» ¡Oh admirable reciprocidad de recibimiento! Asi es como un Dios vuelve la hospitalidad: asi paga el amor su deuda.

Siendo este recibimiento de Maria, por su divino Hijo en el cielo, proporcionado al que ella le hizo en la tierra, debe adelantarse al de todos los escogidos. Como ella fué la primera que le recibió y de un modo inefable, antes que otro alguno, en la Encarnacion; antes que ningun otro, y de inefable manera, debió ser por él recibida en su Asuncion. Ella no solo lo recibió, sino que lo atrajo, lo atrajo por medio de la humildad, la fé, la pureza, la caridad de su alma: por esto debió ser alla atraida, como ella le atrajo, por un misterio especialísimo de gracia y gloria; y debió ser atraida, elevada, asi en su cuerpo como en su alma, por cuanto ella le atrajo asi por su alma como por su cuerpo. Debió llevar al cielo la señal sensible de su Maternidad, que es el título de su bienaventuranza, aquel cuerpo por cuyo medio concibirá su Dios por el mayor de los prodigios. Debió llevar á la gloria aquel seno que le llevó á él mismo en su humillacion, que le lactó en su infancia, para ser honrada y festejada por los bienaventurados en su prerogativa de *Madre de Dios*, como Jesus quiso serlo en su título de Hijo del hombre, subió Jesucristo al cielo su cuerpo. Por la misma razon debió elevar á su lado aquel cuerpo de Maria que suminis-

militate mea, nulli abundantius solo ministrare in gloria mea. Communicasti mihi quod homo sum, communicabo tibi quod Deus sum. El Abad GUARRIDO, *Serm. 2 de Assumpt, 3 Virg.*

tró la materia del suyo, para testificar esta cualidad de Hijo en que quiso recibir las adoraciones en lo mas alto de los cielos, como las habia recibido en la tierra.

Estas bellas inducciones son tanto mas rigurosas cuanto la Encarnacion obró entre el Hijo y la Madre una comunicacion y una como penetracion de propiedades físicas y morales que no permite admitir, sin ofensa de Jesucristo, que Maria fué presa del sepulcro.

Con efecto, segun hemos visto muchas veces, Maria fué hecha por el mismo Verbo para que le produjera en su humanidad. El mismo Dios hizo á su Madre con su propia mano, y la hizo como quiso el ser hecho por ella. La dotó de todas las propiedades que debia él tomar de allí en su concepcion y nacimiento. Preparó su humanidad física y moral en la misma humanidad de Maria, de suerte que Maria es como un *Jesucristo comenzado*, segun el dicho de Bossuet: es ese *Tabernáculo que no es de nuestra creacion: esa Arca santa, hecha y adornada por su huésped, como el templo y santuario de donde debia salir y venir á nosotros llena de gracia y de verdad* (1). Por eso, como él debia estar *lleno de gracia*, ella fué *llena de gracia* (2); como el debia ser el *fruto bendito* de su vientre (3), fué ella *bendecida* para llevarle (4); como debia él ser la flor, ella fué el tallo (5). De manera que puede decirse que toda la humanidad del Verbo estaba implicada en germen, en Maria, de donde salió, como la flor de su virginidad.

Por eso, mirad con qué respeto, con qué piadoso esmero, si puedo hablar así, preservó esta vir-

(1) Juan, I, 14.—(2) Luc, I, 28.—(3) Luc., I, 42.—  
(4) *Ibid.*—(5) Isaías II, 1.

ginidad de toda mengua en su concepcion y su parto: y aun debe decirse que la aumentó, que elevó á Maria á una union mas estrecha aun con su Santidad saliendo de ella, haciendose su Hijo, cumpliendo y consumando los misterios de salud por los cuales quiso serlo.

Despues de esto, ¿cómo es posible concebir que este mismo seno virginal, prevenido con tanta pureza, adornado con tantas gracias, colmado de tantas bendiciones, enriquecido de tanta santidad bien así como sustancia y forma del mismo Jesucristo, fuera entregado á la corrupcion del sepulcro, á esa horrible descomposicion que nos hace retroceder de espanto, á esa *no sé que cosa, que no tiene nombre en ninguna lengua?* ¿Cómo admitir que ese mismo poder y amor, que conservaron su casta integridad antes del parto, en el parto y despues del parto, la olvidasen, ó mas bien se olvidasen hasta el punto de dejarla participar del oprobio de nuestra naturaleza y la miseria de nuestra condicion en el sepulcro? Lejos de atreverme á decirlo, me horrorizo de pensarlo, dice San Agustin: *Sentire non valeo, dicere pertimesco*. Si el Hijo de Dios, añade, tuvo poder para conservar virgen el cuerpo de Maria en su parto, túvolo igualmente para conservarla incorruptible en su sepulcro. Si pudo, lo quiso; si lo quiso, lo hizo.

Además; si es verdad, segun arriba dijimos, que Maria, para ser digna Madre de Jesucristo. fué como un *Jesucristo comenzado* antes de la venida de Jesucristo, es verdad tambien que fué, despues de su Ascension, como un *resto de Jesucristo*; como el crepúsculo de este sol de justicia, formado de los mismos rayos. Y en efecto: habiendo sido la carne de Jesús sacada de la de Maria, la carne de Maria es la carne de Jesús. *Caro Jesu, caro Mariae*: y tanto mas la carne de Jesús, cuanto ella se la

trasmitió. virgen y él la guardó incorruptible. De donde debe inferirse que Jesucristo debía á su propia carne el cousevarla incorruptible en su madre.

Y como toda la confianza cristiana estriba sobre la fe en el *Verbe encarnado*, el hijo de Dios debía tambien á esta confianza el manifestar que la carne que él se habia llevado á la gloria no era una parte diferente de su todo, de manera que, mientras una parte de esa carne hubiera estado en el cielo, la otra hubiera sido pábulo de la corrupcion en la tierra.

Finalmente, San Bernardo sacando una consecuencia noble y atrevida de este principio que hemos sentado, de la comunicacion de las propiedades entre Jesus y Maria, ha dicho resueitamente que la incorruptibilidad del cuerpo de Jesucristo, en su sepulcro, provenia de una virtud incorruptible que habia sacado del de su Madre: *Non poterat Sanctum videre corruptionem, quia de incorrupti uteri virore ortum est* (1). Privilegio que como todos los demas privilegios de pureza, bendicion y gracia, en Maria, provenia ciertamente en Jesucristo en cuanto Dios, para que los recibiese de ella en cuanto hombre; pero de los cuales estaba, por eso mismo, abastada, como está provisto el tallo de todas las propiedades que debe transmitir á la flor.

El Profeta, al anunciar la resurreccion de Jesucristo vencedor de la muerte, le dirige estas grandiosas palabras: *Surge, Domine, in requiem tuam.* «Levántate, Señor, á tu reposo.» Luego añade: *Tu et Arca sanctificationis tuæ* (2). «Levántate, tú y el Arca de tu santificacion.» ¿Qué arca es esa, sino aquella Virgen Santísima que encerró el Ma-

(1) Serm. 35. in Cantic.

(2) Salmo CXXXI, 8.

ná del cielo y las Tablas de la ley de Dios, en la persona de su Hijo único, cuando lo llevó en su casto seno? Siendo el Maná y las Tablas de la Ley figura de Jesucristo, el Arca del Antiguo Testamento que las contenia, no podia menos de figurar á Maria. Por eso habia Dios mandado expresamente que la fabricasen de madera incorruptible, en figura de la incorruptibilidad del cuerpo de la Santísima Virgen. Por esto, exenta de corrupcion es llevada á la gloria por medio de una Asuncion que no es sino el complemento de la Ascension de su divino Hijo, como lo significa admirablemente el número singular del verbo con que expresa el Profeta este doblado misterio, *Surge.* «Levántos, Señor, á vuestro reposo, Vos y el Arca de vuestra santificacion!» Como si el Señor no se hubiera levantado por entero si no hubiese elevado tras sí á su Santa Madre.

Tal es el bello enlace, tales son las ricas armonias de los misterios de la Encarnacion y la Asuncion, que presentan á este último como la consecuencia tal filosófica como evangélica del primero, segun hemos visto lo era de los misterios anteriores, la Concepcion y Predestinacion de Maria.

IV.—Lo es igualmente del misterio de la Redencion. Ya hemos indicado esta relacion en el capítulo precedente. Bástenos decir que siendo la gloria de la Ascension de Jesucristo el fruto de sus padecimientos, debe mediar la misma relacion entre la Ascension y la Asuncion que entre la Pasion de Jesús y la Compasion de Maria.

La relacion directa entre la Ascension y la Pasion del Salvador resulta de toda la Santa Escritura; pero fué mas directamente promulgada por estas palabras que él mismo, despues de resucitado, dijo á los discípulos de Emmaus; que se escandalizaban de sus penas: «¡Oh necios y tardos

»de corazon en creer cuanto han dicho los Profetas! ¿Por ventura no convenia que Cristo padeciese y entrara asi en su gloria (1)?»

Por otra parte, la relacion inmediata entre la Pasion del Hijo y la Compasion de la Madre fué tambien promulgada en el Evangelio del modo mas enérgico, por esta profecia del anciano Simeon al hablar del Hijo á la Madre: «Este ha sido puesto para ser blanco de la contradiccion hasta el punto de que (2) la misma espada que atravesará su alma traspasará la vuestra.» *Et tuum ipsius animam pertransibit gladius.* Como si el alma del Hijo y de la Madre estuvieran de tal modo unidas y *conglutinadas*, como dice la Escritura del alma de David y la de Jonathás, que el dolor de la Madre fuera la expresion mas alta de el del Hijo, y la espada que atestigua esta dolorosa union deberia fijarla y consumarla. Union maravillosa que ninguna lengua puede encarecer dignamente, y cuya justificacion se nos muestra en este otro dicho en el Evangelio: *Stabat autem INX-TA CRUCEM Jesu Mater ejus!*

Hemos sondeado en parte la profundidad de ese Océano de la Compasion de Maria, y hemos reconocido cuanto tenia ella de simpático á la Pasion del Hombre Dios, hasta el punto de que esta misma Pasion debió aumentarse con ella, y Jesús padeció, segun habia sido predicho, en el alma de Maria, tanto como ella padecia en el cuerpo de Jesús.

¡Sublime penetracion de penas, que nos da la medida de la penetracion de gloria que produjo! Porque si el Hijo entró en su gloria por medio de estos padecimientos, ¿cómo la Madre tan asociada

(1) Luc , XXIII. 25, 26.

(2) Traduccion de Grcio.

á estos no hubiera sido participe de aquella? ¿Cómo habiendo estado tan valerosamente en el combate, no hubiera estado en el triunfo? No lo dudemos: como Maria estaba en pié junto á la cruz en el Calvario, está sentada junto al trono en el cielo, tanto mas cuanto formando la gloria y el triunfo de Cristo esa misma Cruz, instrumento de su suplicio, el triunfar con Jesucristo no es para Maria en cierto modo sino el haber padecido con él: siempre junto á su cruz, asi en el cielo como en la tierra.

Asi, la dolorosa Compasion de Maria entra en su gloriosa Asuncion, como los demás misterios evangélicos de su vida.

V.—No es solo la mutua relacion de los misterios de la Virgen Santísima, lo que produce esta conclusion; es tambien y principalmente la relacion de estos mismos misterios con los de Jesucristo. Esta idea es de una verdad vigorosa, y tan evangélica que basta anunciarla para persuadirla.

No hay un solo misterio de Jesucristo que no tenga su acompañamiento y como su eco en un misterio correspondiente de la Virgen Santísima; y es tan constante este paralelismo de los misterios del Hijo y los de la Madre, que es imposible no ver en ello una ley. Asi el primero de aquellos, el de la Predestinacion de Jesucristo, implica necesariamente el de la Predestinacion de Maria, puesto que no es Predestinado sino en cuanto hombre, y por tanto, como Hijo de Maria.—El segundo misterio de Jesucristo, el de su Preconizacion profética, no se presenta á nosotros sin asociar á Maria á la misma grandeza: la Mujer, la Virgen, es mostrada siempre por los Profetas al mismo tiempo que su Semilla, que el Hijo, cuyo propio nombre de *Flor*, de *Gérmén*, de *Hijo*, que le dan siempre las Santas Escrituras, llama nece-

sariamente al de *Tullo*, de *Mujer*, de *Madre* que le es correlativo: Maria puede decir como Jesucristo: *De mi escribió Moisés: A la cabeza del Libro se trata de mi* (1).—El misterio, el gran misterio del Advenimiento de Jesucristo, de la Encarnacion del Verbo, no forma sino uno con el de la Anunciacion, de la Maternidad divina: el mismo misterio que produce un HOMBRE-DIOS hace una MADRE DE DIOS.—El misterio de la Visita de Jesucristo á su Precursor, y de la santificacion que le lleva, va á la par con el de la Visitacion de Maria á Isabel; y el Espíritu Santo, por boca de esta, no bendice al *Fruto* sin bendecir al *Seno* de Maria.—El misterio de la Natividad presenta al *Niño con Maria su Madre*, reflejando en ella el brillo de su Divinidad, y de la gloria que los Angeles, los Pastores, y los Reyes le rinden.—El misterio de la Presentacion se enlaza con el de la Purificacion, y la asociacion de la Madre al Hijo en el gran destino de ser *blanco de la contradiccion para que se revelen los pensamientos de los corazones*, llega, en la profecia del anciano Simeon, hasta atravesar el alma de la Madre con la misma espada de dolor que penetrará en la del Hijo.—La huida á Egipto y la vuelta á Nazareth nos muestran al *Niño* y á la *Madre* estrechamente unidos en el peligro y la salvacion, y confiados, como un solo depósito, á la guarda y fidelidad de José.—La manifestacion de la sabiduria del Niño-Dios en el Templo, en los Doctores, no puede separarse de la manifestacion de su prolongada sumision á Maria por espacio de veinte años, y de la fidelidad con que esta *Madre guardaba todas aquellas cosas en su corazon*.—El principio de Jesucristo en la carrera de sus prodigios y

(1) Salmo XXXIX, 8; Ad Heb., X, 7.

la manifestacion de su gloria por el milagro de *Caná*, hace brillar el glorioso misterio de la poderosa intercesion de Maria que la alcanza de su divino Hijo, hasta el punto de hacerle adelantar la hora de aquella gloria.—Finalmente, cuando esa hora ha llegado, la grande hora de su Pasion y muerte que debe ser la de nuestra Redencion y su triunfo, el Salvador del mundo quiere que su Madre esté á su lado, que participe de sus padecimientos libertadores, de ese cáliz de amargura y de muerte que debe apurar el de la cólera celeste: quiere que su Compasion responda á su Pasion, y que recíprocamente se redoblen para concurrir al mismo fin: el de engendrarlos á la vida de Dios; hasta el punto de constituir á Maria *nuestra Madre*, por el mismo misterio que hace á Dios *nuestro Padre*.

Es visto pues, que todos los misterios de Jesus van acompañados de un misterio correspondiente de Maria. Son como dos voces, dos instrumentos desiguales en tono, pero que suenan siempre perfectamente acordes. Maria es como la nube en que el Sol, reflejando sus rayos, se representa á sí mismo en una claridad brillante que forma otro sol á su rededor, por ese fenómeno luminoso que llaman *Perelio*. De este modo, en rededor de cada misterio, de cada grandeza y cada gloria de Jesucristo, hay un misterio luminoso, una grandeza y una gloria correspondiente en Maria. Esto es un hecho, y un hecho tan constante, que supone una economia, una ley.

Esto supuesto, ¿cómo fuera posible que el misterio de la *Ascension* fuese el único misterio de Jesucristo que no tuviese su *Perelio* en un misterio proporcionado en Maria? ¿Cómo dos destinos tan admirablemente entrelazados desde su origen y en todo su curso, se separarian en su término? Anomalia fuera esta tanto mas chocante cuanto en vis-

ta del término estuvieron tan íntimamente unidos en su predestinacion y su curso.

Asi la Asuncion de la Virgen Santísima viene, con la Ascension de Jesucristo, á completar admirablemente el maravilloso *duo* de sus destinos, tanto como sale, se levanta, segun hemos visto, de todos los misterios de la Santa Virgen separadamente considerados.

VI.—El ministro general de esta vida angélica, quiero decir, esa plenitud de gracias y virtudes que la componen, debió por otra parte venir á parar y afluir á la gloria como un rio á su Océano.

Hay aun aqui para nosotros una riqueza de verdad que tienta nuestra exploracion y que no podemos omitir en este coro general de las glorias de la Virgen Santísima,

La gloria responde á la gracia. La gracia es una gloria comenzada, y la gloria es una gracia consumada. Síguese de aqui que si una existencia se hallase tan penetrada y revestida de gracia que no respirase en cierto modo fuera de este divino elemento, seria transfigurada su gloria sin pasar por la corrupcion. Pero aun cuando solo tuviera el pecado original, que contra todo hijo de Adan, cualquiera que haya sido su renacimiento y santidad posterior, eso basta para sujetarla á esta ley de la muerte que es su fruto, como la vida lo es de la gracia.

Maria, concebida en gracia, fué, por lo mismo, preconcebida en gracia, en este sentido, que salvo el tránsito de la vida humana, estaba desde entonces predestinada á una gloria inmediata, y que este mismo tránsito no fué sino un ardor, un progreso, una asuncion, por decirlo asi, de gracia y de virtud por donde fué elevada hasta el cielo.

Para medir esta asuncion maravillosa, de que la última Asuncion de Maria solo fué lo que es el

quite de las cimbras y andamios de un edificio cuya techumbre está acabada, debemos considerar que la primera de las gracias santificantes que recibió Maria, ó mas bien que recibió á Maria, que la previno á su llegada á este mundo, por mucho que distase en plenitud de las que no cesó de adquirir despues hasta su muerte, aventajaba ya sin embargo incomparablemente al colmo de la gracia en todos los demás Santos, en los Angeles y las mas altas Virtudes de los cielos. No es esto una vana imaginacion; para mostrar su exactitud, basta decir que siendo este primer grado de la gracia en Maria relativo á su vocacion, era ya proporcionado á su augusta dignidad de Madre de Dios, y por tanto, que como no hay proporcion alguna entre la dignidad de Madre de Dios y toda la grandeza junta de los Angeles y los Santos, siendo esta dignidad no solo superior, sino de otro orden, tampoco hay proporcion entre este primer grado de gracia y gloria en Maria y el colmo de la gracia y gloria en todos los escogidos.

Tal es el punto en que comienza la Asuncion de Maria.

Aun cuando no hubiera recibido mas gracia que esta primera sobrepusiera ya á toda la creacion; y como de tal modo estuvo poseida de esta virtud de Madre de Dios, que obró siempre como tal, hubiera pasado á la gloria, en el mismo grado, por la transfiguracion en cierto modo natural de esa gracia insigue.

¿Qué será pues si consideramos que esa gracia creció en Maria de continuo, por la doblada accion de la operacion de Dios y la cooperacion de Maria? Digo que creció de continuo, no de tiempo en tiempo, sino á toda hora, en todo instante, en todo suspiro de su vida; y creció, no por adicion sino por multiplicacion; porque tal es, por asi de-

cirlo. el cálculo de la gracia, cuya operacion puede hacer proporcionalmente toda alma fiel en su trato con Dios, que no es solo una gracia mas la que la munificencia divina nos concede, en premio de nuestra fidelidad, sino el duplo, triplo ó cuadruplo de la medida de gracia que ya teniamos. La gracia, en una palabra, es esencialmente progresiva, porque se multiplica por la fidelidad.

¡A que grado inaudito de gracia y santidad no llegaria una alma fiel! ¡A qué sublimidad debió llegar la Santisima Virgn Maria, ella que no cesó de crecer, no de gracia en gracia, sino de plenitud en plenitud de gracia, cuyo primer avance era ya proporcionado á su predestinacion de Madre de Dios!

Cuando el Angel la saludó *llena de gracia y bendita entre todas las mujeres*, saludaba ya á su Reina, que hubiera ido desde entonces á sentarse en lo mas alto de la Corte celestial, si hubiera sonado la hora de su Asuncion. Mas quién podrá encarecer dignamente la nueva plenitud de gracia que hubo de traer á su alma el suceso de la Encarnacion, trayendo al mismo Autor de la gracia, al Verbo eterno, al mismo Dios? Maria estuvo desde entonces, al parecer, tan colmada, tan penetrada de gracia y santidad, cual pueda estarlo una mera criatura. Pero no: Dios puede siempre aumentar indefinidamente la perfeccion de su obra, que cuanto mas la eleva, mas la hace capaz de ser elevada; cuanto mas la llena, mas la agranda: es un Océano cuyo lecho ahondan las olas y cuyas riberas extienden llenándolas; y de este modo la plenitud de la gracia en Maria aumentaba siempre su capacidad.

Y esta plenitud ascendente de gracia en Maria correspondia á una plenitud cooperante de méritos y virtudes, frutos de esa gracia y su fidelidad: virtudes que en nada se parecian á las nuestras,

por esa desgraciada mezcla que tan á menudo las convierte en faltas, ó aun por esas debilidades y caidas que derriban tan frecuentemente su edificio y nos obligan siempre á levantarlo de nuevo; virtudes que tampoco se parecian á las de los Angeles, que no tienen la propiedad de crecer y merecer: pero virtudes que eran inmutables como las de los Angeles, y meritorias como las de los hombres; de manera que, sin perder Maria el mérito de los viadores, tenia la ventaja de los que han llegado al término bienaventurado.

De este modo realizaba Maria en perfeccion, con el auxilio de la gracia, este voto de su real antepasado: «Dichoso el hombre que con el socorro que le dadis, dispone grados en su corazon, por donde se levanta de este valle de lágrimas, caminando así, de virtud en virtud, hasta ver al Dios de los dioses en Sion (1).» De este modo se elevó Maria hasta el dia de su muerte, en que, por el efecto inverso de esta sentencia del libro de la Sabiduría, *Corpus quod corrompitur agravat animam* (2), su alma fué en tal manera santificada que levantó á su cuerpo; fenómeno de gracia, que se ha manifestado pasajera y débilmente en algunos santos, pero que, en Maria, debió elevarla á lo mas alto de los cielos. con toda la ligereza de un elemento extraño á este mundo, y que va á encontrar su nivel en la region celeste.

He dicho con toda la ligereza y debiera haber dicho todo el *peso*, con el peso de su amor, de su humildad, su fidelidad, su santidad. Djadme que os exponga sobre esto una bella teoria de San Agustin.

(1) Salmo LXXXIII, 6, 7.

(2) Sab., IX, 15.



Este grande hombre, cuyo genio participaba así del mundo natural como del sobrenatural cuyas relaciones comprendía y expresaba tan admirablemente, comentado esta profunda expresión de la Escritura: *Dios hizo todas las cosas con número, peso y medida* (1); en número, porque todas están bellamente ordenadas como las unidades de un número, cada una de las cuales ocupa un lugar propio que no puede mudar; en peso, porque todas tienen una fuerte inclinación á ponerse en su sitio y ocupar el puesto que las corresponde entre las obras de Dios; y en medida, porque ese peso se les da según el puesto que deben ocupar, observa que toda cosa tiene su peso, así las cosas ligeras como las pesadas. Estas tienen la gravedad, que no es propiedad del peso sino en cuanto lleva hácia abajo, pero que no es el mismo peso, al cual define de esta manera: *Pondus est impetus cujusque rei conantis ad locum suum*: «El peso es la tendencia de cada cosa que aspira á ocupar su puesto.» De modo que el mas leve de los cuerpos, el fuego, tiene su peso que lo lleva sutilmente hácia arriba, como la piedra tiene el suyo que la lleva pesadamente hácia abajo.

De esta verdad natural se levanta ese bello genio á una verdad sobrenatural, digna ciertamente de admiración. Mi alma, dice, tiene su peso, como todos los demás seres, y *el peso de mi alma, es mi amor*; él es siempre el que la arrastra á donde quiera que va. ¿Pero que amor es el que ha recibido del Criador para que sea su peso? ¿Por ventura el amor de las criaturas? No, sino el puro amor de su Criador. Mientras se deja llevar de este amable peso, está en la vida de su reposo; si de él se aparta, entra en un estado mas y mas violento de inquietud

(1) *Ibid.*, XI, 21.

y desorden, como que está fuera de su centro; vuelve á él, y al punto estará contenta, porque; según la ley universal de los seres, volviendo al orden hallará su descanso: *Minus ordinata inquietant: ordinantur et quiescunt*. Deja pues, alma mia, deja que todas las criaturas vayan á do su peso las lleva, pero sigue al tuyo, que es tu amor, Tu peso, alma mia, no puede nunca llevarte sino á amar el bien. ¿Pero qué bien es el que debes amar y buscar con todas tus fuerzas, sino el Bien Soberano? Tu peso es el amor, el amor en su fuego, y el fuego no puede dirigirse sino hacia arriba (1).

Si nos fuera lícito añadir algo á esta magnífica expansión del alma humana, diríamos, que así como cada objeto tiene su peso que le arrastra hácia su centro, así cada centro tiene sus atractivos que le solicitan á gravitar á él. Y aun cuando esto no fuera cierto respecto de las demás criaturas, lo es en cuanto á nuestra alma. Independientemente de su amor que lo lleva á Dios, como á su centro, este divino centro la atrae poderosamente á venir á reposar en él; la atrae por las gracias y los atractivos de su Belleza suprema, que son los favores con que la previene, con que la solicita y la encadena, para obrar en ella *es peso eterno de gloria* de que habla el Apostol (2), y que es el premio de nuestra fidelidad; atractivo tan fuerte, que esa libertad absoluta, que constituye la nobleza y la dignidad del alma, y que, mas activa que todos los bienes criados, puede siempre decir: No quiero, no podría resistir á la vision de Dios, tan atraída, arrebatada y elevada se veria por ese centro de todo bien, con tanta impetuosidad que seria como abismada en ella, y por esto ha

(1) San Agustín, Concesiones.

(2) II. Corint. IV: 7.

debido Dios ocultarse en parte á nuestra alma en esta vida, para dejarla el mérito de buscarlo y reservarse á la virtud.

La Santísima Virgen nos presenta, en su gloriosa Asuncion, el triunfo mas magnifico de estas grandes verdades. Sube á reconquistar su lugar su dignidad, en el número general de las criaturas, y el arreglo del universo: su dignidad de Madre de los hombres, de Reina de los Angeles, de Madre de Dios. El órden universal, puede decirse, se hubiera turbado, y no hubiera estado en su lugar ser alguno, si Maria no hubiera estado en el suyo; porque, así como segun la bella expresion de San Agustin, *la pena es el órden del crimen*, así tambien, la gloria es el orden de la virtud; y la suprema gloria, de la suprema virtud. Todas las criaturas por ese sentimiento y este instinto del órden que es su ley, han concurrido pues á elevar á Maria. Pero sobre todo las criaturas superiores á quienes debia dominar, los Angeles, las Virtudes de los cielos, debieron inclinar sus falanges aladas por bajo sus plantas y llevarla á las altas regiones de la gloria con todo el peso de su descenso.

Maria misma fué tambien llevada allí por el peso de su amor. Este amor de Maria á su Dios, tan fuerte en su principio que atrajo á este Dios á hacerse Hijo suyo, acrecentando tan prodigiosamente por la operacion del Espíritu Santo que la hizo Madre de Dios, tan consumado por toda una vida de fidelidad y de martirio; este amor de Hija, de Esposa, de Madre de Dios, el mas espiritual, el mas santo, el mas divino, y por consiguiente, el mas poderoso de todos los amores, al llegar á su colmo, debió romper los lazos que le retenian alejado de su supremo objeto, y arrebatarse á la Madre hacia el Hijo, á la Esposa hacia el Esposo, á la

Hija hacia el Padre, con toda la impetuosidad, con todo el peso de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Este amor y no la muerte es quien separó el alma del cuerpo de la santísima Virgen, y quien se les reunió al momento para unirlos eternamente en el seno de Dios. Los rasgos de la muerte son golpes destructores que producen la corrupcion; los del amor, son golpes vivificadores, que producen la union del ser amante y del ser amado; ¿qué no será pues de las flechas del eterno Amor, que unen su mas digno sujeto á su supremo centro?

Este centro en fin, por sus atractivos soberanos, debió arrebatarse, precipitar á Maria en los abismos infinitos de su belleza, de su beatitud y de su gloria. Para formarse una idea de esto, es preciso tener presente que Dios se comunica á su criatura en proporcion del amor, de la humildad, de la fidelidad que ella muestra en su comercio con él. La belleza de Dios responde al amor, su gloria á la humildad, su felicidad á la fidelidad del alma. Si, pues, por una parte, consumida del celestial amor, exhala Maria al morir este cántico de su alma abrasada: *Ite, nunciate dilecto meo, quia amore langueo. mitigate flammam, temperate incendium, fulcite me floribus, stipate me malis, quia pro amore deficio* «Id, anunciad á mi Hijo muy amado que languidezco de amor: mitigad las llamas que me abrasan, templad el incendio que me devora, apoyadme con flores, sostenedme con frutos porque desfallezco de amor (1);» por otra parte, el muy Amado de su alma, no la deja largo tiempo en ese pasmo de su amor, la despierta con aquella potente voz que hizo salir á Lázaro del sepulcro, pe-

(1) Cantic., II 5.

ro que, tomando para ella los acentos de la mas suave ternura: «Levántate, le dice, date prisa, «amiga mia, paloma mia, hermo-a mia, y ven.» *Surge, prospera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni* (1).—Si por una parte, despues de la Ascension de su Hijo, cuando la gloria resplandeciente de Jesus recibe los testimonios apostólicos y las adoraciones del Universo, se esquivaba Maria al reflejo de esta gloria; si es mas humilde que nunca, si es mas que nunca la sierva del Señor, la sierva de sus discípulos, hasta desaparecer en el olvido y en la bajeza de este anonadamiento; por otra parte, mira tambien el Señor mas que nunca *esta profunda humildad de su sierva, eleva mas que nunca á la que se humilla, y mas que nunca le hace grandes cosas, y sorprendiendo á la tierra, sorprendiendo á los cielos por la gloria con que la corona, les hace exclamar con un concierto de admiracion unánime: Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* «¿Quién es esta que camina como la aurora, bella como la luna, radiante como el sol, poderosa como un ejército formado en batalla (2)?» Finalmente, si por una parte Maria fiel en todo y hasta el fin, no solamente participa de todas las contradicciones, de todas las humillaciones, de todos los padecimientos de su Hijo, en la vida y en la muerte; sino que sufre sus rigores y sus desamparos, le sobrevive en la resignacion y en la paciencia, *sostiene la espectacion de Dios* en un largo destierro, con una fidelidad incomparable; por otra parte, á la manera que una semilla temprana brota súbitamente al primer aliento de la primavera, y, antici-

(1) Cantic. VI. 9.

(2) Cantic. II. 10.

pándose á la florescencia universal, embalsama el aire con sus perfumes, Maria recibe un efecto mas pronto de la virtud vivificante de su Hijo, que la lleva á esa Beatitud que ella misma cantó en los primeros dias de su maternidad y de que toma posesion en su Asuncion bienaventurada.

Así, la Asuncion de Maria está en la proporcion que guardan sus virtudes con las gracias que las produjeron, asi como hemos visto que lo estaba en la relacion que existe entre todos los misterios de su vida y los de su divino Hijo.

VII.—Finalmente, este glorioso misterio está en relacion con el ministerio permanente de la Santísima Virgen, que tantas veces hemos considerado y justificado: el ministerio de Madre y abogada de los hombres para con su divino Hijo, y de dispensadora de sus gracias; objeto del culto de intercesion y de alabanza que le rinden, de generacion en generacion, los pueblos cristianos.

Para llenar este ministerio era necesario que Maria estuviese cerca del trono de su Hijo;—para recibir este culto era necesario que estuviera ella tambien sobre un trono.

El concurso de Maria al don de Jesucristo en el misterio de la Encarnacion, que le da tan gran lugar en este misterio, debia asegurarla otro en sus consecuencias, segun lo hemos visto testificado por el Evangelio en los misterios de la Visitacion y del milagro de Caná, y sobre todo en el del Calvario. Este concurso continuo le asignaba un lugar en el Cielo, y un lugar tan elevado é inmediato como el objeto de este concurso. Así como en efecto, no basta la venida y aun la muerte de Jesucristo para la comunicacion de su grande obra, y fué necesaria su Ascension al cielo para que pudiera *prepararnos en él un lugar* (1), enviar su Espíritu San-

(1) Juan. XIV, 2. 3.

to, y derramar el tesoro de sus méritos y de sus gracias en la tierra; así también no bastaba el concurso de María á la Encarnación y la Redención. Y era necesario que pudiera seguir por su Asunción á Jesucristo y acabara de cooperar con él á la consumación de la misma obra.

La Ascension del Hijo y la Asuncion de la Madre al cielo eran así necesarias para derramar mayor abundancia de gracias en la tierra, en virtud de la misma economia que habia asociado la Compasion de María á la Pasion de Jesus, y su consentimiento á su Encarnacion para obtenernos estas mismas gracias.

Por eso San Bernardo, considerando el enlace que hay entre estos dos misterios, ha dicho, que si el Hijo de Dios debia volver á su padre para enviar su Espiritu Santo á sus Apóstoles, María debia volver también á su Hijo para comunicar sus méritos á los hombres: *María sicut et Christus, dice, ascendens in altum dedit dona hominibus* (1).

Y debia evidentemente subir así cerca de su Hijo como habia subido este mismo Hijo; en su cuerpo, pues que en este cuerpo virginal es ella su Madre así como él es Hijo suyo en su sagrada carne. Su divina Maternidad es el principio de valimiento, y la que debia por consiguiente subir al cielo para ejercer allí este gran ministerio de intercesion y de misericordia que es su herencia.

Debía subir allí igualmente y por la misma razon, para recibir en él los homenajes y los votos del universo, como Reina suya y Causa de su reparacion.

Todos los siglos que la precedieron uo la habian asociado tanto al advenimiento y á la gloria del Redentor del mundo, ni todos los Justos deseado

(1) Sermo 2, supra Missus.

tanto, ni tanto celebrado todos los Profetas sino porque la veian de lejos en esta gloria. Cuantos siglos siguieron, cuantas generaciones se han sucedido y cuantas pasan, no la llaman *Bienaventurada*, no la bendicen y no la invocan con acamaciones unánimes, sino porque la ven igualmente en esta mansion celestial de la beatitud. No la saludaron tan profundamente los Angeles por boca de uno de ellos, sino porque veian en ella á su soberana, y debian repetir en coro, al recibirla en el cielo, este homenaje que el divino Mensajero vino á traerle á la tierra: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres.» Si los demonios han desencadenado contra ella tanta rabia y su culto ha suscitado tan negros atentados del Infierno, ha sido porque ella le quebranta la cabeza y porque ejerce sobre el enemigo de Dios y de los hombres el poder de un divino Hijo. Finalmente, si ella misma tuvo de un modo tan admirable la conciencia de las grandezas que Dios le hizo y de las bendiciones que todas las generaciones debian dirigirle, y las cantó de una manera tan profética y sublime en su Cántico, no fué sino porque la Verdad misma, el Verbo eterno á quien llevaba en su seno, y el Espiritu Santo que enajenaba su alma, violentaban su humildad para hacerla confesar su gloria. Si todos los siglos, si todos los seres la contemplan como el Asunto de todos los siglos, y como el Bien comun de todas las criaturas, es porque ella se les aparece por todas partes elevada sobre cuanto existe, en las profundidades de la eternidad y en los esplendores de la bienaventuranza y de la gloria.

No es pues un vano arrebatado oratorio, es el sentimiento de la verdad atestiguado mas universalmente, y apoyado mas filosóficamente en el Evan-

geio, lo que nos hace concluir este estudio por ese cántico del lábio mas elocuente que hubo jamás.

«Cielos, si es cierto que manteneis la armonia del Universo por vuestros inmutables conciertos, entonad en un canto nuevo un cántico de alabanzas: estas Virtudes celestiales que arreglan vuestros movimientos; os invitan á dar alguna señal de regocijo. En cuanto á mi, si es permitido mezclar mis conceptos á tan augustos secretos, me imagino que Moisés no pudo dejar de repetir viendo á esta Reina, aquella hermosa profecía que nos dejó en sus libros: *Saldrá una estrella de Jacob, y se elevará una rama de Israel.* Isaías, embriagado con el espíritu de Dios, cantó en un incomprensible arrobamiento: *Hé aquí á esta Virgen que debia concebir y dar á luz un Hijo.* Ezequiel reconoció esta puerta cerrada por la que nadie entró ni salió jamás, porque hizo su entrada por ella el Señor de los ejércitos. Y en medio de ellos animaba el real profeta David una lira celestial por este cántico admirable: *Ved á vuestra derecha, Príncipe mio, una Reina con vestiduras de oro, enriquecida de maravillosa variedad. Toda la gloria de esta hija del Rey es interior, y no obstante está adornada de un bordado enteramente divino. Las vírgenes despues de ella se presentarán á mi Rey; y serán llevadas á su templo con santa alegría.* Entrando, la misma Virgen tenia á los espíritus bienaventurados en un respetuoso silencio, exhalando todavia de su corazon estas admirables palabras: *MI ALMA EXHALTA AL SEÑOR CON TODO SU PODER, Y MI ESPÍRITU SE HALLA POSSEDO DE UNA ALEGRÍA INFINITA EN DIOS, MI SALVADOR; PORQUE HA MIRADO LA MADRADE DE SU SIERVA, Y HÉ AQUÍ QUE TODAS LAS GENERACIONES ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA (1).*

(1) BOSSUET, Primer sermón sobre la fiesta de la Asuncion,

## CONCLUSION.

Hemos comprendido, en esta segunda parte de nuestra obra, hacer de-aparecer la objecion mas vulgar, á la par que mas espinosa, que se presenta contra la doctrina cuyo Plan hemos expuesto en la primera parte: objecion que se halla en todas las inteligencias en diversos grados, y que constituye el mérito de la fidelidad, cuando no forma su escollo, cuando no es el arma de la oposicion y de la herejia: la objecion sacada del poco lugar que se da á Maria en el Evangelio y de las severidades divinas de que es objeto.

Esta objecion no existe ya.

En su lugar, en el mismo terreno en que se atrincheraba, se levanta, así lo creemos, la purificacion completa de la doctrina católica relativa á la Santísima Virgen. á sus grandezas y sus glorias, al culto de honor y de intercesion que se le debe.

Esta doctrina está profundamente arraigada en el territorio del Evangelio donde se extiende, cruza y enlaza con todos los fundamentos de la fé, con todos los misterios del Salvador, y se levanta de allí como un árbol vigoroso que aspira el jugo evangélico, y que extendiendo sus ramas en todas las direcciones del Cristianismo, lleva á lo lejos el fruto de vida: Jesucristo,

Este resultado, haciendo desaparecer la objecion que lo provocó nos autoriza á dirigir por nuestra parte una objecion á los que nos la han hecho; y es la de no saber leer en el Evangelio, la de olvidar que es un libro divino, es decir. espiritual y místico, en el buen sentido de la palabra, un libro *cuya letra mata y cuyo espíritu vivifica.*

Porque ¿de donde se saca esta objecion, esta

impresion contra la Santísima Vfrgen, en el Evangelio, sino de la *letra*; de la letra sola; de que la letra no dice nada de la Virgen ó de que dice poco de ella? ¿Y de donde hemos sacado nuestras respuestas, sino del *espíritu* que por do quiera la preconiza y glorifica?

No hay duda que puede abusarse del melio de la interpretacion mística, del procedimiento del *espíritu*, pero siempre tiene la ventaja sobre el método ó procedimiento exclusivo y judaico de la *letra*, que ni aun el mero uso de este tiene valor alguno.

Y en cuanto á haber abusado del método del espíritu, no creemos haber merecido esta censura.

Esta acusacion podia provenir de tres partes; de los sabios sectarios de la letra, de los ortodoxos del espíritu, y de los que se atienen á la razon.

Ahora bien, los que se atienen á la letra reconocerán, nos atrevemos á espararlo, que no la hemos disimulado, ni mirado con descuido, que la hemos seguido religiosamente, y que solo estrechándola de cerca y exprimiéndola hemos hecho surgir de ella el espíritu:—los ortodoxos del espíritu no encontrarán nada en nuestras interpretaciones que se separe de la doctrina consagrada, y que no se inspire de sus oráculos mas puros;—y en fin los partilarios de la razon apreciarán la parte continua que la hemos concedido en estos *Estudios*, y la justificacion del titulo de *filosóficos* que les damos.

Si pues no nos alucinamos en esta apreciacion de nuestro trabajo por las disposiciones con que lo hemos emprendido, ofrece todns las garantias evangélicas, dogmáticas y filosóficas de verdad; garantias que confirmandose y probándose unas por otras, forman una plenitud de conviccion.

Esta conviccion es, que la Madre de Cristo está

con él en tal relacion, que no podemos separar la bendicion y la invocacion de la Madre de la adoracion del Hijo: no solamente por deber para con la Madre, sino por deber hacia el Hijo, hacia Dios; por la misma unidad de este religioso sistema.

Así como quiso Dios comunicarse á nosotros por su Hijo Jesucristo, así quiso este Hijo manifestarse y dárseos por su Santísima Madre; de suerte que esta forma parte de la manifestacion de Jesucristo y de sus divinas operaciones.

Tal es lo que resulta de esta penetracion de todos los misterios de Cristo y de Maria que hemos observado y admirado constantemente en el Evangelio. Esta es con propiedad la demostracion que nos hemos propuesto y que resulta en todas las páginas de este volúmen.

Para encontrarla, por último, en una idea que formule brevemente su verdad y la fije en las almas, diremos que las grandezas que reverenciamos en Maria, no se componen sino de las humillaciones de Jesucristo: de tal suerte, que estas divinas humillaciones es lo que profusamos en el culto de estas grandezas.

Todas las humillaciones del Hijo de Dios se contienen en su Encarnacion; en su anonadamiento de Hijo de Maria. Y como este divino anonadamiento es lo que produce en Maria la soberana grandeza de Madre de Dios, no pudiendo Dios dejar de elevar á si todo aquello á que él se baja, decimos con razon que las grandezas de Maria no son mas que las humillaciones de Dios.

Pero estas humillaciones son todo el Cristianismo: por ellas, lo Inaccesible y lo Invisible que la naturaleza y el pecado nos ocultaban, se *hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad*; por ellas vino á levantarnos hasta su Padre y se nos ofreció como salvador.

Así, el culto de las grandezas de Maria, que manifiesta estas divinas humillaciones y que las pone en cierto modo á nuestro alcance, es por excelencia el culto cristiano.

Y como solamente puede bajarse lo que está elevado, las elevaciones del Verbo se dejan ver en sus humillaciones, y no menos profesamos su Divinidad que su humanidad en el culto de Maria.

Así ¡cosa significativa! cuanto más se aparta el hombre de la fé en la divinidad de Jesucristo, más antipatia siente contra el culto de Maria.

Y no obstante ¡cosa extraña! no se funda esta oposicion al culto de Maria, sino en que usurpa, dicen, el de Jesucristo: se nos censura que ponemos a Maria en lugar del Hijo, como si los que esto dicen tuvieran más celo que nosotros en defender este lugar.

No es difícil distinguir esta sutileza.

Colocamos en efecto á la Madre en el lugar del Hijo, teneis mucha razon; pero en el lugar del Hijo tal como vosotros mismos lo designais; en un lugar de simple honor, no de adoracion. De donde se sigue, que el parecer que ponemos nosotros á la Madre en el lugar del Hijo consiste en que nosotros ponemos la criatura en el lugar del Criador, porque vosotros poneis al Criador en el lugar de la criatura.

Filósofos, vosotros solo veis en Jesus á un grande hombre: Protestantes, vosotros veis en él al Hijo de Dios, pero no al *Igual*, al *Consustancial* del Padre y por consiguiente no á Dios. En este supuesto concibo que, no siendo el culto que le tributais más que un culto de *honor*, por grande que sea, creais que el que le rendimos nosotros á su Madre usurpe este culto. Concibo que os mostréis celosos en defenderlo, como el puesto de vuestra incredulidad respecto de Jesucristo. Pero cesad

de erigiros en custodios de un culto que nosotros no usurpamos sino porque vosotros le rebajais, y permitid que por lo mismo volvamos á levantarlo; que levantemos de nuevo la adoracion del Hijo por la veneracion de la Madre; que profesemos el culto de Jesucristo Dios, por el culto de Maria Madre de Dios.

De esta suerte, el culto de la Maternidad divina de Maria es por excelencia el culto de la divinidad de Jesucristo. No la tributa el honor y la veneracion posibles, sino porque reserva para él la adoracion; la propone y obliga á ella: no eleva á Maria sino para exaltar al Hijo.

Y al exaltar así á Jesucristo, el culto de Maria superexalta á Dios. Porque se ensalza á Dios por nuestras adoraciones tanto más cuanto que Cristo, Pontífice por quien se las rendimos, es Dios también; y que poniéndose á su cabeza les da un precio infinito.

Así este gran culto de Maria que abaja á Dios hasta nuestro más humilde alcance, le levanta cuanto podemos concebir. Realza todo el sistema religioso tanto como lo inclina; abraza todo el Plan divino y glorifica juntamente á la Bondad suprema y al Altísimo.

*Magnificat Dominum.*

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

## INDICE.

Advertencia. . . . .	V
Capítulo I. Relacion entre las tres partes de esta obra. . . . .	
—Carácter de la segunda parte.—Problema de la oscuridad evangélica de la Santísima Virgen. . . . .	15
Capítulo II. Solucion del problema de la oscuridad evangélica de la Virgen Santísima. . . . .	28
Capítulo III. Predestinacion de la Virgen Santísima. . . . .	69
Capítulo IV. Precnizacion profética de la Santísima Virgen. . . . .	88
Capítulo V. Concepcion inmaculada de Maria. . . . .	121
Capítulo VI. Natividad de la Santísima Virgen. . . . .	161
Capítulo VII. De la condicion y educacion de la Virgen Santísima.—De su matrimonio y su perpetua virginidad. . . . .	186
Capítulo VIII. La Anunciacion. . . . .	195
Capítulo IX. Maria Madre de Dios. . . . .	226
Capítulo X. La Visitacion. . . . .	233
Capítulo XI. El Magnificat. . . . .	251
Capítulo XII. Nacimiento de Jesús.—Adoracion de los Pastores y los Magos . . . . .	266



Capitulo XIII	La Purificacion de Maria, la Presentacion de Jesús y la Profecia de Simeon. . . . .	298
Capitulo XIV	La huida á Egipto y la degollacion de los Inocentes. . . . .	325
Capitulo XV.	San José. . . . .	347
Capitulo XVI	Jesús creciendo en sabiduria.— Jesús hallado entre los Doctores.—Vida oculta en Nazareth. . . . .	360
Capitulo XVII	Las bodas de Caná. . . . .	391
Capitulo XVIII	Maria durante la vida pública de Jesús. . . . .	415
Capitulo XIX.	Maria al pié de la cruz. . . . .	434
Capitulo XX.	Maria despues de la Resurreccion y en la Ascension. . . . .	459
Capitulo XXI.	Maria en el Cenáculo.— Testigo fundamental de la fé cristiana. . . . .	474
Capitulo XXII	La Asuncion. . . . .	494
Conclusion.	. . . . .	527

FIN.

